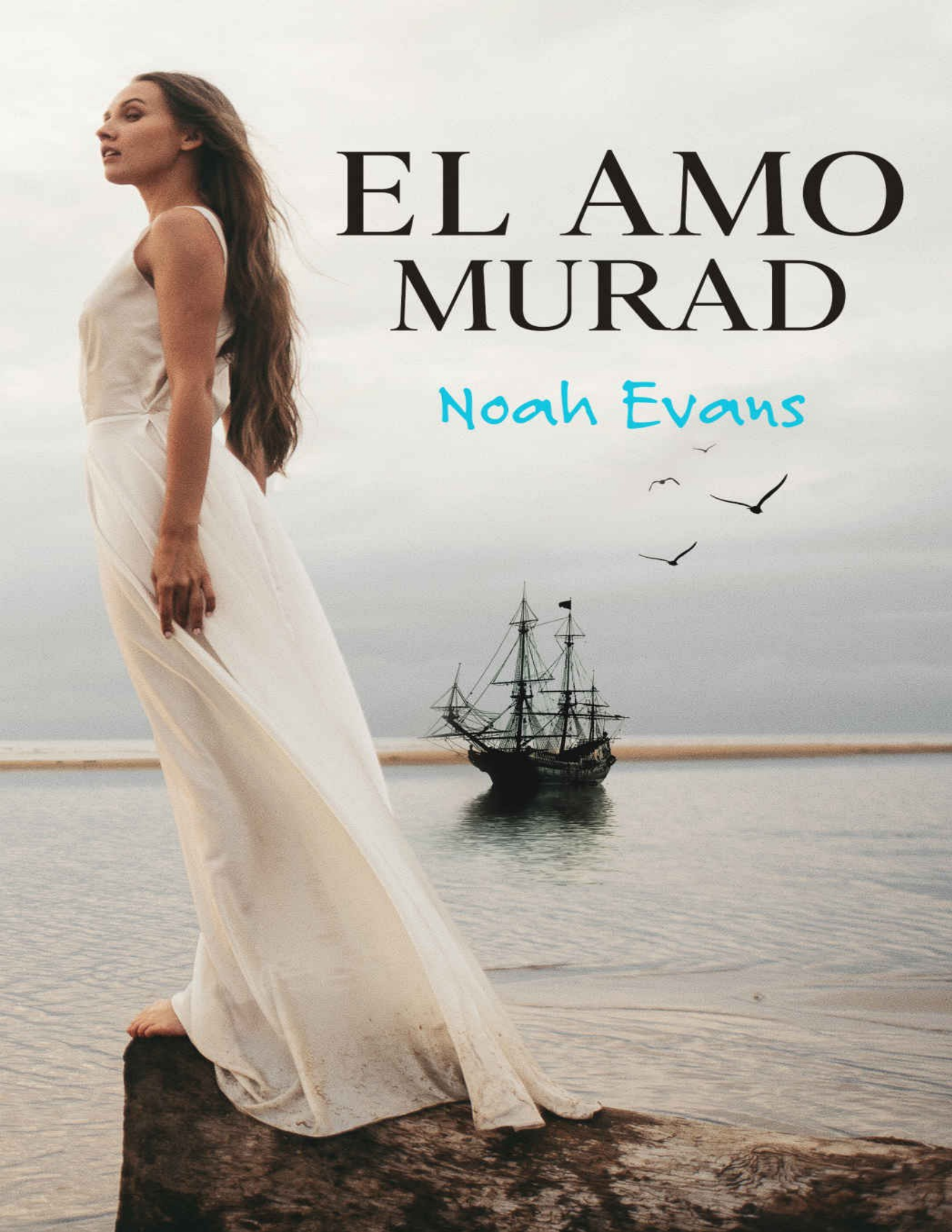

EL AMO
MURAD
Noah Evans

Índice

Dedicatoria
Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
Epílogo
Nota de autora

A mi padre

Preámbulo

30 de junio de 1577

El fuerte viento de levante hacía que su voz se perdiera en mitad del campo. Llamaba a Julio, su hijo de siete años. Subió a un montículo para comprobar si desde allí podía verlo. Tres de sus cabras pastaban cerca del borde de la colina. Junto a ellas, justo donde acababa el pasto y comenzaba la roca salina del mar, en un pequeño hueco, permanecía Julio inmóvil y con la mirada perdida.

—Julio. —Pero el niño parecía estar en algún otro lugar—. ¡Julio! ¿No escuchas mis gritos?

Julio se sobresaltó y miró a su madre asustado.

—Llevo un rato buscándote. ¿Qué haces aquí?

—Nada.

María miró a su hijo con interés. Había muchos otros niños en el pueblo, pero Julio no solía pasar mucho tiempo con ellos y las pocas veces que lo hacía volvía apedreado. Los juegos de Julio eran muy distintos a los del resto. A él le bastaba con apartarse a un lugar tranquilo y permanecer allí quieto, con aquella mirada perdida que su madre había visto demasiadas veces, sin oír y casi sin ver lo que pudiera pasar por delante. Daba igual que lo llamara a gritos, Julio no respondía hasta que ella se situaba a su lado y entonces él parecía despertar de un sueño.

El niño miraba al mar. María se sentó junto a él. Le preocupaba el carácter diferente de su hijo. No tenía amigos y ningún interés por aprender un oficio. Algunos vecinos del pueblo habían hablado con María para tomar al niño como aprendiz de diferentes trabajos, pero el chico ni siquiera era capaz de acabar una jornada. Y a ella solían decirle que su desgracia era doble, viuda y con un único hijo *tonto*.

Pero quien conocía realmente a Julio sabía que no era un muchacho *tonto*. Era cierto que no tenía la picaresca de la mayoría de los chicos del pueblo. Incluso podía parecer más infantil que otros niños de su edad. Un niño con unos intereses diferentes, con unos sueños que María sabía que no podían cumplirse. A Julio no le interesaban las cabras, las gallinas, la pesca, la madera, ni nada que pudiera ofrecerle nadie de aquel pueblo, salvo los conocimientos de don Diego, el clérigo.

Don Diego lo estaba enseñando a leer y Julio, a su vez, ponía empeño en enseñar a su madre. María accedía a ello aunque saber leer y escribir no le sirviera de mucho en sus quehaceres diarios.

—¿Podemos pasar por casa de don Diego? —preguntó Julio.

María lo miró de reojo. Julio tenía la piel oscura, como ella, quemada por el sol y el viento que procedía del mar. Era delgado aunque fuerte, ya que uno de sus lugares preferidos para perderse del mundo era la parte más alta que pudiera escalar de un árbol. Sus ojos, enormes y oscuros, estaban bordeados por un arco de pestañas largas y pobladas. Tenía la nariz pequeña y los labios gruesos casi siempre agrietados por el viento.

Julio era un niño guapo, el más guapo de cuantos hubiera visto.

—Hoy no dará tiempo, tengo que pasar por casa de doña Isabel —respondió y Julio la miró decepcionado.

La sensibilidad que solía mostrar el pequeño con todo lo que lo rodeaba despertaba en ella un sentido maternal profundo. Quizás era su culpa, quizás ella se había volcado por completo en él

desde que muriera su marido, envolviéndolo en protección y consentimiento. Quizás esa inmadurez que presentaba el niño, ese carácter inocente, noble y sensible era por su culpa.

Piedra, el perro pastor de María, se colocó entre ellos. Julio lo acariciaba.

—Mamá, no quiero seguir en este pueblo. Don Diego dice que si vamos a Sevilla…

—Ya te he dicho que no podemos, Julio.

—Pero tú tienes familia allí.

—Te he dicho que no.

María había nacido en Sevilla, pero, a la edad de quince años, conoció a un cabrero de la costa de Cádiz, se casó con él y se mudó a Zahara de los Atunes donde ahora vivían. Julio nació allí y, a los dos años, su marido murió. En un principio pensó volver a Sevilla, pero su madre acababa de morir. Solo quedaba allí una de sus hermanas, Ana, que no era precisamente con la que mejor relación tenía. Del resto de sus hermanos hacía tiempo que no sabía nada.

—Se hace tarde, hijo. Tenemos que recoger las cabras. —María se levantó.

Julio pasó delante de ella sin decir nada. Por sus apresurados pasos, su madre entendía que estaba molesto.

Julio tenía sus razones para querer ir a Sevilla. Don Diego le había hablado de las posibilidades de vivir en una ciudad, del conocimiento al que podría acceder. Escuelas, enseñanza y hasta una universidad, que era algo así como una especie de templo dedicado al saber. Desde entonces, al niño se le había llenado la cabeza de ideas, de esperanzas y de planes ambiciosos, pues al bueno del clérigo se le había pasado contarle que al saber solo podían acceder unos pocos y que para los más pobres como ellos solo quedaban aquellos oficios que Julio detestaba. La joven madre sabía que lo que Julio deseaba no era posible, aunque no se atrevía a descubrirle el aburrido destino del hijo de unos cabreros. El niño parecía tan feliz con sus pensamientos que, por el momento, consideró que era mejor dejarlo soñar.

María se giró para mirar al mar. El viento hacía que el agua pareciera enfurecida. No había barcos. Una buena señal. «No hay moros en la costa», solía decir don Diego.

Quizás Julio llevaba razón y debían marcharse de allí. Podría ser posible, ya llevaba cinco años viuda, cinco años en los que había continuado sola el trabajo de su marido y nunca les faltó comida ni a ella ni a su hijo. Era una mujer independiente en ese sentido, podría comenzar una nueva vida en cualquier lugar, aunque no la vida que Julio esperaba. Tenía un único temor: el hecho de ser una mujer demasiado joven. Acostumbrada a la vida de un pequeño y solitario pueblo donde todos se conocían, no sabía hasta qué punto iba a ser capaz de proteger a Julio y a sí misma de todo lo que conllevaba ser viuda en una ciudad llena de gente. Sin embargo, la costa tampoco era ya un lugar seguro. De vez en cuando, don Diego llevaba noticias de algún asalto de corsarios en pueblos costeros de donde se llevaban todo lo que tuviera algo de valor. Y, para los piratas, las mujeres y los niños eran un bien muy preciado. Eran conocidas las historias sobre famosos corsarios, reyes del mar como Barbarroja, que llenaban de curiosidad los ojos de las personas que los oían, así como las hazañas del gran Arnaute Mamí en la batalla de Lepanto o el terror que imponía en los propios navíos españoles el corso del joven Morato Arráez.

Su pueblo estaba en un lugar apartado. Con escasos habitantes, en su mayoría ancianos sin valor, todos eran pescadores demasiado pobres como para que los piratas se fijaran en el botín a ganar si asediaban Zahara. No había casas recias como en otros pueblos cercanos o en la ciudad, sino viviendas apenas visibles desde el mar. Nadie sabría que allí vivía gente si no fuera por un palacio que el duque de Medina Sidonia había comenzado a construir años atrás. Un palacio

cuyas obras estaban detenidas por protestas de los vecinos. María no entendía el porqué del desacuerdo del pueblo con la construcción. El palacio estaba destinado a ser residencia de los duques, pero también estaba previsto utilizarlo como fuerte en defensa contra posibles asaltos de corsarios. Tres torretas se habían levantado para una vigilancia continua, pero estas se encontraban vacías. No había soldados para defender aquel asentamiento pesquero, cuya explotación se veía menguada por el temor de los pescadores a permanecer cerca del mar. El duque lo sabía: Zahara tenía posibilidades de convertirse en una gran población dedicada a la almadraba y por eso quería construir aquel palacio. Sin embargo, un pleito vecinal mantenía varado el plan y, mientras tanto, el pueblo permanecía desprotegido.

Por esa razón, cada anochecer María no podía dejar de echar la última mirada al mar temiendo lo peor.

El fuerte viento de levante que solía azotar las zonas cercanas a Gibraltar los mantenía protegidos, ya que era difícil bogar en contra de él. Un escudo natural que los mantenía alejados de los terrores de los mares.

1

Acababa de atracar los barcos de su corso en el puerto de Argel. El botín era mayor de lo previsto cuando zarpó apenas una semana atrás. Decenas de esclavos, entre ellos un hombre de alta alcurnia española, un noble por el que podría obtener grandes ganancias en su rescate.

Al resto, soldados del barco asaltado, podría venderlos como remeros a cualquier comerciante de esclavos.

Atravesó los grandes portones de la ciudad de Argel, a los pies de la ciudad. La multitud se agolpaba en la calle, provocaba gran curiosidad entre los habitantes la llegada de los corsarios, aún más si los barcos eran propiedad de Murad Rais, o Morato Arráez como lo conocían los cristianos. Lo apodaban «el Grande», sus atrevimientos contra grandes barcos de guerra lo habían llevado a conseguir la fama y la fortuna que ahora representaba su nombre. Temido en todo el Mediterráneo y hasta por sus propios compatriotas. Uno de los hombres más ricos y respetados de Argel, no solían osar a contradecirlo. Y contaba con los favores de los hombres más influyentes, incluidos los del Pachá.

Algunos esclavos raptados por él mismo trabajaban sus tierras y sus casas. Una de ellas, situada en la calle principal de la ciudad, estaba destinada exclusivamente para él.

Levantó la barbilla ante los vítores de los ciudadanos, se había corrido la voz rápido de que un noble de gran importancia estaba en su poder. No se detuvo, había encargado a sus hombres que vendieran la mercancía en su nombre. Estaba cansado, la alimentación y las condiciones en alta mar lo agotaban sobremanera.

En su casa, bien alineadas en la puerta de la entrada, estaban sus tres esclavas encargadas de los quehaceres de la casa. La tres bajaron la cabeza mientras contenían una extraña sonrisa, mezcla de timidez y vergüenza. Era frecuente que los amos tomaran en matrimonio a una esclava cristiana o a varias, hasta cuatro. Quizás en la mente de aquellas jóvenes muchachas estaba el ser liberadas de su esclavitud, era lo que anhelaban la mayoría de las esclavas que había tenido en su poder, incluso las que conoció en casa de otros aunque su amo fuese anciano y repugnante. La única posibilidad de liberarse si no se procedía de una familia con el suficiente dinero para pagar su libertad. Las mujeres cristianas eran caras, su valor estaba directamente relacionado a su juventud y capacidad de engendrar, así como el de su belleza. A veces podía ser más rentable la captura de una mujer hermosa que la de un noble. Pero él encontraba pocas mujeres en los barcos que asaltaba, no eran su prioridad. A las mujeres y los niños se los capturaba en tierra firme y su especialidad eran los barcos de guerra, donde obtenía de los nobles el dinero suficiente para duplicar su fortuna cada pocos meses.

Tenía el baño preparado aunque su llegada siempre era improvisada, sus esclavas eran ciertamente eficaces y dedicadas. Oyó tras él el tintineo de joyas y se giró.

Sumaya estaba en el umbral. Hija de un rico mercader de Argel, su más insistente aspirante a convertirse en su esposa. Musulmana de nacimiento que no conoció la pobreza ni la soledad de un esclavo. Su interés en él estaba lejos del ansia de liberación ni de escapar de las condiciones de un trabajo duro. Sumaya tenía todas las comodidades que pudiera tener una mujer, demasiado tiempo libre quizás para conocer cada entresijo de los callejones de Argel, parte de sus ojos cuando él estaba ausente.

Sumaya no era la única joven de Argel que solía rondarlo, eran muchas más las que soñaban

con ser la mujer del corsario más famoso del Mediterráneo aunque solo pudiera elegir a cuatro. Algunas de ellas capaces de saltarse sus propias normas y meterse en su casa, en su habitación y en su alcoba con la mayor de las sumisiones, esperando que quizás así llevaran ventaja respecto a otras. Pero, para un hombre cuyo mayor interés estaba en el mar, no había forma de lograr que pensara en otra cosa que no fuera en lo que ya tenía. Fortuna, poder sin límites y demasiadas mujeres sin tener que elegir ninguna.

Miró los grandes ojos de Sumaya a través del velo. No, no era la única. Pero sí era la primera que había acudido a su llegada.

2

5 de julio de 1577

Habían terminado de cenar. Vivían en una humilde casa, situada en un montículo del relieve costero que les permitía ver el pequeño pueblo y el mar. La construcción estaba destinada en su mayor parte a un refugio para las cabras y solo dos habitaciones pequeñas a la familia, que para Julio y María eran suficientes.

María salió de la casa. A esas horas la brisa solía refrescar y en pleno verano, tras una jornada a pleno sol, se agradecía. Sintió a Julio tras ella.

—Me encanta el camino que hace la luna sobre el agua —dijo el niño—. Parece que se pudiera caminar a través de él y llegar hasta ella.

María entremetió los dedos en el abundante pelo del niño. Llevaba el nombre de su padre, el cabrero Julio. Sin embargo, no reconocía nada de él en las facciones del pequeño, sino las suyas propias. Los ojos de Julio eran marrones y los suyos claros, grises a la luz del sol y azules en la noche.

Enseguida se fijó en la sien del chico, abultada, ensangrentada. Le giró la cara para comprobar el otro lado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Han sido Pedro y Antonio, cuando te esperaba en la puerta de doña Isabel —contó el niño —. Me insultaron y me lanzaron una piedra. Pero no pasa nada, apenas me duele.

—¿Que no pasa nada? —respondió María—. Un día de estos van a matarte.

—No te preocupes, la próxima vez que los vea cogeré un palo.

—¿Esa es la solución?

—Siempre me dices que aprenda a defenderme.

—Te digo que aprendas a sobrevivir entre la gente. Son dos niños, cuatro como mucho en todo el pueblo, y no eres capaz de estar junto a ellos un rato sin que salgas sangrando.

—¿Qué quieres que haga? Son ellos los que siempre me andan insultando y pegando. Me persiguen, me azuzan a los perros, me lanzan huevos. ¡Ya estoy harto de ellos y de este sitio!

—¿Crees que sería más fácil en una ciudad? Serían muchos niños como ellos los que encontrarías.

—Seguro que todos no son como ellos. Algunos serán como yo.

—No tienes ni idea de lo que encontrarás en una ciudad.

—Quiero descubrirlo.

María quedó inmóvil y no por la respuesta de su hijo. Con la disputa no se había dado cuenta de en qué momento el viento se había detenido. No se escuchaba el silbido contra las ventanas y la tela con la que tapaban la puerta había dejado de revolotear. La frescura de poniente le recorrió el cuerpo con una leve brisa que olía a pescado corrompido. Ahora el viento procedía del mar y eso permitía que los barcos se acercaran a las costas con facilidad. Un sinfín de historias se le pasaron por la mente, nombres de los que habitaban al otro lado del mar, y aquello le enfrió el cuerpo tobillos arriba de una manera extraña.

—Está bien. Venderé las cabras y esta casa y nos iremos a Sevilla. Es lo que quieres, ¿no? En menos de dos meses llorarás por volver.

Julio sonrió y a punto estuvo de dar un salto, pero sus labios enseguida se mostraron serios.

—¿Mañana no cambiarás de opinión?

—Está decidido. —Miró hacia el mar—. Por la mañana iremos a casa de don Diego, quizás sepa de alguien que pueda estar interesado en los animales.

El perro pastor se acercó al niño buscando una caricia.

—Pero a Piedra no lo vendas —dijo Julio—. Es el único amigo que tengo aparte de don Diego.

María sonrió.

3

Se apartó del cuerpo de Sumaya como si este estuviese ardiendo y le abrasase. La joven lo miró con la misma decepción con la que siempre lo miraba cada vez que él lo hacía, pero Murad conocía las consecuencias de no retirarse a tiempo de una mujer.

Se levantó con rapidez de entre los almohadones y cogió su ropa. Cuando acababa le gustaba quedarse solo y Sumaya siempre se resistía a irse. Aunque ella aún estaba desnuda y sin pretensiones de moverse, Murad abrió la puerta y se asomó fuera.

—¡Elvira! —Llamaba a una de sus esclavas, acción que hizo que Sumaya se encogiera.

—¿Por qué no me dejas quedarme? —preguntó. Ella siempre insistía más que el resto, siempre reclamaba más. Una mujer con un atrevimiento y carácter algo peculiar, quizás su posición social privilegiada le permitía algo de descaro. Un descaro que no dudaba que perdería en el momento en el que un hombre la tomara en matrimonio.

A Sumaya nunca le faltaron propuestas, pero Murad sabía que ella esperaba una en concreto.

—Quiero darme un baño y descansar del viaje —respondió sin mirarla—. ¡Elvira! —Su grito retumbó y Sumaya se sobresaltó con aquella voz firme con la que él solía dirigir a sus soldados.

La joven entornó los ojos.

—¿Prefieres a una cristiana? —Se encogió entre los almohadones aún sin vestirse.

Murad se giró hacia ella. La mirada de los llamativos ojos de Murad solía hacer que hasta los más poderosos tomaran distancia. Sumaya lo había vivido, todos los habitantes de Argel fuesen esclavos, mercaderes, judíos, mujeres o corsarios se apartaban a su paso. Bajó la cabeza ante él, a veces su descaro la llevaba a situaciones comprometidas. Lo último que deseaba era enfadar a Murad Rais, él no permitía objeciones de nadie, ni siquiera de alguien de su misma escala social. Ella no era una esclava, las únicas consecuencias de pasar el límite respecto a Murad serían el que no la quisiese volver a ver, algo a lo que se negaba en rotundo.

Se envolvió en la sábana cuando vio entrar a una de las esclavas cristianas de Murad. La observó, no era una joven mal parecida. Quizás demasiado corpulenta, con la piel clara, como solían tener las cristianas, y el pelo rubio. Un color similar al del sol y que envidiaba en cierta manera. No había ningún producto que le aclarase el pelo más allá de un pajizo anaranjado tras el que tenía que cortarlo. Desistió en sus intentos tiempo atrás, el color rubio de pelo solo estaba reservado para aquellas mujeres que procedían de tierras lejanas, que acompañaba una suave piel blanquecina que se enrojecía con el sol y hasta ojos del color del agua o del cielo.

La esclava desvió un instante su mirada hacia Sumaya y la notó ruborizarse. Bajó la cabeza ante su amo, esperando la orden.

—Prepara el baño. —Y no tuvo que repetirlo. Elvira desapareció a toda velocidad.

Sumaya seguía mirando hacia la puerta. Sabía que tenía que vestirse y marcharse.

—Poseo a tres cristianas. Tres, casi tantas como se permitirían —dijo Murad y Sumaya sabía que en ese momento respondía a su pregunta—. Llegaron siendo esclavas. —La miró de aquella manera firme con la que Murad miraba a todos—. Y continúan siendo esclavas.

Sumaya miraba la puerta abierta por donde se había marchado Elvira.

—Tres cristianas —respondió ella con una sonrisa. Las conocía bien, muy jóvenes, con cierta hermosura, completamente eclipsadas por la grandeza de su amo, y posiblemente deseosas de que él las liberase por muchos motivos—. Jóvenes, hermosas y, por lo que puedo comprobar, completamente intactas.

Miró a Murad, este continuaba semidesnudo esperando el baño. Sumaya se levantó envuelta

en telas y se puso delante de él. La altura de Murad era tan considerable que tan solo le llegaba al pecho.

—Completamente intactas —repitió ella. Sabía bien lo que los amos solían hacer con aquel tipo de mujeres, pero el que tenía delante era ciertamente peculiar —. ¿Qué clase de amo eres, Murad?

Él levantó la barbilla, en aquella postura su estatura resaltaba aún más.

—Un amo que lo quiere todo —respondió con la soberbia que lo caracterizaba.

Quererlo todo tomaba sentido si lo decía Murad.

—Te llaman Murad Raid, el Grande porque puedes conseguirlo todo —dijo ella y notó que aquellas palabras le agradaron.

A Murad la adulación siempre le agradaba, para él el poder, la riqueza y la apariencia lo eran todo. Un despliegue de grandeza en el más amplio sentido.

—Ya lo tienes todo —añadió.

Seguía mirándola desde arriba, con su barbilla alta y su semblante serio.

—Nunca es bastante para mí. —Se apartó para que ella pudiese salir de la habitación.

Murad la desconcertaba. Con él no servía nada de lo que hacía sucumbir a los hombres. Ni siquiera tres bellas cristianas puras lo habían ablandado un ápice, ni todas las musulmanas casaderas que conocía aunque un enlace con ellas lo beneficiase en estatus. Tampoco servían los filtros amorosos de las curanderas ni mucho menos los consejos de las prostitutas viejas de Argel. Con él había agotado todas las posibilidades que conocía.

Sumaya salió de la habitación.

4

6 de julio de 1577

Se sobresaltó con lo que parecía el aullido de un lobo. Estaba completamente oscuro, todavía era de noche. Apenas podía ver. Se escuchó un golpe y más aullidos, aunque ahora sonaban como alaridos de dolor de algún animal. Salió de la cama con rapidez, aún sin entender qué estaba ocurriendo.

Se dirigió hacia la puerta. Tres siluetas aparecieron en el umbral. Su garganta enmudeció y notó cómo las piernas se aflojaron de repente, hasta hacer tambalear su equilibrio. Uno de los hombres habló en un idioma que María no entendía y su miedo aumentó. Piratas. Sus peores temores, esos que creyó tan inverosímiles se habían cumplido. Los corsarios habían asediado el pueblo.

Uno de ellos se adelantó al resto y pudo ver cómo sus ropas estaban manchadas de sangre.

—¡Julio! —gritó, aterrada, pero no oyó en respuesta la voz de su hijo. Solo las voces de los hombres. Iban a atraparla, no tenía forma de escapar de ellos. Su mayor miedo era no saber qué habían hecho con el niño—. ¡Julio! —volvió a gritar. Los corsarios no perdieron tiempo, la agarraron de los brazos mientras ella se resistía sin éxito—. ¡Julio!

Maniatada, con la cuerda tan apretada que le hacía daño en las muñecas, la obligaron a salir de la casa casi a rastras. María recorría el habitáculo con la mirada buscando a su hijo con desesperación.

Fuera se oían gritos de hombres, mujeres y niños procedentes de otras casas, y más voces hablando en aquel idioma infernal. Tenía que ser una pesadilla.

Julio no estaba por ninguna parte. El corsario que la llevaba tiró de la cuerda con fuerza y María cayó de rodillas. A la luz de la luna de la costa podía verlos con claridad. Tres hombres con una extraña vestimenta miraban su rostro con satisfacción. Uno de ellos le dijo algo a otro y los tres rieron.

Miró a su alrededor. Quizás Julio había escapado, quizás Piedra le dio la oportunidad de huir seguramente a cambio de su vida.

Uno de los hombres dio una voz. Alguien respondió desde los árboles que había junto a la casa. Se oyó el grito de un niño y un golpe. María pudo ver el cuerpo de Julio caer desde las ramas.

—¡Corre! —le gritó.

Julio se incorporó con rapidez mientras dos de los piratas que estaban junto a María corrían hacia él. Pero un cuarto hombre bajó del árbol de un salto y lo atrapó de inmediato. El mismo corsario que la había atado a ella maniató al chico.

Enseguida tiraron de él para que anduviera tras ellos. Julio no oponía resistencia. Aún soñoliento, vivía la peor de sus pesadillas. Miró hacia la casa y en el suelo vio a Piedra sobre un charco de sangre. Luego miró a su madre, todavía en el suelo, con los ojos cubiertos de lágrimas.

María se puso en pie para acercarse al niño, pero su cuerda no era lo bastante larga como para llegar hasta él y eso la enfureció. Tiró de la cuerda con fuerza para que su captor le diera margen de llegar hasta el niño, sin embargo, el pirata que la llevaba le respondió con resistencia. Por un momento el pánico y el terror habían desaparecido y una extraña sensación de calor en su pecho la hizo volver a tirar de la cuerda con fuerza.

El pirata se giró hacia ella y le gritó. No pudo entender qué quiso decirle, pero por el tono lo imaginaba. Notó cómo su cuerda se tensaba y su captor comenzaba la marcha tras Julio y el resto. No podía dejar de mirar al niño, cautivo, cabizbajo, siguiendo a los corsarios con torpes pasos, quizás debidos al propio miedo. Podía escuchar sus sollozos y ni siquiera le permitían consolarlo, acercarse a él.

Comprendió que, desde aquel momento, ella, su hijo y todos los que hubiesen caído en manos de los corsarios aquella noche pasaban a ser algo parecido al ganado que estaba acostumbrada a criar. Y estaba completamente segura de que les esperaba el peor de los infiernos.

Los conducían hacia el mar, en el que los esperaba una galera que los llevaría rumbo a algún lugar lejos de allí.

***

Tal y como María había imaginado, el botín del corso se reducía a unas cuantas mujeres, seis niños y algún varón relativamente joven. Además, los vio cargar animales, algunos vivos, otros degollados, y algunos enseres.

A los hombres los habían llevado a algún otro lugar. A ellas y a los niños los mantenían encerrados en jaulas, junto a las de los animales. Apartó a las mujeres a su paso mientras oía el sonido de la cerradura cerrarse. Los seis niños estaban encerrados en la jaula de al lado. Los conocía a todos también, así como a las mujeres que la acompañaban en su cautiverio. Solo cinco. Una de ellas era Luisa, la madre de Pedro y Antonio, de nueve y once años, los que se aficionaron a pegar a Julio y que ahora permanecían encogidos en el suelo, llorando desconsoladamente y llamando a su padre, uno de los varones también capturado. El nieto mayor de doña Isabel, de diez años, y los hijos del herrero, de ocho y diez años. Le llamó la atención que solo fueran varones, cuando eran más numerosas las niñas en el pueblo.

Las cuatro mujeres que la acompañaban, además de Luisa, eran Elena, la hija menor del carpintero, que no tendría más de catorce años, doña Antonia, mujer ya viuda y sin hijos, que quizás pasaba de la treintena, doña Mariana y su hija de quince años.

Julio permanecía en un rincón de la jaula, sentado, con la mirada perdida. No lloraba, quizás aún pensaba que todo aquello lo estaba soñando o imaginando. Pero María sabía que todo aquello estaba ocurriendo de verdad y era aterrador. A través de los barrotes alargó la mano hacia su hijo, pero la jaula de Julio estaba lejos de su alcance.

—Julio. —Lo llamó y él giró la cabeza hacia ella.

No le dijo nada, pero con su mirada le transmitió el suficiente sentimiento como para que las piernas de María se doblaran y cayera al suelo.

Distinguió las voces de los corsarios entre los gemidos de niños y mujeres. Parecían discutir. El barco se tambaleó, comenzaban a navegar. Las voces se oían ahora con más fuerza. Tenían una forma de hablar demasiado alta y acelerada. Varios corsarios bajaron por las escaleras de madera. El barco se balanceaba demasiado.

Un corsario de piel muy oscura se abrió paso entre el resto y miró el botín. Hablaba con los suyos, el tono era autoritario, quizás fuera el dueño del galeón. María empezaba a marearse demasiado. Aun en el suelo no podía evitar las ganas de vomitar.

Oyó la puerta abrirse y cuando entró en la jaula reconoció a uno de sus captores. La agarró

por el pelo mientras el resto de mujeres gritaban, pero la mirada de María se dirigió hacia Julio de inmediato. El niño se había puesto de pie y se agarraba a los barrotes con furia. Ella negó con la cabeza y Julio se apartó de los barrotes contrariado.

El pirata arrastró a María hasta fuera de la jaula y la depositó a los pies del hombre de la piel tan oscura.

Comenzaron a hablar en aquel idioma ininteligible. María permanecía inmóvil. El pirata se acercó a ella, observándola con interés. Vestía apenas con unas finas enaguas, ropa que solía usar para dormir en verano. Llevaba el pelo suelto, no sabía en qué momento había perdido la cinta con la que lo recogía. Sus ondas castañas caían a ambos lados de su cara hasta la cintura. El hombre apartó el pelo y la agarró por la barbilla, obligándola a levantar la mirada hacia él.

Los ojos claros de María se cruzaron con los oscuros y pequeños ojos del pirata y este sonrió. Dijo algo a los suyos y estos rieron. Uno de ellos señaló hacia la jaula de los niños. El pirata los observó.

—¿Cuál es tu hijo? —preguntó en un mal español sin dejar de observarlos y María bajó la cabeza. Sus ojos se llenaron de temor y de lágrimas por un momento. No intuía nada bueno.

—Ninguno —susurró.

El pirata pareció reír. Dio una orden y enseguida abrieron la jaula de los niños. Sacaron a Antonio.

—Ese no es su hijo —gritó Luisa—. Su hijo es aquel.

El dedo acusador de Luisa los llevó hasta Julio. No la culpó. Luisa era madre y, al igual que a ella, la aterraba ver a su hijo en manos de piratas. Pero todos, sin excepción, estaban en manos de piratas. Sacaron a Julio de la jaula y lo pusieron delante de María. Julio buscaba la mirada de su madre, pero esta miraba hacia otro lado.

No sabía las intenciones ni el interés por descubrir cuál de los niños era su debilidad, aunque lo presentía. Todo lo que había oído sobre corsarios era cierto. Eran unos miserables y Julio y ella estaban completamente sometidos a su voluntad.

El pirata se acercó a Julio mientras María intentaba mantener la mirada hacia el suelo del barco, que no paraba de balancearse. Vomitaría de un momento a otro, la tensión y aquel vaivén eran insoportables.

—Hermoso. —Lo oyó decir—. Muy hermoso.

Aquellas palabras fueron como cuchillas en su pecho. Don Diego solía contar cosas de personas como ellos, inimaginables para ningún cristiano, pero que en aquella sociedad eran impunes.

—¿Es este tu hijo? —preguntó.

—No —respondió ella sin saber por qué renegaba de su propio hijo. Sus palabras resonaron en su cabeza. Era como renegar de Dios, un peso enorme caería sobre ella.

El corsario la obligó a levantarse.

—¡Míralo bien! —le ordenó—. ¿Es tu hijo?

María miró a Julio. Sus ojos brillaban, pero contuvo sus lágrimas ante la mirada apenada del niño. Dudaba si Julio era consciente de por qué lo hacía o realmente pensaba que su madre lo estaba abandonando a su suerte. No podía soportarlo, pero negó con la cabeza.

—Bien —respondió con una sonrisa—. Entonces…

Con rapidez sacó un cuchillo de su cinturón y lo puso en el cuello de Julio. María gritó y agarró el brazo del pirata. Este estalló en carcajadas.

—Muy bien —le dijo entre risas.

María aprovechó para abrazar a Julio. El pirata dio una orden y madre e hijo fueron separados y devueltos a sus respectivas jaulas. Los hombres marcharon escaleras arriba, sus voces y risas se alejaron.

María se dirigió hacia los barrotes que daban a la jaula de los niños. Alargó su mano y Julio su delgado brazo hacia ella. Podían apenas rozarse.

—Mamá —le dijo—. Tengo miedo.

María no pudo aguantar más las lágrimas y rompió a llorar.

5

Murad daba órdenes a los suyos mientras estos limpiaban el barco para un nuevo viaje. Se detuvo cerca de las piedras, a la orilla del puerto, para mirar sus barcos.

—¿Pensando ya en zarpar de nuevo? —Oyó una voz bien conocida.

Se giró hacia uno de los corsarios más poderosos de Argel. Con muchos más años de experiencia que él, Dalí Mamí había sido su mentor y referente durante mucho tiempo. Sonrió a Dalí.

—Siempre —respondió y Dalí rompió en carcajadas.

Luego el veterano pirata negó con la cabeza.

—Yo necesito más tiempo para descansar. —Miró uno de los barcos que había en el puerto, de su propiedad. Volvió a negar con la cabeza—. Los años no perdonan.

—¿Un único barco? —preguntó Murad entornando los ojos hacia el barco de Dalí.

—Zarpa hoy hacia el mercado de esclavos de Túnez —respondió, dando unos pasos hacia el agua—. Ya no soy el de antes, me cuesta conseguir botines que me interesen.

—¿Mujeres? —Murad sabía que Dalí solía dedicarse a asaltar barcos de guerra como él, donde solo conseguía varones y nobles. Si él quería acudir a un mercado de esclavos, era para comprar lo que no podía conseguir por sí solo.

Dalí negó con la cabeza.

—Niños. —El hombre entornó los ojos hacia el mar—. Futuros soldados.

Murad sabía bien lo que significaba. Él mismo había sido un crío raptado años atrás y convertido en soldado. La escuela de Jeredín Barbarroja estaba repleta de niños.

—¿No te lo has planteado? —volvió a dirigirse a él—. Tus propios soldados, formarlos desde niños.

Murad negó con la cabeza.

—Me gusta escoger a los mejores y es muy difícil saber si un niño será el mejor o no —dijo y el hombre volvió a reír.

—No te gusta perder el tiempo, ya veo. —Le agarró el hombro. Volvió a mirar su barco—. Zarpo de inmediato. ¿Quieres venir?

Murad sonrió levemente.

—No me interesa nada que haya en un mercado de esclavos.

Dalí alzó las cejas.

—A tu edad yo también tenía esa soberbia —sonreía—. Supongo que los mercados es lo que nos queda a los viejos.

Murad rio con las palabras de Dalí.

—Nos vemos a la vuelta. —Le dio un toque en el hombro y se dirigió hacia su barco. Murad entornó los ojos hacia las velas negras de sus barcos. Su ambición estaba más allá de un simple mercado de esclavos. Allí no había nada que quisiera comprar. Lo que ansiaba no tenía precio y estaba más allá de lo que podía alcanzar con la vista. El mar infinito y los numerosos barcos del Mediterráneo. Pronto el terror de los mares volvería a zarpar.

6

7 de julio de 1577

No sabía el tiempo que habían estado en el barco, quizás un día entero y algo más. Allí les habían dado agua y unas tortas secas y duras para comer, ya descompuestas. Ninguno de ellos las había probado. Sin embargo, el agua, aunque maloliente, sí la habían bebido.

Los habían sacado del barco y ahora los conducían por unas estrechas calles llenas de gente que los observaban con curiosidad, se mofaban y hasta se atrevían a agarrarlos del pelo o de un brazo. Olía mal, una mezcla de sudor, especias y carne cruda. Todos los habitantes de aquel lugar desconocido, fueran mujeres u hombres, vestían con la cabeza cubierta y largas túnicas, unas más modestas que otras.

Los cautivos iban atados uno tras otro. Primero los niños, luego las mujeres y finalmente los hombres.

Llegaron a una plaza rodeada de pequeñas casas de forma cuadrada, muy estrechas. En una de ellas fueron entrando los niños. María aguardaba el turno de las mujeres. Esperaba que al menos allí dentro, lo que quiera que fuera aquella casa, la dejaran estar con Julio. Julio fue el último niño en entrar. Se giró antes hacia ella, con una mirada de tristeza que a María le atravesó el alma, y sus ojos se humedecieron en cuanto el niño se perdió de su vista. Su cuerpo se relajó cuando la primera de las mujeres entró en la vivienda. Empujó a la mujer que estaba delante de ella, Luisa, para que se apresurara. No quería dejar de vigilar a Julio ni un segundo. Luisa entró y María puso un pie en el escalón para entrar. Pudo ver a Julio aún atado, pegado a la pared. Entonces alguien la agarró del brazo. Era el corsario que hablaba su idioma, el dueño del barco y de todos ellos.

—Tú no —dijo, cogiendo sus cuerdas.

María se giró para mirarlo. Notó cómo se aflojaban sus cuerdas, el pirata la desataba y apretó las manos, sujetándolas.

—No. Enredó las cuerdas de nuevo en sus muñecas.

—Tú vas a otro lugar —dijo él sin mirarla, recogiendo las cuerdas que le había quitado.

María emblanqueció, aquellas palabras la paralizaron.

—No. —Esa vez su voz sonó en grito—. Déjame con él.

El hombre la miró y sonrió con tranquilidad.

—A ellos voy a venderlos hoy. —Ella abrió la boca, pero su garganta quedó muda. Los ojos no tardaron en arderle.

—¡No! —No podía estar pasando. No tan pronto.

—Bienvenida a Túnez. —El pirata sonrió de nuevo empujando a María y ella se tambaleó. La esclava aprovechó el tambaleo para empujarlo y apartarlo de la puerta de los esclavos.

—¡Julio! —gritó.

El niño la miró enseguida. Unos hombres la sujetaron impidiéndole entrar con el resto de esclavos.

—Mamá. —Julio corrió hacia ella, pero también lo agarraron—. ¡Mamá!

María se resistió como pudo. No podía escapar de ellos, lo que hicieran con ella poco le importaba, solo quería no separarse de Julio. Las piernas le temblaban y, sin embargo, se veía capaz de patear al corsario que ahora se imponía como su amo y a todos los que lo ayudaban.

Forcejeó, arañó y mordió y, pese a todo, conseguían alejarla de su hijo con facilidad, como si su cuerpo no pesara, como si su fuerza fuera débil, insignificante. Cerró los ojos un breve instante sin dejar su cuerpo quieto. Los brazos le dolían de hacer fuerza contra los ahora tres piratas que la sujetaban. Miró a su hijo y vio el terror en sus ojos también. Julio no dejaba de pedir su auxilio a gritos mientras trataba de escabullirse de los brazos de su captor, sin ninguna posibilidad de éxito.

María gritó desesperada, no podía impedir lo que estaba ocurriendo. Su cuerpo se estremeció al comprobar que no podía protegerlo, que no podía salvarlo de ellos. Estaba fallando como madre, como mujer. Y la pena la invadió, haciendo que su cuerpo se aflojase rendido. Miró los oscuros ojos de Julio mientras los suyos se llenaban de lágrimas.

Quedó inmóvil y notó cómo las manos de los hombres que la sujetaban también dejaban de hacer fuerza.

—Julio. —Lo llamó con voz quebrada pero firme.

Su hijo se quedó quieto también y la miró. Ella apretó los labios, notaba cómo le temblaban, aguantaba el llanto, pero este llegaba con fuerza. Cogió aire, le quemaba la garganta. Mantuvo su mirada firme en el niño.

—No importa dónde te lleven, ¡voy a encontrarte! —gritó—. Naciste libre y volverás a serlo. Te lo prometo. Estés donde estés, no tengas miedo, llegaré hasta ti.

—Mamá. —Fue lo último que oyó antes de que cerraran la puerta.

El corsario rompió en carcajadas.

—¿De verdad piensas que vas a volver a verlo? —Le entraron ganas de escupirle.

María entornó los ojos hacia él y le apartó las manos de su brazo. Ni siquiera le respondió.

La empujaron hacia otra de las casas de la plaza, ya no oponía resistencia.

—Entra —le ordenaron.

María miró el interior desconfiada. Era una vivienda exactamente igual que en la que aguardaban el resto de esclavos, salvo que esta estaba vacía. A través de unas reducidas ventanas entraba la luz. El corsario, al ver que su esclava no obedecía, la empujó dentro y cerró la puerta.

***

Hacía rato que la plaza se había llenado de gente. María los observaba desde el pequeño hueco de la ventana. El sol había calentado la fachada, hacía mucho calor y su cuerpo sudaba. Notaba sus enaguas mojadas y pegadas a su espalda. Pero le daban igual el calor y el sol. Le interesaba todo lo que ocurría en la plaza.

Había un bullicio frente a las casas, a la derecha de donde se encontraba. Podía verlos a todos, así como a los esclavos que habían expuesto, a los que colocaron a su izquierda. Había algunos esclavos desconocidos, mezclados con los vecinos que habían hecho cautivos junto a ella. Algunos hombres se acercaban a ellos, golpeaban sus piernas levemente, inspeccionaban sus dientes, sus ojos. Conocía aquel ritual, ella misma lo había hecho muchas veces antes de comprar animales. Lo solía hacer para ver el estado de salud del animal, su fortaleza.

«Eso somos para ellos, animales», pensó.

Cuántas veces había separado a los animales de sus crías, tal y como acababan de hacer con Julio y ella. Pero nunca reparó en que eso causara tal dolor en una madre.

Las voces comenzaron. Suponía que era como los mercados a los que solía ir, en los que las

bestias se vendían al mejor postor. Observaba uno por uno a los compradores. Cualquiera de ellos podía comprar a Julio y quizás a ella misma si la hubiesen expuesto.

El primer lote de esclavos no tardó en ser vendido. Y rápido colocaron nueva mercancía en su lugar. Había algunos niños.

Introdujo su cara en la estrecha ventana todo lo que pudo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y un ardor insoportable inundó su pecho cuando vio la dorada tez de su hijo frente a la multitud.

Pronto el primer comprador se acercó a él para inspeccionarlo. María maldijo, rezó a su Dios y juró varias veces por la tumba de su difunto marido que, pasara lo que pasara, ella iría a salvarlo. Sin embargo, una parte de ella comenzaba a ser consciente de que lo tendría realmente difícil, casi imposible. Ella también era una esclava.

La túnica blanca del hombre le tapaba el rostro de Julio. Quería verlo, necesitaba verlo. Quizás fuera la última vez que lo viera. El hombre se movió ligeramente. Sujetaba al chico por la barbilla. Ahora sí lo veía. Julio miraba al suelo, pero el hombre le hablaba. Julio levantó los ojos para mirarlo. Notaba cómo por su espalda continuaba cayendo el sudor, ahora más abundante que antes.

Julio bajó la vista hasta la altura del cinturón del hombre. Pestañeó dos veces, resignado, rendido, casi adormilado por el cansancio que había provocado la presión del cautiverio, el terror de la pasada noche y la separación de la única persona que siempre había estado a su lado.

«La última vez», se repetía María.

No podía soportarlo. No podía ser verdad. ¿Cómo no iba a volver a verlo? ¿Cómo no iba a saber si tenía miedo, frío, sed o hambre? Y su rostro, ese que miraba ahora y que quedaría en su memoria, los años podrían transformarlo e incluso un día, de tantos como le quedaban sin él, podría olvidar el color de su tez, dudar sobre el color de su pelo, emborronársele sus rasgos.

No podía respirar en aquella casa tan cerrada, viendo cómo vendían a su hijo y con el pánico de tener que vivir lo que le restara de vida sintiendo todo aquello.

Echó todo el peso del cuerpo en la pared sin dejar de mirar por el hueco de la ventana. Las fuerzas la abandonaban. Tenía sed. Iba a desmayarse, no tenía dudas de que se caería de un momento a otro.

Entonces vio la bolsa del dinero y al corsario que la capturó cogerla y sonreír. Fijó sus ojos en el hombre, el nuevo dueño de su hijo. Apenas se giró un segundo. Llevaba una túnica blanca y un turbante rojo y negro. Tenía los ojos pequeños, la nariz pronunciada y la barba oscura. Un árabe más de tantos como había allí. Una vez se perdiera entre la multitud sería incapaz de reconocerlo.

El hombre agarró las cuerdas de Julio y lo separó del resto de esclavos. Se detuvo a hablar con otro hombre, de atuendo similar y turbante azul. Los dos se apartaron de la multitud y se alejaron. Mientras, Julio, atado a sus cuerdas, los seguía con torpeza.

***

Llevaba horas tumbada en suelo. Después de que se llevaran a Julio poco más había podido ver y su cuerpo había caído al suelo, sin fuerzas, y no podía levantarse. Permanecía con los ojos cerrados, los párpados le escocían, quizás de las lágrimas ya secas.

Nadie había ido a por ella, ni quería que nadie lo hiciera. Dejarse morir en aquel basto suelo,

eso era lo único que deseaba su cuerpo. En su mente no dejaban de repetirse los últimos instantes que vio a Julio. Su mirada baja ante el comprador, el suave pestañeo de sus ojos. Aunque la pena, la ira y muchos diferentes sentimientos recorrían su interior no tenía fuerzas para hacer ninguna otra cosa que permanecer allí tendida, inmóvil. Quizás el saber que poco podía hacer por su hijo la había llevado a aquel estado lamentable que experimentaba por primera vez, porque con ninguna enfermedad había estado tan débil.

Giró su cabeza para mirar a través de la ventana. La luz del sol se iba, dejándola en la más completa oscuridad.

Desconocía en qué ciudad estaba y cuál había sido el destino de su adorado hijo. Pensar en él la asfixiaba. Sentía un pinchazo continuo en la parte derecha del pecho, constante, como si un puñal se clavara una y otra vez en ella al ritmo de los latidos de su corazón mientras el rostro de su hijo se dibujaba en la penumbra.

Colocó las palmas de las manos en el suelo e intentó pellizcarlo con furia sin dejar de apretar los dientes.

Nací libre. Mi hijo nació libre.

Pero ellos los habían capturado en su propia casa, en sus camas, los habían enjaulado como animales, se habían burlado de ellos, los habían separado.

Y Dios permitió que lo hicieran.

Tomó aire de forma entrecortada. Desconocía qué pasaría a partir de ahora. Lo poco que pudo ver es cómo vendían al resto de esclavos, a las señoras que la acompañaron en el viaje, a los demás niños y a otros muchos esclavos a los que no conocía, hasta que sus piernas dejaron de sostenerla. No le importaba el resto, no le importaba nadie, solo él. A él le había hecho una promesa que no podía cumplir. ¿Y si de verdad Julio la hubiese creído?

Es inteligente, sabe que es imposible.

Recordó el momento, el forcejeo con los corsarios, los gritos de terror de su hijo llamándola y su propia voz diciéndole que lo encontraría, y se concentró en la reacción de su hijo. El puñal invisible que descarnaba su pecho se ensañó con ella. Podía recordar los ojos de Julio después de oír sus palabras y solo significaban una cosa: esperanza. Pero ¿qué esperanza podía tener en aquella completa oscuridad y sin poderse mover? Aquella terrible debilidad se había apoderado de ella. Apenas sentía el control de su cuerpo, como si solo pudiese mover la cabeza a un lado y a otro, el resto de miembros parecían dormir, no los sentía, tan solo podía sentir la punzada en el pecho. Dejó caer la cabeza hacia un lado y deseó la muerte.

7

8 de julio de 1577

A pesar del cansancio solo había dormido unos breves instantes. El resto de la noche había permanecido con los ojos cerrados, pero consciente. Le dolía la parte de la cabeza que tenía apoyada en el suelo, le dolía el cuello de haber estado todo el tiempo inclinada hacia el mismo lado y le dolía el final de la espalda, esa pequeña curva que tenía que apoyar cuando se tumbaba en el suelo por culpa de la voluptuosa cadera. Una parte de su cuerpo que los hombres solían admirar cuando ella pasaba por su lado con ojos que le repugnaban, los mismos ojos que vio en su amo cuando, en el barco, la sacó de la jaula.

La puerta se abrió, pero eso no la hizo inmutarse. Era de día y seguía con vida.

Oyó una voz de mujer cerca de su oreja, un susurro en un idioma que no entendía. Con la luz de la mañana y unos ojos que llevaban horas en la oscuridad no podía verla bien. Era una señora mayor. Llevaba el pelo envuelto en un pañuelo, le sonreía.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

María no respondió. Tenía la lengua y la garganta secas. La mujer pareció entender su necesidad y enseguida le ofreció agua. María se bebió toda la que la mujer le había dado. Sus ojos, al fin, se adaptaban a la luz.

—¿Dónde estoy? —preguntó en cuanto pudo hablar—. ¿Por qué me han separado del resto?

—Estás en Túnez —le respondió la mujer en un perfecto español. La joven la miró detenidamente. No era morisca, era una esclava cristiana como ella, aunque su atuendo no fuera diferente al del resto de los habitantes de la ciudad—. El amo quería esperar para ver si traías alguna enfermedad. Muchas veces los esclavos parecen sanos, pero traen una enfermedad que no podemos ver, que no les afecta a ellos pero que es mortal para nosotros. Si yo no muero, en unos días vendrás a casa.

—¿Por qué no me ha vendido junto al resto?

—El amo no quiere venderte. Le han ofrecido mucho dinero por ti, muchísimo dinero. Tus ojos valen monedas.

La mujer se detuvo en ellos. Los moriscos sentían debilidad por los ojos claros y pagaban caro por las mujeres que los poseían. María tenía los ojos del color del cielo, muy claros, como el azul del amanecer, casi grisáceo. Y hasta parecían tener los rayos del sol en unas finas hebras amarillas y un iris hermoso, bordeado por un aro negro que no hacía más que resaltar el llamativo color. Era hermosa, con un cuerpo joven y fértil. La puja sería altísima, sin ninguna duda.

María se puso las manos en la sien y se tumbó de nuevo. Continuaría siendo la esclava de aquel repulsivo hombre y no sabía hasta qué punto un esclavo debía atender los deseos de su amo, aunque lo suponía.

—¿Qué es lo que hace una esclava? —preguntó, bajando los ojos hacia el recipiente del agua.

La mujer le ofreció más agua y María negó con la cabeza. No quería nada de aquella gente aterradora.

—Aún no me has dicho tu nombre —le dijo la mujer.

—María —susurró—. Mi nombre es María.

—María —pronunció la mujer—. El amo no quiere que seas su esclava. Quiere que seas su esposa.

Los ojos de María se abrieron todo lo que le permitieron sus enrojecidos párpados.

—Para casarte con el amo tienes que renegar de tu Dios y abrazar nuestra religión. ¿Estarías dispuesta?

—¿Puede obligarme? —preguntó enseguida.

—De muchas maneras, pero tú tienes la última palabra. A cambio, el amo te liberará el día de tu boda. Volverás a ser una mujer libre.

—¿Libre? —escupió en el suelo—. ¿Qué diferencia hay entre ser esposa de un pirata y ser una esclava?

La mujer no le respondió.

—Dile al amo que acepto casarme con él —respondió con rapidez para sorpresa de la mujer, que hasta se sobresaltó con sus palabras—. Pero solo lo haré si me devuelve a mi hijo.

La mujer la miró a los ojos.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué no es posible? Él lo vendió, sabe quién lo compró. Que traiga a Julio y yo renegaré de mi Dios. Renegaré de mi nombre, de mi vida y de este maldito infierno, pero que me traiga a mi hijo.

La mujer entornó los ojos hacia ella.

—Veo que el lazo que te une a tu Dios es débil.

María apoyó ambas manos en el suelo, su espalda no era capaz de mantenerse erguida. Levantó los ojos hacia la mujer.

—Mi Dios me dejó en manos de estos miserables y el único lazo que tengo me une a Julio. Abrazaré todo lo que me ordene la persona que me lo traiga de vuelta y renegaré de todo lo demás. Díselo a tu amo.

La mujer asintió.

—¿Quién lo compró? —preguntó María—. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres que se lo llevaron?

La mujer negó con la cabeza.

—No conozco a todos los comerciantes que vienen a la subasta. Muchas veces ni siquiera son los propios compradores, sino intermediarios, emisarios que se encargan de proporcionar los esclavos a grandes comerciantes de Argel o de Constantinopla.

María abrió la boca, pero no fue capaz de hablar. Estaba en una ciudad desconocida y le decían que posiblemente Julio estuviera en otra ciudad, lejos, demasiado lejos.

—¿Cuál de ellos era tu hijo? —preguntó la mujer.

—Tiene la piel oscura y el pelo castaño más largo que los otros niños.

—¿El que compraron aparte del resto? —La mujer sonrió.

—¡Ese! —María se puso de cuclillas en un impulso, ni siquiera ella sabía de donde había sacado tal energía en aquel estado—. ¿Recuerdas a los compradores?

—No son de aquí. Me extrañó que solo se llevaran uno, suelen comprar lotes grandes, sobre todo de galeotes. Varones jóvenes. Los piratas necesitan remeros continuamente, ya que no les suelen durar mucho tiempo. Hay peores formas de esclavitud que la que te ofrece el amo, créeme.

—¿Peores? —Se puso de rodillas frente a la mujer. El pecho le ardía—. Acaban de quitarme una parte de mi cuerpo que solía llevar a mi lado. La han hecho desaparecer delante de mis ojos.

¿Qué es peor? ¿Matarme? Dile al amo que puede ahorcarme si quiere, o venderme, o hacer lo que quiera conmigo. Si no me trae a Julio, no aceptaré nada que me ofrezca.

A pesar de su forma de hablar acelerada, aquella mujer se mantenía tranquila con ella.

—María —le dijo con una leve sonrisa—, admiro tu actitud y hasta la llego a comprender. Pero llevo demasiados años aquí y muchos más que pasé en Constantinopla con otros amos, cuando yo era más joven y podían venderme con facilidad. Acepta tu nueva fortuna o infortuna, sobrevive y, sobre todo, la primera regla que debes de tener en cuenta cuando entras en un mundo de piratas. —Le puso las manos sobre los hombros—. Aprende a tratar o acabarás en un harén.

Pero María no sabía lo que era un harén, no entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando a su alrededor. Todo parecía una maldita pesadilla, irreal. Aquello no podía estar pasando.

La mujer se levantó para marcharse. Justo cuando estaba a punto de salir, María la llamó:

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Mi nombre cristiano fue Marta, pero aquí todos me llaman Adila. Te dejaré la ración de comida de hoy y agua junto a la puerta. Mañana volveré.

María se quedó sola. Nada de lo que le dijera aquella mujer podría hacer que cambiara de opinión.

8

15 de julio de 1577

Habían pasado varios días y Adila seguía viva y sana, así que aquella mañana llegó acompañada de dos hombres para llevársela de allí. María agradeció que la sacaran de aquella construcción asfixiante de cuatro paredes, completamente vacía, casi sin ventilación, en la que convivía con sus propios orines.

La debilidad física no la había abandonado. Quizás su cuerpo había decidido no vivir y por eso permanecía medio dormido. Adila le había llevado alimento cada día, un pan con mejor sabor que la torta que le habían dado en el barco, pero aun así muy diferente al que ella estaba acostumbrada. Al tercer día la comida se tornó más generosa y más sabrosa, una menestra y algo de pollo con demasiado sabor a especias que acarreó una mala respuesta por parte de su estómago. Pero el agua y la comida no le habían dado la energía para poder caminar sola. Demasiados días tumbada en un rincón, salvo algunos ratos que pasaba de pie observando nuevas ventas en la plaza, esperando ver de nuevo al hombre que compró a Julio. No había vuelto por allí.

Adila le había hablado de su amo. Era un militar turco que comenzaba a hacer algo de fortuna con la trata de esclavos. La piratería era un oficio que aportaba grandes beneficios, pero que también conllevaba grandes riesgos, ya que en cualquier momento las naves podían ser asaltadas por navíos españoles o italianos. Una guerra en el mar que podía cambiar el destino de amos y esclavos, una ley que María desconocía pero que empezaba a comprender.

Tenía que aprender el nuevo idioma, no tanto el árabe como el sabir, un idioma que se hablaba en las grandes ciudades donde convivían amos, esclavos y hombres libres. Un idioma que no era el español ni el árabe ni ningún otro, sino la mezcla de todos ellos.

Su amo se llamaba Mohamed Rachí, tenía dos esposas y, al parecer, quería hacer de ella la tercera. De ningún modo aceptaría. Ya Adila le había explicado que era imposible lo que ella pedía y que Mohamed, al conocer los deseos de su posible futura prometida, había estallado en carcajadas.

María era consciente, porque Adila la había puesto al tanto, de que un amo tenía muchas formas de disuadirla para aceptar, desde limitarle la comida a grandes castigos o amenazarla con enviarla a un harén. Ya sabía lo que era eso, una especie de cárcel con forma de palacio, en cuyo interior regía su propia estructura política y sus propias leyes, que normalmente dirigía la madre del amo. En un harén convivían muchas mujeres y algunos niños, custodiados por hombres eunucos y a veces mudos, y así el amo se aseguraba de que solo él podría tocarlas.

Adila decía que era sumamente fácil entrar en un harén, pero que era muy difícil, por no decir imposible, salir de él y siempre le advertía de que, si continuaba con su actitud, acabaría siendo enviada como presente al Gran Turco. De este sabía poco, pero tan solo el nombre le repugnaba.

Adila también le había explicado que, a veces, los esclavos podían ser liberados. Liberados por sus propias familias, a las que se les pedía un dinero por ellos y estas pagaban la cantidad. Liberados por órdenes religiosas que se dedicaban a ese fin, pagar el rescate de esclavos. O bien al comprar su propia libertad, ya que los amos solían dejar horas libres a los esclavos para que pudieran trabajar y ganarse unas monedas. Monedas que algunos gastaban en pagar las confesiones de los clérigos, otros las gastaban en comer algo más que lo asignado a un esclavo y

otros en pagar su propio rescate.

Mohamed no quería venderla, así que aún no tenía precio, pero ya Adila le había adelantado que sería cara. Ninguna orden religiosa pagaría lo que Mohamed podría cobrar por ella en una subasta, así que la única salida era saber quién había comprado al niño, escaparse de Túnez y buscar a Julio. No sabía cómo, porque continuaba sin recuperarse, pero no encontraba otra solución en su cabeza.

Llegaron a la casa de Mohamed. María la miró con detenimiento. De blanca fachada, como la mayoría de construcciones de Túnez, y con pequeñas ventanas cubiertas con una tela. Algunas estaban enrolladas y dejaban ver algo del interior.

Entraron en la casa y, en cuanto lo hicieron, los hombres se alejaron de María y la dejaron a solas con Adila. La mujer fue explicándole las diferentes partes de la casa a medida que recorrían habitaciones y pasillos. A Mohamed, al parecer, le gustaban el color naranja y el rojo, ya que las alfombras, tapices y cortinas que cubrían suelos y paredes eran de esos colores. Muchas habitaciones similares, con demasiada ornamentación y grandes cojines en el suelo. Jarrones, flores en cada rincón y demasiados ornamentos, como platos dorados o escudos, decoraban los pasillos. Era la primera vez que María veía una casa similar.

La mayoría de las esclavas de Mohamed eran cristianas. Adila le dijo que los amos preferían a las cristianas porque eran mucho más ordenadas y limpias que las mujeres moriscas.

Le presentó a las dos mujeres de Mohamed. Una de ellas era mayor que María, la otra casi una niña. Ambas eran cristianas, tenían la piel demasiado clara para ser árabes. Las mujeres sonrieron y se marcharon. María ni siquiera recordaba sus nombres. Ella misma no se imaginaba respondiendo a otro nombre que no fuera el suyo. Adila le decía que Mohamed escogería un nuevo nombre musulmán para ella si aceptaba el compromiso. Pero, antes que aceptarlo, prefería morir.

***

Adila la había ayudado a bañarse y peinarse. Era deseo del amo que se presentara ante él aseada y perfumada. Los perfumes que le ofreció la esclava eran lo único que le agradaba de aquella casa. Algunos le recordaban a su niñez, otros a alguna flor del campo.

Adila no dejaba de aconsejarle que fuera amable con el amo, que no le faltara al respeto y que no lo disgustara, que podía conseguir más atendiendo a sus favores que rechazándolo sin darle opción a nada más. Pero a María solo podía rondarle una idea por la mente y esa idea estaba por encima del amo, del castigo y de todo lo que pudiera pasarle.

En teoría, el amo tenía que respetar la decisión de su esclava, no podía convertirla a la fuerza y, por lo tanto, no podía tocarla, pero Adila le advirtió que no siempre tenía por qué ser de esa manera. Así que estaba preparada para lo que fuera que el amo quisiera de ella. En aquel estado en el que se encontraba no podría hacer mucho más.

Con el baño parte de su peso se había desvanecido, haciéndola sentir más ligera y ágil. Le urgía encontrar la esperanza en su interior, la necesitaba desesperadamente y deseaba hallarla en las palabras de Mohamed. Un nombre, tan solo necesitaba un nombre para volver a ser la mujer fuerte que siempre había sido.

Rechazó toda la ropa árabe que le ofrecieron y solo consintió ponerse un vestido de esclava en color marfil, que era lo que solían llevar los esclavos cristianos, muy parecido en los hombres

a un tabardo, prenda que conocía. Sin embargo, aquello que llevaban las esclavas no era muy diferente a las enaguas que traía, aunque de tela más gruesa. La suya le quedaba demasiado ancha y tan solo le cubría hasta las rodillas.

Las mujeres de Mohamed vestían con lujosos paños y llevaban las manos cubiertas de alhajas tan pesadas y ostentosas que María dudaba que pudieran moverlas. Solo pensar en las intenciones del corsario le revolvía el estómago.

***

Mohamed la esperaba en una de las muchas habitaciones de la casa, o palacio, en la que vivía. Casi no lo había reconocido. Ahora vestía elegantes paños bordados, de un color anaranjado, a juego con las numerosas telas de la casa. Sin ninguna duda, era su color preferido.

María miró hacia el interior de la habitación. Él la esperaba sentado en el suelo entre grandes cojines y ella, al fin, conoció la función de estos ornamentos que estaban en todas las habitaciones principales. No en las de los esclavos, por supuesto. Ella compartía habitáculo con dos esclavas más, Ana y Emilia, ambas de su misma edad, a las que el amo les había hecho la misma propuesta y a la que ellas se habían negado.

Una de ellas, Emilia, la acompañaba. Llevaba cinco años como esclava de distintos amos, hasta que Mohamed la compró hacía unos meses. También fue raptada junto a su marido y sus hijos, un niño de la edad de Julio y una hija de cinco años, ambos vendidos a un poderoso hombre de Constantinopla. Historia que le dolió conocer de la boca de Adila, puesto que era idéntica a la suya y con un amargo final porque Emilia nunca más los volvería a ver, ya que entre los esclavos se decía que nadie vuelve de Constantinopla. Adila le confesó que el amo pensaba venderla pronto porque ya no era de su agrado.

No, Emilia no era una muchacha bella. Tal vez lo fue unos años atrás, pero el sufrimiento rezumaba por las cuencas de sus ojos. Su marido había sido uno de los tantos galeotes que fallecían en los bajos de los barcos, donde reman encadenados día y noche, casi sin comer y conviviendo con sus propias defecaciones, que los hacían enfermar hasta que morían. El marido de Emilia no llegó a superar el año de esclavitud.

En poco tiempo, María fue consciente de que su historia no era sino una más de las tantas que acontecían al esclavo.

El amo la invitó a entrar en la habitación y le indicó que se colocara frente a él. Tenía la piel muy oscura, hasta María resaltaba en blancura a su lado aun teniendo la piel tostada por el sol de la costa.

Mohamed era alto, muy delgado, con el rostro alargado y la nariz prominente. Llevaba barba, pero no muy abundante, y sus ojos tenían un tono café claro que a María le recordaban más a los ojos de un lobo que a los de un humano.

—Creo que Adila ya te ha informado de por qué he decidido no venderte junto al resto —le dijo sin rodeos.

A pesar del aspecto que le daban su indumentaria y su barba, su voz revelaba que no debía llegar a los treinta años.

—Y yo ya he dado una respuesta —aclaró con rapidez.

—¿No estás dispuesta a renegar de tu Dios? —le preguntó como si no hubiese escuchado las palabras de María.

—¿Estás dispuesto a traerme a mi hijo de vuelta? —replicó ella con rapidez y él se sobresaltó.

Levantó los ojos hacia ella con un semblante serio y autoritario.

—No se trata de estar dispuesto. —Le indicó que se sentara frente a él, pero ella no obedeció—. Aún no entiendes tu situación ni la de tu hijo.

María tomó aire. Claro que la entendía, pero le costaba aceptarlo. Unas cuerdas y unos harapos no eran suficientes para cambiar su carácter.

—Lo vendí. No puedo traerlo de vuelta —añadió él.

—¿Dónde está? —preguntó ella con demasiada autoridad.

Notaba como el corsario se tensaba, algo que no la hacía amedrentarse en absoluto. Al contrario, su pecho ardía con fuerza y esta comenzaba a recorrerle el cuerpo.

—No está en Túnez, con saber eso tienes suficiente —respondió, mirándola con detenimiento.

María entornó los ojos hacia el amo. No iba a desistir, no pensaba rendirse, solo muerta se rendiría.

—¿Quién lo compró?

—¡Basta! —La mandó callar.

María miró hacia otro lado. El amo se puso en pie. Era mucho más alto que ella. Sin estar rodeado del resto de corsarios a sus órdenes no producía temor alguno.

No es más que un hombre, un maldito hombre más en esta guerra entre moros y cristianos.

Mohamed la cogió por los hombros.

—Ahora me debes lealtad y obediencia —le dijo—. O recibirás el castigo que corresponda. Eres una esclava y si comienzas a darme problemas te embarcaré hacia Constantinopla con el resto de los que vinieron contigo.

—¿Es allí donde está él? —preguntó y el amo la empujó con fuerza hacia el suelo. María cayó ligera como una hoja. Poco tenía que hacer contra la fuerza de aquellos corsarios.

Mohamed dio unos pasos hacia ella. Tenía los pies del amo cerca de su cara. Se sujetó con las manos para apartarse de ellos.

—Soy dueño de más de doscientos esclavos y más de mil han pasado por mis manos. —Él volvió a dar un paso hacia María para poner sus pies frente a ella—. Todos los que son como tú no sobreviven ni al primer año de cautiverio. Olvida a tu hijo y sobrevive en tu nuevo destino.

—Si me dices dónde está y quién lo compró —propuso ella—, te prometo que…

Mohamed estalló en carcajadas.

—Si te digo dónde está y quién lo compró solo me darías problemas. Te fugarías a la primera oportunidad y los dos perderíamos. Yo perdería a una esclava que podría darme bastante dinero y tú… —Entornó sus ojos hacia ella—. Tú encontrarías un destino aún peor.

María no hizo el intento de ponerse en pie. Permanecía en el suelo, sin dejar de observar a su amo y de digerir sus palabras. Claro que intentaría fugarse si le confesaba el lugar en el que se encontraba Julio y asumiría todas las consecuencias.

—Te ofrezco la oportunidad de ser libre, de llevar una vida de comodidad. Has perdido un hijo. Conmigo podrías engendrar tantos hijos como quisieras.

Aquello la enojó tanto que estuvo a punto de levantarse de un salto y golpearlo. Sin embargo, apretó los puños y tomó aire. Mohamed esperó en silencio la nueva respuesta de la joven.

Miraba hacia el suelo sin dejar de apretar los puños. El pecho le ardía tanto que no soportaba el dolor. El aire no conseguía entrar en sus pulmones. Levantó los ojos hacia Mohamed.

Comodidad, más hijos, ser libre.

Se levantó más furiosa si es que era posible. Sentía que las enaguas arderían de un momento a otro. Levantó la cabeza y se colocó frente al que ahora era su amo.

—No, y no lo haré nunca —dijo firme—. Haz lo que quieras conmigo, pégame, mátame o véndeme. No me das miedo, ni tú ni ninguno de los piratas que pueda encontrar. Has alejado de mí a la única debilidad que tenía, no encontrarás otra en ninguna parte de mi cuerpo ni tampoco de mi alma.

Esperaba recibir el enojo de su amo. Sin embargo, Mohamed la miró con una expresión que María no supo interpretar, una mezcla de curiosidad y asombro. No estaba enfadado, por extraño que le pareciera.

–Siento tu decisión —le dijo—. Como ya te he dicho antes, los esclavos como tú no suelen sobrevivir mucho tiempo.

Mohamed miró hacia la puerta y movió la mano. Emilia entró a por ella y se llevó a María hacia la parte de la casa en la que vivían los esclavos. Tras un patio lleno de plantas, y con un pequeño pozo unas lonas tapaban las puertas de las habitaciones destinadas a ellos. Una vida de trabajo a cambio de no morir, de no ser castigado, sin más esperanza que la de salir de un cautiverio para entrar en otro aún peor. Mohamed era su amo y podía castigarla o golpearla, incluso violarla si era de esa clase de hombres. Pero si la convertía en su esposa se haría dueño de su vida, de su cuerpo y de su alma. Y si eso pasaba no volvería a ver a Julio. Antes moriría que aceptar un matrimonio con un pirata.

Se dejó caer en el lugar en el que dormiría mientras Mohamed fuera su dueño. Llevaba una semana sin ver a Julio, una semana con aquel extraño cansancio que no le permitía moverse con soltura. Aunque había perdido la fe casi por completo y la esperanza de encontrarlo se desvanecía, rezó porque su hijo estuviera bien.

***

El amo no le permitía alejarse de la casa sin compañía. Ya estaba cansado de estar en el patio, así que se apoyó en la fachada de la que ahora era su casa. La gente pasaba a un lado y a otro. Acostumbrado al silencio y a la tranquilidad del campo, le costaba soportar aquel bullicio, las voces que daban los vendedores y el ir y venir de esclavos, amos y hombres libres.

Comenzó a rascarse la cabeza. Dormir cada noche junto al resto de niños esclavos había sido suficiente para llenarse de piojos. El amo había mandado a un esclavo a cortarle el pelo y le lavaban la cabeza con un agua que le irritaba la piel. Tenía costras de las heridas que se había hecho él mismo al rascarse y bien prefería los piojos a los ungüentos. No solo le picaba la cabeza, el cuerpo lo tenía lleno de zonas escamosas que le escocían continuamente y no lo dejaban dormir. Solía pasarle a menudo, en primavera o en otoño. Sin embargo, en aquel nuevo lugar, y a pesar de ser verano, su afección se manifestaba intensamente.

Sintió un cate en la cabeza y risas. Luego otro, más risas, y un tercero aún más fuerte. Eran los niños esclavos que convivían con él. Eran un par de años mayores que Julio y ya llevaban allí desde dos veranos atrás. Podían salir y entrar con más libertad. El amo no temía por ellos. No eran los únicos niños esclavos que habían pasado por allí, pero sí los seleccionados por Dalí Mamí para quedarse.

Julio los miró. Llevaban el pelo muy corto y vestían las mismas ropas blancas que él, una

túnica que les llegaba hasta las rodillas y un cinto marrón. Eran despiertos, atléticos y espabilados. Las cualidades que el amo buscaba en sus futuros corsarios.

Julio llevaba poco tiempo allí y apenas estaba aprendiendo a hablar sabir. Sin embargo, desde que llegó lo primero que le enseñaron sus compañeros a comprender fueron los insultos que le proferían. En el mejor de los casos se referían a él como «el imbécil».

Uno de ellos se adelantó al resto y le dijo una frase que Julio no pudo comprender por completo, pero solo entender unas palabras sueltas fue suficiente para que el niño supiera a qué se refería. Su amo pronto lo convertiría al islam. Él deducía que eso significaba dejar de creer en un Dios para creer en otro. No es que eso le importara, pero los niños habían intentado meterle miedo con el proceso de conversión. Y lo habían conseguido con creces.

Bajó la cabeza y recibió otro golpe. Solían hacerlo en cuanto lo encontraban. Golpes rápidos y continuados, a veces con el puño, otras con la palma de la mano, que sonaban en su nuca. No eran tan dolorosos como molestos y humillantes.

—¡Ehh! —Oyó la voz de un hombre llamar la atención de los niños. Estos no se intimidaron, no lo hacían con nadie de por allí y mucho menos con un esclavo. El hombre dio una segunda voz ordenándoles que se marcharan. Los niños sonrieron con descaro mientras se retiraban de Julio.

—¡*Sajáa Veidraha*! —dijo uno de ellos y corrieron mientras estallaban en carcajadas.

Julio levantó la vista hacia el hombre.

—¿Estás bien? —le preguntó y el chico asintió. El esclavo le puso la mano en el hombro—. Hoy te enseñaré a responder en sabir a los insultos, ¿qué te parece?

Sonrió y dejó ver sus paletas separadas.

—Con lo asombrosamente rápido que aprendes, pronto conocerás más insultos que ellos.

—¿A ti no te molesta que te llamen así?

—No, para nada. —Le dio una palmada en la espalda al niño para que lo siguiera.

—¿Me lo puedes volver a contar hoy, por favor? Me encantó.

—Claro, pero solo si eres capaz de nombrarme treinta objetos sin equivocarte.

—Veinte.

—Sí, aprendes muy rápido cómo funciona todo aquí.

Se perdieron entre la multitud.

9

6 de septiembre de 1577

Los monjes redentores habían llegado a Túnez y María quería pedir permiso a Mohamed para hablar con ellos. A pesar de pertenecer a una religión distinta, el amo solía ser bastante respetuoso con las creencias de los esclavos. Les permitía asistir a misa con asiduidad e incluso les daba alguna moneda, como recompensa por su trabajo, destinada a pagar las confesiones de los clérigos que habitaban en Túnez para atender al colectivo cristiano que allí vivía.

María no era una cristiana ejemplar, nunca lo fue. Ya de niña escapaba de las misas y rehusaba las confesiones. Sin embargo, en esta tierra de musulmanes la fe era lo único que le quedaba y, aunque era bien poca, rezar a su Dios la hacía sentirse lejos de aquella nueva cultura con la que se estaba acostumbrando a convivir.

El trabajo de esclava era duro, aún más que las largas jornadas cuidando del ganado. Le dolía la espalda, pues estaba todo el día de pie de un lado para otro. Si se arrodillaba era para fregar el suelo o lavar y untar con aceites los pies del amo. Esta última era la más desagradable de sus obligaciones. Su cuerpo se iba acostumbrando al nuevo esfuerzo físico. Los primeros días los dolores de espalda eran similares a los que tenía en las épocas de esquila de ovejas. Sin embargo, ya el único dolor que perduraba no se encontraba en ninguna parte de su cuerpo.

Los esclavos tenían un tiempo libre al día que dedicaban a hacer cualquier tipo de trabajo a cambio de comida o de dinero. Los amos solían darles una porción de comida al día que no cubría el desgaste de una jornada de trabajo para que fueran ellos mismos los que se alimentaran de forma independiente.

María recibía la misma cantidad que el resto, aunque en los primeros días el amo mandó reducir las onzas de pan que le correspondían por la mañana y el trigo hervido del mediodía, quizás como castigo. María, desde aquella primera conversación con Mohamed, no volvió a dirigirle la palabra al corsario. Si el amo le hablaba, asentía o negaba con la cabeza. Se dedicaba a trabajar, a servir, a obedecer y a llorar por las noches. Su cuerpo continuaba funcionando, no enfermaba y, poco a poco, todo aquel cansancio del principio se convirtió en una energía que, sin sentimientos, la llevaba de un lado a otro, atendiendo a sus quehaceres y dejando pasar los días.

Mohamed, sin embargo, la mandaba a vigilar de cerca. Era una esclava eficiente y valiosa por su capacidad de trabajo, quizás la más activa de todas las esclavas que trabajaban en la casa, pero desconfiaba de la conducta ejemplar de María después de conocer la verdadera personalidad de la joven. Lo había visto en muchos corsarios, los más ávidos de los navíos siempre acababan traicionando a su superior porque aspiraban a mucho más que a la servidumbre.

María era como esos jóvenes aspirantes, según pensaba Mohamed.

El amo no estaba solo, lo acompañaban algunos componentes de su corso. María bajó la cabeza en cuanto los vio. Había enviado a Adila a pedir permiso en su nombre, pero el amo dijo que no se lo daría a no ser que la propia María lo pidiera.

Mohamed la había visto, así que esperó retirada, cerca del patio, a que el amo decidiera atenderla.

No tardó en llegar. Mohamed no había vuelto a proponerle que abjurara, algo que le extrañaba. Los amos no solían darse por vencidos ante la negativa, les gustaba hacer su voluntad a cualquier precio. Con las otras esclavas lo intentó de distintas maneras, pero con ella no. María

sospechaba que el amo la vendería cualquier día.

Mohamed se colocó frente a ella y bajó la cabeza. Era la primera vez que salía de allí desde que entró cautiva. El tiempo libre lo solía pasar en el patio de esclavos o en el habitáculo que compartía con Ana y Emilia.

Mohamed aguardaba en silencio y la joven no sabía si esperaba a que ella levantara la cabeza o a que comenzara a hablar. María era consciente de que al corsario le encantaban sus ojos, no eran frecuentes en aquella raza, como tampoco el pelo rubio de Emilia ni el anaranjado de Ana. Por eso ella evitaba que él pudiera verlos.

El corsario, al comprobar que la espera iba a ser en vano, decidió empezar a hablar él.

—Adila ya me ha dicho que quieres visitar a los monjes redentores.

María asintió. Los monjes redentores era una orden religiosa que se encargaba de gestionar los rescates de los esclavos. Eran intermediarios entre el amo y la familia del desdichado en cuestión. A veces, si las familias no tenían recursos para pagar toda la cantidad que el amo pedía por ellos, los monjes se encargaban de completarla.

María sabía que nadie de su familia pagaría por ella ni por Julio, pues ninguno de sus hermanos los echaba de menos ni tenían interés alguno porque regresaran a España. Pero ella había pensado en algo más. Dentro de sus posibilidades había una oportunidad de rescatar a su hijo Julio.

—¿Qué crees que pueden hacer por ti? —preguntó Mohamed con curiosidad.

—¿Cuánto pagaron por mi hijo? —Al fin el amo volvió a oír la voz decidida de la joven. Su tono y sus palabras en nada se correspondían con la mujer sumisa por la que se hacía pasar.

—No lo recuerdo —le respondió—. Desde entonces he vendido un centenar de esclavos. No recuerdo el prec…

—¿Cuánto cuesta un niño sano de su edad? —lo interrumpió.

El corsario sonrió al comprobar los planes de María.

—Ciento cincuenta ducados de oro, aunque puedes negociarlo.

María arqueó las cejas. Adila le había dicho que un galeote podría comprarse por cincuenta ducados y que a ella, al ser mujer aunque mayor, la habían vendido por ochenta ducados de oro. Su intención era hablar con los monjes para apuntar a Julio en su lista y escribir a don Diego, enviándole unos poderes, para que pudiera vender las bestias que los corsarios hubiesen dejado. Acababa de vender los puercos cuando la raptaron y seguro que, sin nadie que se encargara de colocar los cepos para los depredadores del campo, ya no quedaría ni una gallina viva en el gallinero. Si sumaba unas cuantas cabras y el terreno…

Todo lo que poseo no llegará ni a treinta ducados de oro.

Mohamed no dejaba de observarla mientras ella pensaba. María suspiró.

—Si acepto renegar, ¿de cuánto sería mi dote? —preguntó.

—Tu dote por tu liberación —respondió Mohamed.

Olvidaba que ella también tenía un precio.

—Si lo que buscas con esos monjes redentores es liberar a tu hijo, no será posible.

—Sí, si me dices quién lo compró.

—No lo entiendes —le reprochó el amo—. No todos los esclavos tienen un precio. Ahora mismo tú no lo tienes. Pedimos rescates por esclavos importantes y nos ofrecen por ellos buenas sumas. Luego están los galeotes, los que trabajan en el campo, construyen barcos o atienden las casas. Vendemos o aceptamos el rescate de los que no necesitamos.

—¿Y para qué queréis a un niño? Ellos no pueden trabajar como un adulto. —Desde que

estaba en Túnez era conocedora de que los bienes más buscados por los piratas eran mujeres y niños. Lo de las mujeres lo podía suponer, pero desconocía la razón por la que necesitaban a los niños.

—Para hacerlo *gazi* —respondió Mohamed con orgullo—. Como lo soy yo.

—¿Un pirata? —susurró sin dar crédito. Julio en los corsos, eso no podía ser posible.

Su amo se sobresaltó.

—¡Un soldado de la guerra santa! —replicó Mohamed ofendido y su grito la hizo dar un paso atrás.

Acababa de ofender al amo, pues ellos no se veían a sí mismos como los ladrones de mar que realmente eran. Estaba ya tan acostumbrada a estar entre ellos que se le olvidaba de que no eran su bando, que los suyos estaban lejos de allí, al otro lado.

—No podrás comprar a tu hijo porque él, como muchos otros, está destinado a algo que no está a tu alcance.

María se retiró de él asustada y a punto de estallar en llanto, pero aun así se volvió a dirigir hacia su amo. Tomó aire.

—¿Puedo ir a ver a los monjes? —preguntó como si toda aquella conversación no hubiese sucedido. No pensaba aceptar la realidad que Mohamed le proponía.

El amo asintió.

***

Esperaba turno junto a decenas de esclavos. Había varios monjes que, en la misma calle, formaban en filas a los esclavos que acudían. Allí comprobaban si sus nombres estaban o no en las listas. Vio llantos de desilusión y llantos de alegría. Era tarde. Era septiembre y ya se comenzaba a notar que los días terminaban antes. A la luz de los últimos rayos de sol llegó su turno.

María comenzó a narrarle al monje su historia, pero hablaba tan rápido que el religioso tuvo que interrumpirla varias veces y tranquilizarla.

—Me alegra que no hayas contemplado la renegación, pero me apena decirte que lo que me pides es muy difícil. El precio que piden por los niños es alto y podríamos tardar años en recuperarlo, si es que ellos nos lo permiten.

—¿Años? —Se sorprendió María.

—La lista es muy larga y cuando venimos solo podemos llevarnos a unos pocos. Acudimos una o dos veces al año. Los esclavos que regresarán con nosotros esta vez llevan aquí diez años.

María se llevó las manos a la cabeza.

—Más el tiempo que nos llevaría localizar a tu hijo. Si está en Constantinopla, nos sería muy difícil encontrarlo.

—¿Y si estuviera en Argel?

—Sin saber el nombre de su amo es muy difícil. A los niños no se les suele ocurrir enviar cartas pidiendo auxilio. Es muy fácil manipular la fe y el modo de pensar de un niño. En pocos años ellos mismos no quieren volver con su familia aunque se les dé la oportunidad. Además, tampoco pueden negarse a la conversión. Desde el momento en que los capturan pertenecen al otro lado de esta guerra.

Se apretó las sienes, no podía creer lo que estaba escuchando. No había fe ni esperanza capaz

de resistir lo que iba descubriendo a cada paso.

—¿Mi hijo uno de ellos? —Se sentía a punto de estallar. Colocó una de sus manos en la frente, toda su cara ardía.

—Seguramente lo habrán convertido ya —continuó el monje—. Si lo encontráramos hoy mismo no habría problema y, al ser tan joven, no tendría que rendir cuentas con la Inquisición, como lo haría usted si renegara. Pero, desafortunadamente, en el caso de que Dios iluminara su camino y llegara a encontrarlo, sería demasiado tarde. He visto a renegados adultos arrepentirse de la conversión. Pero con los niños no suele ser así. Todos acaban siendo como ellos.

Dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. No podía respirar bien, hacía mucho tiempo que no respiraba bien, desde la misma noche en que la capturaron.

—Entonces me pide que abandone. —La voz agotada de María apenó al religioso, pero su historia la había oído demasiadas veces y poco podía hacer al respecto.

—No. —Colocó su mano sobre la espalda de la joven—. Si abandona acabará perdiendo la esperanza y la fe y entonces ellos conseguirán lo que quieren.

El clérigo apuntó el nombre de Julio en una ya interminable lista.

Diez años es demasiado tiempo.

Ni siquiera estaba segura si ella, en tales condiciones, viviría tanto. Y desconocía la situación de Julio.

—Rezaré por su hijo —dijo el hombre—. Aunque ya haya sucedido la conversión, Dios no lo abandonará.

María sabía que el monje se refería a la renegación y a lo que ello conllevaba. Miró hacia un lado. El corazón y el estómago le dieron un vuelco en cuanto fue consciente. La conversión al islam. Adila le había explicado que era muy sencilla en las mujeres, pero que para los varones era diferente. Uno de los mayores temores de los hombres a la conversión no era la Inquisición, sino una práctica necesaria que en ocasiones se complicaba, se enfermaba e incluso se moría.

Hombres adultos que, llegado el momento, se arrepentían de renegar y continuaban siendo cristianos aunque a veces conllevara la muerte. Julio, donde quiera que estuviera, tendría que enfrentarse a ello completamente solo.

10

21 de septiembre de 1577. Argel

Se oían los rezos. Recitaban la oración al unísono y sus voces retumbaban en la bóveda del palacio. Diez hombres que desconocía, entre ellos el amo, lo esperaban.

Julio se encontraba junto a una columna. Sus piernas habían temblado por el miedo durante todo el camino, pero ante aquella escena pensaba que caería al suelo. Tenía la cara blanquecina y el estómago a punto de devolver lo poco que había comido aquella mañana. Sus tres compañeros habían estado toda la noche atemorizándolo. Le dijeron que dolía tanto que se desmayaría, que formaría un charco de sangre y otras muchas cosas que prefería no recordar. Incluso lo habían desnudado y se habían burlado de él. Tenía la espalda amoratada de los pellizcos.

Su amo no dejaba de observarlo. Julio se sentía medido por él en cada momento. Sabía que no estaba cumpliendo las expectativas del amo, como sí lo hacían el resto de niños. Y no era que le importaran los planes del amo respecto a él, pero sí que sentía el vacío entre los que lo rodeaban. Sus compañeros se burlaban de él, su amo pensaba que era un inútil. Era torpe, pero no sabía hasta qué punto llevaban razón. Servía para muchas otras cosas, pero no tenía la oportunidad de demostrarlas. No con aquellos tres niños contándole al amo todo lo que hacía mal para que este lo castigara. Sabía ya por qué los corsarios se rodeaban de niños en sus casas. Eran los futuros tripulantes de sus navíos y para ello eran preparados desde pequeños. Les enseñaban todo lo que debían saber hasta que, un día, el amo los liberaba. Incluso seleccionaba al mejor de todos ellos y lo adoptaba, como le ocurrió al gran Morato Arráez, o Murad Rais, como lo llamaban en Argel, el corsario más temido del que tanto le hablaba don Diego.

Notó una mano en su hombro. Enseguida miró al esclavo que lo acompañaba.

—Quédate —le pidió—. Por favor.

Apretó la mano derecha de Sajá Veidrá, como solían llamarlo, nombre que cada uno pronunciaba de una manera diferente según su procedencia. El esclavo le sonrió y Julio se sintió algo mejor.

Julio se colocó en el centro del círculo formado por los hombres y se arrodilló. Volvió a mirar al esclavo para comprobar que no se había marchado. Lo había oído muchas veces disuadir a otros de la conversión, sin embargo, a él nunca le habló al respecto. Julio suponía que la razón era que, al ser niño, no tenía elección.

Frente a Julio se arrodilló uno de los hombres. Vestía una túnica blanca lisa que resaltaba su oscura tez y llevaba un pequeño sombrero rojo con bordados dorados a juego con el fajín. El hombre rezaba en susurros con los ojos cerrados, seguidamente los abrió y asintió al chico. Julio sabía lo que tenía que hacer. Alzó el brazo derecho, señalando al techo de la bóveda con su dedo índice. Tomó aire, no estaba seguro si le iba a salir la voz. Podía notar cómo su dedo temblaba y temió que el amo se diera cuenta.

—*La ilaha illa Allah wa Muhammad Rasul Allah.* —Todos los miraban. Tomó de nuevo aire —. *La ilaha illa Allah wa Muhammad Rasul Allah*.

Tenía miedo, estaba nervioso, pero su voz sonaba alta y clara.

—*La ilaha illa Allah wa Muhammad Rasul Allah*.

Bajó el brazo y cerró los ojos. Su amo se acercó a él y parecía estar orgulloso. Lo ayudó a levantarse. Enseguida el esclavo se colocó a su lado.

Uno de los hombres estiraba una lona blanca en el suelo. Julio pensó que se desmayaría, todo su cuerpo temblaba, tenía frío y, sin embargo, sudaba. Miró a Sajá Veidrá con los ojos llenos de terror.

—Tranquilo —le dijo el esclavo.

El niño se tumbó y puso los brazos en cruz. Enseguida se arrodillaron a su lado para sujetarlo. El esclavo permanecía de pie, él no podía participar porque era cristiano. Solo estaba allí porque Julio se lo había pedido. El niño lo miró con los ojos brillantes, no quería gritar, se juró que no lo haría.

El hombre de la túnica blanca le levantó la ropa, dejando sus genitales al aire. Luego le envolvió alrededor con un paño. Julio miraba al techo, una bóveda dorada decorada con arcos azules. Sabía que el cuchillo se acercaba, pero él no quitaba la vista del techo. Un adorno en particular, quería concentrarse en él. Eran arcos entrelazados. Fijó tanto la vista que se emborronaron enseguida.

Notó el frío acero del cuchillo en su piel. Tomó aire y lo aguantó. Cortaban. No dejaba de mirar los arcos, se emborronaban, le dolía, las lágrimas caían por los rabillos de sus ojos hasta el suelo. Acabó. Soltó el aire de una vez. Le estaban vendando la zona.

Miró, al fin, al hombre que se lo había hecho. Este levantó el paño lleno de sangre y se oyeron vítores. Julio miró enseguida a su amigo esclavo y este le sonrió levemente.

11

23 de diciembre de 1577. Túnez

La llegada del frío y las lluvias, sumado a la cercanía de la Pascua, la hacían pensar en Julio continuamente. Ya habría cumplido los ocho años, si es que seguía con vida.

Más de cinco meses cautiva habían sido suficientes para darse cuenta de que jamás iba a resignarse a su desafortunado destino. Después de su conversación con el monje redentor cayó en la más auténtica desesperación, porque a la angustia de lo que suponía no saber el lugar en el que se encontraba su hijo, ni el tiempo que tardaría en encontrarlo, si es que lo hacía antes de su propia muerte, se unían ahora las palabras del monje. Si tardaba mucho, Julio ya sería uno de ellos. No lo creía, Julio nunca elegiría a los que trajeron el sufrimiento. Quizás, y muy probablemente, lo habían convertido al islam, hubieran cambiado su nombre, su pelo, su forma de vestir. Pero jamás podrían romper los lazos que la unían a ella. Ni Mohamed ni ningún otro amo que le quedara por tener lo conseguirían jamás. Lo buscaría durante el resto de sus días.

Su búsqueda comenzó a finales de septiembre. Primero revisó la lista de los monjes redentores y después envió una carta a don Diego para saber si había tenido noticias del pequeño. Porque aunque ella era torpe con las letras —había tenido que pedir ayuda a los clérigos para escribir la carta—, Julio tenía soltura de sobra para poder comunicarse a través de misivas con el clérigo del pueblo. Había sido una de sus más grandes esperanzas, don Diego. Pero el día anterior llegó la respuesta. Don Diego no sabía más que ella de Julio. El clérigo tan solo podía enviarle fortaleza ante la tentación de renegar de Dios.

Desde entonces hasta ese día había recorrido todo Túnez en las horas que su amo le permitía salir. Había preguntado a cada niño, a cada mujer, a galeotes en el puerto y hasta a los propios piratas. Demasiados meses y demasiados esclavos como para que alguien se hubiese fijado en qué nave embarcó aquel único niño que su amo, o un intermediario de este, había comprado ese día. No podía estar segura de que el niño no estuviera en el propio Túnez, no era fácil encontrarlo aunque fuera así. Aunque Adila le aseguró demasiadas veces que no eran de allí.

Preparaba la comida para los galeotes del amo. Era la segunda vez que el amo salía de viaje desde que ella vivía allí. No a las razias, eso lo dejaban para el verano. Esta vez iba de visita a Argel. La única esperanza de María para escapar de allí. De todos modos, si la capturaban y la sentenciaban a muerte siempre tendría la protección de una conversión. Para los hombres era una opción muy recurrida. Cuando iban a morir decapitados les daban a elegir entre la muerte y la conversión. Y ya con su nuevo nombre podían unirse a los corsos y contribuir a la lucha. Ganar su dinero, tener sus propios esclavos. En la misma calle en la que se encontraba la casa de Mohamed convivían varios renegados. Eran corsarios aún solteros y todos ellos habían llegado como esclavos, fuera a Argel, Túnez o Constantinopla. Con la conversión se habían convertido en seres respetables, con libertad para comerciar, para embarcar, viajar, hacer razias. Sin embargo, cuando las mujeres se convertían o bien continuaban siendo esclavas, como Adila, a quien nadie quiso en matrimonio porque era estéril, o bien se casaban con los amos, asegurándose morir en la esclavitud. Porque no había mucha diferencia entre ser esclava de un amo o ser esposa de un musulmán, la sumisión y la obediencia que tanto detestaba estaban presentes en ambas situaciones. María lo consideraba injusto. Si ella hubiese sido hombre, tan solo hubiera tenido que renegar de Dios y ya, posiblemente, hubiese encontrado a Julio.

Pero era mujer y eso era un impedimento para casi todo. Al amo no le agradaba que María pasara horas fuera de casa y las limitaba al mínimo posible. Era comprensible su actitud. Aunque en raras ocasiones, las esclavas desaparecían, bien porque escapaban, bien porque alguien se las llevaba, o bien porque alguien las mataba. Era un bien que se pagaba caro. Podrían robarla, llevarla a otra ciudad y venderla en un mercado, y Mohamed no volvería a saber de ella.

Lo había meditado con multitud de posibilidades. Si Mohamed le hubiese dicho el paradero de Julio, no se lo hubiese pensado dos veces. Otros corsarios o *gazi*, como les gustaba que se les llamara, se habían fijado en ella. Mohamed había recibido alguna que otra oferta. Era sumamente fácil seducirlos para que la llevara con ellos a Argel o a Constantinopla. En uno de los dos lugares estaba Julio y ella solo podía elegir uno. Si fallaba, no tendría una segunda oportunidad. Esa opción no era segura porque si renegaba y contraía matrimonio con alguno de ellos, le sería imposible escapar de un esposo. Las cadenas de un esclavo eran más finas que la de una mujer ligada a un hombre. Los *gazi*, y los musulmanes en general, eran tremendamente posesivos con las mujeres, incluso con las esclavas. El propio Mohamed se enfurecía si alguno de ellos, en su presencia, miraba con descaro a María y la echaba del lugar. Durante las reuniones o cenas que daba a sus amigos ordenaba a María quedarse junto al pozo.

La única salida que tenía era escapar, por eso se había ofrecido a preparar y llevar el bizcocho a los galeotes, los esclavos más desdichados de todos. Horas y horas bogando en la mar y lo que tenía delante era la única comida que les daban, bien racionada. Había cocido el pan de trigo dos veces, tal y como le había enseñado Adila, junto con unas cuantas habas. Pero la pestilencia insoportable procedía de la olla que había dejado hirviendo con mazamorra. No era más que la sopa que se originaba al hervir un bizcocho estropeado que sobraba de las galeras. Bizcocho de trigo mohoso y, la mayoría de las veces, hasta con gusanos. Todo lo echaba a la olla. Las primeras veces su estómago no lo soportaba y solía vomitar. Pero su estómago cada vez era más fuerte. Se apenaba de todos los que tenían que comer aquella porquería. Y no dudó de que algún día también lo tuviera que hacer ella.

***

Conocía cada rincón de aquel y de los otros barcos del amo, ya que ella era una de las encargadas de limpiarlos a fondo. Cada vez que llegaba de un viaje, el amo ordenaba el *gemiyi-artlama.* Llevaba días hacerle una limpieza profunda. En esta ocasión, el amo solo llevaría uno porque era invierno y en esta estación no había peligro de asaltos piratas. María sonreía cada vez que escuchaba esto. A veces se le olvidaba que allí todo era al revés. Y cuando hablaban de piratas se referían a los suyos, a los cristianos.

Ya había depositado el bizcocho en la galera y tenía que abandonar el barco. Pero ella tenía otro plan. Aprovecharía el *azalá* para esconderse. Había descubierto una trampilla justo debajo de las escaleras por las que se accedía a la galera. Era un armario destinado a guardar las armas de los capturados que comenzaban su esclavitud directamente como galeotes. Allí mismo los desarmaban y los encadenaban al banco para no soltarlos durante semanas.

Subió las escaleras tras el encargado de azuzar a los remeros, que se disponía a hacer el *azalá* junto a sus compañeros. Pero María se detuvo y se giró con rapidez para meterse en el hueco. Quizás algún galeote la hubiera visto y eso la aterrorizó. Podía perder una oreja por aquello, o quizás las dos, si el amo la encontraba. O lo que era aún peor, hacerla volver a casa con un

intento de fuga fallido y lo que eso conllevaba. Le sería muy difícil intentarlo por segunda vez.

En la oscuridad, y con el corazón a punto de estallar, escuchó el comenzar de los rezos.

El armario estaba justo debajo de la segunda tanda de escalones y podía oír el ruido de las pisadas de subir y bajar al crujir la madera que estaba sobre su cabeza.

Zarparían de un momento a otro. Los minutos se hacían eternos. Desconocía el tiempo que tardarían en llegar a Argel, pero llevaba consigo siete onzas de pan. Había preparado un poco de agua en un frasco vacío de perfume, tras haberlo lavado y hervido, para que el agua no tomara el sabor ni tener que beber algo que pudiera dañarla. Sin embargo, con los nervios de ser pillada, lo había dejado olvidado en la casa del amo. Casa que, con suerte, no volvería a pisar. Porque una vez en Argel se las apañaría para salir del barco sin ser vista y se mezclaría entre el resto de esclavos. Según decían, se contaban por miles.

El rezo estaba a punto de terminar y ella comenzó el suyo. Las pisadas se seguían oyendo y no entendía, si estaban rezando, por qué había alguien que se movía en la escalera. Sería algún esclavo.

Padre nuestro, si no me has abandonado, haz que no me descubran. Protégeme de ellos, ilumina mi camino para encontrar a Julio. No hallarás fiel con más devoción que yo. Demuéstrame que no me has abandonado.

El rezo se detuvo y se escucharon las voces. De un momento a otro el barco comenzaría a moverse para alejarse del puerto.

No he perdido del todo la fe, pero necesito que no me dejes a mi suerte. Necesito saber que estás conmigo, que estás con mi hijo. Protégeme de ellos.

La puerta del armario se abrió. El pirata más joven del corso la miraba con atención.

—¡*Babá*! (Papá, nombre que usaban los *gazi* para referirse a su superior) —gritó—. ¡*Babá*!

Agarró a María por el pelo y la sacó del armario para luego empujarla con fuerza. Cayó a los pies de Mohamed.

Mohamed la miró con desprecio, aunque no estaba sorprendido en absoluto, llevaba tiempo esperando que lo intentara. Agarró la cabeza de María, sacó un cuchillo de su cinturón y se lo colocó en la oreja. Notaba cómo el cuchillo rozaba justo la parte del lóbulo despacio, demasiado despacio. Había visto al amo cortar alguna oreja, no era la forma en la que lo hacía. Tenía fuerza suficiente para hacerlo con rapidez y sus cuchillos solían estar bien afilados. Esperaba algo de ella, algo que no pensaba darle. No imploró el perdón, no hizo nada más que mirar hacia el suelo, esperando que el amo acabara. Mohamed profirió un grito y movió el cuchillo rápidamente. La joven pudo oír un leve crujido de algo al romperse. María vio caer en el suelo suavemente, como lo haría una pluma, un mechón ondulado de su pelo.

Levantó la cabeza para mirar al amo.

—Te mandaré azotar —le amenazó.

María se puso en pie. Mohamed, al ver su indiferencia y la falta de arrepentimiento de la esclava, que lo avergonzaba como amo delante de todo el corso, la agarró del brazo y la llevó hasta el mástil principal donde, ante corsarios, esclavos, sus esposas y el resto de trabajadores de embarque, la ató por las muñecas a la madera.

—Lo haré yo mismo. —Estaba completamente fuera de sí.

Pidió a gritos el látigo al encargado de las galeras.

María se agarró con fuerza al mástil.

Si los galeotes lo resisten, yo también puedo.

Mohamed se acercó a ella y le rompió el tabardo, dejando su espalda desnuda. Se acercó al

oído de la joven.

—Jura que no volverás a hacerlo —le ordenó.

María apretó los dientes. Eran las consecuencias de la fuga, sabía a lo que se exponía. Ahora no hacía más que empeorar las cosas. Ponía en evidencia a Mohamed delante de sus propios hombres, delante de otros amos, de sus esclavos. El castigo sería ejemplar.

Llegó el primer azote con más fuerza de la que esperaba. Ella gritó, no pudo evitarlo. Notó al corsario cerca de su nuca, su aliento llegaba hasta su oído, el que debería de haber perdido. Un esclavo marcado era un esclavo con el que se debía de tener cuidado. No era de fiar, no era un esclavo ejemplar, difícil de vender. Los amos tenían experiencia suficiente con aquel tipo de cristianos.

—Júrame por tu Dios que no volverás a hacerlo —le dijo.

María cogió aire y levantó la cabeza mirando al mar. Allí a lo lejos, en algún lugar lejano, estaría Julio y sus esperanzas de encontrarlo desaparecían. Nada dolía más que eso, ni cien latigazos. Se sintió sola, abandonada en el infierno y con una tristeza infinita. Cerró los ojos.

—Ya no tengo Dios —respondió—. Y volveré a hacerlo tantas veces como tenga oportunidad sin temer al castigo.

Una vez hubo pronunciado aquellas palabras apretó la frente en el mástil. Ni ella misma estaba segura de por qué lo había hecho. Quizás la ira contenida por ver sus planes frustrados. Quizás por dejar en evidencia a Mohamed ante todos los presentes, en venganza por ocultarle el paradero de su hijo. Quizás, simplemente, por no ser como el resto, por no resignarse, por oponerse a todo a lo que ellos la obligaban a hacer. Si hubiese tenido la oportunidad se convertiría en *gazi* sin dudarlo. Pero ella no tenía más opciones que la servidumbre, como esclava o como esposa.

Por supuesto que tenía miedo al látigo, a Mohamed, al dolor de las heridas, a los que vendrían después. Pero ni su amo ni todos los que estaban allí tenían que notarlo.

Mohamed gritó con furia y la azotó de nuevo.

—No volverás a hacerlo. Llevarás cadenas día y noche. Te mandaré vigilar todo el tiempo.

María se dejó caer en el mástil, su cuerpo basculaba, sabía que se desmoronaría con los próximos latigazos.

—Jamás te diré a quién le vendí a tu hijo. —María apretó los dientes al escucharlo.

Ni cien latigazos.

Nada dolería más. Se preparó para recibir la consecuencia de su atrevimiento.

El castigo acabó, fue rápido pero se le hizo eterno. María, como no podía ser de otra manera, había acabado en el suelo.

El corsario la cogió por el pelo y le levantó la cabeza para que lo mirara. El amo colocó su rostro muy cerca del de ella. Estaba completamente fuera de sí.

—El próximo verano te llevaré a Constantinopla —le dijo—. Pasarás el resto de tus días en un harén.

La desataron y se dejó caer en el suelo. Le dolían las heridas que había abierto cada golpe, había perdido la cuenta a partir del séptimo. Pero aún más le dolía regresar de nuevo a aquella ciudad que, entre el mar y el desierto, le daba tan pocas posibilidades de escapar.

12

24 de abril de 1578. Argel

Julio había construido un diminuto navío con cañas que había recogido de los jardines del amo.

—El amo trata de hacer de ti un corsario y, sin embargo, creo que tendrías talento en otra profesión mucho más valorada en Argel.

Julio sonrió a la única voz que le agradaba oír en Argel, la del que fuera un valeroso soldado que ahora no era más que un cautivo. Y eso que debía de ser alguien importante, puesto que el precio de su rescate era de los más altos que hubiese oído: quinientos ducados de oro. El niño, curioso como siempre, había hecho un cálculo aproximado. Ocho años del trabajo que su madre hacía en España para pagarlo. Por esa razón, por su condición, no era un esclavo como el resto. De hecho, el antiguo soldado no estaba sometido a ningún tipo de trabajo, simplemente lo mantenían cautivo y no estaba mal alimentado. El amo quería asegurarse de cobrar por su rescate. Por esa razón tenía tiempo suficiente para enseñar a Julio el sabir o para contarle historias sobre batallas. Era muy conocido en Argel, algo reservado, pero noble y dispuesto a ayudar a todo el que lo necesitara. Solía encargarse de escribir cartas a los esclavos que no conocían las letras, que eran la gran mayoría, para que estos pudieran comunicarse con sus familias. Los argelinos no solían poner impedimento en que los esclavos mantuvieran la correspondencia con sus lugares de origen y las cartas eran enviadas a través de los barcos de mercaderes que atracaban en el puerto. A veces los propios amos persuadían al cautivo para que escribiera, así se aseguraban de que la familia era conocedora de las penurias de Argel y buscaba las formas de pagar los rescates.

Pero no era el caso de Julio, a él su amo no le había puesto precio aunque alguien estuviese dispuesto a pagarlo.

El esclavo Sajá Veidrá se había convertido en su mayor confidente en Argel. Él lo comprendía. Quizás fuera la única persona en Argel que pensaba que era un niño muy inteligente. El resto solía decir que era retrasado, hasta su propio amo. Su amigo aún lo solía llamar por su nombre cristiano, Julio, y no por el nuevo nombre elegido por su amo, Sahid.

Pero, enseguida, su sonrisa desapareció al recordar por qué tenía ganas de verlo aquel día.

—Esta noche he soñado con ella, otra vez —confesó.

—¿Y eso te apena? —preguntó al chico.

—Me estoy acostumbrando a estar aquí, es... como si ya no fuese un niño. Recuerdo que, al principio, lloraba todas las noches. Ahora solo lo hago cuando pienso que no voy a volver a verla. —Se sorbió los mocos—. Si al menos supiera dónde está, podría ir algún día a buscarla. Pero solo sé que se la llevaron y nada más. Ni siquiera sé si está viva.

El esclavo Sajá Veidrá se puso frente a él.

—Seguro que sí lo está. No pienses eso.

—No soy *imbécil*, sé lo que hay a mi alrededor —añadió el niño mientras colocaba el mástil al pequeño barco—. Sé cómo tratan a las esclavas los amos y lo que quieren de ellas. Y sé cómo es mi madre, no tienes ni idea. No sé quién será su amo, pero te aseguro que no se resignaría ni ante Murad Rais el Grande. Ni ante el propio Pachá doblaría una rodilla. Prometió que me encontraría, dudo que haya conservado tan siquiera una oreja —Julio negó con la cabeza.

El antiguo soldado dudó si sonreír con la ironía del niño. Se oyeron unas voces y Julio se

levantó enseguida.

—Es la hora del *azalá*. ¿Podrías guardarlo? —Le dio el barco—. Si ellos lo vieran, lo destrozarían en mi cabeza.

El esclavo asintió riendo. El niño echó a correr.

—Se me olvidaba —recordó el niño y regresó hacia el hombre mientras se sacaba algo de debajo del tabardo—. He acabado la carta, si el amo o alguien se enterara…

—Nadie se enterará, tranquilo.

—Quizás don Diego sepa algo de ella.

—La llevaré ahora, he visto barcos de mercaderes en el puerto, quizás salgan hoy mismo. —El esclavo miró hacia la casa—. Apresúrate o volverás a llegar tarde y te castigarán de nuevo.

13

15 de Julio de 1578. Túnez

Había subido al barco y ni siquiera quiso mirar por última vez aquella ciudad, a la que detestaba, antes de bajar a las celdas. Tal y como prometió Mohamed, sus últimos meses como esclava habían sido una tortura. Jornadas de trabajo interminables y cuando no trabajaba encerrada o alquilada como trabajadora para los amigos del amo. La alimentaban lo mínimo para subsistir, pero eso poco le había importado, puesto que solía robar comida de las cocinas. Cuando tenía que salir para acudir a la casa de algún otro amo la acompañaba un esclavo de confianza o algún renegado.

Mohamed había encargado colocar una argolla de metal en el suelo del habitáculo donde dormía. Allí la encadenaban cada noche, atada de cuello y manos, las horas que le permitían dormir. Mohamed no tuvo clemencia con ella en ningún momento. Cumplió cada una de sus amenazas y, ya llegado el verano, la embarcó hacia Constantinopla.

La llevaron hacia las celdas donde, poco más de un año atrás, la encerraron junto a Julio y el resto de desdichados. No había vuelto a ver a ninguno de ellos. Su claro vestido blanco resaltaba entre los oscuros ropajes de los corsarios. Ellos vestían de la misma manera que cuando la raptaron, *sarawill* y camisa negra. Solo se distinguía al amo entre ellos por la oscuridad de su tez.

El propio Mohamed la introdujo en una celda individual reservada para esclavos peligrosos, altos mandos o de gran valor por el precio de su rescate. La razón por la que lo hacía con ella la desconocía. Ella no era nadie importante, no sabía manejar armas ni tenía posibilidades de escapar.

Ni siquiera se giró, quedó de espaldas a ellos, esperando a que cerraran la puerta de la celda. Su vestido de tirantes dejaba ver aún las marcas oscuras que quedaban de las heridas de los latigazos. Cuando las costras cayeron, y el dolor desapareció, las cicatrices tomaron un tono rosado. Pero en cuanto el sol de junio dio en su espalda, durante largas jornadas limpiando el barco para prepararlo para las razias del amo, se tornaron oscuras, mucho más oscuras que el tono de su piel. A María no le importaban en absoluto y solo a veces le producían algún picor repentino, pero desde que con el calor sus vestidos pasaron a ser más descubiertos, llamaban la atención de esclavos y amos. Cuando un esclavo tenía demasiadas cicatrices, o le faltaba la nariz o una o sus dos orejas, no era de fiar.

Mohamed cerró con llave el candado. El amo no había vuelto a decirle ni una palabra desde el día de los latigazos y prohibió al resto de esclavos hablar con ella más de lo necesario.

Sintió que todo aquello quedaba atrás. Iba hacia una nueva ciudad, con la fe perdida y sin la esperanza de cumplir su promesa, pero no lo aceptaba, no se rendía. Sabía que todos los latigazos que recibiera, todos los insultos, humillaciones y lo que le quedara por padecer, serían en vano. Pero asumir las consecuencias de su comportamiento era su forma de castigarse por no ser capaz de encontrar a su propio hijo, por no haber sabido arrancarle a Mohamed el nombre de quién lo compró, por no poder escapar, por no saber luchar contra ellos. No podía cumplir su promesa y seguramente, en algún lugar, Julio la estaba esperando. Esa era la peor y más dolorosa de todas sus cicatrices.

14

15 de Julio de 1578. Argel

Tres barcos llevaba Murad esa vez, suficientes. Era cierto que en verano tenía más competencia, pues eran numerosos los corsos que salían de Túnez y de Argel a hacer las razias. Pero él jugaba con la ventaja de la velocidad y de haber diseñado estrategias que poco solían fallar.

Miró hacia el mar infinito, solo de pensar las posibilidades en cada nuevo viaje hacía que experimentara un ansia placentera. Esperaba regresar con un nuevo botín valioso, estaba seguro, el viento estaba de su parte.

15

15 de Julio de 1578. En medio del mar

Se había quedado dormida y se despertó con un sobresalto. El barco se sacudía y el sonido era aterrador. Se oían gritos y el techo parecía hundirse sobre ella. Era la única esclava que permanecía en las celdas, temía lo peor. Si el barco se hundía, ella se hundiría con él.

Más voces y gritos. Alguien atacaba el barco por ambos lados. Se sentó y se arrastró hasta una esquina de la celda y se agarró a los barrotes. Estaba descalza, se había quitado las zapatillas de cintas, la suela era demasiado dura y prefería estar descalza.

Otro gran estruendo y el barco se tambaleó con fuerza. Miraba aterrorizada la escalera por la que se accedía hacia cubierta. Se hundían, no tenía duda.

Más voces, los corsarios gritaban con furia nombrando a su Dios, y los estruendos se sucedían cada vez más continuos. Cerró los ojos y apretó los dientes sin soltarse de los barrotes, como si eso fuera a salvarla del mar. Pero si se soltaba, en una de las sacudidas saldría disparada y se golpearía contra alguno de los hierros que la encerraban.

Se temió lo peor. Miró el suelo del barco, estaba inclinado hacia atrás, no tenía dudas, se estaban hundiendo. El barco entero se inclinaba lentamente, notaba cómo algo invisible la empujaba hacia atrás, hacia la pared.

Más voces, gritos, lucha en cubierta. Sacó una pierna entre los barrotes para que su sujeción fuera mayor y en esa misma postura aguardó y aguantó cada estruendo, cada tambaleo, durante más tiempo del que deseaba. Bombardeaban el barco a un lado y a otro. Suponía que el amo se resistía. Había ordenado preparar tres barcos para el viaje con todo tipo de guarnición. Pero quienesquiera que fuesen los otros estaban ganando.

***

Hacía rato que los estruendos se habían detenido. El barco continuaba algo inclinado, pero aguantaba sin hundirse aún, algo que no esperaba. Los corsarios solían hacer barcos veloces, lo que significaba también más pequeños y menos resistentes.

Se oyeron pasos apresurados, gritar órdenes. María abrió los ojos al fin. Tenía el cuerpo entero agarrotado. Llevaba horas en la misma posición, ejerciendo fuerza para no salir disparada en cada cañonazo.

—Abajo. —Escuchó—. ¡Trae la llave!

Miró hacia la escalera, confusa. Alguien bajaba. Y fue consciente de que aquellas palabras las había oído en su propio idioma.

Eran dos hombres. Vestían pantalón oscuro y camisa blanca, no llevaban nada en la cabeza. María expulsó aire. «Son cristianos».

—Mujer. —La llamó uno de ellos—. ¿Estás herida?

María negó con la cabeza mientras se ponía en pie con rapidez. Uno de ellos abrió el candado de la celda y la invitó a salir. María tuvo que agarrarse al brazo del hombre para no caer, pues sus piernas no le respondían como ella esperaba al iniciar la marcha.

—¡A prisa! —Los llamó un joven desde arriba—. Hay que abandonar el barco, se hunde.

Subía las escaleras con ayuda y aún desconfiada, insegura entre aquellos desconocidos, buscando con la mirada a su amo.

—¿Han salido todos los galeotes? —Los oyó decir.

Había cadáveres en el suelo, demasiados para averiguar si Mohamed era uno de ellos. Dos barcos custodiaban el navío del corsario. De los otros dos, uno estaba medio hundido, mucho peor que en el que ella se encontraba. El tercero había salido mejor parado. Muchos hombres pasaban de un barco a otro.

—No hay forma de sacar a los galeotes de ahí —dijo uno y María sabía que se refería al barco medio hundido—. De todos modos, ya estarán todos muertos.

Encadenados al banco de remos, no tenían forma de salvarse del mar. Tampoco corrieron mucha mejor suerte los cristianos que bogaban en el suyo, puesto que la galera del navío musulmán estaba a la misma altura que los cañones españoles, la parte más baja del barco y por la que entraría el agua en cada orificio que abriera la bala del cañón. Por eso el barco se inclinó desde los primeros cañonazos, por eso lograron hundir al segundo barco.

Ayudaron a María a pasar al barco de los españoles, que era más alto que el barco corsario. También había algunos cuerpos en el suelo que los marineros tiraban al mar. En medio de cubierta unos hombres formaban un semicírculo. En el centro tenían, arrodillado y atado, al corso Mohamed.

—¿Ese era tu amo? —preguntó uno de los marineros.

María afirmó mientras se apartaba para dejar pasar a los remeros cristianos que salían del otro barco de Mohamed. Otra fila de hombres vestidos de negro aguardaban custodiados para ocupar su lugar. «Ahora ellos son los esclavos». Todo había dado la vuelta por completo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó otro de ellos y su voz sacó a María de sus pensamientos.

—Mohamed Rachí —respondió la joven.

—El pirata de Túnez —confirmó otro de ellos.

—¡Eh! ¡José! —Lo llamó otro hombre desde el barco corsario—. No hay nada más, ya hemos subido todas las cajas.

El hombre al que llamaban José miró a María.

—Eres la única mujer a bordo. ¿No iban las esposas de Mohamed con él? —La joven negó y el español hizo una mueca de desagrado—. Eres esclava, por lo que parece, así que no te haré registrar. —Miró el vestido de María, fino, casi transparente, que le llegaba hasta los tobillos. Descalza, sus pies resbalaban en la mojada madera de la cubierta, salpicada de agua de mar y sangre.

María arqueó las cejas sorprendida. Si hubiese llevado algo de valor, también se lo hubiesen quitado. Comprendió que, en el saqueo del mar, no importaba bando ni religión. Y no estaba en un navío de soldados, sino en uno de piratas españoles, de bandidos.

—Tendremos que desviarnos —gritó otro—. No podemos arriesgarnos. Este es su territorio y en cuanto vean que llevamos un barco corsario con nosotros nos atacarán.

Se alejaron de María, que no dejaba de observar qué hacían con Mohamed. Lo llevaban abajo. «Lo meterán en una celda».

En cubierta otro de los piratas españoles revisaba el botín y las cajas que habían podido recuperar de los barcos de Mohamed. Habían tenido suerte, Mohamed no iba de razia y transportaba hacia Constantinopla alguna mercancía. Cuando los piratas iban de razia y solo llevaban víveres y armas. Por eso el interés por las mujeres del corsario. Las mujeres musulmanas solían llevar joyas en exceso, tanto puestas como consigo en joyeros.

Un joven amarraba con fuerza las cuerdas de una de las velas. María se acercó a él.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? —El joven estaba tan concentrado en mirar hacia arriba, hacia la vela que tenía que colocar en posición, que ni siquiera la miró.

—No estoy seguro, pero con este viento… —Volvió a tirar de la cuerda para fijar la vela—. Seguramente nos dirigiremos hacia la costa de Almería. No creo que merezca la pena más riesgo y tampoco tenemos hombres para llevar más lejos cuatro barcos.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —volvió a preguntar María.

—Mañana, al amanecer, estaremos en tierra firme.

María miró al cielo, amanecía.

Un día, solo un día y una noche en aquel barco, entre corsarios musulmanes y piratas cristianos, y sería libre de nuevo.

Todos iban y venían y nadie pareció prestarle atención. Buscaba algún hueco en el que poder acurrucarse y dejar pasar las horas hasta que llegaran al puerto. No era una esclava en aquel nuevo barco, pero tampoco podía confiar en sus ocupantes.

Bajó por unas estrechas escaleras. Los barcos de los piratas españoles nada tenían que ver con los de los corsos que conocía. La pestilencia era insoportable hasta para ella, que estaba acostumbrada a limpiar heces de las palanganas del amo.

Orina, pescado podrido y rincones llenos de bolas de gusanos fue lo que encontró en aquel pequeño almacén de artillería. Se acomodó en un hueco y comenzó a ser consciente de su nueva situación.

16

16 de Julio de 1578. En medio del mar

Llevaba todo el día metida en el pequeño habitáculo. Tenía sed y hambre. Nadie la había visto meterse en aquel lugar y por allí solo había aparecido uno de los piratas para orinar junto a la escalera. Pudo ver el chorro de orina caer, pero no a quién hacía tan desagradable acción. Tampoco fue vista por él.

Tenía regusto de agua salada en la boca y eso hacía que su sed aumentara. Decidió salir a pedir agua, alguien se la daría. Suponía que ya era entrada la tarde, prefería hacerlo en aquel momento, en el que todavía había luz, que hacerlo de noche.

Subió a cubierta. Hacía frío. Descalza y con el fino vestido su piel se erizó. Había un grupo de piratas sentados en el suelo, desprendían un olor demasiado fuerte, no supo identificar si era vino o aguardiente lo que bebían. Observó cómo llamó su atención verla en cubierta. Se alejó de ellos enseguida, prefirió pedir el agua a alguien en plena consciencia de sus actos, si es que podía encontrarlo en ese barco.

Había otros grupos de hombres similares en cubierta y entonces comprendió cuando los corsos decían que era sumamente fácil hacer un motín en un barco español. Nada que ver con la organización corsaria musulmana.

Tomó aire, la primera vez que respiraba siendo consciente de que era libre de nuevo y, sin embargo, se sentía igual de presa que la noche anterior. Su verdadero cautiverio no era tener un amo, era tener a un hijo desaparecido. Quizás en España, con la ayuda de don Diego si es que lograba llegar al pueblo, podría lograr encontrar el paradero de Julio.

Miró a un lado y a otro. Si la estructura de un barco español era la misma que la de los navíos musulmanes, podría hacerse a la idea de dónde estaba la cocina. Se dirigió hacia el otro lado del barco. Unas nuevas escaleras la llevarían a la cocina y al almacén, si no se equivocaba. Los nidos de gusanos abundaban por todo el barco y allí parecía haber permiso para orinar en cualquier rincón, orina que era absorbida por la madera y producía aquella pestilencia.

Tres hombres movían unos barriles.

—¡Eh! La esclava está aquí. El capitán nos preguntó esta tarde si te habíamos visto.

María no supo qué responder ante el grueso y peludo hombre que olía tan mal como aquel barco.

—Necesito agua —pidió María.

—¿Agua? —preguntó el más joven—. ¡Eres libre! Bébete una botella de aguardiente para celebrarlo.

Rieron, pero María ni siquiera profirió una sonrisa.

—¿Dónde puedo encontrar el agua? —preguntó.

El hombre grueso le señaló unas grandes botellas de cristal envueltas en cuerdas de mimbre. María se dirigió hacia ellas.

Se inclinó, volcó la botella y bebió. Hasta el agua olía mal y sabía aún peor. Quizás se había acostumbrado al agua de Túnez, tan desagradable para ella en sus primeros días.

María sació su sed, que no era poca, mientras escuchaba cómo los hombres hablaban entre ellos en susurros. Dejó la botella en su lugar y sintió la necesidad de marcharse de allí a toda prisa.

—Eso tuvo que dolerte. ¿Te lo hizo ese moro que tenemos abajo? —La joven se giró lentamente y los vio a los tres observándola. No le gustaba la forma en que lo hacían. Sus ojos, sus mejillas sonrojadas, la media sonrisa no le presagiaban nada bueno.

—De eso hace tiempo. —No quería dar explicaciones, no quería estar ni un segundo más cerca de ellos.

Se marchó del almacén a toda prisa, atravesó la cubierta entre voces, cánticos, vítores y algún comentario obsceno. Se metió de nuevo en la armería. Estaba demasiado oscuro allí dentro, ya era completamente de noche y tenía que ir con cuidado de donde ponía los pies.

Recibió un golpe en la espalda, que la hizo caer de bruces entre cuerdas, y rodaron balas de los cañones más pequeños. La agarraron por el vestido, no podía ver quiénes eran, ni cuántos eran. Eran más de uno, seguro, apenas cabían en la armería. Ella estaba en el fondo, pegada a la pared. Intentaba girarse para colocarse frente a ellos. Olía a pólvora, con el forcejeo dejó caer varios cajones. Pero la pestilencia de aquellos hombres era aún mayor. Reconoció sus voces, sus cuerpos. Eran los tres piratas a los que les había pedido el agua.

Uno estaba en la pared derecha, otro en la izquierda y supuso que el tercero se hallaría en la puerta que acababan de cerrar. No podía ver absolutamente nada. Sus pies pisaron algo blando, pegajoso. Una de tantas bolas de gusanos que había en las paredes y esquinas del barco. Los oía reír, respirar con su aliento aguardentoso.

María gritó. Una gruesa mano la tocaba. Ella lo apartó, pero enseguida llegó una segunda, que también apartó, y llegó una tercera. Intentó empujarlos, pero la lanzaron contra la pared y ya no pudo con ellos. Lograron levantarle el vestido hasta el pecho. El olor a sudor que desprendían se hizo intenso.

—¡Ven aquí! —Uno de ellos la agarró del brazo y tiró de ella para colocarla en medio. María sintió un roce en sus nalgas que desprendía el calor del miembro eréctil masculino. Se giró con rapidez, pero sus nalgas volvieron a encontrar otro. También lo notó en el muslo. Gritó sin parar, arañó, mordió y pisó sus pies mientras ellos le tapaban la boca y la intentaban inmovilizar.

—Sujétala —ordenó uno—. ¡Sujétala bien! Se sigue moviendo.

María notó entre sus piernas cómo el bandido intentaba penetrarla. Apretó todo lo que pudo para que no lo consiguiera.

—¡Pedazo de *puta*! —gritó uno—. Me ha mordido.

La cogió del pelo.

—¡Quítate de ahí, *inútil*! —le gritó al otro pirata—. Déjame a mí. Se va a enterar ahora.

El segundo hombre la obligó a doblar la espalda. Ahora lo tendría mucho más fácil que el anterior. Volvió a notar la presión, que incluso le tiraba del vello del pubis. Lloraba sin dejar de gritar. Se resistía con fuerza aguantando el dolor, apretaba las nalgas y su interior para no dejarlo entrar. Pero el pirata podía más y, poco a poco, iba consiguiendo entrar en su interior. Le clavaba los dedos en la cadera provocándole gran dolor mientras empujaba. No podía girarse, no podía moverse, los otros dos miserables la sujetaban. El pirata la empujaba, embistiendo como el apareo de una bestia, y a cada movimiento el dolor aumentaba.

El comprobar la calaña de sus salvadores la hizo caer en un abismo de tristeza y se sintió caer en un inframundo en el que la realidad que estaba viviendo parecía pertenecer a una pesadilla. No podía ser real, el sufrimiento que ya arrastraba por la pérdida de Julio, sumado al dolor físico y la aberración que intentaban cometer contra su cuerpo, humillándola hasta el más precario de los extremos. No lo soportaba, no soportaba no tener cómo defenderse frente a los tres, no podía evitar que la tocaran de aquella manera, que la invadieran hasta lo más profundo de la forma más

salvaje y nauseabunda. Necesitaba escapar de lo que le estaba ocurriendo, pero su cuerpo no podía escapar de ellos. El llanto y las súplicas no servían, la fuerza que ejercía no fue suficiente, solo quedaba una única salida, desistir. No había conocido vergüenza y humillación equivalente ni en libertad ni en esclavitud. Cerró los ojos rendida ante tal castigo y estos rebosaron en lágrimas mientras apretaba la frente contra la pared de madera mohosa. Necesitaba con desesperación escapar de allí, comenzó a abandonar su cuerpo, sometiéndolo por completo ante los energúmenos que la acosaban. Con el abandono físico, María podía sentir cómo el alma se le desprendía del cuerpo. Ya este no le pertenecía a ella, sino a los tres demonios que la contralaban.

La puerta del almacén se abrió de repente y algo de luz entró. Se oían voces cerca de la puerta. María gritó para que la oyeran.

—¿Qué hacéis ahí? —Uno de los piratas de cubierta se asomó. Vio lo que ocurría, pero no le dio importancia en absoluto—. Salid, *imbéciles*. ¡Salid!

Los tres marineros salieron a prisa. María quedó sola en la armería, pero al fin libre. Se bajó el vestido. Aún sentía el dolor en las caderas producido por los dedos de aquel energúmeno y sus genitales le escocían de hacer fuerza contra ellos. Permaneció acuclillada, inmóvil, a oscuras de nuevo, lloraba aterrada.

La puerta estaba entreabierta. Los oía hablar.

—¿Lo veis? Y vosotros de amores con la esclava —les reprendía el superior—. Son los barcos de Morato Arraéz y todos los que teníais que estar vigilando estáis borrachos.

María comenzó a prestar atención.

—Son tres barcos y nosotros cuatro —dijo otro, cuya voz María reconoció como la del hombre grueso.

—Aun así, en cuanto nos ha visto se ha detenido.

—Deberíamos de bogar a toda velocidad y acercarnos a la costa. No se atreverá a atacarnos tan cerca de la costa española.

—Es Morato Arráez el Grande, sí se atreverá.

María secaba sus lágrimas sin dejar de escuchar a los hombres. Su suerte no dejaba de cambiar y estaba tornando a peor por momentos. Se encontraba en medio del mar, en un barco ocupado por bandidos miserables, con las celdas repletas de corsarios musulmanes y con el terror de los mares, Murad Rais, acechándolos.

Sentía cada vez más voces en cubierta.

—Son tres barcos, nosotros cuatro, no lo hará.

—¡Despertad a los galeotes! ¡Huyamos!

Poco a poco los marineros despertaban y se unían al resto. María se levantó y se acercó hacia la puerta.

Morato Arráez.

Cuando escuchaba ese nombre salir de la boca de don Diego solía erizársele el vello de temor aunque entonces viera a Murad como un personaje más de una historia, como cuando oía las hazañas de sus antecesores, los hermanos Barbarroja. Algo que ocurría tan lejos que, para una humilde cabrera, no parecía real. Pero ahora, el pirata más famoso de los que había con vida, no andaba lejos de allí.

Más de un año como esclava, menos de un día libre, y, entre musulmanes y cristianos, si le daban a elegir, no sabía con cuáles sería mejor quedarse. Porque en aquel momento tenía en el

cuerpo señales de ambos bandos.

Tomó aire, no era su lucha, ella no pertenecía a ninguno de los dos. Ni al de los bandidos ni, mucho menos, a la lucha de los *gazi*. Ella tenía que librar su propia guerra y, ya que su Dios la había abandonado por completo, no pensaba quedarse allí a rezar. Nadie acudiría a salvarla, ningún ser divino del cielo acudiría a sus plegarias, como nadie salvaría a Julio, si es que estaba aún con vida.

Salió a cubierta para ver con sus propios ojos los tres barcos, pintados de negro y verde, propiedad del que tanto había oído hablar, tanto en España como en Túnez. No estaban tan lejos como imaginaba al escuchar a los marineros, pero tampoco estaban tan cerca como para que sus cañones los alcanzaran. Simplemente, navegaban a la par de ellos. Como hacían los zorros con las gallinas, acechar hasta que llegaba el momento.

Miró a su espalda, la cubierta estaba repleta de marineros. Pasó entre ellos y nadie parecía detenerse en la esclava cristiana. Se adentró por un pasillo y bajó unos peldaños. Luego un acceso ancho y allí, bajo la cubierta, estaban las celdas de los cautivos. Se detuvo, abrió una portezuela y descolgó una arandela metálica de la que colgaban algunas llaves. Bajó dos peldaños más y vio a más de treinta hombres encarcelados, demasiado apretados unos con otros, apenas podían sentarse.

Mohamed estaba separado del resto. Cuando vio a María se puso en pie y se acercó a los barrotes. Sus ojos se dirigieron hacia una de sus manos, la que portaba la arandela con las llaves.

—¿Por qué están todos en cubierta? —preguntó el antiguo amo y María se acercó a él. El corsario enseguida pudo apreciar lo que María llevaba en su mano derecha.

—Morato Arráez acecha —le respondió. Mohamed sonrió con satisfacción—. Pero solo tiene tres barcos —añadió—. Y los cristianos cuatro.

Mohamed miró los ojos de la joven. Hasta en la penumbra podía apreciar su claridad. María le sostuvo la mirada más tiempo del que nunca se la sostuvo ninguna mujer. Fue Mohamed el que bajó la cabeza ante ella.

—Ya —le dijo—. Supongo que es una satisfacción para ti estar ahora al otro lado.

María negó con la cabeza.

—Yo no estoy de su lado —le dijo y Mohamed levantó los ojos.

—¿Menos de un día con ellos y ya reniegas de los de tu bando?

—Un bando, una religión, una guerra entre musulmanes y cristianos, nada de eso me importa. En solo un día he visto a unos amos pasar a ser esclavos y a desdichados galeotes ser liberados mientras que los corsarios a tu servicio están ahora encadenados al banco de bogar. Vuestros renegados llevaban bajo el tabardo documentos firmados por cristianos para defenderse ante la Inquisición en cuanto llegáramos a España.

Mohamed miró contrariado a sus hombres, que estaban en la otra celda.

—Y, sin embargo —continuó María—, si ahora os libero, os amotinaréis y, con la ayuda de Murad, volveréis a encadenar a los galeotes cristianos y a meter en las jaulas a los hombres que os encerraron. No, esta no es mi guerra. Mi lucha ya la conoces.

Se acercó hacia Mohamed mientras mantenía las llaves lejos de los barrotes. Recordó las palabras de Adila: «Aprende a tratar o acabarás en un harén».

Es mi oportunidad, no habrá más.

—Ayúdame en mi guerra y yo te ayudaré en la tuya. —Lo miraba firme, segura, más fuerte de lo que nunca estuvo desde que fue capturada—. Dime quién compró a mi hijo.

Mohamed sacó el brazo de la celda y agarró el antebrazo de María, apretándolo con fuerza.

Los ojos de María brillaron al ser consciente de lo que significaba. Miró al corsario esperando su parte del trato.

—El hombre al que buscas es Dalí Mamí —dijo, manteniéndole la mirada—. Si tu hijo sigue con él, entonces estará en Argel.

María aguantó las lágrimas mientras repetía una y otra vez aquel nombre en su mente y, cada vez que lo hacía, la esperanza de volver a ver a Julio crecía.

—Murad Rais el Grande, al que soléis llamar Morato Arráez, el hombre que acecha estos barcos, es de Argel.

La joven no perdió el tiempo y comenzó a comprobar las llaves, una por una, para averiguar cuál abría la celda de Mohamed. No eran más de diez, la cuarta fue certera. La puerta de la celda chirrió al abrirse y María le tendió el resto de llaves al corsario. Este enseguida abrió las demás celdas. Los hombres de Mohamed se dirigieron con rapidez a la escotilla bajo los peldaños, donde se guardaban las armas requisadas a los cautivos. Mohamed se dirigió a ella.

—Escóndete en la escotilla y no salgas hasta que no mande a buscarte.

Se marcharon de allí, dejándola completamente sola. Se apresuró a esconderse. Había dejado la trampilla a medio abrir. Respiraba de forma acelerada. Aún le dolía el daño que los bandidos le habían causado en la espalda, los brazos y los muslos. Pero ya nada importaba. Ahora había recuperado eso que había dado por perdido, la esperanza la hacía sentirse fuerte, más fuerte que cuando enviudó y tuvo que hacerse cargo de un bebé y multitud de bestias, más fuerte que cuando los corsarios atacaron su casa, más fuerte que cuando desafió a Mohamed atada a aquel mástil.

Voy a encontrarte.

Habían merecido la pena los latigazos, los maltratos, las cadenas, incluso lo que acaba de padecer por parte de los propios cristianos. Había abandonado a su Dios, acababa de pactar con musulmanes, traicionado a los que creía de su bando.

Pero todo eso ya no importaba. No, ella no pertenecía a ninguno de los dos lados. Dejó de hacerlo en el momento en que la separaron de Julio. No, ningún musulmán ni ningún cristiano tenía suficiente poder para romper ese lazo que la unía a él.

***

Esperó, tal y como le había dicho Mohamed que lo hiciera. El barco español era mucho más resistente que el corsario en el que vivió la batalla de la noche anterior. No se tambaleaba tanto con cada cañonazo como lo hacía el otro y, a pesar de que la lucha fue larga, no temió en ningún momento hundirse.

Apenas cabía sentada en la escotilla. Tenía la frente apoyada en las rodillas, con los ojos cerrados. Demasiado ruido, demasiados sentimientos como para abandonarse en el sueño profundo, pero el agotamiento acumulado de todo lo acontecido desde que partiera de Túnez, sumado a todo lo que padeció en la casa de Mohamed, la vencían a ratos mientras se sobresaltaba si alguna bala de cañón caía cerca. A pesar de que se estuviera librando una batalla y ella estuviera en medio no temió por su vida. Conocía a los que luchaban, tanto a los de un lado como a los de otro, y sabía que los españoles no ganarían.

Contempló por un segundo que Mohamed la traicionara, pero lo conocía lo suficiente como para saber que, al igual que un día cumplió el castigo, cumpliría el trato. De todos modos, ya le

había dicho el nombre del amo de Julio, hiciera lo que hiciera con ella, si no la mataba, no podría hacer que lo olvidara. «Dalí Mamí». Un centenar de veces había repetido ese nombre mientras esperaba en la escotilla.

Al fin la escotilla se abrió y el mismo corsario joven que la encontró una vez fugitiva le ofrecía ahora su mano para salir de la trampilla.

Subió junto a él hasta cubierta. La imagen no era muy distinta a la que había visto la noche anterior. Oscuridad, agua, luna llena, fuego y sangre.

Mohamed la esperaba en cubierta. María se acercó a él. Los piratas españoles que habían sobrevivido, que eran muchos, eran conducidos hacia las celdas. Los antiguos galeotes de Mohamed volvían a las galeras y todo volvía a ser como el día anterior al atardecer, salvo que en un nuevo barco.

Uno de los barcos negros de Murad estaba junto al que se encontraba ella. Los corsarios de Murad vestían con camisa negra y pantalones verdes. Negro y verde también eran los colores de los navíos. María los observó. No había visto nunca, y eso que vivía en un puerto de mar, unos navíos tan imponentes como los de Morato Arráez. Tampoco se imaginó nunca a los corsarios uniformados tan acordes con su propio navío. Cuando escuchaba las historias sobre los piratas que contaba don Diego su imaginación se inclinaba más a algo parecido a lo que vio en los piratas españoles, pestilentes, desorganizados, con las ropas llenas de parches. Sin embargo, los corsarios que pasaban de un barco a otro nada tenían que ver.

Un joven estaba inclinado sobre la pasarela que solían improvisar para pasar mercancía de un lado a otro. Mohamed enseguida se apartó de María y se dirigió a él.

María se sobresaltó en cuanto fue consciente de que aquel joven la miraba. Él se puso en pie y saltó, cayendo sobre la cubierta, justo delante de Mohamed. María se giró y se apartó aún más de los dos corsarios. Dos cosas le habían llamado la atención: la primera fue que nunca imaginó que Murad Rais tuviera pocos años más que ella. Y la segunda, que no solo el color verde de las ropas era el mismo verde de las velas del barco, sino también el de sus ojos.

Giró la cabeza y vio a los corsarios acercarse uno al otro y darse un beso en la mejilla, luego otro en la otra mejilla y un tercero donde dieron el primer beso. Acababan de tratar y María entornó los ojos mientras miraba cómo Mohamed regresaba hasta ella.

Se colocó frente a su antigua esclava.

—Siento lo que te voy a decir porque no era exactamente como quería cumplir mi parte del trato —le dijo y los ojos de María se llenaron de furia.

—¿No iré a Argel? —le reprochó.

—Claro que irás —le confirmó Mohamed—. Pero no como la mujer libre que yo quisiera que fueras.

En el trato no se había dicho nada de su libertad y ella, tan centrada en conseguir el nombre del amo de Julio, tampoco había reparado en ello, quizás lo daba por incluido. Sin embargo, Mohamed sí que lo había considerado.

—No ha aceptado alternativa, se queda con los piratas españoles, yo recupero mis esclavos y me quedo con los barcos y todo lo que hay en ellos. —La miró a los ojos—. Salvo tú.

María respiró conteniendo las lágrimas. Al menos tenía la oportunidad de encontrar a Julio si iba a Argel aunque fuera teniendo como amo al terror del mar.

—No le he dicho nada de tu interés en ir a Argel, ni siquiera pensaba incluirte en un trato. Mi intención era solo que te llevara con él. Quizás te he hecho un favor no haciéndolo.

María frunció el ceño sin entender.

—No hay otra debilidad en ninguna parte de tu cuerpo ni tampoco de tu alma —le dijo Mohamed recordando sus propias palabras.

María cogió aire y lo sintió fresco, placentero. Era cierto, nadie debía conocer su debilidad, el secreto que la hacía vulnerable en todos los sentidos.

—Espero que lo encuentres —añadió, se apartó y le dio una palmada en el hombro para que se acercara al barco de Murad.

María se dirigió lentamente hacia el lugar en el que se encontraba la pasarela. El suelo de la cubierta volvía a hacer resbalar sus pies descalzos. Su nuevo amo la observaba andar y no se apartó para que ella pudiera subir y pasar al otro barco, así que se detuvo. Lo tenía a su derecha, cerca. La alegría de dirigirse hacia Argel desapareció por un instante. Estaba nerviosa, podía sentir hasta sus rodillas tiritar mientras mantenía la mirada baja. Si tan solo su nombre podía hacer temblar a cualquier hombre cristiano o musulmán, qué no podía provocar su presencia en el cuerpo de una esclava.

Permaneció inmóvil mientras el nuevo amo la observaba. Tras ella, hombres de Murad esperaban para atravesar la pasarela. María les impedía el avance y Murad se lo impedía a ella. Pero nadie pronunció palabra, esperaban quietos a que el amo se apartara para dejar paso. Con aquello María comprendió la disciplina que impartía Murad entre los suyos.

El amo, consciente del número de hombres que aguardaban a que acabara con lo que estuviera haciendo y sin importarle en absoluto la espera de los suyos, continuó observando a su nueva esclava. Su mirada enseguida se detuvo en las marcas de sus costados y en la parte de la espalda que su vestido le permitía ver. María sabía que el corsario se había detenido en sus cicatrices e incluso percibió su intento de hacer algún comentario al respecto. Pero el amo guardó silencio y se puso frente a ella.

La joven continuaba mirando al suelo, como aquel día vio hacer a su hijo con Dalí Mamí. Notó la mano de Murad en su cara, le había cogido la barbilla para que levantara la cabeza. María lo miró.

Era mucho más alto que ella y tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para que él pudiera verle bien los ojos. Llevaba el pelo muy corto y tenía la tez tan oscura como la de Mohamed. Su primera observación fue certera: el color de las velas del barco era el mismo que el de los ojos de Murad.

Murad la soltó y se apartó, al fin, para que pudiera subir a la pasarela. Uno de sus corsarios la ayudó. María se sujetó el vestido al subir, hacía viento, la tela revoloteaba y había demasiados hombres tras ella. Aunque después de comprobar el respeto hacia su superior, estaba segura de que, durante el camino hacia Argel, ninguno de ellos la tocaría lo más mínimo.

El barco de Murad estaba tan limpio como solían estarlo todos los de Mohamed. Tampoco apreció gusanos en las esquinas ni olor a orina y ya limpiaban la cubierta del barco. No tardaría en amanecer y llegaría el primer *rezo*, una de las razones de por qué acostumbraban a tener tan limpios los barcos.

No sabía a dónde dirigirse, si iban a encadenarla con el resto o a meterla en una jaula. Si iba a ser así, tan solo esperaba que no lo hicieran con los piratas españoles. No quería ni pensarlo.

Tampoco quería mirar a su espalda, temía comprobar si Murad continuaba con Mohamed o si ya estaba en su cubierta. Tenía la sensación de que era su primer día de esclavitud, aun con la experiencia que arrastraba. Se acuclilló en un rincón y se prometió permanecer inmóvil hasta llegar a Argel.

17

17 de julio de 1878. En el mar

Ya hacía rato que el sol había salido y aún continuaba acurrucada en la cubierta del barco sin atreverse a mover un ápice. Estaba nerviosa, atemorizada. Cambiar de amo era como volver al principio. Estar de nuevo rodeada de desconocidos le provocaba desconfianza e incertidumbre de qué sucedería con ella. Y aunque en los meses que dejó atrás, en casa de Mohamed, nunca se preocupó por lo que pudiera ocurrirle, ahora que sabía dónde podía estar Julio necesitaba luchar por vivir lo suficiente como para encontrarlo. Estaba cerca y había sufrido demasiado para conseguirlo. Y a pesar de la alegría que le provocaba haber vuelto a sentir la esperanza, también la invadieron el miedo y la inseguridad.

Recordó las últimas palabras de Mohamed con respecto a la razón por la que ella quería ir a Argel. No se lo reveló a Murad y dijo que era un favor. No sentía ninguna simpatía por su antiguo amo, pero quizás aquella última advertencia fue una forma de agradecerle el haberlo salvado del cautiverio. Era consciente de que, aunque había vivido un año como esclava en Túnez, Argel era una ciudad completamente distinta. Sus corsarios nada tenían que ver con el *gazi* Mohamed.

Argel se hizo famosa con las historias de los hermanos Barbarroja. Al menos juzgando por cómo se hablaba de ella en España, se la consideraba un castigo para los cristianos. En Túnez también había oído hablar continuamente de Argel, una ciudad de mercaderes de todo tipo, siendo su negocio principal el comercio de esclavos.

Recordaba como en Sevilla, cuando aún era soltera, la orden de los monjes redentores pedía limosna para rescatar a los esclavos de Argel. Para los cristianos, Argel era una ciudad temida, el mismísimo infierno. Y Julio llevaba en el infierno todo el tiempo desde que fue capturado.

Sus ojos brillaron y tomó aire, pero apenas pudo hacer que entrara en sus pulmones. Le brillaron los ojos y apoyó su frente sobre las rodillas. Le escocía la garganta.

Se preguntó qué sintió Julio cuando fue consciente del lugar al que lo llevaban, puesto que otro niño de su edad ni siquiera conocería el nombre de la ciudad ni lo que significaba, pero su hijo… Julio lo sabía todo. Julio y aquella sensibilidad extrema que lo hacía sufrir por cosas insignificantes, desde el dolor de un zorro atrapado en algún cepo de los que su madre colocaba cada noche hasta la incertidumbre de cómo se sentía la muerte y qué habría después.

Julio no era como el resto de niños, estaba segura de que su destino tendría que ser algo mejor que el ser un esclavo. Y su mayor ilusión en la vida era verlo crecer y convertirse en un gran hombre libre. Sin embargo, todos aquellos deseos y anhelos ya no estaban a su alcance. En ese momento tan solo podía conformarse con volver a verlo. Y a partir de ahí su lucha cambiaría. Tenía que sacar a Julio de Argel aunque perdiera la vida en ello. Esa había sido la promesa que se había hecho. Encontrarlo no era el fin, era solo el principio.

Miró a su alrededor. Ninguno de los piratas reparaba en ella y lo agradeció. Uno de ellos tocaba un saz. Le llamaba la atención aquel instrumento que, desde la distancia a la que ella se encontraba, no era muy diferente a un remo de barca, pero que, con finas cuerdas y los ávidos dedos de uno de los corsarios, producía una hermosa música. Cantaban canciones al unísono. María suponía que para celebrar el *ganimet (botín)*. Llevaban las celdas repletas de esclavos y ni siquiera habían pisado tierra. Por lo que había oído, Murad prefería atacar barcos que sabotear

poblados. Pues era en los barcos donde solía encontrar cargos militares importantes y algún que otro noble, que eran los esclavos con los que más dinero se ganaba junto con los clérigos.

No había vuelto a ver a Murad en todo el tiempo, cosa que agradeció. Murad imponía, quizás por su fama de hombre implacable. En su barco reinaba la disciplina, se apreciaba en la forma en la que estaban organizados y en la ausencia de disputas entre sus hombres. Le recordaba a los panales de abejas, donde cada animal sabía cuál era su misión sin estorbar el trabajo del resto. Eso era el navío de Murad, un gran panal de abejas verde y negro al que pocos se atrevían a importunar, puesto que temían las consecuencias.

La música se detuvo y los marineros observaban algo que había frente al barco. Al parecer llegaban al puerto y María sintió una punzada en el pecho parecida a la que sentía tendida en el suelo del habitáculo en el que la encerró Mohamed los primeros días. Un martilleo continuo que cada vez era más profundo. Los latidos de su corazón se aceleraron tanto que temió que este se detuviera para siempre. Cerró los ojos para aguantar la presión en el pecho y pudo notar como si las aspas de un pequeño molino se hubiesen metido en el interior de sus oídos.

Oyó las velas del barco agitarse. Llegaban a Argel, a la ciudad en la que estaba Julio. Por un momento la incertidumbre y el miedo desaparecieron y se sintió con fuerzas de levantarse y mirarla. La había oído nombrar en boca de musulmanes y de cristianos, pero nunca la imaginó de otra forma que no fuera con llamas y tinieblas. Se incorporó con dificultad, intentando estirar las piernas entumecidas. Sujetándose a la borda para no caer, logró ponerse en pie. Entonces la vio.

Construida en un monte junto al mar y rodeada por una muralla, Argel era una inmensa ciudad de casas blancas con forma de medialuna. Desde el mar se veía hermosa, imponente. María imaginó la multitud de sentimientos que invadiría a todo nuevo esclavo que contemplara tan llamativo paisaje. Pero ella no era cualquier esclavo. Ella miraba la ciudad de una forma diferente. Observó cada torre que resaltaba, cada montículo, las casas que estaban junto al mar, las que se encontraban en la parte más alta. El infierno de los cristianos, el temor de los soldados, la tortura de los clérigos que acudían a rescatar a cautivos, bastión de piratas, negocio de comerciantes, refugio de judíos y la única esperanza para ella de encontrar a Julio.

Miraba la ciudad con los ojos llenos de lágrimas y hasta le pareció hermosa al contemplarla porque entre aquellas casas blancas, entre aquellas concurridas calles que estaban frente a sus ojos, estaba Julio, quizás con otra vestimenta, otro corte de pelo y con otro nombre, pero nada de eso le podía impedir encontrarlo. Como tampoco la guerra de los *gazi* ni el comercio de esclavos ni quince latigazos ni un asalto pirata ni un cambio de amo habrían podido evitar que llegara hasta él.

El barco avanzaba a gran velocidad, las velas se sacudían con el viento y, tras su espalda, pudo oír el sonido de cadenas. Llegaban al puerto.

Mohamed solía usar cuerdas con sus esclavos, cuerdas llevó ella hasta su intento de fuga y cuerdas llevaba Julio. Las cadenas estaban reservadas para los varones robustos y para atar a los galeotes al suelo de la galera. Sin embargo, el tintineo de las cadenas se acercaba a ella. Sus manos comenzaron a temblar y se agarró con fuerza a la borda.

—¿Es como la imaginabas? —Le hablaban en sabir a su espalda.

María no solo apretaba los dedos de sus manos en la borda, sino también los dedos de sus pies en el suelo. Notó cómo su peso se hacía ligero y sus rodillas comenzaron a temblar, como si quisieran salir huyendo despavoridas. Tomó aire, intentando tranquilizarse y poder responder. No lo consiguió y guardó silencio. No entendía su reacción ante el nuevo amo. Jamás Mohamed se la produjo, quizás porque Julio estaba lejos y no temía que su actitud tuviera represalias en él.

Pero ahora era diferente, Julio podía estar muy cerca y la advertencia de las palabras de Mohamed rondaba sus pensamientos.

Su amo no era cualquier pirata, era Murad Rais apodado el Grande. Del que tantas veces escuchó historias en la costa, del que tanto hablaban en Argel. El demonio del mar, el terror de la cristiandad. Irreal, imaginario, un ser de fábulas y chismes de plaza de pueblo que ahora respiraba tras su espalda.

—Yo también llegué aquí la primera vez como esclavo —continuó Murad—. Cuando era niño.

Las palabras de Murad hicieron que la angustia acumulada en su estómago le llegara hasta la garganta. Recordó al monje redentor cuando le dijo que convertirían a Julio en uno de ellos. Tenía la prueba real de que era cierto.

—Arnaute Mamí me capturó —añadió.

Lo había escuchado con claridad. No era el nombre del amo de su hijo, pero la similitud hizo que notara en su estómago lo mismo que sintió la primera vez que se asomó a un acantilado. También esa vez tuvo la sensación de que su cuerpo basculaba hacia delante.

Miró hacia el puerto, ya había hombres esperando para recibir a los barcos. De nuevo las cadenas tintinearon a su espalda y se giró hacia Murad.

El amo llevaba en las manos unas cadenas gruesas de acero, las mismas con las que se ataban a los galeotes. Se acercó a María y las alzó. Ella no opuso impedimento y levantó la cabeza, aunque evitando la mirada de su amo, para que se la colocara alrededor del cuello. Con la mirada fija en el suelo notó a Murad pasar las manos cerca de su garganta, luego dejó caer la cadena sobre su cuerpo.

No se movió un ápice a pesar de sentir el peso en la nuca de la gruesa cadena. Tener al amo tan cerca era incómodo, sentía un cierto cosquilleo en los pies, ya conocía bien la sensación que le provocaba el miedo. Aguantó hasta la respiración y él dio un paso más hacia ella. La punta de los dedos de sus pies descalzos rozó los zapatos de Murad.

Paralizada por aquella sensación extraña, sintió cómo las manos de él rozaban una de las suyas para alzarla y las cadenas tintinearon. Para su asombro los grilletes le ajustaban las muñecas. Solían ser grandes para hombres corpulentos, Mohamed tuvo que mandar a hacer unas para ella porque todas las que poseía eran demasiado grandes. Pero las de Murad podían atraparla. Se sobresaltó al oír el cierre y levantó los ojos hacia él un instante, encontrándose con la mirada del amo.

Notó la garganta seca y, sin embargo, necesitaba tragar. Murad le cogía la otra mano y encerró su muñeca en otro grillete. Tiró de la cadena y las muñecas de María quedaron a la altura de su ombligo, pegadas a su cuerpo. Apretó los dientes para no hacer ningún gesto, era lo que él esperaba, la observaba con atención mientras dejaba caer el resto de cadena al suelo. María bajó los ojos de nuevo.

Un amo absoluto.

Y él se inclinó a sus pies. Tuvo que contener la respiración de nuevo al oír el tintineo de las cadenas. Sentía las manos de Murad rodeando sus tobillos, los grilletes se cerraron, el acero frío y duro hizo que se erizara el vello de sus piernas.

Murad se puso en pie, frente a ella. Acercó su mano derecha hacia las manos de la esclava. María enseguida miró qué era lo que iba a hacer su amo. Había una cadena que colgaba de su cuello y pasaba por todos los grilletes a través de una arandela.

Él se detuvo en el rostro de su nueva esclava mientras tiraba lentamente de la cadena. Notaba

cómo se tensaba, sus muñecas se retiraban de su cuerpo en dirección al amo y la presión en su cuello la obligaba a encorvarse hacia delante. María comprendió que no iba a poder alejarse mucho del portador de la correa de acero si no quería morir ahorcada.

Murad aflojo la cadena, solo había sido una demostración de cómo funcionaba aquella red de acero. A pesar de que de nuevo tenía margen de erguirse, no varió de postura. Los ojos le brillaron. Él era el terror del mar, qué esperaba. Supuso que ser la esclava de Mohamed era un tipo de esclavitud bien distinto al que le esperaba con Murad.

Entonces María comprendió que no iba a tener las cosas fáciles en Argel y que quizás las señales de su espalda eran tan solo una advertencia de lo que iba a encontrar en el verdadero infierno.

Su amo se giró dándole la espalda para observar cómo se preparaban en el puerto para su llegada. María miró sus grilletes, las cadenas la unían de pies, manos y cuello. Murad al girarse la había tensado de nuevo y ahora le impedía erguirse. No entendía por qué hacía aquello, no era necesario. Su comportamiento en el barco había sido sumiso, demasiado tranquilo para su verdadero temperamento. Pero eso a Murad no le importaba, él quería demostrar su poder sobre ella. Quizás las marcas de su espalda la delataban, quizás Mohamed le advirtió sobre ella, igual que a ella la advirtió sobre él.

El cuello le dolía, no era una postura en la que pudiera permanecer mucho tiempo. Miró hacia su amo, esperando que él estuviese disfrutando al verla sometida de aquella manera incómoda y humillante, pero él no reparaba en ella ni en su incomodidad, tan solo le importaba el puerto. De hecho, no parecía ni haberse dado cuenta de que, tras él, su esclava se encogía para no estrangularse el cuello. María dio un leve paso hacia él, el justo para que la cadena se aflojase. Estaba tan solo a unos centímetros de la espalda de Murad. Era alto, de espalda ancha y complexión fuerte, mucho más atractivo que ningún corsario que hubiese visto en Túnez y también más que los cristianos que conocía. Sin embargo, estaba segura de que también era el demonio temible del que había oído hablar y eso hacía que pudiese pasar por alto la imponencia física de un hombre que en ese momento mostraba ser su dueño.

Miró de reojo hacia la ciudad blanca y su pecho reaccionó cortándole el aire. Enseguida su mente divagó hacia cómo sería el amo Dalí Mamí, si también ataba con cadenas de castigo a Julio, si lo golpeaba, si lo insultaba o lo despreciaba. Intentó llenar su pecho de aire, pero este se encogía cada vez que intentaba aspirar. Cerró los ojos, una mezcla de ilusión y miedo la invadió. Deseaba encontrar a Julio, lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero le aterraba descubrir en qué condiciones estaría.

Murad se giró hacia sus hombres para dar una orden y, al hacerlo, la cadena se tensó de nuevo, obligando a María a dar otro paso hacia él. La cadena se le había enredado en algunos de los cabellos de la nuca y le dolía. Levantó las manos para liberar el mechón enredado, pero su gesto tensaba los grilletes de los tobillos y estos no le permitieron llegar más arriba de su pecho.

Murad notó el movimiento en las cadenas y la miró un instante. Lo oyó seguir dando órdenes a sus hombres en aquel idioma que le costaba entender. Sin ni siquiera mirarla y sin detener sus voces, dio unos pasos atrás y se colocó junto a ella. Notó la mano del amo en su nuca. María se sobresaltó al notar cómo su pelo se liberaba de los eslabones. Aquella acción del amo paralizó su cuerpo de la misma manera que lo hizo la demostración de poder momentos antes y lo miró contrariada. Pero él seguía sin perder de vista a sus hombres y sin dejar de dirigirlos con voces firmes.

María entornó levemente los ojos y tuvo que abrir la boca para respirar, bajó los ojos en

cuanto lo vio girarse hacia ella y al fin mirarla. Él levantó su melena al completo comprobando que no había ningún mechón más entre los eslabones mientras ella volvía a quedar paralizada bajo su escrutinio. La espesa y larga melena le tapaba al completo las cicatrices de su espalda, pero en aquel instante la tenía descubierta y sabía que Murad se había detenido en ella. Lo notó separar levemente la tela del vestido de su espalda para ver si continuaban las marcas.

—¿Intentaste escapar? —preguntó.

María guardó silencio con la cabeza baja y la mirada en el suelo. El amo le agarró la barbilla para obligarla a mirarlo.

—Te he hecho una pregunta. ¿Trataste de escapar? —Su voz sonaba autoritaria y firme sin necesidad de elevarla lo más mínimo.

—Sí —respondió, sabiendo lo que significaba ser un esclavo marcado.

Pero Murad no dijo nada más y soltó el pelo de María, dejándolo caer sobre su espalda de nuevo.

El barco chocó contra algo, habían llegado al puerto de Argel. Murad miraba a sus hombres, dio una nueva voz y todos se prepararon. Seguidamente, se alejó de María y con su movimiento la cadena volvía a tensarse. La esclava dio dos pasos apresurados encogida por la tensión del cuello a sus muñecas y casi cayó a los pies del amo. Se irguió, intentando respirar, pero Murad se había girado hacia el otro lado y volvía a asfixiarse. El amo dio unos pasos atrás y tuvo que apartarse para que no chocara con ella. Comenzaba a desesperarse, no sabía cómo colocar las manos, si las subía no podía dar un paso y si las bajaba demasiado no podía respirar y Murad no dejaba de moverse como si ella no estuviese atada a él. Si la razón por la que el corsario hacía aquello con ella era a modo de advertencia, no solo estaba consiguiendo temor y desesperación, sino también despertar el carácter insumiso de la esclava.

Durante las horas en el barco, donde nadie la había atado y actuaban como si fuera invisible, pensó, por un momento, que su vida como sirvienta de Murad no iba a ser tan terrible. Se equivocaba completamente.

El amo se apartó de nuevo para dejar pasar a un grupo de corsarios. María anduvo tras él como pudo. Las cadenas pesaban, se le metían entre las piernas y la hacían tropezar. Su pelo ondulado no había tardado en volver a enredarse con los eslabones, notaba cómo el movimiento los arrancaba de raíz. Volvió a encogerse, no podía tragar su propia saliva si no seguía el ritmo de los pies del amo y, en aquellas condiciones, era imposible.

Cayó al suelo y allí flexionó rápidamente sus rodillas y pudo alzar las manos hacia su cuello. Ya el pelo enredado en los eslabones era lo de menos, apartó el acero de su garganta y cogió aire con tanta fuerza que comenzó a toser.

La sola idea de que Julio pasara por algo parecido la asfixiaba aún más que las cadenas. Necesitaba verlo, lo necesitaba con desesperación. Saber que estaba vivo, que estaba sano y comprobar que no lo maltrataban. Cerró los ojos y temió que sus peores pesadillas tal vez fueran ciertas.

18

17 de julio de 1578. Argel

A Julio no se le daban bien las destrezas de lucha ni las armas, pero sí muchas otras cosas. Solo le habían hecho falta un cuchillo, unos trozos de madera y algunas ramas que había encontrado en el jardín para tallar las piezas del ajedrez. La mitad de ellas las había pintado con carbón. Luego, con una caña, había rasgado la arena endurecida del suelo de un terreno sin edificar que había junto a la casa de Dalí Mamí, en el que los niños solían jugar en sus ratos libres.

Estaba en la mitad de la partida que jugaba contra su único amigo, el esclavo Sajá Veidrá. Le tocaba mover a Julio. El antiguo soldado lo observaba mientras el chico pensaba con una mano sujetándose la barbilla, como si de un adulto se tratase.

Julio había aprendido a jugar al ajedrez en Argel, viendo al amo jugar con sus compañeros y amigos. Luego se le ocurrió hacerse uno.

—¡Está aquí! —Cogió una de las piezas—. Este me ha salido tan mal que ni siquiera parece un caballo.

El esclavo rio y movió una de sus fichas. El niño tenía razón, los caballos parecían conejos y el rey era tan solo un trozo de rama gruesa con dos agujeros simulando los ojos. La reina era exactamente igual que el rey, solo que en la cabeza tenía una margarita boca abajo que bien parecía una corona. Pero había hecho un trabajo tan infantil y tan inocente, en una ciudad entre bandidos del mar y esclavos, con todo lo que conllevaba tan siquiera vivir, que el hecho de que Julio tuviera ganas de jugar como lo que era en realidad, un niño, despertaba en el antiguo soldado un haz de esperanza que creía perdida. Julio movió de nuevo, esa vez una torre.

—Pues yo pienso que es un ajedrez muy ingenioso. —El esclavo se dispuso a mover la reina. Julio comenzó a reír a carcajadas negando con la cabeza.

—Ingenioso sería tallar un ajedrez de moros contra cristianos: el sultán, el rey de España, nuestros soldados, sus corsarios… Eso sí que sería ingenioso.

El esclavo lo miró mientras imaginaba la idea que le acababa de explicar y sonrió por la asombrosa imaginación del niño y su acierto irónico.

Los otros niños de Dalí Mamí se acercaban corriendo desde la casa del amo. No detenían su carrera, iban a prisa a algún lugar. Pero uno de ellos se desvió y pasó entre Julio y el esclavo, pisando y pateando las figuras, una de las cuales terminó lejos.

Julio ni siquiera los insultó. Había decidido no responder a sus provocaciones. Así que se desplazó a gatas para recoger las piezas. El grupo de niños se detuvo a unos metros y uno de ellos se puso en medio, estiró uno de sus brazos y giró su muñeca hacia dentro mientras encogía los dedos y comenzaba a caminar alrededor de sus amigos. Los otros dos reían.

Julio los miró, no era capaz de imaginarlos más *imbéciles* y miserables de lo que eran y eso que le sobraba imaginación.

Uno de los niños señaló hacia el puerto con su dedo índice.

—¡Son los barcos de Murad! —exclamó y las caras de sus amigos se iluminaron de alegría.

Julio ni se inmutó con el comentario. Pero aquellos tres energúmenos temían tanto como admiraban a Murad. Jugaban a ser él, querían ser como él y que todo el mundo los temiera como lo hacían con Murad. Echaron a correr.

Julio miró hacia el mar, de rodillas en el suelo solo podía ver uno de los barcos negro y verde

de Murad Rais. Supuso que los otros dos estaban ya atracados en el puerto.

—Les encanta ir a insultar y escupir a los nuevos esclavos —le explicó a su amigo mientras volvía a colocar las piezas en el improvisado tablero—. Y… siento mucho que se hayan burlado de ti.

—No tiene importancia. Más siento lo de nuestra partida.

—No te preocupes por eso, recuerdo más o menos dónde estaban.

El esclavo lo ayudó a colocarlas y entre los dos lo completaron. Julio repasó de nuevo los cuadros en el suelo y con la palma de la mano borró la huella de la alpargata del niño que pasó entre ellos.

—Mueves tú ahora —retomó Julio.

19

17 de julio de 1578. Argel

Seguía a su amo. Qué remedio le quedaba, atada de aquella manera. El puerto quedaba fuera de la muralla de Argel. Los nuevos esclavos de Murad permanecían encadenados de la misma forma que estaba María, pero unidos unos a otros. Los corsarios los custodiaban.

Un hombre con la tez tan oscura como Mohamed y vestido con un tabardo celeste muy ornamentado se acercó a ellos. Era el emisario del Pachá que se encargaba de recoger los tributos al *deylik* (un porcentaje del botín de los corsos se lo quedaba el estado y el emisario elegía los tributos).

Murad le entregó la cadena que retenía a María a uno de sus corsarios y se dirigió hacia el emisario. Los hombres hablaban y en un momento de su conversación miraron a María y luego al mar. Supuso que Murad le contaba al emisario lo sucedido con los piratas y con Mohamed. Observó a los hombres atados y reconoció a uno de los tres que la acorralaron en la armería, el más grueso. Al mirarlo recordó el olor a pólvora mezclado con el del sudor de los indeseables y el vino de sus alientos, casi pudo sentir el tacto de sus genitales en las nalgas y un sinfín de sensaciones repugnantes se le vinieron a la mente. Comenzó a respirar solo por la boca y de forma acelerada, recordando la noche pasada. Ni siquiera sabía cómo fue capaz de hacer todo lo que hizo después, tratar con Mohamed, ayudar al motín… Por un momento pudo notar la pestilencia en su propia piel y, con ella, su propia existencia le dio asco. Apartó la mirada de los esclavos, pero una parte de ella quería comprobar cuántos de ellos continuaban allí. Volvió a mirarlos, más atrás estaba el más joven de todos. Era el que estaba más cerca de la puerta. Buscó con desesperación al tercero. Estaba también allí, el penúltimo de la primera fila. Apartó la mirada de él de repente. Sus cadenas comenzaron a tintinear, ella misma las movía temblando y no podía controlarlo.

Ahora, si Murad no los vende, tendré que verlos una y otra vez.

El estómago le dio un vuelco, no quería volver a verlos.

Se inclinó en el suelo para que la tensión de la cadena que le rodeaba el cuello se aflojara y apoyó su frente en las rodillas. Acababa de ser consciente de lo que realmente aquellos tres indeseables habían querido hacer con ella.

Levantó la cabeza y los miró de nuevo. Se cruzó con la mirada del más joven, que enseguida miró hacia otro lado.

Ahora tienen miedo.

Aquel cobarde se había orinado encima, lo delataban sus pantalones. María apretó los dientes.

Si fuera un corsario les…

Ya no era fiel a Dios, podía decir la frase completa. Cerró los ojos, les hiciera lo que les hiciera no iba a impedirle seguir recordándolo.

Miró sus cadenas.

Ni musulmanes ni cristianos van a salvarme de esto.

Todos eran crueles, todos hacían exactamente lo mismo: ostentar el poder sobre los más indefensos. Todos hacían lo mismo con ella, unos con látigos, otros con cadenas y otros con acciones denigrantes, pero el objetivo era el mismo: humillarla, someterla, herirla en el cuerpo o

en el alma, quizás en ambos sitios, y lo hacían únicamente porque tenían el poder para hacerlo, porque eran más fuertes que ella o porque se proclamaban a sí mismos sus dueños. Si hubiese nacido hombre nada de aquello hubiese pasado.

Sumida en sus pensamientos, no había visto que Murad ya estaba de nuevo junto a ella y había recuperado la cadena que la ataba. El amo la encontró aún acuclillada en el suelo y con la frente apoyada en sus rodillas. No le prestó atención, había visto a demasiados cristianos llegar ante las puertas de Argel y se comportaban de manera similar, ya fueran hombres, mujeres o niños. Tiró de la cadena para que la esclava se levantara, dirigiendo sus manos como si fuera una marioneta de trapo, pero la esclava dejó caer sus brazos de nuevo.

Murad comprobó que el emisario ya se ponía en marcha con los tributos. Las puertas de la muralla comenzaban a abrirse. Sus hombres estaban preparados para entrar con el botín, pero su esclava no se levantaba del suelo. Tensó la cadena de nuevo, esta vez con rapidez y fuerza. Los tobillos, muñecas y el cuello de María se acercaron tanto entre sí que cayó de nalgas al suelo. Aquello llamó la atención de corsarios y esclavos, pero una mirada de Murad los hizo mirar hacia otro lado.

María, aún en el suelo, levantó la cabeza hacia las puertas del muro. Varias calles, tremendamente concurridas, se abrían paso ante ella. Las decoradas *jubbas* con las que vestían los habitantes, las *savaniyas* en las cabezas de las mujeres y de algunos hombres y la gran variedad racial que se apreciaba ponían el color a la blanca ciudad bereber.

Murad tenía la mano alzada para que sus hombres no entraran todavía en la ciudad. María seguía contemplando perpleja la visión de la urbe. Con las puertas abiertas podía ver la maraña de construcciones que se alzaba hacia lo alto del monte. Argel era aún más grande de lo que imaginaba y demasiado poblada, por lo que podía apreciar. Encontrar allí a Julio podría llevarle meses.

Sus muñecas se alzaron por inercia y comprendió que su amo ordenaba incorporarse. Se sentía débil, sensación muy parecida a los primeros días sin Julio. Apoyó un pie en el suelo y, sujetándose a su propia cadena con las manos, se puso en pie. Murad ni siquiera la miraba. Lo siguió hasta la entrada de la ciudad y se colocaron delante de la comitiva.

Volvió a repetirse la misma escena que viviera más de un año atrás en Túnez camino del mercado de esclavos. El botín de humanos llamaba mucho la atención de aquella cultura, aunque ya observaba que Argel era muy diferente a Túnez.

Los increpaban y eso era algo que sucedía en ambas partes. Al ser la única mujer del botín reclamó la mayor parte de las miradas. Caminaba con pasos torpes tras su amo, apenas podía levantar la cabeza si no quería que el aire y la saliva dejaran de pasar por su garganta, y el bochorno que se sentía en el camino hacia el mercado de humanos era tremendamente humillante.

A pesar de ser su segunda vez, la sensación fue la misma. Miraba de vez en cuando a su alrededor. Sentía como algún atrevido tiraba de su vestido o le escupía. Pero, sobre todo, miraban a Murad. Era un corsario muy respetado y admirado en Argel. Por lo que había oído, solo un hombre en Argel era más temido que él: Hassan Pachá o, como se solía llamar, Hassan Veneciano. Se detuvieron y María miró hacia lo más alto de la ciudad, allí estaba el gran palacio del Pachá, un hombre que gobernaba Argel con demasiada disciplina y tremendos castigos. Su respiración comenzó a acelerarse. Las calles eran estrechas y, al parecer, al populacho se le permitía la libertad de acercarse demasiado a ellos. Apenas podía moverse. Si Murad retomaba la marcha, no podría seguirlo entre el bullicio y caería de nuevo al suelo.

No, Argel no tenía nada que ver con Túnez. Miró a su alrededor, recibía insultos, escupitajos e incluso pellizcos. Se le despejaron todas las dudas con respecto a aquella ciudad a simple vista hermosa si la ves de lejos desde el mar, pero había que ser imbécil para no darse cuenta de que acababan de traspasar las puertas del infierno. Y, una vez dentro, fue consciente de que le iba a ser muy difícil salir de allí.

Murad se giró hacia ella y apartó a las personas que la increpaban y enseguida se formó un cerco a su alrededor. María lo agradeció, se asfixiaba entre la multitud haciendo su olfato a tan nuevos y fuertes olores. Al olor del sudor de las otras razas ya se había acostumbrado y a la pestilencia de los pies que solía haber en todas las calles en verano cuando usaban zapatos más descubiertos. Pero había algo más en Argel que no sabía identificar. Murad apenas la dejó disfrutar del aire y retomó la marcha. Junto a la muralla había un patio y varios árabes esperaban. María supuso que era el mercado.

Murad la llevó junto a la pared y dejó caer la cadena al suelo. María pegó su espalda al muro y quedó inmóvil. Enseguida un hombre vestido con camisa blanca y atabe negro se acercó a ella dispuesto a inspeccionarla. Ella buscó al amo con la mirada. Pensó que quizás también pensaba venderla a ella y eso liberó su angustia de buena manera. Murad estaba hablando con otros hombres y por la dirección de sus miradas observaban a los esclavos varones y a ella.

El hombre del atabe negro la obligó a abrir la boca para examinar sus dientes. Seguidamente la cogió de la muñeca, la apartó de la pared y contempló sus cicatrices, pero cuando María consideró que llevaba haciéndolo demasiado tiempo retiró su muñeca para que la soltara.

—Hakim, ella no está en venta. —Oyó decir a Murad desde donde se encontraba.

El hombre le sonrió.

—Pues hubieses hecho buen negocio —le respondió el hombre del atabe—. Aun con las señales de un látigo.

El hombre la miró con atención y luego se alejó de ella riendo.

María apoyó su espalda contra la muralla y se dejó caer lentamente hasta el suelo. Ya había visto aquella escena demasiadas veces en Túnez. Un comisario, que dedujo que era el hombre del atabe, estimaba el valor mínimo de un esclavo y, a partir de ahí, se organizaba una venta en la que los compradores ofrecían cantidades por el esclavo o por el grupo entero.

Los comisarios solían comprobar los dientes, como ella hacía antes de comprar bestias. Examinaban la parte blanca del ojo y la que estaba bajo los párpados. También comprobaban las manos porque eran el reflejo del trabajo. María sabía que solían mirar las orejas, tratando de buscar perforaciones. Hasta lo que ella sabía solo los ricos llevaban pendientes.

Observó a Murad, continuaba su conversación y no prestaba atención a las ventas de sus esclavos.

Los piratas españoles se vendían por lotes y la esclava sabía lo que ello significaba, carne de galeras. En la tercera tanda estaban los repugnantes que la atormentaron. Dudaba que el más grueso pudiera entrar en el concurrido espacio del banco de una galera, aunque se temía que pronto sería tan delgado como el resto, puesto que los galeotes remaban de pie, sentándose únicamente el instante en el que llevan el remo atrás.

Siempre la apenaron los galeotes, pues ser galeote y morir eran la misma cosa, y si ella hubiese tenido que elegir, prefería la muerte que vivir atada al suelo de una galera los días que le restaran de vida, comiendo bizcocho con moho y gusanos y conviviendo con sus propias heces. La muerte era mucho más bondadosa.

Se los llevaban ya, ni siquiera los miró marcharse. Aquellos tres no la apenaban en absoluto.

Observó al nuevo grupo que se colocaba. Y frente a ellos su amo la observaba. María se estremeció. Encogió sus rodillas y miró hacia otro lado. Sí, había conseguido llegar a Argel, pero comprendió que aquello no era el final, era tan solo el principio.

***

Julio había escondido las piezas del ajedrez para que los otros niños no se las quitaran. Estaba en la puerta de la casa de su amo, junto con el esclavo Sajá Veidrá. Los niños ya habían regresado y estaban jugando en el patio. Julio sabía que su amigo tenía que irse. Todas las tardes se reunía con otros esclavos de los *baños* (las celdas de Argel).

Un grupo de cristianos cautivos se acercó al antiguo soldado y él preguntó por el nuevo botín que había traído Murad.

—Nada importante, solo galeotes —respondió uno de ellos.

—Y una esclava —añadió otro sonriendo.

—Tan hermosa que Murad no ha querido venderla.

El esclavo al que conocían como Sajá Veidrá hizo una mueca.

—Pobre muchacha. —Miró a Julio. Distraído como siempre, prestaba más atención a una hilera de hormigas que había bajo el escalón de la entrada de la casa que a la conversación. Le revolvió el pelo.

—Mañana te veo —Se despidió—. Cuídate de ellos.

Julio sonrió y se encogió de hombros. Lo observó alejarse junto al resto del grupo. Su amigo era bastante conocido en la ciudad por su peculiar rasgo físico entre otras cosas. Julio pensaba que, si no hubiese sido alguien importante, con un alto precio de rescate su destino habría sido de los peores para un esclavo. Pero Sajá Veidrá solo estaba allí de paso, cautivo, claro, aunque solo un tiempo. Sin embargo, Julio sabía que no podría salir nunca de entre aquellos muros. Aunque solo a las celdas las llamaban baños, el niño pensaba que estaban equivocados porque todo Argel era un gran baño.

***

La casa de Murad Rais, de fachada blanca como el resto, era mucho más llamativa que la de Mohamed en Túnez. Abundaban los arcos sobre cada puerta y en vez de telas las paredes de la casa de Murad estaban cubiertas de azulejos amarillos y azules.

Había tres esclavas cristianas más en la casa: Leonor, Elvira y Catalina, tres jóvenes muchachas que habían caído en manos de los bereberes. No llevaban mucho tiempo allí, la que más Elvira que había hecho un año aquel mismo verano. Leonor había llegado en primavera y Catalina llevaba con Murad un mes. Eran tres agradables muchachas que la habían recibido con amabilidad. La disciplina que marcaba Murad en todo lo que estaba bajo su mando se extendía también a la casa. Esclavos, esclavas y algunos corsarios que vivían con él, los mínimos para la seguridad de su casa, estaban organizados y cada uno tenía una ocupación en concreto. Todo ello se lo estuvieron explicando las esclavas a María mientras la ayudaban a lavarse y a vestirse.

Volver a oler a plantas fue placentero. El olor del aire del mar impregnado en su pelo, mezclado con el de los miserables en su piel, era nauseabundo. Elvira se ofreció a ayudarla a

desenredar la melena. Incluso se ofreció a cortársela, ella era la encargada de asear al amo y, al parecer, tenía idea del corte y el afeitado. Les llevó mucho tiempo quitar los nudos que le habían formado en la nuca los eslabones, alguno de ellos tuvo que cortarlo. Entonces las tres esclavas le confesaron lo que les había impactado verla llegar con las cadenas a la casa, pues a ellas tres Murad las había llevado sin ningún tipo de marcas de cautiverio. Le confesaron que esperaban que Murad añadiera pronto una cuarta esclava. Era un corsario soltero y, en aquella sociedad, se le permitía tener hasta cuatro esposas.

Tanto Leonor como Elvira y Catalina, no habían renegado aún, seguían siendo cristianas. Leonor no estaba convencida de renegar en el caso de que el amo se lo pidiera. Venía de una familia acomodada y podían pagar su rescate, pero Murad no la tenía en venta. Leonor era valenciana, la habían raptado en un barco donde viajaba con su familia hacia Nápoles. María se sorprendió de que solo tuviera dieciséis años.

Elvira tenía diecinueve años, era muy alta, estatura extraña para una mujer, demasiado corpulenta quizás. Tenía la piel muy clara, la cara rosada y las mejillas con pequeñas pecas. Sus ojos eran verdes y su pelo liso y rubio casi blanco.

Y Catalina tenía dieciocho años, era la menor de siete hermanos y huérfana de padres. Catalina no dudaba de que renegaría llegado el momento, incluso por sus palabras, María dedujo que lo estaba deseando. Aunque parecidas, ninguna de las tres eran su historia, que también compartió con sus compañeras, pero sesgada.

Al ver que las muchachas, por su juventud e inocencia, eran muy dadas a hablar demasiado aprovechó para informarse de todo lo que le interesaba en Argel. Dónde se encontraban los baños, dónde los clérigos, si le facilitaban la comunicación mediante cartas y qué grandes señores vivían cerca de allí.

Dalí Mamí no era ninguno de ellos. Al parecer, al que más conocían era a un tal Alí Jafar, cuyos jardines se comunicaban con los de Murad. Decían que era un tirano, que tenía atemorizados a sus sirvientes y a sus esposas. Y si eso lo decían las esclavas de Murad Rais, no quiso imaginar cómo sería el vecino.

Observándolas, no había dudas de que Murad tenía preferencia por las mujeres de piel clara y rubias. No solo Murad, en general, todos los musulmanes querían rasgos no comunes en su sociedad. Ninguna de ellas pasaba de los veinte años, salvo María. También era la única de pelo oscuro y piel tostada.

No había ropa que le quedara bien, puesto que no era tan alta como Elvira y tenía las caderas más anchas que las otras dos jóvenes; la razón: las suyas habían engendrado y parido. También tenía más pecho, un pecho que, en su día, amamantó a un niño durante cuatro años. Así que tuvo que ponerse un vestido de Elvira. Era similar al que llevaba, una *jubba* sin mangas que le quedaba demasiado larga y demasiado ancha. Le habían prestado también un fajín para que pudiera ajustarse la ropa y recogerse parte de la tela para que, al menos, no lo arrastrara. También de hombros le quedaba demasiado ancha y era incómodo que se le cayera la tira continuamente. Ni se imaginaba trabajar así, idearía algún tipo de sujeción.

Se encontraba en el jardín. Hábiles y de gran talento debían de ser los que se encargaban de cuidarlo. Caminos despejados, una fuente y las flores agrupadas por colores. Lo presidía un árbol frutal, un naranjo rodeado de rosales. Era largo pero no muy ancho. Tras él estaba la zona de los esclavos.

Según las tres cristianas, una vez acabada la jornada podían deambular por el jardín libremente, pero no salir fuera. Murad solo las dejaba salir de día, tenían que regresar antes de

que se pusiera el sol. No preguntó qué castigos impartía el amo, quizás con el miedo que le tenían todos no le hacía falta impartir ninguno, puesto que nadie se atrevía a contradecirlo ni dentro ni fuera del corso.

Tenían horas libres y era muy común, como lo era en Túnez, realizar trabajos a cambio de dinero. Leonor lo hacía para pagar las confesiones a los clérigos. María no se imaginaba qué confesiones necesitaría hacer llevando un año de esclava, sumisa y sometida. Quizás la tentación de renegar que ataca a todo cristiano que queda cautivo y que no ve más salida a su triste suerte. Tentación que puede ser poderosa si, además, tu amo es atractivo, fuerte, rico y poderoso en Argel. Eran demasiado jóvenes, no las culpaba. No podía ponerse en la piel de aquellas niñas, no era posible llevando tal carga sobre los hombros como soportaba.

A uno de los lados del jardín había unas pequeñas flores blancas que no había visto nunca con un aroma embriagador, que por un momento hizo que se desvaneciera la presión que le martilleaba el pecho. Pronto comenzaría su búsqueda por Argel y eso la llenaba de alegría. Era una ciudad grande y debía tener cuidado. Era consciente de que, de momento, hasta no conocer las entrañas de cada uno no podía confiar en nadie.

Miraba la luna, acababa de nacer una nueva y esta dibujaba una sonrisa blanca en el cielo. Aspiró aire con el agradable aroma de las flores blancas. Pensar que Julio respiraba no muy lejos de allí le producía tal sensación que sentía el corazón a punto de explotar. Los ojos le brillaron, había llegado mucho más lejos de lo que esperaba, puesto que temía acabar en un harén.

Oyó un ruido en el jardín vecino y se asomó. Era una mujer vestida con un hermoso jaique azul, como el del cielo por la noche. La muchacha se había sobresaltado al verla y tenía la cara blanquecina del susto. María permaneció inmóvil sin saber qué decir, no era su intención asustarla.

Era hermosa, una de las mujeres más hermosas que hubiera visto. Tenía los ojos del mismo color azul oscuro de la tela de la capa y, aunque llevaba el pelo envuelto bajo la capucha, sus cejas eran doradas. María nunca había visto una nariz tan fina como la de aquella joven.

La mujer, ya recompuesta, le sonrió. María le devolvió la sonrisa y bajó su cabeza, no sabía qué otra cosa hacer y a los musulmanes solía gustarles cualquier signo de sumisión por parte de un esclavo. La esposa del amo vecino miró de repente hacia el fondo del jardín, como si algo hubiese llamado su atención, y detuvo su mirada allí un instante. Seguidamente salió a paso apresurado hacia su casa.

María quedó contrariada con la huida de la muchacha. Quizás fuera por temor a su marido, quizás él no la dejaba salir al jardín y por eso se sobresaltó al ser descubierta. No encontraba otra explicación, salvo que hubiese algo en el fondo del jardín. Se puso de puntillas intentando mirar. Había unos rosales que limitaban ambos jardines y que le llegaban casi a la altura del pecho. Se inclinó sobre ellos hasta que pudo ver el fondo del jardín de Alí Jafar. Permaneció quieta, en silencio, observando, intentando dar forma a los setos, pero la luna era pequeña y, por lo tanto, había poca luz. Algo había allí que había hecho huir a la joven. O alguien.

—A Alí Jafar no le gustan las esclavas curiosas. —Perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer sobre los rosales.

Se giró hacia su amo con la cabeza baja.

—Si me da quejas sobre ti, le daré libertad para que sea él mismo el que te castigue.

Sabe que ya me han hablado sobre él.

Levantó la cabeza levemente y vio cómo Murad observaba su vestimenta.

El amo vestía como solían hacerlo los corsarios cuando estaban en tierra. Llevaba un atabe

negro con bordados de hilo rojo sobre una *al-shaya* de cuello alto blanca, que ajustaba con un fajín rojo. Conservaba aún los pantalones de corsario. Sin la ropa de corsario no imponía tanto temor y su atractivo aumentaba sobremanera.

—Mohamed te llevaba camino a Constantinopla —dijo—. Hubieses acabado en el harén del Gran Turco. Si no cumples mis normas es allí donde te llevaré, si es que quieren a una esclava sin orejas.

El martilleo que había disipado el olor de las flores y la alegría por estar cada vez más cerca de su hijo se desvanecieron en un instante. María esperó a que sus rodillas comenzaran a temblar, pero estas no lo hicieron. Comenzaba a acostumbrarse a la presencia del amo y eso no era bueno porque daría paso a sentirse de la misma forma que se sentía ante Mohamed, ahora con el temor de lo que podían conllevar sus actos. Solo le había hecho falta mediodía en aquella casa para saber lo que Murad quería hacer de ella, una esclava sumisa, que sintiera devoción por su amo, admiración. Una esclava fiel que lo obedeciera, que hiciera su voluntad cualquiera que esta fuera y que, encima, se sintiera agradecida por ello. Quería una esclava más como las tres que ya poseía. Miró los ojos verdes de Murad, sabiendo que aquello no sería posible. Mohamed llevaba razón, le había hecho un favor no contando lo de su hijo.

Mi única debilidad.

Murad caminó rodeándola sin dejar de observarla. María no dejaba de colocarse la tira del vestido que caía por su hombro y que, por fortuna, sujetaba a tiempo antes de que terminara de caer del todo. Lo último que quería en aquel momento es descubrir su pecho a Murad.

El amo se detuvo tras ella.

—¿Has visto aquí a algún esclavo con marcas como las tuyas? —le preguntó y ella tragó saliva. El amo esperaba respuesta—. ¡Responde!

—No —dijo al fin.

—¿Cuál crees que es la razón? —volvió a preguntar.

—Tienen miedo. —María cerró los ojos. Aquella respuesta hizo que Murad volviera a colocarse frente a ella.

—Cuando un esclavo intenta huir de Argel, Hassan Pachá lo sentencia a morir. También suele castigar a todos los que contribuyen, de alguna manera, a una huida.

No dejaba de observarla, como si supiera que había más en ella, como si supiera que había algo que María no quería contarle. Y buscaba ese algo en el interior de sus ojos. Realmente iba a tener difícil llevar a cabo sus planes sin que el amo se enterase. María volvió a colocarse la tira en el hombro.

—Mañana le ordenaré a Elvira que te haga ropa. Suelo tener bien cuidados a mis esclavos y quiero mantener mi reputación.

El amo le cogió las manos e inspeccionó sus muñecas, estaban amoratadas por los grilletes, también tenía doloridos los tobillos y el cuello, ella supuso que tendría alguna marca en ellos. El contacto con el amo la tensaba de una manera extraña, retiró sus manos de él enseguida. El corsario la miró serio y entornó los ojos. María notó cómo sus rodillas temblaban. Aquella manera de apartarse podría considerarse un desprecio y ella acaba de despreciar a un ser que solía conseguirlo todo.

Murad alzó una de sus manos despacio y tocó la cara de María, esta la apartó en cuanto notó el mínimo roce y pudo ver cómo el semblante altivo de su amo desaparecía. Pero él volvió a acercar la mano a su mejilla una segunda vez y, por un momento, María pensó que la obligaría a dejarse acariciar, no lo hizo, obtuvo la misma respuesta. Sentía que estaba metiendo la pata por

momentos con Murad, pero no sabía actuar de otra manera con los seres que le habían provocado la desgracia. Los odiaba sobremanera, desde el primer despreciable hasta el último.

Murad no volvió a intentar acercarse a ella ni dijo más palabras. Simplemente se detuvo a mirarla en silencio. La esclava lo sentía respirar profundo, imaginaba que estaba ofendido, tendría que estarlo. Acaba de descubrir que ella no era la esclava sumisa que él esperaba aunque ya lo imaginaría por las marcas de su espalda. Así que no lamentó su acción lo más mínimo. Podía ser su amo, pero había cosas que Murad nunca conseguiría de ella y prefería que lo supiera cuanto antes, como lo hizo con Mohamed. Si lo que Murad estaba buscando era una esposa cristiana, como solían hacer los corsarios, que eligiera a cualquier otra.

El corsario se apartó de ella y se marchó hacia la casa. María se quedó sola, el tembleque de sus rodillas aún le duraba. No estaba segura de las intenciones de Murad respecto a ella, si con su acción solo había querido comprobar su rebeldía o si era un amo que se tomase demasiadas libertades con las esclavas. Fuera como fuera, solo una cosa tenía clara, si encontraba a Julio tenía que mantenerlo lejos de Murad.

20

20 de julio de 1578. Argel

Tres días en casa del corsario Murad y ya le parecían meses. Durante esos días trabajó en todo lo que se le ordenaba, tal y como lo hizo en casa de Mohamed, como una esclava ejemplar, ávida y dedicada. Por primera vez había pedido permiso al amo para salir, aprovechando que Leonor quería ir a la capilla de los baños. Algo que tenían los musulmanes era un gran respeto por las creencias y nunca solían rechazar tal petición. El amo le había dado la aprobación sin ni siquiera mirarla. Había ignorado su presencia durante los tres días anteriores, algo que agradecía, sabía por experiencia que lo mejor que le podía pasar a un esclavo era ser invisible.

Esos mismos tres días, con sus compañeras cristianas, le habían hecho comprender que tenían demasiado miedo al castigo y también demasiada admiración por su amo. Por lo tanto, tenía que cuidarse de ellas porque a la primera duda no tardarían en delatarla.

Elvira le había hecho tres vestidos sin mangas, todos blancos y de tela de mejor calidad que las que solía disponer para ella su antiguo amo.

Caminaba junto a Leonor hacia los baños. Caminar por las calles de Argel era arduo trabajo, demasiado ir y venir de moriscos, judíos o cristianos. Tropezaban, chocaban, algunos se disculpaban con amabilidad, otros la despreciaban por su condición y otros la increpaban con comentarios obscenos. Sin perder a Leonor de vista, observaba a su alrededor multitud de pequeños comercios. La mayoría de ellos propiedad de los judíos, quizás la sociedad más cerrada de todas, puesto que ellos estaban al margen de la relación que pudieran tener, buena o mala, los moros y los cristianos. Solían ser gente acomodada que solo se daban oportunidad con los de su misma religión y no solían relacionarse con el resto más que lo indispensable para mantener sus negocios. La posición más inteligente, según el parecer de María, mucho más que la guerra absurda que mantenían ellos y que solo provocaba el malvivir de muchos en ambos bandos y el bienestar de nadie.

Aunque en medio de esa disputa Argel salía bien parada, puesto que gracias a la trata los ducados españoles de oro entraban en abundancia para rescatar a los cautivos mientras que al revés no ocurría. Los esclavos musulmanes que caían en manos de cristianos nunca eran rescatados, si bien sabía por los corsarios que algunos de ellos, los más relevantes, eran intercambiados por cautivos cristianos importantes que estuvieran en manos de musulmanes. El resto, los simples corsarios sin importancia, acababan vendidos en cualquier ciudad del Mediterráneo, puesto que los árabes nunca pagaban rescate por sus compatriotas.

Por lo que podía comprobar, la lealtad de aquella sociedad pendía de un hilo. Y, en parte, lo comprendía. La mayoría ni siquiera había nacido allí, tan solo eran renegados, niños que robaron a sus familias o soldados capturados en los barcos. No había sangre común entre ninguno de ellos. Un corsario podía adoptar a su propio siervo como Arnaute Malí hizo un día con Murad, pero ningún lazo los unía. Si Murad hubiese caído en manos cristianas, el gran Arnaute no hubiese movido un dedo por él. Sin embargo, ella, una humilde esclava, estaba allí para encontrar a su hijo.

No, no era una sociedad en la que se pudiera confiar. De hecho, los musulmanes no confiaban ni en ellos mismos, pues siempre temían la traición de los renegados. Pero a eso se exponían cuando persuadían, cuando sometían, cuando la única salida que ofrecían era la

conversión. Con cada conversión obtenían un aliado más, pero sin libertad y sin fe.

Leonor permanecía callada, estaba sonrojada y parecía angustiada. María la miró de reojo. Era una joven de gran fe cristiana y, a su parecer, eso podía beneficiarla por un lado, pero perjudicaba su ánimo por otro. Creer en Dios significaba hallar la gloria en el alma, aun estando cautiva, puesto que María había conocido a demasiados esclavos en Túnez y había comprobado que los más creyentes soportaban mejor su cautiverio. Sin embargo, si se sentía tentada a la renegación, aunque tan solo fuera con el pensamiento, el sentimiento de culpa la torturaría más que cualquier otro castigo que el amo quisiera infligirle.

Leonor llevaba solo unos meses en Argel, pero tener solo dieciséis años y estar en medio de un mundo que seguro que ni imaginaba cuando se encontraba a salvo con su familia podría estar produciendo en ella consideraciones contrarias a las normas en las que había sido educada. Era fácil que se rindiera, era débil, era inocente, era tan solo una niña.

María se apenaba por ella y por su sufrimiento. La había oído llorar las únicas tres noches que había pasado junto a ella, puesto que ambas compartían habitáculo. Hasta lo que sabía, Murad nunca había propuesto la conversión ni el matrimonio a ninguna de sus esclavas, pero no estaba segura de hasta qué punto las sometía a su voluntad, ya que era algo que no iban a contarle en los primeros días.

Leonor era diferente al resto de muchachas. Elvira, que llevaba ya un año que en cautiverio equivalía a diez de una vida libre, renegaría sin pensarlo, aun sin saber qué significaba tomar a un musulmán por esposo. Catalina no dudaría ni un instante. No tenía ningún interés por regresar a su hogar y miraba a su amo como si fuera un dios, agradeciendo cada palabra, aunque fuera una orden, que decidiera dedicarle.

Había visto a Leonor en presencia de Murad siempre callada, intentando pasar desapercibida como procuraba hacerlo ella. Sin embargo, las razones de la joven muchacha eran bien distintas. Para ella Murad, sus actos, sus palabras, su sola presencia eran una continua tentación a la que se veía expuesta en todo momento. Por eso corría desesperada a confesarse con los clérigos cada vez que tenía ocasión y tomar la comunión, comunión que se tornaría en veneno cada vez que regresara a casa del corsario.

María se sobresaltó de repente al ver pasar corriendo un grupo de niños. Detuvo su marcha y los observó. El vuelco que acababa de dar su estómago y la ligereza que habían adquirido sus piernas de forma repentina se disiparon en cuanto comprobó que ninguno de ellos era el suyo. Tenía que buscar la forma de comenzar su búsqueda sin compañía. Pero antes tenía que aprender a moverse por Argel.

Alguien la agarró por el brazo. Por su aspecto María dedujo que no era un cristiano, vestía con ropa morisca, pero su tez era demasiado clara. Era un renegado.

—Eres la nueva esclava de Murad, ¿cierto? —le dijo mientras la miraba a los ojos con gran atención.

María sacudió el brazo para que el renegado la liberara y se apresuró a seguir a Leonor. La joven se había percatado de la intromisión. Se giró hacia María y le indicó que se pegara a ella.

—Algunos han preguntado por tu precio —le confesó—. Ayer llegó Thamir para contárselo al amo.

Thamir era algo así como el corsario de más confianza de Murad. Se consideraban como hermanos, puesto que ambos habían convivido bajo el techo de Arnaute.

—¿Sí? ¿Y cuánto vale mi libertad o mi condena con un nuevo amo? —María no dejaba de inspeccionar a su alrededor esperando ver entre la multitud el abundante pelo de Julio.

—No lo sé, pero hay uno que te vio en el mercado que ofrece trescientos ducados de oro por ti. Además, lo pagaría en oro español.

María aún no estaba familiarizada con las monedas de allí. Solo entendía de ducados y escudos, aunque ella no los hubiese manejado en abundancia, más bien en escasez. En Túnez solía ver a su amo comprar y vender en maravedíes o en ducados. Pero en Argel, aparte del maravedí, los escudos y el ducado, utilizaban la dobla, la rubia y otras muchas monedas que le quedaban por conocer. De todos modos, lo pagara del modo que lo fuera a pagar quien quisiera comprarla, era demasiado dinero.

—Las mujeres de pelo rubio y ojos claros suelen ser más caras porque somos todo lo opuesto a las moriscas y sabes que a ellos les gusta todo lo que escasea. Sin embargo, tú… —La miró—. Tienes la piel tan oscura como ellos y tus ojos son… al amo le encantan. Es como si fueras una mezcla de las dos razas.

María alzó las cejas. No dudaba de que al amo le gustaran, como le gustaba la decoración, el gusto por la vestimenta impecable y por todo lo que no podían tener los demás. Ella era una tela ornamentada, un objeto de tantos que habitaban aquella casa, un gran navío o un caballo de brillantes crines y envidiable musculatura. Una posesión más de la que Murad no querría desprenderse.

Llegaron a los baños. La pestilencia le recordó al barco español y este a su peor pesadilla desde que estaba cautiva. Los baños eran grandes celdas, nidos de pulgas, piojos y ratas. A aquellas horas estaban vacías, sin embargo, pudo imaginarlas con las centenas de esclavos hacinados en su interior durante toda la noche. Y, por primera vez desde que la prendieron, se alegró de ser mujer.

La capilla estaba situada en el centro de la construcción, tras atravesar un amplio patio. En este se agolpaba la multitud. Eran numerosos los clérigos cautivos en Argel y muchos otros, que habían llegado como hombres libres, con la misión de disuadir a los prisioneros de la idea de la conversión. María dudaba de que lo consiguieran en la mayoría de los casos, ya que cuando los musulmanes daban a elegir entre la horca o el empalamiento y el renegar de tu Dios no hay fe tan arraigada ni Dios tan verdadero.

Se detuvieron en el patio, esperaban. María permanecía junto a su compañera sin decir palabra. Continuaba observando a su alrededor. La primera diferencia que percibió entre la ciudad de Argel y la de Túnez fue la diferente actitud de los cristianos. Los veía saludarse unos a otros, conversar e incluso animarse, una unión que María no había conocido en el cautiverio. En Túnez la esclavitud se vivía en soledad, sin embargo, en Argel nadie parecía estar solo. Y deseó que Julio también hubiese encontrado compañía.

Los baños estaban rodeados de grandes casas-palacios, poderosos hombres vivirían en ellas. Se preguntó si alguno de ellos sería Dalí Mamí. Si Leonor no estuviese allí, habría preguntado por él, pero ni para eso se fiaba porque muchos ya la reconocían como la nueva esclava de Murad y Murad tenía ojos y oídos por todo Argel, ya que muchos deseaban ganarse su favor. Su amo no tardaría en preguntarle por qué buscaba a aquel corsario y no le gustaba la forma de hacer preguntas de Murad.

La más alta de las casas llamó su atención. Tenía un torreón de pequeñas ventanas desde las que María suponía que se vería toda la ciudad. El dueño de tan tremendo palacio sería incalculablemente rico.

La voz de un hombre la sobresaltó. Vestía hábito y se había acercado a hablar con Leonor, pero enseguida reparó en María. Leonor se vio en la obligación de presentarla. Su compañera

estaba nerviosa en presencia del clérigo y María no sabía entender por qué cuando en medio de una guerra santa un hábito de fraile aportaba confianza a cualquier cristiano.

—Ella es María —dijo Leonor—. Llegó hace unos días.

El hombre, de unos cuarenta años, de piel blanquecina y nariz aguileña sonrió a María con amabilidad y le tendió la mano.

—Yo soy fray Juan Blanco de Paz. Bienvenida a la ciudad.

María le estrechó la mano y le devolvió una sonrisa forzada. El fraile enseguida miró hacia la casa con la que María se había quedado ensimismada instantes antes.

—Ostentoso poder en la tierra —le dijo—, pero pobres en el reino de Dios.

El fraile continuaba sin soltar la mano de la joven y esta la retiró lentamente.

—¿Es de la orden de los redentores? —preguntó.

—De los dominicos —respondió el clérigo mirando el rostro de la joven. Luego volvió a dirigir la vista hacia la casa—. Es de Ari Morato, suegro del Pachá y gobernador del Batán.

María no quiso preguntar qué era el Batán ni le interesaba. Solo necesitaba saber qué casa era la de Mamí Dalí y, al menos, había descubierto una que no lo era, así que debía ser una de tantos cientos que le quedaban.

Un grupo de cristianos llamó al clérigo y este se alejó de las muchachas.

—María. —La llamó ya de lejos—. Suelo venir a diario. Cuando lo necesites ven a buscarme.

María asintió y le dedicó una leve sonrisa. Leonor estaba blanquecina y María la miró contrariada.

—Juan Blanco de Paz es comisario inquisidor —le confesó.

Y María lo entendió todo. Se apenó de Leonor y de su incesante enfrentamiento interior. El miedo a perder la fe y el temor a la tentación continua que le provocaba Murad y que hacían tambalear los cimientos de su creencia. Y todo ello sumado al terror que le provocaba tener cerca a un comisario de la Inquisición.

Acarició la cara de la joven. ¿Cómo iba a decirle a una mujer de fe que difícilmente la Inquisición podría hacer nada contra ella si estaba en Argel, de cuyas murallas posiblemente no saliera nunca?

Seguramente, aquel no era el caso de los esclavos que esperaban rescate. Para ellos el fraile Juan sí que podría ser una amenaza.

***

Julio tiraba piedras contra un árbol en el que había dibujado una diana. El esclavo lo acompañaba.

—Julio, tienes que dar dentro del círculo —le dijo.

—Créeme que lo intento. Mañana lo dibujaré más grande. —El niño se quedó pensativo por un momento. Últimamente su amigo pasaba poco tiempo con él—. ¿Qué haces últimamente que te veo poco por aquí? —le preguntó al esclavo.

—Suelo ayudar a los amigos, ya lo sabes —le respondió, siendo consciente de que al niño no le servía su respuesta.

—No me refiero a eso. —Lo miró con sus enormes e interrogantes ojos.

El esclavo Sajá Veidrá se puso serio.

—No hagas preguntas, Julio. Si quieres sobrevivir aquí, es mejor no saber.

Julio dirigió la mirada hacia la calle, en la esquina estaban los amigos del esclavo. En cuanto este los vio se levantó del suelo. Julio ya sabía lo que se disponía a hacer.

—Te veo mañana —le dijo.

Julio ni siquiera se despidió y continuó tirando piedras como si nada. Sabía que, fuera lo que fuera lo que su amigo estuviera tramando con el resto de cristianos con los que andaba, no era bueno.

***

Estaba junto al pozo del patio, pensativa. Había lavado algunos trajes del amo y estos se secaban al sol. Tiraba de la cuerda con la que ascendía el barreño del agua. Con esfuerzo lo agarró en cuanto lo tuvo a una altura suficiente y, no sin derramar agua, lo colocó en el borde. Metió las manos en el agua y se las llevó a la cara, hacía calor al sol, tenía las mejillas sonrojadas y las axilas demasiado sudadas. Introdujo los brazos en el barreño y se miró reflejada en el agua. A pesar de todo lo padecido en el cautiverio, su rostro no era muy diferente a cuando llegó a Túnez, ni siquiera era muy diferente al rostro de la niña que una vez salió de Sevilla acompañando a su marido a un nuevo hogar. Solía oír decir que los ojos eran el reflejo del alma, entonces no entendía por qué sus ojos seguían teniendo la luz que habían tenido en sus años más felices si ahora su alma se encontraba totalmente apagada.

Había llegado la hora de comenzar aquello por lo que había llegado a la ciudad del infierno y que le aportaba tanta ilusión como temor, a partes iguales.

Una de las primeras cosas que había decidido hacer en sus primeros días en Argel era escribir a don Diego y decirle dónde se encontraba y que Julio también estaba allí. Pero era torpe con las letras y llevaba más de un año sin leer ni escribir absolutamente nada. La carta que envió desde Túnez se la tuvo que dictar a un clérigo. Podría buscar uno en la ciudad bereber, pero entonces tendría que dictar la misiva con palabras que no quería pronunciar. Demasiados oídos en las calles podrían escucharlas.

Tenía que hacerlo de otra manera, encontrar a alguien que la ayudara a recordar cómo se escribía. Lamentó no haber prestado atención cuando Julio se empeñaba en que aprendiera a escribir. María solía poner decenas de excusas y cuando, al final, accedía al aprendizaje era solo por contentarlo. En ese momento se arrepentía de ello, de todas las veces que rechazó ocupar su tiempo con él porque había otra tarea de mayor importancia o para descansar de una larga jornada. Recordaba a Julio jugando solo, dibujando letras o mirando el mar. Lo echaba de menos, lo echaba de menos de una forma que hasta dolía en lo más profundo de sus entrañas y cuando el sol se iba, y llegaba la noche y el silencio, ese dolor en las entrañas crecía hasta llegar a su pecho y hasta su garganta impidiéndole respirar. Entonces recordaba a su difunto esposo, muerto ya hacía demasiados años, y envidiaba la suerte que tuvo su marido al morir si era aquel el destino que los estaba acechando. Quizás tendría que haber sido ella la que se hubiese ido.

Vació el barreño de agua en el pozo de nuevo y amarró la cuerda. Se introdujo por uno de los pasillos de columnas de la gran casa y llegó hasta el jardín. Allí se encontraba el esclavo Santiago, trabajando. Cortaba las rosas que luego ella y el resto de cristianas de Murad colocarían en los jarrones que había repartidos por los salones de la casa. Uno de esos salones, el mayor de todos, tenían que prepararlo con gran dedicación puesto que el amo había decidido celebrar una cena con algunos de sus amigos antes de su nueva partida, partida que María estaba

deseosa de que llegara.

Santiago no era esclavo de Murad, sino de Jafar, el vecino. Era un esclavo preciado por sus conocimientos de artillería que en sus ratos libres trabajaba para otros amos y así poder pagar su propio rescate. Rescate que Jafar había fijado muy alto basándose en su talento en el oficio. Una de tantas cosas que María había aprendido en el cautiverio era que el talento y la belleza jugaban en contra del esclavo si este anhelaba la libertad. «Libertad». Aquella palabra cada vez sonaba más lejana en su pensamiento. Un preciado bien con el que nació y al que nunca prestó atención, sin embargo, ahora sabía el valor que tenía.

Le alegró encontrar a Santiago en el jardín, pues de todos los esclavos que había conocido era el que más tiempo llevaba en Argel, tres años. Y él podría decirle la manera de acabar de aprender el arte de la escritura o quién podría ayudarla.

Se detuvo tras él y lo llamó. El joven enseguida se giró hacia ella. Era amable, de tez clara y pelo negro intenso, tan negro como sus ojos, vivos y brillantes. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda de sus años sirviendo a España en la guerra sobre el mar contra los turcos. En uno de esos barcos, cuando volvía a España, fue capturado y llevado a Argel.

—¿Necesitas algo? —se interesó Santiago.

—Necesito enviar una carta a España —comenzó.

—¿La tienes ya escrita? —preguntó el esclavo.

La joven negó con la cabeza. Alguien estaba en el jardín continuo. También su presencia llamó la atención del esclavo. Tras los rosales estaba la hermosa mujer que vio la primera noche, vestida ahora con velo y *jubba* rosa bordada en oro. La muchacha los miró, bajó la cabeza en señal de saludo y esbozó una sonrisa. María le devolvió el saludo y enseguida miró a Santiago para seguir la conversación, pero él aún miraba a la muchacha. Volvió a mirar a la esposa de Jafar y juró haber visto algún tipo de mueca en su rostro, que desapareció en cuanto percibió que la esclava la observaba de nuevo. María miró hacia otro lado enseguida. Si la esposa de Jafar quiso indicar algo al esclavo de su esposo, prefería no saber qué era, aunque por su propio bien esperaba que no fuera así. Se puso nerviosa aun sin saber el motivo, simplemente porque ya Murad la había advertido de que si Alí Jafar le daba quejas sobre ella, le permitiría a su vecino castigarla. No quería ni imaginarse si se metía en un enredo que fuera más allá de las torpezas de un esclavo.

El silencio se estaba tornando demasiado incómodo y necesitaba retomar la conversación. Ignoró a la hermosa joven y volvió a dirigirse al esclavo.

—Necesito ayuda para escribirla —continuó.

—Siento mucho no poder ayudarte en eso, pero hay algunos esclavos que se dedican a escribir cartas de otros cautivos. La mayoría de ellos lo hacen a cambio de dinero y en eso sí podría ayudarte si no tienes ahora mismo.

—No necesito que nadie escriba por mí —respondió, agradecida por tanta amabilidad.

El joven se sorprendió con la respuesta. Saber leer y escribir no era un don muy común y menos para una cabrera. María intentó explicarse mejor, miró de reojo a la joven vecina. Esta parecía estar prestando atención a las flores, pero continuaba allí, escuchándolos.

—Estaba aprendiendo a escribir cuando me apresaron y ahora he olvidado gran parte. Solo necesito que alguien me ayude a recordar. ¿Conoces a alguien que pueda hacerlo?

Miró de reojo a la muchacha de nuevo, la hermosa esposa de Jafar no se movía de su lugar.

—A ser posible por buena voluntad —añadió, sabiendo que lo que le pedía era difícil, ya que el objetivo de todo esclavo era poder pagar su propio rescate y liberarse. Por lo tanto, cobraban

por todo lo que tenían la oportunidad de hacerlo.

—Conozco a alguien que puede ayudarte. —El muchacho cortó una rosa y la depositó en una canasta donde había, al menos, una docena más—. El esclavo Miguel, un amigo y compañero de viaje.

María sonrió, parecía que su mala fortuna de vez en cuando le daba tregua, permitiendo, entre disgusto y disgusto, que alguna puerta se abriera.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —se apresuró a saber María.

—¿Sabes llegar hasta los baños? —preguntó el joven y María asintió, era al único lugar de su nueva ciudad al que sabía llegar sin ayuda—. Justo antes de entrar toma la primera calle que veas a tu izquierda y continúala. Donde termina el palacio de Ari Morato hay una plazuela con un pozo público, atraviésala y verás una calle cubierta de toldos, accede a ella y camina hasta llegar a un telar. Llegarás a una zona más ancha de la calle, un patio cuadrado rodeado de arcos y columnas. Es un lugar de reunión de cristianos. Pregunta por el esclavo Miguel, suele estar allí todas las tardes.

María miró hacia el cielo, era demasiado tarde para ella. Tendría que esperar al día siguiente.

—Dile que vas de parte mía —añadió el esclavo—. Es un buen amigo, te ayudará en lo que pueda.

María le dio las gracias a Santiago y se retiró, dejando solo al esclavo con la presencia, aún en el jardín contiguo, de la hermosa esposa de Alí Jafar.

21

21 de julio de 1578. Argel

María se encontraba en uno de los salones de Murad, el más grande, donde aquella noche daba una cena. Al día siguiente volvía a salir con su corso, algo que alegraba a la esclava. Durante dos semanas estaría fuera del alcance de los ojos de Murad que, aunque permanecía distante y como si ella no existiera la mayor parte de las ocasiones, no dejaba de vigilarla. El amo no era tan amable con ella como solía serlo con el resto de esclavas, quizás también porque el corsario conocía qué consideración tenía la joven respecto a él, muy diferente a la que tenían sus compañeras. Para el resto, Murad era una especie de protector en un mundo bereber desconocido y peligroso. Ser la esclava de uno de los corsarios más temidos de todo el Mediterráneo conllevaba ser respetado por otros amos y esclavos, pues la ira de Murad era bien conocida. Quizás por eso, y por el miedo que les provocaba su enfado, lo adoraban como a un dios. Amaban a su captor en vez de odiarlo y eso María no lograba entenderlo. Hacía tan solo un rato que el amo había entrado en el salón para inspeccionar el trabajo. No estaba segura de qué estaba haciendo Catalina con las flores, pero fue del agrado del amo porque este se había acercado a su esclava y le había dedicado una caricia acompañada de su atractiva sonrisa. María no tenía dudas de que a Catalina le duraría la alegría varios días. Se apenó de la miserable realidad de un esclavo, pero se alegró de su compañera de cautiverio, puesto que en una vida de esclava cualquier pequeña luz era lo que empujaba a seguir respirando un día más.

María, junto a Catalina y Leonor, limpiaba el salón, colocaba alfombras nuevas y numerosos cojines. Elvira se encargaba de la comida. Dos esclavos del servicio las ayudaban con las alfombras más pesadas. El silencioso Thamir supervisaba el trabajo.

Thamir no era tan alto como el amo, muy delgado de complexión pero fuerte como la mayoría de marineros. También tenía la tez oscura y una nariz corva en la que se marcaba demasiado el hueso en la parte central. No era la primera nariz que María veía con forma similar, solía adquirirla cualquier nariz cuando se rompía y luego sanaba. Thamir llevaba el pelo muy corto y, por la forma en la que se dibujaban en su cuero cabelludo algunas líneas, debía tenerlo muy rizado. Sus ojos oscuros siempre andaban vigilantes en todo lo que respectaba a la casa y a los esclavos. Conocía a la mayor parte de los habitantes de Argel y era el informador de todo lo que ocurría en la ciudad blanca. Thamir era los ojos y los oídos de Murad Rais, al que todos pretendían agradar. Elvira le había contado que el amo solía dejarlo al mando cuando salía a las *razzias*. No sentía simpatía alguna por Thamir, era igual de altivo y despreciable que todos los demás corsarios, pero, puestos a elegir, prefería mil miradas de Thamir a tan solo una de Murad.

—María. —La llamó Thamir. Ella se encontraba a gatas en el suelo desenrollando una pesada alfombra. Cuando levantó la cabeza hacia Thamir vio tras él al amo—. El amo quiere hablar contigo.

Sujetó el rollo de la alfombra hasta que Leonor acudió a ocupar su lugar para luego ponerse en pie. Caminó hacia la puerta y, justo cuando estuvo a la altura de la arcada, Murad le dio la espalda para que lo siguiera. Trago saliva ante la gran espalda de Murad, ella a su lado no era más que una mosca endeble e inofensiva. Un sentimiento que mermaba su esperanza de escapar.

Llegaron hasta el patio y María aprovechó para mirar al cielo. Ya era bien pasado el mediodía y aún no había probado la ración dispuesta. Pero lo único que deseaba era terminar el

trabajo y salir corriendo a buscar aquella reunión de cristianos que le había indicado Santiago.

Al recordar a Santiago también recordó a la esposa de Jafar y su extraño comportamiento ante ella. No dejaba de tener la sensación de que aquella mujer quería decirle algo, pero de alguna forma no se atrevía o no había encontrado ocasión. Y le había pasado dos veces, las únicas dos veces que la había visto. También estaba eso que creyó ver entre los setos, aunque realmente no viera nada, pero que podía ser cualquier cosa que no debería de haber apreciado. Ver lo que no se debía podía costarle los ojos, la nariz, las orejas o su propia lengua. El martilleo en su pecho comenzaba. Murad se detuvo y María se sujetó las manos a su espalda, no quería que él se diera cuenta de la forma en que le temblaban.

El amo se giró hacia ella y notó cómo se erguía orgulloso. El aspecto físico de Murad era llamativo y atrayente y él era consciente de que le funcionaba para impresionar a la mayoría de moriscas y esclavas. Las compañeras de María le habían contado que eran numerosas las hijas de algunos bereberes que lo pretendían. Murad tenía los ojos grandes, de un llamativo verde que contrastaba con sus pestañas negras, y la piel dorada por el sol que recibía en alta mar. Tenía la cara delgada, aunque se le marcaba la mandíbula, y su nariz no era tan prominente como la de los nacidos bereber, puesto que era un renegado albanés.

María lo miró. Murad llevaba unos días sin rasurarse la barba y esta oscurecía la parte baja de su rostro, pero eso no le restaba hermosura, incluso aumentaba su atractivo, ya que perdía el rasgo juvenil que aún retenía en su cara y lo hacía parecer más hombre. Su cara y su cuerpo despertaban una serie de sensaciones en las mujeres que lo rodeaban, como pasaba con Catalina que no hacía más que soñar con la conversión si él se lo proponía. O, por el contrario, como sucedía con Leonor, que no hacía más que culparse por la atracción que sentía por su amo, deseos carnales que había descubierto aunque tan solo fuera con el pensamiento y la llevaban a comulgar tan a menudo. Sin embargo, nada de aquello ocurría con la humilde cabrera que tenía delante.

María tan solo le llegaba al amo a la altura del pecho, lo cual la hacía sentirse insignificante a su lado. Murad no era tan delgado como Thamir, los músculos de su pecho sobresalían por el escote de la camisa que solía llevar en el corso o cuando llevaba desabrochados los *al-shaya* como en aquel momento. Si su intención era intimidar a la esclava demostrándole la desigualdad de condición, tanto social como física, lo estaba consiguiendo.

—Tienes el resto de la tarde libre —le dijo y todo el temor desapareció al momento mientras su cuerpo se inundaba de felicidad. Estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo—. Esta noche trabajarás hasta tarde.

Aquello sí que no lo esperaba y parte de su alegría se desvaneció. Servir a los amigos de los amos siempre era un trabajo desagradable.

—Vienen amigos y personas muy influyentes de Argel —le explicó con su habitual tono autoritario—. Así que tendrás que presentarte aseada y perfumada.

Cogió un mechón de pelo de María y parte de la enredada melena fue tras él. El amo lo inspeccionaba. El cabello de María era largo, algunos mechones le llegaban hasta las caderas, una melena muy abundante pero demasiado encrespada y ondulada. Solía llevarlo siempre suelto porque ninguna cinta podía soportar su rebeldía y siempre terminaban cayéndose. Y desenredarlo a diario era un arduo trabajo que llevaba más tiempo del que disponía. Con lo cual, siempre solía llevarlo suelto, alborotado y demasiado enredado. Eso sin contar con uno de los mayores problemas de tener demasiado pelo: su facilidad para acoger parásitos y los picores desesperantes que estos le producían.

—Le diré a Elvira que te ayude a arreglar esto. —El amo soltó el mechón con desprecio, casi con asco, o una mezcla de ambas cosas. Luego la miró a los ojos—. Mientras estés bajo mi techo tendrás que cumplir mis normas y el aseo personal es una de las obligaciones que les exijo a mis esclavos. ¡Mírame cuando te hablo!

María se sobresaltó con el grito del amo y, al momento, obedeció. Sus ojos se cruzaron con los de Murad y todo su cuerpo se paralizó. Ni siquiera se atrevía a respirar.

—Andan diciendo que poseo a la esclava más hermosa de Argel —le dijo—. Pero te miro y tan solo aprecio pestilencia, suciedad y piojos. Y yo detesto todo eso.

El pecho de María se encogió y la garganta comenzó a escocerle, pero el amo no iba a conseguir hacerle llorar, poco le importaba lo que un asqueroso corsario pensara de ella. Era más, ni siquiera sabía por qué sus palabras le ofendían. Claro que no iba llorar, ella no era Leonor, Elvira ni Catalina, ella reservaba sus lágrimas para algo que de verdad merecía la pena, algo cuyo recuerdo la hacía feliz tanto como la entristecía, algo que le daba fuerzas para soportar quince latigazos, a Murad y a toda aquella sociedad esclavista a la que detestaba: su hijo Julio. Sus lágrimas solo serían para él.

—Esta noche te quiero ver impecable —añadió—. Ni siquiera voy a decirte las consecuencias si no es así.

Murad se fue dejándola sola en el mismo estado que siempre la dejaba, con las manos temblorosas, los puños apretados, la punzada en el pecho y el ánimo humillado, impotente, furiosa y con ganas de gritar.

Y algo aún peor que las humillaciones de Murad era su desilusión, ya que si tenía que servir a los invitados del amo, y antes de ello asearse, perfumarse y peinarse, apenas podría estar fuera de la casa un rato.

***

Solo había probado su ración de pan de trigo de la comida que le correspondía a mediodía. Había ofrecido las habichuelas a Elvira, que siempre solía quedarse con hambre, y el vinagre lo había reservado para los parásitos de su cabeza.

Después de pedirle permiso a Thamir para salir, pues el amo se encontraba descansando, echó a correr calle abajo para llegar lo más pronto posible hasta los baños. Con el pecho a punto de estallar, se dirigió hacia la izquierda tal y como le había indicado Santiago. Los transeúntes la miraban perplejos en su carrera, parecía que estaba huyendo más que dirigiéndose a algún lugar. Aunque tampoco era de extrañar ver a un esclavo correr por las calles de Argel, sobre todo al anochecer cuando las puertas de los baños se cerraban. Si uno de los guardias encontraba un esclavo en la calle, el esclavo acababa a los pies de Hassan, el Pachá.

Pasó por la fachada del palacio de Ari Morato y se detuvo en el pozo que estaba en el centro de la plazuela, más bien frenó contra él. Miró a su alrededor y se abrían varias calles, pero solo una cubierta con toldos y se dirigió a ella a toda prisa. La calle era estrecha y se le hizo demasiado pesado correr a través de ella, puesto que era cuesta arriba. Le dolían las piernas y le faltaba el aire, pero no quería parar para respirar. Cuando llegó al telar se detuvo. Tenía que aspirar por la boca porque le era imposible hacerlo a través de la nariz. Se agarró a la pared mientras, encorvada, se recuperaba del esfuerzo y un dolor en la parte derecha de su vientre le impedía erguirse de nuevo. El pan de trigo que había comido de forma acelerada se le vino a la

garganta con sabor amargo, consiguió tragarlo y devolverlo a su estómago. Levantó la cabeza, aquel tenía que ser el lugar que le había indicado Santiago.

Era un enorme patio al que se accedía desde distintas calles. Había muchos cautivos, algunos de ellos vestidos con las ropas de los esclavos del *deylik*, trabajadores públicos que limpiaban y arreglaban las calles de Argel.

La mayoría de los cautivos que se encontraban en el patio eran hombres. Sus vestimentas, una mezcla de ropas cristianas que llevarían consigo cuando fueron capturados, y trapos árabes que los amos desechaban y regalaban a sus esclavos. Supuso que Murad nunca dejaría a ninguno de sus esclavos salir a la calle con semejante atuendo. A él le gustaba la pulcritud y la armonía hasta en los parias que estaban a su cargo. Era parte de aquella imagen de ostentación que quería dar y que sabía que impresionaba a todos.

El mismísimo Hassan Veneciano lo tenía en gran estima y lo alababa como el mejor de los corsarios de Argel. Algo que a Murad le gustaba representar en todos los ámbitos y aquella noche ella sería testigo de otra nueva ostentación de poder y formas con respecto a sus invitados. Había mandado colocar las alfombras más lujosas de cuantas poseía, los mejores y más ornamentados cojines rellenos de plumas de los que cierto mercader veneciano solía proveer a los más ricos de Argel. Y ella, claro estaba, ella era parte de la ostentación. Una nueva esclava por la que ya había recibido alguna atrevida oferta aun sin estar en venta. Por eso Murad quería que ella los sirviera, no había otra razón. Las otras tres esclavas ya tenían experiencia en sus cenas y, con seguridad, conocerían a los invitados de alguna otra vez. Hubiesen sido una mejor elección. Pero Murad quería que la vieran a ella. Recordó las advertencias del amo respecto a su aseo y se le aceleró el pulso. Era cierto que las mujeres que la rodeaban, tanto moriscas como esclavas, eran muy dadas a cuidar su aspecto. Recordaba a la mujer de Jafar, a las mujeres de su antiguo amo, a Adila o incluso a Leonor. Pero ella nunca fue así, ni en sus años mozos ni en sus años de cabrera. Ahora Murad le ordenaba ser como el resto y no tenía más remedio que obedecerlo. Y más le valía hacerlo o aquella noche los quince latigazos de Mohamed no serían nada comparado con lo que le esperaría.

Agarrada aún a la pared, vio junto a ella a un grupo de esclavos sentados en la esquina que formaban la calle cubierta de toldos y una de las paredes del patio. Se acercó a ellos y en cuanto la vieron todos se giraron hacia ella para atenderla. Tomó aire aún con dificultad.

—Busco al esclavo Miguel —les dijo y los hombres se miraron unos a otros repitiendo el nombre.

—¿Sabes su apellido? —preguntó uno de ellos.

María fue consciente de su torpeza. Habría muchos esclavos llamados Miguel y Santiago no le había dado más referencias sobre él. Así que dijo lo único que sabía.

—Sabe escribir —respondió con timidez.

La expresión de los hombres cambió de inmediato y María entendió que se acababa de resolver a qué Miguel se refería.

Uno de los esclavos se levantó y recorrió el patio con la mirada. Le puso una mano en el hombro y señaló hacia el frente.

—¿Ves aquella puerta marrón? Es el que está sentado en el escalón —le explicó. María miró hacia donde le indicaba. Era la puerta de una casa y en el escalón de la entrada había alguien sentado que perdía de vista cada vez que una persona pasaba de un lado a otro.

—Gracias. —María se retiró del esclavo que la había ayudado y se dirigió hacia Miguel.

Continuó su camino sin perder de vista la puerta de la casa y al esclavo que estaba a sus pies

porque, con toda la gente que había allí, en cuanto él se moviera no lo volvería a ver.

Ya podía observarlo con claridad. Miguel era un esclavo de abundante pelo castaño y liso que caía desigual hasta sus orejas y cuello. Era de tez muy clara, aunque no podía ver bien su cara al estar mirando hacia sus piernas sobre las que tenía un papel donde escribía. Iba vestido con un pantalón marrón que le llegaba hasta las pantorrillas y una ancha camisa blanca, como la que solían dar los amos a los esclavos y estos acostumbraban a llevarlas por fuera de los pantalones.

Se detuvo frente a él y lo observó sin atreverse a interrumpirlo en su tarea. No pudo evitar dirigir la mirada hacia la mano izquierda del cautivo, que mantenía apoyada en su rodilla. Tenía la muñeca doblada hacia dentro, tan doblada que era imposible que la pudiera mantener en esa postura de forma consciente, nadie podía doblar su muñeca hasta tal extremo. También sus dedos estaban doblados hacia dentro, como si estuvieran agarrando una vara invisible. Se le vino a la mente un muchacho que pedía limosna en la puerta de Santa María la Blanca, la iglesia a la que la llevaban a misa de pequeña. Aquel desdichado chico tenía una de sus manos exactamente igual que él, con todos los dedos plegados e inútiles.

El esclavo levantó la cabeza en cuanto fue consciente de su presencia y dirigió la mirada hacia ella. Miguel era de cara delgada, con la mandíbula algo marcada pero sin que llegara a endurecer sus facciones. Llevaba la barba rasurada aunque sí tenía algo de pelo en la parte de la barbilla, muy corto, casi inapreciable, igual que un fino bigote. Tenía los labios finos, la barbilla pronunciada y la nariz ancha, aunque no exagerada. Le llamó la atención su aspecto, no era corriente ver a un esclavo tan aseado. Salvo que fueran propiedad de Murad, no solían tener tiempo para eso.

—¿Miguel? —preguntó algo avergonzada y él sonrió.

—Y tú debes ser la nueva esclava de Murad —respondió con amabilidad—. Santiago me dijo que vendrías.

Miguel hablaba despacio y su voz era grave, tranquila. Entre tanto grito bereber resultaba agradable escucharlo hablar así en su propio idioma materno.

—Santiago me ha dicho que sabías leer, pero que ya no lo recuerdas —comenzó él.

—Lo cierto es… —María se inclinó para sentarse.

El esclavo se apartó para dejarle sitio, sin embargo, el escalón era demasiado estrecho y María optó por un segundo escalón más bajo que en donde él se encontraba, a la izquierda del esclavo. Los ojos de la joven estaban justo a la altura de las rodillas de Miguel, por lo que puso toda su concentración en no mirar su mano atrofiada en ningún momento, pues él iba a ayudarla de buena voluntad y no quería ofenderlo. Así que se prometió mirarlo a los ojos en todo momento, unos ojos castaños que miraban con humildad.

—Aunque la persona que me enseñó puso gran empeño, yo nunca fui una alumna interesada —dijo y Miguel esbozó una sonrisa.

—De todos modos, no es empezar desde el principio, en unas semanas habrás aprendido lo que necesitas, todo dependerá de los días que puedas venir.

—Murad me permite salir por la tarde, a veces es poco tiempo, pero podré venir todos los días. —Se sintió incómoda con sus propias palabras—. Los días que puedas tú, claro.

—Yo estoy aquí todas las tardes —respondió él.

Se giró hacia un lado para soltar la pluma. María se fijó en su mano, sin durezas ni callos. Dedujo que tenía que ser un esclavo de rescate, personas importantes y de gran fortuna, nobles o altos cargos militares por las que se pedía una gran cantidad de dinero, diez veces más que por el

resto. Estos esclavos no tenían que hacer trabajos obligados y tenían libertad de movimiento por Argel, siempre y cuando no se metieran en problemas. No le sorprendió en absoluto, sabía leer y escribir con soltura, tenía buenos modales y el porte de un caballero. No era como el resto de esclavos, hasta una cabrera era capaz de verlo.

—No quisiera ocupar tu tiempo, no me importaría venir solo algunos días. —Estaba tan poco acostumbrada a la buena voluntad, tanto como mujer libre como en el cautiverio, que la incomodaba sobremanera que alguien dedicara su tiempo a ella de forma desinteresada.

—No te preocupes, tengo tiempo de sobra —le respondió.

—¿Cuánto llevas aquí? —María lo miraba a los ojos poniendo gran empeño en no desviar la mirada sin ser consciente de que de aquella forma también podría intimidar al esclavo, ya que había pocas miradas como la suya. Pero eso lo desconocía, pues nunca tuvo espejo en la casa del pueblo y solo estaba acostumbrada a verse en el reflejo del agua. El esclavo Miguel desvió la vista hacia otro lado.

—Tres años, pero cada uno de ellos vale por cinco años libre —respondió—. ¿Cuánto llevas tú cautiva?

—Algo más de un año y parece que hace una eternidad que… —«Que no veo a mi hijo». No podía terminar esa frase delante del esclavo.

—¿Murad te compró? —preguntó Miguel. Ella negó con la cabeza.

—Fui parte de un trato —dijo y se levantó de repente al acordarse de Murad, de sus invitados, de la cena y de una mata de pelo que tenía que desenredar si no quería acabar sin orejas—. Tengo que irme, pero volveré mañana, espero que con más tiempo. —Se puso frente al esclavo—. Haré todo lo posible por aprender rápido y no hacerte perder muchos días conmigo —especificó y el cautivo sonrió.

—Te he dicho antes que no te preocupes por mi tiempo. —María dio unos pasos atrás y Miguel se inclinó para coger la pluma.

—Espera —le pidió mientras mojaba la pluma en tinta—. Escríbeme tu nombre, ¿eso lo recuerdas?

Ni siquiera le había dicho su nombre, acababa de caer en la cuenta y hasta se ruborizó de la vergüenza. Miguel daba la vuelta al papel amarillento que tenía sobre las piernas. La otra parte del papel estaba completamente vacía. Le ofreció la pluma y ella la cogió con torpeza, demasiado fina para manejarla con precisión. Por lo que había podido observar antes de que él lo girara, Miguel tenía la letra alargada y bien alineada, le recordaba a los escritos de don Diego, por ello le daba aún más vergüenza escribir con la torpeza que la caracterizaba en ese arte. Escribió su nombre despacio con pulso tembloroso. Pudo ver cómo el esclavo se fijaba en los cardenales, ya de tono amarillento, que le ocasionaron los pesados grilletes del primer día.

Ninguna letra le había salido igual que la anterior y estaban demasiado separadas, se alegró de que solo fueran cinco.

Miguel giró el papel para colocarlo del derecho frente a él.

—María —leyó—. Si mañana no me ves aquí, pregunta por mí. —María asintió y se giró para marcharse.

—Muchas gracias —le dijo antes de darle la espalda por completo.

—María. —La llamó él y ella se giró de nuevo hacia él—. No preguntes por mi nombre. Aquí todos me conocen como Sajá Veidrá.

María estuvo a punto de sonreír por cortesía, pero se limitó a asentir tratando de no poner ninguna expresión incómoda en lo referente a aquel mote. Miguel sí que le sonrió.

Tomó de nuevo la calle cubierta por toldos, se le hacía más ligera al dirigirse cuesta abajo. «Sajá Veidrá», repitió en su cabeza. No podía llamarlo así, de ninguna manera iba a hacerlo. Aquel nombre hacía referencia a su mano atrofiada, le parecía una falta de respeto. Sin embargo, por lo que pudo apreciar, a Miguel no parecía importarle en absoluto. De todos modos, no le parecía bien.

No pienso llamarlo así.

***

María estaba sentada en el suelo del habitáculo que compartía con Leonor. Esta y Catalina habían salido a comulgar, Leonor por su continua tortura interior y Catalina por acompañarla.

Elvira trataba de desenredarle la melena, pero de la mitad de la espalda hasta abajo era imposible. Primero se la había bañado en vinagre, que normalmente hacía que los piojos se fueran o se adormecieran, aunque en un par de días volvería a tener la cabeza repleta. Luego Elvira le había llevado un aceite que solían utilizar las moriscas para suavizar el pelo, pero a ella poco la ayudaba.

Envidiaba el pelo de sus tres compañeras, que lo tenían liso, fino y se les enredaba poco. Pero el de ella era demasiado grueso, demasiado encrespado, demasiado ondulado, parecía más la crin de un caballo que el pelo de una mujer. Tenía la cabeza dolorida de los tirones que le daba Elvira.

—A ver si vuelven pronto y me echan una mano —decía Elvira en referencia a sus compañeras—. Sola no me dará tiempo.

María recordó a Murad, la forma en que le había cogido el pelo y el desprecio con el que le habló. Tan solo recordarlo hacía que le ardiera el pecho. Apretó los dientes y cogió aire con fuerza.

Una posesión más…

Ladeó la cabeza hacia unas tijeras que Elvira utilizaba para cortar los nudos que no podía quitar del todo.

Una alfombra cara, un navío…

Una esclava que otros querían comprar. Apretó los dientes con más fuerza mientras el pecho aumentaba su ardor.

—Espera. —Le apartó las manos a Elvira. Se recogió todo el pelo hacia arriba, formando una cola—. Córtalo, entero.

Elvira cogió las tijeras con rapidez y se las puso en el regazo.

—No pienso hacerlo. Murad me advirtió que, si te cortaba el pelo, me cortaría las orejas.

María se giró hacia ella frunciendo el ceño. Saber que Murad no quería que le cortaran el pelo, aunque lo tratara y hablara de él con aquel desprecio, hizo que las ganas de cortarlo de raíz aumentaran. La idea le encantaba, le calmaba el ardor y la furia. Una sensación placentera que los esclavos solían experimentar con escasa frecuencia.

—Entonces lo cortaré yo —dijo, decidida.

Se inclinó para coger las tijeras, pero Elvira se alejó de ella envolviéndolas con la tela de su vestido y enseñando sus carnosas piernas.

—No pienso dejar que lo hagas —advirtió—. Si te cortas el pelo el amo me echará la culpa a mí y entonces nos cortará las orejas a las dos.

María sabía que Elvira hablaba con conocimiento y hasta tuvo que reír con las palabras de la joven. Enfadar a Murad solo conseguiría empeorar las cosas, un castigo. Fue consciente de que el amo no le cortaría las orejas, ni siquiera le permitía cortarse el pelo. Pero podía castigarla encerrándola las horas que no tuviera que trabajar. Y necesitaba salir si quería que Miguel le ayudara con la escritura.

—Te volveré a echar el aceite y esta vez lo dejaremos un rato —dijo Elvira.

María se colocó de nuevo de espaldas a la muchacha. Cerró los ojos y volvió a coger aire con fuerza. Murad había prohibido que le cortasen el pelo a pesar de que la idea de cortarlo tanto como le permitiesen las tijeras le tentaba. Su pecho se calmó y una sensación extraña hizo que aquel calor del pecho se disipara. Abrió los ojos, contrariada. Miró su pecho a través de su vestido, no ardía, no entendía por qué se había calmado sin rebeldía. Buscó explicación con rapidez, quizás en ese momento tenía motivos que estaban por encima de su odio y de su irremediable carácter.

Tiene que ser por eso.

Julio estaba cerca, no había otra razón.

***

Leonor y Catalina volvieron a tiempo y ayudaron a Elvira. Con muchos tirones y aún más paciencia pudieron terminar el trabajo. No notó el efecto del aceite con el pelo mojado, pero ya seco sí que tenía mejor aspecto. Estaba suave, no tenía enredos y sus ondas se curvaban con más gracia. Y, lo que de verdad le importaba a ella, los picores habían cesado.

Cruzó a través del jardín. Elvira estaba en la cocina terminando de preparar la comida. El sol aún estaba fuera, pero pronto llegarían los invitados de Murad.

—María. —La llamó Santiago, que estaba arreglando unos setos. Ella se detuvo y se acercó a él—. ¿Encontraste a Miguel?

—Sí —sonrió—. Mañana comenzará a enseñarme.

—Es de las mejores personas que puedes encontrar por aquí —añadió el esclavo y María no dudó de sus palabras.

—Muchas gracias.

—No tienes que darlas —respondió Santiago—. Aquí solo nos tenemos a nosotros, así que pide ayuda cada vez que la necesites.

Era la primera vez que escuchaba palabras así desde que la hicieron cautiva. Se dio cuenta de que desde que aquella mujer del pueblo señaló a Julio en el barco, diciéndole al amo cuál de ellos era su hijo, había estado completamente sola. En Túnez nunca le tendieron una mano, solo encontró en otros esclavos interés propio y ganas de ganarse el favor del amo por una escudilla de menestra. Agradeció profundamente las palabras del soldado, así que se acercó a él, le puso la mano en el antebrazo y lo apretó mientras sonreía. Por primera vez desde que tuvo amo no se sentía sola. Y esa sensación le hizo sentir una esperanza al pensar que, aunque fuera difícil, podía tener una posibilidad de cumplir aquello que anhelaba.

—¡María! —Al oír el grito del amo apartó su mano de Santiago como si hubiese tocado acero incandescente.

Murad estaba bajo los arcos por los que se accedía del jardín a la casa, junto a una de las columnas. María se dirigió hacia allí a toda prisa y se colocó frente a él.

Levantó la vista con temor y timidez y se sobresaltó. Volvió a bajarla de inmediato cuando vio la forma en la que Murad la miraba. Al menos la tranquilizó que el aseo fuera del agrado de su amo. Murad la estaba observando de la misma forma que Catalina lo contemplaba a él. Así que comenzó a dudar si el aseo y el cambio de su pelo la beneficiaban o la pondrían en peor situación. Intuyó que pronto su duda se resolvería.

De pronto Murad dio un paso atrás, en silencio, completamente serio, como si estuviera revisando cada parte de su cuerpo para comprobar que todo estaba en su lugar. Ella mantenía la cabeza baja y, de vez en cuando, miraba a su amo un instante para ver en su expresión si le complacía o no su aseo. Fuera lo que fuera lo que había inspeccionado, también había sido de su agrado y María pudo expulsar por la boca el aire contenido.

El amo lanzó una mirada hacia el jardín donde se encontraba Santiago y al instante volvió a mirar a su esclava. Sin decir nada dio un paso hacia ella y luego un segundo paso más. María comenzó a incomodarse por la cercanía del amo. Hizo el intento de apartarse de él, pero este la agarró del brazo derecho, casi a la altura del hombro. María evitaba su mirada, comenzaba a ponerse nerviosa con la actitud del corsario. Sintió cómo sus piernas se aflojaban como ocurría cuando Murad la desconcertaba y en ese momento la estaba alterando sobremanera.

El amo le apartó el pelo de su hombro izquierdo, echándoselo hacia la espalda. Y, sin liberar aún el brazo derecho de la muchacha, colocó su otra mano en la espalda de la joven, impidiéndole que se alejara de él a la vez que acercaba su rostro hacia su hombro. María quedó inmóvil mientras su corazón se aceleraba. Ese contacto físico con el amo la estaba llevando al límite del temor, la incertidumbre y la vergüenza. Murad se detuvo cuando su nariz rozó la piel de la joven y aspiró. María aguantó la respiración a la espera de la respuesta del amo sobre su perfume. Pero Murad no dijo nada.

Se retiró de ella, aunque sin dejarla ir, apartando lentamente la mano de su espalda para luego alzarla hasta su garganta. Donde colocó la palma de su mano, justo bajo su barbilla. La mano de Murad era cálida y su calor se transmitió a la piel de la joven. María volvió a contener la respiración. Aunque Murad no la estuviera sujetando del brazo, no hubiera podido moverse. El amo movió su mano, deslizándola a través del cuello, hasta que la punta de sus dedos tocó la nuca de la esclava. María lo miró de reojo, paralizada y temerosa, intentando deducir de su expresión qué pensaba hacer con ella. Notó cómo uno de los dedos de Murad se retiraba de su piel, el pulgar, para luego situarse bajo el hueso de su barbilla. Murad hizo presión con él y la mandíbula de María se apretó por reflejo o quizás era él el que le hacía hacerlo. La presión aumentó y sintió el dedo del amo hacerse hueco bajo sus dientes. Movió el dedo y con él la obligó a levantar la cabeza con rapidez para luego girarla hacia él sin permitir resistencia. Solo necesitaba un dedo para manejarla a su antojo.

Murad miraba su rostro, se detuvo en el azul grisáceo de los iris de la muchacha, primero en uno y después en el otro, tal y como hizo el primer día que la vio en el barco de Mohamed. La joven intentó liberar su cuello, por temor a que también hiciera lo mismo con su otra mano, pero él no se lo permitía, continuaba clavando el pulgar bajo su mandíbula y con el resto sujetaba su nuca, formando un cepo con su mano. La respiración de María se aceleró al verse inmóvil y totalmente sometida a lo que Murad deseara hacer. Y de un corsario así podía esperar cualquier cosa.

El amo se alejó un poco de ella para observar su pecho y notó la respiración acelerada de la esclava, reflejo del miedo que estaba padeciendo.

Los ojos de Murad se dirigieron de nuevo hacia la cara de su esclava y apretó la mano que

rodeaba su cuello. María notó la presión, lentamente, cada vez más mientras el amo no dejaba de observar su rostro, sus ojos, la forma en la que respiraba por la boca. María le puso la única mano que le quedaba libre en el pecho, tratando de empujarlo, necesitaba que la soltara. No podía aguantar más aquella presión que solo la dejaba respirar lo suficiente para no desvanecerse. Empujó de nuevo el pecho de su amo, pero este era demasiado duro para moverlo de su lugar, para retirarlo de ella. Comenzó a desesperarse temiendo lo peor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su mano izquierda, la del brazo atrapado, comenzaba a hormiguearle y apenas podía tragar su propia saliva. Murad iba a romperle el cuello en cualquier momento o, tal vez, solo quería demostrarle que podía hacerlo si lo decidiera, con solo un movimiento, sin apenas hacer esfuerzo. María sintió que eso era lo que el amo quería que comprendiera, que podía hacer con ella lo que le apeteciera y no podría defenderse contra él.

El corsario aproximó de nuevo su rostro al de ella, lo acercó tanto que podía notar su aliento. Sentía cierto hormigueo en las piernas, su cuerpo la estaba abandonando por completo ante la impotencia de no poder hacer nada más que esperar la desgracia. No sabía cómo detener a su amo y tampoco comprendía cómo un día fue capaz de plantarle cara a Mohamed y, sin embargo, ahora, dejarse someter de aquella manera por un miserable. La realidad era que no podía o no se atrevía a hacer nada contra Murad. Quizás porque ahora tenía razones para querer vivir o porque ahora veía real, por fin, la idea de encontrar al ser que más amaba en el mundo. Aunque solo hacía falta un poco de ostentación del poder de Murad para deshacer todo lo bueno que había dentro de ella y todo lo que la ilusionaba y la empujaba a seguir adelante con todas sus fuerzas. Sus motivaciones, sus esperanzas, sus ilusiones, su fe… el amo era capaz de hacer que todo eso desapareciera hasta dejarla sumida en la completa oscuridad. Como lo estaba haciendo en aquel momento, absorbiendo su fuerza, su energía, dejándola sin respiración, sin movimiento, con el corazón disparado y aterrada. Y cuando todo pasara, si es que sobrevivía, solo le quedarían el cansancio, la tristeza y la humillación. Eso era lo que solían hacer todos los amos con los esclavos.

Murad clavó sus ojos en ella.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, dejando de hacer presión en su garganta para que contestara. María tragó la saliva que se había acumulado en su boca—. ¡Responde!

Se sobresaltó con el grito. Solo llevaba unos días allí, pero no entendía por qué hacía eso con ella. Supuso que era lo que conllevaba tener marcada la espalda de latigazos. Ser un esclavo de poco fiar tenía consecuencias.

El amo entornó los ojos hacia ella. María relajó el cuello y dejó caer el peso de su cabeza levemente en la mano enorme de Murad. Sintió cómo su acción hizo que el gesto del corsario se aflojara de manera considerable.

—Veintitrés —respondió con voz casi inaudible.

—¿Tenías esposo? —preguntó con rapidez tras su respuesta.

—Sí. —Los ojos le brillaron y el rostro de Murad se emborronaba ante ella.

—¿Le diste hijos? —volvió a preguntar. Su garganta le escocía, las primeras lágrimas cayeron. La pregunta hizo que el cuerpo, antes ligero, se le hiciese pesado de repente. Esa vez el brillo de sus ojos aumentó, sentía la humedad caliente en ellos y rebosarían si no le ponía remedio.

—No. —Su voz sonó débil, casi un susurro. Cerró los ojos y pudo ver el rostro de Julio frente a su comprador, imagen que veía cada noche de vigilia. Y ahora que al fin estaba cerca de encontrarlo, temía hacerlo porque eso significaba también acercarlo a Murad. Y no quería ver a

Julio junto a aquel demonio, porque bien pudiera ser su pequeño cuello el que estuviera algún día entre sus manos.

—¿Por qué? —Las preguntas de Murad se sucedían sin descanso. María apartó su cara hacia un lado, pero él volvió a obligarla a girarse hacia él.

Lo miró con los ojos brillantes, casi sin poder respirar. Murad era capaz de sacar los peores demonios que habitaban en el cuerpo de María y hacerlos revolotear a su alrededor hasta llevarla al límite. A un límite que, entre la humillación, la pena y la ira, la hacía caer a un abismo de abandono en donde el cuerpo y la mente no funcionaban. Lenta, torpe y cansada se sentía a corta distancia del amo Murad.

—¡Responde! ¿Por qué? —Volvió a acercar su cuerpo al de ella y María fue consciente de lo insignificante que era junto a aquel corsario enorme con fuerza inhumana.

—Porque él murió —susurró.

Y al responder, la ira y el ardor comenzó a invadir su cuerpo, expulsando con ella el hormigueo, recuperando el control de sus piernas y del único brazo que le quedaba libre. Y, con la imagen de las manos de Murad rodeando el cuello de su hijo en su mente, reaccionó y empujó al amo con furia. Ni siquiera sabía de dónde había podido sacar la fuerza. O sí, desde dentro, desde lo más profundo, donde el poder del amo no podía alcanzar.

—¡Porque él murió! —le repitió en un grito, volviéndolo a empujar.

No había podido liberarse de él del todo y pensaba que lo había enfurecido aún más de lo que estaba. Intentaba tomar aire por la boca, pero en cuanto entraba aire en su pecho este se detenía y rebotaba hacia fuera de nuevo. Tenía ganas de empujarlo otra vez aunque todavía tuviese la mano de Murad rodeándole el cuello, aunque ya ni siquiera le hiciera presión. Simplemente mantenía la mano sujetándole la nuca, desprendiéndole un calor que no le resultaba desagradable. Sensación que no dejaba de aumentar el calor y la ira en su pecho.

Había escasas razones de por qué Murad le había preguntado todo aquello. Albergaba la esperanza de que, después de su rechazo en el jardín y de que el amo no reparara en ella los días posteriores, solo viera en ella una esclava más y no una posible esposa. Sin embargo, las preguntas de Murad le indicaban otra cosa. Recordó a Adila, la mujer estéril con la que, aunque convertida a la religión musulmana, nadie había querido casarse. El interés de Murad sobre si había engendrado alguna vez ponía de manifiesto algo que prefería no meditar. Él no era un corsario cualquiera, un hombre que conseguía todo lo que quería no iba a darse por vencido con facilidad si había puesto sus ojos en ella de alguna otra forma. A aquella posibilidad se sumaba que le acababa de demostrar que era más fuerte que ella, que tenía poder sobre ella, que no podía hacer nada por liberarse de él. No eran latigazos ni palos ni cadenas, aquello era mucho peor.

Murad apartó su mano de la nuca de María y con lentitud bajó la que la aprisionaba, dejándola caer por su brazo hasta su mano. El sentir la mano de Murad en contacto con su piel hizo que su vello se erizara.

La esclava permanecía inmóvil, con la debilidad que siempre le sobrevenía después de la tensión. Había descubierto a qué se debía esa debilidad cuando la sufrió en casa de Mohamed los primeros días sin Julio. No se debía a las heridas en ninguna parte de su cuerpo, sino a heridas en alguna parte de su alma, justo donde reside la luz que la hacía seguir respirando y viviendo. Una herida que le provocaron los corsarios que la sacaron de Zahara.

Miraba hacia un lado, completamente rendida al amo, sin ser consciente de que este le cogía la mano y la alzaba hasta él. Entonces giró su cabeza, casi por inercia, para mirar qué hacía Murad con ella. El corsario le colocaba en la mano un pañuelo de tela, ni siquiera lo había visto

sacarlo de su *al-shaya*, pero María no hizo señal de querer cogerlo. No quería prendas del amo ni ningún favor ni gesto agradable por su parte. Apretó los labios con fuerza, él y gente como él tenían la culpa de su desgracia. Tuvo que reprimir las ganas de empujarlo de nuevo y exhaló aire con fuerza.

Murad miraba su gesto con interés, ella dudó si él conocía su estado. Quizás no estaba acostumbrado a esclavos que reaccionaran así en su presencia. María fue consciente de que él no le había soltado la mano.

—No me toques. —Se alejó y retiró su mano de la del corsario en una sacudida. Aquella cercanía la aterraba—. Ni te acerques.

Le dio la espalda y huyó hacia las cocinas. Estaría furioso por su actitud respecto a él, no tardarían en llegar las consecuencias.

***

El amo estaba en el salón con sus invitados. Uno de ellos era Ari Morato, el dueño del palacio, según le contó el clérigo Blanco de Paz. Ari Morato era de mediana edad y de corta estatura para ser hombre. Por su aspecto físico, María dedujo que debía de ser un renegado, sin embargo, en sus ojos no vio reflejada la ambición que habitaba en los verdes de Murad ni aquello detestable que solían desprender los corsarios. No era un pirata, era comerciante. Un hombre de abundante barba y de semblante afable que la miraba con gran interés cada vez que la esclava entraba en el salón.

También cenaban con el amo el vecino Alí Jafar y su hermosa esposa, la única mujer que había acompañado a su marido. Se encontraba en una esquina, bien retirada de los hombres, en silencio, vestida con una lujosa tela roja con bordados negros. Llevaba una *savaniyya* del mismo color, ajustada con un rodete. Le sorprendió, las mujeres no solían acompañar a los hombres a las reuniones.

El amo y sus amigos habían terminado ya la comida y solo quedaba el *raqui*, que ya había servido, y se disponía a llevar una bandeja de fruta cortada que Elvira había preparado.

Los invitados estaban sentados en círculo y conversaban en árabe entre ellos, un idioma que no conseguía entender con claridad a pesar del tiempo entre ellos. María llevaba con sumo cuidado la bandeja, pesaba más de lo que esperaba, ya que era larga y estaba repleta de fruta formando una montaña. La hermosa mujer de Jafar la miraba apurada cada vez que entraba, quizás por las pesadas bandejas que servía y retiraba sin ninguna ayuda.

Murad estaba de frente y era al primero que veía cada vez que irrumpía en el salón, imagen que María debía evitar si no quería dejar caer ninguna bandeja.

Pasó entre dos bereberes para llegar hasta el centro del círculo, se inclinó y sintió un pinchazo al final de su espalda al depositar la bandeja en el suelo.

—¿Dos navíos? —Escuchaba a su espalda identificando palabras sueltas, las más comunes y las más parecidas al sabir.

Los hombres conversaban de forma acelerada y no detenían su discurso ni aunque la esclava estuviera en medio de ellos, lo cual era bastante incómodo para ella.

—Si no encontramos nada de camino, sí —decía otro.

Se incorporó y se dispuso a retirarse. Debía de tener cuidado al pasar entre ellos para no pisar la tela ornamentada de sus *al-shaya*. Uno de ellos, sin embargo, se apartó a un lado para

facilitarle el paso y María lo miró extrañada por el detalle. Era Ari Morato, que sumó a su acto unas palabras en sabir agradeciéndole el haber servido la bandeja. María le sonrió por cordialidad y pudo ver cómo el amo dejaba de prestar atención a la conversación para observar al comerciante y a su esclava. Aquello le incomodó demasiado y se marchó a prisa hacia la cocina con las cejas levantadas, sorprendida de la amabilidad de tan poderoso hombre.

Salvo en ese momento Murad ni siquiera le había dirigido una mirada en toda la cena, que en parte era lo mejor para ella. Pero recordaba al antiguo amo Mohamed que, cuando tenía invitados, solía mirar a María y con sus ojos le indicaba si todo iba bien o erraba en su servicio, lo cual le permitía subsanarlo. Pero Murad no iba a dar margen u oportunidad, al contrario, no dudaba de que el amo esperaba impaciente cualquier metedura de pata por su parte para tomar represalias contra ella.

Ya solo quedaba una última bandeja, esa vez de pequeños rollos, y tras ella esperaba que Murad le ordenara retirarse a dormir. Acercó su cara a los pequeños rollos cubiertos de azúcar, una especie de dulce que desconocía pero que olía mejor que cualquier otra cosa que hubiese servido aquella noche, y su estómago le respondió con un gruñido. Se sintió tentada de coger uno, nadie lo notaría, sin embargo, decidió no hacerlo. Lo único que deseaba de verdad era que le permitieran retirarse y que el tiempo pasara rápido, ya que, al día siguiente, a aquella misma hora, Murad estaría en el mar a cientos de kilómetros.

Entró por última vez al salón y llegó hasta ellos de nuevo con sumo cuidado para no molestarlos ni volcar los dulces.

—Nápoles —nombraba uno—. Pero deberíais ir juntos.

—Tus barcos son demasiado lentos. —La voz que decía eso era la del amo.

Al oír su voz casi perdió el equilibrio. Se sintió afortunada de retomar el control de su cuerpo y el de la bandeja de dulces porque si no habría caído sobre la fruta.

—Los sicilianos morirían del susto —decía otro bereber—. Murad Rais el Grande y Dalí Mamí juntos.

«Dalí Mamí». Se quedó inmóvil. Lo había oído, estaba segura. Solo comprendía palabras sueltas, pero el nombre lo entendió tan claro como lo repetía cada noche en su mente.

Está aquí.

Los tembleques que le provocaba el amo nada tenían que ver con los que le sobrevinieron, esos eran totalmente incontrolables. Los ojos le brillaron y el estómago se le encogió con un cosquilleo que le llegó hasta el pecho y que hizo que se le combaran las piernas. La bandeja de dulces se resbaló de sus manos sin remedio. Era metálica y la alfombra detuvo el estruendo que se hubiese producido si hubiese caído directamente en el suelo. Cayó sin tener a dónde sujetarse, dando con la mejilla sobre la bandeja y produciendo un sonido similar al de las campanas que anunciaban los rezos.

Ella, consciente del desastre, levantó la cabeza y miró espantada al suelo donde estaban esparcidos los rollos cubiertos de azúcar. Murad gritó su nombre y se puso en pie con rapidez. No la increpaba en sabir, Murad hablaba en árabe, ese idioma tan acelerado que no lograba entender del todo y menos aún si lo pronunciaba tan enfadado. Sin embargo, sí que vio venir la mano del corsario hasta su mejilla. Apretó los ojos, supuso que el golpe sería como chocar la cara contra un muro de piedra. Sin embargo, sintió la mano de Murad agarrándola por el brazo para volverla a poner en pie. Tiró de ella con fuerza y logró levantarla aunque ella no hiciera ningún esfuerzo.

—Por favor, no. —Se oyó una voz de mujer. María abrió los ojos. Era la mujer de Jafar, que

ahora estaba en pie—. Por favor.

Pero las mujeres no tenían mucha influencia sobre los hombres en aquella sociedad y casi en ninguna otra. Así que el corsario ni siquiera la miró, volvió a tirar del brazo de María y la colocó en el centro de la reunión. Apretó los dientes y cerró los ojos de nuevo, conocía bien la disciplina que impartían los amos. Debía golpearla, demostrar su poder como amo ante el resto de hombres. Era costumbre, un deber, casi una ley. Y con un amo con tremendo brazo rezó para que el golpe no le rompiera en dos la cabeza. Entreabrió los ojos, Murad no le soltaba el brazo, pero tampoco acababa de terminar el castigo. Sus ojos se cruzaron con los verdes del amo, claro que estaba furioso. Tanto como para coger un látigo o un palo. Murad apretaba la mandíbula tan fuerte que hasta podía ver tensos los músculos de su cara.

A María le brillaron los ojos. Si el amo había enfurecido así por tan solo una bandeja, tendría que andar con cuidado o acabaría muerta en cualquier momento. La alegría de haber encontrado al fin al hombre que compró a su hijo se esfumó dando paso a un temor atroz.

—Murad. —Esa vez sí era una voz de hombre. Era la voz de Ari Morato y hablaba en sabir —. Es una esclava hermosa y, por lo que he podido ver, buena empleada. Si ella no es de tu agrado, seguro que hay entre los presentes algún posible comprador.

María no daba crédito a lo que acababa de oír decir a aquel hombre y temió que sus palabras enfurecieran aún más a Murad.

Me va a mandar apalear en el patio.

Era lo que había oído decir que solía hacer Murad con los esclavos más rebeldes. No creyó que pudiera usar el látigo en un cuerpo ya flagelado, a los amos les gustaba marcar a los esclavos, una marca diferente a la que ya tuvieran.

—Yo le ofrecí trescientos ducados por ella —añadió uno de ellos—. Vuelvo a ofrecértelos y esta misma noche me la llevaré.

María miró el rostro del amo ante aquella proposición. Murad hizo un gesto con los labios que reflejaba su furia.

Ay, que me matan.

Ahora que estaba tan cerca de Julio no podía permitirlo. El brillo de sus ojos aumentó mientras las piernas le temblaban.

—No está en venta, Arnaute —respondió Murad dejándola caer en el suelo.

—¿Por cuánto la venderías? —preguntó Jafar mientras María se tocaba la cara en el lugar en el que había recibido el golpe contra la bandeja. Le ardía y dedujo que se le estaba inflamando. Con tanta tensión ni siquiera le había prestado atención a tan tremendo golpe. Quizás esperaba uno peor por parte de Murad.

—Os he dicho que no voy a venderla —repitió, apartándose de ella.

—¿Quieres convertirla? —preguntó Ari Morato y María no se atrevió ni a mirar la expresión del amo. Apretó los dientes y lo miró de reojo.

Diez palos y dos orejas.

Al menos ese sería el coste según la expresión de Murad.

—Disculpad —interrumpió la mujer de Jafar. Estaba ya junto a ellos, se dirigía al amo—. Murad, ¿me permites atenderla? Por favor. Se le está inflamando y yo puedo ayudarla.

—Cierto —añadió su marido—. Conoce todos los ungüentos que os podáis imaginar.

—¿Por mil ducados la venderías? —preguntó otro de ellos. Tendría la edad de Jafar y Ari Morato, cercano a los cincuenta. No era de gran estatura, aunque sí de carnes abundantes, y casi había perdido todo el pelo del centro de su cabeza.

—¿Pagarías mil ducados, Dalí? —Se sorprendió Jafar y María miró a aquel hombre cuyo nombre había soñado con descubrir tantas veces. Ahora lo recordaba, de espaldas, con un pequeño sombrero tapando su calvicie, sosteniendo la barbilla de Julio. Era él, no había duda. Si alguna vez temió que Mohamed mintiera, ahora comprobaba que había cumplido su parte del trato.

—Ni por diez esclavas —respondió Murad y lo oyó lejano. Su mente divagaba hacia otra cosa.

Qué difícil le estaba resultando aguantar las lágrimas delante de todos ellos. No le importaba la conversación sobre su precio ni las intenciones de Murad de convertirla o no, ya ni siquiera le importaba el dolor de su mejilla. No podía dejar de mirar a Dalí Mamí pensando que aquel hombre estaba cerca de su hijo, que podía verlo a diario, hablar con él o incluso castigarlo. El hombre que tenía frente a ella dormía bajo el mismo techo que Julio. Su hijo, Julio, el que había ido a buscar hasta el mismísimo infierno.

—Entonces piensas convertirla —añadió Ari Morato.

—Dejad que me la lleve, por favor. —La joven esposa de Jafar estaba ahora tras María, ni siquiera la había visto rodear el círculo de hombres y llegar hasta ella. Murad la miró y luego miró a su esclava. María notó que el cepo que el amo había formado rodeando su brazo se aflojaba.

—Llévatela. —Dio su permiso.

La mujer le dio la mano.

—Vamos a mi casa —le dijo en un susurro—. Si nos damos prisa, no se inflamará.

María la siguió hasta la puerta del salón mientras a su espalda seguía el debate en árabe. La esposa de Jafar, a corta distancia, era aún más hermosa de lo que había apreciado.

Llegaron al jardín y la mujer se dirigió a los rosales. María la siguió sin entender cómo pretendía acceder a su casa a través de los setos. Sin embargo, al llegar al final del largo jardín se acuclilló. María la imitó y vio que había una portezuela bajo los setos. Lo atravesó tras ella hasta pisar el jardín de Jafar. Entraron en la casa a toda prisa.

La muchacha le señaló un cojín en el suelo.

—Por favor, siéntate —le pidió y la esclava obedeció enseguida.

La joven llevó unos tarros de barro y los colocó en el suelo. En un cuenco fue mezclando ungüento con un fino polvo amarillo.

—Mi nombre es Aisha. —Se presentó—. Ya conozco tu nombre, no te molestes. La nueva esclava de Murad.

Con una varilla removió la mezcla y luego la extendió en la mejilla de María.

—Si hubiese herida tendría peor arreglo —dijo—. Siento no tener nada para tu espalda. —Retiró el pelo para mirarle la parte de las cicatrices que quedaban fuera del vestido—. Debió dolerte mucho.

—A partir del quinto dejan de doler. —María bajó la cabeza.

—¿Cuántos fueron?

—Quince —respondió sin dejar de mirar cómo Aisha extendía el ungüento.

Una vez que hubo acabado, la esposa de Jafar le ofreció el cacharro en el que había hecho la mezcla.

—Mañana, en cuanto te levantes, vuelve a usarla y por la noche también —le indicó.

Luego la joven la acompañó hasta el jardín. María reparó en que la portezuela de acceso estaba abierta y estaba segura de que la había dejado cerrada cuando entró tras Aisha.

Su intuición, que por desgracia nunca fallaba si de líos se trataba, la avisaba de que se estaba metiendo en algo que no le incumbía, pero que podría costarle caro.

—Estoy de acuerdo con Ari Morato —dijo Aisha interrumpiendo sus pensamientos—. Murad quiere que reniegues, que te conviertas y casarse contigo.

María sintió pánico en el estómago al escuchar aquellas palabras.

—Lo cual es tremendamente llamativo. —Le levantó la barbilla para mirarla a los ojos—. Suelen decir de él que…

—No voy a hacerlo —la cortó ella con contundencia. Fue tan brusca que Aisha se sobresaltó. Sacudió la cabeza—. No.

La joven sonrió levemente.

—Y tu amo lo sabe, por esa razón actúa de una manera extraña. —Aisha bajó la cabeza—. Si es tu conversión lo que quiere, irá consumiendo todo lo que te rodea y lo que te hace respirar hasta que no te quede nada, solo él. Es lo que suelen hacer.

María absorbió aquellas palabras y comprendió su significado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó María, aunque lo que quería saber era cuánto tiempo había resistido Aisha una situación límite.

—Dos años como esclava —respondió la muchacha, que parecía haber entendido la pregunta correcta—. Dos meses renegada.

María se apenó por ella. Era la primera vez, desde que la hicieron esclava, que sentía lástima por alguien que no fuera de su sangre. Alzó su mano hacia el brazo de la joven.

—¿Renegar te salvó? —le preguntó, cogiéndole la mano. A Aisha le brillaron los ojos.

—No —le respondió en un susurro.

María no podía negar que Argel y la cercanía de Julio estaban cambiando muchas cosas en ella. Quizás el hecho de llevar ya más de un año como esclava y recordar cada vez más lejana su pasada libertad le permitían mirar a su alrededor y entender el sufrimiento ajeno. En Túnez únicamente podía ver su propia desgracia y, a pesar de conocer la historia de cada uno de los esclavos que la acompañaban, no los consideraba más que ánimas que decoraban la peor de sus pesadillas. Nunca reparó en sus sentimientos ni en su sufrimiento y jamás consideró pedir ayuda a ninguno de ellos. Si lo pensaba bien, nunca había recurrido a nadie en una necesidad, ni siquiera en su pasada vida en libertad. Su soledad no empezó cuando la hicieron esclava, comenzó mucho antes, con la muerte de su esposo Julio. Tampoco nadie le ofreció apoyo, ni familia ni vecinos y si algún vecino algún día la ayudó fue con la intención de aprovecharse de su viudedad, situación de desamparo que nunca la condicionó para aceptar a ningún hombre a cambio de una vida más fácil. Así que su mundo se limitó siempre a ella misma y a Julio, sin plantearse el mover un solo dedo por nadie más a pesar de haber tenido ocasiones para hacerlo. Sin embargo, ahora miraba a Aisha y las lágrimas que esta contenía en su presencia y lamentaba ser tan solo una esclava sin ninguna posibilidad de aliviar su pena, porque ni siquiera era capaz de mitigar las suyas propias.

María se apartó de Aisha y se inclinó para acceder a la portezuela.

—Muchas gracias —le dijo antes de marcharse. Aisha inclinó su cabeza, alzándola después.

***

Thamir había acompañado a sus invitados a la puerta. La disputa sobre una puja improvisada por

su última esclava había hecho que la reunión se tensara. Quería descansar antes de zarpar al día siguiente y aquella situación absorbía su energía más de lo debido, y no tenía sentido que lo hiciera. María era una simple esclava, no debía tener mayor importancia.

Pero su cuerpo sí le daba importancia. Estaba enfurecido, ofendido y la idea de que otros insistieran en comprarla no hacía más que aumentar su enfado.

Aún permanecía en la compañía de Ari Morato, al parecer este, a pesar del estado en el que Murad se encontraba, tenía cierto interés en permanecer junto a él. Quizás fuera a hacerle otra oferta por la muchacha, quizás a aquel hombre de riqueza sin límites se le había antojado aquella mujer de ojos del color del cielo en alta mar.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Ari con interés y mirando hacia el patio tras el que estaban las habitaciones de los esclavos de Murad.

Mirad espiró aire con fuerza.

—Fue un trato con Mohamed de Túnez. —Volvió a coger aire, pero este no llegó a sus pulmones.

Ari sonrió mirándolo.

—Te conozco desde que eras un muchacho, Murad. —Le puso la mano en el hombro—. Esclavas y la mayoría de mujeres de Argel a tus pies y nunca has pensado en tomar esposa. Pero te ofrecen una fortuna por una esclava que ni siquiera has comprado y lo rechazas.

Murad apretó la mandíbula.

—Tu esclava tiene la espalda marcada —añadió—. Hay esclavos inmunes a las cadenas y los castigos. —Apartó la mano del hombro de Murad—. Siempre me han llamado la atención.

El corsario levantó la cabeza ante al que decían el hombre más sabio de Argel.

—Un esclavo tiene una vida oscura y miserable. Poco les importa la muerte, de hecho, algunos la imploran. Otros quieren sobrevivir porque anhelan algo mejor.

Se giró para marcharse.

—Es muy fácil, Murad, cuando el amo tiene el poder que anhela el esclavo: la libertad. —Lo oyó decir, alejándose hacia la puerta. Ya en ella se giró hacia el corsario—. ¿Es la libertad lo que quiere tu esclava?

Murad entornó los ojos.

—Es mujer y según Mohamed nadie reclama su rescate —respondió el corsario—. ¿Qué otra cosa puede querer?

Ari alzó las cejas.

—¿Y esos latigazos?

—Intentó escapar.

Ari asintió lentamente con la cabeza.

—Hay muchos tipos de libertad, Murad —sonrió—. Tienes poder, riqueza, barcos, muchos *gazis* a tu servicio…Y sí, la posibilidad de darle la libertad.

Ari hizo un gesto extraño que Murad no supo interpretar antes de abrir la puerta. Se detuvo antes de salir, había alguien en la puerta. Pudo reconocer el *jubba* de Sumaya. Ella se apartó inclinando la cabeza ante el suegro del Pachá, hombre respetado y conocido en todo Argel.

Cuando Ari emprendió el camino hacia su palacio, acompañado de su escolta, Sumaya se colocó en el umbral de la casa. Murad miró hacia un lado.

—Vete. —Fue rotundo.

—Mañana partes de nuevo. —Ella dio un paso hacia dentro, pero una mirada del corsario la hizo detenerse.

—Por esa misma razón quiero que te vayas. Quiero descansar. —Pero Sumaya no se movió de su lugar.

—He oído que has recibido ofertas por tu nueva esclava. —La vio entornar los ojos, la única parte de su rostro descubierta.

Murad se irguió, ni Sumaya iba a colaborar en que su enfado se disipara.

—Yo no he oído ninguna —respondió, girándose hacia el patio y dándole la espalda—. Vete.

—Dicen que es la mujer más hermosa de Argel, pero que tiene la espalda marcada. ¿Qué clase de amo se quedaría con una esclava así?

—Por esa razón no creo que nadie quiera comprarla. —Dio unos pasos, alejándose de la puerta—. Márchate de una vez. ¡Thamir!

Se dirigió hacia el pasillo. Thamir se encargaría de que Sumaya no atravesara el umbral de la puerta. Antes de adentrarse en el dormitorio miró hacia los setos. Al otro lado, tras el pozo, estaban las habitaciones de las esclavas. Allí estaría la codiciada María, que despertaba la curiosidad de demasiados hombres a pesar de tener señales de rebeldía. Quizás fuera esa la razón. Las mujeres no solían rebelarse, era poco frecuente una mujer marcada de aquella manera. Aún menos una mujer de gran belleza que no tenía difícil obtener la libertad. A María se la daría cualquier hombre poderoso de Argel sin pensarlo.

Pensarlo lo hacía arder aún más. Sacudió la cabeza y entró en su habitación. Tenía que descansar, el viaje sería largo.

22

22 de julio de 1578. Argel

Recogía las alfombras que habían servido para la cena para luego llevarlas al patio, limpiarlas y dejarlas secar al sol. El salón más grande de la casa de Murad no tenía ventanas, puesto que la pared era la misma fachada que daba a la calle y ninguna casa de Argel tenía ventana alguna. Los moros eran bastante celosos de su intimidad y no querían ser observados.

Aquella tarde había más bullicio en la casa que de costumbre. Había visto pasar de un lado a otro a varios corsarios de Murad ya uniformados. Ver esos uniformes le provocaba un vértigo en el estómago. Vestían todos iguales y todos tenían la cabeza afeitada o el pelo muy corto, por eso cuando veía venir a cualquiera de ellos le parecía estar viendo al mismísimo Murad.

Cogió una alfombra enrollada y se la echó al hombro. A pesar de la escasa comida que le daban como esclava conservaba bastante fuerza de la que tuvo durante sus años trabajando con bestias. Ni siquiera Elvira era capaz de cargar sobre el hombro las alfombras más largas.

Salió del salón hasta el pasillo y, una vez en él, caminó en dirección al patio. Los extremos de la alfombra, tanto por delante como por detrás de su cuerpo, arrastraban por el suelo.

Notaba cómo el sudor caía por su espalda y tras sus orejas. Dejó caer la alfombra al fin, lo que provocó un gran estrépito sordo en el suelo.

—María. —La llamó Leonor—. El amo ha preguntado por ti.

María, todavía recobrándose del gran esfuerzo que acababa de hacer, expulsó de una vez el poco aire que llenaba sus pulmones. Se dirigió hacia los cordeles y con una de las telas se secó el sudor de sus sienes. Se recuperaba del ejercicio de fuerza, pero, a medida que lo hacía, el temblor que le provocaba el amo la iba invadiendo. Prefería diez alfombras pesadas antes que soportar los antojos de Murad. Pero ya sería el último y el corsario no regresaría en varios días, quizás semanas. Eso era lo único que la alegraba y, por supuesto, la esperanza de que un barco cristiano lo hiciera cautivo, aunque eso era menos probable.

Se dirigió a prisa a buscar al amo. Murad estaba con sus corsarios en una de las habitaciones. Todos se encontraban sentados en el suelo, en círculo, alrededor de una mesa de madera que se alzaba casi a ras del piso donde el amo tenía algunos papeles y un libro. Aquel rito era bien conocido por María, puesto que Mohamed siempre lo hacía antes de cada partida y, al parecer, era una creencia muy fuerte para los corsarios. No entendía bien cómo era el procedimiento, pero de ello dependía la ruta a seguir, una especie de premonición que ellos nunca contrariaban. Sin embargo, la esclava conocía que no era más que fortunio, una decisión echada a suerte y aleatoria.

El amo también tenía allí mapas en los que María por primera vez pudo ver dónde se encontraba Argel. No estaba tan lejos de España como pensó en un primer momento y sin razones. En su mente había dibujado un mapa imaginario y en él Túnez estaba más cerca de Cádiz que Argel. No se correspondía con la realidad. Mohamed hizo un largo trayecto para llegar hasta su pueblo arriesgándose a cruzar Gibraltar, una de las protecciones que los más viejos de la costa pensaban que detenía a los piratas. No fue así finalmente.

El amo no estaba solo, junto a él se encontraba Thamir, uniformado también a pesar de quedarse en tierra, y algunos de sus mandos más altos del corso. El corso de Murad no era muy

numeroso y solía llevar dos fragatas con veinticuatro bancos de bogar. Eso era lo que más sorprendía de sus numerosas razias y sus sonadas victorias. A Murad no le hacía falta más para conseguir un botín. Lo que le faltaba en hombres y armas le sobraba en estrategia.

El corsario estaba en el centro de todos ellos vestido ya con aquella camisa verde que se ajustaba con un fajín del mismo color, un *sarawill* de algodón negro y aquella malla tubular que se colocaban en la cabeza y cuya tela sobrante caía hacia atrás. Trazaba algo en uno de los mapas mientras el resto de su corso lo atendía en silencio. El libro ya les habría marcado la ruta y María deseó que esta fuera un tormento.

La esclava se detuvo en la puerta de la habitación en silencio. Sin embargo, Murad pareció notar su presencia y levantó la mirada hacia ella. Vestido con aquel uniforme de corsario bien pudiera ser uno de los hombres más hermosos que hubiera visto, sin embargo, no tenía dudas de que el mismísimo demonio habitaba en él y eso provocaba que solo sintiera rechazo hacia su amo.

—Esta noche vendrás al muelle —le ordenó y volvió a bajar la mirada hacia sus mapas mientras reanudaba su discurso en arabesco.

***

Esperaba en la puerta de la casa del amo. Se oían los rezos en su interior, el último del día, el *latumat*, el que se hacía cuando ya entraba la noche. Los murmullos y rezos cesaron y los corsarios comenzaron a salir de la vivienda. La casa de Murad se encontraba en una calle ancha en comparación con el resto, en las que apenas se podía transitar en fila de dos. Era la calle del Socco y cuesta abajo, justo en dirección contraria a los baños, llegaba directamente hasta la puerta del muelle, conocida como Babaluete. Recorrido que María recordó del primer día con las incómodas cadenas con las que el amo la hizo caminar.

Murad salió el último, acompañado de Thamir. Las cristianas y algunos esclavos de servicio quedaron dentro, puesto que no le eran necesarios en las razias, salvo que fueran calafates, herreros o barrileros.

Siguió a la comitiva del amo. Justo delante de ella iba un corsario que portaba un libro y otros utensilios de escritura. Era un escribano que llevaba las cuentas del barco y en aquel libro apuntaría cada objeto o persona que acumularan en el botín para que luego el reparto fuera justo. Desconocía si ella también estuvo en el que llevaba el amo el día que llegaron a Argel, ya que fue un regalo de Mohamed y así lo suponía porque Murad no dejó al emisario del Pachá considerarla como parte del botín a la hora de cobrar tributo.

Anduvieron hasta llegar a la puerta. Babaluete estaba abierta y sus bastiones con sus respectivos guardias. Atravesó la puerta silenciosa y cabizbaja. Vio el mar, estaba tranquilo. Tras ella una multitud de curiosos se reunía para ver partir al corsario. Era el único corsario que partía aquella noche y era extraño, lo normal era coincidir porque tan solo dos eran los días de partida, viernes y domingo, días santos para moros o cristianos. A Murad le gustaba partir los viernes.

Los corsarios se agolparon ante un sepulcro que estaba a su izquierda, eran sus santos muertos. María miró de reojo y los vio iniciar una oración, o más bien vítores, no prestó atención a lo que decían, pero no duró mucho. Seguidamente comenzaron a subir al barco. Ella buscó hueco entre uno de los sepulcros en cuanto este quedó vacío de corsarios.

Miró hacia los oscuros navíos de Murad que, en plena noche, se confundían con el agua. Ya

comenzaban a encenderse las primeras luces en su interior. Los galeotes llevarían ya rato allí encadenados y ahora se colocaban los *levantes.*

***

Perdida entre sus pensamientos y embelesada por la luz de las estrellas, que se confundía con las que se continuaban encendiendo en los navíos, no había notado su presencia. Se sobresaltó, el amo estaba tan solo a un metro de ella y sintió la necesidad de apartarse de él.

—Jafar ha solicitado tu servicio —comenzó el amo y ella levantó la cabeza hacia él sorprendida. Pero en cuanto se cruzó con los ojos verdes del amo la bajó de nuevo—. Al parecer eres del agrado de una de sus esposas y me pagará por tus servicios con ella.

Le agradaba la idea de estar fuera de la casa de Murad, pero dudaba hasta qué punto sería beneficioso estar cerca de Aisha.

—No sé el tiempo que estaré fuera —continuó el amo mientras acercaba su mano hacia ella. María contuvo el aire al notar la mano de Murad en su barbilla. Este se detuvo un momento y luego se la levantó para que lo mirara—. A veces son solo días.

Murad soltó su barbilla y ella se dispuso a bajar su mirada de nuevo, pero se detuvo a observar cómo se desataba el fajín verde que ajustaba su cintura mientras se acercaba a ella aún más.

El instinto la animaba a apartarse de él, pero de nuevo su cuerpo había quedado paralizado con los actos de Murad y con un cierto hormigueo en sus pies y en sus manos. El amo la rodeaba hasta colocarse a su espalda, demasiado cerca, casi podía oírlo respirar.

—Yo no estaré. —Escuchaba la voz del amo en su oído derecho—. Pero tengo ojos en todos los rincones de Argel.

No iba a darle un respiro ni aunque estuviera a millas de distancia. Él se marchaba, pero la inseguridad y el terror perdurarían en ella. Sintió las manos de Murad rodeando su cintura y todo el vello se le erizó. El amo le colocaba el fajín sobre el vestido blanco de esclava.

—Si intentas huir… —Se oyó la tela crujir y el fajín se ajustó en la cintura de María con tanta fuerza que sintió cómo aprisionaba sus costillas. Era como si Murad quisiera partir su cuerpo en dos—. Lo sabré.

María cerró los ojos mientras intentaba respirar, tenía dificultad porque aquel ajustado cinto estaba demasiado apretado.

—Todo lo que hagas en mi ausencia llegará hasta mis oídos. —Hizo un segundo nudo que aflojó en cierta medida al anterior, pero aun así estaba demasiado apretado—. Como si no me marchara, así que no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Notaba al amo aún a su espalda, aunque ya había terminado de atarle el fajín. Este le apretaba demasiado, para poder respirar tenía que encoger el estómago y mantener el ombligo lejos de aquella tela que la asfixiaba y que le producía dolor en las costillas inferiores. Murad no se apartaba, podía notar el aliento del amo en su hombro porque en ese momento se había inclinado hacia ella. Se sobresaltó al notar una de las grandes manos de Murad sobre el fajín, en su lado izquierdo. Entonces María recordó que había olvidado perfumarse aquella mañana y, con el ajetreo de las alfombras, el olor a esclava volvía a impregnar su piel. Temió la reacción del amo, pero no podía huir de él entre el sepulcro y el mar, así que se mantuvo inmóvil, acorralada, casi sin poder respirar entre los nervios en su pecho y el cepo que formaba la tela verde en su cintura. Miraba de reojo al amo tras ella.

Notó algo en el pelo, no supo deducir qué hacía en él, solo notaba algunos mechones moverse. No tardó en comprobarlo. Murad le apartaba el pelo hacia un lado para dejar su hombro al descubierto. La situación se estaba volviendo tan tensa como el fajín que la apresaba. Cerró los ojos, necesitaba salir huyendo de allí. Podía hacerlo si rodeaba el sepulcro, pero Murad podría retenerla de peor forma, ya lo conocía, no dudaría en agarrarla del cuello de nuevo. Y tener la mano de Murad en el cuello era tremendamente aterrador.

Se sobresaltó al notar los dedos de Murad sobre su piel, sobre las cicatrices, oscuras y ásperas, que asomaban por la tiranta del vestido y que llegaban hasta su costado. Su cuerpo dejó de respirar de repente, su pecho y estómago acababan de abandonar su lucha contra el fajín. Aún notaba la otra mano del amo sobre el fajín en su cintura y hasta podía sentir su calor a través de la tela. No sabía qué hacer, sus ojos comenzaron a brillar, quería moverse, apartarse de él, pero ninguno de sus miembros se movía de su lugar. Cerró los ojos al notar la mano de Murad resbalar por su brazo derecho hasta la altura de su codo y en el hombro, donde antes la había acariciado, la calidez de los gruesos labios de Murad. María permaneció inmóvil ante el roce aunque este le producía un leve cosquilleo en la piel. Pero en cuanto los labios del amo se apretaron contra ella no había aire del mar que entrara en sus pulmones. Ningún bereber se tomó jamás aquellas libertades con ella. Mohamed nunca tuvo tal atrevimiento. De ellos esperaba cadenas, latigazos, golpes o castigos, pero eso iba más allá, al otro lado. El pánico la invadió sobremanera. Su hombro se sacudió con rapidez en un acto reflejo de vergüenza que no pudo evitar ni controlar. Cerró los ojos, esperando la reacción de Murad, pero este permaneció en silencio. No se movía, lo sentía respirar de manera profunda aún cerca de su piel.

Se retiró lentamente de ella. María continuaba paralizada, mantenía apretados los dientes y no se atrevía a abrir los ojos y mirar al amo. Las herraduras que solían llevar los corsarios en las suelas crujían en el rocoso suelo. María abrió los ojos y vio al amo frente a ella.

—En unos días estaré de regreso. —Su despedida sonaba a amenazante advertencia. Muy lejos del acto que acababa de tener con ella. Aquello la desconcertó tanto que aunque no llevara el fajín partiéndole las costillas tampoco podría respirar.

Murad se dirigió hacia uno de sus navíos, el que se encontraba a la izquierda. En cuanto estuvo lejos de ella, María expulsó todo el aire contenido para cogerlo de nuevo con fuerza, pero aquel maldito fajín le molestaba. Se apoyó en uno de los sepulcros, apenas podía asumir las advertencias de Murad con aquella incomodidad rodeándole la cintura. El vientre comenzaba a hincharse por la presión mientras sentía unos incómodos pinchazos.

Frente a ella degollaban a unos carneros para que su sangre cayera al mar, rito que simbolizaba la sangre que se derramaría en el mar, sangre de cristianos. Pero a ella solo le importaba poder respirar.

El barco zarpaba y se oyeron disparos desde los bastiones y algún grito en arábigo. Los pinchazos en su vientre, que se había abultado visiblemente como los primeros meses cuando estuvo en cinta, aumentaban. Levantó la cabeza, ya no se veía nadie uniformado en el muelle, salvo a Thamir. Se dirigió hacia él para volver a casa mientras la puerta de Babaluete se cerraba tras ellos. Ni siquiera echó la vista atrás para ver los barcos zarpar, lo único que deseaba era que no regresaran jamás.

Ojalá te partan en dos en alta mar.

Metió los dedos entre el vestido y la tela para intentar ensancharlo, pero el nudo estaba bien atado. Thamir no prestó atención a su malestar y caminaba demasiado a prisa mientras ella lo seguía como podía hasta la casa del amo. Atravesó el umbral y se apoyó en una de las columnas

de la entrada. Vio a las esclavas frente a ella, en el pasillo. Las tres cristianas se acercaron a María, enseguida las jóvenes repararon en la tela verde de su cintura.

—¿Ese es el fajín de Murad? —preguntó Leonor extrañada.

Elvira abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Las cristianas la miraban a ella y a la prenda que Murad le había entregado antes de marcharse, al parecer algo por lo que sentirse honrada. María pudo ver en el rostro de Catalina cómo la sorpresa se tradujo en algo más, algo que podría hacerle la vida aún más difícil allí dentro. Ninguna de las tres parecía notar el martirio que el fajín le estaba produciendo.

—Quitádmelo, por favor —rogó la esclava y ellas la miraron como si estuviera diciendo una locura. María sabía que ellas lo consideraban un regalo, una prenda entregada por Murad, y en su imaginación de desdichadas esclavas eso podía interpretarse como un detalle caballeresco. Pero para la joven María aquella prenda era una presa asfixiante y dolorosa, como todo lo que los corsarios provocaban en los esclavos.

—Quitádmela —pidió de nuevo mientras los pinchazos de su vientre se sucedían de continuo, haciendo llegar el malestar hasta su garganta.

Elvira se colocó tras ella y comenzó a tirar del nudo para deshacerlo. La notaba trastear a su espalda sin que eso la liberase aún.

—El nudo está demasiado apretado. —La oyó decir.

—Pues córtalo —le sugirió María.

Catalina y Leonor la miraron atónita, como si acabara de decir un improperio.

—¿Quieres cortar el fajín del amo? —Leonor estaba sorprendida.

Le cortaría la cabeza al amo si tuviera ocasión.

Metió sus manos tras la tela separándola de su ombligo, aunque aquello le ocasionara un gran dolor en la espalda, donde el nudo continuaba sin deshacerse.

—Elvira, por favor —le rogó—. Sácame de aquí. ¡Como sea!

23

23 de julio de 1578. Argel

Solo Thamir fue capaz de deshacer el nudo del fajín. El corsario, que ocupaba el lugar del amo en su ausencia, la había liberado de tan opresivo detalle, pero no le había permitido eximirse de él por completo. María tenía que llevar el fajín verde de Murad durante toda su ausencia sobre su vestido y atado a su cuerpo. Una prenda que, sin producirle molestia, la aprisionaba de algún modo inexplicable, puesto que llevarlo le hacía sentir que pertenecía a Murad más allá de su posición de sierva. Y eso sin contar con el recelo que provocaba aquello en el resto de sus compañeras, puesto que ahora ella estaba marcada por el amo y eso para las cristianas se traducía en ser la preferida de Murad.

Aisha no había solicitado su servicio y Thamir le había dado permiso para salir por la tarde. Llegaba al fin al patio de esclavos para buscar a Miguel. No preguntó por él ni hizo falta, puesto que Miguel se encontraba en el mismo lugar que la tarde anterior, haciendo exactamente lo mismo. María sonrió en cuanto lo vio y se acercó a él. Una vez situada delante volvió a sentir la incomodidad de tener que interrumpirlo. Con tanto bullicio no podía oír el sonido de la pluma rasgar el papel, sonido que le encantaba oír cuando su hijo Julio lo hacía.

Miguel levantó su cabeza hacia ella y enseguida le dejó sitio en el escalón para que se sentara. María esa vez sí se sentó a su lado, a su izquierda. Era incómodo y hasta bochornoso estar tan cerca de aquel esclavo que no conocía, pero si se sentaba en el escalón de abajo, como el día anterior, no podría ver con claridad todo lo que Miguel tenía que enseñarle.

El esclavo le tendió la pluma y ella la cogió, intentando sostenerla con corrección, aunque su pulso no era preciso y la pluma temblaba entre sus dedos.

—Tienes que decirme qué es lo que recuerdas, es lo que haremos hoy —le dijo.

María se dispuso a responderle, pero un esclavo se acercó a ellos. Miguel lo atendió enseguida. El cautivo necesitaba su ayuda, necesitaba enviar una carta a su familia. Por lo que pudo escuchar María, no era español. Hablaba en un sabir algo diferente al de ellos y, de vez en cuando, utilizaba palabras en otro idioma que Miguel parecía entender bien. María miró al cautivo extranjero, no sería mayor que ella de edad. Parecía estar asustado por algo, insistía en que la carta era urgente.

Miguel se sentó junto a ella y le pidió la pluma. Entonces el cautivo extranjero comenzó a dictar y Miguel a escribir. María se puso en pie para apartarse de ellos, ya que le parecía una falta de respeto oír una conversación y una misiva que nada tenían que ver con ella ni le interesaban. Sin embargo, a Miguel le extrañó su reacción.

—Espera. —Se disculpó—. Será solo un momento.

María se detuvo a su lado, aún de pie, y esperó. Oía al esclavo continuar dictando en un idioma que no conocía, pero que podía entender por su similitud con el suyo materno. El esclavo nombraba la ciudad como *Algeri* y miraba de reojo a Miguel que, de vez en cuando, le pedía al que le hablaba que se detuviera.

Entonces recordó aquellas cartas que los cautivos enviaban a sus familias y de la forma en la que estas llegaban. El destino de aquellas misivas dependía únicamente de la buena voluntad de las personas. Recordaba cómo en Sevilla mercaderes o esclavos liberados las portaban y que luego se repartían si encontraban algún ciudadano que se dirigiera al lugar de destino. Podrían

tardar meses en llegar. Recordaba a su difunto marido Julio, muy comprometido con las cartas que llegaban hasta sus manos. Julio solía ir de mercado en mercado de bestias y ello conllevaba la visita a numerosos pueblos. Fueron muchas las cartas que hizo llegar a muchos pueblos de la costa de Málaga, ciudad en la que eran abundantes las razias. Recordaba que Julio decía que el agradecimiento más noble eran las lágrimas en los ojos de las madres, esposas o hijos de los cautivos. Y que todos debían colaborar en la causa porque nunca se sabía cuándo podría uno estar al otro lado.

Ahora estamos al otro lado.

Envidió la suerte de Julio y hasta deseó estar en su lugar si aquel era el destino que les esperaba.

Todos debimos morir contigo.

—María. —Miguel la sacó de sus pensamientos.

Ella se giró hacia él y, al ver que ya estaba solo, se sentó de nuevo.

—Hoy parten liberados hacia Nápoles y este joven está a la espera de rescate —le explicó—. Necesitaba hacer llegar la carta a su familia para acelerar su liberación. Su amo le está presionando y… —Observó la espalda de María—. Seguro que sabes lo persuasivos que pueden llegar a ser los amos.

María suspiró al oírlo. Ella tenía muestras de esas *persuasiones* por algunos sitios del cuerpo y muchas otras más que no se podían ver.

***

Por la luz del sol sabía que era hora de marcharse. Pronto anochecería. El tiempo había pasado rápido y recordar lo que había aprendido con su hijo Julio fue más fácil de lo que pensaba. Miguel recogía el papel y la pluma.

—Si sigues así —le decía Miguel—, no serán semanas, sino días.

—Ojalá fuera así —respondió ella.

—Eres sevillana, ¿verdad? —preguntó y María asintió—. Reconozco tu forma de hablar. Viví en Sevilla un tiempo.

—¿De dónde eres tú? —preguntó ella.

—De demasiados sitios —El esclavo sonrió—. Nací en Alcalá de Henares.

María no sabía dónde se encontraba ese lugar, pero sonrió de todos modos. Demasiado imbécil se sentía ya cuando no reconocía una letra, como para encima hacerle ver a Miguel que tampoco entendía de geografía.

Miguel se levantó y ella lo imitó enseguida, en pie era algo más alto que ella, pero lejos de la estatura de Murad. Él observó el fajín verde que María llevaba.

—Anoche partieron los barcos de tu amo —le dijo—. Una buena noticia para ti, supongo.

María negó con la cabeza y se quedó pensativa, luego miró al esclavo.

—No importa que se haya ido, Murad está en todas partes —le confesó.

—¿Te ha propuesto que reniegues? —preguntó, mirando de nuevo el fajín y ella negó con la cabeza.

—A veces pienso que eso es lo que quiere y otras… —Caminó junto al esclavo hacia la calle cubierta de toldos—. No sé lo que quiere de mí. No es como mi antiguo amo, Murad es diferente.

—Tu antiguo amo es el que te hizo eso en la espalda —dedujo Miguel y ella se detuvo.

—Intenté escapar y me encontraron. —Tomó aire—. Y luego puse a mi amo en evidencia delante de todo su corso.

Miguel arqueó las cejas.

—Tú sabes que vas a salir de aquí. Lo tuyo es diferente, tarde o temprano te liberarás. —El tono de María se tornó en reproche. El esclavo miró hacia un lado—. Pero yo no tengo forma de hacerlo.

María bajó la cabeza avergonzada de sus propias palabras y del tono con el que las había pronunciado. Al fin y al cabo, aquel esclavo no tenía la culpa de su situación desesperada ni tampoco de ser un esclavo que podía ser rescatado, pero ella ya comenzaba a enfadarse y a impacientarse como le ocurría en Túnez. Actitud que la presencia de Murad absorbía y la convertía en sumisión. Él estaba lejos, quizás por eso recuperaba su fuerza de nuevo, la necesitaba. Pero lamentaba haberle hablado así al cautivo que la estaba ayudando de forma desinteresada, que silencioso acababa de recibir los golpes que ella no era capaz de darle a Murad. Sin embargo, era cierto lo que acaba de decir, lo sentía tal y como lo había dicho, era injusto que Miguel o Santiago o todo el que tuviera precio, y a alguien que lo pagara, pudiera librarse del infierno y, sin embargo, que su hijo Julio estuviera condenado.

—Lo siento —se lamentó. Miguel no tenía la culpa de su desgracia.

—No tienes que sentirlo —le respondió él retomando la marcha de nuevo—. Voy hacia los baños, creo que es tu mismo camino.

María asintió y continuó andando junto a él. Se encontraba a la derecha del esclavo. Desde ese lado Miguel era un hombre como cualquier otro, incluso le sorprendió que pudiera mover el brazo izquierdo con normalidad aunque su mano estuviera muerta o inservible. María supuso que, de no ser una persona de relevancia, su vida en Argel hubiese sido bastante desgraciada puesto que no serviría para la mayoría de los trabajos que solían hacer los esclavos, o al menos no lo imaginaba haciéndolos.

—¿Qué eras antes de que te raptaran? —preguntó el esclavo.

—Era cabrera —respondió María y el esclavo se sorprendió por la respuesta—. Mi marido era cabrero, cuando murió me hice cargo de todo.

—Lo siento mucho. —Notó la incomodidad del esclavo ante la respuesta. María tomó aire.

—Si él siguiera vivo, yo no estaría aquí ahora. Seguro que todo esto no estaría ocurriendo. —Y con aquel «todo» se refería también a aquel al que no podía nombrar.

—¿Tienes hijos? —preguntó el esclavo y María se sobresaltó porque precisamente era en él en quien pensaba. Era ya la segunda vez que se lo preguntaban en Argel y por segunda vez tenía que negarlo.

—No. —No sintió el temor del día anterior al mentirle a Murad, nada más lejos—. ¿Qué eras tú antes de esclavo? —Desvió la conversación sin detener el paso. Pasaban por delante de la casa de Ari Morato.

—Era soldado. —Aquella respuesta sí que era sorprendente y, por mucho empeño que puso en no mostrarlo, el esclavo lo notó. Alzó su brazo izquierdo para que María viera su mano—. No nací así.

María no supo qué responder, el mendigo al que le recordaba sí había nacido con esa desgracia.

—¿Aún te duele? —preguntó por romper el incómodo silencio.

—No, es como si no estuviera ahí —respondió él—. Al principio me costó asumirlo, luego ya me hice a la idea. Al menos fue por una buena razón.

—¿Dónde te capturaron? —Acababan de llegar a los baños y María se detuvo.

—En una galera, regresando a España. Santiago venía en ella conmigo. —Era consciente de que tenían gran amistad, puesto que Santiago se refería a él como un buen amigo—. Nos atacaron durante horas, pero al final nos capturaron y nos trajeron aquí.

—¿Quién te capturó? —preguntó María.

—¡María! —La esclava se giró enseguida. Quien la llamaba era el clérigo Blanco de Paz, vestido con sus oscuros y polvorientos hábitos.

El clérigo se acercó a ella sonriendo, miró a Miguel e inclinó su cabeza en señal de saludo. María miró a uno y a otro y llegó a la conclusión de que ya se conocían.

—Llevo unos días sin ver a Leonor, ¿cómo se encuentra? —Se interesó.

—Ayer estuvo aquí por la tarde, supongo que volverá mañana —respondió y el clérigo asintió.

María miró a Miguel, que hizo amago de decir algo.

—Hasta otro día. —Se despidió de María, luego hizo el mismo gesto que el clérigo cuando se acercó a ellos.

Sajá Veidrá se marchó, dejando a la joven sola con Blanco de Paz.

—Yo tengo que irme ya —se disculpó ella—. Se hace tarde.

—Te acompañaré hasta la casa de tu amo. —Se ofreció el clérigo y María asintió.

Emprendieron la marcha.

—¿Piensas venir a comulgar con asiduidad? —preguntó el clérigo y ella se quedó contrariada. Le importaba poco la comunión, pero con el miedo que le había inculcado Leonor sobre él y su condición de inquisidor asintió.

—Y vendré a misa también en cuanto encuentre la forma de pagarla.

—Y a confesarte también —añadió el clérigo.

—Claro. —No pensaba contradecirlo.

—Cuando quieras una confesión me tienes a tu disposición. No te cobraré, Dios no cobra por el perdón de sus pecados.

—Pues se lo agradezco. Aún no he encontrado la forma de ganar dinero —le dijo.

—Podría ayudarte en eso. —Se ofreció el clérigo—. Ya se me ocurrirá algo.

—Gracias. —Estaba asombrada por tanto ofrecimiento, no esperaba tanta amabilidad por parte del clérigo y comenzó a recordarle a don Diego.

—¿Tu amo te ha invitado a renegar ya?

—No, Murad…, no. —Era cierto, el amo no decía nada al respecto. El clérigo miraba el fajín verde que todo el mundo parecía reconocer como el color de su amo.

—¿Has sentido algún tipo de tentación? ¿O es fuerte tu fe? —preguntó y María se mordió la lengua antes de responder, pensando cada palabra que pudiera molestar al inquisidor.

—No renegaré. Mi antiguo amo sí me invitó a abrazar su religión, pero me negué. Y lo haré tantas veces como haga falta.

El clérigo sonrió.

—Me alegran tus palabras, hija, son muchas las jóvenes como tú que escogen el camino de la renegación. Sobre todo cuando sus amos son jóvenes. Tú me entiendes.

Llegaron a la puerta de Murad.

—Búscame cada vez que me necesites. No debes vivir el cautiverio en soledad. Dios está contigo y yo también. —El clérigo le estrechó la mano—. Todo lo que necesites, solo dímelo. Y un consejo que te doy como siervo de Dios y como un cautivo más de Argel.

María frunció su ceño prestando atención a las palabras de tan peculiar hombre.

—En Argel ser desconfiado es una virtud —le dijo—. Vivimos entre ellos, los amos, y muchos aprenden rápido. Los más atrevidos, los vagos que no desean vivir en esclavitud o los más avariciosos reniegan. Y luego estamos los demás. Lo normal es que muchos, sin renegar, se vuelvan como ellos y aquí el trato es el mayor de los negocios entre los hombres.

La esclava no entendía nada.

—Sería bueno que vigilaras bien tus compañías. —En ese momento sí lo comprendió.

María asintió sin discutir a pesar de que rebatirle fue su primera intención. Se refería a Miguel, a quién si no, si ella no cruzaba palabra con nadie más. Sin embargo, el esclavo no le daba ninguna desconfianza como le advertía el clérigo.

Bajó la cabeza mientras que el sacerdote la bendecía.

—Espero verte pronto acompañando a Leonor.

María lo observó mientras el hombre se alejaba. Un comisario inquisidor cerca era lo último que necesitaba en aquel momento. Eso la obligaba a ser correcta y, a pesar de que las misas, la comunión, confesar sus pecados y todo lo demás poco le importaban, tendría que hacerlo y comportarse como una cristiana ejemplar. Si no lo hacía y consiguiera escapar de Argel, se las vería con la Inquisición en España y no quería ni recordar los gritos que había llegado a escuchar desde las afueras de la Audiencia de Sevilla, muy cerca de donde ella vivía.

Pensó en Julio, que seguramente estaba convertido. Pero solo tenía ocho años y se daba por hecho que lo hacían por presión y tan solo de palabra, puesto que eran demasiado pequeños para ninguna otra cosa. De todos modos, debía de tener cuidado o salir de Argel sería un paso hacia un nuevo infierno.

24

15 de agosto de 1578. Argel

Thamir era tan exigente en la casa como Murad, eso no la sorprendía en absoluto. Sin embargo, se sentía con más libertad en ausencia del corsario.

Su impaciencia por encontrar a Julio aumentaba por día, sentía a su hijo cada vez más cerca y eso hacía que su energía fuera inmensa cada mañana.

Había avanzado bastante en la escritura y había descubierto que su hijo Julio ya le había enseñado, en su momento, prácticamente todo lo que debía saber para escribir al menos oraciones simples. Sin embargo, le prestó tan poca atención que nunca puso en práctica sus enseñanzas y pensaba que para escribir algo entendible necesitaba conocer mucho más. Según Miguel no era así, sabía más de lo que pensaba e incluso alabó al supuesto cura del pueblo que ella le dijo que era su mentor.

No había podido pasar con Miguel más que días alternos, ya que el resto de los días acompañaba a Leonor a misa y a comulgar. El inquisidor parecía tener bastante poder sobre el resto de clérigos, puesto que no permitió que a María ni tampoco a Leonor les cobraran por la comunión ni por la misas. Según el clérigo ambas eran almas en riesgo por su juventud y por la presión que los amos ejercían sobre las muchachas para que renegasen, o por ser víctimas de posesiones carnales a las que algunos amos las sometían. Mohamed nunca lo hizo con ella ni con ninguna otra y Murad, por lo que le habían contado el resto de cristianas, tampoco solía abusar de las esclavas. Por ese lado estaba completamente tranquila.

Aisha la había solicitado por segunda vez aquel día, pero le había prometido que, en cuanto llegara el amo, lo haría con más frecuencia. Aisha era una joven dulce y compasiva que lo único que quería era compañía. María solía peinarla, ayudarla en el aseo, prepararle la ropa que iba a ponerse… Nada que no pudiera hacer mejor cualquier otra esclava, porque ella era una cabrera que no sabía ni asearse.

Su nombre cristiano había sido Elena y así la llamaba María cuando estaban a solas. Era la preferida de las mujeres de Jafar, para su desgracia.

María peinaba el suave y fino cabello de Aisha, que luego cubriría con una *lartia* en tono lila que ya estaba preparada. Ya le crecía el pelo de la parte inferior de la cabeza que le afeitaron en la conversión, aunque con el pelo suelto no se apreciaba en absoluto.

La joven se había puesto en la cara unas cremas con color, también sus ojos los llevaba en colores más llamativos. Ungüentos de mujeres que María había visto usar a algunas damas y a mujeres de mala vida cuando vivía en Sevilla. Aisha los usaba con destreza. De padre español y madre siciliana, había llevado una vida acomodada, su padre era comerciante entre Murcia y Sicilia, pero la guerra y la piratería lo habían llevado a la ruina. Marchaban hacia Francia desde la costa murciana en busca de una nueva vida cuando Murad se cruzó en su camino. Por aquel entonces ella tenía diecinueve años, era huérfana de madre y su único hermano era soldado y había fallecido en la guerra.

—Mi padre murió en el asalto —le explicaba—. Tenía gran odio por los moros porque ellos habían matado a mi hermano. Dijo que moriría antes de caer en manos de ninguno de ellos como esclavo y así fue. Cuando ya la tripulación se había rendido y los corsarios de Murad entraron en nuestro barco, mi padre me susurró que me tirara por la borda, que no me dejara prender o

acabaría de prostituta de aquellos moros del infierno. Luego salió corriendo armado hacia los corsarios y le dispararon varias veces.

Aisha bajó los ojos y María pudo apreciar sus lágrimas.

—Lo siento —dijo ella sin dejar de peinarla e intentando no contagiarse del sentimiento que Aisha desprendía. Sin embargo, aquella joven lograba conmoverla, muy lejos de la conmoción que le provocaba recordar a Julio en el mercado de esclavos, pero era sentimiento sin ninguna duda. No quería sentir, los sentimientos le dificultarían su objetivo. No quería tener ningún tipo de amistad, de lealtad, ni lazos de unión con nadie que no fuera con él.

Solo mi hijo.

Mantenerse alejada del resto, ya lo decía el clérigo Juan Blanco de Paz, no debía fiarse de nadie.

—Luego nos encerraron a todos bajo cubierta —continuaba la joven—. Cuando llegamos a la puerta Babazira Murad me separó del resto y me trajo a su casa. Luego supe que Jafar le había encargado una esclava joven y le había pedido que tuviera buen criterio porque deseaba una nueva esposa. El resto ya te lo imaginas.

Dos años eran demasiados años de resistencia, María era consciente de ello. Si no fuera por Julio ya habría intentado huir de Murad al igual que lo hizo con Mohamed, no tenía dudas de que lo hubiera hecho y si la muerte era el precio, le parecía razonable y afortunado. Solo morir no significaba nada, morir, regresar junto a su difunto marido y todo acabaría. Pero Julio la necesitaba viva.

—Sin embargo, hay algo que diferencia a Murad y a Jafar. —Aisha se giró y miró a María, luego alzó su mano para tocar el fajín que siempre llevaba la joven—. Creo que Murad siente algo más que un deseo de posesión sobre ti.

María frunció el ceño, Murad no podría sentir nada por nadie, no era capaz, era un canalla. Era ruin y miserable como todos los corsarios, su corazón tendría el mismo sentido del amor que una roca de las que abundaban alrededor del mar. Desde su juventud más temprana la habían pretendido numerosos muchachos, entre ellos el difunto Julio, y nada tenían que ver con el trato que le profería Murad.

—Solo se quiere a sí mismo —le respondió la esclava con rapidez—. Es incapaz de sentir nada por nadie. Le da lo mismo que sea un esclavo, que un mercader, que alguien que daría la vida por él en su corso. Ninguno le importamos en absoluto.

—Enfureció cuando Ari Morato le pidió que te vendiera y aún más cuando comenzaron a hacerle ofertas. —La muchacha sonreía—. Ni por diez esclavas, dijo.

La mente de María divagó hacia el aquel momento y, lejos de la referencia de Aisha al enfado de Murad, ella recordó a Dalí Mamí. Detuvo su labor, podía preguntar, no se notaría su interés. Sin embargo, sus manos temblaban.

—¿Quiénes eran? ¿Corsarios?

—Eran Arnaute y Dalí —respondió Aisha y María miraba de reojo a través del espejo para comprobar si la renegada la observaba, pero Aisha no le prestaba atención—. Sí, son corsarios, Arnaute trabaja para Dalí Mamí.

Tenía que formular bien la pregunta si quería obtener la respuesta que quería oír pero no podía pronunciar. Tomó aire.

—¿Es suya la casa que hay junto a los baños? La que está junto al pozo. —En cuanto terminó de decirlo comenzó a arrepentirse. Aisha la miraba pasmada a través del espejo.

—No —respondió Aisha extrañada de que no conociera quién era el dueño de semejante casa

cuando todo Argel lo sabía—. La del pozo es la casa de Ari Morato, el hombre más influyente de Argel, suegro del Pachá y consejero del Gran Turco. La casa de Dalí Mamí está cerca de los otros baños, del baño de la bastarda.

María encogió su ombligo bajo el fajín. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero tampoco le iba a ser difícil encontrarlo. Estaba demasiado nerviosa y Aisha se daría cuenta. Juntó las piernas y apretó las manos en el cepillo para que no comenzaran a temblar mientras la alegría inundaba su interior. No pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

—¿Hoy vas a misa o a ver al esclavo que te enseña a escribir? —Le tocaba ir a misa, pero ya le daba igual fray Juan, la Inquisición y los corsarios aunque los encabezara el Pachá.

—Escritura —contestó sin poder dejar de sonreír aunque quisiera.

—Entonces puedes marcharte ya —respondió la joven poniéndose en pie.

Se colocó frente a María y puso sus manos en los hombros de la esclava.

—¿Cuántos días lleva Murad fuera? —preguntó.

—Veintitrés. —Los había contado y a medida que pasaban su ánimo mejoraba.

—Entonces pronto volverá —dijo la joven y la sonrisa de María desapareció—. Sé que eres diferente al resto de esclavas de Murad, sé que no anhelas sus atenciones ni renegar. Así que, escúchame, cuando él regrese aférrate fuerte a lo que más desees. Da igual que sea tu fe, tu esperanza de libertad, el amor de un hombre, lo que sea, pero no permitas que Murad llegue allí y lo destruya. Eso es lo que te mantendrá a salvo de él y eso es lo que le impedirá tener el control sobre ti. No cometas el mismo error que cometí yo. —Le dio la espalda. María la miró con interés.

—¿Qué te quitó Jafar? —preguntó en cuanto Aisha acabó de hablar.

—Puedes irte ya. —Aisha levantó un brazo—. Mañana mandaré a buscarte de nuevo.

María se alejó de la joven sin dejar de mirarla. Aisha era una mujer que soportaba un gran sufrimiento y era el reflejo real de sus peores temores, el de verse sometida a un amo, a un marido, de por vida. Ignoraba qué había hecho Jafar con Aisha para obligarla al matrimonio, pero aquello le había provocado una verdadera tortura.

***

Julio estaba en el terreno sin edificar que había junto a la casa de Dalí Mamí. No le dejaban ir muy lejos sin compañía y no le gustaba estar en el interior de la casa sus ratos sin escuela porque los otros niños siempre lo estaban molestando.

Había hecho un nuevo barco con cañas. Esa vez era más pequeño, de menos de un palmo, y se las había ideado para hacerle agujeros y colocarle otras diminutas cañas a modo de cañones.

—¿Cómo piensas hacerle las velas? —preguntó el esclavo Sajá Veidrá.

—No pienso ponerle velas a este. No pienso ponerle velas a ninguno hasta que no aprenda a hacer uno que no se hunda —respondió el niño.

—¿El último también se hundió? —El soldado seguía con la mirada cada pieza que colocaba Julio.

—El último se volcó más rápido que los anteriores —respondió—. No sé ya qué hacer.

—Se me ocurre una cosa, ya que te gustan tanto los barcos —le dijo el esclavo—. Le pediré permiso al amo para llevarte cerca del muelle. Entre las murallas está la atarazana en la que hacen las galeras. Allí podrías ver qué hacen los carpinteros para que no se hundan.

El niño sonrió.

—Eso sería lo mejor de los últimos trece meses aquí —respondió el niño.

—¿Trece meses ya? —Imaginó que en un niño de ocho años trece meses era una parte importante de su vida—. ¿Cómo te va con Ochialli en la escuela?

—Soy torpe, lento y mira cómo tengo los pies. —El niño le enseñó los golpes de los palos que le daba el maestro de la escuela de soldados, fundada por Seredín Barbarroja, en la planta de sus pies—. Somos más de treinta niños y todos me tratan igual que los tres imbéciles —resopló —. Me gustan algunas clases, pero todo lo que sean destrezas manuales… Ellos son unos brutos, todos ellos.

Julio levantó la mirada pensativo y luego se dirigió a su amigo.

—Dalí va a venderme, seguro —le dijo—. La otra tarde vino un emisario del Pachá, yo estaba en el patio y le preguntó por mi edad. Por lo visto soy pequeño aún, o eso le dijo el emisario al amo. Pero estuvieron rato hablando.

El cautivo frunció el ceño y miró la cara del chico. Si el niño no servía para soldado, a un corsario no le interesaba en absoluto, tendrían que buscarle otra utilidad. Julio era un niño hermoso y llamativo, demasiado llamativo en una sociedad aficionada a los garzones y a utilizarlos de acompañantes y de amantes. Aún era demasiado joven, pero si no servía para soldado a Dalí le lloverían las ofertas en pocos años.

—Es hora del *azalá* —dijo el chico—. Los imbéciles están en el patio.

Colocó el último cañón y comenzó a quitarse de los dedos los restos de la resina que utilizaba para fijar las piezas. En la torre de la mezquita, frente al solar, se oían voces llamando al rezo. Pronto se oirían nuevas voces procedentes de las numerosas mezquitas de Argel.

—Hoy no voy a poder probarlo, el morabuto va a enseñarme a hacer cuentas con el ábaco después de la oración —le dijo—. Pero inténtalo tú en la fuente de la plaza y, si no se hunde, escóndelo entre esos arbustos —le señaló unos setos—. Si se hunde, tíralo a la fosa.

Julio salió corriendo camino a la mezquita.

***

María llegó hasta los baños más temprano que de costumbre. Se oían las voces que llamaban al rezo de la tarde y estas las solía oír desde el patio del pozo. Notó también menos bullicio, las jornadas de los esclavos acababan más tarde y los musulmanes se encontraban en las mezquitas. En un rato las calles se llenarían hasta rozar la incomodidad, sobre todo con la llegada de los que trabajaban en el campo. Los baños se abarrotaban, era casi imposible asistir a misa algunos días. Se contaban por miles los cautivos que habitaban en Argel, una ciudad ya de por sí demasiado poblada y con más culturas de las que se podía imaginar. Antes de llegar allí solo entendía de musulmanes, de judíos y de cristianos. Pero en Argel nada era tan simple. Miguel, dos días atrás, le había aclarado la diferencia entre tantos variopintos personajes.

A los judíos era fácil identificarlos por su vestimenta negra, parecida a los hábitos de un clérigo. Pero distinguir a un morisco de un turco o de un genízaro era más ardua tarea. Y con estos últimos debía de tener cuidado, puesto que eran los que estaban en el más alto rango de aquella sociedad y cualquier pequeña ofensa podía costarle la vida.

Ya el primer día en casa de Murad, cuando acompañó a Elvira a recoger agua de la fuente

para la comida ya que la del pozo era salada y no servía, se fijó en algunos hombres que llevaban en su cara, grabada en negro, una cruz cristiana. Aquello le pareció más que llamativo. Elvira no supo darle explicación, pero Miguel le dijo que eran *azuagos*, gentes de fuera de Argel que tenían por costumbre este tipo de grabado con tinta en su piel porque en la antigüedad lo hicieron sus antepasados, que eran cristianos, y así se diferenciaban de los que no lo eran. También sus mujeres solían estar pintadas por todo el cuerpo con distintos dibujos que no entendía y que las hacían parecer demoniacas bajo su punto de vista.

También había otro tipo de moriscos que mendigaban en las calles y vivían en chozas a las afueras de las murallas de Argel. Estos eran libres, pero poco aficionados al trabajo aunque fuera retribuido.

Algunos artesanos de Berbería, que también labraban copas, bordaban tejidos y hacían todo tipo de objetos de lo más llamativo, y que tanto le recordaban a la ciudad en la que nació, eran musulmanes huidos de países cristianos.

Y luego estaban también los turcos, de piel más oscura, como Mohamed. María pensaba que los parias de aquella sociedad eran los esclavos, pero no tardó en descubrir que no.

Los judíos estaban en lo más bajo del escalafón de aquella sociedad, ordenada sin ningún sentido. A pesar de tener dinero y negocios, pagaban impuestos altos y eran apaleados por cualquier motivo. Argel era un mundo diferente a todo lo que conocía, en el que había demasiadas culturas enfrentadas, convivían distintas religiones en guerra, pero si de ganar dinero se trataba nada de lo anterior parecía importar.

Llegó hasta el patio de encuentro, también vacío. Apenas había esclavos y en el escalón donde solía esperarla Miguel no había nadie. Al ver libre aquel escalón le sobrevino una extraña sensación que no esperaba. Tan solo cuatro, quizás cinco, eran los días que había acudido al patio a buscar a Miguel, demasiado pocos para extrañarse de que no se encontrara allí o, lo que era aún peor, que ese día no acudiera. Quizás por el camino se había hecho ilusiones de que él le indicara el lugar en el que se encontraba el baño de la bastarda. No sabía a quién más preguntar. No podía confiar en ningún esclavo de Murad y llevaba días sin ver a Santiago.

Atravesó el patio y se introdujo en una de las calles por la que había visto a Miguel marcharse al menos dos días. Anduvo un poco a través de ella sin fiarse porque las calles de la ciudad eran tan estrechas y numerosas que perderse era habitual aun conociendo el lugar.

Las casas en Argel eran de cal y yeso y no estaban dispuestas en hileras, sino más bien amontonadas unas con otras, colocadas sin orden y sin sentido, como todo lo que había en aquel lugar. Las calles eran en su mayoría estrechas, salvo las principales. En las más estrechas apenas cabía una sola persona, todas en cuesta o rampa según te dirigieras hacia el mar o en dirección contraria y casi ninguna recta, es decir, que si accedías a ella rara vez se podía ver lo que se encontraba al final.

María quiso llegar hasta el final de la calle prometiéndose regresar al patio en cuanto llegara hasta el final, porque si se introducía en el laberinto no llegaría a casa de Murad hasta tarde, aunque era fácil llegar hasta la casa de su amo desde cualquier punto y eso era una ventaja que valoraba en sus planes de buscar a Julio. No importaba en qué punto de Argel se encontrara, tan solo debía de ir cuesta abajo, siempre cuesta abajo, hasta llegar a la puerta del muelle en el muro. Y desde allí no había pérdida alguna.

Llegó hasta una zona de comercios, eran calles algo más anchas. Miró hacia atrás, intentando memorizar la calle por la cual había salido del patio, y continuó hacia delante por una calle algo menos curva pero igualmente larga que terminaba en una plaza, o al menos en algo amplio y

abierto.

Caminó a prisa y pudo apreciar mejor la plaza y una fuente en ella. Se detuvo en una esquina antes de llegar y miró hacia una nueva calle que se abría, bastante estrecha y frente a la que no había casa alguna. Solo tierra con algunos arbustos que le permitían ver el mar. Algunos barcos se veían navegar, barcos de mercaderes que iban y venían de todas partes, fueran musulmanes o cristianos. Recordó que ya no le quedaban muchos días libre de su amo.

Miró de nuevo hacia la plaza a la que se quería dirigir mientras dudaba si regresar sobre sus propios pasos hasta el patio de reunión y esperar allí a Miguel.

—¡María! —La voz de Miguel la sobresaltó—. ¿Qué haces por aquí? —El susto podía perdonarlo por la alegría de haberlo encontrarlo.

—Te estaba buscando —se explicó.

—No te esperaba tan temprano, ¡ven! —María lo siguió.

—La esposa de Jafar me deja salir antes que Thamir.

—¿Elena? ¿Cómo está? —preguntó el esclavo y María se sorprendió de que Miguel también la conociera, aunque no era extraño que en Argel se conocieran todos los cristianos. María suspiró.

—Puedes imaginártelo —le respondió.

Miguel no añadió más. Estaba junto a la fuente y en su mano derecha llevaba una pequeña galera sin velas que parecía el juguete de un niño.

Miguel lo depositó en el agua, lejos del chorro que manaba de la fuente. La pequeña galera de cañas comenzó a dar tumbos a un lado y a otro con la corriente hasta que se quedó quieta y se dejó llevar por el agua. María observaba el barco en silencio y miraba de vez en cuando al esclavo, que sonrió en cuanto vio al navío flotar a ritmo de la corriente.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó la esclava mientras él sacaba el barco del agua.

—Lo ha hecho un amigo y quería que comprobara si era capaz de flotar.

La esclava se quedó mirando el pequeño navío y alzó su mano para cogerlo. Miguel abrió su mano derecha para que ella agarrara la galera.

María observó el barco y apreció las escotillas con los pequeños cañones, todo menudo pero en su lugar y hecho con medios tan simples que transmitía inocencia y humildad. Algo invisible la azotó en lo más profundo del alma, donde tenía escondido bajo candados y cerrojos aquello que no podía revelarle ni a Miguel ni a ningún otro en Argel. Y aunque le sobrevino el escozor en la garganta que precede al llanto, este se detuvo al volver a sentir aquella fuerza con la que le prometió a su hijo que, donde quisiera que se lo llevaran, ella lograría encontrarlo. Julio estaba cerca, no tenía dudas, los lazos que la unían a él, y que el tiempo y la esclavitud habían adormecido, se izaban ahora llenos de esperanza. La esperanza que la protegería de los látigos, de las cadenas y de las amenazas de cualquier musulmán.

Aún chorreaba agua del barco de cañas. Sin dejar de mirarlo, María se lo devolvió a Miguel.

—Van a terminar los rezos y esto se llenará de gente —le dijo él—. Vamos.

Siguió al esclavo por una calle en cuya esquina había una mezquita y, frente a ella, un terreno vacío. Pensó que debía ser el único terreno vacío que habría en Argel aunque, por las condiciones en las que se encontraba, supuso que allí antes habría una casa y fue derruida, quizás para unirla a la llamativa casa que había junto a ella, propiedad de algún rico.

Miguel la detuvo para que esperara y él se apresuró hacia el terreno vacío, cuyo suelo era en parte pavimento roto y el resto arena y arbustos salvajes. Entre ellos depositó el barco mientras María observaba que era el mismo terreno a través del cual veía el mar desde la estrecha calle

que se abría donde los comercios. Una calle curva y cerrada en la que no cabrían dos personas una al lado de otra. Hacia allí se dirigió Miguel mientras se oía el tumulto salir de la mezquita.

—Esa carta que quieres enviar —le dijo Miguel—, deberías comenzarla a escribir. Han llegado los monjes redentores. Aún pasarán semanas hasta que se vayan, porque tienen que negociar con los amos, pero luego hay más cola para dejar las cartas.

—¿Estás en la lista? —preguntó María con curiosidad. Estar en la lista significaba ser libre, aunque la mayoría de las veces no lograban llevarse a tantos como querían y si eras de los últimos tendrías que esperar al siguiente viaje, meses después.

—No —respondió el esclavo—. Tampoco esta vez.

—Lo siento. —María le puso una mano en el hombro.

Atravesaban la calle que llevaba hasta el patio. Se escuchaba ya el tumulto de los primeros esclavos reunidos.

—Mientras que Dalí Mamí no baje mi precio… —añadió él.

María se detuvo y Miguel la rozó con el codo al pasar por su lado en tan estrecha calle con un leve empujón que la hizo girarse hacia la pared. El esclavo se detuvo en ella, desconcertado, dudaba que le hubiese hecho daño ya que había sido solo un roce.

—¿Lo conoces? —le preguntó él.

Su estómago se dio la vuelta como aquella vez que de niña cayó de un árbol. Miró a Miguel. Si Julio no había vuelto a cambiar de amo, el esclavo tullido que tenía delante lo conocía. Bajó la cabeza y, sin poder evitarlo, sus ojos se humedecieron. Miguel podría decirle qué había pasado durante todo el tiempo que Julio no había estado a su lado, esa parte de la vida de su hijo que desconocía.

Levantó sus ojos hacia él. La piel blanquecina del esclavo se tornaba amarillenta o así le pareció por estar tan acostumbrada ya a las pieles doradas de los corsarios. Bajo sus ojos se apreciaban profundas ojeras violáceas, había días que eran inapreciables en él y otros, como aquel, que denotaban que no habría pasado una buena noche y que le hacían aparentar más de los treinta y un años que sabía que tenía. A pesar de ello, Miguel era un hombre guapo, no de una belleza llamativa como Murad, pero su humilde mirada le inspiraba más confianza que ninguna otra en Argel y sintió la necesidad de contárselo. Necesitaba compartir con alguien su alegría, o su desdicha, y no se le ocurría nadie mejor que el esclavo tullido que tan desinteresadamente la ayudaba y cuya compañía hacía que las horas exentas de obligaciones pasaran demasiado rápido. Él podría llevarla hasta Julio. En aquel mismo instante, si se lo pedía, la llevaría hasta él y ella podría abrazar al fin a su hijo.

—¿Estás bien? —Miguel puso la mano derecha sobre su espalda.

Pero aquello ponía en peligro todo cuanto había conseguido hasta ese momento. Se irguió todo lo que pudo para seguir andando sin excusar su reacción. El esclavo la detuvo para observarla bien.

—No voy a pedirte que me cuentes tus secretos, todos tenemos secretos en Argel —le dijo. María abrió la boca para rebatirle, pero él no la dejó—. Pero para cualquier cosa en la que pueda ayudarte, cuenta conmigo.

Ella bajó la cabeza. No estaba sola, Santiago se lo dijo. Blanco de Paz, el clérigo, también le ofrecía continuamente su ayuda y Miguel lo hacía ahora. Sin darse cuenta agarró el antebrazo izquierdo del esclavo, el de su mano inservible. Tenía que meditarlo bien. Podría llegar hasta Julio sola, estaba solo a un paso, pero ¿qué pasaría después? ¿Cómo sacaba a su hijo de Argel? ¿Cómo conseguiría el dinero para liberarlo, si era que tenía un precio? ¿Cómo preparar una fuga

y no ver a Julio morir empalado? Porque eso no lo soportaría. Pero también temía las represalias de Murad. Ya Mohamed, en el barco, sacó a Julio de la celda para asustarla. En cuanto se diera cuenta de que su verdadero punto débil era él no quería ni imaginarlo. Miró a Miguel.

—Yo no tengo secretos —le contestó. Miguel se inclinó para acercar su rostro al suyo.

—Deseas escribir una carta que no quieres dictar a nadie, ni amigos ni clérigos —dijo y María enrojeció de furia y vergüenza—. Claro que tienes secretos.

Se retiró de ella y María se quedó sin saber rebatirle. Soltó el antebrazo del esclavo, que aún sujetaba. Ella miraba hacia el final de la calle, la curvatura de las casas solo le permitía apreciar una parte del patio. Los baños de la bastarda o la casa de su amo, tan solo necesitaba que le dijera eso, y ahora no se atrevía a preguntárselo. El esclavo la observó sin intención de retomar la marcha.

—Hoy no ibas a venir —le dijo—. Era tu día de comunión.

María lo miró. El tono de Miguel era amable y humilde como siempre, sin embargo, ella estuvo a punto de soltarle un improperio.

—Tu amo debe de estar a punto de regresar —añadió—. Necesitas la comunión más que nunca.

María resopló casi en una carcajada.

—Dios no va a librarme de Murad —le respondió y el escozor en la garganta que le sobrevino mientras que sostuvo el barco regresó, aunque con menor intensidad—. Dios me abandonó cuando me robaron de mi propia casa, cuando me dejó entre ellos.

El esclavo frunció el ceño.

—¿Piensas renegar? —preguntó atónito.

—No —respondió contundente—. Jamás.

Verse tapada hasta los ojos, sometida en cuerpo y alma a su amo, renunciando a toda libertad, renunciando a su propio hijo y, si no era así, a la libertad de este. Había considerado todas las posibilidades y todas ellas eran aterradoras. Se acordó de Aisha.

—¿Conoces a Elena desde hace mucho tiempo? —preguntó María.

El esclavo miró sus ojos, primero uno y luego otro, tal y como hacía Murad, pero el amo lo hacía de la misma forma con la que miraba a sus navíos y Miguel lo hacía lamentando algo que ella desconocía.

—Sí —le respondió—. Desde que llegó.

—¿Y su fe era fuerte? —volvió a preguntar.

—Al principio, sí. —El esclavo miró hacia otro lado y María intuyó que debía dejar de hacer preguntas sobre Elena. Miguel se estaba incomodando.

—¿Y la tuya? ¿No has considerado nunca renegar?

—Nunca. —Aquello pareció ofenderlo, sin embargo, su rostro se tornó de repente en angustia. Las ojeras de sus ojos resaltaban aún más que antes y María pudo comprobar cómo el esclavo, al que envidiaba por su condición de rescate, reflejaba también su sufrimiento—. Lo único que deseo es salir de aquí.

María se puso frente a él.

—Volverás a ser libre —lo animó—. La próxima vez estarás en esa lista. —Miguel levantó la cabeza para tomar aire.

—Dalí Mamí se está impacientando —dijo—. Y yo no aguanto un año más aquí.

María le puso la mano en el hombro y lo acarició. Tres años eran más del doble de lo que ella llevaba allí, años de juventud perdidos entre palos y amenazas. La vida de Miguel era mejor que

la de otros, sin embargo, su rescate estaba tardando más de lo esperado. De hecho, a su propio hermano lo rescataron los monjes redentores hacía ya meses, desconocía por qué a él no. Y cuando un amo se impacientaba por un rescate cuantioso era tan malo con el esclavo como con cualquier galeote, lo encerraban encadenado durante meses en un baño o lo amenazaban con llevarlo a Constantinopla, de donde no regresaba nadie. Amenazas y torturas para acelerar los rescates porque con ello conseguían que los esclavos narraran sus peores temores o sus propias vivencias en las cartas que enviaban a sus familias. Cincuenta o sesenta ducados de oro por cristiano que se multiplicaban por diez o por veinte si se trataba de algún noble o clérigo. Quinientos ducados de oro era el precio de Miguel y hasta mil había oído que se pedían por algunos otros como Juan Blanco de Paz, el inquisidor. De aquel negocio de esclavos cristianos procedían las mayores riquezas de Argel. Con suerte, algunos esclavos solo permanecían allí unos meses. Si sus familias tenían el dinero para su redención, eran liberados al año o incluso antes. Sus nombres aparecían en la lista en la siguiente redención y los monjes solían ir a Argel dos veces al año. En cambio, si la libertad dependía tan solo de la voluntad pública y de la orden religiosa, la lista de espera era de ocho años. Miguel estaba en esa lista, pero cuando llegara su turno ya sería demasiado tarde.

—Dalí Mamí no te puede hacer nada porque se quedaría sin el dinero del rescate —le dijo ella.

Miguel miró hacia el patio, ya estaba lleno de gente. Agarró a María de un brazo y tiró de ella para adentrarla en la calle, alejándose de las miradas curiosas. Se detuvo unos metros más atrás y se inclinó hacia María tal y como había hecho antes.

—Se confundieron conmigo —explicó en voz baja—. Por un error pensaron que yo podría tener fortuna, pero soy un esclavo como cualquier otro. Por esa razón el dinero de mi rescate no llega. Mi familia pudo pagar la redención de mi hermano, pero mi precio es demasiado alto.

María lo miró sin decir nada. La armadura que había forjado a su alrededor para no ver más allá de su propio sufrimiento se resquebrajaba ante sus ojos. Aisha ya puso de su parte en las primeras grietas, Miguel acababa de romperla en pedazos.

—Si tu amo se entera, te atará a una galera —susurró María siendo consciente de la gravedad de la situación de Miguel.

—Si el rescate no llega, también —añadió él.

Ella no entendía por qué Miguel confiaba en la esclava de uno de los mejores amigos de Dalí Mamí. Una parte de ella se lamentaba de compartir el secreto de aquel esclavo, puesto que la ponía en una situación delicada. En Argel saber y no denunciar era un delito por el que los cautivos podían perder una oreja, la nariz, la vida y, alguna pero rara vez, la mano, porque esto lo hacía parcialmente inútil. Pero no era eso lo que le preocupaba. A su amo poco le importaría que ella guardara un secreto a ningún esclavo, siempre y cuando esto no le repercutiera a él. Pero Miguel acababa de iniciar algo entre ellos que sí tenía importancia. Su confianza en ella construía un pequeño hilo de lealtad entre el maestro y la aprendiza, lealtad que, si ella traicionaba, a él podía costarle la vida o, lo que era aún peor, malvivir en una galera hasta su muerte.

—Hay otras formas de salir de Argel —le dijo él y María se sobresaltó saliendo de sus pensamientos sobre las consecuencias de haber oído lo que no debía.

Escapar de allí era algo que consideraba, pero que veía tan poco probable y con tan graves consecuencias que no lo valoró en ningún momento. Salir de Argel no era fácil, hacerlo solo, prácticamente imposible. Cerca de Argel el único lugar al que acudir sin barco era Orán, pero ya

lo habían intentado demasiados como para saber que estaba muy lejos y que podían ocurrir dos cosas: morir en el camino o regresar y hacerlo a los pies de Hassan. Huir a través del mar era imposible. María sintió de nuevo el terror que solían provocarle los corsarios aunque ahora no estuviese ninguno presente.

—No quiero seguir hablando de esto —le dijo para detener su discurso.

No quería saber más. Era bien sabido por los esclavos que la huida conllevaba el peor de los castigos. Hassan empalaba, ahorcaba, quemaba vivo o enganchaba a los prófugos y a todos los que los hubiesen encubierto, por eso eran comunes las traiciones entre los mismos presos o entre los renegados, puesto que la traición se premiaba con favores y privilegios y estos en Argel a veces significaban la propia supervivencia.

No quería ningún tipo de alianza, ni de amistad ni de lealtad ni de ayuda porque todo ello podría volverse en su contra. Aunque no era eso lo que temía, sino algo mucho peor. Estaba cerca de su hijo, no podía cometer el más mínimo fallo.

—Pero tú ya lo intentaste una vez. —Miguel le puso la mano sobre las cicatrices en la parte posterior de su hombro. María se apartó de él enseguida, como si la mano del esclavo fuese fuego.

—No quiero saber nada más. —Dio unos pasos atrás para luego girarse y dirigirse con rapidez hacia el gran patio, dejando atrás a Miguel.

Andaba deprisa. Cruzó a través de la multitud que ya se agolpaba en sus reuniones y se encaminó hacia la calle de los toldos. Entre tanto bullicio y tropiezos se angustiaba aún en sus pensamientos. Continuaba sin entender ni comprender aquella confesión, a ella, precisamente a ella, que no dudaría en traicionarlo si eso la ayudaba en su cometido.

Se detuvo en el pozo y se apoyó en él. El acercamiento de Aisha y el de Miguel podían enturbiar y complicarle las cosas en Argel, tenía que alejarse de ellos y de todo el que confiara en ella. Ese era el precio de la amistad o de la ayuda, el verdadero trato de Argel. Y no pensaba tratar porque por encima de todo trato, amistad, alianza o lazo que pudieran tender hacia ella estaba Julio. Por él era capaz de traicionarlos a todos aunque ardieran vivos y no dudaría en hacerlo si esa traición liberara a su hijo. Por el bien de todos, por el suyo propio, no debía dejar que nadie confiara en ella.

Notó a alguien tras ella. Se giró pensando que pudiera ser Miguel, que la hubiera seguido. Sin embargo, encontró el oscuro hábito del clérigo de tez clara y venosa, Blanco de Paz.

—He visto a Leonor sin compañía y me preguntaba dónde te encontrabas —le dijo. María se acercó a besar la cruz de madera que el clérigo siempre llevaba colgada.

—¿Vienes a los baños? —le preguntó. María negó con la cabeza.

—No me encuentro bien, vuelvo a casa de mi amo —respondió. Lo último que le apetecía era soportar el bullicio de la capilla de los baños.

—Entonces te acompañaré. —Miró hacia los lados—. Necesito hablar contigo sobre algo.

María frunció el ceño. Blanco de Paz no era muy querido por el resto de clérigos ni tampoco por muchos esclavos. De hecho, recordaba a uno de los amigos de Miguel, otro clérigo llamado Antonio, que sentía gran animadversión hacia él. Blanco de Paz era bastante altivo, quizás por su condición de inquisidor se sentía con superioridad para imponer su parecer al resto y eso molestaba a monjes y sacerdotes cautivos. Pero con María siempre había sido amable y se ofrecía a ayudarla en cada momento, sobre todo en el tema de la tentación a abrazar la religión que liberaba a los cautivos.

El clérigo se acercó a su oído.

—Llevo unos días queriendo hablar contigo, pero siempre vas acompañada de Leonor —le susurró. El sacerdote volvió a mirar a su alrededor—. Pero aquí no, sígueme —le indicó.

María lo siguió, aun temiendo lo que Blanco de Paz quería contarle con tanto misterio. El clérigo no accedió a la ancha calle del Socco, sino que giró a su izquierda, hacia un entramado de calles que llevaba a uno de los barrios judíos. Luego se introdujo en un callejón sin salida y demasiado estrecho que acababa en una fachada de forma curva, lo que hacía que la calle pareciera aún más asfixiante. Blanco de Paz se detuvo justo en la fachada cóncava que cerraba la calle. Allí se giró hacia María y le puso las manos en los hombros.

—Es importante que esto que te voy a decir no se lo cuentes a nadie o me pondrías en un gran aprieto —le dijo y María se incomodó. Demasiados secretos en una tarde. Aunque su sincera reacción hubiese sido salir huyendo de allí para no escuchar, asintió al clérigo para que continuara.

—Durante este tiempo me he comunicado con mi congregación —comenzó—. Pero hace unos días recibí una misiva en la que me confirmaban mi liberación al fin. Vendrán unos monjes redentores a liberarme.

María sonrió, se alegraba por él.

—Es una noticia maravillosa —le dijo la muchacha y envidió a aquel anciano maloliente que iba a correr mejor suerte que la mayoría.

—No solo eso. —Blanco de Paz dio un paso hacia ella—. Me dan margen para redimir a algunos esclavos. Sé que hay muchos cautivos en las listas y desde España las familias hacen numerosos papeleos para que sus familiares aparezcan en ellas.

María lo sabía, los monjes se lo habían explicado con claridad. Alistarse era solo el principio. Luego los familiares, desde España, tenían que gestionar numerosas solicitudes, ofrecer un porcentaje importante del rescate o un compromiso de pago y pedir alguna ayuda oficial. Las razones por las que Julio o ella misma, que no tenían quién hiciera nada por ellos, caerían continuamente lista abajo. Con suerte, en diez años podrían liberarse.

—Pero yo conozco tu situación —continuó—. Y, si quieres, puedo solicitar tu libertad.

María abrió la boca para tomar aire. No podía creer lo que le ofrecía el clérigo. Aunque dudaba de que Murad aceptara un rescate por ella.

—Mi amo no me ha puesto un precio.

—Eso no importa. Cuando estén aquí los redentores ellos lo negociarían. Normalmente, si es beneficioso, lo suelen aceptar —respondió el clérigo.

Ni por diez esclavas.

Recordó las palabras de Murad. Y aunque él aceptara, ella nunca se iría sin Julio. Miró al clérigo, él sí podía liberar al niño. Una manera posible de sacarlo de Argel sin riesgos. Su única esperanza, un hombre de Dios que acababa de caer al cielo junto a ella.

—Espero que no tarden demasiado. Si todo va bien, pronto estaremos en casa —le dijo. A María, que no podía creerlo, se le saltaron las lágrimas y abrazó a Blanco de Paz. Era un comisario inquisidor y, al parecer, por el temor que todos le profesaban, también con gran influencia. Podía mover los hilos para liberarla a ella y también podría hacerlo por Julio. Y entonces toda aquella pesadilla acabaría.

—Es importante que no le digas esto a nadie —repitió—. Ni siquiera a Leonor. También me gustaría llevarla a ella con nosotros, pero aún tengo que conocer de cuánto dinero podré disponer y de lo que los amos están dispuestos a cobrar.

María entornó los ojos. Tenía que decirle lo de Julio, en sus manos estaba la redención del

niño.

—Hay algo que necesito que sepa —le dijo con el pecho a punto de estallarle—. Algo que también tiene que prometer no contar.

—Claro, hija. —El clérigo le puso las manos en las mejillas—. Puedes confiar en mí.

Le costaba aquella confesión como si del peor de los pecados se tratara. Se había jurado no contarlo, no crear alianzas ni lazos con nadie, porque el hacerlo significaba no deber lealtad ni temer a la traición. Pero aquel monje le estaba ofreciendo la redención y era la única oportunidad que tenía de liberar a Julio.

—¿De verdad puede redimir a algún esclavo más? —preguntó primero. El monje miró sus ojos intentando buscar explicación y pareció encontrarla.

—¿A quién quieres liberar? —replicó, apartando las manos de María y mirando hacia un lado con cierta expresión de decepción.

—A un esclavo de Dalí Mamí —confesó. El monje le dio la espalda un instante.

—Te he dicho que antes debo saber el dinero del que dispongo —dijo en un tono solemne que nada tenía que ver con el anterior y María se sorprendió de su reacción. Le asustó que el monje se arrepintiera de su ofrecimiento y agarró su sotana con desesperación.

—Es que…

Se oyeron unos gritos que la sobresaltaron. Eran unos niños corriendo por la calle que cruzaba con la que se encontraba. Los observó, intentando ver en ellos la cara de su hijo.

—Él… —continuó, pero más personas corrían gritando. Algo ocurría y tuvo que girarse. Blanco de Paz, que estaba de espaldas aún, también miró.

—¡Murad, el Grande, ha regresado! —Oyó, jaleando.

María se giró hacia el clérigo y se puso la mano en la frente.

—Tiene que ayudarme —le rogó, notando cómo sus piernas volvían a temblar como no lo hacían desde que el amo se marchó—. Por favor.

El clérigo la abrazó de nuevo y ella apoyó su mejilla sobre la sotana del hombre. Su llanto se acentuó. Las posibilidades de salir de Argel podrían hacerse reales, ni en sus mejores sueños lo imaginó. La presión en su cuerpo de los brazos del clérigo la incomodó y se retiró de él con cuidado de no molestarlo.

Se oían los cañones que anunciaban la llegada de Murad y contuvo el aire mientras que su llanto cesaba. Un último cañón hizo que su estómago se encogiera en su interior y llevara hasta su garganta mariposas de hiel amarga. No estaba segura de si aquella sensación había sido causada solo por el regreso de Murad o había sido algo más, independiente de su temor al amo. Comenzaba a ser consciente de haber sentido el cuerpo del clérigo completamente pegado a ella en el abrazo y eso la repugnó. Miró a Juan Blanco de Paz que volvía a tener la sonrisa amable que siempre le profesaba.

—Cuando llegue el momento hablaremos del asunto —le dijo el clérigo—. Y si no puede ser, desde España puedo hacer mucho más que desde aquí.

María sacudió la cabeza levemente intentando que aquella sensación se disipara. Blanco de Paz era su única posibilidad. Si solo podía liberarla a ella, irse sin Julio no era una opción. Pero liberarlo a él, renunciando ella, sí. Y después que el clérigo hiciera lo que pudiese por rescatarla desde España.

Primero Julio y luego yo.

—Mientras tanto —le advirtió—, permanece junto a mí. Abrázate a tu fe y no dejes que tu amo te someta. —María asintió—. Protégete de él cuanto puedas —añadió.

María se inclinó a besar la cruz y el monje la bendijo.

—Tengo que irme a recibir a Murad —se excusó y se marchó de allí.

***

Elvira estaba en la cocina preparando los platos favoritos del amo, cuscús y carne con garbanzos. Catalina preparaba el baño para Murad mientras ella y Leonor arreglaban uno de los salones para que el amo pudiera celebrar el éxito de su botín. Aunque dudaba de que se quedaran mucho rato, pues los corsarios, en cuanto llegaban al muelle, corrían a gastar gran parte de su ganancia en bebida, mujeres y garzones.

Aún no había llegado el corso, las ventas del botín llevaban tiempo, más si eran cuantiosas. Y por el tiempo que había transcurrido desde que sonaron los cañones supuso que lo eran.

Albergaba la esperanza de que Murad llevara una nueva esclava que llamara su atención más que ninguna otra. Por lo que había podido averiguar en Argel, su amo no era muy dado a llevar esclavas con el pensamiento de hacerlas sus esposas. Él no solía interesarse por ninguna mujer, más que algunas moriscas que decían que visitaban la casa por las noches de manera discreta. Quizás se equivocaba y Murad no quería más de ella que asegurarse la sumisión y que no diese problemas, pero un fajín en su cintura la desconcertaba. Tampoco aquel gesto era usual en él. De todos modos, Aisha le había prometido que la apartaría de él tanto tiempo como le permitiese. Necesitaba estar lejos de él tanto tiempo como pudiese para poder buscar a Julio.

Thamir las llamó y todas fueron a la entrada a recibir a Murad. María se peinó con las manos. Desde que usaba el aceite para lavar su pelo le era más fácil desenredarlo y más aún desde que Aisha le sugiriera que durmiera con él untado y lo enjuagara por la mañana temprano. Ahora, aunque demasiado abundante y algo alborotado, tenía buen aspecto y no el de una mendiga.

Se colocó junto a las esclavas en la pared. Thamir estaba en el umbral. Se podía oír el sonido de los pasos que hacía la herradura metálica de la suela en el piso de piedra de la calle.

María miró de reojo y vio a Thamir dar besos a *babá* del corso. Vio a Murad hablando con su hombre de confianza, sonreía, al parecer todo había ido bien para su desgracia. Albergaba la esperanza de que su amo no regresara del mar.

El amo estaba más tostado por el sol, la diferencia en su piel era notable, lo que resaltaba aún más el verde de sus ojos. También podía notarlo más delgado o, más bien, menos voluptuoso. El saqueo del mar conllevaba gran esfuerzo físico y, a pesar de llevar un buen cocinero a bordo y que no le faltaba comida, ya que en tantos días seguramente hubiesen hecho alguna que otra parada en puertos, se le notaba el cansancio de las razias.

Murad entró en la casa y se descalzó de inmediato. Su corso se quedó fuera, tan solo Thamir entró con él. Se detuvieron antes de llegar a las esclavas y Thamir le susurró algo al oído. Murad no hizo ningún gesto, así que no pudo deducir si lo que le decía era bueno o no.

María se irguió en cuanto los vio reanudar la marcha. El temblor de piernas le sobrevino de la misma forma que cuando escuchó el nombre de su amo a gritos junto a Blanco de Paz. Sabía que volvería la tensión de nuevo en los días venideros.

Puso sus manos en la pared tras ella mientras se concentraba en su propia respiración, en sus latidos, en si podría controlar sus manos, su voz, sus piernas. Cerró los ojos y cogió aire, ahora lo entendía, no tenía miedo a Murad, acababa de comprender que no era eso. Aunque pareciera irreal y poco lógico, la esclava descubrió que a lo que temía de verdad era al propio miedo y a lo

que este era capaz de arrasar en el interior de su cuerpo. El miedo la paralizaba, la inutilizaba y ahora tenía que ser fuerte. Tenía motivos de sobra para serlo.

Murad se acercaba, el amo se detuvo en la primera esclava, Elvira. Le sonrió mientras le daba una moneda. Y, así una por una, fue entregándoles una recompensa que las esclavas agradecían como si de un gran regalo se tratase. Llegó hasta María, la última de las cautivas, algo más retirada del resto.

María levantó la cara hacia Murad sin necesidad de que esta vez él la obligara con la mano como acostumbraba. Murad se sorprendió con su gesto. Se detuvo en ella unos instantes y María fue capaz de soportar la mirada del amo sin desviarla, quizás por ese motivo él alargaba el momento más de lo que debiera con una esclava.

La mirada de Murad se dirigió después hacia el fajín verde que ella aún llevaba por orden de Thamir. Desconocía si Thamir le había dicho al amo que la obligaba a llevarlo todo el tiempo en su ausencia. Fuera como fuera, a Murad pareció satisfacerle aquel detalle. Se acercó a ella e introdujo las manos bajo los brazos de María, a la altura de su cintura, hasta llegar a su espalda. La joven tuvo que retirarse de la pared en cuanto vio la intención del amo, lo cual la acercaba aún más a él, una cercanía incómoda, máxime ante la presencia de Thamir y del resto de esclavos. Pero seguía sin sentir miedo, una respuesta tranquila de su cuerpo que la desconcertaba.

Murad desató el nudo despacio mientras ella permanecía quieta. Bajó los ojos levemente, lo tenía demasiado cerca, hasta podía sentir la respiración de Murad en su hombro. Volver a sentir las manos de Murad rodeándola le recordó a aquel mismo momento en el muelle, cuando le ató el cinto sin demasiado cuidado. Pero ahora el amo, con aire cansado y ojeroso como nunca lo hubo visto, no parecía tan temerario. De hecho, ni siquiera parecía muy distinto a la expresión fatigada de los esclavos de los baños. María supuso que las aventuras en el mar del corsario muy lejos estaban de un paseo por alta mar.

Murad le retiró el fajín del vestido y volvió a mirar su rostro sin retirarse de ella un ápice, quizás esperaba que ella volviese a alzar los ojos hacia él. Por esa misma razón ella no lo miraba, ya había sido suficiente. Se había prometido ser invisible ante el amo a su regreso, tanto como se le permitiera, y estaba comenzando con mal pie.

Murad no le sonrió como al resto, aunque sí que se disponía a entregarle una moneda. María abrió su mano para recibirla y este la dejó caer en la palma. María se fijó en ella, era un *aspero*.

El amo dio un paso adelante y se quitó la ajustada tela que solían llevar los corsarios y que caía hacia su espalda.

—¿Está el baño preparado? —preguntó y su voz conservaba la firmeza de siempre a pesar de su cansancio.

—Sí. —Oyó responder a Catalina y María bajó la cabeza. La cristiana estaba deseosa de que el amo la reclamara en el aseo, algo que solía hacer Elvira.

Murad se giró hacia ellas y María miró hacia otro lado mientras su interior quería huir de allí deseando que Murad no pronunciara su nombre. No quería mirarlo, pero sabía que él la observaba a ella. El baño era el último de los servicios que deseaba en aquella casa.

—Elvira —llamó a la esclava y María se relajó.

Elvira acudió a la llamada de Murad y lo siguió pasillo adentro mientras el resto de cristianas se dispuso a llevar la comida desde la cocina hacia al salón.

***

Acaba de oír terminar el *magarepe* y el amo saciaba el hambre en el salón frente a Thamir. No dejaban de conversar, Thamir lo ponía al día de todo lo que había ocurrido en Argel durante los días de ausencia. María había podido ver a Murad entrar en el salón y sentarse. Vestía una *jubba* cruda de manga hasta el codo, sin bordados y sin el cinto que solía llevar con adornos colgando. Dedujo que el amo no pensaba salir de casa.

Después de unos días allí había comprobado que el amo era algo peculiar. Lo normal en los hombres de su posición era salir y beber a menudo, andar con mujeres y, sobre todo, rodearse de garzones a los que exhibían orgullosos por las calles de Argel, como los cristianos hacían con sus esposas si estas eran hermosas. Sin embargo, aquello parecía el mundo bocabajo, los hombres presumían de amantes varones a los que agasajaban con lujosas vestimentas con las que luego paseaban y, sin embargo, guardaban a sus esposas, escondiéndolas entre trapos si salían de casa, permitiéndoles tan solo los ojos libres.

Murad no tenía garzones a su alrededor, no frecuentaba burdeles porque para su asombro, aunque estaba penado, Argel estaba lleno de casas de ese tipo. No tenía esposa alguna y tampoco sometía de esa forma a las cristianas. Según Elvira sí tenía amantes en Argel, hijas de algunos turcos que, de vez en cuando, iban en su busca, pero no solicitó a ninguna por esposa, lo cual había provocado la enemistad con sus padres cuando se enteraban de las aventuras de sus idolatradas hijas con el corsario. La que más solía frecuentar la casa de Murad era Sumaya. María aún no la había visto en persona. Las esclavas decían que era una de las moriscas más hermosas de Argel. Sentía gran deseo de verla por allí, necesitaba que la atención de Murad se desviase hacia otra mujer.

María se disponía a acostarse. Ya era entrada la noche y el día había sido algo complicado. Más le valía descansar porque con Murad allí su futuro era incierto.

Meditaba sobre la oferta del clérigo y sobre si volver a ir o no a buscar a Miguel. Ambas cosas la hacían dudar. La oferta de Blanco de Paz era lo mejor que había escuchado desde que la apresaron, pero aún no estaba segura del momento en el que debía de contarle al clérigo lo de Julio. Y ahora la compañía de Miguel, después de la confesión del esclavo, le producía cierta tensión. Sin embargo, era consciente de que Miguel estaba cerca de su hijo y el hecho de estar cerca del cautivo era estar de alguna forma cerca de Julio también porque un día u otro Miguel la llevaría hasta el niño. A esto achacaba por qué pensar en no volver a ver al esclavo le producía tan inexplicable pena.

Miró a Leonor, acurrucada de lado mientras sostenía una cruz de madera. María sonrió al ver a la joven, mucho más exaltada que unos días atrás. Con la llegada del amo regresaban los sentimientos a aquella casa y cada una de ellas sufría el cautiverio a su manera.

Vio una silueta en la entrada de la habitación y se sobresaltó. Era Thamir.

—El amo quiere verte —le dijo, asomando la cabeza.

María expulsó aire en un resoplo y se incorporó. Se levantó y salió fuera para seguir a Thamir por el pasillo hasta llegar al salón donde habían cenado los corsarios. Estaba vacío, Thamir no se detuvo en él y siguió adelante. María abrió la boca angustiada mientras eso que tanto temía la iba invadiendo lentamente.

Me lleva al dormitorio de Murad.

Se detuvo en el pasillo mientras Thamir continuaba el camino.

No pienso entrar allí, tendrán que echarme una soga al cuello, ensartarme en un palo o hacerme cualquier barbaridad de las que hacen a los cristianos estos miserables, si quieren que entre en el dormitorio de Murad.

—No —dijo rotunda a Thamir y este se detuvo y se giró hacia ella.

—Murad quiere verte —le repitió.

—Pues que salga a verme, no pienso entrar ahí —respondió ella poniendo una mano en la pared.

La puerta del dormitorio estaba abierta y Murad se encontraba en su interior, aún con la misma ropa de la cena y sentado en uno de los cojines. Se inclinó hacia un lado para poder ver a la esclava que estaba en el pasillo. Sin duda, había oído su respuesta.

—Tienes que entrar —le dijo Thamir con voz firme.

La esclava pegó su espalda a la pared como si aquella acción pudiera protegerla. Vio a Thamir ir hacia ella y el temblor de sus piernas se hizo notable, pero esa vez supo aprovecharlo para correr.

No pudo llegar ni hasta las columnas del jardín. Thamir la cogió por detrás, le dio la vuelta y se la echó al hombro como si fuera una alfombra.

—Vas a enfadar a tu amo —advirtió.

—Suéltame. —Echó su peso hacia delante, como solían hacerle las cabras cuando ella las portaba en la misma posición. Resbaló por la espalda del corsario hasta el suelo. Thamir se giró hacia ella enseguida. María había logrado poner las manos en el suelo y evitar el golpe en la cabeza, pero su cuerpo había rodado dando la vuelta por competo y se había hecho daño en la espalda. Thamir la cogió de un brazo y la alzó del suelo.

—Vas a ir —le dijo, tirando de ella.

Ella sacudió el brazo, comenzaba a enfurecerse y reconocía aquella respuesta de su cuerpo. Ya lo descubrió con Mohamed, la ira era lo único que la protegía de la sumisión ante aquella gente. El reconocerse a sí misma aumentó aún más su fuerza. Aunque no tardó en comprobar que su fuerza no era nada para Thamir, porque volvía a llevarla, a rastras, hasta la habitación de nuevo. La esclava se dejó caer en el suelo y aunque no dejaba de forcejear el corsario tiró de sus tobillos y logro meterle medio cuerpo en la habitación de Murad.

—Dormirás en el patio atada con cadenas —la amenazó Thamir.

Pero a María poco le importaban las consecuencias. Se agarró con fuerza a la puerta del dormitorio para que Thamir no pudiese introducirla por completo.

Murad continuaba sentado, aparentemente tranquilo, observando la lucha entre la esclava y el corsario. Thamir hundió el pulgar en el dorso de la mano de María y ella no tuvo más remedio que soltar la puerta. Ya estaba dentro en contra de su voluntad. Thamir la puso en pie, la empujó y tiró de la puerta, que se cerró de inmediato dejando a María a solas frente a Murad.

Apretó los puños con fuerza, sabía que mientras mantuviera la ira y la impotencia el miedo no iría a arrasarla. No quería volver a caer en la sumisión, aquello la asfixiaba, la agotaba y así nunca podría llegar a Julio. Recordó a su hijo, al barco que no se hundió en la fuente, la esperanza y las alianzas que ahora comenzaba a tejer en Argel. Había posibilidades de salir de allí, Miguel conocía una y Blanco de Paz otra. Fuera como fuera, el camino y su propia vida no acababan en Murad.

—Piensas que te he hecho venir para obligarte a hacer algo que no quieres —comenzó.

Es lo que siempre haces conmigo.

Se lamentó de no haberlo dicho en voz alta, comprobó que aún su seguridad no era plena y su

fuerza decayó, pero no lo suficiente para sumirla en el vacío.

—Para esas cosas me gusta que las mujeres vengan por propia voluntad —añadió Murad.

María supuso que hasta sus orejas se habían enrojecido o, al menos, la vergüenza que la invadió era suficiente para ello. Fuera con fuerza, con humillaciones o con vergüenza, Murad lograba mermarla. Se estaba viniendo abajo, sus tobillos ya comenzaban a tornarse ligeros.

—Acércate —le dijo él.

María cogió aire y dio un paso adelante. Con Murad sentado en el suelo podía verlo hasta bajando la cabeza, así que no había movimiento para evitar la mirada del corsario.

—Durante el viaje —comenzó—, he pensado en ti. He pensado tantas veces en ti que te sorprendería. —El cuerpo de María no fue inmune a sus palabras, la ligereza de los tobillos subió con rapidez hasta la cintura. Intentó tragar saliva, pero esta quedó en mitad de su garganta produciéndole cierto picor—. Y en qué puedo o quiero hacer contigo.

Intentaba no hacer ningún gesto, él la observaba estudiando cada parte de su cara.

—He recibido buenas ofertas sobre ti. —Observaba en ella la reacción a sus palabras—. Pero la realidad es que no quiero venderte.

La leve esperanza que tenía María sobre un cambio de amo se desvaneció por completo.

—La realidad es que te quiero para mí —añadió.

María apretó aún más los puños notando cómo lentamente caía en el abismo. Por mucho que hubiese oído el desinterés de Murad en las mujeres sentía cierto temor a que su interés en ella fuese diferente. Pero oírselo decir era como meter el pie en un cepo y escucharlo crujir y cerrarse. Más en ese momento, que comenzaba a considerar la salida de Argel como algo alcanzable a través de Blanco de Paz y el dinero de su congregación.

—María. —La llamó y ella atendió a su llamada mirándolo, aunque su mente y su cuerpo aún intentaban digerir lo que significaba cada palabra de Murad—. Quiero que dejes de ser una esclava, quiero que reniegues y te conviertas a mi religión y quiero hacerte mi esposa. Eso es lo que deseo, pero todo eso no depende solo de mí. Por eso me gustaría saber qué es lo quieres tú.

María tomó aire mientras buscaba las palabras correctas en su mente para que Murad no tuviera dudas de que nunca, jamás, por ninguna casualidad ni motivo, iba a ocurrir lo que él deseaba. Cerró los ojos y pensó en Julio y en la libertad lejos de Argel. Tenía que darle una clara respuesta, fueran las que fueran las consecuencias sobre ella.

Entreabrió los ojos hacia Murad. Un rechazo así tendría consecuencias inimaginables. Las conocía de sobra en tanto relato entre esclavos. El amo esperaba en silencio la respuesta.

—Quiero seguir siendo una esclava cristiana y solo dejar de serlo a mi muerte —logró decir sin titubear y sin que le vibrara la voz.

Murad entornó los ojos, su respuesta no le sorprendía. La contundencia no surtió efecto en su expresión.

—La mayoría de cristianas hablan como tú y todas acaban renegando —respondió.

—Pues pídeles matrimonio a ellas. —Él no creía en sus palabras y eso hacía que en su pecho se encendiese una llama cuyo calor llegaba hasta su garganta. Y que llegase precisamente hasta su garganta no era buen augurio—. Puedes tener varias y, además, puedes elegir la que quieras.

Y sabía con certeza que podía hacerlo. Tanto las cristianas que vivían en la casa como las moriscas de edad casadera estaban ansiosas porque Murad les hiciera aquella propuesta.

—Puedo tener varias, cierto —respondió él con la misma tranquilidad a pesar del visible enfado de la esclava—. Pero yo solo deseo tener una, no necesito más.

Y con aquellas últimas palabras de Murad, María entendió que no había metido el pie en un

cepo, sino la pierna entera.

Esto no puede estar pasando. No ahora.

—No voy a venderte. —Murad se puso en pie—. Ni por mil ducados ni por un navío ni por ninguna otra cosa que haya en Argel.

Se acercó a ella sin dejar de mirarla.

—No podría venderte aunque quisiera —le dijo y ella desvió la vista—. Morirás siendo mi esclava y si yo muero serás esclava de mi heredero y del heredero de mi heredero. Pero nunca saldrás de esta casa.

El amo le abrió la puerta.

—Puedes irte a descansar.

María asintió y salió a toda prisa de allí con los ojos brillantes y el pecho a punto de explotar. Ahora su situación se volvería mucho peor si es que eso era posible. El amo no estaba enfurecido por su respuesta, tampoco decepcionado, continuaba indiferente, escuchando su negativa sin reacción alguna. Poco le importaba su opinión, no la creía o le daba igual su voluntad. La hubiese tranquilizado que Murad se hubiese enfurecido y descargado con ella, pero la serenidad del amo la contrariaba hacia un temor del que no sabía cómo escapar. Quizás Murad había reaccionado así porque las muchachas solían negarse en las primeras ocasiones y después, cuando ya no podían soportarlo más, como Aisha, cedían a la voluntad de los amos. Esas habían sido sus palabras y esa tenía que ser la razón de la indiferencia de Murad. Fuera como fuera, de una cosa estaba totalmente segura: las cadenas que le acababa de colocar Murad solo se podían romper de una forma.

Me va a costar la vida salir del infierno.

25

25 de agosto de 1878. Argel

Durante días Murad la había observado silencioso, sin apenas dirigirle la palabra, pero vigilándola continuamente, igual que acechaban los depredadores a sus presas antes de cazarlas, tal y como María había oído decir que el corsario hacía cuando quería atacar a un navío.

Acababa de llegar de traer agua de la fuente. Soltó los cántaros en la cocina y se dirigió hacia el patio. La esclava inspeccionó a su alrededor para comprobar que el amo no estaba cerca. Sabía que, llegado el momento, Murad intentaría saltar sobre ella con alguna forma de hacerla sentir inútil y su interior pedía a gritos que eso ocurriera cuanto antes, puesto que la espera de saber que en cualquier momento él la atacaría sin piedad era en sí misma una tortura.

Se dirigió al pozo, esperaba a Aisha que había solicitado sus servicios como acompañante en uno de sus paseos y Murad accedió. El amo no se oponía a que a diario María acudiese a casa de Jafar para servir a Aisha, al contrario, parecía agradarle. Quizás pensaba que la compañía de una renegada para su esclava beneficiaba sus planes. Sin embargo, cuanto más conocía María la situación de Elena, como la solía llamar, más segura estaba de que preferiría morir antes que renegar.

Una de las ventajas de pasar las tardes con Aisha era que la muchacha la dejaba salir antes que Murad y así podía tener tiempo para organizar su búsqueda. Al fin había completado su carta, no sabía si estaba bien escrita, pero esperaba que al menos don Diego pudiera entenderla. Aquella misma tarde pensaba entregársela a los monjes redentores.

No había vuelto a ver a Miguel desde hacía cinco días y, aunque deseaba volver a buscarlo en el patio de esclavos, a medida que pasaban los días la idea se le hacía más ardua.

Días alternos iba a los baños donde conversaba un rato con Blanco de Paz. Y a él pudo confesarle las intenciones de Murad, algo por lo que el clérigo se había mostrado muy interesado. Por un lado, Juan Blanco intentaba disuadirla de la idea de la conversión, cosa que ella no necesitaba y, por otro, no dejaba de hablarle de la redención que traía la congregación para ellos. Sin embargo, María cada vez veía más lejana su liberación por aquel medio, Murad nunca aceptaría el dinero por su libertad, aunque sí que concebía esa opción para Julio. No le había confesado al clérigo lo de su hijo y agradeció que la llegada de su amo fuera tan oportuna como para impedir que ella llegara a revelárselo aquel día. Por muchas horas que pasara junto a Juan Blanco, no lo consideraba un amigo. No sabía las razones, porque realmente no las tenía, pero cuando estaba junto al clérigo, por instinto, colocaba un muro que no quería que Juan traspasara. Quizás aquella sensación contrariada en el inocente abrazo que entre nervios e ilusión pudo distorsionar su mente, pero la repugnancia la recordaba como verdadera y aunque el monje estaba depositando las llaves de la libertad en su mano no se hacía demasiadas ilusiones.

El resto de días que no iba a los baños los había dedicado a escribir su carta y a buscar los baños de la bastarda. No estaban muy lejos del patio de esclavos y muy cercanos a la fuente donde Miguel le enseñó el barco de cañas. Durante dos días rondó la zona sin ver más que moriscos, esclavos, turcos y judíos. Muchos niños, pero ninguno de ellos era Julio. Desconocía si al pequeño le permitían salir e incluso valoró la posibilidad de que Julio hubiese sido vendido a otro comprador. Pero era demasiado pronto para perder las esperanzas. Además, se había propuesto dejar de frecuentar los baños con tanta asiduidad. Lo hacía solo para mantener la

imagen de cristiana devota, tanto a ojos del inquisidor como a los de Murad. Pero ya le daba igual perder las formas porque le estaba costando demasiado de su escaso tiempo, lo cual la llevaba a la desesperación y la impaciencia. Necesitaba ver a Julio, ya no soportaba ni un día más sin verlo, sin saber si pasaba hambre, si sufría torturas o si había perdido la esperanza de que ella pudiera encontrarlo y llevarlo a casa.

Cuando llegó hasta la fuente el día anterior, mientras rodeaba los baños de la bastarda, sintió el impulso de correr a buscar a Miguel y contárselo todo para que la llevara hasta su hijo, para que le resolviera sus dudas. Pero María era consciente de que la impaciencia podría llevarla al fracaso. Su plan principal era permanecer cerca de Blanco de Paz y, llegado el momento, en que sus redentores llegaran y pedirles que se llevaran a su hijo Julio. Sabía lo que significaba, permanecer en Argel durante toda la vida a expensas de la tiranía de Murad. Pero, al menos, Julio estaría a millas de la esclavitud. Con eso se conformaba, con que su hijo volviera a ser libre.

—María. —Oyó la voz Thamir y se giró—. Aisha espera en la puerta.

Allí estaba la esposa preferida de Jafar, una de las mujeres más hermosas que María hubiese visto en libertad o esclavitud, escondida tras un velo que le cubría el rostro, solo dejando ver sus ojos, cejas y una parte de su frente.

—Sígueme —le susurró—, y no hagas preguntas.

María la siguió por el entramado de calles. Era habitual que las esposas de hombres ricos de Argel fueran acompañadas por sus sirvientas, en este caso María, aunque arrendada era una mujer de compañía al servicio de Aisha. No era la primera vez que acompañaba a la mujer de Jafar en la calle, los días anteriores habían comprado telas, alguna joya y una de las tardes fueron al muelle para ver el mar.

Esa vez, por la velocidad con la que andaba Aisha, irían a algún lugar más lejos de lo habitual y, por el comportamiento de la joven, que no hacía más que comprobar si alguien las seguía, pudo intuir que lo que iba a presenciar aquella tarde le costaría alguna cicatriz más de las que ya tenía.

Aisha tenía más esclavas, pero había decidido que la acompañara ella. No se fiaba de nadie que controlara Jafar, sin embargo, no hacía más que confiar en la cristiana vecina aun sin conocerla.

María se detuvo al comprobar que Aisha aminoraba el paso para situarse junto a ella.

—Escucha —le dijo. Con el velo apenas podía oírla—. Vamos a los jardines, allí suelen reunirse las mujeres. Pero no te separes de mí. No nos detendremos en el jardín.

María la miró de reojo dudando si pedirle que la dejara marchar. Aisha le decía continuamente que quería ayudarla, sin embargo, no hacía más que ponerla en una situación delicada con Jafar y este lograría ponerla en posición aún peor con Murad. Y ya tenía demasiado peso cargado en sus espaldas, cualquier mínima piedra que colocaran sobre ella la haría caer.

Rodearon un amplio foso y siguieron caminando. Aisha volvió a acercarse a María.

—¿Qué tienes con ese Blanco de Paz? —le preguntó la renegada y María se sobresaltó. Al parecer en Argel era difícil ocultar nada.

—Me ofrece su compañía y apoyo —le respondió.

—No te fíes de él —le dijo y María frunció el entrecejo.

—¿Lo conoces? —preguntó y Aisha negó con la cabeza.

—Él llegó hace un año y yo ya estaba… sumida en un infierno. Pero me han hablado de él y no es de fiar. Es más, me han pedido que te advierta sobre él.

María se apartó de ella. Confiar en Blanco de Paz era su única opción si quería salvar a su hijo.

—¿Quién te lo ha pedido? —preguntó María.

—Sajá Veidrá —respondió la renegada tras el velo y a María le alegró escuchar aquel nombre, aunque sus advertencias no surtirían efecto en ella. Blanco de Paz era la única esperanza de salvar a Julio. Aisha se sujetó el velo y bajó la cabeza—. ¡Colócate tras de mí! ¡Rápido! Y ni respires.

María obedeció enseguida. Aisha se detuvo. María alzó la vista y comprendió el porqué de las palabras la joven. Dos jenízaros estaban frente a ellas y había que dejar el paso. Y si lo dejaba una musulmana había menos posibilidades de que una mirada o un simple roce con el hombro los ofendiera. María se pegó a la pared todo lo que pudo para dejarlos pasar. La calle era tan estrecha que los dos grandes hombres apenas podían caminar uno al lado del otro. Los jenízaros eran como dioses entre mortales. Eran unos soldados formados para ser invencibles y gozaban de los mayores privilegios en aquella sociedad, cualquiera que osara ofenderlos moriría de inmediato. Y, a veces, era sumamente fácil ofender a un jenízaro.

—Vamos —la azuzó de nuevo para que aligerara el paso.

Llegaron hasta los jardines. Los setos estaban cortados a la altura de su pecho, como los que comunicaban con el jardín de Jafar. Formaban calles y en el centro había una hermosa fuente de mármol de la que caían cuatro chorros de agua. El sonido del agua en el silencio del jardín, sumado a la mezcla de olores de las distintas flores con la hierba, hacía que permanecer en aquel lugar fuera relajante y placentero.

Aisha no se detuvo, rodeó la fuente. María observó a un grupo de moras cubiertas con velo que se encontraban junto al agua, conversaban y reían. Era muy habitual que las musulmanas formaran grupos y pasaran gran tiempo juntas, sobre todo si eran esposas de hombres ricos. No tenían nada más que hacer, ya que disponían de esclavas para el trabajo del hogar y sus esposos les prestaban la misma atención que a una alfombra o a un jarrón decorativo. Por lo tanto, solo se tenían las unas a las otras y eso les amenizaba una vida de esclavitud encubierta en la que el terciopelo, los velos y las joyas sustituían a las cadenas.

Atravesaron el jardín por completo y llegaron hasta un foso grande y profundo. Lo bordearon durante unos minutos. Estaban a escasos metros del muro. Aisha se detuvo y se giró hacia María.

—Yo llegué sola a Argel y cuando Jafar me compró… —A Aisha le brillaron los ojos—. Desde pequeña temí al infierno aun sin conocer lo terrible que era. Hasta llegué a pensar en quitarme la vida varias veces.

María la entendía, si Julio no existiera ella también lo hubiese considerado.

—Un día, en los baños, me encontré con Santiago. Yo solo lo había visto alguna vez, porque, aunque era esclavo de Jafar, solía dormir en los baños comunes.

María estuvo a punto de detener su discurso y pedirle que la dejara marchar. Se apartó de Aisha y esta la sujetó con lágrimas en los ojos.

—Santiago fue la única luz que me alumbraba en la penumbra de Jafar. —Bajó la cabeza—. Hasta que Jafar se enteró de todo.

Su instinto no había fallado, Aisha era el reflejo de la consecuencia del mayor de sus temores. Cuando el amo encuentra la verdadera debilidad de su esclavo ni cien latigazos ni mil palos podían compararse con eso.

—Santiago era un esclavo preciado por Jafar y eso le salvó la vida, pero hizo insoportable la mía. —Levantó los ojos hacia la esclava—. Hasta que, hace tres meses, ató a Santiago a una

galera.

Aisha tuvo que detenerse y María le cogió una de sus manos.

—Yo tenía que aceptar la conversión y el matrimonio con él y, además, firmar una carta de franqueza de que no volvería a acercarme a Santiago si quería que lo desatara de aquel banco o, de lo contrario… —Respiró hondo por la boca—. Me llevaría a verlo después de cada viaje hasta el día que…

Muriera.

María sabía muy bien que un galeote iba dejando fragmentos de su vida y su alma en cada bogada.

—Desde entonces solo podía verlo cuando trabajaba en el jardín de tu amo —continuó—. Ni siquiera debía dirigirle la palabra. Hasta una noche en que decidimos vernos y… tú nos descubriste.

María arqueó las cejas. Realmente no había visto a Santiago entre los arbustos, ellos, sin embargo, pensaban que los había descubierto, de ahí el interés de Aisha respecto a ella. Pensaba que era leal y discreta. No era así, se estaba equivocando. Y ahora esa confusión la ponía a ella en una situación aún peor.

—Yo no vi nada —se excusó la esclava y Aisha entornó los ojos.

—María —le dijo—. ¿Quién crees que me dijo el interés que tiene en ti tu amo? ¿De verdad no sabías nada?

En Argel tan solo intuir y no denunciar ya era de por sí razón para el castigo. No supo responder.

—Pensaba que todo había acabado hasta que llegaste tú a casa de Murad —sonrió—. No puedo confiar en ningún esclavo de Jafar ni en ninguna de tus compañeras porque ellas están desesperadas por ganarse el favor de tu amo. —Le cogió la cara—. Pero tú eres diferente. Tú anhelas algo más que las cadenas, yo puedo verlo, Santiago lo ve y Miguel también lo ve.

No os podéis ni imaginar mis anhelos.

María apartó la mirada de la de la joven.

—Sígueme —le pidió y María obedeció en silencio.

El foso acabó y llegaron hasta unos limoneros. Tras ellos había una puerta pintada de verde. No parecía muy antigua, algo que a la esclava le sorprendió, ya que estaban en una parte del muro muy deteriorada, incluso apreció un antiguo bastión medio derruido. Se preguntó si de verdad en la corte del rey Felipe II conocían el estado real de la ciudad de Argel, pues se la creía una fortaleza y hasta una cabrera podía ver las numerosas debilidades del infierno de los cristianos.

Aisha se acercó a la puerta pintada de verde y dio dos golpes con el puño. María dio un paso atrás y luego otro, temiendo lo que estaba a punto de presenciar. Una parte de ella, esa parte que lograba intuir todo lo que tuviera malas consecuencias, quiso apartar la vista, pero ya era tarde. La puerta verde se abrió y el esclavo Santiago apareció tras ella. Aisha lo abrazó.

María se giró y les dio la espalda, pero ya no podía ponerle remedio a lo que había presenciado y escuchado de los labios de Aisha. Así que imaginó que acabaría con las orejas cortadas y pegadas a su frente, que era lo que solían hacerles a los esclavos que creaban algún tipo de alianza para luego exhibirlos en un paseo por las calles entre insultos y escupitajos. Y sin tan solo fueran esas las consecuencias de no traicionar a la hermosa joven, no le importaban. Murad no iba a permitir que Jafar la matara por encubrir a Aisha, el amo quería condenarla a una vida de esclavitud, quizás sin orejas, pero viva.

Pero si Jafar se enteraba, la condena para el esclavo y la esposa infiel sería la muerte. A las mujeres adúlteras se las ataba a una soga y una piedra y se las lanzaba al mar. Mientras fue sierva de Mohamed, en una de las limpiezas del barco, presenció una pena de vida de una mujer infiel, precisamente con un esclavo también, salvo que ella era mora de nacimiento. La arrojaron sin piedad al mar ante los ojos orgullosos de su marido. Sin embargo, a los esclavos varones se les daba la oportunidad de renegar y no morir, una ley sin sentido de una sociedad que no llegaría nunca a comprender. No tenía dudas de que, de haber nacido hombre, hubiese matado a Mohamed, renegado después y una vez liberada de sus cadenas podría salvar a Julio. Pero era mujer y su única esperanza de libertad era aceptar las ofertas de matrimonio de los corsarios.

Se sentó en el suelo, esperando que Aisha saliera de la casetilla en la que se encontraba con Santiago. Si Blanco de Paz no la sacaba pronto de Argel, su situación sería crítica, no tenía dudas, por culpa de Miguel y la renegada Elena, que no hacían más que lanzar lazos de lealtad hacia ella, mostrándole su confianza y poniendo la vida en sus manos, manos que no podían soportar más carga. Suspiró, solo tenía que esperar a que la redención del inquisidor llegara sin tener por qué implicarse en nada más. Ahora sabía que Aisha tenía un amante, que Miguel no era el esclavo rico que pensaba Dalí y que quizás estuviese planeando una fuga. Y su hijo en medio de todo aquel entramado, sin saber que su madre estaba cerca y que un demonio de los mares deseaba hacerla su esposa, demonio que no podía dejar que se acercara al niño.

***

Iba camino a donde se alojaban los monjes redentores trinitarios. Miró el sobre que enviaría a don Diego, en el que le pedía que si tan solo podía liberar a Julio se hiciera cargo de él mientras ella regresaba. También que, de enviar respuesta, no nombrara al niño porque de ser descubierta dificultaría su liberación.

El bullicio alrededor de los monjes era algo que ya conocía. Esperó su turno, o al menos el turno que le permitían entre empujones y pisadas. Una sotana negra le abrió paso.

—¡María! —La voz de Blanco de Paz la sorprendió, sobre todo porque su orden era otra y no la de los trinitarios—. ¿Qué te trae por aquí?

María lo miró con recelo y apretó el sobre en su mano derecha. El monje enseguida dirigió la mirada hacia la misiva.

—Ya veo. —Acercó su mano a la de ella y la cogió. Se detuvo en el sobre y en el destinatario —. Don Diego, el párroco del que tanto me hablas. —María asintió y alargó la mano para recuperar la carta.

—Él piensa que aún estoy en Túnez. —El monje no soltaba el sobre.

—Puedo entregarla por ti si quieres —se ofreció.

María miró el sobre entre los dedos finos y alargados del monje, a través de cuya piel blanquecina se transparentaban venas rojas que se cruzaban con otras moradas. Tiró de él, recuperando su carta de nuevo.

—No te molestes, ya me queda poco —le dijo. El monje sacó un sobre de su sotana y se lo enseñó.

—Ya ha llegado la respuesta que esperaba. —A María le brillaron los ojos—. Y tenemos buenas noticias. Espero a que acabes y te las cuento.

María asintió sonriendo. Al parecer, con suerte, todo aquello podría terminar bien. Empujó a otros esclavos que habían aprovechado su distracción para colocarse delante de ella y sorteó a

algunos más. Recibió un empujón que la llevó a parar contra uno de los monjes de hábito marrón y de semblante afable. María lo esquivó y el clérigo la sujetó para que no cayera al suelo.

—Disculpe —le dijo, sonrojada.

—No te preocupes. —El monje, de unos cuarenta años, barbudo y de piel clara y sonrosada, le sonrió—. Suele pasar a menudo.

María se situó frente a él y, a su espalda, continuó recibiendo empujones y alguna que otra protesta por parte de los esclavos que había sorteado.

—No voy a entretenerlo —se disculpó—. Solo quería que hicierais llegar esta carta.

El monje asintió y guardó la misiva en un saco de tela del mismo color que sus hábitos.

—Mi nombre es fray Juan-Gil. —Se presentó el monje—. Suelo venir una vez al año con esta orden de trinitarios. Estaremos aquí unas semanas más para lo que necesites.

María asintió y se inclinó a besar la cruz del monje. Este formó una cruz en el aire moviendo la mano ante ella.

—Gracias —le dijo ella dejando pasar al siguiente esclavo al que le llegaba el turno.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—María —gritó ella ya entre la multitud que la empujaba hacia atrás.

Salió del tumulto y allí, alejado y en silencio, permanecía esperándola Blanco de Paz. María se dirigió hacia él enseguida. Él le puso la mano en la espalda para que caminara a su lado.

—Tenemos muy buenas noticias —le anunció—. Mi congregación ha aceptado mi petición y la hará efectiva a la mayor brevedad.

María sonrió al sentir cómo la tranquilidad la inundaba. Sabía que Murad no la dejaría ir, pero Blanco de Paz podría llevarse a su hijo de allí y todo cambiaría para ella. El miedo disminuiría.

—He estado pensando en buscar la manera de que nadie sospeche de que tu liberación ha sido urdida. Tenemos que inventar alguna historia. ¿Sabe alguien algo de ti?

María negó.

—¿Tampoco ese tal Sajá Veidrá con el que andas? —preguntó con desprecio.

María frunció el ceño.

—Con esto te quiero decir que, a partir de ahora, dejes que sea yo quien revele lo que queremos que el resto sepa o no. Y, desde este momento, nadie tiene que saber nada de ti o me dificultará los trámites, ¿entiendes?

María volvió a asentir, sintiendo una especie de vacío en su interior a pesar de la alegría de imaginar a Julio lejos de allí. Pero Blanco de Paz hablaba de urdir una historia sobre ella y no sabía hasta qué punto eso la beneficiaba cuando su verdadera intención era liberar a su hijo y no a ella misma.

—Quizás podemos contar que tienes familia que ha pagado tu rescate, un hermano, una tía. Déjame que lo piense en estos días y, cuando lo prepare todo, te estudiarás tu propia historia y será la que cuentes a todos. —Se detuvo, poniendo el brazo sobre su cintura para detenerla también.

—Mientras tanto no quiero que hables con nadie, puedes meter la pata si confías en quien no debes. —Su semblante era serio y apurado.

—No lo haré —le confirmó María contrariada.

—Mañana te veo en los baños, ahora tengo que irme a dar estas buenas noticias al resto —le dijo, besándola en la frente—. Irás, ¿verdad?

—Mañana, claro. —Intentó sonreírle—. Sí, estaré allí.

El clérigo se alejó mientras ella observaba sus rápidos andares. Comenzaba a impacientarse con tantas advertencias de unos y de otros. Si hacerla dudar eran sus pretensiones, lo estaban consiguiendo porque en aquel momento sospechaba de todos los que la rodeaban y, a pesar de que todos ellos le dijeran que no estaba sola en su esclavitud, se encontraba más aislada que nunca. Ellos, Aisha, Santiago, Miguel y Blanco de Paz parecían querer su alianza y lo hacían confiándole secretos o planes que no debía conocer. Demasiadas cosas que callar de unos y otros, hecho que la atemorizaba.

¿En quién confiar? Su corazón no se inclinaba por nadie en aquella telaraña de hilos de lealtad que habían tejido a su alrededor, o tal vez sí, por eso estaba tan nerviosa y contrariada. Su corazón se inclinaba por Aisha, por Miguel y su grupo de prófugos, sin ninguna duda. Pero en Blanco de Paz encontraba lo que quería, lo que necesitaba. Y aunque el lazo que el clérigo blanquecino le había tendido no era de su agrado, no tenía más remedio que aceptarlo y acceder a todas sus condiciones aunque aquello la estuviese convirtiendo en ser una esclava de un segundo amo más. No era imbécil, sabía lo que el clérigo quería decirle con sus palabras, quería alejarla del resto de cristianos le gustase o no. Lo único que le importaba era Julio, así que obedecería al inquisidor.

26

5 de septiembre de 1578. Argel

Murad y su corso se preparaban para la última razia del verano. Se acercaba la hora del *azalá* y Thamir le había ordenado esperar al amo en las columnas del jardín. Por suerte para ella, esa vez Murad no quería que fuera al puerto con la comitiva, quizás porque en esta ocasión Murad iba acompañado por otro corsario de Argel, cuyo nombre no recordaba, y antes de partir cenarían y rezarían en casa de este.

Sin embargo, el amo, que continuaba con su semblante de aparente indiferencia, no dejaba de acecharla. María no le había dado motivos para castigarla, con lo cual, por este lado, Murad no había podido actuar. Pasaba las tardes con Aisha, luego visitaba al clérigo Blanco de Paz y el resto del tiempo lo había pasado recorriendo las calles de Argel, frecuentando los baños de la bastarda y cada escuela a la que solían llevar los corsarios a los niños que poseían. No había ni rastro de Julio, hasta el punto de desesperarse y llegar a pensar si Dalí Mamí lo habría vendido, porque solían rondar la fuente en la que Miguel probó el barco de cañas y por los alrededores siempre había grupos de niños de cabeza rapada y actitud alegre correteando por la calle. Julio no estaba entre ninguno de ellos. Se animaba al pensar que Julio siempre fue de pocos amigos y detestaba los grupos, si no había cambiado, no lo encontraría entre niños. Julio estaría en algún lugar apartado, jugando solo a algún juego inventado o cuyos instrumentos hubiese creado con cualquier cosa que tuviese a mano. Quizás escribiría o leería si se lo permitiese su amo. El resto del tiempo lo pasaría dormitando entre sueños e ilusiones. Así lo imaginaba o así quería imaginarlo. Solo una persona podía resolver sus dudas, el esclavo Miguel.

Había vuelto a verlo, de lejos, durante sus paseos junto a Blanco de Paz, pero María ni siquiera se atrevió a mirarlo. El clérigo aún no le había revelado la historia que había inventado para justificar su pronta liberación y continuaba diciendo que no se acercara a ningún cristiano. Incluso en sus paseos evitaba la compañía de Leonor, algo que María tampoco lograba entender. Blanco de Paz, cuando estaba junto a María, no quería más compañía. Con ella continuaba siendo amable, hablaban de Argel y de los cristianos que renegaban, de la sodomía entre esclavos y amos que él estaba encargado de denunciar como comisario inquisidor y de la relación entre María y Murad.

A él sí le confesó la propuesta del amo, algo que no sorprendió al clérigo, pero sí lo enfureció. Le dijo a María que si cedía ante Murad, no solo a sus propuestas, sino a tratos cercanos o carnales, se vería obligado a denunciarla a la Inquisición y no podría sacarla de Argel.

Aquello no la asustó en absoluto, Murad no había hecho ningún intento en ese sentido. Algunas noches había recibido la visita de algunas moriscas que, según Elvira, tenían tratos íntimos con el corsario a la espera de que este se decidiera a pedirlas en matrimonio. María pudo contar hasta tres, todas hijas de ricos mercaderes, que podían dar al amo una buena dote que sumar a su riqueza, de elegante belleza dentro de su raza y al parecer buenas amantes, puesto que Catalina había comentado alguna vez los obscenos sonidos que provenían de la habitación de Murad.

María albergaba la esperanza de que algún día el amo cambiara de parecer, que alguna de aquellas amantes o una nueva le hiciera olvidar la idea que tenía respecto a ella, o no podría salir nunca de Argel.

***

Julio estaba sentado en el terreno sin edificar, en el que ya comenzaba a erigirse una extensión de la casa de Dalí Mamí, sobre unos bloques que los obreros habían abandonado al final de su jornada hasta el día siguiente.

Levantó la cabeza y vio al esclavo Miguel acercarse. Hacía días que no hablaba con él, pero cada vez le sorprendía menos su actitud.

—Julio —le dijo, apretándole el hombro. El niño bajó la cabeza.

—Ya nunca vienes a verme —reprochó.

—Sabes que vengo a verte siempre que puedo —le respondió el esclavo.

—Aún no me has llevado a ver la *atarazana*, me lo prometiste —recordó. Miguel se sentó junto a él.

—Cierto —se disculpó—. Esta misma semana te llevaré. Te lo prometo.

Julio lanzó una piedra hacia los azulejos amontonados que había frente a él.

—Tu rescate no llega y estás perdiendo la paciencia —le dijo el niño—. Por eso andas con esos amigos tuyos, por eso quieres escapar.

El esclavo se puso en pie y miró a su alrededor.

—Julio, no vuelvas a repetir eso —advirtió en un susurro—. No sé por qué dices eso y desconoces las consecuencias de tus palabras si fueran ciertas.

—Sí las conozco. —Miró al esclavo—. Tu rescate no llega y mi madre tampoco. Los dos sabemos que no llegarán nunca.

Miguel miró hacia un lado evitando responder. Nunca le había dicho al niño nada de su rescate, Julio solo sabía lo que Dalí decía y murmuraba respecto a los quinientos ducados que se retrasaban demasiado.

—Llévame contigo —le pidió. Miguel miró al niño.

—No puedo hacerlo —susurró el esclavo.

—Por favor, Miguel —le rogó Julio—. No soporto ni un día más aquí. Ni siquiera Dalí quiere que esté aquí. Quiere soldados y yo no sirvo, me venderá pronto, tú lo sabes. Si me vende a Hassan o me lleva a Constantinopla ya no habrá forma de escapar.

—Si tuviera la certeza de que iba a salir bien, ten por seguro que te llevaría. Pero no la tengo y el riesgo conlleva la muerte, lo sabes. No puedo hacerlo.

Julio miró hacia un lado y le brillaron los ojos.

Miguel conocía la situación de Julio, a medida que pasaba el tiempo y Dalí no veía resultados en él su estancia allí resultaba más incómoda. El resto de niños lo detestaban, le pegaban en casa y en la escuela y el amo no ponía orden en ello. Él mismo ya lo trataba con despotismo y deprecio, puesto que su interés en él no era otro ya que el de que pasaran los años y que Hassan, o cualquier otro, hiciera una buena oferta por él para joven de compañía. Algo que al cristiano esclavo le apenaba y le repugnaba. Pero conocía las consecuencias de sus actos, no podía llevarse a Julio con él porque, si algo fallaba, el niño sería empalado o quemado vivo junto al resto. Fuera como fuera, el destino de Julio era amargo.

Comenzaron a oírse las voces que llamaban al rezo de la tarde desde el alminar.

—No soy imbécil, sé lo que me espera si me quedo, prefiero morir antes que seguir aquí —dijo el niño lanzando una última piedra y marchándose hacia la mezquita.

***

La oración cesó, Murad estaría al llegar. Santiago acababa de terminar su trabajo y se marchaba hacia la casa de Jafar. Antes de inclinarse hacia la portezuela bajo los arbustos se despidió de María con una mirada compasiva.

María se sostuvo a una columna, agarraba su mano con fuerza, la muñeca comenzaba a cosquillearle ante la duda de cuál iba a ser la inminente despedida de Murad.

Sintió la presencia y el olor del amo a su espalda, un olor que le producía algo extraño en su estómago hasta cuando lo reconocía en la calle, en algún otro hombre que usara el mismo aroma para el aseo.

Ni siquiera se giró hacia él. Permaneció inmóvil, mirando hacia el jardín mientras sentía al amo atarle de nuevo el fajín en la cintura, salvo que, esa vez, Murad se cercioró de que no la incomodara y lo ajustó sin asfixiarla. Cerró los ojos, no se terminaba de acostumbrar a que los dedos del amo la tocaran. Lo sintió meterlos entre el vestido y la tela del cinto para comprobar que esa vez no le apretaba. Quizás Thamir le contó que la otra vez bien la hubiese podido partir en dos.

Lo sentía trastear en su espalda, quizás no era ávido con las lazadas y tal vez por eso la otra vez formó un nudo que más se parecía a los nudos de marineros de las velas de los barcos y que solo Thamir fue capaz de quitar. Lo oía respirar, una respiración que se iba acelerando a medida que ataba las cintas.

—Que Elvira te ayude luego. —Lo oyó decir, por lo que dedujo que no había conseguido un nudo de vestimenta.

Ella seguía inmóvil esperando a saber qué más haría Murad en ese momento. Él se acercó más a ella y pegó su cuerpo a la espalda de la joven. Y su olor se hizo intenso. Era un olor agradable, un incienso dulce que no le resultaría desagradable si no se mezclara con el temor que le provocaba el amo.

Lo sintió apartarle el pelo de ambos hombros y le dejó caer la melena al lado derecho de su pecho. Después colocó una mano en cada hombro de María y los apretó.

—Puedo conseguir riqueza, barcos y tantas mujeres como quiera —le dijo, siguiendo con el pulgar la línea que formaban alguna de las cicatrices de María, lo que hizo que todo el vello se le erizara. El estómago de María comenzaba a responder silencioso al acto de Murad. Entreabrió los ojos, seguía inmóvil mientras aquel cosquilleo en las rodillas subía despacio por los muslos —. Sin embargo, nada de ello me sacia.

Murad continuó pasando el pulgar por su piel, dejando las cicatrices atrás y llegó hasta su cuello, María movió la cabeza por reflejo ante aquel cosquilleo y el amo se detuvo para observar su reacción.

María sintió cómo el estómago le daba un vuelco. Había sido un movimiento leve, casi inapreciable que no había podido controlar, pero lo suficiente para que el amo notase la reacción de su cuerpo ante un cosquilleo placentero. Le ardía la cara, abochornada, y en su pecho se encendió aquella llama que la llenaba de ira. Abrió la boca para respirar y los ojos le brillaron. Necesitaba que se marchara de una vez. Pero el amo no tenía intención de irse.

—Hay algo que deseo más que el reconocimiento, más que el oro y más que ninguna otra cosa que haya deseado nunca. —Puso la mano derecha sobre el fajín y notó la respiración del

amo en su cuello mientras este rozaba ahora la piel de su hombro con la nariz.

Volvió a cerrar los ojos, incapaz de moverse un ápice, conteniendo la respiración. Sintió los labios de Murad en su piel, pero no como aquella vez en el muelle, ahora estaban entreabiertos y pudo notar la humedad de su lengua en el cuello. El vello erizado se hizo intenso y arqueó el cuerpo levemente hacia Murad. Pero también se hizo intensa aquella sensación de opresión en el estómago, recordando al inquisidor y sus advertencias.

Sacudió su hombro y lo apartó de los labios de Murad. Él la giró para ponerla de cara a él y pegó la espalda de la joven contra la columna. María sintió cómo su nuca golpeaba contra algo duro, supuso que era el mármol. Pronto fue consciente de que no era la columna, sino la mano de Murad la que sujetaba su cabeza impidiéndole el golpe, pero también el movimiento. El amo apretaba su pecho contra el suyo, no había forma de escapar.

Murad puso sus labios sobre los de ella. Notó la lengua cálida del amo entre ellos produciéndole un cosquilleo similar al del hombro, solo que esa vez se transmitió al resto de su cuerpo. Los labios de Murad eran gruesos, suaves, ardían y María no fue consciente de que ella había abierto los suyos, gesto que él aprovechó para introducirle la lengua y acariciar la suya con ella.

Y el pánico la invadió. Abrió los ojos, Murad ni siquiera la estaba sujetando, no sabía cuándo había dejado de hacer presión en ella. No la inmovilizaba, era libre de retirarse. Sentía cómo le ardían las mejillas. Las piernas le temblaban sobremanera. Giró la cabeza, escupiendo la lengua del amo, y lo empujó para apartarlo de ella.

El brillo de sus ojos aumentó, estaba aterrada. Tenía a su hijo cerca y a la inquisición pendiente de sus actos y no había sido capaz de ocultarle a Murad la reacción de su cuerpo cuando él la tocaba y aún menos cuando la besaba.

Ahora acababa de despreciarlo, pero había sido tarde, él lo sabía y podía comprobarlo en sus ojos arrogantes y soberbios. Además, temía su reacción, su manera de actuar podía considerarse una forma de retarle más allá de la ofensa. Tenía un miedo atroz a las consecuencias por la reacción que pudiese tener Murad, por lo que podría conllevarle con Blanco de Paz y sus pretensiones respecto a ella. Su cuerpo temblaba sin remedio.

Murad no dejaba de observarla, su talante de superioridad había regresado de nuevo. Apretaba su mandíbula y con ella se tensaron todos los músculos de su cara, sin dejar de mirar a María. Volvió a pegar su cuerpo a ella contra la columna.

—Me llaman Murad Rais, el Grande, porque siempre consigo lo que quiero —dijo él—. Y una esclava no es nada para imponerse a mis deseos.

María trató de apartarlo sin éxito, entre la ansiedad que le estaba produciendo aquella situación, la impotencia de haber fallado, la fatiga que le estaba causando el estado de pánico y el temor de vomitarle encima. Murad la inmovilizaba sin esfuerzo, haciéndola comprender que nada podía hacer contra él si era que quería hacer algo más con ella. Pero ella no dejaba de moverse para escapar y salir corriendo. No quería que lo volviese a hacer. El estómago comenzó a dolerle, algo amargo subió hasta su garganta.

Él le sujetó la cara, no le quedaba más remedio que mirarlo.

—No importa lo que te resistas —le advirtió—. No puedes hacer nada contra mi voluntad.

Sus palabras surtieron efecto en la esclava, que dejó de forcejear abandonando su cuerpo a merced del amo mientras su estómago empujaba el vómito hacia arriba y sus pulmones luchaban por respirar entre el mármol de la columna y el pecho del amo. Murad pareció satisfecho con la reacción ahora sumisa de la joven.

—Te he observado todos estos días —añadió, mirándola a los ojos. El acecho al que se refería María cuando él la observaba sigiloso—. Despiertas en mí instintos que desconocía.

Él bajó los ojos hacia el pecho acelerado de la joven. Respiraba con fuerza una y otra vez y su pecho se movía bajo la fina tela del vestido.

—Puedo obtener de ti lo que quiera —continuó—. Si no lo he hecho ya es porque no ha sido mi intención someterte, porque quiero que vengas a mí por tu propia voluntad. Pero no me pongas a prueba, María. —Volvió a mirarla a los ojos—. Porque sería capaz de desafiar a mis propios principios.

María sintió cómo se derramaba alguna lágrima por el rabillo de su ojo. Tendría que haberlo apartado desde el principio. Era su deber como cristiana y no lo había hecho. Dejó que él viese su vello erizado, dejó que él notara que aquello no le resultaba desagradable. La presión en su estómago se hizo aún más intensa.

Murad dejó de hacer fuerza contra ella abandonando su cuerpo apoyado en la columna, con los ojos brillantes, la respiración acelerada y, aunque libre de su imposición, no podía moverse.

El amo dio unos pasos atrás en silencio y sin dejar de mirar a su esclava. Luego se giró y lo vio marcharse por el pasillo que llevaba a la entrada de la casa. Enseguida María miró a su alrededor, comprobando desesperada que nadie hubiera visto lo ocurrido, puesto que la avergonzaba sobremanera aquella situación. Apartó la cabeza del mármol lentamente. El mareo y la fatiga le impedían moverse con facilidad. Se sentía muy pesada y lenta, su respiración continuaba acelerada y el pecho le producía tal presión que le dolía, como si Murad aún la apresara con su cuerpo. Se inclinó hacia los arbustos, no pudo contenerse más y vomitó.

***

Corría desesperada por las calles de Argel. No sabía a dónde ir ni a quién acudir. No buscaba a Blanco de Paz ni a Aisha ni a Miguel, ni siquiera a su hijo Julio, tan solo corría y corría como si quisiera atravesar las murallas y huir de aquel infierno. Pero la desesperación iba aún más allá porque no había forma de huir de su infierno, porque no había esperanzas para ella. Tenía más miedo que nunca.

Estaba perdida entre las calles. Sin ser consciente se había dirigido hacia los baños de la bastarda, hacia la fuente donde halló unos días atrás de nuevo la esperanza, hacia la mezquita y la calle de los artesanos que la llevaba hacia el patio donde solía ver a Miguel. Por aquella misma calle accedió a toda prisa, sorteando a moriscos que salían a rezar y a cristianos que buscaban la forma de ganar dinero para comer o liberarse.

Notó un empujón y tropezó con alguien que, sentado en el suelo, estiraba sus piernas. Se precipitó hacia el suelo y cerró los ojos, pero sintió cómo la agarraban. Su frente chocó contra el delgado cuerpo de alguien. María se sobresaltó y miró hacia quien había amortiguado su golpe, pero ya sabía quién era desde que la hubo agarrado tan solo con una mano.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Miguel tirando de ella para apartarla de la concurrida calle y meterla en el callejón que daba hacia el terreno sin edificar, donde ahora bloques de piedra y azulejos le impedían ver el mar.

María jadeaba, sus mejillas estaban encendidas de la carrera, el esfuerzo y el miedo. Miró al esclavo, más delgado que la última vez que lo vio y con aquellas ojeras acentuadas, reflejo del calvario que también tendría que estar viviendo con Dalí y aquel rescate que nunca llegaría.

Él también está atrapado aquí, como yo, como Julio, como la mayoría.

Apretó sus manos con las de él sin decir una palabra, estaba a punto de romper a llorar. Miguel la llevó más hacia el interior del callejón mientras observaba la calle de los artesanos, comprobando que nadie los miraba. El sonido del bullicio quedaba atrás.

—¿Murad? —preguntó, mirando el fajín—. ¿Qué te ha hecho?

María sintió que ya no podía más. Su forma de acceder a la cercanía de Murad, las advertencias del clérigo que pretendía liberarla, su propia angustia, el temor por Julio y la desconfianza respecto a todos. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante el esclavo, cuya historia ya le confió una vez y por el que sentía gran estima, y, sin embargo, no fue capaz de anudar el lazo de lealtad que él le tendió. Pero no había dudado en enlazarse en una alianza con un clérigo que le prometía la libertad a cambio de imponerse como un segundo amo las escasas horas de semilibertad que Murad le dejaba libres y que no hacía más que aumentar sus temores allí dentro. Mirando a Miguel comprendió que el infierno de Argel no se limitaba solo a tener un amo, sino a toda su vida en la ciudad de los esclavos.

Llevaba demasiada carga sobre ella, acercarse a Julio era lo único que le impediría no caer esa vez. Tenía delante a la única persona de las que conocía que sabría de él. Él le había confiado sus secretos, dos secretos que le costarían la vida si ella lo delataba. No la traicionaría a pesar de todo lo que Blanco de Paz le dijera sobre él, no creía que fuera como el clérigo se empeñaba en hacerlo parecer ante ella. No podía ser verdad, por eso le enfurecía y quizás por eso, cuanto más empeño ponía Blanco de Paz en alejar a Miguel de ella, más conseguía que la esclava desconfiara de él mismo. No sabía la razón ni el interés de por qué el clérigo quería alejarla de todos, hasta de Leonor, una humilde esclava sin maldad alguna y con demasiado miedo para subsistir entre aquella maraña de bichos depredadores. Pero, sobre todo, el interés por hacerla odiar a Miguel rezumaba por las palabras del anciano clérigo, sobrepasando a todo improperio que pudiera oírle decir sobre Murad.

***

Miraba a Miguel, sintiendo que la soledad no la llevaría a encontrar la luz en la esclavitud ni tampoco a Julio. Y necesitaba ambas cosas desesperadamente porque la esperanza aún era frágil y su fuerza como madre se iba debilitando a medida que descubría que liberar a su hijo iba a ser complicado. Suspiró, entrecortada, respiración con rebotes que le dejó el llanto que no pudo detener mientras corría espantada.

Cogió aire un momento, necesitaba soltarlo, soltarlo todo de una vez.

—He comprendido que el dominio de Murad sobre mí es mayor del que pensaba. —Su pecho se encogía cada vez que tomaba aire y ni siquiera fue capaz de decir la frase sin detenerse. Miró a Miguel, el llanto regresaba—. Y eso me asusta.

Miguel se inclinó hacia ella. La esclava lo miraba intentando ver algún hilo de falsedad en su expresión preocupada, como le decía Blanco de Paz. Pero no hallaba en él más que humildad y sinceridad.

—He fallado, he dejado que… —Su pecho volvió a encogerse y no pudo hablar.

—No tienes que explicarme detalles —dijo Miguel con la voz tranquila y poniéndole la mano en el brazo.

No podía detener el llanto y volverlo a recordar la llenaba de ira contra sí misma.

—No puedo, no lo entiendes. —Se puso las manos en la cara y la apretó con fuerza.

—Sé que el inquisidor…

—No es eso. —No pudo seguir, el llanto había roto de nuevo y no podía respirar.

Su respiración continuaba haciendo el rebote antes de que el aire llenara sus pulmones, casi no podía contarle a Miguel todo lo que quería. Este la ayudó a apoyarse sobre la pared y levantar la cabeza para que pudiese respirar mejor. Intentó tomar aire de nuevo para hablar, pero su pecho rebotó tres veces antes de pronunciar palabra. Miguel era consciente de su estado.

—Tranquila —le dijo—. No hagas ningún esfuerzo para hablar hasta que estés tranquila. No hay prisa.

María lo miró sin poder hablar. Estaba decidida, necesitaba con desesperación lo que él tenía que decirle y su decisión le abrió un halo de alegría en su interior que empujaba hacia su garganta, haciendo que se lamentara de no haberlo hecho antes. Se sintió estúpida, imbécil y culpable puesto que, de haber sido valiente, ya hubiese encontrado a Julio.

—Miguel. —Pudo decir al fin, aunque ahora le sobrevino el escozor en la garganta que acompañaba a la emoción que había contenido durante más de un año—. Los corsarios me capturaron junto a mi hijo. Él es la razón por la que intenté escapar de Túnez y por la que ahora estoy en Argel. —María sintió la mano de Miguel en su barbilla, el esclavo comenzó a inspeccionar cada parte de su rostro mientras la escuchaba.

En los ojos del esclavo vio que reconocía algo en ella, los rasgos que compartía con Julio, estaba segura de que Miguel los estaba reconociendo en ella. La emoción aumentó el escozor en su garganta y sus ojos se rebosaron de lágrimas de nuevo.

—Mi hijo está aquí, tu amo lo compró. —Y Miguel esbozó una sonrisa al oírla.

—Se parece tanto a ti… No sé cómo no me he dado cuenta antes —dijo y María sonrió, de sus ojos no dejaban de caer las lágrimas. Ahora cálidas y más tranquilas.

Parte del peso que llevaba en su espalda se disipó al anudar la otra parte del lazo que la unía a Miguel. Ahora la lealtad era mutua y si uno de los dos traicionaba al otro ambos caerían en el abismo. De nuevo se sintió estúpida de no haberlo hecho antes. Al quitarse aquella presión que la asfixiaba podía respirar. Su cuerpo se relajó. Miguel apartó la mano de su barbilla.

—Dalí le puso Zahid cuando lo convirtió al islam, pero a él le sigue gustando que yo lo llame Julio —dijo el esclavo y la sonrisa de María se tornó casi en risa cuando escuchó su nombre en la voz de Miguel, pero enseguida fue consciente de sus palabras y entristeció.

—Lo han convertido ya —dijo, decepcionada.

—Lo normal es esperar a que sean mayores, pero Dalí suele convertirlos de niños —explicó Miguel—. Estuve con él todo el tiempo. No es ningún cobarde.

María dejó resbalar su espalda por la pared hasta el suelo, sentía el cuerpo pesado, una pesadez que la adormilaba. Miguel se acuclilló frente a ella.

—¿Cómo está él? —preguntó, temiendo la respuesta—. ¿Cómo lo trata tu amo?

Miguel tomó aire y le puso la mano en el hombro. María escuchó con atención, lágrimas y a veces risas al oír todo lo que Miguel le contó de su hijo. Conoció el porqué de la sensación cuando tocó con sus manos el barco de cañas que él había hecho y hasta se sorprendió de las cosas que Miguel conocía de ella misma a través de las palabras de Julio. Se aterró cuando supo de las intenciones de Dalí respecto a él, ya que no servía para soldado ni *gazi*. Miguel fue sincero con ella en todo, tanto en el ingenio y las habilidades de Julio, como es sus debilidades, el trato que le profesaban el resto de niños y, últimamente, el del propio Dalí. Su interior se enfureció al escucharlo.

—Mañana —añadió Miguel—. Le diré a Elena que te deje salir antes del *azalá* y podrás verlo, pero no te podrás acercar a él todavía.

María frunció el ceño, estaba impaciente, había esperado demasiado. Un día más le parecía

una eternidad ahora que sabía que él estaba cerca.

—Te prometo que esta semana estarás con él —le dijo—. Confía en mí.

Confiaba en él, una sensación que no entendía que pudiera sentir en medio de aquel telar de arañas en el que se convertía la vida en Argel.

27

6 de septiembre de 1578. Argel

Por mediación de Santiago, Aisha, o Elena, como Miguel la llamaba, sin hacer preguntas ni pedir explicaciones la dejó salir a la hora acordada. El hecho de que Murad no se encontrara en Argel le permitió disfrutar plenamente de la ilusión de ver a Julio aunque fuera de lejos y sin poder acercarse a él.

Se dirigió por otro camino y no por el de los baños para evitar cruzarse con Blanco de Paz pues, una vez que la encontraba, no la dejaba ir, reteniéndola con preguntas y conversaciones absurdas.

Recorrió el mismo camino que hizo cuando echó a correr la tarde anterior y, aunque el camino era bastante más largo que el de los baños, se le hizo aún más eterno por la ansiedad de saber lo que le esperaba al final.

Llegó hasta la fuente donde la esperaba Miguel. Este apenas se acercó María, se metió en la calle de los artesanos y en la esquina giró hacia el callejón estrecho donde la esperó a que llegara a paso apresurado.

—Prométeme que no gritarás ni echarás a correr —le pidió y María asintió con el corazón acelerado. No creyó ser capaz de cumplir su promesa si su hijo estaba cerca. Pero haría lo que estuviera en su mano.

Miguel la cogió de la mano llevándola hasta el final del callejón. Solo podía ver frente a la calle el terreno sin edificar y los bloques apilados. Estaban casi en la esquina. Miguel la cogió por los brazos, o al menos con el que tenía la mano útil, y la hizo apoyarse en la pared. Luego se asomó por la esquina del callejón.

María sentía en el estómago el mismo vértigo que cuando se asomaba por la cima del monte. Solo que esa vez aquel vértigo no le producía malestar, tan solo nerviosismo e ilusión. No podía creer que Julio estuviera allí. Le brillaban los ojos tan solo de pensarlo.

Miguel le indicó con su mano derecha que se acercara y ella se situó tras él. El esclavo la miró con una sonrisa que hizo a María comprender que Julio estaba allí. Se apartó y, poniéndole la mano en el hombro, para sujetarla si hacía falta, supuso, la dejó asomarse.

María se inclinó hacia la esquina con su cara tan pegada a la fachada que pudo notar en su nariz el desagradable olor a cal. Levantó sus ojos hacia el terreno en obras que había ante ella y vio sobre una de las pilas de bloques de la obra a un niño de tez tostada y pelo rapado. Tenía la cabeza baja, sus ojos se dirigían a sus propias manos, con las que, atareado, daba formas a unas cañas. Sus enormes pestañas no le permitieron ver sus ojos ni falta que hacía, aquel niño era su hijo, el que le arrebataron y vendieron delante de sus ojos, el que decían que nunca iba a volver a ver.

María sonrió, pero enseguida apretó los labios sin poder retener el escozor en la garganta que iniciaba el llanto. Cuánto se equivocó en aquellos catorce meses de esclavitud lejos de él. Dios no la había abandonado en su búsqueda, nunca lo hizo. Estuvo con ella para que pudiera soportar los quince latigazos que la llevaron hasta la antesala del infierno, en medio del mar, para que el mismísimo demonio la viera y la llevara con él. No tenía dudas, Dios no la había abandonado, tan solo la había dejado caer en el abismo para que pudiera llegar hasta los cimientos del infierno porque era allí donde se encontraba su hijo Julio.

Y su llanto aumentó, recordando los días encerrada en aquel habitáculo, o pequeña casa de Mohamed a la que llamaban baño, cuando ni siquiera sabía a dónde se lo habían llevado, cuando dudaba de poder cumplir la promesa de encontrarlo. Pero lo había conseguido, no debía mirar atrás, todo aquello no había sido en vano, cada lágrima, cada dolor, cada esfuerzo, cada vez que luchó por tan solo respirar, en tierra o sobre el mar, en barcos corsarios o de piratas españoles, soportando latigazos o arrastrando cadenas. Nada había sido en vano y lo hubiese soportado mil veces más si eso la hubiese llevado hasta Julio.

Miguel estaba tras ella sin dejar de sujetarla. Sin embargo, notó cómo el esclavo apretaba su mano. María se sobresaltó, un grupo de niños se acercaba a Julio, eran tres. Miguel tiró de ella para meterla de nuevo en el callejón, pero María se resistió. Uno de ellos lanzó una piedra a Julio, pero esta cayó en uno de los bloques que lo rodeaban. El niño agarró la piedra enseguida y la lanzó al grupo, acertando sobre la cabeza de uno de ellos. Se oyeron gritos, uno de los tres pequeños agarró los pies de Julio y lo tiró al suelo desde lo alto de la pila de bloques y se enzarzaron en una pelea.

Miguel no dejaba de tirar de María, pero esta se resistió y se liberó de él. Se dispuso a correr desesperada en ayuda de Julio, que estaba en suelo entre golpes y patadas. Miguel la alcanzó a menos de un metro, se oyó una voz de hombre gritar. Dalí Mamí salió de la casa y dando voces espantó a los niños que pateaban a Julio, que enseguida se colocaron en fila. Uno de ellos le enseñaba la cabeza al amo y este miró a Julio.

María dio un grito aterrada por la escena. Miguel logró meterla de nuevo en el callejón, agarrándole la cara para que no volviera a mirar. Pero ella, entre lágrimas, volvió a asomar la cabeza y vio a Dalí Mamí llevar de un brazo a Julio hacia el interior de la casa de una forma que ella conocía muy bien, así como la escena que vendría después.

Miguel consiguió hacerla entrar en el callejón de nuevo. María estaba encendida, sus mejillas se habían enrojecido de furia y se mordía el puño con fuerza.

Había caminado sobre océanos de fuego para llegar hasta él, pero eso no había sido suficiente. Eso no era nada comparado con lo que tendría que hacer a partir de ahora. Había cumplido su promesa, pero esta no cambiaba la suerte de Julio, puesto que podían maltratarlo delante de sus ojos y ella no podía hacer nada para impedirlo. Le habían arrebatado a su hijo y el simple hecho de encontrarlo no se lo devolvía, no era suyo aún, sino del amo, igual que ella misma pertenecía a Murad.

Miró a Miguel, desesperada. Todo el tiempo había contemplado tan solo la idea de encontrarlo, ahora llegaba lo peor, eso que no quiso meditar tantas veces y, sin embargo, era lo más importante. Tenía que sacar a Julio de Argel como fuera.

Cerró los ojos con los párpados doloridos, acababa de encontrar a su hijo y la felicidad tan solo le había durado un instante porque aquello no cambiaba las cosas. Dejó caer su cuerpo hacia el esclavo y este la abrazó.

—Tengo que sacar a Julio de aquí —le susurró—. Tengo que sacar a Julio de aquí como sea.

Miguel no respondió. Con una de sus manos, la derecha, le acariciaba la cabeza. Nada podría producirle mayor dolor en aquel momento que el que sentía en su interior, el de la decepción, de nuevo el sentimiento de culpa, de impotencia como madre, el de volver a fallarle a Julio. Y se preguntó en cuántas situaciones como aquella que acababa de presenciar, Julio se vio solo ante su amo, sin nadie que pudiera defenderlo. Tantas como ella se vio ante los suyos. La esclavitud vivida en soledad con tan solo ocho años.

No estaba solo.

Alzó la cabeza hacia Miguel, ahora no solo sabía qué había sido de Julio, sino que alguien estuvo cerca de él y estaba segura de que Julio no habría podido tener mejor compañía. Aunque nada se pudiera hacer en contra de los amos, un amigo, una alianza, una amistad, cualquier tipo de apoyo dentro del infierno era una luz en la oscuridad de la esclavitud. Le estaba tremendamente agradecida a aquel tullido que la casualidad o la fortuna puso cerca de los dos. Alzó su mano hasta la mejilla de Miguel.

—Gracias —le dijo. Y dejó caer de nuevo su cara sobre el hombro del esclavo.

—Aún no sabe nada —dijo Miguel—. Le he prometido llevarlo a la *atarazana*, pero lo llevaré a la caseta adonde acompañas a Aisha.

María abrió los ojos. Miguel conocía los encuentros de Aisha y Santiago en la caseta.

—Mañana —le dijo—, después del *azalá*. Elena se encargará de que llegues a tiempo.

—¿Ellos lo saben? —preguntó María.

—Ya te he dicho que todos tenemos secretos, pero solo uno decide a quién confiarlos. Te ayudarán en lo que necesites sin hacer preguntas, tal y como haces tú. Son los tratos de Argel.

¿Y qué forma de tratar le estaba enseñando Blanco de Paz, que solo sabía preguntar hasta el roce de la incomodidad? Que le ofrecía su ayuda a cambio de una especie de sumisión, la imposición de estar cerca de él, tan solo de él.

Levantó la vista y lo vio allí, con su tez blanca casi mortecina, cubierto de trapos negros. María se sobresaltó y se apartó de Miguel enseguida, nerviosa, casi temerosa. Miguel se sorprendió de su reacción y miró hacia la esquina que comunicaba el callejón con la calle de los artesanos. Pudo apreciar al clérigo marchándose en dirección al patio.

María cerró los ojos. Ahora Blanco de Paz, su única esperanza para sacar a Julio de allí, estaría completamente furioso.

—María —le dijo Miguel, que enseguida se dio cuenta de la incomodidad de la joven—. ¿Él lo sabe?

—Solo lo sabes tú —le respondió ella.

María miró hacia un lado, no sabía por qué la aterraba tanto que el inquisidor se pudiera enfadar, quizás furioso no gestionaría la redención. Dio unos pasos hacia la esquina.

—Estaré en la caseta mañana tras el *azalá* —le dijo, alejándose—. Tengo que hablar con el inquisidor.

***

Blanco de Paz no se encontraba en el patio, así que se dirigió hacia los baños y ya desde la fachada de la casa de Ari Morato pudo apreciar la sotana negra del clérigo. La estaba esperando, qué otra cosa si no hacía allí parado en medio de la multitud. Al verlo se sintió avergonzada, como si de algún modo hubiese traicionado la confianza del clérigo inclinándose hacia Miguel para confiarle su secreto. Pero lo hizo tal y como lo sentía y Blanco de Paz, a pesar de que le ofrecía el más preciado regalo y el que más deseaba, no le daba mayor confianza que un musulmán. Su única lealtad hacia él era el miedo a que desistiera de su ofrecimiento, ya que necesitaba esa redención desesperadamente.

—Ya no te esperaba por aquí —mentía, claro que la estaba esperando.

—Ya regresaba a casa, ¿me acompañas? —pidió la esclava.

El monje asintió y anduvo silencioso junto a ella.

—Murad ha partido —comenzó ella, ya que veía que el clérigo no decía nada y eso aumentaba su nerviosismo.

—María —dijo él—, no es Murad lo que me preocupa ahora mismo respecto a ti. —María se sobresaltó, que al inquisidor no le preocupase su amo la tranquilizó sobremanera. Era Murad el único que podría ponerla en un aprieto ante la Inquisición.

—Es tu… amistad con ese esclavo —añadió con cierto tono irónico que ofendió a la joven—. Algo que realmente no esperaba de ti.

María, entre ofendida, ruborizada y avergonzada, no supo qué responder. Ahora el clérigo pensaba que ella andaba de romances con el esclavo. Nada más lejos de lo que realmente ocurría. Pero no podía explicárselo sin revelar lo de Julio.

—No es una persona de fiar —le dijo—. Y no puedo confiar en nadie que esté cerca de él.

—¿Por qué no es de fiar? —preguntó María ya cansada de la postura del clérigo respecto al esclavo.

—Porque tú no conoces nada de los entramados que se tejen en Argel y yo sí. —Sacó un sobre del bolsillo de su sotana—. No puedo confiar en ti si tú sigues rondándolo, ¿me entiendes? Elige bien de qué parte estás.

—¿Debo elegir? Pensaba que todos estábamos en el mismo bando. Todos somos esclavos, tanto tú, como él y como yo —respondió y el inquisidor negó con la cabeza.

—Te lo diré más claro aún. —Sacudió el sobre con la misiva de la redención—. Si quieres la liberación, no vuelvas a acercarte a él. Haré como si no hubiese visto nada hoy.

Si no has visto nada.

María apretaba los puños.

—Además —añadió—. Es por tu bien. Si Murad se entera de que lo rechazas y que andas con un esclavo se enfurecerá hasta límites que no puedes imaginar.

Pero si todo es mentira.

Aun así, sintió que acababa de caer en la tela de una gran araña y que le iba a costar escapar.

—No vuelvas a acercarte a Miguel y en poco tiempo serás libre. —Volvió a enseñarle el sobre entre sus alagados dedos y se marchó.

28

7 de septiembre de 1578. Argel

Tal y como le había dicho Miguel, Aisha no hizo preguntas aquella tarde. Ya sabía que María tenía que salir temprano y en cuanto Thamir la llamó para que se dirigiera a casa de Jafar, Aisha le dijo que podía marcharse.

Jafar no se encontraba allí, llevaba ya unos días de viaje, quizás por eso Aisha se atrevía a encontrarse con Santiago. Jafar era terrible con los esclavos y con sus esposas y el silencio seguía reinando en la casa en su ausencia.

La joven llegó hasta el jardín, era un día soleado. Lo atravesó y llegó hasta el foso, que bordeó con una ilusión que no recordaba desde que hizo el camino hacia la iglesia el día que se casó con el difunto Julio.

Las amenazas de Blanco de Paz no le importaron. ¿Cómo no iba a volver a acercarse a Miguel si aquello significaba no acercarse a Julio? Odió a Blanco de Paz por su imposición casi tanto como a los corsarios. Solo debía permanecer junto a él por la redención, nada más tendría que hacerle creer que lo obedecía. Nada más. No le debía lealtad, no estaba atada a él por ninguna razón. Y eso le hacía sentir lejos de su control.

***

Seguía al esclavo mientras pasaba su mano sobre la pared del muro.

—Miguel, ¿a dónde vamos? Esto no es la *atarazana* —preguntó el niño decepcionado.

—Te he dicho que no hagas preguntas —respondió el esclavo.

—Me estoy poniendo nervioso —dijo, cogiendo un limón podrido que estaba en el suelo y lo lanzó al foso.

—Si pudieras cumplir un deseo —le dijo el esclavo—, ¿cuál sería?

—Supongo que…

—No lo digas. —Miguel se detuvo en la puerta verde de una casetilla y la abrió—. Entra aquí.

—¿Qué hay dentro? —Julio se asomó. Dentro estaba oscuro y pudo apreciar sacos de trigo apilados a un lado, algo de fruta, pan y algunos sacos de arroz. El niño se giró hacia el esclavo—. ¿Para qué me has traído aquí?

—Confía en mí. —Miguel entró tras el niño.

***

Al fin pudo apreciar la puerta verde tras los limoneros y corrió hacia ella. Desconocía si Miguel le había dicho ya al niño que ella estaba allí. Llamó a la puerta con la mano temblorosa y el corazón a punto de estallar.

La puerta se abrió y Julio estaba frente a ella. Sus ojos y los de su hijo se encontraron. Julio tardó unos segundos en reaccionar y lo hizo con un grito que resonó en toda la caseta. Corrió a abrazar a su madre, rompiendo en un llanto que hizo que al propio Miguel le brillaran los ojos.

—Mi niño, mi pequeño Julio. —María estaba inclinada hacia su hijo. Apenas podía

pronunciar palabra, tan solo apretarlo con fuerza contra su pecho por todas aquellas veces que no había podido hacerlo, por todas aquellas noches que el dolor de la pérdida la llevaba al límite de la existencia, haciéndole desear la muerte. Lo apretó con fuerza mientras su pecho ardía de la alegría de volverlo a tener con ella y el orgullo de haberlo encontrado. Todos aquellos miserables que los separaron por un puñado de monedas y que los sometían a base de cadenas y látigos no tenían ni idea de hasta qué límite pueden estar unidos una madre y su hijo.

—Me has encontrado. —Al pequeño le costaba hablar. María le limpiaba las lágrimas de sus mejillas enrojecidas.

—Y buscaré la manera de sacarte de aquí. —Lo apretó de nuevo contra ella. El pinchazo constante en lo más profundo de las entrañas regresaba en cuanto consideraba la forma de cumplir la siguiente cosa que se había prometido. Miró a su hijo y volvió a limpiarle las lágrimas —. Volverás a ser libre y harás todas esas cosas que siempre quisiste. Confía en mí.

Julio asintió. Miró a su madre y le apartó el pelo de la cara, a ambos lados, comprobando que sus orejas estaban en su lugar.

María, aún con lágrimas en los ojos, rio al comprender por qué lo hacía. Ya Miguel le contó lo que Julio temía.

—¿Qué hicieron contigo? —preguntó el niño acariciando la cara de su madre. María comprendió que también Julio se hacía preguntas sobre ella durante todo el tiempo que habían estado separados, los amores verdaderos siempre son recíprocos.

María le contó todo lo que había ocurrido desde que viera cómo vendían a su hijo en el mercado de esclavos bajo la atenta mirada del esclavo Miguel, que permanecía apartado y silencioso, casi como si no estuviese presente, pero contagiado por la emoción de todo lo que ocurría en el reducido espacio. María obvió alguna parte del relato, como el abuso de los piratas españoles o los latigazos de Mohamed, que solo definió como castigo, aunque Julio insistió en verle la espalda y esta lo revelaba todo.

También pidió a Julio silencio respecto a ella por el temor de que llegara a los oídos de Murad su existencia. Si el amo se enteraba, nunca podría hacer nada para sacarlo de Argel.

Salieron de la caseta. La hora de la despedida fue triste, pero después de todo lo que había quedado atrás la esperanza lograba eclipsar toda pena.

María besó a su hijo y lo empujó hacia Miguel. Luego dirigió su mirada hacia el esclavo, sin decir nada él logró comprenderla y puso su mano sobre el hombro del chico. María se alejó a través de los árboles, dejándolos allí, donde volvería tan pronto como pudiera a reencontrarse con Julio.

***

Regresaba junto al esclavo, siguiendo la muralla, hacia la casa de Dalí Mamí.

—¿Era el deseo que pediste? —preguntó el esclavo.

—Primero pensé en la libertad, pero, sí, luego pensé en ella. Prefería verla a ella antes de ser libre. —Bajó la cabeza—. Ni siquiera sabía si estaba viva.

—Pues está viva —respondió el esclavo—. Y conserva las dos orejas. —El niño rio, pero enseguida entristeció.

—Ella dice que va a sacarme de aquí —dijo—. No que saldremos los dos. —Miguel también había caído en eso, pero no esperaba que el niño lo hubiese apreciado.

—Ella solo promete lo que sabe que puede cumplir —añadió—. Sabe que ella no podrá ser

libre. —Miguel le sacudió la cabeza.

—Ayer mismo pensabas que ella no vendría nunca —lo animó—. No pierdas la esperanza. Todos saldremos de aquí. —El niño lo miró sin creerlo, luego volvió a mirar al suelo y pateó una piedra.

—¿Has visto como no mentí? —le dijo el niño—. Te lo dije, la más guapa de todas. —Miguel sonrió—. Por eso su amo no la dejará libre. —Cogió una piedra y la lanzó contra la muralla—. Murad Rais, el Grande, no sé cómo va a escapar de él. —Miguel se acercó al oído del muchacho.

—Con ayuda —le susurró.

—Entonces no saldrá nunca de Argel —respondió el niño—. No acepta que nadie la ayude. Es testaruda, más que un burro o una mula. —El esclavo rio.

—La esclavitud cambia a las personas —añadió el esclavo—. Sin ayuda no habría llegado hasta ti. Tu madre no ha dejado de tratar desde que embarcó hacia Constantinopla.

Miguel era consciente de que, en alguno de esos tratos, María se estaba equivocando, pero eso no podía decírselo a Julio.

Julio le cogió la mano más cercana a él, la inútil.

—Creo que a ella se le ha olvidado. —Lo miró de reojo—. Gracias. —El esclavo colocó su otra mano encima de la del pequeño y la apretó.

—Tengo una duda —dijo—. ¿Entonces fuiste tú quien la enseñó a leer? —El niño comenzó a reír.

29

18 de septiembre de 1578. Argel

Habían pasado varios días desde la partida de Murad. María era consciente de que en cualquier momento regresaría. Por eso se había encargado de ver a Julio todos los días que le fueron posibles. Miguel, siendo conocedor también de que la inminente llegada del amo le dificultaría los encuentros, puso todo de su parte para que madre e hijo se encontraran casi a diario.

En los últimos días, María había evitado a Blanco de Paz. Sin embargo, aquella tarde, ante la imposibilidad de ver a Julio, había decidido visitar al clérigo y ver qué podía decirle sobre la redención. Al menos una fecha aproximada.

El clérigo continuaba distante con ella, desconfiado incluso. No había vuelto a nombrar a Miguel en su presencia y eso no era normal en él, que solía nombrarlo en cuanto tenía ocasión. Era como si de alguna forma supiese que María seguía viendo al esclavo y en cierto modo era verdad. Ella se encontraba con Miguel todos los días por una causa que no pensaba explicarle al inquisidor hasta bien llegado el momento de la redención.

Blanco de Paz estaba en los baños, como siempre. Desde que la hubo apartado de Leonor, o más bien desde que la esclava notó la amistad de María con el clérigo, rehusaba que la acompañara a la comunión. Tampoco sabía la razón del cambio de la esclava respecto a ella, quizás el miedo a que María pudiera revelarle al comisario inquisidor los pensamientos que tenía con respecto al amo. La pobre muchacha continuaba con su lucha interna aunque ya con menos intensidad, puesto que cuanto más a menudo la asaltaban los sentimientos sobre su amo menos le importaba la religión. María pudo comprobar, delante de sus ojos, una manera más de cómo una humilde y devota cristiana podría llegar a la conversión, puesto que todas las veces no era por presión o imposición, sino por voluntad propia. Y no era extraño que una esclava pudiera llegar a enamorarse de su propio amo, aún menos cuando ese amo era precisamente Murad.

Llegaba a los baños del rey, donde solía estar Blanco de Paz. No tardó en encontrar sus negros ropajes entre un grupo de esclavos. Discutía algún tema con ellos a juzgar por el movimiento de sus manos.

María se situó cerca para que él la viera. El clérigo no tardó en aproximarse a ella y colocar su mano sobre su espalda para apartarla de todos.

—Llevas días sin venir —le reprochó—. ¿Qué te ha pasado?

—La esposa de Jafar solicita mis servicios a diario —se defendió.

El inquisidor la miró a los ojos como hacía Murad cuando quería descubrir si decía la verdad.

—Vamos, tengo que hablar contigo —dijo, indicándole un camino que ya conocía. Uno de los lugares favoritos del clérigo. La estrecha calle sin salida donde le gustaba llevar a María cuando quería contarle algo o que ella le revelara cosas que nadie más debería saber.

Llegaron al callejón y María se acuclilló en la fachada que cerraba la calle, cuya forma curva le era cómoda si apoyaba la espalda. Blanco de Paz se sentó junto a ella, tan pegado que María sentía repulsión al roce de su apestosa y polvorienta sotana.

—Como te he dicho otras veces —comenzó—. Me cuesta confiar en ti.

Desde que la viera con Miguel había sustituido los improperios hacia el tullido esclavo por sus dudas respecto a ella.

—Cada vez pasas menos tiempo conmigo —añadió—. Ni siquiera me has preguntado por la

historia que vamos a contar sobre ti.

No podía soportar que hablara de ellos como un conjunto. Tomó aire, todo lo hacía por Julio. «Por tu libertad, hijo, merece la pena hacer todo esto».

—A eso precisamente he venido hoy. —Trató de sonreír—. Quería saber qué habías pensado y cuándo está previsto que podamos salir de aquí. —El clérigo la miró desconfiado.

—María —le dijo—. ¿Has vuelto a ver a Miguel? —Ella negó con la cabeza y el clérigo entornó los ojos—. Júrame por Dios, y ten presente que estás jurando ante un comisario de la Inquisición española, que nunca has tenido tratos carnales con ese miserable.

María se sobresaltó con la pregunta. La vergüenza tuvo que llegar hasta sus orejas porque las notaba arder y su primer impulso fue levantarse y marcharse de allí.

—Lo juro —respondió sin entender el empeño de aquel viejo monje por sus tratos carnales con el esclavo o con su amo.

—Si cometes ciertos pecados aquí —añadió él—, sabes que no podré llevarte conmigo. No me lo permitirían.

María asintió.

El monje se llevó la mano al bolsillo de su sotana. María tuvo que apartarse para que pudiera sacar de él la misiva que siempre le enseñaba.

—La redención está prevista para octubre, pero me han avisado de que se puede demorar meses, o aún más, dependiendo de lo que tu amo pida por ti. —La miró serio y con semblante altivo—. ¿Te das cuenta de lo que hago por ti? Voy a colocarte por delante de otros que llevan tiempo esperando y eso quiere decir que, si tu amo pide una cantidad desorbitada, ellos se quedarán en Argel. Por eso es importante que digamos que una tía tuya, devota allí en Llerena, donde yo estaba destinado, ha pagado por tu liberación.

María asintió.

—Pero solo puedo llevar conmigo a una devota cristiana y nadie, escúchame bien, nadie debe rebatirlo. Así que no des motivos a rumores, aquí son muy comunes, las injurias son gratuitas y entretienen y estas pueden perjudicarte hasta el punto de que no me permitan tu redención. —Miró hacia otro lado—. Eso sin contar con que me pones en una situación delicada con mi propia congregación.

—No te perjudicaré, te lo prometo.

—La única forma de no perjudicarte, de no perjudicarme, es permanecer a mi lado, algo que no haces y que me prometiste. Andas perdida todo el tiempo. —La miró de reojo y sintió el impulso de levantarse. Blanco de Paz le puso la mano en el muslo.

—A partir de hoy, si quieres venir conmigo a España, no faltarás ni un día a verme —le advirtió—. No andarás con nadie más, solo conmigo. E iré a recogerte a casa de Murad o de Jafar todas las tardes y te volveré a acompañar cuando anochezca.

María sintió como si su cara se estampara contra un muro. La invadió el horror y la pena. Ya no solo era Murad, sino un centinela en sus horas libres que le impediría ver a Julio. Eso no podía ocurrir, no podía permitirlo.

—Pero mi amo…

—Tu amo no pondrá impedimento porque soy clérigo y sabe lo que hacemos los clérigos con las jóvenes cuyo amo les ha propuesto renegar —dijo—. No tiene más remedio que aceptarlo.

Alguien apareció en el callejón y María se sobresaltó. Era un esclavo, parecía angustiado. Llamó a Blanco de Paz.

—Aguarda un momento —le pidió a María.

El monje se guardó la misiva en la sotana y se agarró a la pared para incorporarse con gran esfuerzo. María se detuvo en el sobre amarillento y demasiado manoseado de la sotana del clérigo. Entonces, acuclillada y dolorida, se dispuso a sentarse en el suelo, aprovechando el espacio que Blanco de Paz dejaría. No perdía de vista la carta, fue un impulso, casi se avergonzó de la idea que le sobrevino a la mente, pero todo aquello la estaba desconcertando demasiado y, por momentos, dudaba del inquisidor. Tenía que liberar la angustia de todo lo que le proponía o asegurarse de que lo estaba haciendo por un buen final.

Sujetó la carta a la vez que el clérigo se incorporaba, mientras la apestosa sotana le rozaba la cara, y aprovechó el momento para guardar la misiva a su espalda. Observó a Blanco de Paz salir a la calle que cruzaba y girar en la esquina. En cuanto lo perdió de vista se giró hacia la pared. Allí, de espaldas por si el inquisidor se asomaba que no la viera leyendo cartas ajenas, abrió el sobre y desplegó el papel.

La carta no era muy larga así que, aunque leyera despacio, no le tomaría mucho tiempo.

La petición ha sido denegada. No hay posibilidad de pagar tu rescate y no sabemos cuándo podremos pagarlo.

El resto era una oración y mensajes de ánimo de algún monje de su orden.

El pecho comenzó a arderle de una forma tan intensa que dolía, como si estuviese aprisionado contra Murad o contra el mármol. Guardó de nuevo la misiva en el sobre y la puso bajo sus nalgas. Blanco de Paz regresaba.

—Este esclavo también está esperando su redención —le explicó—. Uno de tantos que deberían marchar antes que tú. —Se sentó de nuevo—. Pero que quedarán atrás.

Tenía que marcharse cuanto antes. Acababan de caérsele encima las murallas de Argel, las tres a la vez. La esperanza se había disipado dejándole el vacío y tenía que volver a encontrarla. Y solo había una persona en Argel capaz de devolverle la esperanza de salir de allí. Aquel que le llevaba cada tarde a Julio a la casetilla. Miró el cielo, aún estaba a tiempo de encontrarlo en el patio y contarle todo lo que había descubierto del clérigo. Debía contárselo de inmediato.

—Tengo que irme ya —le dijo.

—Entonces te acompañaré —replicó enseguida el clérigo.

—No —respondió María y el monje se sobresaltó.

—Creo que te lo he dejado claro. —Puso su mano sobre el muslo de la joven de nuevo—. Te acompañaré hasta la casa de tu amo cada día.

María se levantó con rapidez con la misiva en la mano.

—Está todo claro —le respondió, dejando caer la carta sobre las piernas del clérigo.

—Escucha. —Él se levantó con dificultad. Cuando se quiso poner en pie María ya estaba en la esquina del callejón—. Esta carta es antigua. ¡Hay otra!

María se giró hacia él, había leído también la fecha de la misiva, arriba en la esquina superior derecha. No merecía la pena ni rebatirle. Se giró y regresó hacia los baños.

Llegó a toda prisa a la calle de los toldos, buscaba a Miguel por el patio. Lo halló en un grupo de esclavos. También estaban Santiago, el monje Antonio y un italiano del que no recordaba el nombre, pero que solía escribir poesía todo el tiempo a una tal Celia. Y según decía Miguel, con bastante gracia. Se alegró de verlos a todos, como si de una familia cercana se tratase, reacción que no había tenido desde hacía años ni como mujer libre en Zahara ni como esclava en Argel o Túnez.

Llegó hasta ellos y puso una mano sobre el hombro de Santiago y otra en el hombro de Miguel.

—Todo lo que decís sobre Juan Blanco de Paz —les dijo, jadeando por la carrera—, es cierto.

Los cautivos se miraron unos a otros, pero Miguel solo la miraba a ella. La apartó del grupo y la llevó hasta el escalón donde días atrás le había enseñado escritura.

—Me dijo que su congregación le había dado permiso para liberar a algunos esclavos junto con su propia libertad, por eso estuve con él todo el tiempo —le explicó—. Yo sé que mi libertad no es posible, pero pensaba que…

Miguel asintió, entendía a qué se refería ella.

María le relató todo, las exigencias de Blanco de Paz, sus condiciones para la redención y su empeño en alejarla de todos, más ahínco aún en alejarla de él por las sospechas que tenía sobre una relación inapropiada entre esclavos y todas las demás sandeces que el clérigo solía decir sobre ellos, y cómo descubrió la falsedad del monje.

—Tranquila —le dijo Miguel—. Él juega con el miedo, como lo hacen los amos, pero aquí no vale más que tú o que yo.

María le cogió la cara al esclavo.

—Ahora, dime —le susurró—. ¿Cómo puedo sacar a Julio de aquí? —Miguel le apartó las manos.

—Aquí no podemos hablar de esto —dijo—. Y no es algo que debas decidir sin conocer las consecuencias. Piénsalo bien y entonces hablamos.

María asintió. Se oyeron disparos en el bastión. Algún barco llegaba y Miguel miró enseguida a María. La esclava se tocó el fajín y el cuerpo comenzó a pesarle toneladas. Aquel alboroto exagerado solo lo producía Murad, el Grande. Se llevó las manos a las sienes. El leve bienestar que había conseguido los últimos días con Julio cerca se desvanecía. Ahora, con Murad cerca, todo se tornaba a aún peor.

***

Evitó pasar por los baños y decidió tomar el camino de la fuente hacia casa de Murad, no quería volver a ver a aquel clérigo miserable y aprovechado que lo único que buscaba era la compañía de una joven y a saber qué más. De ahí su empeño en que ella le revelara detalles íntimos que nada tenían que ver con la religión.

Caminaba a prisa sin dejar de oír los vítores con el nombre de su amo, lo que la ponía aún más nerviosa de lo que ya estaba. Se metió en una estrecha calle, de tantas que formaban la colmena que era Argel, y se dispuso a atravesarla. No había llegado hasta la mitad cuando se dio cuenta de que se abría un callejón en ella, tal y como lo hacía la calle a la que la llevaba Blanco de Paz. Acaba de confundirse de camino, tan solo había visto una calle así en Argel, la del clérigo, y eso se encontraba al otro lado, hacia el barrio judío. Se detuvo a pensar si seguir adelante o volver sobre sus pasos hasta encontrar el sitio concreto donde se había confundido. Entonces oyó unas voces en sabir.

—Podemos quedarnos con toda la mercancía —decía uno.

—Pero va a ser imposible entrar en su casa —dijo otro.

—No es imposible. —Una tercera voz.

—Yo creo que sería mejor el veneno y no así, de golpe.

—¿Veneno? ¿Y si no lo toma él?

—No, nos arriesgaremos a que viva. Entramos, lo matamos mientras duerme y cuando llegue el barco con la mercancía nos quedamos con todo.

—Pero Ari es listo, seguro que habrá dado cuentas de lo que viene de Constantinopla.

—Claro que las ha dado, nos las ha dado a nosotros. —Se oyeron risas—. Tiene que ser en estos días, el barco está al llegar. Y Ari Morato no desconfía de nosotros.

María fue dando sigilosos pasos hacia atrás hasta que se giró y echó a correr. Tenían que ser renegados nuevos, estaba segura, los renegados más antiguos hablaban turquesco, como lo hacía Murad con los suyos, y estos hablaban en sabir.

Comenzó a sortear calles mientras pensaba qué hacer con lo que había escuchado. Podía olvidarlo todo, nadie la había visto, ni siquiera ellos. Pero hablaban de Ari Morato, el único de los turcos que conocía que merecía vivir, según su opinión. Precisamente tenía que ser él, el único que la trató con respeto, que se atrevió a reprender a Murad el Grande por su reacción con ella. Resopló. Tenía que avisarlo, pero ¿cómo iba a atender un hombre tan importante a una simple esclava?

Aisha, la mujer de Jafar, a ella sí que la escucharía. Aumentó su carrera de forma desesperada.

***

Aisha la había llevado hasta Morato. Sin hacer preguntas, como siempre hacía, sin más explicaciones, un «necesito» y ella hacía todo lo que estuviese en su mano para ayudarla.

Ari Morato las recibió en cuanto supo que la mujer de Jafar tenía algo importante que comunicarle. Morato estaba en pie junto a ellas con su ya conocido semblante de hombre sensato y justo.

—Gracias por recibirnos —le dijo Aisha tras su velo azul de puntillas blancas—. Pero es esta esclava la que tiene que hablar contigo. Desconozco la razón, pero confío en que es de suma importancia.

Ari Morato miró a María que, cabizbaja, esperaba la respuesta del mercader.

—Pero es esclava de Murad. —Se extrañó—. ¿Por qué la traes tú?

—Gozo de los servicios de María gracias a la generosidad de su amo —se excusó—. Y te aseguro que es de mi total confianza. Apoyo lo que tenga que deciros, sea lo que sea.

Ari asintió convencido por la explicación.

—María. —La llamó el mercader—. Acompáñame al jardín.

La esclava lo siguió por el pasillo hasta unas columnas de mármol como las que tenían Murad y Jafar antes de llegar al jardín. María levantó la cabeza. El jardín de Ari Morato era diez veces más grande que el jardín de Murad, con tres fuentes formando un triángulo en el centro y setos y árboles rodeando el entorno. Comenzaba a anochecer. Tenía que apresurarse a contarle a Ari Morato lo que había oído porque el rezo estaba a punto de comenzar.

—Regresaba a casa de mi amo esta tarde —comenzó—, cuando los disparos de los bastiones aún sonaban, y escuché unas voces en sabir en un callejón sin salida.

Los ojos de Ari Morato se abrieron llenos de interés.

—No sé quiénes eran, pero hablaban de un barco que llegaría de Constantinopla y que nadie,

salvo ellos, sabía que vendría. El barco es suyo, creo.

Se puso nerviosa y no supo cómo seguir.

—Continúa, por favor —pidió el hombre.

—Planean su muerte en unos días para quedarse con el barco. Discutían, uno de ellos pensaba que era mejor con veneno, pero el resto, creo que eran tres, decía que mejor asesinarlo aquí en su casa mientras dormía.

La esclava mantuvo todo el tiempo la mirada hacia el suelo. No podía ver la expresión de Ari Morato.

—Si lo que me cuentas es cierto —respondió—, y según las palabras de Aisha no lo dudo, me has hecho un gran favor viniendo a verme. Además, te arriesgas a que ellos sepan de tu aviso y tomen represalias contra ti.

María levantó la cabeza hacia él.

—De ser cierto —continuó—, y lo sabré en unos días, no debes de temer nada de ellos porque serán sentenciados a muerte.

María asintió.

—Y yo te recompensaré.

María frunció el ceño. Su libertad no sería posible, aunque podía pedir la libertad de Julio. Un leve cosquilleo de temor le recorrió el cuerpo. Si pedía a Ari Morato la libertad de Julio, Murad se enteraría enseguida. Y Murad sería capaz de hacer cualquier cosa para someterla a sus deseos.

—Tu amo es afortunado —añadió—. ¿Te ha propuesto ya renegar?

María cerró los ojos.

—No me digas más. —Levantó una mano hacia su mejilla—. Debe estar muy enojado.

Miró el cielo, oscurecía por completo.

—Regresa, a prisa —le dijo—. Pronto iré a visitar a Murad.

***

—¡Thamir! —dio un grito a pesar de saber que su más leal hombre estaba cerca. Solo tres cristianas lo recibían en la entrada de la casa.

Dos comerciantes lo acompañaban y se hicieron a un lado cuando Murad gritó. Sumaya estaba al otro lado de la pared contraria a los esclavos y lo observaba con atención.

Thamir se puso a su lado.

—¿Dónde está María? —Murad ni siquiera lo miraba, seguía recorriendo a sus siervos uno por uno.

—No ha vuelto aún —respondió.

—Es tarde —continuó Murad y miró a su amigo de reojo.

Thamir levantó la barbilla.

—Nunca suele llegar tarde —respondió él y Murad apretó los labios.

Sumaya dio unos pasos hacia Murad.

—Tu nueva esclava llama la atención en Argel tanto como su amo —intervino la mujer y Murad levantó los ojos hacia ella—. Pero, tranquilo, nadie se atrevería a robártela.

Sumaya rodeó a los corsarios y se asomó a la calle a través de la puerta. Murad ordenó a Thamir llevarse de allí a los esclavos y acompañar a los mercaderes hacia uno de los salones.

Sumaya seguía mirando hacia la calle.

—La esclava de ojos grises suele pasear a diario por Argel con una prenda de Murad Rais, el Grande —dijo Sumaya, Murad comprobó que la joven no tenía pensamiento de irse. Él no la había mandado a llamar, así que no había otra explicación a su presencia que algo quería contarle a su llegada. Sumaya al fin se giró hacia él—. Un honor que un amo otorga a sus siervos más leales, supongo.

Murad apretó los dientes. María no aparecía y Sumaya quizás sabía algo de ella. La ira comenzó a invadirlo, ningún esclavo debía infringir el horario establecido nunca. Las consecuencias eran graves.

—Solía ir a diario a confesarse con un clérigo inquisidor —continuó Sumaya—. ¿Es un alma en peligro, Murad? Los inquisidores solo dedican tanto tiempo a cristianos cuya debilidad es grande. —Ladeó la cabeza, Murad seguía en silencio—. Pero últimamente ha abandonado sus obligaciones cristianas por la compañía de un esclavo tullido. Un noble propiedad de Dalí Mamí.

Le ardía el pecho, un ardor solo equiparable a lo que le producía el alistamiento de los barcos cristianos antes de su orden de bombardearlos. Cuando saltaba hacia el barco contrario para combatirlos.

—Claro que no le has propuesto renegar —añadió—. ¿Quién rechazaría la grandeza de Murad Rais, prefiriendo a un esclavo inútil de una mano? —negó con la cabeza.

Contuvo la respiración, reprimiendo sus ganas de gritar, echar a Sumaya de allí y mandar a Thamir a buscar a María. La mujer volvió a mirar hacia la calle, satisfecha porque María no aparecía.

—Cada acto de un esclavo es responsabilidad de su amo. —La oyó decir—. Y el castigo de tu deseada esclava tendrá que ser ejemplar.

En los pliegues de sus ojos pudo ver la satisfacción al decirlo. Solo deseaba ver entrar a María en la casa y que tuviese una buena excusa para su retraso. O no le quedaba más opción que castigarla. Era la ley, la regla que todos debían de cumplir como amos.

***

El rezo se oía cuando aún estaba en la calle. Aisha había tenido que detenerse a orar, pero ella regresaba a toda prisa a casa del amo. Ya habían cesado los rezos cuando llegó. La puerta estaba abierta y Thamir esperaba en ella.

—¡*Babá*! —gritó a Murad y ella quedó paralizada en cuanto Murad apareció en el pasillo.

No se había dado cuenta de que Thamir la sujetaba, impidiéndole la entrada a la casa. Murad le dio orden de que la dejara entrar.

—Me gusta que todos mis esclavos reciban al corso cuando regreso de un viaje. Y me gusta que todos mis esclavos cumplan mis normas —le dijo el amo. María se detuvo ante él—. ¡Todos! —La esclava se sobresaltó.

Murad comenzó a rodearla mientras que sus ojos, llenos de ira, observaban cada parte de su cuerpo como si estuviese pensando en qué parte de él golpearla. Una vez a su espalda, la agarró por las cintas que anudaban el fajín verde que llevaba en su ausencia y tiró de ellas para que María lo siguiera hasta el patio.

—No permito que ninguno de mis esclavos falte a su horario impuesto. —La empujó hacia el jardín. Se giró para mirar a Murad, aterrada—. ¡Thamir! —María nunca lo había visto tan enfurecido. Su grito retumbó en toda la casa.

Vio a las cristianas agolpadas tras el amo, contagiadas por el pánico, aunque curiosas por ver qué iba a ocurrir con María. Dos hombres salieron de uno de los salones y la miraron con curiosidad. En una de las columnas cercanas al jardín había una mujer morisca, sería una de las amigas de Murad de las que le hablaban las cristianas. La miraba altiva, soberbia, una mirada parecida a la de Murad, supremacía de los que tejían los más fuertes hilos de Argel.

Thamir llegó rápido, no pudo detenerse mucho en ella. El corsario portaba las cadenas que María reconoció enseguida, un látigo y un palo. Se sacó un cuchillo de su cinto que también le entregó al amo. Eran las consecuencias de su tardanza.

María miraba a las esclavas intentando encontrar en ellas tan solo una mirada compasiva. Pero ellas solo temían por ellas mismas.

Se dio cuenta de nuevo de que ser esclavo no solo consistía en servidumbre, sino en obediencia y soportar las consecuencias si esta fallaba. No era la primera vez que recibía un castigo, así que se dejó caer hasta el suelo. En aquellos momentos era inútil buscar la luz, la luz no servía cuando los amos golpeaban, tan solo la resistencia física podía salvarla. Recordó a Dios, ahora que su fe había regresado, y le pidió resistencia. Tenía que seguir resistiendo para poder salir de allí.

Murad se giró hacia las esclavas.

—¡Fuera de aquí! —les gritó—. O las próximas seréis vosotras.

Las cristianas huyeron espantadas entre sollozos. La amiga morisca de Murad seguía observándola con superioridad, inspeccionando inmóvil cada arma que su amo disponía para castigarla.

Murad cogió las cadenas y se dirigió hacia María. La ató sin dirigirle una sola mirada, cerrando los grilletes sobre sus muñecas y tobillos, pasando alrededor de su cuello y también alrededor del hierro superior del pozo donde se solía atar la cuerda que sostenía el cubo.

María quedó inmóvil, pegada al pozo, y dudaba que pudiera ni siquiera arrodillarse.

—No permito que mis esclavos lleguen tarde si no es por una buena razón —dijo, acercándose con el cuchillo a su espalda. El amo rajó el vestido y el fajín, que cayó al suelo—. ¿Qué razones tienes tú?

La esclava apretó los puños y cerró los ojos. La última vez que vio a Murad antes de su partida, su acercamiento hacia algo que no podía ser posible, su reacción extraña cuando lo tuvo cerca. Cogió aire mientras su estómago se escondía. Salvar a su hijo, su huida a España, la Inquisición…

Murad era un amo, un miserable como el resto. Tenía que verlo como lo que era, tenía que verlo una y otra vez. Su alma, su libertad y sus deseos estaban en juego.

Hubiese sido fácil librarse del castigo, Ari Morato corroboraría su justificación. Abrió los ojos y miró de reojo al amo, él esperaba impaciente su respuesta. Volvía a parecer cansado y con la piel más tostada que cuando se marchó. Color de piel que resaltaba el verde de sus ojos hasta en la oscuridad del patio. Ojos que no dejaban de mirarla y hasta le notó el deseo de encontrar una respuesta a la altura de poder quitarle las cadenas y dejarla marchar.

Apartó la mirada del amo. Ella tenía que hacer todo lo posible por alejar a Murad de ella. Tenía que hacerlo al precio que fuera. Apretó los dientes y guardó silencio, bajando la cabeza.

Oyó cómo el amo expulsaba el aire de una vez. Lo notó tirar de la tela del vestido a su espalda y tras un sonido desagradable de vestidura rasgada un leve frescor le recorrió la espalda. Murad había cortado su vestido hasta la cintura, dejando al descubierto la espalda de la esclava.

María recordó otro momento similar, atada al mástil de un barco. Solo que la otra vez su

espalda era otra bien distinta. Se giró y miró a su amo de reojo, quería ver su reacción. Murad nunca había visto su espalda al completo, solo lo que dejaba entrever el vestido o en una ocasión que despegó la tela para verlo mejor, pero en sus hombros o costados solo eran finas líneas de la punta del látigo, lo que podía llevar a suponer que tan solo fue una llamada de atención de su amo. Pero el corsario era la primera vez que le veía la espalda totalmente desnuda, donde se encontraban las gruesas cicatrices oscuras que había dejado el látigo de Mohamed, revelando un castigo que pocas veces se le daba a una mujer, que solo podían resistir los varones de más fortaleza. Sintió cierta ligereza en el estómago al ver la sincera sorpresa en el rostro del amo, que dio un paso atrás ante la imagen semidesnuda de su esclava.

Quince latigazos. Ni quince latigazos me hicieron rendirme ante vosotros. Ni me rendiré jamás.

Contuvo la sonrisa mientras recibía una fuerza interior que sabía que iba a necesitar al menos en los primeros golpes, que eran los que más dolían.

Vio a Murad rechazar el látigo que le ofrecía Thamir, algo que comprendió. Era muy difícil superar el castigo de Mohamed, la mataría. Así que Thamir le dio una vara, María dudaba qué sería peor. Al menos los palos no abrían heridas, sin embargo, solían romper costillas. Se arrodilló, era lo único que las cadenas le permitían hacer y pegó su pecho al pozo para cubrirse la parte delantera del cuerpo, el vestido caía roto por sus hombros y en aquella postura no podía agarrarlo.

Murad se acercó a ella y la agarró del pelo para que ella levantara la cabeza y lo mirara.

—¿Dónde estabas, María? —Era la segunda vez que le preguntaba. Dos oportunidades para librarse del castigo. Quizás Murad no era tan duro como parecía, quizás el miedo que todos le profesaban era más infundado que real.

No podía detenerse a meditar aquello ni librarse del castigo ni en nada que la desviara de su objetivo en Argel. Lo demás no existía ni debía existir. Solo estaba el cielo y el infierno y Murad era parte del infierno, de donde no debía sacarlo.

Pégame de una vez.

—Murad. —Oyó una voz de mujer. Miró de reojo, la morisca se acercaba—. Puedes pasar al salón y dejarme a mí. Mi padre siempre me dejó castigar a las esclavas.

—¡Vete! —gritó él—. ¡Thamir!

María apoyó su frente contra el pozo mientras el patio se vaciaba de curiosos, fuesen esclavos o amigos de Murad. El amo permanecía tras ella con una vara en la mano. No, no podía pedirle a Ari Morato la libertad de Julio o él acabaría atado con cadenas recibiendo los palos de Murad. Igual que Jafar amenazó a Elena con atar a Santiago a una galera, Murad lo haría con Julio. Y entonces ella no tendría más remedio que aceptar sus condiciones, nunca serían libres. No debía hacerlo. La angustia le llegaba hasta la garganta, donde por un momento pareció que Murad la agarraba y la asfixiaba con su mano. Pero el amo estaba a unos metros de ella, esperando que el patio quedase vacío.

—¡María! —le gritó y luego se acercó a ella cogiéndola de nuevo por el pelo—. No me obligues a hacerlo. Dime dónde estabas.

No era la primera vez que la castigaban. Ya cuando lo hizo Mohamed se dio cuenta y ahora con Murad volvía a comprobarlo. Los primeros golpes los daban con furia, como una amenaza, solo para hacerle ver que tenían el poder, pero cuando se demoraban en los siguientes golpes, cuando se acercaba a que implorara compasión, era porque querían dejar de golpearla. Aquello era lo que le estaba ocurriendo a su amo, solo que él aún no la había tocado. Esperaba que el

miedo la hiciese hablar, poco la conocía. Pero ella también sabía que aunque el primero y el segundo golpe la hicieran querer pedir el perdón a gritos y el tercero la hiciera creer que no soportaría ni uno más, a partir de los siguientes su cuerpo dejaba de sentir. Solo tenía que aguantar los primeros, dejar que Murad se desesperara.

—María. —Escuchó de nuevo la voz del amo.

Murad se arrodilló junto a ella, la esclava giró su cara para mirarlo y el amo le acarició la cara.

—Pídeme que te suelte y no te golpearé —le dijo—. Reniega y pondré todo lo que poseo a tus pies. No me obligues a hacerlo.

Claro que quería que la soltase, aquella postura incómoda por culpa de unas cadenas cuyo movimiento condicionaba la presión en su garganta era insoportable. Tenía miedo, cansancio y ganas de llorar. Pero Murad no debía de ver nada de aquello. Si lo soportó con Mohamed, podía hacerlo con Murad. Tan solo necesitaba sobrevivir para huir de allí como fuese. Era la única forma de hacerlo. Miguel le pidió que lo pensara, asumiendo las consecuencias. Acababa de decidirlo. Pues en la fuga solo había dos destinos, o la libertad o la muerte y la muerte, por dolorosa que fuera, era mejor que vivir en aquel infierno de la esclavitud. Podía empezar cuando quisiera, no iba a pedirle que parara de golpearla y ni por mil palos renegaría.

Apartó sus ojos de la mirada del amo y bajó la cabeza a su merced.

—Haz conmigo lo que quieras. —Fue su respuesta.

Murad se mordió el labio con furia, se levantó y gritó. María no pudo entender lo que dijo en su grito o si solo fue para liberar su furia. Estaba enfadado y si su enfado iba al mismo nivel que su castigo, la mataría a palos sin ninguna duda. Lo oía respirar con fuerza mientras daba unos pasos en el jardín.

—¡Thamir! —gritó—. ¡Thamir!

***

Sentía el frescor de la noche en su espalda desnuda. Murad no la había tocado. Había ordenado a Thamir desatarla del pozo cuando los invitados hubiesen abandonado la casa. Quizás en un intento de no demostrar su compasión o debilidad con una esclava en particular y así que su fama en Argel, forjada durante años, se viniera abajo por un simple problema de obediencia. Pues en Argel estaba muy mal visto que un amo fuera benevolente con sus siervos.

La postura no dejaba de ser incómoda, si se movía, aunque fuera echando el peso a un lado, las cadenas la ahogaban.

Notó a alguien el jardín, unos pasos tranquilos se acercaban a ella. Giró su cabeza levemente. Era la mujer morisca de antes.

—No veo más señales en tu cuerpo que unas antiguas de traición. —Le echó el pelo hacia un lado. Aquella mujer olía de una manera similar a Aisha—. ¿Inmune al amo Murad?

La mujer volvió a dejar caer su pelo.

—Muchas esclavas seducen con malas artes a los amos para conseguir su libertad. Pero Murad no es de los que se dejan llevar por mujeres. —Le levantó la barbilla, postura que hacía que las cadenas se tensaran y la ahogaran levemente—. Aunque sus ojos le recuerden al cielo nublado de alta mar.

La soltó y dio unos pasos tras ella.

—La grandeza de Murad Rais no merece ser puesta a prueba por una insignificante esclava. —Oyó un tintineo y giró la cabeza.

Vio a la mujer inclinada en el suelo, las joyas de sus manos sonaron al rozar la vara.

Y fue consciente de las intenciones de aquella mujer. Estuvo a punto de gritar pidiendo auxilio. No sabía quién era, no la había visto en la vida. Lo último que necesitaba en Argel eran nuevos enemigos.

La mujer se irguió con la vara en la mano.

No puede ser.

Estaba prohibido castigar esclavos ajenos a no ser que Murad hubiese dado permiso para castigarla.

—¿Qué sientes por tu amo? —preguntó la mujer—. ¿Es tan fuerte la fe en tu Dios?

No quería contestarle y el miedo a que alguien ajeno, cuyas intenciones desconocía, la cogiera en tan indefensa le paralizó el cuerpo a pesar de estar ya de por sí encadenado.

No le encontraba explicación, una mujer, una de tantas que perseguía los favores de Murad y algo más, despechada por el interés del corsario en una simple esclava.

—Sobreviviste a un castigo ejemplar, veremos si eres tan fuerte, María. —El oír su nombre en la voz de aquella desconocida hizo que su temor aumentara. No creyó que Murad pudiese matarla, pero aquella loca sí podía, quizás era lo que buscaba: su muerte.

María cerró los ojos esperando el primer golpe. Sonó, sonó fuerte, tanto como golpeó su espalda, impactando en diagonal desde el riñón derecho hasta su hombro izquierdo. Aquello dolía tanto como los latigazos, haciéndole sentir el mismo impulso de gritar que parara. Se encogió del dolor. Recibió un segundo, esa vez a mitad de la espalda, que la hizo arquear su cuerpo por completo. La mujer no era fuerte como un hombre, pero golpeaba sin piedad con una vara metálica maciza.

***

Al oír los golpes salió corriendo del salón seguido de Thamir y de los dos comerciantes, procedían del patio.

—¡Sumaya! —gritó al verla con la vara en la mano. El cuerpo de María basculaba hacia un lado. Perdía el conocimiento.

Sujetó su cabeza, el propio peso de su cuerpo podría ahogarla en las cadenas. La desataba mientras con el otro brazo la sostenía.

—¿Qué has hecho? —gritó a la joven.

—Lo que deberías haber hecho tú. Tu deber —le rebatió y recibió la mirada furiosa de Murad—. Si muere te compensaré con dos esclavas.

Murad se levantó con María en brazos.

—¡Thamir! —seguía gritando.

María había perdido el conocimiento por completo. Tapó con el vestido roto la parte de su pecho que había quedado descubierta.

Volvió a mirar a Sumaya. Era mujer, no podía hacer nada contra ella. Su hubiese sido un hombre, allí mismo, en medio del patio, lo hubiese matado. Apretó la mandíbula.

—No vuelvas por aquí —le dijo—. Si vuelves a acercarte a esta casa, si vuelves a acercarte a ella… —Miró a María y luego a Sumaya—. No importa el poder que tenga tu padre, me

aseguraré de que acabes en un harén en Constantinopla.

María pesaba, su cuerpo estaba inerte. Murad cogió aire.

—¡Fuera! —gritó.

Sumaya lo miraba con las cejas alzadas.

—Una esclava traidora que prefiere a un esclavo tullido. —Fue su respuesta mientras se giraba para marcharse—. Deshazte de ella si sobrevive antes de que hunda tu reputación y tu fama. —Lo acompañó con una leve risa—. De hecho, te habré hecho un favor si muere.

—¡Fuera! —volvió a gritar Murad, pero Sumaya ya se marchaba.

Bajó los ojos hacia María. Lamentó haberla dejado en el patio sin vigilancia. Pero era de noche, los esclavos dormían y sus invitados estaban en el salón. Una breve salida de Sumaya había sido suficiente, algo a lo que no le dio importancia. No esperaba su reacción, no esperaba que osara a apalear a María.

Gritó improperios mientras la llevaba hasta los baños de las esclavas y la ponía sobre el colchón. María no volvía en sí. Leonor gritó al verla en aquel estado y miró a su amo temerosa.

—Trae a Elvira —ordenó Murad, que no dejaba de cubrir el cuerpo de María con la tela rota del vestido. Pero Leonor se movía demasiado lenta y a María comenzaba a ponérsela la espalda morada—. ¡Elvira!

30

25 de septiembre de 1578. Argel

Siete días había estado recluida en la habitación que compartía con Leonor, sin levantarse de la cama, bocabajo y con dolores insoportables.

Los primeros días sentía dolor cada vez que quería orinar y la escasa orina que salía estaba ensangrentada. Ya había mejorado en ese sentido, también los dolores fueron aminorando. Aisha había ido a atenderla tres veces al día. Sus ungüentos mejoraban leventemente sus dolencias, pero no era eso lo que más agradecía de Aisha y sus cuidados, sino la función de intermediaria entre María y Miguel y, sin que la renegada lo supiese, también entre Julio, puesto que todos eran conocedores del porqué de su ausencia durante aquella semana.

El amo iba a verla también. Silencioso, entraba en la habitación en la que la esclava permanecía tumbada, con la espalda descubierta y un paño cubriendo sus nalgas. Inmovilizada por el dolor y casi desvanecida los primeros días, que pasó en su mayor parte durmiendo. María desconocía si aquel estado fue causado por las hierbas que el amo mandó a Elvira que la obligara a tomar o por el propio dolor en sí, o quizás una mezcla de ambas cosas. Agradeció el estado de inconsciencia porque a medida que se recuperaba y sus horas lúcidas aumentaban, también lo hacían la ansiedad y la impaciencia por salir de aquella habitación y huir de Argel.

Alguien había entrado, era la hora en que solía visitarla Aisha. María se giró para mirar y vio a Murad en el umbral de la puerta. La esclava enseguida se tumbó de nuevo. Estaba completamente desnuda, salvo el paño que le cubría las partes íntimas, y la mirada del amo con tan escasa ropa la incomodaba.

—Alguien ha venido a verte —le anunció, inclinándose hacia ella. No lo sintió tocarla, a veces, entre sueños, lo sintió inspeccionar su espalda y el estado de las consecuencias de la vara. Pero esa vez solo la miraba.

—Vístete y sal al jardín.

Murad se dirigió hacia el umbral de la puerta de nuevo. La joven, sin mirarlo y sin pronunciar palabra, permaneció inmóvil. El amo la observaba y aquello hacía que toda la energía acumulada durante los siete días que estuvo inmóvil subiera por su pecho y quisiera salir por su garganta en forma de improperios.

—¿Necesitas que llame a Elvira? —preguntó el amo. María levantó la cabeza sin girarla hacia Murad.

—No —respondió.

Murad la dejó sola y María se detuvo a pensar. Intuía quién había podido ir a verla y la razón. Tenía la espalda completamente morada por ello.

***

Salió al jardín con pasos torpes, más por el tiempo en reposo que por el dolor. Miró hacia la fuente, allí esperaba Murad junto a Ari Morato. El amo estaba inmóvil, erguido y con las manos a su espalda como si fuera un soldado en vez del dueño de la casa. No cambió su postura con la llegada de la joven al jardín. El mercader enseguida dirigió su mirada hacia la esclava y observó

su torpe andar con una expresión que María nunca había visto en ningún otro bereber. Se alegró de haber salvado la vida a un hombre que, independientemente del bando al que perteneciera, no merecía ser traicionado.

María se situó ante ellos a una distancia prudente, más cerca del mercader que del corsario, apreciando en Murad una expresión de furia y decepción que se reflejaba en su mandíbula apretada. Ari Morato, sin embargo, se acercó a ella mientras que los bordados dorados de su turbante reflejaban la luz del sol en pequeños destellos. El anciano esbozó una sonrisa entre sus barbas canas.

María levantó la cabeza. Murad ya conocía por qué se retrasó la noche de su llegada a puerto y la razón por la que la castigó, la que ella no quiso contarle. Había vuelto a sobrevivir al reto contra un amo y eso le subía el ánimo y aumentaba su fuerza, la que necesitaba para huir de Argel.

Ari Morato le acarició la mejilla.

—Eres una esclava de gran valor y lealtad —dijo—. Por eso he ofrecido por ti mil doscientos ducados de oro y dos esclavas. Tu amo ha rechazado la oferta y no me permite ofertarle nada más.

No le sorprendió la respuesta de Murad a la oferta del mercader. No la vendería jamás. El anciano bereber rodeó a María observando su espalda. Las nuevas marcas se entrelazaban con las antiguas cicatrices formando una maraña púrpura en la que no se podía distinguir el látigo de la marca del palo.

—Murad —le dijo al corsario—. ¿Así es cómo agradeces a esta mujer que me haya salvado la vida?

María miró a su amo. La mandíbula de este se movió, pero no pronunció palabra. Ni siquiera le explicó que aquellas señales no las había provocado él, quizás prefería que las lenguas de Argel pensaran que él había impartido el castigo en ella. Era su deber, era la ley.

Fue consciente de que Ari era tan poderoso e influyente que Murad no se atrevía a rebatirle. El rato que estuvo atada al pozo recibiendo golpes y toda una semana dolorida habían merecido la pena solo por ver a Murad sumiso ante las palabras del mercader.

—No te ganarás la lealtad de un esclavo con palos y cadenas —añadió, volviendo a situarse de frente a la joven—. Aún menos su conversión.

La mandíbula de Murad se movió de nuevo, esa vez también lo hicieron sus labios, sus ojos miraron a María con ira. Sin embargo, permaneció callado.

—Tu amo no me permite liberarte —le dijo—. Pero pídeme cualquier otra cosa que esté en mi mano y será tuya.

María miró hacia su amo desconfiada. ¿Cómo podía pedirle al mercader su verdadero deseo delante de él? Después sus ojos se dirigieron hacia Ari Morato, que pareció entenderla enseguida.

—Murad —dijo—. Necesito hablar con tu cautiva María en privado.

Murad abrió la boca para replicar, pero vio que Ari Morato ni siquiera le prestaba atención. Este solo estaba interesado en cómo podría devolverle el favor a la esclava. Así que, con el mismo semblante serio y algo ofendido, se marchó del jardín en silencio.

—Ahora tu amo no escucha —le dijo el mercader—. ¿Qué puedo hacer por ti?

María miró a Ari Morato, desconfiando si lo que dijera en aquel momento podría llegar hasta los oídos de Murad. También desconfiaba hasta qué punto Ari Morato podía defender a Julio de Murad, podía pedirle su libertad y que embarcara en el próximo barco de los trinitarios. Pero en

los meses de espera estaría a expensas de Murad y este lo utilizaría para sus propios fines en cuanto se enterara de que ella había solicitado la liberación de un niño, un niño con el que compartía tono de piel y demasiados rasgos en la cara.

—¿Puede proteger la vida de alguien? —preguntó la esclava.

Ari miró hacia donde se había marchado el corsario.

—Puedo salvar la vida de quien quieras —respondió—. Pero no puedo prometerte protección en Argel porque no depende tan solo de mis influencias.

El mercader había entendido la pregunta de la joven. No se lo aseguraba y, por tanto, no podía arriesgarse.

—Entonces no quiero tratar aún —respondió la muchacha.

Necesitaba dejar aquel lazo sin anudar, podría necesitar a Ari Morato para salvar a Julio o incluso para pagar su rescate en cuanto Dalí le pusiera precio. Miguel le buscaría intermediarios cuando los trinitarios estuvieran en Argel y Murad nunca se enteraría. Quizás, si las cosas se complicaban demasiado, hasta podría pedirle a Ari que comprara a su propio hijo. Eran numerosas las posibilidades que le daban el favor del poderoso mercader.

Ari inclinó la cabeza.

—En cuanto quieras tratar —le dijo—, ve en mi busca. Si no me encuentro en Argel cualquiera de mis emisarios te atenderá con la misma lealtad que lo haría yo.

Ari Morato le tendió la mano derecha. Era la segunda vez que trataba con un turco, pero en la maraña de hilos que movía aquella sociedad sin sentido no era algo que le pudiera pesar a una esclava. Y si alguna vez hubiese temido tratar en aquel momento se encontraría en un harén, como ya le advirtió la vieja Adila. Ya fuera con musulmanes o cristianos, por lealtad o por conveniencia, cada vez le estaban gustando más los hilos con los que ella comenzaba a tejer sus propios lazos. Y ahora estaba unida a través de ellos en un entramado que podía aumentar las posibilidades de sacar de allí con vida a Julio.

Estrechó la mano de Ari Morato.

***

De nuevo, gracias a Aisha y a la ausencia de Jafar, María pudo encontrarse aquella tarde con Julio.

La esclava abrió la puerta verde para salir de la casetilla y la luz entró en ella. El espacio del habitáculo era más reducido que el último día que lo visitó y eso le extrañó. Apilados a los lados de las paredes interiores de la casetilla había más sacos de trigo y arroz que de costumbre.

María miró a Miguel, que aún se encontraba en el interior. El niño tenía que apresurarse para llegar al *azalá* en la mezquita o de lo contrario recibiría el castigo de Dalí. Así que no podían demorarse en salir.

—¿Estás convencida? —le preguntó Miguel.

María miró al niño y asintió.

—Espérame en el callejón frente a la calle de los artesanos —dijo—. Llevaré a Julio a la mezquita y me encontraré contigo. Allí te lo explicaré todo.

Apresuró el paso para que el esclavo tullido y el niño no la alcanzaran. Tenía que evitar ser vista junto a Julio.

Avistó la fuente y vio la primera bandera asomar por el alminar de la mezquita principal de Argel para avisar al rezo a los que no pudieran oír las voces. Luego comenzaron los aullidos de

los morabutos o de sus auxiliares.

Accedió al callejón de paredes de cal blanca y allí esperó a Miguel. No tardó en llegar, entrando por el lado que daba al terreno en obras y a la casa de Dalí Mamí.

Se colocaron a mitad del callejón, donde podían ver con claridad si alguien se acercaba a ellos por ambos lados. No podían ser oídos o se verían comprometidos de gravedad, puesto que la fuga, o el intento de ella, se castigaba con la pena máxima y Hassan, encargado de juzgar a los prófugos, tenía fama de no tener clemencia con ninguno de ellos, penándolos con la más larga y cruenta muerte que pudiera imaginar ningún desgraciado esclavo de Argel. Por aquella razón las fugas no eran comunes, solían ser traicionadas por alguno de los implicados que quería evitar la pena y ganar el favor del Pachá o bien de algún otro que, al conocer la fuga, temiera ser condenado por encubrimiento, delito que también era castigado de la peor de las maneras.

La muerte o la libertad. María era consciente de eso y, a pesar de que la aterraba ver el cuerpo de Julio empalado, ahora tenía en sus manos el lazo que lo liberaría de la muerte. No le había contado nada a Miguel de su pacto con Ari Morato, lo haría en su momento si todo fallaba o si la fortuna estaba de su parte y conseguían escapar. Ni siquiera conocía el plan de fuga de Miguel. No habían querido hablarlo delante de Julio y por esa razón se encontraban en el callejón.

—Hace tiempo —comenzó—, Antonio y yo descubrimos que a las afueras de Argel había numerosas cuevas donde esconderse y que no pudieran encontrarnos. Atravesar las murallas no es difícil, llevo tres años observando, junto con otros, las nueve puertas y los horarios de los cambios de guardia. Sin embargo, no hace mucho Santiago encontró una grieta en el muro interior. La abrimos y vimos que esa parte de la muralla no tiene nada detrás. No toda Argel está rodeada por los tres muros, hay partes derrumbadas que no se han reconstruido aún y que podemos aprovechar. Por eso construimos la casetilla.

María arqueó las cejas comprendiendo que, por aquella razón, la caseta por dentro compartía pared con el propio muro.

—Desde hace meses ya hay varios amigos esperando en una cueva —continuó—. No han sido descubiertos, por eso pienso que es segura. El resto les hacemos llegar la comida a la cueva. Tenemos un esclavo que trabaja en el jardín de la casa que tiene Ari Morato fuera de la muralla. Él viene a recoger la comida de la caseta y se la lleva a los que están escondidos.

—Y ¿qué hay después de la cueva? —preguntó la esclava—. ¿Orán? —Miguel negó con la cabeza.

—A Orán no se puede llegar andando sin morir —dijo convencido y María evitó preguntar por qué estaba tan seguro—. Hace un año mi hermano Rodrigo y otro amigo de confianza fueron liberados. Ellos se han encargado de enviar una fragata que, en los últimos días de este mes, se acercará a la costa para recogernos. Entrada la noche no serán vistos y cuando alumbre el sol ya estaremos lejos de aquí.

María asintió.

—Pero tienes que conocer las consecuencias si no saliera bien —le advirtió.

—Las conozco y las acepto —respondió ella—. Tengo que sacar a mi hijo de aquí.

—Es su vida también la que pones en riesgo —añadió Miguel.

María bajó la cabeza, sintió la necesidad de contarle su trato con el mercader.

—Quiero que sepas que protegeré a Julio con mi vida —le dijo Miguel y ella se sobresaltó, callando lo que iba a revelarle—. Mientras yo esté vivo a tu hijo no le pasará nada. Haré todo lo que tenga que hacer para sacarlo de Argel.

María no supo qué decir. Tan solo miraba al esclavo que le había abierto la puerta hacia una esperanza que nunca antes llegó a vislumbrar desde que la hicieran cautiva, ni siquiera cuando Blanco de Paz le ofreció la redención. No podía creer cómo alguien, con quien no compartía más que una situación desgraciada, podía decirle aquello a cambio de nada.

—Dentro de tres días —le explicó el esclavo intentando no prestar atención a la emoción de la joven—, durante la última oración, sal por la escotilla del jardín de Jafar. Allí te recogeré.

María asintió. Sabía que ya tenía que marcharse, no podía dejar que el amo se enfureciera y la atara al colchón. Tenía que ser cuidadosa los próximos días si quería escapar de allí con Miguel y los otros.

Dio tan solo unos pasos hacia la calle de los artesanos. Miguel miró la espalda de María.

—Cuídate de Murad —le dijo.

—No fue Murad el que me hizo esto —respondió. Se giró hacia el esclavo—. Mi amo no es el único al que debo temer en Argel.

Cada vez eran más. Murad, Blanco de Paz, aquella mujer llamada Sumaya… Sin embargo, María sonrió.

—Pero ahora que he encontrado la esperanza ni él ni nadie pueden hacerme nada —añadió.

—Ya te dije que no perdieras la fe en Dios, es lo único que puede liberarte de ellos.

María se acercó de nuevo a Miguel y lo miró a los ojos mientras ponía su mano en la delgada mejilla del esclavo.

—No me refería a Dios —le respondió—. Me refería a ti.

María volvió a sonreírle.

—Gracias —susurró.

Era una palabra demasiado escueta para expresar todos los sentimientos que le provocaban los actos que Miguel hacía respecto a Julio o con ella misma. Demasiado densos para explicarlos cuando el vocabulario de una humilde cabrera se reducía a unas cuantas palabras. Era consciente de que no sería capaz, aunque lo intentara, por ello se limitó a tan simple expresión.

***

Acababa de ver entrar en la habitación de Murad a una morisca que Elvira conocía de otras veces. Era la hija de un mercader que vivía en la misma calle, pero más cerca de la casa del rey. Por un momento emblanqueció al parecerse tanto a Sumaya, pero las cristianas le habían dicho que Murad la había echado las veces que ella intentó acercarse a la casa desde que la apalease en el patio.

Cuando pasó el temor de que fuese de nuevo Sumaya la invadió una sensación de ardor extraña. Por un lado se alegraba de que hubiese encontrado pronto sustituta de tan cruel mujer. Por el otro algo extraño le calentaba el pecho, produciéndole un leve cosquilleo en el estómago. Necesitaba huir de Argel cuanto antes y dejar de sentir demasiadas cosas, lejos de allí, en medio del mar, no sentiría absolutamente nada.

María se dirigía a su dormitorio o baño, como mejor quisiera definirlo, puesto que era una cárcel sin ventanas igual que en las que dormían los hombres en los baños públicos, pero en el interior de una casa particular. Pensar en volver a ser libre era algo que no había considerado desde que cayó en manos de Mohamed. La libertad era solo una palabra que ansiaba, más por Julio que por ella misma, pero parecía tan lejana que aún no se daba cuenta de su verdadero

significado, es decir, qué había después de su liberación.

Volver a Zahara de los Atunes era algo que no consideraba, no lo haría hasta que no terminara la construcción del fuerte porque de haber estado acabado ella y Julio no se encontrarían en Argel. Quizás Sevilla era su mejor opción, la que decidió emprender la noche antes de que la prendieran.

Todo le parecía tan difícil antes de ser esclava… Una joven viuda a cargo de un hijo en una gran ciudad le parecía una dura prueba a la que temía. Sin embargo, en aquel momento, después de vivir el cautiverio, si lograba salir indemne de él, sería capaz de conseguir cualquier cosa.

Se oyeron voces en el interior de la casa y se asomó a la puerta del baño que compartía con Leonor y que comunicaba con el patio del pozo. Se oyó un grito en morisco en el que María reconoció la voz del amo. Luego sollozos de mujer. Se acercó hasta el pasillo, donde encontró a Catalina y a Elvira. La mujer del velo que había ido a visitar al amo se apresuraba hacia la salida.

María entornó los ojos al comprobar que el mal genio del amo recaía en todo el mundo y no estaba reservado tan solo para los esclavos, algo que poco le importaba. Se giró enseguida para regresar al patio y retirarse a descansar. Era su primer día después de una semana inmóvil y había recorrido gran cantidad de calles desde la casa a la caseta de los limoneros, luego hacia los baños de la bastarda para regresar de nuevo a la casa de Murad, todo ello con las grandes cuestas que formaban las calles de Argel. Estaba agotada. Ignoraba la hora, pero aún faltaba un último rezo, el *latumat*, que solía oír cada noche ya tumbada sobre el colchón. El rezo que le marcaría el momento de salir por la escotilla de Jafar el día de la fuga.

Rodeó el pozo y se dispuso a entrar en el dormitorio. Vio a Catalina y a Elvira entrar en el suyo, que estaba justo al lado del de ella.

—El amo debe de estar muy furioso. —Oyó decir a Catalina, que susurraba con Elvira—. La ha echado a gritos nada más entrar.

—María. —Oír su nombre con acento turquesco cada vez le molestaba más. Se giró para escuchar lo que quería Thamir de ella—. El amo desea hablar contigo.

Abrió la boca para decir que no pensaba salir más allá del pozo, pero recordó que la fuga estaba a cuatro días y tendría que hacer lo que el amo le pidiera.

Miró a Thamir con los ojos entornados, demasiado cansados.

—¿Dónde está? —preguntó, temiendo que Murad continuara en su dormitorio. No quería entrar allí nada más que para limpiar la habitación por las mañanas.

No hizo falta respuesta por parte del turco. Pudo apreciar la silueta de Murad junto al pozo. La esclava rodeó a Thamir y se dirigió hacia el amo. Las piernas le pedían descansar con desesperación, pero tenía que permanecer en pie frente al corsario. Este, sin embargo, apoyó su cadera en el pozo. Aquello desconcertó a María. Murad siempre se imponía ante ella altivo, tenso y no como cualquier esclavo del patio de los baños.

—¿Por qué no me contaste lo de Ari Morato? —le preguntó.

María bajó los ojos. Podía habérselo dicho, tres veces le preguntó el amo. Su interior sabía la razón. Unas cadenas, un castigo, un palo… hacían que Murad se mantuviese donde debía estar a sus ojos, en el mismísimo infierno.

—Preferiste el castigo aunque no lo merecieras. —Murad entornó los ojos hacia ella.

María no contestó, no hacía falta respuesta. Tampoco esperaba que nadie fuera a recriminar a su amo por tan mal juicio, sin embargo, ver a Murad sentirse un imbécil ante un hombre sensato como lo era Ari Morato bien valía otra paliza más.

El amo volvía a tener apretada la mandíbula que, tensa, hizo mover los músculos de su

rostro, justo bajo sus orejas.

—Con palos y cadenas no lograré tu lealtad —repitió las palabras de Ari Morato—. ¿Qué tengo que hacer, María?

No puedes hacer nada.

En otras circunstancias, en mitad de la oscuridad que conlleva la idea de la esclavitud eterna, le hubiese respondido pues no habría nada que perder. Pero ahora tenía luz en el camino y estaba demasiado cerca de conseguir alejarse de allí. No respondió.

Murad se incorporó y se acercó a ella, observando su espalda.

—¿Por qué Mohamed sí logró tu lealtad? —No esperaba aquella pregunta, la incomodó en exceso, hasta Murad notó su nerviosismo repentino—. ¿Por qué lo ayudaste con el motín si eras una mujer libre de nuevo?

La esclava apretó los dientes buscando una respuesta.

—¿Qué trato hiciste con él? —Entornó los ojos hacia ella, su mirada parecía atravesar su piel y llegar hasta su alma buscando respuesta—. No temes al castigo, no fue por miedo.

—Los piratas no me trataron bien. —Fue lo único que se le ocurrió y no sonó convincente—. Eran aún peores que Mohamed. Mi amo, a cambio, no me vendería.

Murad hizo una mueca, no se creía su respuesta. Luego negó con la cabeza.

—Eres mujer —le dijo—. Pero no te creo tan torpe en los tratos. Las jóvenes como tú acaban renegando o en un harén, al Gran Turco le hubiese encantado tenerte en el suyo sin ninguna duda. Pero, por el contrario, esta mañana has estrechado la mano a uno de sus consejeros —negó con la cabeza de nuevo—. No eres ninguna estúpida.

María era consciente de que el de Ari Morato sería el segundo trato con el que conseguiría la libertad de no ser por Murad Rais, pues Mohamed tenía intención de liberarla y también la tenía el mercader.

—Indomable al castigo —susurraba el amo—, pero leal en los tratos.

No dejaba de observarla.

—Andas con esclavos y clérigos —continuó—, pero no dudas en tratar con corsarios y mercaderes. —Se puso frente a ella, tan cerca que María dio un paso atrás, Murad la sujetó para que no se retirase más—. Soportas los castigos, aunque sean injustos, me indispones ante personas influyentes, me retas continuamente, me rechazas y, sin embargo… —El amo le puso la mano en la nuca y se inclinó para acercar su rostro al de María—. Consigues invadir mis sueños en alta mar o en mi propia casa, impidiendo que pueda desear a otra mujer que no seas tú.

El amo acercó su cara aún más. El olor a Murad se hizo intenso, notaba su respiración en los labios. Temía que volviera a hacer lo de la otra vez. Cerró los ojos para no verlo mientras él cogía aire con fuerza, perdiendo la tranquilidad, enfurecido.

—Maldita la noche que te encontré en aquella fragata —dijo Murad con ira.

Se apartó de ella y se marchó del patio, dejando a María sola. Ella se agarró al pozo, aún le dolían la espalda y las piernas. Abrió la boca para respirar y alzó la vista hacia las columnas por donde se había marchado Murad. Ella no podía maldecir aquella noche. Su encuentro con Murad era necesario, pura fortuna que la llevó hasta Julio.

Solo unos pocos días y el martirio acabaría para todos.

31

28 de septiembre de 1578. Argel

Con suerte sería la última vez que oyera los aullidos de los morabutos que avisaban a la oración y, seguidamente, los murmullos de Murad y del resto de los corsarios que convivían con él. Todo se paralizaba en Argel durante la oración, daba igual que el morisco estuviera trabajando, vendiendo, tratando… Si llegaba la hora, debía de ponerse a orar.

María se inclinó bajo los rosales para pasar hacia el jardín de Jafar. Una vez dentro, a gatas, se acercó hasta la otra escotilla que, tras los arbustos, la llevaba a algún espacio exterior entre las casas por las que Santiago escapó aquella vez de sus ojos en su clandestino encuentro con Aisha.

Se había cerciorado de que Leonor no la hubiese visto. Esta aprovechaba la oración musulmana para hacer la suya, abrazada a su crucifijo de madera, que rara vez calmaba su sufrimiento. Catalina y Elvira se encontrarían en su habitáculo, o quizás en su aburrimiento esclavo, vigilando si el amo aquella noche recibía una nueva visita. Las dos cristianas disfrutaban con los chismes populares no solo de Murad, sino del resto de vecinos y personas conocidas en Argel, razón por la cual sus paseos hacia la fuente para recoger el agua se demoraban más de lo debido.

La escotilla que le permitía salir de la casa de Jafar estaba más dura que la que se encontraba bajo los rosales y produjo un pequeño chirrido inapreciable entre los murmullos. Salió a prisa y su vestido se enganchó en algún alambre. Oyó la tela rasgarse, pero no se detuvo, atravesó el pasaje y se giró para cerrar la pequeña puerta. El vestido tenía una pequeña rotura de un par de dedos, poca cosa, y, aunque hubiese sido más, no le importaba. Estaba fuera de la casa de Murad y ahora, aunque con las piernas temblorosas y con la ansiedad de ser descubierta, respiraba como si el aire y el aroma de las plantas llegaran por fin a sus pulmones puro, pleno, sin más dolor en los costados ni en el pecho.

Se encontraba en un pasillo en el que, para atravesarlo, debía pegar su espalda a los setos, pues no podría hacerlo de frente. Al otro lado, tras su espalda, había una fachada lisa de cal que soltaba un polvillo blanco que se pegó a sus brazos enseguida. Olía a orín de gato o quizás de rata. Estaba oscuro, la leve luz del jardín de Jafar estaba ya a punto de agotarse y los setos no dejaban traspasar la iluminación de la débil llama.

Esperó. Los rezos acabarían en instantes y temía el momento en el que se hiciera el silencio absoluto. Antes de que aquello ocurriera vio a Miguel a unos metros de ella.

—Vamos —le susurró.

***

La casetilla estaba completamente vacía y, ya sin sacos apilados, pudo ver el hueco que los esclavos habían logrado abrir, demasiado estrecho para pasar con comodidad, pero suficiente, pues por corpulentos que pudieran ser los esclavos Argel lograba consumirlos.

Allí, al otro lado del muro, estaba Julio acompañado por Antonio de Sosa, el monje portugués, gran amigo de Miguel. Julio corrió a abrazarla y quedó pegado a ella sin soltarla mientras Antonio le tendía a la joven una capa con capucha, a la que aquellos que dejaba atrás

llamaban *jaique*, de tono crudo. María la cogió y se la echó al hombro.

—Gracias —le dijo Miguel al clérigo y le dio un abrazo.

María fue consciente de que Antonio quedaría atrás.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó. Antonio había sido partícipe desde el principio, abasteciendo de víveres a los que ya se hallaban en la cueva. Le extrañó tanto que no se fuera con ellos que no pudo evitar conocer la razón por la cual no iba.

Antonio miró primero a Miguel y luego a María.

—No confío en que esta sea la mejor manera de huir —le explicó.

El clérigo no tenía intención de decir nada más y María quedó desconcertada.

Miguel se colocó su *jaique*. Julio ya llevaba puesto el suyo, que era de tamaño adulto y le arrastraba por la húmeda tierra que rodeaba las murallas de Argel. María se envolvió también con la capa. La noche llevaba del mar una brisa fresca que erizaba el vello y sin la protección de la muralla, que funcionaba como parapeto de la ciudad blanca, impactaba en ellos mientras caminaban hacia la cueva.

La casa de Ari Morato de las afueras de Argel era un lujoso palacio a los pies del mar. Pasaron lejos de ella para no ser vistos. Sin embargo, la cueva no estaba lejos de allí. Julio caminaba con un brazo rodeando la cintura de su madre, casi sin permitirle andar con comodidad, pero a María no le importó. Aún no había cumplido los nueve años, sin embargo era consciente del peligro que tenía la huida y sus consecuencias. Pero Julio estaba protegido por dos vidas, la suya y la de Miguel, y por un trato. Solo si todo ello fallase, Julio moriría.

Llegaron a la cueva en la que un grupo de esclavos esperaba a los últimos en unirse a la fuga. María contó hasta nueve hombres, más Miguel, Julio y ella, doce fugitivos a la espera de la liberación.

Miguel les presentó uno por uno al resto de cautivos, pero, a partir del tercero, comenzó a confundir rostros y nombres. Se sentó en un rincón y Julio se agazapó junto a ella mientras Miguel conversaba con el resto.

La joven observaba a los hombres. Algunos de ellos, según le explicó el esclavo Sajá Veidrá, llevaban allí meses y no lo dudaba a juzgar por su aspecto. La cueva olía a pescado podrido, orina, agua marina estancada y sudor, puesto que en los meses de calor aquel tipo de espacio solía retener una especie de calor húmedo insoportable. No podía imaginar lo que llegaron a padecer las criaturas a expensas de los víveres que sus aliados en Argel pudieran hacerles llegar.

La fecha de llegada de la fragata sería aquella noche o la siguiente. María desconocía las horas o días que tendrían que permanecer allí y aquello era lo único del plan de fuga que le producía malestar. Una vez en la cueva, y con Julio echado en su regazo a punto de dormirse, comenzó a ser consciente de las consecuencias de su decisión. Ya no había vuelta atrás. No podía volver a casa de Murad, puesto que este ya sabría que ella había desaparecido, lo mismo que ocurriría con Julio y con Miguel. Ya solo debía mirar hacia delante y afrontar su destino, agraciado o desgraciado, con la mayor valentía y dignidad que fuera capaz de mantener.

Acariciaba el pelo y la suave piel de las mejillas de su hijo. Julio tenía los ojos cerrados y sus tupidas pestañas bordeaban la línea de sus párpados. Su respiración era tranquila, uniforme, se dormía.

Miguel se acercó a ella y se sentó a su lado en silencio. Miró al niño dormido.

—Ahora solo tenemos que esperar —susurró.

«Esperar» en aquella situación, temiendo las consecuencias de si los atrapaban mientras esperaban y sin saber cuándo exactamente llegaría la fragata, puesto que, aunque hubiese fecha

concreta, esta dependía del viento, de la tempestad y de posibles corsarios que encontraran en el camino. Demasiadas variantes.

María cerró los ojos pensando en Murad. Estaría enfurecido y estaba segura de que su cólera lo llevaría a encontrarla si la fragata no llegaba a tiempo. Pero ya poco importaba la furia de Murad, lo había eliminado de su destino en el momento en que escapó por la escotilla del jardín. En ese momento solo había dos maneras de salir de la cueva: libre o muerta a los pies de Hassan.

—¿Por qué no ha querido venir Antonio? —preguntó. Necesitaba saber los riesgos de la fuga que habían atemorizado al monje.

—Dice que no es posible acercar una fragata hasta la costa aunque esté lejos del bastión. Él piensa que la única forma de salir por mar es zarpando desde el muelle de Argel, el de los mercaderes.

María estaba de acuerdo con él también, pero ya no importaba el resto de posibilidades porque solo tenían esa en su mano. La otra sería costosa y, además, ¿de dónde podrían sacar un barco de mercancías que se los llevara de Argel? Eso sin contar con los soldados aduaneros. No, no era fácil llevar a cabo la idea de Antonio.

—Mi hermano no nos fallará —dijo Miguel.

Y no lo dudaba, pero el verdadero problema era que la fragata llegara hasta ellos.

—Dalí Mamí estará furioso —continuó—. Uno de sus esclavos más caros, según cree, y uno de los niños. Demasiada pérdida para tan solo una noche.

María desvió la mirada, la suerte de Murad no era distinta a la de Dalí. Murad había rechazado la suculenta oferta de Ari Morato días atrás para no perderla y, de la misma forma, se había quedado sin la esclava de iris grisáceos que quería tomar por esposa.

Julio continuaba con su respiración intensa y tranquila. De vez en cuando una de sus manos se encogía con rapidez en un reflejo que le producía el sueño profundo.

—¿Qué piensas hacer si todo sale bien? ¿Volver a Zahara? —preguntó Miguel y María negó con la cabeza.

—No volveré a acercarme al mar —le respondió y Miguel compartía con ella su pensamiento —. Había pensado en Sevilla porque es el único lugar que conozco.

—Yo tampoco tengo muchos sitios a donde ir —le dijo el esclavo—. En este tiempo no me he atrevido ni a pensar qué es lo que haría si volviera a ser libre.

Puso su mano útil sobre la cabeza de Julio.

—Pero si no tenéis a nadie cercano a quien acudir, podéis quedaros conmigo hasta que decidas a dónde ir.

No quería decidir sobre su libertad hasta que no pudiera tocarla con sus manos. Pensó que quizás Dios había decidido cambiar su mala fortuna y compensarle el sufrimiento.

María envolvió el cuerpo de Julio con la capa y rezó a su Dios para que la fragata llegara antes que Murad.

32

29 de septiembre de 1578. Argel

Leonor y el resto de esclavas se encontraban en el patio del pozo, en la puerta de los baños donde dormían, ante el amo Murad. El sol acababa de salir y Leonor avisó a Thamir de que María no había dormido en su colchón.

—¿Anoche la visteis? —preguntaba con los ojos llenos de ira. Leonor asintió.

—Estaba en el patio cuando entré en el baño a rezar —respondió temerosa—. No la volví a ver.

Murad hizo una mueca.

—Si alguna de vosotras sabe algo —le advertía a las cristianas—, si tan solo una de vosotras la está encubriendo, le pediré a Hassan que os juzgue por traición.

Las muchachas juntaron sus cuerpos unas con otras ante la amenaza del amo.

—¿Qué sabéis de ella? —preguntó—. ¡Leonor! Tú solías ir con ella a los baños.

Leonor negó con la cabeza.

—Solo los primeros días —se defendió la joven entre sollozos—. Pero luego…

—¿Luego qué? —Murad enloquecía por momentos.

—Empezó a hacer amistad con el inquisidor. Ya no quería que…

—¿Cuál es el nombre de ese inquisidor? —Agarró a la muchacha por el vestido y la atrajo hacia él, apartándola del resto de esclavas. Leonor estaba aterrada, casi no podía hablar.

—Juan Blanco de Paz —logró decir—. Desde que comenzó su amistad con él ya no quería venir conmigo a las misas. No la solía ver por ninguna parte. —Se dejó caer en el suelo—. Luego estaban ese grupo de esclavos con los que solía reunirse. No sé nada más, de verdad.

El amo la soltó y entornó los ojos hacia su atemorizada esclava.

—¿Un esclavo tullido? —preguntó y Leonor asintió entre sollozos.

Los agujeros de la nariz de Murad se redondearon mientras él aspiraba con fuerza.

—¡Thamir! —gritó—. Manda al corso a buscar a María por cada rincón y tráeme a ese clérigo y al grupo de esclavos del tullido de Dalí Mamí. Si es que no han desaparecido también.

***

La noche había pasado sin noticias de la fragata. La situación entre los cautivos era tensa, tanto los más antiguos como los más recientes se impacientaban.

—¿Tenéis hambre? —preguntó uno de los cautivos ofreciéndoles pan de trigo y algo de fruta. María negó con la cabeza, pero Julio cogió todo lo que el esclavo llevaba en sus manos dándole luego las gracias. El esclavo sonrió al pequeño—. Eres muy valiente, hijo.

Julio sonrió. María miró al esclavo afable que había acercado la comida. Ninguno de ellos sabía que Julio era su hijo. Todos conocían la simpatía de Sajá Veidrá por el pequeño y, entre tanto hombre, no era de extrañar que la única mujer lo atendiera, puesto que para eso estaban las mujeres, tanto en la cultura musulmana como en la cristiana.

Respecto a ella, nadie hizo preguntas. Algunos, los que no llevaban allí en la cueva tanto tiempo, la reconocían como una de las esclavas de Murad e incluso la importunaron con alguna

pregunta curiosa sobre su amo, puesto que Murad Rais, el Grande, producía gran admiración tanto en un bando como en otro. Para María toda aquella admiración hacia su eficacia en la batalla o en las razias era tan solo el humo que producía el diablo cuando con su tridente golpeaba el suelo para que la maldad arrasara a su paso todo lo bello que hubiese a su alrededor, dejando tan solo tierra estéril, tiniebla y vacío. Eso era lo que solían hacer los corsarios, todos sin excepción.

María vio pasar a Miguel saltando una pequeña corriente de agua que se formaba en el centro de la cueva. Lo llamó con la mirada para que se acercara a ella.

Miguel se sentó en el hueco donde había permanecido María desde que llegara la noche anterior. La joven se cercioró de que Julio no los estuviese escuchando. El niño comía y conversaba con el esclavo que le había proporcionado el alimento.

—¿Qué pasará si la fragata no viene? —preguntó. Miguel bajó la vista—. ¿Volver? ¿Morir aquí?

—Esas eran las consecuencias, María —respondió Miguel.

—Si no viene, podemos intentar llegar a Orán —sugirió.

—No se puede ir a Orán sin un guía y, aunque lo encontráramos, moriríamos por el camino a pie —aclaró Miguel.

—Vamos a morir de todas formas —respondió la esclava—. Aquí, por orden de Hassan o en el desierto.

—Ya intenté lo de Orán —confesó el esclavo—, y no funcionó. Si esto no funciona, pensaré en otra cosa. Confía en mí. No sé ellos. —Miró al resto de cautivos—. Pero yo no pienso rendirme.

***

Ninguno de sus corsarios había encontrado a la esclava ni había tenido noticias de ella. Pero sí le anunciaron a Murad que algunos esclavos más habían desaparecido aquella misma noche.

Thamir acababa de llegar con el clérigo que Sumaya le mencionó y al que Leonor había puesto nombre. Murad lo recibió en uno de sus salones.

El corsario levantó la vista. Blanco de Paz era un clérigo anciano, de piel blanquecina y venosa, delgado, de nariz puntiaguda y tabique torcido, y espalda encorvada. Entró en el salón con un paso solemne que movía su negra sotana polvorienta y desgastada. Murad conocía que un inquisidor no era un clérigo cualquiera, puesto que los propios cristianos le temían. De ahí quizás, dedujo, su talante altivo a pesar de encontrarse ante uno de los corsarios más temidos del Mediterráneo.

—Su soldado —comenzó el clérigo—, no me ha dado la razón por la que me haces venir.

Murad se encontraba sentado en el suelo. Su mirada se cruzó con los pequeños y oscuros ojos del monje. A pesar de sus palabras, el monje sospechaba por qué Murad lo había mandado a buscar.

—Una de mis esclavas ha desaparecido —anunció Murad—. Se llama María. —El monje desvió la mirada.

—Es un nombre muy común entre esclavas —respondió. Murad había visto demasiadas veces aquella reacción, la de los cautivos que no hablaban sin recompensa.

—Recibirás un pago equivalente a la utilidad de tu información para encontrarla —le dijo sin

titubeos.

Blanco de Paz asintió.

—No sabía nada de que María pensara fugarse, pero no me sorprende en absoluto conociendo a los cristianos con los que solía... coincidir. —Murad apreció el tono irónico del clérigo.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó.

—Quién es él sería la pregunta correcta —continuó el inquisidor.

—El tullido —dijo Murad mientras se tensaba y el monje asintió.

—Es esclavo de Dalí Mamí —continuó Blanco de Paz—. También ha desaparecido esta noche de su baño y he oído decir que se ha llevado con él a otro esclavo más, un muchacho. No tengo dudas de que él haya sido el que ha planeado esta fuga. Y el que, con malas artes, ha pervertido las ideas de María.

Murad frunció el ceño.

—Tu esclava mantenía gran amistad con él —El clérigo sonrió—. Una amistad muy cercana por lo que he podido apreciar en los callejones que rodean los baños.

Los ojos de Murad reflejaron su enojo y el clérigo pareció disfrutar de su reacción, como también lo hizo Sumaya en su momento y lo haría todo Argel en cuanto se enterase de que su esclava favorita se había fugado con un grupo de esclavos. Cerró el puño con tanta fuerza que se clavaba las uñas en la palma de la mano.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Murad poniéndose en pie.

—Su nombre no importa —respondió—. Aquí todos le conocen como un tal Sajá Veidrá.

Murad se giró hacia el clérigo, recordando las palabras de Sumaya cuando le dijo que María solía ir en compañía de un esclavo inútil de una mano. Ese era el significado del nombre con el que lo conocían. Dejó caer una rubia que el clérigo enseguida se agachó a recoger. Dalí Mamí estaría tan furioso como él.

—¡Thamir! —gritó el corsario saliendo del salón con rapidez, dejando atrás al clérigo satisfecho con la recompensa y la reacción del amo de María.

33

30 de septiembre de 1578. Argel

Aquella noche la marea estaba tranquila. El faro del muelle estaba apagado, como siempre solía estarlo. Un grupo de cinco moriscos pescaban en la tranquilidad de la noche en una pequeña barca.

—¿Qué es aquello? —preguntó uno de los pescadores a su compañero.

—Es el reflejo de las nubes en el agua. La noche está cubierta, apenas se ve —respondió—. Recoged, nos vamos ya. Tenemos suficiente para vender mañana.

—No, mira ahora. —Lo sujetó por el hombro para obligarlo a mirar—. ¡Es una fragata!

—¡Cristianos en Argel!

Tomaron los remos y comenzaron a apresurarse hacia el muelle mientras gritaban en morisco para alentar a la guardia. El escándalo de los pescadores llegó hasta los soldados del bastión más cercano. Estos, sorprendidos por los gritos y aún sin saber la razón, cargaron balas contra el aire.

La fragata, sin embargo, pareció entender el aviso musulmán y se detuvo.

Los pescadores se detuvieron también a la espera de las intenciones de la fragata. Temían lo peor, puesto que la guardia no estaba preparada para un ataque y que, mientras que la ciudad de Argel se despertaba, los pies de los cristianos hubiesen pisado tierra.

Pero el navío izó sus velas y comenzó a virar.

Los pescadores rompieron en vítores dedicados a su Dios.

34

2 de octubre de 1578. Argel

La fragata no llegaba y ya no les quedaba comida en la cueva. El jardinero de Ari Morato era uno de los fugitivos, por lo que ya no podía tampoco salir de allí a transportar los víveres. Tan solo les quedaba seguir esperando o regresar a Argel y confesar lo sucedido.

María observaba al resto de esclavos, la desilusión y la decepción se reflejaban en sus rostros. También el hambre y la sed, puesto que ya no había otra agua para beber que la del mar, comenzaban a aumentar la desesperación.

Uno de los esclavos había probado sus propios orines. Era un antiguo soldado y decía que eso mantenía con vida a falta de agua. Fuera como fuera, era consciente de que no podrían soportar mucho tiempo más aquella situación.

No podían salir de la cueva lo más mínimo, puesto que los soldados del rey podrían encontrarlos. María se subió a una de las rocas de la entrada y se agarró a un saliente para ver el mar. Amanecía de nuevo. Otro largo día más sin comida ni agua, esperando a que por la noche llegara la fragata que los llevara a España. Una parte de ella sabía que esa no iba a llegar nunca. Aunque Miguel no había dicho nada al respecto, era tan consciente como ella de la situación. Permanecía más solitario que de costumbre, pensando en otra manera de salir de allí, pero dudaba que la encontrara.

A pesar de que la brisa de la mañana llegó hasta su cuerpo, sudaba. No podía regresar a Argel, nunca entró en sus planes hacerlo. Siempre pensó que era preferible mil veces morir que volver. Pero ahora que la muerte era una realidad, más por Julio que por ella misma, comenzaba a planteárselo. Julio viviría si Morato cumplía su parte y a ella la quemarían viva. Pero no era morir lo que lamentaba, sino dejar a Julio de nuevo entre ellos como esclavo y sin nadie que lo pudiera sacar de allí, puesto que a Miguel también lo matarían.

Unos esclavos se acercaron a Miguel, conversaban. María los observó. Miguel les rebatía. Entre ellos mismos, guiados por la desesperación, discutían ya las distintas opciones que flotaban en el ambiente: rendirse y entregarse a Hassan, esperando la compasión del rey, o echar a andar hacia ninguna parte, corriendo el riesgo también de que los atraparan.

El rey no tenía compasión por nada, todo el mundo sabía eso. Los empalarían a todos, sin excepción, salvo al niño.

Miguel se acercó a María junto con el grupo de esclavos.

—El Dorador se ha marchado —le anunció Miguel—. Anoche nos dijo que no aguantaba más aquí dentro y se ha ido antes de que pudiéramos detenerlo.

—Nosotros abandonamos —dijo el esclavo que les ofreció la comida el primer día. Salió tras otros cuatro esclavos, que se apresuraban entre las rocas mojadas con cuidado de no resbalar, puesto que la marea había subido y la entrada de la cueva estaba cubierta de agua—. Suerte.

María los observó marcharse, luego miró a Miguel.

—Temen que el Dorador nos delate ante Hassan —le dijo el esclavo.

—¿Desconfías de él? —preguntó María asumiendo la gravedad de las consecuencias de una traición por parte de uno de sus compañeros.

—Es posible que lo haga —susurró.

María puso su mano en el hombro de Sajá Veidrá y esbozó una sonrisa. Algo que al esclavo le extrañó, porque si los delataban ambos sabían el final.

—Desde que me prendieron —le dijo la esclava—, desde que vi a Mohamed en aquella galera supe que, pasara lo que pasara, nunca conseguirían que yo fuera la esclava que ellos buscaban en mí, sumisa, obediente, leal. Murad dice que soy indomable. —Bajó la cabeza—. Supongo que los esclavos como nosotros siempre acaban muertos —añadió.

Miguel la miró, consciente de que llevaba razón. En sus tres años en Argel había conocido a multitud de esclavos. Algunos se adaptaban a su situación soportando el cautiverio con paciencia, sin aspiraciones, sometidos a las órdenes de los que deliberadamente les arrebataron la libertad. Luego estaban los que no se conformaban con su mala fortuna, no aceptaban órdenes, los que se rebelaban sin temer al castigo, como él, como María. Solían acabar con el cuerpo ensartado en un palo.

***

Murad esperaba en la casa del rey. Hassan estaba en el interior de uno de sus salones con un esclavo que decía saber dónde se encontraban los fugitivos.

El corsario se encontraba junto a Dalí Mamí, cuyos dos esclavos estaban en la fuga, y junto a Arnaute, su antiguo *Babá*, que había perdido en aquel plan a cinco esclavos. También Ari Morato había perdido a uno de los suyos.

—¿Quién es ese esclavo tuyo que se ha fugado? —le preguntó Murad.

—Un esclavo de rescate. Si no fuera por su precio, ya lo hubiese atado a una galera —protestó Dalí—. Se llevó a uno de los niños que siempre anda con él.

—Los míos han sido cinco —añadió Arnaute—. ¿Y tú, Murad? ¿Cuántos esclavos han huido de tus baños?

—Solo una —respondió. Era la primera vez que uno de los esclavos se le escapaba.

Arnaute y Dalí rieron, lo que hizo que Murad se enfureciera aún más. Ambos corsarios dedujeron de cuál de sus esclavas se trataba.

La puerta del salón se abrió de repente y los soldados de Hassan salieron en fila y a prisa a las órdenes del rey.

***

Ya tan solo quedaban en la cueva tres esclavos, más Sajá Veidrá, Julio y ella. Se oyeron voces en el exterior. María estaba retirada del resto junto a Julio que, acuclillado, intentaba sacar un cangrejo de uno de los orificios de la roca.

La joven buscó los ojos de Miguel y estos le confirmaron la procedencia del ruido. Llevaban horas convencidos de que alguno de los que había abandonado los traicionaría, otros morirían o se convertirían para evitar la muerte. Algo que María sabía que nunca haría Miguel.

A pesar de conocer aquel final de antemano, eso no impidió que se aterrara hasta el punto de que tuvo que encogerse para soportar el enorme dolor que le sobrevino en la parte baja del estómago. Sin poder erguirse, agarró al niño para que se incorporara del suelo y se pegara a ella.

—Nadie debe enterarse de quién soy, ya lo sabes —le dijo y Julio negó con la cabeza.

María sintió la mano de Miguel a su espalda. Las voces y las pisadas cada vez sonaban más

cerca.

El esclavo se inclinó hacia Julio.

—¡Escúchame! —le indicó—. Yo te engañé y te traje hasta esta cueva y tú no sabías nada, ¿de acuerdo? Dile a Dalí que tú querías regresar y yo te lo impedí.

Julio se sorbió los mocos, consciente de lo que conllevaba para todos ser prendidos aunque él se salvara de la muerte.

A María le brillaron los ojos. Agarró a Miguel para contarle su trato con Ari Morato. Pero los soldados de Hassan estaban en la cueva. Entraron de la misma forma que las hormigas salen del agujero, dirigidos con orden y sin comunicación, hasta que todos ellos fueron prendidos con rapidez.

—Solo yo debo ir hasta Hassan —le dijo Miguel a los soldados. María se sobresaltó—. Yo he sido el único culpable —añadió.

María abrió la boca para gritar, pero uno de los soldados tiró de ella para sacarla de la cueva. Miguel trataba de salvar no solo a Julio, sino a todos ellos. No era justo que lo hiciera, todos habían sido culpables. Soportar esa idea, sumado a tener que volver a cruzarse con los ojos de Murad, le paralizaba el cuerpo que, a tirones de cadena, se movía por inercia.

Julio iba también atado, pero al niño lo sujetaron con cuerdas. Caminaba con rapidez al paso del soldado. Miguel iba atrás, no podía verlo. Desconocía lo que iba ocurrir en el juicio de Hassan, pero se juró que, si la dejaban con vida, volvería a intentarlo.

***

Habían hecho todo el camino a pie hasta la casa del rey entre insultos, patadas, tirones de pelo y numerosos escupitajos, algunos de ellos aún prendidos en el pelo de María.

Pasaron por la puerta de la casa de Murad, pero el amo no estaba allí para verlos. Sí pudo ver a las tres esclavas que, curiosas y algo asustadas, observaban a María con interés. Y no muy lejos de la casa del rey, a la cúrele Sumaya, cuya mirada María trató de evitar. Estaba demasiado asustada para tener que soportar la soberbia y satisfacción de aquella mujer.

Llegaban a la casa de Hassan. A pesar de la muchedumbre que se agolpaba pudo distinguir la distancia porque avistaba la fuente de tres chorros que se encontraba ante ella y en la que a veces iba a recoger agua, ya que la vuelta era en rampa y le facilitaba el camino con los cántaros.

Alguien puso el pie ante ella para que tropezara y cayera al suelo. Rodó entre las cadenas. El soldado la levantó por el pelo y se puso en pie enseguida con uno de los tobillos doloridos y temiendo la reacción de Julio. Pero este parecía adormilado, como actuó la primera vez que lo prendieron. María se situó junto a él.

—Confía en mí —le susurró de manera casi inapreciable, pero el niño pudo entender por el movimiento de los labios de su madre.

Entraron en la casa del rey. La entrada era amplia, rodeada de columnas de mármol y decorada con una fuente de tres chorros como la que estaba fuera en la calle. Los grandes portones de la casa no eran lisos, sino que estaban cubiertos por pequeños triángulos de esmaltes de colores. Por toda la pared se formaban arcos ciegos, decorados con trozos de azulejos verdes, amarillos, rojos y negros. El brillo de los azulejos contrastaba con una cenefa de hojas y flores tallada en piedra mate que recorría toda la pared.

La muchedumbre quedó fuera y los insultos se oían ya lejanos. Ahora tan solo se escuchaban

las pisadas en el mármol de los zapatos de suelas metálicas de los soldados.

Frente a ella había tres arcos sobre columnas negras con hebras blancas, decorados en su parte superior con una gran concha de almeja dorada, en medio de un entramado de tallado en relieve que, desde donde se encontraba, parecía más un encaje en tela que una obra de decoración. A través de los arcos se veía la sala donde, sentado entre más hombres, se encontraba el Pachá.

María fue empujada al entrar, pero logró mantener el equilibrio y no caer. Hassan Pachá, el rey de Argel, se encontraba frente a ellos sentado en el suelo, como era costumbre en aquella sociedad. Hacía poco tiempo que Hassan había ascendido al poder, quizás de ahí su juventud, tendría poco más de treinta años y, sin embargo, María lo había imaginado parecido a Ari Morato. Hassan, a pesar de ser un renegado veneciano, tenía la tez tostada como la de ella y parecida a la de los moriscos. Llevaba la cabeza afeitada, podía apreciarlo por las pequeñas partes de la cabeza que dejaba libre su turbante en la nuca. Sus ojos eran oscuros y su mirada penetrante. Los observaba uno a uno, poniendo gran interés en la esclava. María fue consciente de la mirada de Hassan y se incomodó. Era del saber de todos la afición del Pachá a las mujeres y a los hombres por igual, con una lujuria dispar y poco frecuente que repugnaba a los cristianos.

A la izquierda de Hassan se encontraba Ari Morato, el mercader, suegro del Pachá y muy influyente, pues Hassan solicitaba su aprobación y escuchaba sus consejos. Al otro lado del rey había otros tres turcos, María supuso que más consejeros. Recorrió el salón con los ojos. A un lado, cerca de la pared, se encontraban en pie Dalí Mamí, Arnaute Mamí y Murad Rais. Las piernas de María se tambalearon con más fuerza que cuando la había mirado Hassan. A la izquierda se encontraban otros tres moriscos con turbantes y, junto a ellos, Blanco de Paz. Aquello la sorprendió y la atemorizó tanto como ver a Murad Rais. Lo único que le faltaba al clérigo corrupto, para superar los límites del hastío que María sentía por él, era que también anduviera entre renegados.

Miró de reojo a Murad, pero este no la estaba observando a ella, sino a Miguel, inspeccionándolo con sus ojos, deteniéndose en su mano tullida, en sus piernas o en su rostro. Sin embargo, ni siquiera reparó en Julio y eso la tranquilizó.

Colocaron a Miguel adelantado del resto. María miró hacia atrás, Julio estaba entre el resto de fugitivos a los que se habían sumado los que se habían entregado por voluntad. Faltaba uno, el Dorador. Las dudas de todos respecto a él fueron certeras.

Julio miraba hacia el suelo. Sin embargo, se oyó una voz.

—Zahid. —La voz de Dalí Mamí resonó en la sala y el niño giró su cabeza hasta él.

María enseguida observó a Mamí, que indicaba al chico que se acercara. Julio obedeció. No pudo apreciar de qué hablaban, pero el amo permanecía inclinado hacia Julio atendiendo a su discurso. Observaba las manos aún atadas con cuerdas de Julio. Su pulso no temblaba y admiró con orgullo su entereza y valentía.

El discurso de Julio acabó y este se dispuso a colocarse de nuevo con los fugitivos, pero Dalí le puso la mano en el hombro para que se quedara junto a él, demasiado cerca de Murad, visión que María no podía soportar. El hombro de Julio casi rozaba el codo del corsario. Todo aquel temor que la paralizaba, que la hacía temblar y asfixiarse, la invadía poco a poco.

Nadie hablaba. Los consejeros de Hassan susurraban a su oído, supuso que contándole la forma de huida. Dalí Mamí también se acercó a él, dejando solo a Julio junto a Murad. Las cadenas de María comenzaron a tintinear del temblor, tuvo que apartar la vista de ellos.

—Zahid. —Esa vez fue la voz de Hassan la que lo llamó y María sintió como si el frío de un

acero le atravesara el pecho hasta la espalda. Sabía del interés de Hassan por el niño y que pensaba en comprarlo con el tiempo para fines que la esclava no quería ni imaginar.

El niño se acercó al rey y oyó sus palabras mientras Dalí le desataba las cuerdas. No podía entender qué le decía Hassan, Julio solo asentía. Cuando hubo acabado el niño se apartó de ellos y se dirigió hacia la puerta para salir de la sala.

María tomó aire por la boca mientras sus ojos se cruzaron con los de Julio que, a pesar de parecer tranquilo, estaba tan temeroso como el resto. Ya no por él mismo, porque estaba exculpado, sino por quién dejaba atrás ante el rey.

Julio estaba libre de castigo y eso liberó el peso que cargaba, ahora solo le quedaba afrontar su destino con la mayor dignidad posible. Sus ojos se dirigieron hacia Ari Morato y fijó en él su mirada hasta que el mercader se dio cuenta de su intimidación. Ari le hizo un gesto inapreciable que María no supo entender, pero que la tranquilizó en parte. Pero tampoco sabía el porqué de su tranquilidad porque, aunque pudiera salir indemne de Hassan, ¿quién iba a protegerla de la furia de Murad, al que no se atrevía ni a mirar?

—¿Quién ha sido el forjador del plan? —preguntó Hassan.

—Yo —respondió Miguel—. Solo yo.

—¿Y ellos? Estaban contigo —dijo Hassan. Él los miraba uno por uno pensando en qué hacer con ellos.

—Solo yo debo ser juzgado —insistió Miguel.

Hassan irguió la espalda para poder ver a los esclavos que estaban tras los primeros.

—A los que os rendisteis, os perdono la vida —dijo y María escuchó tras ella suspiros y resoplos.

La mirada de Hassan se detuvo en el jardinero de Ari Morato.

—Sabemos que tu colaboración en la huida fue imprescindible aunque el esclavo Miguel diga lo contrario —le dijo—. ¡Serás ahorcado!

María se sobresaltó con el grito. Los soldados de Hassan se apresuraron a llevarse al esclavo de Ari Morato.

Hassan miraba ahora a Miguel.

—Te perdonaré la vida si me dices quién más participó —le propuso el rey.

María miró a Miguel, temiendo que el trato que le ofrecía Hassan no entrara en las convicciones del esclavo. Ella podía dar nombres, conocía a algunos que participaron y que ni siquiera estaban allí, como el monje Antonio Sosa o Santiago.

—Nadie más —respondió Miguel.

María miró a Ari Morato con desesperación. El mercader no rehuyó su mirada, pero no entendía qué quería decirle la esclava.

—Arnaute. —El rey llamó al corsario—. ¿Estos son tus esclavos? —El corsario asintió—. Átalos bien a tus baños y que no vuelvan a escapar —le dijo—. Si alguno vuelve a intentar la fuga, correrá peor suerte que el jardinero.

Arnaute se dirigió hacia los esclavos que estaban junto a María y los sacó de la sala.

Hassan se dirigió de nuevo a Miguel. Se disponía a hablar, pero su suegro, Ari, se acercó a su oído para susurrar algo y el rey dirigió sus oscuros ojos hacia ella.

—Murad. —Llamó al corsario—. ¿Esta es la esclava que no quieres vender?

Murad miró a María. La esclava pensó que de ser su mirada un látigo la hubiese partido en dos.

—Ella no tiene nada que ver —intervino Miguel y María enseguida abrió la boca para replicar.

—¡Silencio! —gritó el rey y todos callaron.

María solo podía oír el tintineo de las cadenas que producía la flojera temblorosa de sus muñecas.

—Murad —volvió a llamarlo para que respondiera.

—Sí —respondió su amo.

Hassan la observó de una manera que a María le costaba soportar, luego el rey sonrió con sarcasmo.

—Una mujer huyendo de Murad Rais —dijo y el resto de su consejo rio.

María no quiso ni mirar la expresión de su amo. Apreció que entre los mismos turcos había rivalidad y aprovechaban la primera oportunidad para mofarse de otro, tanto más si el otro era un fuerte rival. Ser Pachá de Argel no era un título hereditario, sino elegido de forma popular y se suponía que Murad era uno de los candidatos con más fuerza. Quizás Hassan temía ver su puesto en peligro o quizás la falta de humildad del corsario molestaba a los propios turcos.

—¡Acércate! —le ordenó a María y esta dio unos pasos hacia él.

—Ella no sabía nada de la fuga, la engañé —intervino Miguel.

—¡Silencio! —gritó Hassan mientras volvía a dirigir sus ojos hacia María.

María miró de reojo a Blanco de Paz, preguntándose qué demonios hacía allí el repulsivo clérigo. Quizás por su condición de inquisidor, para estar presente cuando un esclavo era condenado a morir si no se convertía. Tuvo que hacer gran esfuerzo por no escupirle en la polvorienta y descolorida sotana. Murad se había acercado a ella. Tener al amo a un lado y al rey de Argel frente a ella intensificaba todo aquello que la estaba azotando.

—Es hermosa —le dijo Hassan a Murad—, pero tiene la espalda marcada por la traición. Traición que vuelve a cometer. Creo que disfrutarías más del oro que te pagan por ella.

—¿Cuál es su condena? —preguntó Murad sin mirar a su esclava. Hassan miró a Murad y sonrió.

—Este esclavo dice ser el único que debe ser juzgado por la culpa, así que tendrás una oportunidad más de doblegar el temperamento de tu peculiar cautiva —le respondió el rey.

María dirigió enseguida sus ojos hacia Ari Morato, ahora estaba cerca.

Ari Morato se levantó y se dirigió hacia Murad.

—Reconsidera mi oferta por ella —le dijo.

No es eso.

María suspiró. El rey intervino, igualando la oferta de Murad, y corsario y Pachá comenzaron a dialogar entre susurros.

Ari se dirigió hacia María con rapidez, conduciéndola hacia fuera de la sala. La joven entendió que Ari solo había iniciado una disputa para ganar el margen que María necesitaba para hablarle. La esclava echó una última mirada antes de salir a Miguel, que permanecía frente a Hassan con asombrosa entereza si era consciente de lo que le esperaba.

—Acabemos el trato —le susurró María al mercader sin demorarse. Murad ya se dirigía hacia ellos—. Yo salvé tu vida, mantenlo con vida a él.

Ari Morato sonrió.

—Es cierto entonces lo que dice ese inquisidor —respondió.

María tomó aire y la ira le recorrió el cuerpo. Aquel miserable inquisidor estaba difamando todo lo que creyó ver entre ella y Miguel. Cerró los ojos al pensar que también Murad lo habría

oído. Negó con la cabeza.

—Ese inquisidor nunca lo entendería —respondió y la sonrisa de Ari aumentó.

Murad estaba ya junto a ellos y Ari se apresuró hacia la sala de nuevo. El amo tomó las cadenas de María y tiró hacia él, haciendo que la joven se acercara a su cuerpo. No le dijo palabra, ya con la mirada fue suficiente para que la muchacha fuera consciente de que los palos que recibió de Sumaya no iban a ser nada comparado con lo que le esperaba.

El amo caminaba rápido de regreso a casa. No le dirigía su mirada ni su palabra, tan solo caminaba con las mandíbulas tensas y con la mirada enloquecida, como si fuera capaz de matar al primer desdichado que se tropezara con él.

No tardaron en llegar a la casa. Las esclavas, Thamir y otros corsarios de Murad acudieron enseguida. La expresión de sorpresa al verla con vida y de temor hacia el rostro del amo se reflejó en sus caras. Se apartaban al paso de Murad. Este salió al patio y lo atravesó, rodeó los baños en los que dormían las esclavas y accedió a aquella otra parte que María no solía frecuentar, los baños de los esclavos varones. Tuvo que abrir una de las puertas, puesto que los varones sí dormían encerrados por las noches, al contrario que las esclavas, cuya puerta permanecía siempre abierta.

Murad empujó a María a su interior y la joven cayó al suelo.

El amo salió y gritó para echar a corsarios y esclavas, que esperaban expectantes en el patio. Luego volvió a entrar en el baño donde se encontraba, aún en el suelo, su esclava María.

—A pesar de tus marcas, desde el día que llegaste deposité mi confianza en ti —le reprochó.

María lo vio acercarse a ella como si fuera a golpearla o a matarla. Nunca le había visto aquella expresión, ni siquiera cuando llegó tarde aquella noche. Apoyó una de sus manos en el suelo mientras con la otra se cubría la cara. Por primera vez pensó que realmente iba a matarla. Cerró los ojos, esperando el golpe. Pero tan solo notó cómo el amo la cogía del enmarañado pelo.

—Te ofrezco la libertad, te ofrezco compartir todo lo que tengo —le gritó, inclinándose hacia ella, y tiró de su cabello para acercarla a él—. ¡Y te atreves a rechazar a Murad Rais, el Grande, para fugarte con un esclavo tullido!

Se levantó y volvió a gritar, esa vez en turquesco. No entendió una palabra y prefería no hacerlo. El amo salió y cerró la puerta de un fuerte golpe dejando a María sola en el baño.

Las infamias de Blanco de Paz habían aumentado las consecuencias de la fuga. Supuso que, para su amo, el rechazo de una esclava a su grandeza lo molestaba, pero que la esclava se inclinara por un humilde esclavo impedido… eso su orgullo no podía digerirlo. Seguía oyéndolo gritar fuera.

Apretó sus sienes con las manos. Aquel maldito clérigo había iniciado con sus infamias mucho más de lo que seguramente imaginaba, su venganza hacia ella o hacia el propio Miguel. Fuera como fuera, aun con el enojo del amo, aquella mentira desviaba la atención de Murad y de todos, haciendo que Julio, la verdadera razón de todo, pasara desapercibido. Mientras que Murad se centrara en el esclavo como la razón de su huida no se acercaría a Julio.

Cerró los ojos mientras apoyaba su cabeza en la pared para asimilar todo lo que había ocurrido en las últimas horas: Julio había regresado a casa de Dalí sin castigo alguno, Miguel no moriría y ella tampoco. Después de todo, aunque la fuga no hubiera salido bien, Dios había estado de su lado. ¿De qué manera si no pudieron lograr un mal final tan esperanzador?

35

24 de enero de 1579. Argel

Caminaba a paso firme hacia la casa de Ari Morato, lo acompañaba Thamir. No le era difícil caminar entre el bullicio, la multitud lo conocía bien y se apartaban a su paso. Un grupo de moriscas cuchicheaban junto al pozo.

El emisario de Ari le dio paso enseguida, aunque prefirió que Thamir esperase en la puerta. Esperaba al mercader en el jardín.

Era invierno, no era época de razias, sin embargo, para él la estación del año nunca fue impedimento. Pero esa vez intentaba retrasar la partida del corso, algo que estaba llamando la atención de los corsarios. La fama el Argel podía ser efímera, perder el respeto que le había costado años, todo lo que anhelaba desde que lo apresaron cuando era un niño.

Vio al mercader entre las columnas del edificio, se dirigía hacia él con paso tranquilo, erguido y con las manos en la espalda.

—¿Qué trae por aquí al gran *gazi* de Argel? —lo saludó con una amable sonrisa.

Murad hizo un gesto con la cabeza como saludo.

—Sé por mis emisarios que llevas unos meses sin salir de Argel —añadió el hombre—. ¿Desde la fuga de esclavos, quizás?

Murad desvió la mirada de Ari, era difícil engañar a aquel hombre. Por esa razón era consejero de reyes.

—Encerrada en un baño no puede escapar —siguió Ari inclinando la cabeza para encontrar de nuevo los ojos de Murad. El mercader sabía que aquellos ojos eran bien deseados por mujeres de cualquier condición de Argel. Esclavas que soñaban con que las invitase a renegar o hijas de turcos cuyas dotes beneficiarían al corsario.

—Encerrada en un baño puede morir —respondió Murad.

Ari entornó los ojos hacia él. De todas las mujeres que podían darle a Murad un beneficio, fuera económico o personal, quizás el corsario puso sus ojos en la más complicada.

—¿Cómo está? —preguntó por aquella esclava que solía llamar su atención por diferentes motivos.

—Cada día más débil. —Bajó los ojos de nuevo—. Hassan me ordenó cinco meses. —Cogió aire y miró a Ari—. No aguantará cinco meses.

Ari ladeó la cabeza mientras Murad volvía a coger aire con fuerza.

—Hablaré con Hassan, pero evita que María pasee por Argel las primeras semanas. Sabes las consecuencias de salir impune de una fuga.

—No ha salido impune. —Apretó los dientes—. Casi no puede moverse.

El mercader miró las manos de Murad, estaban cerradas formando un puño.

—Si temes su muerte, sácala de ese baño cuanto antes. —Ari le dio una palmada en el hombro—. Es fuerte, se repondrá pronto.

Pero vio que sus palabras no liberaron la tensión del corsario.

—¿Crees que volverá a hacerlo? —preguntó Murad. Ari era el único que podía darle una respuesta cercana a lo que podía pasar con María.

El mercader sonrió y le apretó el hombro.

—Hay esclavos completamente impredecibles, son los menos para fortuna de los que os

dedicáis a tratar con ellos. —Entornó sus ojos pequeños—. Tienes una esclava peculiar. Las mujeres suelen elegir el camino más fácil. No gozan de la fortaleza física para rebelarse, pero tienen armas mucho peores, créeme. Y no dudan en usarlas en su beneficio.

Dio unos pasos hacia el interior del jardín y Murad lo imitó.

—Sin embargo, tu esclava no tiene el comportamiento normal que se espera de una mujer, mucho menos de una mujer cautiva. —Miró de reojo a Murad—. Más llamativo a mis ojos cuando el amo eres precisamente tú —sonrió—. La explicación más sencilla podría ser que tu esclava fuera fiel devota cristiana. Pero entonces pasaría sus horas libres en misa o confesión y no planeando fugas con ningún grupo de esclavos.

Murad miraba pensativo la hilera de árboles frutales del jardín.

—No conoces a tu esclava, no sabes nada de ella. Quizás haya una razón que la hace ser como es —volvió a sonreír.

Murad negó con la cabeza.

—Traicionó a los suyos para salvar a su antiguo amo —lo interrumpió Murad—. Claro que hay algo que la hace ser como es.

Ari asintió con la cabeza.

—El mismo amo que le hizo eso que tiene en la espalda. —El anciano alzó las cejas.

—Al principio pensé que esa fue la razón por la que decidió ayudar a Mohamed —negó con la cabeza—. Por eso fui duro con ella, más que con el resto.

Ari dio unas carcajadas.

—No teme al castigo como has podido comprobar. No es la forma.

Murad apretó la mandíbula.

—¿Y cuál es la forma? En cuanto recupere las fuerzas volverá a intentarlo, en cualquier momento —negó con la cabeza.

Murad detuvo el paso, volvía a respirar acelerado. Ari se puso frente a él.

—Cada noche —dijo Murad bajando la cabeza—. Maldigo el día en que la encontré en aquella fragata.

El mercader no añadió nada a sus palabras, permanecía en silencio.

—Hasta aquella noche que la vi en la cubierta pensaba que poseía todo lo que quería —añadió y Ari sonrió.

—Y pensaste que también podrías ser el dueño de ciertos ojos grises. —Apretó el ancho hombro del corsario.

—Pensé que podría ser una esclava más. —Respiraba por la boca—. Ahora ningún botín me satisface. Y ni siquiera sé por qué me pasa esto. —Alzó un brazo y apretó el puño—. He tenido esclavos sumisos, Arnaute me enseñó qué hacer con ellos. —Miró los pequeños ojos de Ari—. ¿Por qué con ella no puedo?

Negó con la cabeza.

—Esto no me puede estar pasando. —Expulsó aire con fuerza por la boca—. Es solo una esclava, no tiene poder ni influencia ni nada de lo que siempre he deseado tener. Tendría que venderla, enviarla a Constantinopla, quitarla de mi vista para siempre. Y que todo vuelva a ser como antes.

—Ni por mil ducados —le recordó Ari—. Ni por diez esclavas.

El corsario volvió a apretar la mandíbula de aquella manera que tensaba toda su cara.

—Y temes que vuelva a huir —añadió.

—Temo lo que conlleva una huida para ella —respondió Murad—. No puede escapar de

Argel. Y mientras sea esclava no puedo protegerla.

—Llevas muchos años tratando con esclavos, Murad. Sabes cómo suelen terminar los que son como ella.

Murad dio unos pasos atrás. No podía demorarse más tiempo, tenía que sacar a María de los baños ahora que Ari lo apoyaría frente a Hassan.

—Mohamed encontró su debilidad —dijo antes de marcharse—. Y yo la encontraré también. Entonces esta pesadilla acabará.

Ari negó con la cabeza y Murad frunció el ceño esperando la explicación de la negativa, pero Ari no añadió nada más.

—Intenta que sobreviva —fue lo único que el mercader le respondió.

***

Entró en su casa a toda velocidad, dejando atrás a Thamir. Llevaba las llaves de la celda de María consigo todo el tiempo, nadie salvo él podía entrar en el baño.

La pestilencia de aquel habitáculo era insoportable. María convivía con sus heces, orines y aquella sangre que expulsaban las mujeres cuando no estaban en cinta.

La esclava estaba en un rincón tumbada en el suelo. La escasa comida y la razón de agua le hicieron ir perdiendo fuerza hasta llegar a un estado lamentable.

—¡María! —Solía entrar en el baño una vez a la semana, el día que la ración de María era más completa. Aunque no solía hablarle ni siquiera mirarla. Se limitaba a dejar el plato en el suelo y a volver a salir de allí.

María no respondió y corrió hacia ella. Había enviado a Thamir a buscar a Aisha, ella sabría qué hacer, a qué curandero buscar y todo lo que María necesitase hasta volver a ser lo que era antes de la fuga.

La cogió en brazos y la sacó al patio. La joven entreabrió los ojos con la luz, demasiados días en penumbra la estaban cegando. Estaba sucia, los mechones del pelo estaban pegados unos a otros. Nudos que poco le importaban en aquel momento que tuviesen que cortar mientras su dueña se recuperase y sobreviviera.

Le cogió la cara, la muchacha respiraba, pero no se movía, dudaba que escuchase su voz. Dejó la caer la cabeza de la esclava en su hombro y se apresuró a llevarla a casa de Alí Jafar.

36

17 de febrero de 1579. Argel

Aisha le abrió la puerta para que viera el dormitorio donde tenía a María. La joven dormía todo el tiempo.

—La fiebre le ha bajado —dijo la renegada con una sonrisa—. Ahora solo necesita tiempo.

Las esclavas de Jafar habían aseado a la muchacha, la suciedad había desaparecido, también la pestilencia, y aunque no podía distinguir bien su pelo bajo su cuerpo, podía apreciar que la larga melena de la muchacha no era ahora tan abundante.

Con la tez limpia pudo ver las consecuencias de un encierro de casi tres meses. La pérdida de peso era notable, lo notaba en sus pómulos que se habían reducido de forma considerable, haciendo que resaltasen las cuencas de los ojos.

Murad entornó los ojos hacia la cara de María. La debilidad famélica podía arrebatar la belleza en cualquier humano, pero ni siquiera una apariencia cadavérica podía arrebatarle nada a María. Su cuerpo era tan inmune a los ataques como su interior lo era contra él.

Aisha lo observaba de reojo.

—Hiciste bien en sacarla de allí, no hubiese aguantado viva hasta el final —añadió la joven —. Te honra como amo.

Murad bajó la cabeza.

—Pasa. —Se apartó para dejarlo entrar.

Murad dudó un momento. La mejoría en María le había liberado levemente de un malestar que estaba padeciendo desde que la veía apagarse cada semana que entraba en el baño. Sin embargo, sabía que en cuanto la joven recuperase su fuerza física y, lo que más le costaba llevar, aquella fuerza interior incontrolable, regresaría también el temor de que ella volviera a intentarlo.

Aisha lo había dejado solo con María. Se acercó despacio a la muchacha, sigiloso, sin hacer ruido. No quería que viese que él estaba allí. Él era su amo, tenía que permanecer indiferente, ajeno, lejano. No estar más preocupado por ella que por un cañón roto. Una pertenencia defectuosa que quizás tuviera que sustituir.

Acercó los dedos a la mejilla de María, pero se detuvo antes de rozarla mientras observaba su respirar tranquilo.

Le encantaba la sombra que hacían las espesas pestañas de María bajo sus ojos. Aquellas pestañas oscuras, largas y abundantes, guardaban los iris más hermosos de Argel. Recordó la primera vez que los vio en la galera. Cada noche de insomnio, de malestar, maldecía haber atacado a los cristianos que apresaban a Mohamed. Porque desde aquella noche unas cadenas invisibles apresaban su garganta y estas eran más fuertes que las que él usaba contra sus esclavos.

Se decidió a tocarla, la piel de María estaba áspera, como se tornaba su propia piel cuando escaseaba el agua en alta mar. Rodeó la cama y se situó a la espalda de la joven. Los huesos de sus hombros se marcaban y habían perdido aquellas formas redondeadas que tanto le gustaban de su cuerpo. Entre las sábanas podía apreciar las oscuras cicatrices de la muchacha. No entendía cómo se empeñaba en escapar cuando las consecuencias eran dolorosas y su propia vida peligraba y, sin embargo, rechazaba la libertad que él podía ofrecerle. Por más que buscaba no encontraba la razón. Una parte de él, la que lograba enfurecerlo a límites inimaginables, culpaba

al esclavo tullido y lo que María pudiese sentir por él. Pero aquellas marcas de latigazos profundos eran anteriores a Sajá Veidrá. Ya lo hizo otra vez, la razón era mucho más antigua. Quizás su razón estaba en España, tal vez era mentira que fuese viuda. Cientos de posibilidades le pasaban por la mente. Pero María no recibía correos ni noticias de familiar alguno, nadie la reclamaba, parecía estar completamente sola. Y él conocía bien que en la absoluta soledad renegar era la mejor opción.

María seguía respirando, como lo hizo los días encamada tras los palos de Sumaya, como lo haría cuando se recuperaba de los latigazos de Mohamed. Sobrevivía uno a uno a los castigos que no siempre superaban los esclavos. Una fuerza superior que él solía buscar entre soldados y le costaba encontrar en los hombres.

Sí, María respiraba. En unos días estaría en pie y volvería a ser la esclava difícil que siempre había sido.

Acercó su mano hacia la más gruesa de las cicatrices, era rugosa, un tacto que no le resultó desagradable a pesar de la importancia que las mujeres que conocía le daban a tener una piel impecable. La piel suave de las mujeres solo significaba el uso de aceites y ungüentos. Mucho más interesante le parecía el significado de aquellas cicatrices de su esclava, cuya razón lo hacía meditar la mayor parte del tiempo. Notó un leve movimiento en María y apartó la mano de ella. Temía que se despertase.

Se apartó de la cama y salió de la habitación. Había decidido que María seguiría con Aisha hasta que se recuperase.

La renegada lo esperaba en el pasillo. Murad cerró la puerta tras él.

—Gracias —dijo a la muchacha.

Aisha negó con la cabeza quitándole importancia. Ella la consideraba una amiga, lo hubiese hecho aunque Murad no se lo hubiera pedido.

—Le dirás a María que fuiste tú quién insistió en sacarla del baño —dijo Murad firme y Aisha se sobresaltó—. Tú imploraste su liberación, durante días, hasta que accedí a pedir permiso para sacarla de allí.

Aisha abrió la boca para preguntar la razón.

—Y así será para todo Argel. La salvaste de morir —añadió Murad y la joven cerró la boca.

Aisha asintió intentando entender las razones por las que Murad decía aquello. No erró cuando le dijo a María que su amo era muy distinto a Jafar.

Murad se marchó hacia el jardín, donde estaba la escotilla que lo llevaría hasta su casa.

37

15 de febrero de 1579. Argel

Había estado tres meses encerrada como castigo, tiempo en el que no había podido ver a Julio ni tampoco comunicarse de ninguna manera con él.

Ari Morato consiguió que Miguel se librara de la pena de muerte de Hassan y, no solo eso, también que el rey comprara al esclavo de Dalí Mamí. Aquel hecho llamó la atención de esclavos, renegados y turcos en Argel, pues Hassan nunca perdonaba un intento de fuga y más cuando la fuga implicaba a tantos esclavos, lo cual significaba una gran pérdida de dinero. Desconocía si el rey habría pagado el total del precio que el corsario pedía por él o habían llegado a algún acuerdo. La realidad era que Miguel ya no dormía en los baños de Dalí Mamí, sino en los del rey, donde estaba la iglesia y rondaba Blanco de Paz.

Tampoco había podido ver aún al esclavo tullido. Hassan le perdonó la vida, pero fue condenado a cinco meses de encierro, encadenado a uno de los baños. Algo parecido a lo que Murad hizo con ella y, por lo que sabía, también hicieron los amos con el resto de prófugos por orden de Hassan.

El amo, desde el momento en que regresó con ella de la casa del rey, la metió en el baño y dio orden de que nadie se acercase a ella, excepto para arrimarle la escasa comida con un palo, amenazando con cortar las manos del que se atreviera a ofrecerle algo más de agua o alimento de lo que él había dispuesto para ella. Este se reducía a una cubeta de agua diaria, un trozo de bizcocho de galeote y algo de pan de trigo. Tan solo un día a la semana, el Xuma, el propio Murad abría la celda y le llevaba una escudilla de menestra de aceite y doble ración de pan de trigo.

Aquellos fueron los tres meses más duros de toda la vida de María, pues los piojos y las pulgas se hicieron cada vez más insoportables, sin contar las molestias en la piel que le provocó la falta de aseo, más aún siendo mujer, ya que su cuerpo continuaba con los sangrados periódicos.

Murad no tenía intención de liberarla tan pronto, pues coincidió con Hassan en establecer su castigo en cinco meses. Pero Aisha, conociendo el estado en que se encontraba María, mal alimentada y en condiciones insalubres, comenzó a disuadir al amo. Aisha temía que la debilidad y la suciedad la hicieran enfermar y morir, y le transmitió su temor a Murad consiguiendo que el corsario se ablandara y le entregara las llaves del baño para que ella misma la liberara, bajo la promesa de que ella se encargaría de la joven hasta que volviera a estar sana y recuperada.

Las condiciones en las que la encontraron eran lamentables. Varios días necesitaron las esclavas de Aisha para limpiar y desparasitar a la joven. Esa vez no hubo aceite que arreglara los nudos de su pelo y la propia Aisha se lo cortó a media espalda. La alimentó, pero el estómago de la esclava estaba ya tan atrofiado que vomitaba todo, alimento que la renegada le proporcionaba volvía salir por donde entraba, produciéndole a María agudos dolores.

Tres semanas necesitó Aisha para devolverle a la esclava la salud del cautiverio en la penumbra en la que la había sumido Murad. En aquellas tres semanas María entabló con Aisha una relación mucho más estrecha que en la que en principio tuvo cuando iba a servirla. Los favores que ya le hizo en el pasado, sumados a la gran atención que recibió en los momentos en que hasta ella misma temió su propia muerte, la unieron a la mujer de Jafar en un gran cariño

mutuo.

En casa de Jafar pudo apreciar el infierno que también se vivía, pues el amo era déspota con esclavos y esposas. Un hombre eternamente enfurecido sin aparente motivo, que explotaba en ira sin razones, lanzando objetos o propinando bofetones a quien tuviera la desdicha de estar cerca.

María fue testigo del trato que Aisha recibía de su esposo. Podía apreciar en ella el temblor en cuanto los pasos metálicos de las suelas de Jafar se oían por la casa. El mercader la humillaba con frecuencia y solía darle órdenes como si se tratara de una esclava más y si notaba en su esposa la más mínima expresión de disgusto mientras le obedecía, no dudaba en darle bofetones y patadas tan fuertes como podía. En las noches podía oír cómo sometía a la hermosa joven a sus lujuriosos deseos, a la fuerza y sin miramientos, para luego echarla de sus aposentos medio desnuda y entre sollozos. Aquella era la vida que Elena había aceptado para que Jafar no atara a Santiago a una galera.

María se disponía a regresar a casa de su amo, algo que la apenaba en gran medida porque, aunque la casa de Jafar no fuera ningún paraíso y aun cuando este ya la trataba como a una esclava suya más, al menos tenía a Aisha, que era leal a ella y persona de confianza. Algo de lo que carecía en la casa de Murad.

La renegada se encontraba en pie en su dormitorio, cuya ventana daba al jardín, como ocurría en todas las habitaciones de las casas de los turcos. Alargó la mano hacia la de María.

—Ojalá Murad me permitiera comprarte —le dijo con lágrimas en los ojos.

María se extrañó de las lágrimas de la renegada. Era cierto que regresaba con su amo, pero continuaría junto a ella cada vez que Murad se lo permitiera, más ahora que le debía la salud y quizás la vida. Algo le pasaba a la joven, llevaba días muy abatida. María era consciente de que con la presencia de Jafar en la casa la joven esposa no podía encontrarse con Santiago en ningún momento, aún menos cuando su acompañante de confianza, María, estaba recuperándose de un desdichado cautiverio.

Se acercó a la renegada y esta se giró hacia ella y la abrazó. El llanto de Aisha aumentó cuando la esclava apretó sus brazos contra ella.

—María —le dijo, apartándose para poder mirarla—. Tengo que decirte algo. Ya no puedo más, necesito…

No podía continuar hablando y María le puso la mano en la espalda. La intuición de la esclava la dirigía tan solo por un camino. Casi sabía lo que iba a escuchar.

—Espero un hijo —confesó—. Y no es de Jafar.

Su intuición, por desgracia, nunca fallaba en los malos augurios. Era consciente también de la evidencia de que el hijo no fuera de Jafar, puesto que este estuvo meses en Constantinopla y, por lo que sabía, había regresado mes y medio después de su cautiverio. Desconocía de cuánto tiempo podría estar Aisha embarazada, pero podía deducir, por simple lógica, que la renegada había esperado el tiempo suficiente para decirlo, quizás albergando la esperanza de perderlo en los primeros meses, algo muy frecuente en las madres primerizas.

—Y tengo miedo. —María volvió a abrazarla.

Realmente no sabía qué responderle. La situación era tan mala como pocas eran las posibilidades de huir de ella puesto que, de seguir adelante, el niño nacería antes de lo que Jafar esperaba y, por muy temprano que fuese, los meses no le cuadrarían. Sin ninguna duda, lanzarían a Aisha y a su hijo al mar.

María tomó aire. Era ya mucho el aprecio que sentía por la renegada como para mantenerse al margen de su problema. Y Santiago había hecho demasiado por todos también. Volvió a tomar

aire, pensando que el temor que siempre tuvo a crear lazos con otras personas, en libertad o en cautiverio, era para no implicarse en asuntos que a ella y a Julio no les concernían. El lazo con Miguel le costó el trato con Ari Morato, un trato que quizás necesitaría más adelante, pero ya estaba agotado. El lazo con la cristiana Elena, llamada ahora Aisha, le costaría quizás las dos orejas y la furia de Murad, además del sufrimiento de perder a una amiga de una forma trágica, como sería el final de aquella historia. Aun así, no se sintió culpable de faltar a sus convicciones y no estaba arrepentida de haberse acercado a ellos. Era sorprendente la fuerza de las uniones surgidas en la esclavitud. Seguramente ningún amo era consciente de ello. Y aunque a veces algún esclavo, como el Dorador, se saliera del tiesto y traicionase a los suyos por miedo, o por adquirir popularidad, la mayoría de las veces se creaban relaciones sinceras, como la establecida entre Aisha y ella, o como la que mantenía con Miguel.

—Ya pensaremos la manera —le dijo—. Pase lo que pase, estaré contigo en todo momento.

Aquellas palabras le costarían las orejas, estaba segura, pero permanecería junto a ella. ¿Cómo iba a dejarla sola ante aquella situación?

—¿Santiago lo sabe? —preguntó María y Aisha negó con la cabeza.

—Con Jafar aquí no me atrevo a acercarme a él —respondió—. Si llegado el momento se entera de… —suspiró con ansiedad—. Lo matará también. —Retomó el llanto—. Y a la pobre criatura —añadió.

María sintió un impulso en el pecho de hacerle a la renegada una promesa que no fue capaz de pronunciar, puesto que no creyó que pudiera cumplirla. Pero conocer el temor de Aisha a que Jafar matara a su hijo la hizo enlazarse con ella en su sufrimiento sin poder evitarlo. Ahora, a su problema principal, que era sacar a Julio de Argel, se le unía su nueva situación con Murad, el esclavo Miguel, la renegada y, quizás, una criatura. Acabaría cayendo de aguantar tanto peso sobre sus espaldas. No llevaba ni un año en Argel y cada vez estaba más segura de que acabaría empalada a los pies de Hassan.

***

Murad había salido y no regresaría hasta la noche. El amo volvía a ignorar su presencia, pero continuaba sin dejar que le llevaran más comida de la ordenada. Tenía prohibido acercase a las cocinas o a la despensa. Era habitual en los amos emplear aquel proceder como castigo o presión para que fuera el propio esclavo el que, en sus horas libres, trabajara para alimentarse. Tendría que hacerlo como tantos otros lo hacían. Pero aquella tarde tenía otro objetivo: avisar a Santiago.

No era agradable dar la noticia en aquellas circunstancias y ser la portadora le producía cierta ansiedad. Pasó por la entrada de los baños, en uno de los cuales estaría Miguel, aislado, tal y como estuvo ella.

De lejos reconoció al monje Antonio Sosa y con él estaban otros caballeros que solo conocía de vista, ninguno de ellos era Santiago. Anduvo buscando con la mirada alguna sotana negra, temiendo que fuera el miserable y verrugoso Blanco de Paz, porque no sabía de qué forma era capaz de abordarlo, ya que parte de la ira de Murad era por su culpa.

Halló una sotana negra, pero no era la del inquisidor, sino la de fray Feliciano, amigo de Miguel, y al no encontrar ninguna otra cara conocida se acercó a él para preguntarle por Santiago. El fraile la recibió con amabilidad.

—Me alegra verte —le dijo—. No había buenas noticias sobre ti.

María no quiso dar pie a una conversación sobre su castigo, no quería ni recordarlo. Los días y las noches en la penumbra, en la completa oscuridad, con hambre, sed y a punto de perder la cordura. Pero no tenía tiempo, necesitaba encontrar a Santiago y después probar si podía ver a Julio.

Un esclavo se acercó a ellos. María se giró hacia él porque por un momento pensó que era Santiago, pero no lo era. No recordaba su nombre. Tras él estaba el amigo italiano de Miguel, cuyo nombre le costó aprender: Lopino.

—Estoy buscando a Santiago —dijo, ignorando la presencia de los dos nuevos esclavos que se le acercaron—. Necesito verlo.

—Santiago está en el muelle preparando la artillería de una nueva galera. —Aquellas palabras pesaron como una losa. El muelle estaba lejos de los baños y aún más lejos de la casa de Dalí.

—Puedo buscarlo —se ofreció el esclavo al que no conocía—, y decirle que se pase por aquí cuando acabe.

María negó con la cabeza.

—Iré yo. —Se dispuso a marcharse, pero el esclavo le agarró el brazo—. Necesitamos que nos hagas un favor.

El espanto de la esclava se tuvo que reflejar en sus ojos porque los tres hombres se dieron cuenta.

—Escucha. —Se acercó a su oído—. Necesitamos que encuentres la forma de ver a Miguel.

La maraña de tratos y peticiones se estaba enredando a su alrededor tanto como solía hacer su pelo, hasta el punto de que la única solución era cortarlo. Y lo hubiese cortado de buena gana, ya que no conocía de nada a aquel esclavo aunque estuviese acompañado de dos amigos de Miguel. Pero al estar su nombre en aquella frase no podía decir que no, cuando ella misma y muchos otros estaban vivos gracias a él. Suspiró.

—Al principio nos dejaban visitarlo alguna vez —añadió el fraile—. Pero ahora solo me lo permiten hacer los domingos y para el próximo domingo ya es tarde.

No entendía nada, pero prefería no pedir explicaciones. Y ¿cómo demonios pensaban aquellos cautivos que ella podría entrar en el baño de Miguel?

—Nosotros ya lo hemos intentado todo —le explicó el italiano—, y no nos fiamos de confiar en nadie más.

—Mientras que buscas la manera —dijo el esclavo de nombre desconocido—, traeré a Santiago.

María miró hacia un lado. La presión que sentía en el pecho desde que tuvo conocimiento del estado de Aisha se hizo aún más intensa.

—Haré lo que pueda —respondió.

—Debe de ser hoy —la presionó el clérigo—. Solo hoy.

María frunció el ceño sin entender nada.

—No podemos contarte nada aquí —le susurró el italiano—. Él te lo explicará.

Los tres hombres se marcharon. Si le llevaban a Santiago, no sería una gran pérdida de tiempo visitar a Sajá Veidrá y luego podría ir a ver, aunque fuera de lejos, a su hijo cuando este regresara de la mezquita donde el morabuto le enseñaba cuentas con el ábaco.

***

No sabía a dónde acudir y acudió a la única persona que podía ayudarla, Ari Morato. Su trato con él había concluido y no podría pedirle nada más, sin embargo, había pensado una manera para que este le permitiera ver a Miguel.

El emisario de Ari Morato la trató con amabilidad. María era persona grata en la casa del mercader y eso no tenía nada que ver con el fin del trato. Esperaba al mercader en una de las salas de mármol de su palacio. Hacía frío en aquella casa, supuso que por la amplitud de las estancias. Argel no era una ciudad demasiado fría en invierno. María tan solo llevaba su vestido de esclava, ahora de largas mangas, y un *jaique* con el que solía envolverse cuando caía la tarde.

Ari no tardó en llegar y la recibió como a una amiga en lugar de como a una esclava. Ya no se debían nada mutuamente, pero parecía que aquel hombre era verdaderamente casto y humilde a pesar de ser renegado. Ari era entre los turcos como Blanco de Paz entre los esclavos, un hombre peculiar.

—Siento mucho no haber podido venir antes para agradecerte lo que hiciste —le dijo la joven—. No me ha sido posible.

Bajó la cabeza sin dejar de mirar la expresión del renegado. En su cara pudo ver que conocía su cautiverio en los baños de Murad, dudaba si también sabía de la crueldad de las condiciones.

—Lo sé —respondió—. No pude hacer nada, lo siento. No me permite comprarte. —Hizo una pausa—. Aunque ya haya cumplido mi parte del trato, sería de mi agrado que pasaras a ser parte de esta casa.

María sonrió, supuso que ser la esclava del mercader cambiaría mucho su modo de vida.

—Gracias por lo que hiciste por Miguel —le dijo la esclava.

—Me pediste que lo mantuviera con vida —respondió él—, y está vivo. Era nuestro trato.

María bajó la cabeza y se mordió el labio. Era su oportunidad, tenía que intentarlo.

—¿Hay alguna forma de que pudiera verlo? —pidió con humildad sin levantar la vista.

Ari Morato sonrió.

—Rechazas la riqueza de un corsario muy admirado entre los nuestros y te inclinas ante un esclavo medio inútil —dijo el mercader y María levantó la cabeza—. No deja de ser llamativo…

La esclava guardó silencio mientras Ari la observaba esperando la respuesta a su petición.

—Uno de mis guardias te acompañará hasta la celda —le dijo, poniendo una mano sobre el hombro para que lo acompañase.

María esbozó una sonrisa. Si la visita a Miguel era para alguna cosa comprometida, lo lamentaba por la buena intención del mercader.

***

La puerta del baño se abrió y María vio a Miguel atado con grilletes y cadenas. No estaba tan sucio ni cubierto de pulgas como ella. Y supuso que tampoco estaba tan mal alimentado puesto que, aunque lo estaban castigando, tenían que evitar su muerte o de lo contrario perderían quinientos escudos de oro, y eso era demasiado dinero.

Miguel se sorprendió de ver a la esclava y, para desilusión de María, apartó la mirada de ella con decepción. La puerta del baño se cerró tras ella. La esclava, contrariada, se acuclilló junto a Miguel.

—Ahora que Murad te ha liberado —le dijo el esclavo—, vuelves a arriesgarte.

María frunció el entrecejo.

—Fray Feliciano, Lopino y otro más me pidieron que viniera a verte —respondió ella. Miguel asintió.

—Alonso. —María supuso que sería el nombre del que no conocía—. Y ¿por qué te meten en esto?

—Dicen que no tenían a quién más acudir —respondió ella.

—¿Te ha dicho de qué se trata? —Ella negó con la cabeza—. Te envían sin advertirte del riesgo.

María resopló, iba de cabeza una tras otra. Claro que acabaría muerta tarde o temprano. Miguel sacó un sobre y se lo entregó.

—Quizás sea lo mejor —le dijo—. Entrégales esto y no preguntes nada más ni dejes que te cuenten nada. Si nos cogen de nuevo, no tendríamos tanta suerte.

María tomó el sobre y lo guardó.

—¿Has podido ver a Julio? —preguntó y María negó.

—Intentaré verlo después de hablar con Santiago. A esa hora ya habrá salido de la mezquita.

—¿Qué ocurre con Santiago? —preguntó con interés.

—Las cosas se complican. —Fue lo único que pudo decir sin traicionar la confianza de Aisha. En cuanto saliera del encierro Santiago lo pondría al tanto. Miguel bajó la cabeza—. Ni en una galera entraría todo esto que llevamos encima.

María se mordió el labio. Cada uno de ellos, con sus secretos y sus presiones, eran tantos y a todos los acompañaba su fábula particular llena de entramados, temores, alianzas y traiciones. Demasiado recio para que todo entrara en una galera.

—¿Cuánto tiempo me queda aún? —preguntó el esclavo apoyando la espalda en la pared. María lo notó desesperado.

—Tres semanas —respondió. Se levantó para marcharse.

—María. —La llamó el esclavo y ella se giró de nuevo hacia él—. Cuando salga de aquí es mejor que no vuelvas a acercarte a mí.

Miguel era conocedor de la infamia de Blanco de Paz y, en consecuencia, de la ira de Murad respecto a ella. La esclava sintió el peso de la pena sobre aquella frase. No acercarse a Miguel significaba caminar de nuevo entre turcos con los ojos vendados, significaba alejarse de la esperanza de la libertad, de la idea de la sublevación, de la rebeldía contra el sometimiento de los cristianos. Alejarse de Miguel era acercarse a la esclavitud de nuevo. Sabía que él volvería a intentarlo, llevaba bajo su capa la prueba de un nuevo plan y, fuera lo que fuera lo que ideara el esclavo, ella participaría. Se acuclilló de nuevo frente a él.

—Eso es lo que quiere ese monje verrugoso —respondió—, apartarme de todo, como me pedía que hiciera mientras me engañaba con la redención. Y ya tengo suficiente con un amo en Argel.

—¿Y qué pasa con Murad? —preguntó y María sonrió.

—Solo tengo una debilidad y él no la conoce. —Miguel sabía que se refería a Julio—. Mi debilidad me hace fuerte contra Murad.

El esclavo la miró con los ojos cansados, casi rendidos. María conocía esa expresión, la de la impotencia y la ira de verse encerrado y encadenado día tras día, a solas con el propio pensamiento. Y en el silencio de esa soledad la mente se disparaba en pensamientos encadenados, rebuscando motivos para no abandonar y escarbando la forma de no perder la esperanza, buscando tan solo un hilo de ilusión para seguir respirando.

—Solo sé que no puedo morir hasta que consiga verlo libre —añadió en un susurro.

María se puso en pie de nuevo, dejando en el suelo a Miguel entre cadenas.

—Si te cortan una mano por esto —le dijo la esclava con una sonrisa, moviendo su mano por debajo de la capa, donde guardaba el sobre—, espero que no sea la derecha.

Miguel sonrió y hasta encorvó sus hombros para soltar una carcajada sin sonido. María salió del baño.

***

En el patio encontró a fray Feliciano, que con un gesto le indicó que lo siguiera. El monje se dirigió hasta el pozo cercano al palacio de Ari Morato, una vez allí, accedió por una de las calles y giró en una esquina hacia la izquierda mientras la esclava lo seguía a unos metros. María divisó a los otros dos esclavos, al italiano y al tal Alonso. Junto a ellos estaba Santiago. Llegó hasta ellos, Alonso se situó junto a ella y sacó la mano de su *jaique* para que le entregara algo. María, sin mirarlo, depositó el sobre de Miguel en la mano del cautivo. No se cruzaron palabra, los tres caballeros se marcharon con rapidez.

María los observó girar en la esquina y la calle quedó vacía. Miró a Santiago, este parecía conocer algo acerca del sobre porque ni estaba contrariado ni sorprendido con el acto. La esclava intentaba buscar las palabras de cómo contarle a Santiago la situación de Aisha. Estaba incómoda con la tesitura de revelar aquello a uno de los perjudicados y con la pena, por otro lado, de que la concepción de un hijo fuera una desgracia y motivo de una sentencia con dos muertes, o tres contando con que Jafar no dudaría en matar al niño.

—Ha sido una alegría saber que me buscabas —comenzó Santiago—. Desde que llegó Jafar no puedo verla ni tengo modo de comunicarme con ella.

María tomó aire y decidió contárselo a Santiago de la manera más brusca y rápida posible, porque en una situación como aquella de nada servían las florituras, el escenario era el que era, no había más.

—Elena espera un hijo —anunció—. Y no es de Jafar.

En cuanto hubo terminado miró hacia otro lado para no ver la expresión de Santiago y no tener que echarse otra piedra más a la espalda. Sin querer se estaba metiendo en una maraña demasiado espesa y cuando quisiera salir los nudos se lo impedirían. Porque ya comenzaba a sentir demasiado sobre cada uno de los esclavos que la rodeaban. Bajó la cabeza sin atreverse aún a mirar a Santiago, que había enmudecido, y volvió a mirar hacia el otro lado de la calle por donde se habían marchado los otros tres cautivos.

El silencio pudo con ella y la pena también. Dirigió la vista al fin a Santiago. El esclavo tenía un puño sobre su boca, no apreciaba bien desde su altura si el joven lo mordía o simplemente era para cubrir la mueca que hacía con los labios. Tenía la piel enrojecida y los ojos brillantes, de hecho, hasta el tono de los iris del esclavo, que María pensaba que eran marrones, tomó un tono verdoso parecido al del fango. Ver de aquella manera a Santiago, un esclavo con apariencia de gran fortaleza, según le habían contado de gran valía como soldado y como pudo comprobar por experiencia, de buen corazón, acabó de quitar las cascarillas que quedaban de la armadura con la que María llegó a Argel.

María puso la mano en el brazo del antiguo soldado.

—Ya pensaremos algo —lo animó, sabiendo que poco podían hacer, salvo planear una fuga, claro estaba. Quizás para Santiago había una salida, renegando se libraría de todo. Pero a la

pobre Aisha no había forma de salvarla—. Yo estaré con ella, confía en mí.

Demasiado impulsiva fue al decir aquellas palabras y en cuanto las pronunció comenzó a lamentarse. Pero no era porque no hubiesen sido sinceras, sino porque ni siquiera era capaz de cumplir su propio cometido en Argel, cómo iba a poder ayudarlos a ellos.

—¿Cómo está ella? —preguntó al fin Santiago.

—Asustada. —Y María pensó que no era para menos.

—Dile que, que ya buscaremos la forma de…

No hay forma.

Ambos lo sabían. Si Aisha tenía la suerte de perder al niño quizás, pero si todo seguía adelante la renegada no podría escapar de las consecuencias.

38

28 de febrero de 1579. Argel

Había jaleo en la calle, Catalina y Elvira habían salido a la puerta para enterarse del nuevo chisme y pronto regresarían al trabajo contando las noticias. María limpiaba con un estropajo una de las alfombras del amo que había servido la noche anterior para recibir a los amigos de Murad en una copiosa cena. Cena que Murad le obligó a servir a pesar de no haberle dado comida en todo el día. Ni siquiera el trozo de bizcocho y el pan de trigo que le correspondía al día. Tampoco le había permitido salir porque bien sabía que Aisha la alimentaba cuando la llevaba a su casa o que algunos esclavos solían darle comida, de otro modo ya hubiese enfermado o muerto.

Todas las tardes fray Feliciano le llevaba algo de comer al patio de los esclavos, comida que ella guardaba y que se comía esperando ver a Julio atravesar la calle desde la mezquita hasta casa de Dalí. El niño era consciente de su presencia, pues la primera tarde su madre se dejó ver en la esquina del callejón. Julio tan solo miraba de reojo y comenzaba a hacer aspas con un brazo, como hacían en Zahara cuando en los montes encontraban una cabra perdida y el fuerte levante hacía que los gritos no se oyeran. Aquel movimiento quería decir que todo iba bien con él, María suponía que todo iba bien siempre dentro de las penurias de un niño esclavo un tanto peculiar.

Catalina irrumpió en el patio.

—¿Qué era todo ese ruido? —preguntó María.

—Han cogido a un moro cerca de Orán —respondió la esclava—. Con unas cartas, y van a llevarlo hasta Hassan para matarlo.

María arqueó las cejas. No tuvo la menor duda de que aquellas eran las cartas que dos semanas atrás estuvieron bajo su capa. Si Miguel las había firmado, no sabía cómo iba a sacarlo de aquella, puesto que su trato con Morato estaba más que apurado.

María miró los cántaros junto al pozo.

—Voy a por agua para Elvira —le dijo a Catalina y esta ocupó su lugar en la alfombra para continuar limpiándola.

María tomó los cántaros con rapidez, miró a Catalina para ver si esta se percataba de su nerviosismo, pero la joven movía el estropajo por la tela con gran lentitud, fijándose más en los enrevesados dibujos que en las manchas que tenía que quitar.

Salió a la calle a toda prisa y se dirigió entre la multitud que se agolpaba curiosa frente a la casa del rey. Con dificultad para no romper los cántaros, llegó hasta la fuente. Llenó el primero de ellos mientras con el rabillo del ojo miraba hacia el interior de la casa de Hassan, cuyas puertas estaban abiertas como todos los días, pero cuando algo así surgía eran tantos los turcos, moros y cristianos que acudían a ver que casi no se podían diferenciar los guardias entre ellos.

Llenó el segundo de los cántaros, más grande que el primero. Oía palabras a su alrededor en sabir y en morisco. Era tal el alboroto que no se podía entender nada y tendría que preguntar.

Puso el cántaro más grande en el suelo, junto al otro, intentando protegerlos de no ser pateados ya que se romperían y Murad aguardaba al más insignificante error para castigarla. Un simple cántaro sin valor podía ser el detonante de un nuevo castigo y ya estaba castigada a la comida mínima, así que tan solo le quedaban los palos o el baño.

Un cristiano estaba frente a ella dándole la espalda y de puntillas para ver lo que ocurría dentro de la casa de Hassan. María le tocó en el hombro.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó María.

—Han encontrado unas cartas que iban camino a Orán —le explicaba el esclavo sin girarse hacia ella y sin perder de vista la casa de Hassan—, al parecer dirigidas al gobernador de Orán y dando indicaciones sobre un rescate. Van a matar al moro que las llevaba y supongo que matarán al que las escribió.

—¿Quién es? —preguntó, esperando no obtener respuesta.

—Están firmadas por el esclavo manco que encerraron por intentar fugarse. —Sintió un vuelco en el pecho y las piernas la llamaron a salir huyendo, dejando los cántaros atrás—. El tal Sajá Veidrá.

No supo si maldecir a Miguel o maldecirse ella misma por haberse prestado a colaborar en aquella estupidez. Ahora lo entendía, Miguel le había dicho que era imposible llegar a pie sin un guía y aun así estaba demasiado lejos, quizás pensó en invertir el plan y que vinieran de Orán a rescatarlos. La esclava se mordió el labio inferior mientras pensaba en qué podía hacer, pero ya no podía hacer nada más por Miguel. Y pensar que no había más opciones que conformarse la irritaba aún más.

No puede morir.

Cogió los cántaros y se dirigió a casa de Murad.

***

Tenía hambre, tanta que el estómago le rugía con tan solo oler los garbanzos que cocinaba Elvira. Nadie le prestaba ayuda en aquella casa. Las esclavas eran sus compañeras, convivían con ella, se aseaban juntas, dormían juntas, pero nada más. Tenían demasiado miedo al amo por un lado como para compadecerse por ella y darle una onza más de pan. No eran arriesgadas lo más mínimo, todo lo contrario, eran egoístas y solo miraban por su propia supervivencia, algo muy parecido a lo que era ella un tiempo atrás.

María se encontraba en el jardín, era invierno y solo las flores más atrevidas habían florecido. El resto de plantas eran tan solo ramas desnudas. María recogía hojas en el suelo y las echaba a un cubo, eran pocas y no era necesario hacerlo, pero era lo más lejano al aroma de la comida, cuya falta cada vez llevaba peor.

—María. —Oyó al amo pronunciar su nombre.

Se encontraba a gatas en el suelo, el olor de la comida se hacía intenso. María se giró hacia el amo. Este llevaba un cuenco con los garbanzos que había guisado Elvira.

María se extrañó de verlo con el cuenco, puesto que no era viernes, único día que le daba algo más de comer y además lo solía llevar él mismo. Quizás en su desconcierto, el amo comenzaba a tratarla como a un animal cuya lealtad se la gana la persona que le sirve la comida. Si era así, con la esclava no iba a funcionarle.

El amo colocó el cuenco sobre una columna pequeña, de mármol rojo, que servía de macetero. Había varias iguales repartidas por el jardín.

—Llevas ya demasiados días sin buen alimento —dijo, observando a la esclava aún en el suelo—. Aunque por tu estado aprecio que tienes buenos amigos fuera de esta casa.

Murad le señaló el cuenco y el estómago de María rugió con el olor mientras que en su boca

sentía la humedad de un aumento considerable de saliva. Sintió el arrebato de coger el cuenco y engullir desesperada todo el contenido. Pero si soportó cargar las pesadas bandejas la noche anterior, resistiéndose a la tentación de probar bocado, con aún más hambre y menos disgustos, podría volver a hacerlo.

—Cuando comas —continuó el amo—, puedes ir a los baños del rey.

María, que se disponía a ponerse en pie, dejó caer sus nalgas al suelo de nuevo. El tono de voz de Murad había cambiado por completo y no presagiaba nada bueno.

—Hoy han prendido a un traidor portando unas cartas hacia Orán —añadió—. Hassan ha ordenado su muerte. —María notó la ira contenida en la voz del amo—. Y también ha condenado a tu amigo el tullido a recibir dos mil palos. Espero que esta vez no tengas nada que ver.

Murad le dio la espalda y se dispuso a entrar en la casa. María se puso en pie y echó a correr, rebasando al amo, y entró en la casa dirigiéndose hacia la salida. Cuando llegó a la entrada y antes de cruzar el umbral se oyó un gran estruendo procedente del pasillo, quizás del jardín. Supuso que la ira de Murad había estallado contra la columna de mármol rojo y el cazo de los garbanzos. Pero ella ya corría cuesta arriba camino de los baños del rey.

***

El emisario de Ari Morato le dio paso a la habitación en la que se encontraba el mercader leyendo. María entró con la cara enrojecida por la carrera cuesta arriba y la angustia de importunar de nuevo al mercader. Pero tenía que intentarlo ya que nadie sobrevive a dos mil palos. Una muerte cruel como todas las que ordenaba Hassan.

En el rostro del mercader no halló sorpresa, quizás la esperaba de alguna manera, lo cual avergonzó a María un instante, pero un instante demasiado breve, justo el tiempo que tardó en volver a recordar los dos mil palos que recibiría Miguel.

Ari estaba recostado entre almohadones y se incorporó enseguida para atender a la esclava. Sin embargo, el mercader ya parecía conocer la razón de la visita de la joven cristiana.

—Supongo que vienes por la sentencia de Hassan —comenzó el mercader y María asintió—. Hassan ha tomado ya una decisión y está furioso. Además, yo ya cumplí mi parte.

María miró al mercader a los ojos, tenía que hacerlo bien desde el principio, sin temblar, sin ser brusca y sin ofender a la única mano turca que podía ayudarla.

—Aún no —le rebatió y Ari arqueó las cejas ante el importunio de la joven, sorprendido más que molesto.

—Le salvé la vida —se defendió el turco—. Hassan estaba decidido a empalarlo.

María negó con la cabeza.

—Sí, se la salvaste, pero no fue eso exactamente lo que te pedí.

El mercader desvió su mirada intentando recordar.

—Mantenlo con vida —le recordó la joven.

El renegado se llevó una mano a la frente mientras miraba a la esclava con asombro y curiosidad.

—Mantenlo con vida —repitió él. Sonrió en cuanto fue consciente de que lo que le había dicho la joven era cierto.

—Es difícil mantenerlo con vida si recibe dos mil palos —añadió María bajando la cabeza con humildad.

Ari Morato asintió pero quedó pensativo. María guardó silencio, durante el camino al palacio, albergó la duda de que el mercader pudiera considerar su aclaración como un desafío y la hubiese echado de la casa. Pero, muy al contrario, Ari Morato la miró con admiración.

—Comprendo que Murad no quiera venderte —le dijo el mercader—. ¿Me acompañas al jardín?

María caminó junto al mercader hasta los jardines del palacio.

—Una de las razones por las que soy consejero de reyes es por mi conocimiento —comenzaba a decir mientras señalaba tras de sí la habitación que acababan de dejar atrás, una biblioteca—. Una parte de ese conocimiento lo obtengo de ahí, pero el resto lo adquiero de observar a las personas.

Dirigió sus ojos pequeños y oscuros hacia el rostro de la esclava.

—Las observo sin tener en cuenta su condición ni su fe —añadió—. Porque eso en Argel no importa. He visto a cautivos llegar al muelle con grilletes y en pocos años convertirse en hombres poderosos.

María era consciente de que el propio mercader era un renegado dálmata.

—Pero no todos los esclavos sois iguales, ¿sabéis cuántos sois en Argel? —Ari no esperaba respuesta—. Veinticinco mil, lamentablemente no los puedo conocer a todos. La mayoría de ellos son rescatados o vendidos o mueren sin que hayan llamado mi atención lo más mínimo. Otros viven el cautiverio con resignación, simplemente subsistiendo al destino pasando desapercibidos. Luego estáis vosotros, los que reniegan o resaltan entre el resto por astucia, rebeldía o belleza, a veces por todas estas cualidades.

María se incomodó. El mercader se detuvo junto a uno de los árboles del jardín.

—Llevo tiempo observando a ese *hasabiedra.* —Qué diferente sonaba si lo pronunciaba un turco—. Cuenta con la admiración y el respeto de los suyos y por el contrario despierta el odio de uno de los clérigos con mayor influencia. Luego estás tú, que rechazas la grandeza del mejor de nuestros corsarios y sin embargo le eres leal a ese esclavo inútil de una mano.

Ari Morato sonrió.

—No recibirá los dos mil palos, pero Hassan seguramente aumentará su encierro —concluyó.

María asintió y expulsó el aire contenido durante toda la conversación mientras un halo de tranquilidad le recorría el cuerpo.

—Pero no puedo estar librándole de la muerte continuamente si sigue comportándose así —le explicó—. El propio Hassan se puede ver perjudicado, entiende que todo esto se comentará en las calles y puede alentar a sublevar motines si no hay castigo para los prófugos. Sin contar a los propios turcos que le pedirán cuentas en su particular compasión por ese esclavo.

Ya se comentaba el por qué Miguel no había sido sentenciado a muerte la primera vez, cuando Hassan cortaba narices y orejas por el más mínimo hurto. Estaba de acuerdo con Ari Morato en todo lo que decía. Sonrió al imaginarse el rostro de Blanco de Paz cuando volviera a ver al esclavo libre de su encierro y sin daño alguno. Se avecinaba una guerra entre cristianos, estaba segura.

39

15 de abril de 1579. Argel

No había dado más motivos a Murad para enojo o castigo, pero el amo había cambiado demasiado desde su intento de fuga. Al acecho que le mantenía antaño, ahora se sumaba una ansiosa vigilancia día y noche, pues parecía que el amo tenía trastornado el sueño y paseaba por la casa también en la madrugada.

María sentía que su situación se complicaba a medida que crecía la ansiedad en Murad, puesto que este andaba obsesionado con la idea de que volviera a fugarse. No le advertía, no le amenazaba con un mayor castigo si volvía a hacerlo. Tan solo la buscaba por la casa, relajando sus ojos y su angustia cuando la hallaba, cuando ella regresaba de la calle o de la casa de Aisha. Quizás fuera ese temor por el que ahora Murad no era capaz de dormir una sola noche completa y se despertaba y deambulaba por el jardín, por el patio del pozo o incluso osando a asomarse al baño de las esclavas donde dormía María. Más de una noche la esclava abrió los ojos y lo halló silencioso en el umbral de la puerta. Si aún Murad permitía tener a la esclava en estado de cautividad relativa, era porque era lo habitual en Argel. Ningún esclavo, a no ser por castigo, permanecía recluido, puesto que la ciudad en sí era un gran baño para los cristianos.

Julio, ya con nueve años cumplidos, solía deambular por las calles sin compañía. Su amo ya le permitía salir como el resto de niños que custodiaba, con unos limitados horarios, y esto le permitía encontrarse con él en algunos sitios apartados, aunque apartado no había nada en Argel. Pero no solía llamar la atención que una esclava conversara con un pequeño, durante solo unos minutos, junto a una fuente o cerca de algún jardín.

Aisha solía solicitar su servicio a diario. Jafar ya era consciente de su estado, por muy delgada que la joven era y por muy pequeña que fuera la barriga que le crecía, ya era evidente si se la veía desnuda. El turco desconocía el tiempo de gestación de su esposa y no había hecho comentario. Para fortuna de Aisha, Jafar no había vuelto a golpearla desde que fue consciente de que engendraba un hijo, algo que pronto cambiaría en cuanto la renegada se pusiera de parto, demasiados meses antes de los que su esposo preveía.

El cálculo real era en junio, aún lejano pero angustioso, teniendo en cuenta que aún no sabían qué hacer. María había propuesto llevarla a algún lugar apartado para el parto y esconder al niño, pero era imposible, aun implicando a más personas, tenerlo atendido día y noche, puesto que todas las personas de confianza eran esclavos y estos por la noche dormían en baños.

Llevarlo a casa de Murad y decir que era suyo tampoco era una opción a valorar. Por un lado, porque era evidente que María no estaba en cinta y, por otro lado, porque aunque Murad la creyese no sabía qué podría pasar con el niño. Además, Murad no era tan estúpido como para no relacionar el aborto de Aisha con un hijo inesperado de María, de ninguna de las formas se expondría a un plan tan torpe.

Miguel, tal y como prometió Ari Morato, no recibió palo alguno, lo cual encendió la ira de Blanco de Paz hasta el punto de que ya no podía esconder su soberbia respecto al esclavo. Aunque con María no fue más benevolente, la acusaba de seducir a moriscos para ganar sus favores, algo que bien había llegado a los oídos de Murad, pero a los que este nunca le había referido, quizás porque estaba seguro de que no eran ciertos. Por el contrario el amo sí enfurecía si aquellos rumores respecto a María se referían al esclavo lisiado porque ya no era desconocido

en Argel que Murad pretendía a la esclava de ojos grises que paseaba por los baños. Así que la cercanía de la esclava con el tal *asaibedra* era una especie de afrenta hacia la gloria en la que todos tenían al corsario, el cual era capaz de ganar todas las batallas pero que en esa perdía frente a un manco.

—María. —Cada vez le gustaba más su nombre cuando lo pronunciaba un cristiano. Se giró hacia Santiago, que se encontraba en el jardín de Murad. El esclavo le hizo un ademán con la cabeza para que se acercara a él, supuso que para que le diera noticias del estado de Aisha, ya que él no podía acercarse a ella.

Acababa de llegar la primavera colmando el jardín de un espectáculo de colores en el cual se introdujo María para llegar hasta Santiago.

—Miguel está libre —le dijo sin abandonar su trabajo.

María tuvo que encoger el estómago para apaciguar la alegría que acababa de abrirse en el interior de su pecho.

Se apartó de Santiago mirando el cielo, aún no era ni medio día y le tocaba esperar a la tarde.

—¿Hoy la ves? —preguntó el esclavo y María negó con la cabeza.

—Hoy tiene visita —susurró.

Santiago la miró con los ojos desesperados y no era para menos. Jafar los mataría a todos, inclusive a ella si Murad no lo impedía.

***

Pasó por delante de la entrada de los baños y pudo ver en una esquina, rodeado de un grupo de esclavos, a Blanco de Paz. El clérigo la siguió con la mirada todo el tiempo hasta que ella pudo perderse de su vista. Hasta la oscura mirada del inquisidor le producía repulsión, recordándole el agrio olor de su sotana y sus delgados dedos venosos que siempre buscaban la oportunidad para tocarla. Desde el día que descubrió su engaño no fue capaz ni siquiera de dirigirse a él para recriminarle sus infamias, su estómago no se lo permitía. Evitaba pasar por los baños del rey, precisamente para no encontrárselo, pero ahora que Miguel estaba libre y pertenecía a Hassan tendría que frecuentarlos sin más remedio.

Pasó por delante de la fachada del palacio de Ari Morato y accedió por la calle cubierta de toldos llegando hasta el patio. Lo encontró más rodeado de esclavos que de costumbre, unos para darle ánimos y otros para conocer de primera mano todo lo que había ocurrido.

Con tanta gente delante no podía verlo con claridad, pero no le pareció que tuviera tan mal aspecto como esperaba. Por el contrario, no apreció las ojeras de aquellos días previos a la fuga ni el deterioro que encontró cuando fue a visitarlo al baño. Su piel estaba pálida por la falta de sol, pero había algo de luz en sus ojos.

La joven le sonrió desde detrás de varios esclavos que le preguntaban por los palos que no había recibido.

Miguel sonrió a la esclava y aunque no se dirigiera a ella, ni se apartara del resto de esclavos, con una mirada supo indicarle que había algo que tenía que contarle. Así que María no hizo por sortear a los cautivos que lo rodeaban, sino que se dirigió hacia la calle que llevaba a los artesanos y a la plaza de la fuente donde veía a Julio.

Se detuvo en el callejón largo frente al cual ya no había terreno sin edificar, sino la fachada de una casa, Dalí Mamí había concluido su obra. A aquella hora Julio estaría a tan solo unos

metros de ella, practicando ábaco con el morabuto.

Tras unos minutos Miguel llegó hasta ella.

Se puso nerviosa y casi contrariada, su primer impulso fue darle un abrazo pero lo pensó mejor. Antes de que los prendieran su cercanía al esclavo había sido notoria, sobre todo los días en la cabaña con Julio y las largas horas en la cueva, pero ahora después de tanto tiempo sin poder hablar con él tan solo los minutos del día de las cartas, no se sintió con la misma confianza. La lealtad hacia él, sin embargo, se mantenía intacta.

Miguel pareció notar su arrebato y luego su inmediato arrepentimiento. No dijo nada al respecto. María lo miró, no sabía ni cómo ni el por qué el esclavo impedido tenía mejor aspecto incluso que el primer día que lo encontró escribiendo en aquel escalón. Le contrastaba tanto con el abandono que le apreció en los baños que llegó a imaginar que los redentores le habían llevado una buena noticia.

Lo miró de reojo de nuevo, Miguel volvía a tener ese porte de caballero culto y elegante que tan raro era ver en un esclavo, pues a veces ni los de rescate reflejaban cualidades que los distinguieran, gran ejemplo Blanco de Paz cuyo precio duplicaba el de Miguel. Con el tiempo fue consciente de que también había algunos otros, caballeros nobles, que por desconocimiento de sus amos permanecían como esclavos de trabajo, estos pasaban desapercibidos para los turcos, aunque en el entorno cercano se apreciara la cultura o el ingenio, como ocurría con algunos amigos de Miguel.

Miguel estaba interesado de todo lo que había ocurrido en su ausencia, ya sabía lo de Santiago y Elena. María le contó de primera mano la situación con Jafar y la suya propia con Murad. También que ahora se atrevía a acercarse a Julio y que fray Feliciano le estaba ayudando con el alimento que Murad le negaba. Pero la joven notaba en el esclavo una especie de evasión en los acontecimientos que no era propia de él, como si nada le preocupara, cuando María sabía que su personalidad reaccionaba justo al contrario. Todo lo que ocurriera a su alrededor le preocupaba.

Él no reparó mucho en contar las incomodidades del encierro, al parecer había algo que le interesaba más transmitir. La razón por aquel cambio en su ánimo y en su aspecto que tanta curiosidad había despertado en María.

—Sé la forma de salir de aquí —le dijo.

María entendió en qué hubo ocupado Miguel parte del tiempo del encierro.

—Esta vez puede salir bien —añadió—. Ya se lo he explicado a algunos, hasta Antonio lo ve probable y quiere participar.

María frunció el ceño, no podía librarlo más veces de la sentencia de Hassan y no culpaba a Ari Morato por tener que incumplir su parte, pero parecía que Miguel tentaba su suerte y una y otra vez sin importarle las consecuencias.

—¿Y cómo esta vez? —No se había equivocado con la nueva luz que halló en el pálido rostro de Miguel. Había encontrado una esperanza, una salida, una posibilidad de ser libre. Y hallar eso en el cautiverio provocaba cierta fuerza, casi euforia que transformaba por completo la forma de ver todo positivo. Nada malo ocurriría con Elena si escapaba ni a ella si huía de Murad ni a Santiago ni a Julio ni a ninguno de los que eran sus amigos. Por eso escuchaba con tanta tranquilidad todo lo que ella le había relatado, nada importaba si lograban salir de Argel.

—Me dijiste en el baño que con todo lo que cargábamos cada uno de nosotros no cabríamos en una fragata. —María lo recordaba. Miguel le puso una mano en el hombro—. Pero sí que cabemos.

La esclava entornó los ojos y no supo cómo ocultar su reacción para no ofenderlo, pero parecía que Miguel se había vuelto completamente loco.

—Y ¿de dónde vamos a sacar una fragata? —Era tan solo una de las numerosas preguntas que se le pasaron por la mente.

—Sé de alguien que nos puede dar una parte del dinero, el resto tendríamos que conseguirlo nosotros. Pero si somos suficientes los que trabajamos unidos, podemos hacerlo —explicaba—. Hasta tenemos a Santiago para prepararla en artillería.

—Tendríamos que ser muchos, hasta necesitaríamos galeotes —rebatía ella en un susurro y él asintió.

—Demasiados —respondió el esclavo—. Es por eso por lo que estoy seguro de que saldrá bien. La fuga de más de cincuenta esclavos.

Era un plan demasiado ambicioso para que saliera bien. Sin contar con la dificultad de encontrar más de cincuenta personas de fiar.

—No lo esperan —continuaba él—. Ni se les pasa por la cabeza que podamos llegar a hacer eso.

—Pero es imposible, el muelle está lleno de guardias. —Cuanto más lo pensaba más dislocado le parecía el plan de Miguel.

—Saldremos por la puerta de la aduana. —Sonaba a pura locura.

La joven ladeó la cabeza, el plan tenía tantos inconvenientes que le temblaban las piernas tan solo de pensar que volvieran a pillarlos en un intento de fuga. La fortuna los había salvado la primera vez, pero en ese intento los amos podrían tomar represalias más graves, hasta para Julio.

Miguel comprendió en la expresión de María que su plan no le había ilusionado como él esperaba. Su rostro se tornó serio de repente, casi contagiado por la desesperanza de María.

—Eso no saldría bien, Miguel —le dijo con sinceridad, aun sabiendo que sus palabras defraudarían al esclavo. Le apenaba hacerlo en el primer día de libertad de Miguel, comprendía su euforia por contarle todo lo que había urdido en su encierro. Demasiado tiempo para pensar y hasta para desvariar. No lo culpaba por ello, el encierro enloquecía, ella lo había vivido también, aquel ansia por cambiar la situación a la que los sometían aquellos miserables y una necesidad de venganza, de rebeldía, de no ceder y atacar de la única forma que podían; escapando, haciéndole perder miles de doblones o escudos. Si la fuga de doce como eran la otra vez ya les hubiese salido a los corsarios cara, la de cincuenta esclavos sería un azote hacia la trata bereber tanto en oro como en orgullo. Una fuga sin precedentes en Argel ni en ninguna otra ciudad de mercadería humana, una auténtica rebelión de la cristiandad.

—Lo haríamos a principios de verano —añadió Miguel con menos euforia, viendo que María no compartía con él el espejismo de la libertad—. Cuando los corsarios estén de viaje.

María rio con la idea.

—Y, aunque pudiéramos salir de Argel, encontraríamos a corsarios por el camino. —No saldrían victoriosos de un asalto contra ellos.

—Lo haríamos de noche —respondió el esclavo.

—Murad nunca duerme —susurró ella recordando su vigilia nocturna.

Miguel sabía a qué se refería. Se acercó a la joven y le puso la mano derecha en su mejilla.

—Podremos irnos de aquí, todos. Elena y Santiago ya no tendrán nada que temer. Y tú podrás liberar a tu hijo sin tener que hacer prometer a nadie que cuide de él.

María le apartó la mano al oír sus últimas palabras. Miguel era consciente de que ella no tenía muchas esperanzas, siempre le hacía prometer llevar a Julio hasta Zahara o hasta Sevilla y

dejarlo con alguien que pudiera cuidarlo sin ni siquiera estar segura de que quien lo cuidase fuera a hacerlo bien. Liberar solo a Julio era abandonarlo a su suerte y dejarlo a expensas de la caridad de los demás mientras ella continuaba cautiva en Argel.

—Escucha —continuó Miguel—. Sé que esta vez podemos conseguirlo y no quiero irme sin Julio y sin ti.

María lo miró de reojo, sabía que le iba a ser tan difícil convencer a Miguel de que aquello era una locura como a él convencerla a ella de que la libertad estaba en una sublevación de medio centenar de esclavos.

—Confía en mí —le pidió.

Y le era tan difícil no hacerlo... Miguel había tenido oportunidad de traicionarla, podría haberle vendido a Murad la existencia de Julio y pagar su propio rescate con la recompensa, también pudo delatarlos a todos y no cargar él solo con la culpa de la fuga de la cueva, como también pudo delatarla a ella como portadora de las cartas por la que lo condenaron a dos mil palos. Para Miguel la lealtad estaba por encima de la muerte y aquello era de admirar, puesto que la muerte en Argel era tortuosa. Los que vivían cerca de la casa del rey, como lo hacía ella, sabían muy bien el sadismo de los castigos que Hassan daba a los cristianos. Los gritos eran aterradores.

—María. —Le cogió la mano—. Por favor, necesito que estés conmigo esta vez. No habrá más, no sobreviviré si sale mal. Ni siquiera sé cómo he sobrevivido las otras veces.

María arqueó las cejas. No pensaba decirle el por qué Hassan se apiadó de él, ya no importaba, no habría más piedad. Si los prendían en una fuga como la que él planeaba, ni el Gran Turco podría impedir la muerte de Miguel.

—Venid conmigo los dos, vamos a conseguirlo —le pidió.

Y se lo pedía como si de verdad aquello fuera a salir bien. Lo hacía con sinceridad, él podía ver la libertad en su mente, estaba tan seguro de su plan que el interior de María comenzaba a ceder. Sabía que era tan solo imaginación, locura, un sueño de un esclavo que no veía el momento de su redención. Pero aun así empezó a contagiarla, pensar en la libertad junto a Julio de nuevo le abría la puerta hacia una ilusión que solo encontraba en Argel a través de los planes descabellados de Miguel. Él pareció notar el leve cambio de parecer y su alegría apoyó en que acabara de ceder.

—Confiaré en ti una última vez, una más —le respondió.

Miguel la abrazó y la besó en la frente, acto que incomodó a la esclava y la hizo apartarse de él. El cautivo percibió su contrariedad y lo notó a punto de disculparse por el arrebato de euforia.

—Ahora, dime, ¿cómo piensas comprar el barco? —preguntó ella con rapidez intentando disuadir la incomodidad.

—Hay un mercader que puede poner la mayor parte del dinero para comprar la fragata, tendríamos que reunir la otra parte —explicó él.

—No me refiero al dinero, me refiero a quién la va a comprar. —Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado—. Un esclavo no puede comprar una fragata.

—La comprará un renegado. —Miguel dejó descansar su espalda en la pared—. Aún no he tomado la decisión de proponérselo, pero había pensado en uno que sé que querría volver a España.

—Ya nos traicionó un renegado la otra vez —repuso María aun sabiendo que de poco hubiese servido quedarse en la cueva.

—Por eso tengo que pensar bien a quién decírselo.

—No se puede confiar en renegados. —María entornó los ojos—. Puede contárselo al Pachá o puede engañarnos y desaparecer con la fragata.

—Ya había reparado en eso también —respondió él sin mirarla, apoyando la cabeza en la pared. La alegría que instantes antes había apreciado en Miguel se había desvanecido, quedó mirando al frente mientras pensaba. María percibió que a pesar de la ilusión del cautivo por el proyecto aún le atormentaban algunas lagunas. Y verlo dudar la hacía dudar a ella también.

—Supongo que lo que quieres es un bergantín —dijo y Miguel pareció despertar de sus pensamientos—. De ocho a trece bancos, eso quiere decir que la mitad de los que vamos debe bogar.

Miguel la miraba ahora como si fuese ella la que había tenido la idea de un plan de fuga descabellado.

—Hay un hombre llamado Asad Amir —continuó María—. Se dedica a alquilar galeotes en el muelle a corsarios y mercaderes. Todos ellos son cristianos. —Apreció en el rostro de Miguel lo importante que era para él su apoyo. Tuvo una sensación extraña, casi un alza en su propio ánimo; ella era mujer, físicamente torpe, de escaso conocimiento, comparada con los intelectuales amigos de Miguel, y en terca la superaban pocos, pero a pesar de todo ello para él era importante su apoyo, su opinión y su ayuda, como si se tratase de uno más de los nobles caballeros que lo rodeaban siempre—. Cuando no bogan permanecen encerrados en el baño de la bastarda. No conozco a ninguno, pero no te será difícil llegar hasta ellos, el amo es muy conocido. Serán leales si les ofreces sacarlos de su martirio. No llegaremos muy lejos con fray Feliciano y el resto bogando.

Miguel rio con las últimas palabras de María.

—¿De verdad eras cabrera? —le preguntó con ironía.

—No muy buena, decían —replicó al sarcasmo—. Pero prefería las cabras a la almadraba.

María bajó la cabeza al recordar Zahara, la pesca del atún y la fortaleza sin terminar.

—Y también preferías las cabras a un nuevo marido. —No hubo tono irónico. Solo la extrañeza de un esclavo ante la actitud peculiar e independiente de María.

La joven era consciente de su peculiaridad, no era la única viuda del pueblo ni de los alrededores. También en Sevilla había conocido a muchas otras, incluso viudas dos veces. Siempre volvían a casarse con el primer candidato que se comprometiera a mantener a los huérfanos, el compromiso era la primera opción de subsistencia de las mujeres, aún más si tenían hijos a cargo. Pero ella era diferente al resto, pensó que con diecisiete años podía sacar adelante al niño sola, quizás fue demasiado considerada, ahora lamentaba su decisión porque quizás aquel error la llevó hasta Argel.

—¿Qué edad tenía él? —preguntó Miguel. María tomó aire, nunca hablaba de Julio con nadie, ni siquiera en Zahara. La familia de su marido era de pueblos cercanos y no solían visitarla. Era como si después de haber muerto nunca hubiese existido para nadie, salvo para ella y su hijo.

—Veinte —respondió, hablar de él le produjo una extraña alegría. El reconocimiento de que tuvo otra vida antes de la esclavitud, que cada vez recordaba con menos claridad, en la cual era demasiado joven y Julio tan solo un bebé, pero en la que ninguno de los dos estaba solo. Ni tan siquiera dos años se le permitió vivir en aquella plenitud, el mismo tiempo que llevaba cautiva y, sin embargo, unos le habían parecido instantes y los otros estaban siendo eternos. Diez años de su vida, toda su juventud repartida entre un breve soplo de felicidad y años de lucha y cautiverio. Quizás siempre estuvo confundida al quejarse de su mala fortuna, de lo poco que duró el bien sin

pararse a disfrutar de los buenos recuerdos que ya parecían más sueños que una vida pasada.

Miguel guardaba silencio, quizás percibió el halo de luz que a veces invadía a un esclavo cuando encontraba un pensamiento que le hiciera sentir otra cosa que no fuera la desesperación y la amargura aunque ese pensamiento ni siquiera fuera real. Era lo único que les quedaba para poder refugiarse; recuerdos, sueños y anhelos de libertad, ni siquiera importaba que fueran reales o no. La única manera de llegar a la felicidad era a través de sus pensamientos, de sus alucinaciones o de sus brotes de locura en un encierro. De ahí había salido el plan de fuga de Miguel.

—Tu plan es una locura y nos llevará a cualquier parte menos a la libertad —le confesó—. Pero voy a ser parte de él de todos modos y haré todo lo que esté en mi mano hacer para llevarlo a cabo.

Miguel le cogió la mano y se la besó. Esa vez a María no le incomodó el gesto y se lo transmitió no dejando que le soltara la mano.

—Mañana me sigues contando el resto —le dijo, retirándose de él.

Antes de girar la esquina se volvió a mirarlo de nuevo. Solía preguntarse si en otras condiciones ella hubiese reparado en aquel hombre inútil de una mano, rechazando cualquier ayuda o conversación que pudiera ofrecerle. Tal vez habría sido así, estaba completamente segura de que su antigua actitud con el mundo no le permitía ver más de los que estaba muy cerca de sus ojos y a él no lo hubiese visto, perdiendo uno de los apoyos más recios que tenía en su nueva vida. Quizás la cautividad y hasta la falta de tiempo y de lucidez para pensar le habían beneficiado para acercarse a aquel hombre impedido que de otro modo hubiese pasado inadvertido a sus ojos.

40

20 de mayo de 1579. Argel

María no se equivocaba, el plan de la sublevación cristiana estaba resultando arduo y complicado. Sin embargo, hallaron la lealtad y la implicación de un número importante de cristianos y renegados arrepentidos que preferían morir a seguir viviendo de aquella manera miserable. Según el último cálculo de Miguel, llegaban a los sesenta, demasiados para una fragata de ocho bancos, y pensaron en comprar una mayor, también el mayor coste de esta los estaba retrasando. Pronto llegaría junio y los corsarios partirían, si dejaban perder la oportunidad del verano, no les sería posible volver a intentarlo hasta pasado el invierno, lo cual llevaría a los comprometidos a la desesperación y a la desconfianza y, por lo tanto, el riesgo de que alguno de ellos los delatara.

Durante aquel tiempo María había colaborado junto al resto en una recaudación común de doblas, puesto que el dinero que había puesto el mercader amigo de Miguel no había sido suficiente. María era de las pocas que conocía al buen hombre, ya que Miguel no quería exponerlo demasiado si llegaba todo aquello a oídos de Hassan.

Encontrar un trabajo a cambio de dinero era complicado en Argel, puesto que la mayoría de turcos tenían sus propios esclavos. Luego estaba la opción de los pequeños comercios, con otros miles de esclavos ansiosos por ganar unas monedas tampoco era tarea fácil. Con los judíos no podían ni intentarlo, odiaban a los cristianos sobremanera y aunque no lo hicieran ellos solo compraban, vendían o invitaban a trabajar a los suyos, era una sociedad cerrada como ninguna otra.

Luego, por otro lado, encontraron el inconveniente de los precios del trabajo, al haber demasiados esclavos que se ofrecían, y con la necesidad lo hacían al precio que fuese, la retribución era de por sí una mera limosna. La mayoría de esclavos encontraban trabajo por mediación de sus propios amos, interesados en que se ganara el dinero de su propio alimento y ahorrarse el mantenerlo. Pero María no estaba en condiciones de pedirle ayuda en ese sentido a Murad.

A pesar de ello no había tenido tan mala suerte, pues, aunque Aisha le alquilaba sus servicios a Murad y por ellos la esclava no percibía nada, solía darle alguna que otra propina. Aisha sabía el motivo de la recolecta, ella misma era una de las cristianas que embarcarían. Pero la renegada conocía la dificultad que estaba provocando el gran retraso, un retraso que ella no podía permitirse, ya que su barriga engordaba sin remedio y ponerse de parto en Argel sería terrible para ella.

María no había comentado nada aún con la muchacha, ni siquiera con Santiago, pero estaba segura de que el hijo de Aisha llegaría antes que la fragata. Nadie mejor que ella conocía los detalles de las cuentas.

María encontraba en el núcleo de la organización el lugar más peligroso y arriesgado si los cogían, junto a Antonio Sosa, fray Feliciano, Balcázar y Lupino, el italiano. Santiago era también de los centrales, pero debido precisamente al aumento en el costo del barco, este trabajaba y recaudaba todo el tiempo. Era artillero y ello le daba la posibilidad de cobrar más, no eran numerosos los de su gremio y él, al haber trabajado para barcos cristianos, era bien útil en indicar a los corsarios contra las galeras enemigas y eso lo pagaban caro.

María sí le había contado a Miguel su apuro por Aisha, ella no podía esperar a julio o agosto como el resto. Esconderla mientras tanto en las cuevas fuera de las murallas era una opción, pero las condiciones de una cueva no eran las apropiadas para una parturienta y un recién nacido. Morirían del mismo modo y arriesgarían demasiado en hacerles llegar alimento.

Colocaba las alfombras limpias en uno de los salones de la casa de Murad. Volvía a recuperar la fuerza de antaño. Como le decía Murad, tenía buenos amigos en Argel que le proporcionaban más alimento que el que le correspondía como esclava prófuga.

Extendió una de ellas, haciendo girar el rollo. Era de sus preferidas, grande y pesada, incómoda de transportar y limpiar, pero que extendida formaba un dibujo que le ayudaba a entender dónde se encontraba en ese momento y dónde estaba su libertad.

Azul y de un marrón rojizo, dibujaba las formas de las tierras y el mar. Podía reconocer al sur de España su añorada Zahara y Túnez, la época más solitaria y oscura de su cautiverio. Murad solía tener aquella alfombra en su salón principal ocupando gran extensión del suelo. Su mar, sus recorridos más comunes, su verdadero reino.

Oyó un ruido a su espalda y se giró levemente para mirar de reojo si era Catalina o Leonor con otra de las alfombras. Pero la silueta que había en el umbral era grande y de espalda ancha. El amo la observaba silencioso, como siempre hacía, quizás esperando no ser visto. Pero ella había aprendido a reconocer sus pasos sigilosos cuando deambulaba por la casa, normalmente escaso de ropa y hasta descalzo.

No pronunció palabra, prefería hacer como si no lo hubiese visto y acabó de extender la alfombra y dejar aquel mapa gigante presidiendo el suelo. Un mapa donde ya podría dibujar una línea de su propia partida hasta tierra cristiana. Pensar en el plan de fuga delante del amo le producía una sensación extraña. Ni Murad ni ningún otro esclavista de Argel podrían pensar en tan tremendo azote.

Arrodillada sobre la alfombra, quitaba las arrugas con las manos aplanándola del todo.

—¿Dónde vivías? —Oyó la voz del amo y se irguió, quedando arrodillada con la espalda recta.

España estaba a su izquierda, solo tuvo que girarse levemente y poner sus dedos en la parte baja de aquella forma de cara pintoresca que formaban los reinos de su país sobre el agua.

Murad había dado unos pasos sobre la alfombra y se inclinó levemente para ver dónde señalaba María. Ella había dejado caer sus nalgas sobre sus tobillos, una postura que le incomodaba si la mantenía mucho tiempo.

Miraba Zahara entornando los ojos. Apenas a unos escasos dedos de su cuerpo y tan lejos en la realidad. Siempre sintió cierta curiosidad por saber en qué momento exactamente su fortuna se cruzó con la de Murad.

Apoyo su mano en el suelo, dejar su peso sobre los tobillos y estos sobre los empeines era ciertamente doloroso.

—¿Dónde me encontraste? —se atrevió a preguntar. En cuanto hubo formulado la pregunta se comenzó a arrepentir. Se había prometido no cruzar palabra con Murad, no más de lo justo y necesario hasta la fuga.

Se mordió el labio mientras algo en el estómago le azotaba con una sensación extraña. El amo se acuclilló frente a ella, su arrepentimiento aumentó. Murad solía estar distante y era como lo prefería. Invisible, necesitaba ser completamente invisible a sus ojos.

—Aquí. —Dibujó un círculo con el dedo en una parte del mar.

Cerca, demasiado cerca de tierra cristiana. Estaba a punto de alcanzar la libertad, más cerca

de tierra cristiana que de Argel, pero no tenía más opciones que volver a la esclavitud, a las puertas del infierno. El azote a la cristiandad, como llamaban a la ciudad de Argel.

Murad le dijo una vez que maldecía el día que la encontró. María, a pesar de sus penurias, jamás podría decir aquello. La fortuna quiso que ella no tocase tierra cristiana, que volvieran a encadenarla y la llevaran hasta su hijo. En ese momento su misión como madre iba más allá. Salir de una cárcel como aquella era difícil, prácticamente imposible, pero no podía dejar de intentarlo.

Murad hizo una línea con el dedo, que pasó ante las rodillas de María, dibujando el trayecto que hizo con ella hasta llegar a Argel. Un demonio de ellos la llevó hasta el infierno y nada de eso le importaba.

—Y esto es Constantinopla. —Hizo otra línea, María entornó los ojos. Allí era donde se dirigía con Mohamed—. Supongo que a Mohamed lo atacaron aquí.

Un nuevo círculo le indicó a María dónde cambió su fortuna. Pestañeó dos veces mientras miraba el azul del mar en medio de nada.

Entornó los ojos hacia aquel destino tan temido.

—Nadie vuelve de Constantinopla —dijo ella casi en un susurro. Realmente la fortuna había estado de su parte.

Murad esbozó una leve sonrisa. No era usual verlo sonreír, ni siquiera cuando estaba entre los suyos. Pero ahora no estaba ante los suyos ni ante el resto de esclavos que lo servían, solo estaban ellos dos en el suelo del salón principal.

Levantó los ojos hacia el amo.

—Solo los esclavos no vuelven de allí —respondió y María ladeó la cabeza. Era cierto, aquella frase era común y conocida por todos los esclavos. Uno de los castigos más temidos y con los que los amos solían amenazar continuamente. Pero los musulmanes, fueran corsarios o mercaderes, iban y venían continuamente—. Y allí es a donde te llevaba Mohamed.

María miró la línea invisible que había hasta Constantinopla. Murad seguía en silencio, miraba aquellas rutas invisibles sobre el mapa en la alfombra.

—Ibas a un lugar del que ningún esclavo regresa y aun así salvaste a Mohamed —el corsario hablaba casi para sí. A María se le erizó el vello al oírlo. Murad no era ningún imbécil, María era consciente de que para llegar a donde él estaba no solo hacían falta galeras y un ejército a su mando. Hacía falta mucho más, intuición, inteligencia, estrategia. Luchar con mentiras ocultando debilidades contra Murad Rais, el Grande, no era fácil tarea para una esclava que apenas comenzaba a aprender a interpretar un mapa por los continuos planes de fuga en los que se andaba metiendo.

Murad alzó los ojos hacia la joven.

—¿Preferías Argel a tierra cristiana? —preguntó y ella no fue capaz de levantar los ojos de la alfombra. Sentía los ojos verdes de Murad taladrándole la sien—. Y, sin embargo, también intentaste huir de Argel.

Murad levantó una de las manos de la alfombra, María levantó la cabeza antes de que él la rozara, sabía que al amo le gustaba que lo mirase cuando le hablaba.

—Nadie te reclama —añadió Murad—. Nadie pide tu rescate. Estás sola. —Se inclinó para mirar su espalda—. Pero la soledad no da fuerzas para soportar eso.

María notó cómo la piel volvía a cosquilleare mientras su vello se erizaba aún más. Vio al amo observar su brazo lleno de diminutos puntos.

—Mohamed no encontró ninguna debilidad en ti. —Notó los dedos de Murad rozar la piel

áspera de su brazo, el calor que desprendía el amo hizo que parte del vello erizado volviese a su lugar.

Cerró los ojos y pudo ver en su mente de nuevo aquella imagen del mercado de esclavos desde la estrecha ventana del baño de Mohamed. Vio la espalda de Dalí Mamí mirando a su hijo Julio y su cuerpo reaccionó con rapidez a aquel recuerdo. Sacudió el brazo casi sin ser consciente para que Murad dejara de tocarla. Era lo que le provocaban todos ellos, los culpables de su desgracia, un rechazo que no podía remediar. Esclavistas sin escrúpulos que los sometían sin importarles nada más que lo que pudiesen obtener de ellos.

Murad retiró su mano de ella. Encogió una de sus piernas para apoyarse en su rodilla sin dejar de mirarla.

—Ni siquiera Ari Morato sabe darme una explicación —dijo el amo y ella lo miró de reojo —. Pudiste ser libre y elegiste la esclavitud para luego volver a escapar. No soy ningún estúpido, María.

Elegí el único camino que tenía.

Pero María aún estaba perdida en sus pensamientos. Cerró los puños y los apretó. Su pecho ardía y el ardor subía hasta su garganta. Tenía que levantarse y salir del salón. Se puso de rodillas para levantarse, pero Murad fue rápido y la agarró.

—Todo el mundo tiene una debilidad —le dijo. También él estaba de rodillas y había pegado su cuerpo por completo al de ella. La tela del vestido de esclava era demasiado fina, a través de él podía notar la temperatura del pecho desnudo de Murad—. Yo también la tengo. —Le levantó la barbilla. Al mirarlo se difuminaron sus recuerdos y fue consciente de la cercanía de Murad. Aún le ardía la garganta, pura ira que arremetería contra el primero de los del bando contrario que tuviese delante—. Y encontraré la tuya.

Apretó los dientes mientras miraba a Murad. Pero aquello de la garganta picaba demasiado.

—Puedes encadenarme, apalearme, matarme de hambre o darme latigazos —respondió—. No hay debilidad.

Esperó la furia de Murad. La empujaría o golpearía, era lo que debía hacer: gritar, estallar de ira contra una revelación de quien estaba bajo su dominio. Pero Murad solo miraba sus iris, como si en ellos buscase la respuesta a lo que fuera que estuviese pensando.

Sintió la mano de Murad en su espalda, justo en la parte central entre los hombros, donde las cicatrices eran más gruesas.

—Tu amo Mohamed no encontró debilidad en ti —dijo tranquilo. Una tranquilidad que hacía que su pecho ardiese aún más. Murad negó con la cabeza—. Tu debilidad no está en tu cuerpo.

La joven exhaló todo el aire por la boca. Gesto que hizo que Murad mirase sus labios entreabiertos.

Y yo tengo que alejar a mi debilidad de ti y de todos los tuyos. Tengo que llevarla a donde no tenéis poder sobre nosotros.

Vio al amo mirar su pecho y aquella mirada hizo que su estómago diese la vuelta de una manera extraña, provocando cierto calor, pero esa vez del ombligo hacia abajo. Puso las manos en el pecho de Murad con rapidez para empujar y retirar su cuerpo del de ella. Pero era como intentar mover las murallas de Argel. Noto cómo el pecho de Murad se endurecía para oponer resistencia y tuvo que apartar las manos de él. El calor aumentó de manera considerable hasta las partes más bochornosas de su cuerpo. Recordaba al clérigo de la Iglesia de Santa María, en Sevilla, cuando en sus años mozos le advertía de que el demonio no reparaba en utilizar sus más poderosas artimañas para hacerlos caer. Se hundiría en el más profundo infierno, ni en tierra

cristiana estaría a salvo. Apartó a Murad con más fuerza. Pero lo único que consiguió fue que él dejara de sujetarla y caerse de espaldas empujada por ella misma.

Notaba cómo le ardía la cara y quiso ignorar la temperatura del resto de su cuerpo. Se sentó y arrastró las nalgas por el suelo para apartarse del amo. Él volvió a sentarse, apoyando su brazo en la rodilla, con el pecho descubierto y aparentemente tranquilo.

María salió corriendo del salón.

***

Estaban en una calle algo más ancha que las habituales de la colmena de casas de Argel. Era una calle cercana a la puerta de la aduana por la que pensaban escapar, esa calle solía estar llena de comercios, boticas, tiendas de cacharros importados de otros lugares, también de bebidas que solían llegar la mayor parte de Venecia y las llevaban los propios cristianos, ya que los turcos tenían prohibido el comercio con licores.

A aquel lugar era donde solía ir a diario María cuando acababa el trabajo. Porque allí había encontrado una manera más de ganar monedas procedentes de los propios cristianos. No eran muchos los que sabían escribir, así que la competencia era menor.

Aquella tarde la acompañaba Lupino, que por un rato había abandonado las emotivas elegías a su Celia y escribía alguna misiva. La esclava lo observaba, eran pintorescos los amigos cercanos de Miguel, ahora que solía pasar más tiempo con ellos y los conocía mejor, más llamativa era la personalidad de aquellos caballeros de los que intentaba aprender todo lo que era capaz.

Había acabado la última carta, cada vez era capaz de escribir las líneas más rectas, no tan rectas como las hacían el italiano y Miguel, pero al menos la mejoría era notable.

Se sentó junto al italiano que también acababa de terminar una carta a uno de sus compatriotas. María guardó los utensilios en la caja de madera que el italiano tenía junto a él y que todos compartían.

No había visto a Miguel desde hacía dos días, casi todo el tiempo lo ocupaba en servir a la renegada, que cada vez estaba más incómoda con la ganancia de vientre. Cuando salía lo primero que hacía era ir a ver a Julio y luego se marchaba a escribir cartas.

Se dispuso a darle al italiano las monedas recaudadas del día, tenía que regresar a casa de Murad.

Apreció una sombra en la pared, hasta por la silueta podía reconocerlo. Se giró hacia él. Miguel se sentó junto a ella.

—Acabo de estar con Julio —le dijo, metiéndose la mano en un bolsillo—. También ha encontrado la forma de colaborar.

María vio en la mano de Miguel tres monedas.

—Hay un turco ciego que vive cerca de Dalí y Julio se ha ofrecido a acompañarlo a la mezquita para hacer los rezos —explicó.

—Y ¿por qué no me lo ha contado a mí? —La decepción en María se reflejó en su rostro.

Miguel se inclinó hacia ella.

—Porque tú te asustas por cada paso que decida a dar —le susurró y María se sonrojó de la vergüenza. Llevaba razón, si el niño se lo hubiese contado lo hubiese convencido para que no lo hiciera, le hubiese dicho que dejara ese asunto para los adultos. Sabía que no era bueno para Julio la forma con la que lo trataba, como si aún tuviera cinco años. La joven era consciente de

que su actuación como madre llegaba al bochorno, el que estaba sintiendo en aquel momento con las palabras de Miguel. Se sentía estúpida y no estaba de acuerdo ni con ella misma como madre, pero es que no sabía ser de otra forma. Julio era su vida.

—Tiene nueve años y dos de ellos los ha vivido en el cautiverio —dijo Miguel—. Ha crecido más de lo que piensas y tiene reflexiones más lógicas que muchos hombres que conozco. Quiere ayudar porque desea lo mismo que todos nosotros, salir de aquí cuanto antes.

María abrió la boca para rebatir, pero no tuvo nada que objetar. La decepción por la falta de confianza de su hijo se convirtió en enfado, un pequeño brote de envidia que sintió con ganas de descargar sobre Miguel. Se levantó del suelo y dio unos pasos para apartarse. Momento que el italiano aprovechó para abordar a Miguel.

María los miraba, Lupino le entregaba a Miguel un puñado de hojas de papel plegadas y atadas con una cuerda. Al italiano le gustaba pedir la opinión de Miguel sobre sus escritos. A las manos de la joven también le había hecho llegar alguno los ratos que no tenían cristianos a los que escribir, pero a María aún le costaba comprender lo que leía y se perdía por completo. Si alguna vez llegaba a tierra cristiana, se había jurado dedicar parte de su vida a la lectura y dominarla. Miguel leía todo el tiempo que pasaba en los baños, había algunos libros que andaban de mano en mano entre los propios esclavos. Aquella noche María supuso que iba a estar entretenido con Celia, quienquiera que fuese esa mujer le estaba haciendo mucho bien al italiano en su esclavitud, inspirándole hacia una fantasía con la cual podía evadirse de Argel y de la miseria unos instantes. Y aquello era difícil de conseguir, María era consciente, el propio Miguel decía que la esclavitud le mermaba el ingenio para ninguna otra cosa que no fuera pensar en cómo escaparse de allí.

Echó un ojo a la puerta del muelle mientras los hombres hablaban. El ligero enfado se había transformado en molestia y pronto desaparecería. Se alegró de no haberle respondido a Miguel todo lo que se le había pasado por la cabeza. El propio esclavo le había dicho en varias ocasiones que era demasiado impulsiva, pues María había tenido alguna que otra trifulca con alguno de los cristianos comprometidos con la fragata si objetaban algo con lo que ella no estaba de acuerdo o con el mismo fray Feliciano, al que le llegó a decir, en un debate acalorado, que aunque fuera cabrera y medio analfabeta llevaba dos años entre corsarios y conocía mejor que nadie la ruta que solían llevar para llegar hasta Murcia y que ellos debían de evitar a toda costa si no querían acabar ensartados en un palo. El fraile solía decir de ella que era terca como una bestia de arar, pero a pesar de ello le tomó gran aprecio, de hecho, continuaba proporcionándole el alimento que Murad le negaba y si a algún caballero le había incomodado su presencia en alguna reunión, bien por ser mujer o por razones de condición, el fraile la había defendido como si de uno de sus más allegados se tratase. A pesar de todo se sentía cómoda con el grupo, en gran parte gracias a Miguel que fue el que la hizo entrar en igualdad de condiciones que el resto. Si alguna vez lograban la libertad, no sabía cómo iba a poder agradecerle todo lo que estaba haciendo por ella.

Lupino se fue tras darle una palmada en el hombro a Miguel y luego a ella cuando pasó por su lado. Se quedó sola con el esclavo tullido. Miguel le hizo una señal para que sentara de nuevo junto a él.

—He estado hablando con Santiago —le susurró—. Si seguimos así, en unas semanas tendremos el dinero.

Ya no solo era Miguel el que lo veía, todos los que se arriesgaron a participar estaban cada vez más convencidos de que podrían escapar y llegar a la costa española.

—En cuanto ponga el pie en tierra cristiana —dijo María—, echaré a correr y no me detendré

hasta llegar a Valladolid.

No tenía idea de dónde estaba Valladolid, pero era de los pocos nombres de ciudades que conocía por ser la capital del reino, aunque a juzgar por la risa de Miguel tendría que estar bien lejos.

La sonrisa de María se borró en cuanto vio la sotana descolorida de Blanco de Paz moviéndose al son de sus solemnes andares, caminando en dirección a la calle del Socco que llevaba a los baños. María y Miguel recibieron una de sus miradas intimidantes.

—Yo volveré a Madrid —dijo él volviendo a dirigirse a la esclava.

María sabía que la familia de Miguel continuaba allí, sus padres aún vivían y tenía tres hermanas y un hermano, el que se liberó dos años atrás.

—También está lejos del mar —añadió—. Si no decides a dónde ir, al menos en Madrid podré ayudarte.

María hizo una mueca.

—Cuando lleguemos allí, cuando seamos libres —le dijo—, hablaremos de todo lo que podremos o no podremos hacer.

Miguel se inclinó hacia ella.

—Sigues pensando que esto no va a salir bien. —Entornó los ojos hacia ella.

La esclava negó con la cabeza.

—Solo pienso que será la última oportunidad, no habrá más —respondió—. Y lo que sea que vaya a pasar, quiero que sea cuanto antes.

—¿Por Aisha?

María alzó los ojos hacia el esclavo.

—Por todos. —Y el calor extraño del pecho y la vuelta de estómago regresaron.

Miguel entornó los ojos hacia ella.

—¿Pasa algo con Murad? —Parecía conocer cada uno de sus miedos y las razones sin ni siquiera tener que hablarle.

María negó con la cabeza en un principio pero luego la bajó.

—No son solo cadenas, lo peor de la esclavitud no se ve. —Le puso la mano en el hombro.

La joven cogió aire y lo contuvo en el pecho para luego expulsarlo de golpe.

—Pero todo eso cabe en una galera. —Apretó su hombro y ella intentó sonreír.

41

31 de mayo de 1579. Argel

El amo partía al día siguiente y tenía sobre la mesa baja un mapa con el trayecto que les había marcado el libro esa vez. Ya no estaban los corsarios en el salón y sintió la curiosidad de conocer el recorrido. El mercader no había podido ayudarles con la totalidad del dinero, pero sí una parte que les garantizaba poder salir de Argel durante el verano.

Miró de reojo el trazo marcado por Murad y su cuerpo se relajó, no iban hacia costas españolas. Si podían salir durante la ausencia del corsario, no se cruzarían con él.

—María. —Sonó su nombre en la voz del amo con acento turco y se sobresaltó. El corsario enseguida se acercó hasta la mesa para ver qué husmeaba María en ella. No había mucho más sobre la mesa que unos papeles junto al mapa y una brújula.

—Voy a Nápoles, si es lo que querías saber —le dijo solemne.

Murad llevaba la *alshaya* abierta, como solía hacer cuando deambulaba por la casa con tiempo caluroso, aunque esa vez María sabía que se preparaba para salir y se estaría vistiendo cuando la vio entrar en el salón. Murad solía vestirse en un cuarto que tenía junto a la habitación donde dormía. Era un habitáculo destinado únicamente al aseo, el baño o las innumerables veces que se tenía que lavar las manos, por eso las mangas de toda su ropa, hasta en invierno, solían llegar hasta los codos.

—Ven conmigo —le ordenó y salió hasta el pasillo.

María se detuvo en la puerta de la habitación de aseo hasta que él la invitó a entrar. Ella y Leonor nunca habían ayudado al amo en el aseo. Siempre había sido función de Elvira y desde el invierno de Catalina. Temió por el día en que le tocara a Leonor, si ya agarraba el rosario de cuentas cuando el amo se paseaba por la casa tan solo con los *sarawill*, no quería ni imaginar a la pobre muchacha viéndolo al desnudo. Para Catalina y Elvira era, sin embargo, el más agradable de los trabajos de servidumbre. Y no las culpaba. Murad escaso de ropa era un placer para la vista hasta para una cristiana con más o menos devoción. Y supuso que ese placer aumentaba cuando en la esclavitud lo tenías todo por perdido como sus compañeras de casa.

Murad se irguió para que María le abrochara los botones. La esclava, en silencio y evitando su mirada, se colocó frente a él. Cerró la camisa blanca y larga que solían llevar los turcos y que en Murad solía ser más estrecha que en el resto, desconocía si porque a él le gustaba llevarla así o era por su enorme espalda.

Se inclinó para abotonar los primeros ojales a la altura de los muslos del amo. No se había ido aún de su cuerpo el nerviosismo que le había provocado que el amo la hubiese pillado husmeando el mapa y eso le hacía tener las manos torpes y no ser tan certera abrochando los botones. María separaba la tela del cuerpo de Murad para no tener que rozar ni lo más mínimo con sus dedos la tela del *sarawill* y lo que había bajo ella, pero la táctica se le complicó cuando llegó a la altura del ombligo de Murad. Ahí la camisa se estrechaba de forma considerable y era imposible apartarla del corsario.

Sentía la mirada de Murad en su rostro, en sus manos, observando y midiendo su trabajo, poniéndola en una situación fatigosa y si ya no estuviera tan acostumbrada, también aterradora. En la esclavitud un error significaba encierro y castigo, a veces dolor del que se siente en la piel o por dentro.

Si era difícil abrochar la camisa de Murad a lo largo de su estómago, la parte del pecho, la que solía llevar abierta por la casa, era aún más complicada y María optó por soltar la tela. Murad se dio cuenta de la acción y casi lo pudo ver contener la sonrisa.

—Acaba —le ordenó.

María cogió aire y lo mantuvo mientras agarraba los bordes de la camisa con los dedos y los unía sobre un abultado pecho de corsario que podía ser mayor que el suyo propio de mujer. Lo recordaba duro como el mármol de las veces que lo había golpeado sin éxito para retirarlo de ella cada vez que Murad se empeñaba en una cercanía corporal a la que temía más que a los golpes. Ahora que Murad no ejercía fuerza, la dureza de su pecho no era tan apreciable en su tacto y se hacía más agradable. Tenía que terminar antes de que su cuerpo reaccionara a aquello.

—María —le dijo cuando ella ya abrochaba los botones bajo el cuello—. Llevas aquí casi un año.

María podía decirle los días exactos de su cautiverio con Mohamed y con él. Abrochaba un último botón, pero Murad le sujetó las manos impidiéndole terminar. Se sobresaltó y quiso apartarse, pero, como siempre, Murad imponía su voluntad y no había fuerza contra eso.

Se inclinó hacia ella para hablarle, pero María no estaba segura de sus pretensiones y se retiró de él tanto con le permitieron sus manos apresadas. Él la observaba, podía apreciar en ella el deseo de liberarse y escapar. Algo que en otra época lo enfurecía, pero que ahora no parecía importarle.

—Por favor —pidió María y Murad arqueó las cejas. Era la primera vez que le imploraba al amo, lo había hecho casi sin darse cuenta, solo quería que Murad la soltara y salir de allí.

Miró al amo contrariada mientras él soltó sus manos y se abrochó él mismo la camisa.

—Ahora colócame eso —le señaló un fajín negro con abundantes adornos dorados colgando.

El corsario levantó los brazos para facilitarte el trabajo.

—En un año no has cambiado de parecer —le dijo—. Y no dejan de llegar hasta mis oídos habladurías de ti con ese *isabiadra.*

María le anudaba el fajín a su espalda, en silencio, mientras sus nervios aumentaban. Claro que había habladurías sobre ellos en todo Argel, alimentadas por Blanco de Paz y por los grupos de moriscas que solía frecuentar Sumaya. Unos rumores que todos lo que tenían algo contra ellos utilizaban para dañarlos de algún modo. Gente que no tenían ni la más lejana idea de lo que significaba la amistad o la lealtad a pesar de carecer de lazos de sangre y ser casi unos completos desconocidos. La esclavitud se hacía larga y era oscura en soledad.

María miraba la puerta de reojo, estaba abierta, la necesidad de huir aumentaba por momentos. Y si la contenía la llenaría de ira, le haría arder la garganta y soltar más palabras de las que debiera contra Murad.

—Un año y ni siquiera te he visto dudar —continuó.

Murad le hizo un gesto con la cabeza para indicarle lo que le faltaba a su vestimenta. María se dio cuenta que faltaba la *serja*, una tela que solían llevar los turcos doblada sobre un hombro. El amo tenía ya una roja preparada para colocarse.

La joven supuso que era seda, brillaba y el tacto no se podía comparar con las telas de los vestidos de esclava. La estatura del amo era bastante elevada y tuvo que alzar los brazos para colocarle la tela sobre el hombro.

—Un año entero —añadió Murad—. Y comienzo a desesperarme.

María acabó de colocar la tela y se apartó.

—Cuando no valen las cadenas ni el encierro ni el oro ni los cañones ni el poder que está en

mi mano… —Inclinó la cabeza, buscando los ojos de la muchacha—. ¿Qué es lo que tengo que hacer, María?

María sin ni siquiera mirarlo comenzó a dar pasos atrás acercándose hacia la puerta.

—¡Ven aquí! —Su voz sonó con la firmeza de siempre y ella no tuvo más remedio que obedecerlo—. Te he hecho una pregunta.

Murad dio enorme paso hacia ella y le agarró la cara para que lo mirara. La joven alzó sus ojos grisáceos y miró al amo. Murad, vestido de aquella manera, podría ser el anhelo de cualquier mujer si no tuviera aquel aura que lo oscureciera todo, aquella oscuridad que tenían los esclavistas, los amos del otro bando. Una oscuridad que significaba esclavitud, sometimiento, sufrimiento, dolor y muerte.

Murad quería que le respondiera y tendría que hacerlo aun esperando las represalias.

—¿Qué tengo que hacer? —le repitió la pregunta.

Solo había una respuesta. Solo una.

—No puedes hacer nada —respondió fueran las que fuesen las consecuencias—. Si me golpeas o me encierras sin comida, lo único que conseguirás será que muera. Nunca me interesó el oro y no me gustan las consecuencias del poder porque no existe el poder sin la desgracia de otros. Y la libertad que pudieras darme no es la libertad que he conocido.

Murad rozó un labio con otro y luego los mordió mientras asentía con soberbia. Podía ver su expresión tornarse de decepción a furia. Pero aun así no lamentó su respuesta. Era más, le dio mejor respuesta de la que esperaba. No sabía por qué necesitaba que Murad supiese todo aquello. No tenía sentido cuando ella en pocas semanas estaría lejos de él o muerta.

—No soy como la mayoría. —Sabía que a Murad le gustaba que ella lo mirara a los ojos, se detenía en ellos uno por uno, como solía hacer la gente cuando la veía por primera vez. Pero Murad parecía estar viéndola por primera vez todo el tiempo—. No busco un adorno más en mi casa, no quiero varias esposas, solo necesito una mujer. ¡Tú! Porque por más que lo he meditado, por más que lo he intentado, no puedo pensar en otra.

Aquellas palabras hicieron que María desviara la mirada. Murad la agarró para que lo mirase de nuevo.

—Soy cristiana, no puedes casarte conmigo —tuvo que decirle en un intento de enfadarlo al fin y que la dejase ir, aunque fuese a golpes.

Él negó con la cabeza.

—No eres devota como Leonor —volvió a negar con la cabeza—. Te saltas las misas, no cumples con todo lo que te exige tu religión.

María dio gracias de que el fin estuviese cerca. Murad acabaría descubriéndolo todo, absolutamente todo.

Murad se apartó de ella despacio, notó que el amo estaba haciendo un esfuerzo por mantener la respiración, como si intentara permanecer tranquilo y controlar lo que fuera que estuviese sintiendo.

Thamir apareció en el umbral de la puerta y María se alegró de verlo cuando nunca pensó que se alegraría de ver a un corsario.

—Desde casa de Jafar han solicitado la presencia de María —dijo—. Y dicen que es urgente.

El temor que había sentido con Murad nada tenía que ver con el que se acababa de apoderar de su cuerpo.

***

Jafar no se encontraba en casa. Supuso que habría ido a la misma cena que el amo Murad. Aisha estaba en su habitación, tumbada en la cama y tapada hasta los hombros. El abultamiento de la barriga se apreciaba a través de las sábanas.

A María no le hacía falta ni mirar bajo la tela para conocer lo que estaba ocurriendo, mucho antes de lo que ellas esperaban y demasiado antes de lo que esperaba Jafar. Les iba a cortar la cabeza a las dos en cuanto llegara.

María cerró la puerta para que las esclavas y el resto de las esposas no vieran nada. Se acercó a Aisha y percibió la desesperación en su cara. Destapó el cuerpo de la joven, la cama estaba mojada y ya comenzaba a haber sangre en los genitales de la renegada.

—Tengo que avisar a Santiago —le dijo y la muchacha se aterró con la idea de volver a quedarse sola.

María era consciente del dolor que estaba padeciendo la muchacha, sumado al miedo, sin atreverse siquiera a gritar para que no la escucharan. No quería quedarse sola.

—No voy a dejarte sola —le dijo—. Estaré contigo todo el tiempo, pero tienes que dejarme ir a buscar a Santiago. Será solo un momento.

Aisha asintió y María echó a correr.

***

No sabía si era por el olor a aquellas plantas silvestres, pero el jardín de Ari Morato siempre lograba tranquilizarlo. Había dejado al resto bebiendo en el salón y él se había apartado y paseaba por el jardín.

—Murad. —Se giró al oír su nombre. Ari tampoco era hombre de gusto por la bebida, supuso que también prefería la tranquilidad de su jardín. El mercader le puso una mano en el hombro—. Tus barcos zarpan mañana, ¿es esa la razón de tu ausencia durante la comida?

Murad no respondió. Ari y él sabían que nunca le preocuparía una nueva partida. No temía a los barcos de los enemigos ni a las razias.

—¿O temes alejarte de Argel? —Notó cómo le apretaba el hombro.

Murad bajó la cabeza mientras Ari se ponía frente a él.

—Aquella noche en medio del mar, ¿quién le colocó las cadenas a quién? —El mercader sonrió.

Murad negó con la cabeza. Ari no solía burlarse de la situación en la que lo ponía María como sí que hacían otros. Burlas que lo llevaron a tener más que palabras con algunos turcos que esperaban su más mínima caída para cuestionar su grandeza. Ari sabía todo lo que conllevaba un esclavo insumiso. Había conocido a demasiados, pero era más sencillo cuando esos esclavos no importaban al amo.

—Sabes cuál fue mi consejo desde el primer día —añadió Ari—. Lo mejor para ti es venderla.

Murad levantó los ojos para mirar a Ari.

—Yo también quisiera venderla. —Cogió aire y resopló.

Ari puso las manos en el cuello de Murad.

—Te vendrá bien el viaje —añadió el mercader.

El anciano se giró para regresar a la casa y atender a los invitados, pero miró a Murad de reojo.

—Quería huir de Túnez, consintió volver a la esclavitud y acabar en Argel, pero vuelve a querer huir —dijo Ari y Murad levantó la cabeza hacia él con curiosidad—. Quizás la explicación es que eso que quiere se mueva.

Murad frunció el ceño meditando las palabras de Ari Morato.

***

No se detuvo en buscar al artillero. Encontró a Lupino en la puerta de los baños y le pidió que lo buscara sin demorarse mientras ella regresó a casa de Jafar.

Esperaba que el italiano, con la tranquilidad que le caracterizaba, no tardara mucho en encontrarlo, pero ya era preocupante la demora. La primera idea de la joven era sacar a Aisha de allí, pero ya no era posible, ya había comenzado aquello.

Metió los dedos entre los hinchados genitales de la renegada y pudo tocar una cabeza pequeña y blanda. Al menos la fortuna estuvo de su parte en ese sentido, no era experta en partos humanos, pero había oído que si los niños no estaban de cabeza era un problema.

Tomó aire. Estaba decidida a ayudar a la renegada, primero en el parto y luego con Jafar, y el niño parecía llegar antes que el amo. Lo había hecho con cabras, chivos, vacas y otros animales, solo que era más fácil porque sus cuerpos no estaban tan blandos como el que acababa de tocar.

Podía apreciar en la tirante piel de Aisha cómo los músculos se tensaban con cada dolor. Los rememoraba al ver a la renegada en aquel estado. Era un dolor que venía despacio y aumentaba por momentos hasta llegar a unos límites difíciles de soportar para luego alejarse de nuevo y al instante volver a regresar.

Lo único que esperaba era que Aisha soportara el dolor consciente y no se desmayara, lo cual retrasaría el parto. Prefería sacar al niño antes de que Jafar lo viera. Metió los dedos de nuevo. Esa vez los pasó por debajo de la cabeza del niño y notó el gemido de la renegada.

—Lo siento —se disculpó, pero no sabía hacerlo de otra manera. Eso es lo que creía que la comadrona le hizo a ella para sacar a Julio, o al menos lo poco que pudo sentir entre tanto dolor.

Puso la otra mano en la barriga de Aisha. Era una suerte que estuviera delgada para poder apreciar cuándo su estómago estaba duro. La muchacha estaba cubierta de sudor y a veces sus gemidos parecían más de llanto que de dolor.

—Cuando yo te diga —le pidió—. Con toda la fuerza que puedas.

Notó comenzar la tensión en la muchacha, pero no hizo falta pedirle que empujara, ya lo hizo sola sin más remedio. La criatura apenas avanzó un poco, hasta asomar una pequeña parte de su cabeza, y se volvió a meter donde estaba.

María suspiró. Debía tener paciencia porque las parturientas primerizas eran lentas. Pero ¿cómo se podía ser paciente sabiendo lo que vendría después?

—No pasa nada —intentó tranquilizar a la joven—. Otra vez.

Otro dolor llegó y tensó la barriga de Aisha, que empujó de nuevo. María notó entre sus dedos cómo la cabeza del pequeño se despegaba un poco de sus hombros y lo soltó, temerosa de partirle el cuello.

—¿Por qué no sale? —se preguntó casi para sí, mirando la barriga de la renegada—. Es como

si...

Comenzó a presionar la barriga entre los gemidos de la muchacha, buscando dónde estaba el cuerpo del niño. Continuaba saliendo líquido que mojaba la cama aún más y la barriga de la muchacha se ablandaba dando forma a lo que tenía en su interior. María hundió sus dedos hasta que dio con lo que parecía el cuerpo del niño, estaba demasiado arriba, entre las costillas de Aisha.

—Está demasiado arriba, por eso no sale —dedujo.

Aisha no podía hablar, recibía dolores y empujaba, pero la cabeza del niño salía y volvía a entrar. María sabía que era para nada todo empujón. La joven renegada la miraba sin poder hablarle, pero preocupada por lo que María murmuraba.

—Tienes que levantarte. Tumbada no saldrá nunca y yo sola no puedo —suspiró—. Solo tengo dos manos.

Aisha asintió y a María le apenó aquella joven, ahora más desvalida que nunca. Confiaba en ella cuando realmente la esclava no tenía ni idea de cómo asistir al parto de un niño.

Cogió uno de los almohadones y lo puso en el suelo.

—Dame las manos —le pidió—. Confía en mí.

Con su ayuda la joven se sentó, pero tuvieron que parar porque uno de aquellos dolores terribles llegó de nuevo.

En cuanto se hubo ido, María la ayudó a levantarse y a ponerse en cuclillas. Aquello comenzaba a ser más parecido a lo que ella conocía. Se acuclilló junto Aisha. El almohadón estaba completamente lleno de sangre que chorreaba a borbotones, no habría forma de ocultar aquello.

—Va a salir bien —le dijo por el contrario a la renegada, intentando esbozar una sonrisa y la joven hizo una mueca, intentando sonreír, que enseguida se torció de nuevo.

María aprovechó la tensión y la fuerza con la que Aisha empujaba para presionar la barriga con fuerza. Lo que parecía el culo del neonato se movió levemente. Suspiró, aliviada, aquello funcionaría.

—Ahora otra vez, ¿vale? —Esperó hasta que llegó el momento y volvió a empujar. Aisha gritó con fuerza, ella le hacía tanto daño como las contracciones, pero no había otra forma. Al fin, el neonato se desplazó hacia abajo y María se inclinó para ver cómo iba por abajo.

Lo había conseguido. Al menos una parte de su cabeza estaba fuera y no se había vuelto a meter hacia dentro.

—Está saliendo —le decía a la renegada—. Otra vez.

Aisha empujó de nuevo, pero salió otro grito. María notó el peso de la cabeza del niño en la palma de su mano. Debía de poner cuidado para no dejarlo caer. Aisha se agarró a ella, la esclava notaba cómo los muslos de la renegada temblaban, no podría aguantar mucho más en aquella postura. Gritó de nuevo con más fuerza aún y el peso en su mano aumentó. Metió ambas manos en las axilas del niño y lo sacó entero.

Se quedó mirando al recién nacido sin saber qué hacer. Este no lloraba. Estaba mojado y en algunas partes manchado de una pasta blanca. Tampoco se movía, pero vio que tenía los ojos abiertos. Vivo parecía que sí estaba, así que hizo lo que solía hacer con las cabras, limpiarle los orificios de la nariz. Aquel gesto hizo llorar al pequeño. María le miró los genitales.

—Es niña —le dijo a Aisha que en cuanto vio salir al niño se dejó caer al suelo.

María cogió una de las sábanas y envolvió a la niña. La puso encima de Aisha y luego cayó en la cuenta de que primero tendría que subirla a la cama.

La cogió como pudo y la sentó. La propia joven se recostó con los labios blanquecinos. María miró de reojo el almohadón del suelo y las alfombras, parecía que habían sacrificado un carnero sobre ellos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó la renegada.

—Déjame pensar.

María estaba tan agotada que parecía que ella misma había dado a luz. Con la tensión que había soportado y el miedo de no hacerlo bien o el de que fuera a aparecer Jafar por la puerta, había estado casi todo el tiempo sin respirar.

Ahora comenzaba a sentir las piernas de nuevo. El tiempo había pasado rápido, pero sabía que era tarde ya y Santiago no llegaba.

Miró a la renegada. La joven contemplaba a su hija como si nada, como si la inminente desgracia que esperaban no fuera a ocurrir.

—¿Cómo la quieres llamar? —preguntó María y Aisha sonrió.

—Pensaba que era un niño, no había pensado... —Miró a la esclava—. Vete. Si Jafar te pilla aquí, te matará. No te quedes.

María tomó aire.

—Te dije que no te abandonaría. —Se sorprendió de sus propias palabras—. No voy a irme a ninguna parte. Te debo la vida.

La renegada negó con la cabeza y María alzó las cejas.

—No me debes nada. —Quizás el presagio de ver un mal final la hizo traicionar la petición de Murad—. No fui quién pidió a Hassan liberarte del castigo. Fue Murad.

La esclava alzó las cejas aún más. Algo le recorrió las costillas, pero enseguida un ardor en el estómago le subió garganta arriba y lo eclipsó.

—Cada semana estabas peor, sabía que no sobrevivirías. Me pidió cuidar de ti hasta que te recuperaras. Vete, no me debes nada.

María se cruzó de brazos. Aquel calor se tornaba en un extraño enfado, prefería mil veces deberle la vida a Aisha que a Murad.

—No pienso irme. —Miraba hacia la puerta. Murad se arrepentiría de haberla salvado cuando se enterase de que estaba en medio del lío de Jafar. Ahora solo tenía que sobrevivir a la ira del vecino—. Esperaremos y que Dios esté con nosotras. —Alargó la mano hasta la cabeza de la niña, que se chupaba el puño haciendo ruidos que le rememoraron aquel mismo momento junto a su difunto marido y el pequeño Julio.

Tenía hambre. Dudaba que Aisha estuviera en condiciones de poder darle de comer. En cuanto Jafar entrara por la puerta las mataría a las dos y a ella si no corría con suficiente rapidez. Le apenó la mirada de la criatura, tan pequeña, casi desaparecía entre aquellas sábanas, ni siquiera era capaz de sostener su propia cabeza, estaba totalmente indefensa ante el demonio de Jafar. Y Aisha, a pesar de ser adulta, no estaba tampoco para defenderse. Le conmocionó tanto aquella imagen tan tierna, conociendo la maldad de Jafar, que no pensaba huir ni aunque viera a Jafar con un palo.

La puerta se abrió con tanta fuerza que rebotó en la pared. Jafar no llevaba un palo, sino un cuchillo de los que solían llevar los corsarios en el cinto. Aisha gritó con fuerza, aterrada.

María supuso que las esclavas habían escuchado los gritos y se lo habrían contado, por eso portaba el cuchillo.

—¿De quién es ese niño? —gritó, entrando en la habitación. Por suerte para María, Jafar parecía torpe y lento.

Así que se apresuró por coger a la niña envuelta en la sábana, Aisha no puso impedimento en que la resguardara ella.

Desde la cama se podía percibir el olor del *arrequín*, se habría pasado con la bebida como hacia siempre. María recorrió la habitación con la mirada, pero no había ningún lugar por el que huir. Aquella manía de los musulmanes de hacer las casas sin ventanas la hacía ahogarse sin remedio. Pasó el brazo por detrás de la espalda de Aisha, no había muchas posibilidades de librarla de aquella, pero tenía que intentarlo.

—¿De quién es? —volvió a preguntar Jafar. María agarró por la axila a la renegada, que no pronunciaba palabra—. ¡Dímelo! —Jafar avanzó hacia la cama, tal y como María había intuido. Tiró de Aisha, arrastrándola hasta el suelo, alejándola del cuchillo de Jafar entre los gritos del esposo y de la renegada.

Aisha estaba entre ella y la pared. Y Jafar frente a ellas sacando el cuchillo de entre los almohadones, donde había dado la primera cuchillada.

—Tú sabes de quién es. —Ahora le gritaba a ella con los ojos enloquecidos—. ¡Dame ese niño!

María se giró dándole la espalda, cubriendo a la niña con su cuerpo, por si a Jafar se le ocurría atacar de nuevo. Por más que buscaba en la esquina donde se encontraban no había nada con lo que protegerse, solo cortinas, almohadas y un jarrón en el suelo demasiado grande para cogerlo con una sola mano. No podía alejar a las dos de Jafar, era imposible. Y hasta creyó imposible escapar ella misma.

Comenzó a ser consciente del lío en el que se había metido y temió lo peor. Esperaba que al menos Julio pudiera salir de allí con el plan de Miguel.

—¡Dámelo! —gritó, empujándola, y María cayó contra la pared. Había intentado proteger la cabeza de la niña, pero desconocía si aun así esta no se había dado un golpe. La pequeña lloraba a gritos.

Ahora toda la atención de Jafar se centraba en ella y en el bebé, quizás era lo mejor. No era tan fácil mover a Aisha como a la pequeña criatura. Jafar agarró a María del pelo, retirándola de la pared. María miró el jarrón, demasiado pesado y solo tenía una mano, seguramente no iba a poder hacerlo, pero tenía que intentarlo. Así que agarró el jarrón, que llegaba hasta la altura de su cintura, y lo levantó contra Jafar, dejándolo caer en un movimiento no muy acertado, ya que chocó contra el pecho de Jafar y cayó al suelo, rompiéndose en grandes pedazos. Pero aquella acción le dio margen para al menos salir de la esquina donde la acorralaba el turco, aunque dejando atrás a la pobre Aisha.

Jafar gritó más enfurecido aún y lanzó un improperio. El jarrón no le hizo daño alguno, pero se apartó de Aisha para acercarse a ella. Quería a la niña, no a la esposa. Y que lo golpease con el jarrón aumentó su furia y su atención en ellas dos.

María huyó de él de nuevo y el cuchillo pasó demasiado cerca de su brazo. Sobre un mueble encontró un joyero metálico y también se lo lanzó al corsario. No tenía más remedio que ir escapando de él hasta huir por la puerta, aunque Jafar quizás conocía sus intenciones y solo hacía por acorralarla.

Jafar se abalanzó de nuevo y ella volvió a darle la espalda para que no alcanzara a la niña. Esa vez no tuvo tanta suerte y el cuchillo llegó a su brazo. Fue tan rápido el movimiento que María casi no notó el corte, habría jurado que la hoja había alcanzado también a la niña. Acabaría matándola delante de sus propias narices y sin que ella pudiera hacer nada. La impotencia comenzó a tornarse en ira, pero con la niña en brazos poco podía hacer contra él.

—¡He dicho que me lo des! —gritó, abalanzándose de nuevo, y María logró protegerse dejando caer la cómoda de cajones donde estaba el joyero, mueble que el turco saltó. María de nuevo se encontraba en una esquina, sin hueco para escapar, y con Jafar y un cuchillo delante. Aisha no dejaba de gritar, lo que la ponía aún más nerviosa. Tanteó en la pared, otro mueble demasiado pesado para hacerlo caer. Sobre él había una caja de madera. Esa vez no la lanzó, ya había comprobado que, si tenía que depender de su puntería, la niña y ella acabarían muertas. Así que agarró con fuerza la caja y la dirigió a la cara de Jafar, asegurándose de que el pico le diese en medio de la frente. Sonó y el interior de la caja se esparció por el suelo. Pero ni con el golpe Jafar le dio margen de escapar.

—¡Maldita esclava! —gritó.

El cuchillo llegó de nuevo y María se giró para que al menos se lo clavara en la espalda. Cerró los ojos mientras las piernas le temblaban, esperando el dolor en el costado de tremenda hoja. Pero el cuchillo no llegaba. Abrió los ojos, no sentía dolor alguno. Escuchó alguna palabra en turquesco y se giró con rapidez. Por primera vez se alegró de ver a Murad y también se alegró de que su amo fuera el corsario enorme que era. Sujetaba a Jafar y el cuchillo ya estaba en el poder de su amo, ya no tendría que preocuparse porque su hoja se hundiese en ella ni en la niña ni en Aisha.

Los oía discutir sin parar y la joven, con rapidez, aprovechó para salir del rincón por si el turco volvía a arremeter contra ella aunque fuese con las manos. Pero estando Murad allí su cuerpo dejó de temer, una parte de ella sabía que Murad no permitiría que Jafar les hiciese nada. Y aquel sentimiento le produjo aquel movimiento interior en las costillas que la enfadaba sin remedio.

Jafar discutía con Murad porque pensaba que el hijo era suyo. La disputa se detuvo con un grito de Aisha.

—La niña es de Santiago —lo dijo en morisco porque María solo entendió la palabra niña y el nombre del esclavo.

Jafar dio tres pasos rápidos y se abalanzó hacia Aisha.

—No —gritó María.

No podía permitir que Jafar llegara hasta la renegada. Solo quedaba la palangana metálica que había usado para el parto, lo demás estaba todo destrozado. Estamparla contra la cabeza calva de Jafar fue como tocar una de las campanas a la hora de los rezos. Jafar daba gritos en morisco y Murad volvió a sujetarlo porque descargaría toda su furia contra María.

Alguien más entró en la habitación. Santiago apareció y en cuanto Jafar lo vio profirió un grito. El turco cogió del suelo las tijeras que habían caído de la palangana y se abalanzó sobre el esclavo. María se giró hacia Aisha tapándole toda visión para que no pudiera ver cómo Jafar mataba a Santiago. La renegada no dejaba de gritar.

—Para —gritó Murad—. ¡Santiago, detente!

María abrió los ojos cuando escuchó el nombre del esclavo. Se irguió, dejando de sujetar a Aisha, para poder mirar lo que había ocurrido tras su espalda.

Jafar estaba en el suelo y Santiago estaba sobre él con las manos cubiertas de sangre. Murad daba órdenes a voces en la puerta de la habitación para que llamaran a los guardias. Santiago acababa de matar a su propio amo.

***

Aisha estaba en el suelo de la habitación que, entre el parto y el asesinato de Jafar, parecía más un matadero que un dormitorio. Los jenízaros ya se habían llevado a Santiago, a la mañana siguiente lo juzgaría un *cadis* (juez). Supuso que matar a un amo conllevaba la pena de muerte, desconocía si le propondrían la conversión para librarse, cuando entre los propios turcos se castigaba el asesinato con la muerte.

María le había dado ya a la niña, que Aisha tenía ahora sobre el pecho. La niña intentaba mamar con tantas ganas que hacía hasta ruido, la esclava dudaba que con el susto Aisha tuviera tan solo una gota de leche para darle. Pero la pequeña parecía no desesperarse y seguía chupando, con los ojos muy abiertos, ajena a todo lo que había ocurrido a su alrededor.

Pero María no estaba ajena. Sabía la gravedad de los actos de Santiago y sabía que de no ser por Murad ella habría muerto y aquello la enfurecía sobremanera. No quería deberle nada a su amo, aún menos la vida, según Aisha, dos veces.

También se habían llevado el cuerpo de Jafar, pero Murad permanecía allí, a unos metros de ellas dos, como un centinela. María lo miraba llena de ira y Aisha se dio cuenta de ello.

—Habríamos muerto las tres —le susurró a la esclava.

María negó con la cabeza.

—Eso no cambia que él sea lo que es —respondió.

—No —respondió Aisha—. Pero al menos debes darle las gracias.

María se incorporó para ponerse en pie apretando los puños. Fuera como fuese, ellos siempre ganaban. Cogió aire y lo contuvo en el pecho.

—¿Santiago renegará si le dan la oportunidad? —preguntó María a la renegada.

—Él nunca ha querido renegar —le explicó—. Pero ahora... —Miró a la niña—. No puede dejarnos solas.

María supuso que ahora Santiago se abrazaría a la nueva religión y al demonio si se lo propusieran con tal de no abandonarlas a su suerte. Aisha era viuda y estaba sola en Argel. Soledad y ser mujer no era bueno ni entierra musulmana ni cristiana y eso ella lo conocía bien.

Pensándolo bien, la muerte de Jafar había sido un gran peso quitado si Santiago lograba salvar la vida renegando, Aisha y él podrían incluso casarse. Así se solucionaban las cosas en aquella sociedad sin ley ni sentido. No podía comprenderlo, por muchos años que viviera en entre ellos no podía entender sus normas.

Se acercó al amo despacio, pero Murad podía verla hasta de espaldas. Su expresión la hizo dudar, parecía satisfecho con su hazaña, el enfado de María aumentaba a medida que podía verle el rostro con claridad en la penumbra del pasillo. El amo sabía que iba a agradecerle su heroicidad, ella, la esclava rebelde, tendría que postrarse a sus pies, agradecida.

Se situó ante el amo y lo notó más altivo y orgulloso que aquella tarde en el salón del aseo. Hasta en un momento como aquel Murad conseguía estropearlo todo con su arrogancia. Era lo que le gustaba al amo, estar por encima del resto y que la plebe se rindiera en admiración. Obsesivo con el orden, la limpieza, los olores y el control sobre todo y todos. Decía que deseaba una esposa, pero María podía imaginar lo que significaba para él aquella palabra.

Cruzó sus ojos con los verdes de Murad, él ya parecía saber a qué había ido María, llevaba rato esperándola. Por eso no se había apartado de la puerta de la habitación.

—Gracias —le dijo despacio, casi lamentando cada letra que pronunciaba.

El amo no le respondió, pero la satisfacción se reflejó en sus ojos al ver a la esclava agradecer su hazaña. De alguna forma, María esperaba su reacción, sabía que Murad no se

conformaba con ser su amo, él quería ser su dios.

Respiró y el aire no le llegó pleno a sus pulmones, volvía a tener los puños apretados mientras el pecho le ardía con fuerza. Claro que estaba agradecida, pero la falta de humildad de su amo, unida a que había conseguido ser su héroe de alguna forma, la hacía enfadar. Recordó la lucha del corsario con Jafar, justo en el momento preciso, cuando este estuvo a punto de matarla. Por un momento había sentido orgullo de que Murad fuera su amo. ¿Orgullo? Tenía que detener ese sentimiento, eso le producía algo en su interior que no sabía explicar y que la alejaba de todo por lo que luchaba cada día. Sus sentimientos hacia Murad tenían que ser inamovibles y nada de lo que hiciese su amo podría cambiarlo.

Dio un paso atrás para alejarse de Murad, pero él le cogió el brazo derecho, al amo algo le había llamado la atención en él. María miró su propio brazo, ni ella misma había reparado en el corte que Jafar llegó a asestarle. Habían sido dos que se cruzaban en forma de uve, un mismo movimiento de hoja que quiso entrar en una dirección pero que fue retirada en otra. No eran profundos, aunque de uno de ellos goteaba sangre.

Murad rasgó una de las telas que colgaban en la pared y se dispuso a limpiarle el brazo que María enseguida quiso retirar, pero que, como siempre, él se lo impidió. Ya ni siquiera oponía resistencia al amo cuando intentaba controlar sus movimientos, era inútil.

—¿Qué le ocurrirá a Santiago? —preguntó, era lo que más le interesaba en aquel momento.

Murad, que limpiaba despacio la herida, levantó lo ojos hacia ella. La mirada de su amo en la cercanía la puso nerviosa, puso empeño en controlar los temblores que acompañaban a su nerviosismo. Si él lo notara, su arrogancia ante ella crecería.

—Mañana será juzgado —respondió—. Yo mismo iré a contar lo que ha ocurrido.

María se mordió el labio. Ya el semblante soberbio de Murad comenzaba a tornarse en la furia que ya conocía. La culpaba a ella en parte de todo lo que había ocurrido y era cierto que la tenía. Como esclava tendría que haber contado lo de Aisha y Santiago e incluso lo de su embarazo más avanzado de lo que se pensaba, pero ella nunca traicionaría a una amiga. Recibiría el castigo que Murad decidiera para ella.

—¿Morirá? —Miró hacia el interior, la hija de la renegada no desistía en su empeño de succionar leche del pecho de la joven. Deseaba que Santiago viviera aunque fuese en una vida de renegado, Aisha y la pequeña estarían perdidas de otro modo.

—Quizás sí —respondió el amo que ya había terminado de limpiarle la sangre.

Levantó el brazo de María para que ella viera su herida. Sin sangre, el corte era aún menos llamativo, solo un rasguño comparado con lo que había podido recibir en su espalda.

—Permití alquilar tus servicios porque Jafar insistió —le dijo—. Y tú lo has traicionado. Ahora él está muerto.

María bajó la cabeza, no tenía la culpa de la muerte de Jafar, el turco había muerto por miserable. Apartó el brazo de las manos de su amo sin entender cómo podía encadenarla o matarla de hambre y sin embargo ahora preocuparse por un corte sin importancia.

Murad apretó los labios en la mueca que siempre hacía cuando lo invadía la furia, esa mueca que hacía que los músculos de su mandíbula se movieran.

—Nos vamos —le dijo en una orden. Murad miró hacia donde se encontraba Aisha—. Ayúdala, te espero fuera.

María se dirigió hacia la renegada con rapidez.

—No te puedes quedar en el suelo toda la noche —le dijo—. ¿Dónde puedes dormir?

En aquella habitación era impensable, comenzaba a oler a sangre descompuesta. Aisha le

indicó el pasillo y María la ayudó a incorporarse. La joven andaba despacio, aún dolorida. La niña había abandonado ya su empeño de comer y estaba dormida.

La otra habitación estaba completamente vacía y a oscuras. La esclava dejó a la renegada sobre los almohadones y regresó a la habitación de Aisha, donde aún llameaba un farol. Lo acercó a la cama donde descansaba la madre con la pequeña.

Cogió a la niña y la destapó. Vio que la sábana estaba completamente cubierta de una masa negra y espesa. Volvió a salir de la habitación, esa vez con la niña. La renegada esperó paciente su regreso.

María llegó con la niña envuelta en una de sus llamativas capas de seda. Con tres *savanya* había envuelto las nalgas de la pequeña.

—Si vuelve a pasar, quítale esto —le dijo—. Mañana vendré tan temprano como pueda.

Aisha asintió y cogió a María del brazo. La renegada hizo una mueca con los labios que acabó en un llanto ahogado. María la abrazó apenada, aunque realmente estaba esperanzada de que todo pudiera salirle bien a Elena y Santiago.

—Gracias —le dijo sin dejar de abrazarla—. Hubiésemos muerto.

En la misma cama, Jafar las habría matado a las dos si María no las hubiese apartado de él. Había sido una locura por su parte y ella misma lo habría pagado con la vida de no ser por Murad. Pensar en ello la enfurecía de nuevo, le enfadaba reconocer la heroicidad del amo respecto a ellas y esa pequeña hebra de admiración que se abría en su interior respecto a él la hacía arder por dentro. Murad lo había notado, sabía que ante sus ojos algo había cambiado, por eso tenía aquella actitud de satisfacción. Pero María sabía que no podía permitir que la admiración cambiara su rebeldía contra él.

Aisha miró hacia la puerta. Se apreciaba la silueta de Murad al final del pasillo, esperando.

—En cuanto esté mejor iré a agradecerle también —dijo la renegada y luego miró a María—. No me equivocaba con él. No es como Jafar.

—Son todos iguales —le susurró María—. Unos malditos miserables.

La renegada negó con la cabeza y volvió a mirar hacia la silueta de Murad.

—No te trata como lo haría un amo con su esclava, ni siquiera como lo haría con una esposa —le dijo—, acabo de verlo cuando te limpiaba la herida. ¿Te está esperando para volver a casa? —negó con la cabeza—. Si fuese solo el control sobre ti, o el capricho que tienen muchos turcos con las esclavas, ya hubiese intentado... —continuó Aisha y María entendió a qué se refería. La esclava no tenía dudas de que si Murad intentaba forzarla a actos íntimos no podría impedirlo. Aisha volvió a mirar hacia el pasillo—. No busca esposa en Argel, no quiere a ninguna otra mujer, solo a ti.

María se sobresaltó con las palabras de Aisha.

—Murad llegó a Argel siendo un niño, lo enseñaron a cómo se lucha, pero no cómo se ama —añadió la renegada.

La esclava guardó silencio mientras terminaba de arropar a la criatura y se la volvió a poner a Aisha en el regazo.

—Pero no sabe lo que hacer —continuó Aisha—. No eres algo que él pueda batallar ni comprar ni doblegar. No tiene armas para conseguirte y eso lo enloquece.

Sentía el cuerpo pesado, cada palabra de Aisha era una piedra más en su estómago.

—Entonces no tengo más remedio que huir cuanto antes —respondió María levantándose de la cama.

***

Seguía al amo por el jardín camino de la casa, habían atravesado la escotilla y el jardín. Ya estaban en el pasillo de las columnas. Murad se detuvo de repente, delante de ella, mostrándole su enorme espalda.

—¿Cómo se encuentra Aisha? —le preguntó sin ni siquiera mirarla.

—Está bien —respondió María, que se vio obligada a detenerse para no chocar contra el amo.

Murad bajó la cabeza y María dudó si seguir su camino, rodeándolo, o esperar a que él añadiera algo más.

—Dicen que andas escribiendo cartas a otros esclavos. —María tomó aire intentando controlar el nervio ante el amo—. ¿Qué necesitas?

Esperaba que Murad le preguntara sobre ello algún día y había pensado en qué respuesta darle sobre por qué necesitaba ganar el dinero. Sin embargo, era difícil dársela sin que él notara el miedo que le producía la mentira.

—No es posible sobrevivir con mis raciones de comida —le respondió lo más segura que fue capaz. Murad levantó la cabeza.

—Volverás a recibir tus raciones de comida como el resto de esclavos —añadió él—. A partir de mañana. —María se mordió el labio convencida de que Murad no sospechaba ninguna otra razón.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó de nuevo Murad.

—No. —María apenas le dejó terminar la frase. No le estaba gustando el cambio de actitud del amo, la llenaba de ira. No podía soportarlo.

Murad se giró hacia ella.

—Cualquier cosa que necesites —le dijo—, solo tienes que pedirla.

María dio un paso atrás, quizás intuyendo que el amo intentaría tocarla. Evitaba mirarlo, no quería nada de Murad. No era su salvador, no era el que la liberaría de la esclavitud ni quien liberaría a Julio. El amo solo quería confundirla, ganarse su aprecio, su admiración o, simplemente, hacerse necesario en su vida de cautiva. No iba a encontrar debilidad en ella, no de ese modo ni de ningún otro.

—No necesito nada —le respondió. María se movió con intención de marcharse, pero Murad le cerró el paso.

Había poca luz de velas allí, pero aún en media penumbra al amo le gustaba mirarla a los ojos. Notaba la mano de Murad formando un cepo en su muñeca y tiró de ella para acercarla a él mientras la miraba de una manera que María no sabía interpretar. Su enfado con ella se difuminaba dando paso a un desconcierto extraño.

—Tienes todas las cualidades que yo exijo a mis *gazi* —le confesó—. Pero ellos son hombres y tú no.

María dio unos pasos atrás alejándose de Murad, pero el amo volvió a acortar distancias.

Tenía la cara de Murad cerca, demasiado cerca, una cercanía que de ser otro hombre pudiese resultarle agradable. El olor de Murad era una mezcla de inciensos que resultaban atrayentes.

María pegó la espalda a una de las columnas para apartar su cuerpo del de Murad. No le beneficiaba que el amo estuviese cambiando ante sus ojos. Aquello aumentaba el calor que le transmitía cuando sentía al amo a través de la tela del vestido.

Murad entremetió la mano entre su pelo hasta su nuca.

—Desconocía que esas cualidades en una mujer fueran tan complicadas —añadió—. De hecho, si pudiera elegir, preferiría que carecieras de todas ellas y te comportaras como el resto de las mujeres que conozco, esclavas o libres. —Murad se inclinó hacia ella.

Cerró los ojos. Podía entender qué quería decir Murad cuando le hablaba de comportarse como el resto de mujeres que conocía. Apoyó la cabeza en la columna, sentía los dedos de Murad aún en su nuca, lo que le producía el cosquilleo en la piel de todo el cuello, y el vello se le erizó.

—Soy cristiana. —Era el único escudo que le quedaba contra él.

Notó cómo él movía la mano, quizás había notado que ella había dejado caer el peso de su cabeza en ella.

—¿Y si no hubiese dos bandos? ¿También me odiarías? —preguntó él con cierta curiosidad. No hizo por acercarse más, algo que extrañó a María.

Entreabrió los ojos para mirarlo.

—Los tuyos no me hubiesen apresado y yo sería libre. No estaría aquí. —Irguió la cabeza para retirarla de la mano de Murad—. Ni tú tendrías poder sobre mí.

Ahora sí notó la presión del pecho del amo contra ella. El calor ascendía sin que pudiese evitarlo. Como le advertía el primer clérigo que la confesaba, el demonio había ido a hacerla caer con todas sus armas y estas eran poderosas. Ahora entendía sus palabras.

—Mi poder no me sirve para obtener lo que deseo —respondió Murad—. Es ese poder lo que me aleja de ti.

El amo se pegó aún más a ella, tanto que notó a través de la tela de los *sarawill* de Murad algo duro como una piedra. Murad inclinó la cabeza mientras María se quedaba inmóvil, tenía los labios del amo cerca. Pero él rebasó sus labios bajando la cabeza y apoyó su frente sobre la de María. Algo que desconcertó a la esclava.

—Huye, María. —Veía el pecho de Murad moverse en una respiración profunda-—. Corre a los baños.

Ella exhaló aire, apenas podía tampoco respirar.

—Vete —volvió a insistirle él.

Pero ella no se movió de su lugar a pesar de tener margen para irse. La esclava notó cómo le brillaban los ojos, el demonio era fuerte y la tentaba sin remedio.

—María, vete. —Y si perdía ante el demonio no era porque Murad no estuviera poniendo empeño en ayudarla a no caer.

Pero María dejo caer de nuevo su nuca entre los dedos de Murad. Sentía el cuerpo pesado, cansado, consecuencia de los nervios y el terror vivido en la casa de Jafar. Estaba cansada de luchar contra todos, musulmanes, un cristiano como el inquisidor, y hasta contra ella misma. Su cabeza y su cuerpo no eran capaces de dejarla descansar ni un momento. Tendría que estar muerta, demasiadas veces había sobrevivido. En aquel momento su propio cuerpo no debería estar entre Murad y una columna, su cuerpo debería estar inerte en casa de Jafar o a los pies de Hassan como castigo por su mal comportamiento, traición a un turco con consecuencia de muerte. Eso era lo que solía hacer ella continuamente en el cautiverio, ir en contra de todos. Y ahora Murad le pedía de manera insistente que huyera de él. Pero ella no tenía ganas de huir.

Pero su cuerpo seguía inmóvil. Él levantó los ojos hacia ella, tenía la boca entreabierta, respiraba acelerado.

—María. —Iba a volver a pedirle que huyera, pero se detuvo a mirarla un instante.

Y apretó la mano en su nuca, inclinándose hacia ella, y encajó sus gruesos labios con los de María. La respuesta del cuerpo de María fue inmediata. El calor que le provocaba el cuerpo de Murad se hizo intenso y todo el cansancio acumulado se disipaba dando paso a una energía que ya no recordaba.

Murad la apretó contra la columna mientras le introducía la lengua en la boca. Aquel cosquilleo entre los dientes hizo que su cuerpo se aflojase aún más, esa vez dejándose caer al completo en él.

Murad puso su mano sobre la espalda de María para sujetarla. Dejó de besarla y abrió los ojos hacia su esclava. Y por primera vez María sintió el peso de unas extrañas cadenas invisibles a la vista que no le permitían retirarse del amo, ni mucho menos escapar de él.

—Vete —le susurró.

Esperó unos segundos a que ella reaccionase, pero María seguía allí, sin empujarlo, sin sacudir cada parte del cuerpo que él se atreviese a tocarla.

Lo vio coger el aire y contenerlo. Esa vez arremetió contra ella de manera brusca buscando sus labios, su lengua y atrayendo la suya hacia el interior de la boca de él, cuyo calor era aún mayor que el de ella, mientras que aquello que cubría los *sarawill* y que era duro como el mármol de la columna se apretaba contra ella. Murad bajó su mano hacia sus nalgas y las apretó. Lo notó respirar con fuerza y levantar su vestido.

La tiranta del vestido de María cayó por su hombro derecho y enseguida él acudió a su pecho descubierto. María sentía el frescor en las piernas descubiertas, el vestido estaba enrollado hasta sus caderas. Allí llevó Murad la mano, hacía aquella parte íntima que le vibraba, donde residía el centro del calor que ya no podía parar de ninguna manera sin la ayuda de Murad.

El amo la tocó, María sabía que la humedad era considerable. Había sido inmediata, inconsciente, y aquel líquido hacía que los dedos de Murad resbalaran produciendo un placer que recordaba demasiado lejano.

El amo la miró, le notó cierto rubor en su piel oscura. Murad ardía casi tanto como aquello que estaba tocando de María.

La alzó en el suelo. María sabía que si aquello continuaba no podría ser en el pasillo a la vista de cualquiera que habitara en la casa. Apretó los muslos alrededor de las caderas de Murad mientras este la llevaba hacia el dormitorio. Y con su gesto también apretó contra ella aquella parte dura que parecía querer romper la tela para dirigirse hacia ella.

Murad cerró la puerta de un golpe con el talón y dejó caer a María en los almohadones. No le dio margen a moverse y se puso sobre ella mientras le terminaba de quitar el vestido.

Aquella misma noche había ayudado a vestir al amo, pero no recordó que fuese tan fácil acertar en los ojales de los botones. Solo quería sentir el cuerpo de Murad sobre el suyo y no a través de la tela de su vestido ni de los ropajes del corsario.

Abrió las piernas, aquel líquido que salía de su sexo ya caía por sus ingles. Alzó las caderas hacia Murad, esperando a que él lo hiciese ya. Gesto que asombró al corsario tanto que se retiró de ella para mirarla un instante. Le agarró la cara mientras colocaba aquello entre sus piernas. María notó el roce suave y volvió a alzarse para que lo hiciese cuanto antes. Sentía como si tantos años con aquellos placeres vetados, y que nunca echó de menos, hubiesen guardado el deseo para soltarlo de una vez contra Murad.

Notó cómo aquello penetraba despacio y volvió a apretarse contra Murad. El amo la miró y empujó con tanta fuerza que hasta le produjo una leve molestia al llegar al final. Pero pronto volvió a sacarla para volver a introducirla y esa vez María expiró aire. Cerró los ojos mientras

Murad volvía a hacerlo. Ella puso las manos en los hombros del corsario, podía notar el movimiento de sus músculos, lo que le hacía predecir una nueva ola de placer en su interior. Le apretaba tan fuerte que hasta dudaba si le estaba produciendo algún daño, pero lo oyó gemir y entreabrió los ojos para mirarlo.

Murad pasó un brazo por detrás de ella y se irguió alzándola también. Él se dejó caer de rodillas y María quedó encima. Ahora lo sentía aún más dentro que antes, pero ya no le producía molestia, al contrario, apretó los muslos sintiendo la dureza con más intensidad.

Su gemido esta vez fue más considerable. A Murad pareció gustarle, no dejaba de mirarla mientras la embestía en un movimiento lento que le estaba encantando. Ella bajó la cabeza para mirarlo, la expresión de placer en Murad se mezclaba con un halo de satisfacción. Pero esa vez la soberbia del corsario no podía disipar aquello que le estaba produciendo su cuerpo en el interior del suyo cada vez que se movía de aquella manera que la hacía querer gritar.

—María —le dijo tras uno de sus gemidos y ella lo miró.

No lo dejó decir nada más, introdujo su lengua en la boca de Murad, beso que tuvo que detener en una nueva embestida mientras un cosquilleo intenso le hacía querer más. Y él pareció entenderlo porque las embestidas se sucedieron una tras otras sin darle margen ni quererlo. Y su gemido se hizo intenso, hasta dudó que se escuchara desde otras partes de la casa donde los oídos de las esclavas eran finos y siempre estaban expectantes de las compañías del amo. Pero en aquel momento no le importó que la escucharan y tampoco le importó la mirada de satisfacción del amo al verla en aquel estado. Luego vendría el bochorno y el enfado. En ese momento solo sentía un tintineo dentro tan fuerte que no lograrían ni las campanas de las torres de Argel.

Respiraba acelerada, notó el pecho a punto de explotar y el gemido se convirtió en grito. Grito que se cruzó con la respiración acelerada de Murad. Apretó con fuerza los hombros del amo sin poder despegarse de él.

Apenas podía respirar y notaba los latidos fuertes en el pecho. Murad también jadeaba. Y la humedad en su entrepierna se hizo intensa, demasiado intensa, se derramaba.

El estómago le dio un vuelco al ser consciente. Elvira y Catalina le aseguraban que él nunca lo hacía, ellas solían contarle que quitaban aquel líquido lleno de semillas varoniles de almohadones y telas de Murad. Pero aquel momento había pasado y Murad estaba aún dentro de ella.

Se apartó de él mientras la invadía la vergüenza, un arrepentimiento que la arrollaba sin piedad, y el miedo. No esperaba recibir aquellos sentimientos tan intensos.

—María, no. —Intentó sujetarla.

Pero ella tenía que huir, como le pidió él tantas veces. Acababa de colocarse las verdaderas cadenas de un cautiverio perpetuo. La matarían en cuanto pisara tierra cristiana si alguien la delataba.

—María. —Sintió la mano de Murad en su pierna mientras ella buscaba su vestido.

Retiró la pierna de él de inmediato. Y el rostro de Murad se tensó, perdiendo todo aquello que le había mostrado instantes antes.

Murad alargó la mano hacia ella. María sentía salir algo de su entrepierna, de manera abundante, chorreándole por el interior del muslo.

—No me toques. —Sacudió su brazo, como solía hacer siempre, como tendría que haber hecho en la columna. No ser como el resto de mujeres.

Pero Murad se irguió y la sujetó con ambas manos. María ya tenía su vestido y se lo colocó tapándose el torso. La vergüenza aumentaba por segundos, hasta la desnudez de Murad le

avergonzaba.

—¿De qué tienes miedo? —Él no lo entendía. No podía entenderlo. Para entenderla tenía que conocer todo, el plan de fuga, sus verdaderas intenciones en Argel y por su supuesto su debilidad. La de carne y hueso, y no la debilidad absurda que Murad había sacado de ella.

Cerró los ojos y apretó los párpados, el pecho le presionaba tanto que le dolía cada latido. Se liberó de Murad y salió huyendo de la habitación a medio vestir.

42

1 de junio de 1579. Argel

Acababan de condenar a Santiago a muerte por el asesinato de Jafar. María esperaba fuera de la casa del juez junto a otros esclavos amigos de Elena y Santiago, entre ellos Miguel. Ella se mantenía alejada del resto, ni siquiera había cruzado palabra con ellos.

Apenas había dormido, pasó media noche junto al pozo intentando quitarse con agua y jabón el olor del amo en su piel, aquella mezcla de inciensos que su compañera de habitación, Leonor, conocía bien. Ni siquiera podía mirar a los suyos a los ojos. Los había traicionado a todos, incluso a ella misma. Pero lo que más le dolía era que en aquella traición de cristiana estuviese en medio la mitad de su alma, su hijo Julio.

Había prometido hasta lo imposible por liberarlo y llevárselo de Argel, lejos quedaban los latigazos de Mohamed, los palos de Sumaya y hasta aquella medio violación de los miserables del barco, esa vez dolía más. Esa vez había sido su culpa. Había caído a los pies del demonio, había metido un pie en un cepo difícil de abrir.

Igual de difícil sentía volver a estar frente al amo. Aquella mañana evitó cruzarse con él. Murad había salido temprano hacia el juicio de Santiago. Temía algún cambio en Murad, temía que usara aquella metedura de pata contra ella. Ahora su esclava cristiana rebelde no le parecería tan fuerte ni tan inmune ni tan devota. Era como el resto de mujeres.

Abrió la boca para respirar fuerte, le temblaban las piernas cada vez que veía una sotana negra cruzarse entre la multitud. Argel mostraba ahora el infierno en todo su esplendor y ni en la fuga estaría segura su libertad.

Traidora.

Traidora de los suyos y su religión. La inquisición la condenaría sin remedio. Sus cadenas eran en ese momento más fuertes que nunca.

Los portones de madera oscura, con incrustaciones de esmaltes de colores, se abrieron y el sonido la sobresaltó sacándola de aquel abismo en el que la sumían los pensamientos y la sensación de culpa y vergüenza. Murad fue de los primeros turcos en salir y el cuerpo de María reaccionó de inmediato sintiendo cómo se le tensaban los músculos.

Él pasó junto a María con rapidez tirando de su brazo para apartarla del resto. Ella enseguida retiró su brazo de él y Murad se detuvo para mirarla. La joven desvió la mirada hacia la concurrida calle. Sentía las piernas ligeras, una ligereza que le llegaba hasta las costillas. Una sensación incómoda sabiendo que todos los que confiaban su vida en ella, incluido Miguel, estaban mirando.

—¿Qué va a hacer Santiago? —preguntó con rapidez, dando por sentado que le habían dado la opción de renegar. Necesitaba una alegría que aliviara aquel sentimiento extraño con el que tendría que seguir sobreviviendo.

Se apartó un poco más de su amo. No podía mirarlo, no delante de todos y menos cuando todavía derramaba restos de Murad por la vagina. Bajó los ojos mientras sentía el pecho a punto de explotar. Le brillaron los ojos.

Qué he hecho, por Dios.

Murad seguía mirándola y observando sus gestos como siempre hacía. No tenía ni idea de qué se le estaría pasando a él por la cabeza. Quizás ya estaba satisfecho, ya había conseguido lo

que quería de ella. Quizás ahora la dejara en paz, la olvidase y se fijase en otra.

Dio otro paso atrás y apretó los dientes. Seguía sintiendo sus ojos húmedos y la garganta le escocía. Aquella idea tampoco la liberaba, al contrario, pensarlo aumentaba la sensación de su pecho y el calor. Necesitaba salir de Argel a toda costa, olvidar aquella pesadilla y hasta olvidarlo a él.

Murad no respondía a su pregunta y sabía la razón. Él siempre esperaba un gesto en concreto para hablarle, quizás aquella mañana lo esperaba de una manera diferente, seguramente sentía curiosidad por cómo se comportaría la esclava a partir de ese instante. María lo tenía bien claro.

Levantó al fin la mirada hacia él y la ligereza de sus piernas le invadió de lleno las costillas.

—¿Va a renegar? —volvió a preguntar. Murad la miraba. Suponía que la veía como al resto de mujeres que solía seducir. Una más de tantas, aunque estaba convencida de que era la única que deseaba desesperadamente alejarse de él.

—Ya lo imaginas —le respondió Murad frunciendo el ceño levemente. La sensación de las costillas aumentaba con cada gesto que él hacía. Sintió rozarle el antebrazo, ahora su tacto le era conocido, le recordaba a la noche anterior sin remedio—. Ve con Aisha.

Sonó más a orden que a petición, así que María guardó silencio mientras él se alejaba de ella y se dirigía hacia el interior de la casa del juez de nuevo.

María miró enseguida hacia los cristianos que esperaban el veredicto y se cruzó con los ojos interrogantes del humilde esclavo Miguel. La joven asintió con la cabeza, pero su gesto no pareció aliviar la expresión de Miguel.

Apartó la vista de él, conocía el porqué de su angustia, demasiadas veces habían hablado y discutido sobre la conversión. Para Miguel no había razón lo suficientemente poderosa como para condenar el alma renegando. María, sin embargo, no compartía su parecer y se alegraba de la decisión de Santiago. No podía dejar sola a Aisha y su hija. Era lo mejor que podía hacer.

Bajó los ojos, la vergüenza la invadía de nuevo.

Traidora.

Lo repetía en su mente una y otra vez. Cogió aire por la boca y salió corriendo hacia la casa de Aisha.

***

Ya era por la tarde. Murad no la había hecho llamar, lo que le permitió haber pasado todo el día con Aisha, que se encontraba en mal estado. El esfuerzo del parto, sumado a lo vivido con Jafar, había agotado sus fuerzas. Sin embargo, la noticia de la conversión de Santiago había inundado el rostro de la joven de paz y esperanza. María no tenía dudas de que aquello haría que se recuperara pronto.

No le había permitido levantarse de la cama por ninguna razón. Ella se había encargado de buscar ropas para la niña, paños para los orines e incluso consiguió alimentarla encontrando a una esclava de cría que se dedicaba a amamantar niños a cambio de alguna moneda, ya que el pecho de Aisha, aunque comenzaba a hincharse, no parecía tener nada que ofrecer a la pequeña criatura.

La niña dormía en los brazos de la renegada, pero Aisha era incapaz de dormir hasta que no viera con sus propios ojos que Santiago estaba vivo. Según le habían contado a María la última vez que fue a la fuente a por el agua, el esclavo había elegido el nombre de Abderramán en la

conversión. También le dijeron que la circuncisión se haría en los próximos días, con lo cual, esperaban la inminente llegada de un hombre libre que habían condenado a vivir de una manera impuesta. Era la ley de una sociedad difícil de comprender.

María estaba sentada a los pies de la cama. Permanecían en silencio, la niña había llorado casi todo el día a causa del hambre y en cuanto se fue la esclava de cría se había implantado una calma que sus oídos agradecían.

Al fin se abrió la puerta de la habitación.

María puso una de sus manos sobre las sábanas, agarrando el tobillo de Aisha para hacerle saber que Santiago estaba allí.

Este cerró la puerta tras él, aunque la esclava pudo ver a más gente en el pasillo. Aisha incorporó su espalda, retirándola de los cojines que María le había puesto para que no se tumbara del todo y pudiera sostener a la niña sin esfuerzo.

Santiago se acercó enseguida a ella mientras María se levantaba de la cama para retirarse. El esclavo vestía como un turco, como un corsario más bien, algo que a María no le sorprendió en absoluto, ya que era un hombre con conocimiento militar y supuso que en su nueva vida sería un hombre tan preciado como corsario como lo era como esclavo.

Pudo ver de reojo la sonrisa de Aisha enseñándole la niña a Santiago y a este acariciando la pequeña cara del bebé mientras susurraba cosas que la esclava no llegaba a oír, ni tampoco las respuestas de Aisha. Sintió que allí estaba de más y se acercó hacia la puerta para irse. Supuso que su trabajo con ellos había concluido y aunque le pareciera mentira, a pesar de los contratiempos, todo había concluido de la mejor de las maneras.

—Espera. —Oyó la voz de Santiago y María se giró hacia ellos—. Ven.

Aisha la miraba sonriendo. Sin velo y con el pelo rubio suelto y despeinado, la joven aparentaba la edad temprana que realmente tenía. Su rostro, ahora cubierto por otro semblante, la hacía parecer una muchacha diferente a la que había conocido meses atrás, incluso diferente a la que tuvo que atender en un parto temido no por el dolor, sino por el miedo a la llegada de un demonio llamado Jafar y lo que este era capaz de hacer con ellas. Pero Jafar estaba muerto y Santiago y ella vivos.

María suspiró al contemplar la escena siendo consciente de todo lo que pudo haber pasado si la suerte no hubiese estado de su lado. Se acercó a ellos despacio.

—Yo no llegué a tiempo —le dijo Santiago cogiéndola del antebrazo.

Aisha miró el corte del brazo de María, cuchillada que hubiese recibido su hija de no ser por la esclava.

—Jafar las hubiese matado a las dos —continuó el renegado—. Pero tú se lo impediste el tiempo suficiente hasta que llegó Murad y luego yo.

Santiago apretó la mano en su brazo y la miró a los ojos.

—He sido soldado demasiados años —añadió—. Y te aseguro que es muy difícil que alguien exponga su vida para salvar la de otros cuando tiene las de perder como las tenías tú. No podías librarlas de Jafar, pero no las abandonaste y eso las salvó.

María sonrió notando cómo algo en sus ojos comenzaba a vibrar y a emborronarle la visión mientras que la garganta le producía leves pinchazos.

Aisha separó levemente a la niña de su pecho enseñándosela a María.

—Queremos llamarla María —le dijo y María abrió la boca intentando liberar el escozor de la garganta, tratando que las lágrimas que le emborronaban la visión no cayeran—. Y será María para nosotros, pero ahora tenemos que darle un nombre en este mundo. Elígelo tú.

La esclava alargó su mano hacia la pequeña y le acarició la cabeza. Le encantaba el pelo suave de los recién nacidos, no tocaba a uno desde que naciera Julio, demasiados años atrás.

—Zahara —dijo sin dudarlo. Zahara era el nombre de la tierra que pisó la última vez que fue libre y que casualmente era un nombre usado por moriscas.

Aisha sonrió complacida.

—Zahara —repitió la renegada mirando a Santiago, que también pareció conforme.

María se alejó de ellos para marcharse.

—María —volvió a llamarla Santiago, ahora, para los turcos, Abderramán—. Hay algo que quiero decirte.

Se detuvo para escucharlo, aunque ya intuía lo que quería decirle.

—Estoy en deuda con Murad —añadió.

Y claro que lo estaba, fue Murad quien las salvó realmente y no ella. Ella solo fue capaz de contener a Jafar el tiempo justo.

—No solo por lo de anoche. Me condenaron a muerte —continuó el renegado—. Y fue él quien propuso mi conversión alegando mi valía como soldado.

María abrió la boca sin saber qué decir. Todo era más fácil cuando un amo era despiadado y miserable, pues ello le permitía odiarlo sin ningún hilo de lealtad hacia él. Contaba los días para embarcar junto al resto de esclavos. Tenía que salir de Argel tan pronto como pudiera, alejarse del demonio y de todas aquellas sensaciones que le producía estar en el infierno. Liberarse. Ya se las vería con la Inquisición si alguien la delataba, lo había meditado durante las horas que pasó con Aisha. Ya en tierra libre podría decir que la obligaron, que la fuerza del amo fue superior. Murad era considerado un monstruo entre los cristianos de todo el Mediterráneo, nadie dudaría de su palabra. Y, cuando llegara la hora, el juicio divino la condenaría a su verdadero destino, directa al infierno.

—Murad no hace nada que no sea por él mismo. —Sacudió la cabeza y apretó los puños—. Te cobrará la deuda, estoy segura.

Vio en el renegado la intención de responder, pero finalmente guardó silencio y bajó la cabeza.

—Los dos sabéis lo que vamos a hacer —añadió María—. Debéis marcharos de Argel cuanto antes. Ahora eres uno de ellos, no puedes arriesgarte.

Santiago y Aisha se miraron, sabían que María tenía razón. Quedarse en Argel encubriendo un plan de fuga, y agotada ya la opción de la renegación por parte de ambos, significaba arriesgarse a una pena de muerte.

—Marchaos de Argel —le repitió ya en el umbral de la puerta.

***

En cuanto llegó a la casa de Murad lo vio salir de una de las habitaciones y dirigirse hacia el jardín. María lo miró de reojo, Murad ya sabía que Santiago le había contado la defensa que ejerció a su favor frente al cadí. La casa estaba más desierta que otras veces. El amo partía de nuevo en unas horas. Quizás con Murad lejos aquella sensación de culpa se disiparía.

—María. —Lo oyó llamarla desde el jardín.

Miró hacia el pasillo de columnas para comprobar si alguna de las esclavas estaba por allí. No sabía hasta qué punto ellas ignoraban lo que había pasado. Lo de Jafar había dado que hablar

lo suficiente como para desviar la atención de todos. Y Leonor no vio extraño el tiempo que María pasó lavándose en el pozo cuando ella se excusó con la cantidad de sangre que había en casa de Jafar.

Dio unos pasos hacia el jardín y a medida que se acercaba a la espalda del amo podía notar su olor más intenso. Aquel que tanto le costó quitarse de encima. El vello se le erizó al recordar cómo se impregnó de él y bajó la cabeza enseguida. No encontraba el modo de olvidarlo.

Se detuvo a cierta distancia, Murad seguía de espaldas, no la miraba. Lo oía respirar tranquilo, nada que ver con el respirar de la noche anterior. El vello se le erizó aún más.

—Los viajes en verano suelen ser largos —dijo Murad sin cambiar de postura, algo que María agradecía. Era incómodo tenerlo de frente y soportar todo aquello que ahora le provocaba Murad. Lo vio girar la cabeza levemente aún sin mirarla—. ¿Qué pasará cuando regrese?

Ella bajó la cabeza al oírlo. Albergaba la esperanza de no estar en Argel cuando él regresara. Estaría lejos o bien muerta. Se mordió el labio inferior. Murad esperaba una respuesta y la verdadera no podía revelársela.

El amo le permitió el tiempo suficiente para responder, pero solo había silencio en el jardín. Una leve brisa removió los arbustos y pudo escuchar el crujir de unas hojas contra otras.

Murad se giró hacia María al no obtener respuesta, ella seguía sin mirarlo. Sentía los pasos del amo a su alrededor hasta que se detuvo cerca de su hombro.

—¿Qué pasará cuando regrese? —volvió a preguntar.

María tuvo que girar la cabeza para liberar su nariz del olor intenso del amo, aquel que le recordaba una vez y otra a la noche anterior.

—Todo seguirá igual —respondió y sintió a Murad inclinarse hacia ella, que tuvo que ladear su espalda para apartarse de él.

—Nada seguirá igual. Ya no. —Entornó los ojos hacia la joven. María dio un paso para alejarse de él, pero el amo la sujetó—. Mírame.

Con un brazo de Murad sujetándole la espalda y el otro el brazo no tuvo más remedio que mirarlo. Le encantaban los ojos de Murad de noche, aquel verde podía mimetizarse con las hojas del jardín como lo hacía con las velas de sus barcos o con el agua del mar cercana a la orilla.

—Es imposible que todo siga igual —añadió. Y María sabía que tenía razón, aunque para ella las razones eran bien diferentes.

Apretó los puños al recordar que para su regreso ella ya estaría libre o a los pies de Hassan condenada a muerte. Cogió aire. Existía la posibilidad de que la fuga se retrasara, que el viaje de Murad fuese más corto. Y entonces quizás él volviese a pedírselo.

—No pienso renegar —dijo firme.

Noto cómo los músculos de la cara de Murad se tensaban, pero ni siquiera la tensión, la soberbia o el enfado lograban restarle atractivo alguno. Tenía los labios de Murad cerca, le encantaba la forma que tenían cuando estaban cerrados. El amo se inclinó hacia ella. Hasta a corta distancia su cuerpo transmitía un calor que contrastaba con el aire fresco que corría en el jardín y sintió el deseo de dejar su peso caer contra él. Cerró los ojos, manteniéndose inmóvil.

—Tu fe no es tan fuerte, ya lo he comprobado —respondió él.

El pecho le ardió con fuerza y sacudió su brazo para liberarlo de Murad. La soberbia de su amo le hacía recordar quién era y a qué bando pertenecía. Entornó los ojos hacia él mientras su pulso se aceleraba sin remedio. Le brillaron los ojos recordando el gran azote que los cristianos le tenían preparado a los amos, una galera repleta de esclavos. Y ella era una de las artífices del plan, lo único que le apenaba era no ver la cara de Murad cuando se enterase. Era más, si los

prendían, prefería que aún estuviese con vida cuando él llegase a Argel para que pudiese ver su condena.

—Solo has comprobado que a veces puedo ser como el resto de mujeres. —Volvió a sacudir el brazo para liberarlo al completo y metió el codo en el pecho de Murad para retirarlo de ella—. Ni por mil palos renegaría.

No podía mover a Murad, así que dio unos pasos para alejarse, él le cogió la mano y tuvo que detenerse.

—Ni por mil palos —repitió y negó con la cabeza. Luego sonrió, una sonrisa de suficiencia que hizo que a María aún le ardiese más el pecho—. Ya sé que contigo no sirven los palos ni las cadenas ni... ¿cuántos latigazos?

María apretó los dientes. La ironía con la que le hablaba no hacía más que enfurecerla. Dio unos pasos hacia atrás, pero el amo andaba hacia ella volviendo a acortar distancias.

—¿Cuántos fueron? —preguntó sin dejar de caminar hacia ella y sin soltarle la mano.

—Quince. —No era posible zafarse cuando Murad le formaba un cepo.

Murad alzó levemente las cejas y tiró de ella para arrastrarla hacia él. María chocó contra el pecho de Murad, pero enseguida puso sus manos sobre los hombros del amo, no podía dejar que se acercara a ella, no una segunda vez. Aquella actitud altiva de Murad la hacía enfurecer sobremanera. Podía notar que el haberla hecho caer en sus redes le producía una satisfacción que buscaba desde que la vio en el barco de Mohamed. Había logrado doblegarla de alguna manera. Lamentó una vez más haber hecho lo que hizo. Lo empujó pero no pudo apartarlo.

—No te obligué ni tampoco lo hiciste por miedo —dijo él—. A veces te asustas, pero no logro descubrir a qué exactamente tienes miedo.

Volvió a empujarlo, pero aquel muro llamado Murad no se movía ni tampoco la soltaba.

—Soy cristiana, me matarían por eso. —Era lo único que se le ocurrió responderle.

—No mientras me pertenezcas. —Su forcejeo era inútil, Murad apenas lo notaba y eso que María sabía que no utilizaba toda su fuerza contra ella.

Dejó de hacer fuerza contra él. El frescor de la brisa había desaparecido, ahora el calor le recorría el cuerpo y notaba cierta humedad en la espalda, consecuencia del forcejeo.

—No se volverá a repetir —le dijo al amo—. Nunca, jamás lo volveré a hacer.

Murad aflojó los brazos, seguía observando a María. Se inclinó despacio hacia su oído.

—¿Qué no volverás a hacer? —El bochorno la inundó al oírlo—. ¿No huir de mí?

La soltó al completo.

—Puedes rebelarte, insultarme, decir todo lo que quieras —sonrió levemente—. Recuerdo bien cómo me mirabas anoche.

Ella abrió la boca para replicar mientras notaba cómo le ardían hasta las orejas de la vergüenza. Pero Murad volvió a inclinarse hacia su oído.

—Y mi deseo, al contrario que el tuyo —le dijo en un susurro—, es repetirlo, cada día, hasta el fin de los días.

María cerró los ojos, no podía soportar más aquella ira que le estaba produciendo Murad. Notó un cosquilleo en los labios, ya reconocía el tacto de los labios de Murad, aquel gesto que le erizaba el vello en un acto reflejo que no podía contener.

No, María, no.

Lo empujó y esa vez logró moverlo. Lo miró firme, fulminando sus ojos.

—Le rezaré a mi Dios para que le prendan fuego a tu galera.

Rodeó al amo y se marchó hacia los baños.

43

25 de junio de 1579. Argel

María se encontraba en el muelle, junto a Miguel y otros esclavos, para despedir a Aisha y al renegado Santiago. Tal y como María supuso, un turco rico e influyente de Constantinopla había solicitado los servicios del nuevo musulmán aconsejado por Ari Morato, que sabía ver la valía de cada persona con tan solo poner los ojos sobre ella un instante. Pronto Abderramán se convertiría en un hombre poderoso en aquella sociedad, no tenía dudas.

Ambos estaban parados frente a Miguel. Santiago le había entregado una bolsa de tela al esclavo y Aisha había metido dentro un joyero que María reconoció como el que le había lanzado ella misma a Jafar. Quizás con lo que había en el interior de la bolsa terminarían la recaudación del coste de la huida.

Aisha dejó a Santiago frente a Miguel y acudió hacia ella. Llevaba a la pequeña en brazos. María la observó, en muy poco tiempo había crecido de forma considerable. Al fin Aisha podía alimentarla y ahora la pequeña dormía plácidamente la mayor parte del tiempo. María le retiró la sábana de la cabeza y la acarició. La renegada se la ofreció para que la cogiera.

María la cogió teniendo la misma sensación del primer día que la había tomado en brazos, sintiendo la fragilidad, el leve peso y la desprotección de aquel ser expuesto a la voluntad de otros. Pero ahora sus padres eran hombres libres y podían impedir que se le causara daño alguno. Algo que ella no podía hacer con su hijo. Sostuvo a Zahara mientras Aisha buscaba bajo su túnica.

La renegada volvió a recuperar a su hija y le ofreció a María una pequeña bolsa de terciopelo azul.

—Esto es para ti —le dijo—. Lo separé del resto de cosas. María frunció el ceño—. Sé que no puedes comprar tu libertad —añadió—. Pero por si lo necesitas, aquí o en otro lugar.

La joven miró el interior de la bolsa. Las reconoció enseguida, Aisha se las había enseñado en una ocasión. Las manillas que llevaba el día de su boda con Jafar cubrían todo el dorso de la mano en pesado oro con multitud de piedras brillantes. La posesión más valiosa que poseía la renegada.

—Deben pagarte al menos ciento cincuenta ducados por cada una —le advirtió.

Miró a Aisha agradecida. Tal y como le había dicho la renegada, eran para usarlas en Argel o en algún otro lugar. En tierra cristiana podría empezar una nueva vida con ellas, le facilitaría todo, una casa, estudios para Julio… Trescientos ducados era el salario de al menos cinco años de una cabrera.

—Gracias —le dijo, apretándole la mano.

—Eso no es nada comparado con lo que yo te debo a ti —le respondió Aisha. María la abrazó con cuidado de no molestar a la pequeña Zahara—. Espero que todo salga bien —susurró la renegada.

Santiago también la abrazó y se dispuso a subir al barco. María se retiró del muelle sin dejar de observar la pasarela que cruzaban ambos renegados con su bebé. Le apenaba que se marcharan de una forma que no esperaba. Aisha había sido, sin pretenderlo, un gran apoyo en su cautividad, quizás no lo había apreciado con intensidad hasta el momento de verla alejarse.

Miró la bolsa de terciopelo azul que apretaba en su mano. Era un nuevo trato que inició con Aisha sin ni siquiera darse cuenta, sin esperar nada a cambio. Solo fue leal y consecuente. Sin embargo, todo se devolvía en Argel.

El barco zarpaba ante sus ojos, pero su mente comenzaba a buscar la manera de esconder las manillas. No tenía más opción que rehuir de Leonor y esconderlas en el interior de su colchón. No le sería difícil coger un cuchillo de la cocina, rajar la tela en la parte que pegaba al suelo y esconderlo entre los trapos que lo rellenaban. Nadie lo notaría, ya faltaban días para marcharse de Argel.

No podía quedarse mucho tiempo en la calle con la bolsa en la mano, podrían robársela. Salió corriendo hacia la casa del amo.

44

19 de julio de 1579. Argel

Faltaban cinco días para la huida. Murad no había regresado de la razia. Ya le advirtió antes de marcharse de que sería un viaje largo. A María el saber que no volvería a ver al amo le producía gran aplomo, ya que cuando Murad regresara ella sería libre o estaría muerta.

Estaba en uno de los estrechos callejones junto a su hijo Julio y otros esclavos. Miguel discutía con Antonio Sosa algo sobre la artillería. No prestaba atención a la disputa, pero ya conocía de antemano el problema que suponía llevar tan poca defensa sobre el barco si los corsarios llegaban a atacarlos en el camino hacia tierra cristiana. Pero el dinero recaudado entre todos no daba para nada más.

Vio a Antonio alejarse y Julio lo siguió. Al niño le gustaban las conversaciones con aquel sabio hombre del que intentaba absorber tanto conocimiento como podía. Miguel se acuclilló junto a ella.

—Si nos atacan —le dijo—, no habrá forma de salvarse. Pero ya no quieren esperar más, no podemos retrasar la fecha.

Se alegraba de oírlo. María no quería ni imaginar tener que esperar más semanas la partida, suponía el regreso del amo y muchas otras complicaciones, complicaciones que le costaba compartir con nadie. Dudaba que ni siquiera se lo hubiese contado a Aisha si esta aún estuviese en Argel.

Ya tenían la fragata preparada entre los barcos de mercaderes en el puerto de la aduana y podrían descubrirlos en cualquier momento, puesto que era un navío sin dueño conocido. Nadie había reparado en él de momento, pero no podían arriesgarse mucho tiempo.

—Es mejor partir cuanto antes —le respondió María girando su cuerpo y dándole levemente la espalda a Miguel.

Miguel la miró de reojo, María llevaba un tiempo algo distante con todos y al esclavo le llamaba la atención aquel comportamiento extraño de uno de sus mayores apoyos en Argel.

—¿Y las manillas que te regaló Elena? —le preguntó. María se sobresaltó y miró al esclavo como si este estuviera completamente enloquecido.

—No pienso utilizarlas para eso —le rebatió.

—Pues en ellas puede estar la libertad —respondió Miguel. María se mordió el labio desviando la mirada.

—Las necesito en tierra cristiana. —María no dudaba—. Las llevaré conmigo.

—Lo único que conseguirás será que te las roben. —Miguel parecía molesto—. Ni siquiera conocemos a todos los que viajarán con nosotros. Hasta nos pueden atacar piratas cristianos y a esos ya los conoces.

—¡No pienso venderlas en Argel! —Y el esclavo se sobresaltó con su grito.

Miguel alzó las cejas mirándola y María se puso la mano en la sien negando con la cabeza. No podía tener más condena que la que ya tenía.

—¿Qué es lo que te pasa, María? —preguntó al fin. Llevaba tiempo esperando que Miguel preguntara por su actitud. No podía ocultarlo por más que se lo proponía, solo Julio conseguía que sus perores demonios se disiparan y que el dolor del pecho se fuese unos instantes. Necesitaba salir de Argel, salir cuanto antes, a España o a donde pudiesen llegar con aquella

galera. Estaba dispuesta hasta a salir a nado hasta morir.

La esclava levantó los ojos brillantes hacia Miguel, la garganta le daba punzadas tan grandes que no era capaz de hablar sin romper a llorar. Miguel le puso la mano en el hombro.

Recordó la otra vez que le confesó a Miguel lo de Julio y cómo su angustia logró disiparse. Pero esa vez eso no sería posible.

—María. —Le apretó el hombro.

Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas sin remedio.

—Estoy en cinta —le dijo al fin y bajó la cabeza para no ver la expresión de Miguel.

María se puso la mano en la sien mientras acercaba la frente a las rodillas. No cabía duda, aquella maldita sangre no llegaba y ya hacía demasiado tiempo de aquella noche. No tenía más síntomas, de Julio tampoco los tuvo. Una única señal, la única que necesitaba para saber que el castigo divino había llegado antes de lo que le esperaba.

—Ese miserable...

Ella negó enseguida con la cabeza y Miguel calló un instante.

—¿Qué has hecho, María? —Notó en su voz la decepción.

La esclava se apretó las sienes con las manos, contenía el llanto tanto como podía. Levantó los ojos hacia el esclavo, que aún mantenía la mano en su hombro. Un gesto que aun notando su decepción la reconfortara.

—No me dejéis atrás, por favor. Necesito escapar, salir de aquí. Llevarme a Julio lejos aunque allí tenga que pagar por mi pecado —decía con voz quebrada.

Un pecado que ahora se sumaba a otra carga, otra responsabilidad, pues si aquello seguía hacia delante tendría a otro hijo al que proteger en tierra cristiana. Volvió a apoyar la frente en las rodillas.

Miguel guardaba silencio.

—Tengo que salir de Argel cuanto antes, antes de que regrese Murad y yo no pueda ocultarlo. Antes de que todos se den cuenta. Antes de que no pueda cumplir mi promesa. —La voz se le quebró del todo—. Necesito llegar a tierra cristiana y correr hasta alejarme del mar y de todos, musulmanes y cristianos. ¿Entiendes? Necesito liberarme de todo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ya no puedo más. —Volvió a apoyar la frente en las rodillas. Se sentía agotada, tanto como aquella vez en los baños de Mohamed.

Notó la mano de Miguel resbalar hasta su espalda.

—Tranquila, esta vez lo conseguiremos —dijo y lo oyó suspirar. Saber que aún con su traición él seguía contando con ella la tranquilizó—. Saldremos de Argel en unos días.

Miguel se levantó.

—Vuelve a casa. Yo acompaño a Julio —dijo el esclavo y se dirigió hacia Julio, que aún hablaba con Antonio Sosa.

María miró a su hijo. Julio había cambiado tanto desde que lo cautivaron… Había crecido de forma considerable en aquellos dos años y su rostro se había alargado, perdiendo toda facción de niño pequeño. Ya tenía nueve años y después del verano cumpliría los diez. María esperaba que estos los cumpliera en libertad.

En cuanto al otro hijo, el que llevaba dentro, el del otro bando, ya se las arreglaría en tierra cristiana. Cogió aire con fuerza y llenó sus pulmones. Ahora más que nunca necesitaba sacar las fuerzas, todas las que tenía.

***

Regresaba a casa, era aún temprano. Las tardes en verano eran largas y los esclavos deambulaban por las calles mientras hubiese luz. Ya se conocía bien el entramado de calles y no tenía que pasar por los baños para llegar hasta la calle principal, donde estaba la casa del amo.

Llegar a la calle del Socco siempre era agradable. Era ancha y, aunque siempre estaba llena de gente, no era tan asfixiante como las estrechas callejuelas cubiertas de toldos. María apresuró el paso. Desde que pusieron fecha a la huida intentaba pasar el menor tiempo posible fuera de casa para evitar sospechas.

Pasó por delante de la casa del rey y las piernas le temblaron. Aún no era capaz de imaginarse lejos de Argel, de su bullicio, su olor y de todos los que tenían el poder.

Alguien le cortó el paso y María se detuvo. Estaba tan perdida en sus pensamientos que no fue capaz de reconocer a la persona que le impedía continuar su camino hasta que casi chocó con él. Era el fraile Blanco de Paz.

En cuanto lo reconoció el olor a sudor, a aguardiente y a aceite manido inundó su respiración, haciendo que tuviera que respirar por la boca para reprimir las náuseas que le producía el aroma del clérigo.

—Llevo toda la tarde buscándote —le dijo y María lo miró contrariada.

Hacía demasiado tiempo que no veía al fraile, la última vez fue cuando lo vio pasar por la calle donde ella solía escribir las cartas. Pensaba que había conseguido liberarse de él, pero fue consciente de que no lo haría hasta que no partiera de Argel.

—Llego tarde —respondió, rodeándolo para continuar con su camino. Blanco de Paz la sujetó por el brazo.

—Es importante —insistió.

—No tengo tiempo ahora. —Intentó zafarse de él. Tenía que correr hacia la casa. Dudaba de que el viejo sospechara algo del plan de fuga y eso era un terrible riesgo para todos ellos. Tiró de su brazo una segunda vez y logró librarse de la mano del clérigo.

—Si no te interesa a ti lo que tengo que decirte, a tu amo sí que le interesará —le replicó Blanco de Paz mirándola con su rostro pálido.

María se giró hacia él un instante. Al cruzar sus ojos con los pequeños y vidriosos ojos del fraile una ráfaga de pánico le recorrió el cuerpo. Sus rodillas comenzaron a cosquillearle, llamándola a la huida. Se dispuso a echar a correr.

—¿Cuánto me pagaría Murad si le cuento que tienes un hijo en Argel?

Todo el cuerpo de María se paralizó. No podía estar ocurriendo aquello. No a tan pocos días de la huida. Casi no podía responder, el pánico la había invadido por completo. Murad no estaba, no podía hacerle nada a Julio.

—Eso es mentira —se defendió. Blanco de Paz sonrió.

—Estás temblando, María. Te dije que eligieras tu bando y elegiste mal —añadió el clérigo —. Has confiado en quien no debías.

«Miguel». Nadie más lo sabía, solo él. No era capaz de creer una traición de Miguel, pero no encontraba más explicación.

Blanco de Paz se retiró de ella acercándose a una de las calles estrechas.

—¿Prefieres seguir hablando aquí? —le dijo cuando llegó a la esquina—. Hay demasiados oídos y los barcos de tu amo ya se ven en la costa.

¿Murad de regreso?

Caería al suelo entre temblores. Los ojos le brillaron.

Vio al clérigo entrar en una callejuela. Aún permanecía inmóvil. Pero ya no podía salir corriendo, no si Blanco de Paz sabía lo de Julio.

Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, y sintió los disparos procedentes de los bastiones que anunciaban la llegada de los corsarios. El sueño se había tornado en pesadilla y la esperanza de huir desaparecía por completo. Se sentía pesada, casi no podía andar ni pronunciar palabra. Algunos transeúntes echaron a correr con el ruido de los disparos, hasta grupos de niños pasaron a toda velocidad vitoreando y pudo distinguir el nombre de Murad en sus gritos.

No recordaba haber estado tan asustada desde el día en que los corsarios la sacaron de su cama en Zahara. Miró hacia el callejón donde aguardaba el clérigo, no tenía elección.

Comenzó a andar mientras su cuerpo chocaba contra algunos esclavos y moriscos que pasaban por su lado, apresurados. Llegó a la esquina. Blanco de Paz la esperaba apoyado en la pared de cal blanca, con su polvorienta sotana, pareciendo más una gran rata que un hombre.

María accedió al callejón. Tenía demasiado miedo. Con su mirada recorría cada recoveco del suelo. No tenía dudas de que de hallar algo con que golpearlo, lo hubiese hecho. Matar al clérigo era la única forma de liberarse de su miedo. Pero no había palos ni piedras. Estaba en las repulsivas y huesudas manos de Blanco de Paz, quizás por culpa de Miguel.

Se colocó frente a él, observando el rostro del fraile cuyas mejillas estaban cubiertas de finas venas rojas que le daban un aspecto ebrio perenne.

—Te ha sorprendido mucho que sepa lo de Julio, ¿verdad? —comenzó.

Oír su nombre en la voz de Blanco de Paz era algo para lo que no estaba preparada. Tomó aire mientras su pecho se llenaba de ira. Miró el cuello del fraile, sintió ganas de hacerlo con sus propias manos. Estaban solos, nadie sabría que había sido ella. Pero quizás no fuera el único que sabía lo de Julio. Estaba completamente segura de que Miguel no se lo había contado directamente porque lo detestaba. El esclavo confiaría en alguien más que sí los traicionó. De todos modos, la culpa era de Miguel y se sentía furiosa, triste y decepcionada. Casi no podía respirar y pensó que no iba a poder soportar aquella tensión. Si no se sentaba, caería sin conocimiento a los pies del clérigo.

—Es algo que se rumorea en el entorno de Miguel —le dijo el fraile—. Entre otros asuntos más. Y esos son los que me interesan.

—¿Y qué es lo que quieres? —No le gustaba el tono soberbio de Blanco de Paz, que le comenzaba a recordar al amo. Solo que este era repugnante y maloliente.

—Tratar contigo —le respondió el clérigo.

María cerró los ojos. Sabía que no había trato que la liberara de él. Si conocía lo de Julio siempre la amenazaría, en cuanto quisiera algo de ella.

—Te daré dinero —le propuso.

—Si quisiera dinero no te hubiese buscado a ti, sino a tu amo —le respondió el anciano.

Blanco de Paz le colocó una mano en cada hombro. Su tacto frío, casi mortuorio, y su cercanía hicieron que el aroma agrio que desprendía su sotana se hiciera intenso a su alrededor.

—Voy a ser claro contigo —comenzó—. Dime qué traman Miguel y el resto y yo no le contaré a tu amo nada de lo de tu hijo... Julio. Su amo lo llama Zahid, ¿verdad?

Los orificios de la nariz de la joven se abrieron, aunque no podían tomar aire. La habían traicionado y ahora ella tenía que traicionarlos a todos ellos, incluso a Julio y a ella misma. Porque en cuanto le contara a Blanco de Paz el plan, este correría a delatarlos a Hassan.

Desde el momento en el que comenzó a conocer a otros esclavos, a vincularse con ellos,

temió llegar al punto en el que se encontraba en ese instante. Quizás de alguna manera sabía que ocurriría. Lo sentía por todas las buenas personas que había conocido en Argel porque no tenía más remedio que hacerlo. Pero si Murad se enteraba de la existencia de Julio, no tardaría en comprarlo y ponerle las mismas eternas cadenas que le había impuesto a ella. Y ella le había prometido hacerlo libre, por muchas veces que fallara en el camino, no podía arriesgar la libertad de su hijo.

Miró al clérigo y apartó las huesudas manos que apoyaba en su hombro. Lamentaba y condenaba lo que iba a hacer. Tanto trabajo, tantas esperanzas, la ilusión de demasiados esclavos rota por la envidia y la maldad de un clérigo nauseabundo. Si se hubiese visto capaz de poder ahogarlo con sus propias manos, lo hubiese hecho. Pero no estaba segura.

Tomó aire y le confesó todo a Blanco de Paz.

***

Llegó hasta donde había dejado a Miguel con Julio. Ya el niño no se encontraba allí. Miguel hablaba con Antonio y Lupino en un grupo de esclavos. Los principales hacedores del plan. María no fue capaz de mirar a ninguno de ellos a los ojos.

Se acercó por detrás a Miguel, lo agarró del brazo y tiró de él para llevarlo lejos del grupo donde nadie pudiera escucharlos.

—¿Qué te pasa? —Se extrañó Miguel de la reacción de la joven. Los ojos de María brillaban de ira.

—¿A quién le contaste lo de Julio? —le preguntó con reproche.

—A nadie —respondió Miguel sin dudar.

—¡Mentira! —gritó y el grupo de esclavos detuvo su debate para mirarla. Miguel se acercó a una esquina y la llamó con la mano para que lo siguiera. María se apresuró y se colocó frente a él —. Blanco de Paz lo sabe —le dijo a punto de romper a llorar. Empujó a Miguel—. ¡Lo sabe!

—María, yo no he sido. —Miguel estaba tranquilo, lo que hacía que María se enfureciera aún más.

—Nadie más lo sabía —gritó. Se mordió el labio inferior—. Y ahora él sabe lo del plan. —Miguel bajó la cabeza sin decir nada—. Me has traicionado, Miguel. —Casi no podía terminar la frase. Retener el llanto hacía que aumentara su furia.

Miguel se acercó a ella y levantó su mano derecha hacia el hombro de la joven.

—Te juro que yo no he sido.

—¡No me toques! —le gritó. Ya no pudo retener más el llanto. Se apartó de él y se acercó a la esquina.

—María. —Miguel intentó agarrarla para que no se marchara, pero ella le apartó la mano.

—No te vuelvas a acercar a mí jamás —le dijo, aunque apenas le salía la voz.

—María, tienes que escucharme, no hay tiempo y hay que contárselo al resto. —La agarró de nuevo y esa vez María no opuso resistencia. Miguel bajó la cabeza—. Blanco de Paz nos delatará a Hassan. Vuelve a casa de Murad y si el Pachá te manda a llamar di que no sabes nada. —María apretó los dientes—. Ninguno sabéis nada —añadió.

La joven sacudió el brazo para que la soltara. No sabía si abofetear a Miguel o darle un abrazo. Era imposible que alguien que acababa de decir que correría con toda la culpa para salvar al resto de la muerte la hubiese traicionado. Y ahora lamentaba no haber apretado el cuello de

aquel miserable clérigo hasta oírlo crujir.

Apretó los labios, que ya temblaban iniciando el llanto, y echó a correr lejos de Miguel y lejos de todos a los que había traicionado. El grupo de esclavos se sorprendió al verla pasar a prisa, aún en sus rostros se podía apreciar la esperanza y la ilusión de que pasaran los días. Pero ya no podrían huir de Argel. Todo había sido por su culpa, por su cobardía, por su miedo. Sintió vergüenza de sí misma. Imaginó el rostro de Julio cuando se enterara de que el sueño de libertad volvía a desvanecerse. Había vuelto a fallarle a su hijo. Pero ya no podía hacer nada, estaba en manos de Blanco de Paz y Murad acababa de regresar a Argel. El infierno se haría intenso a su alrededor.

***

Con los preparativos del baño y de la cena del amo y del resto de los corsarios, Elvira apenas había podido salir con Catalina a enterarse de todo lo que se comentaba en la calle.

María permanecía encerrada en su baño mientras sentía que su interior se consumía. Le había dicho al resto de esclavas que no se encontraba bien y al observar su rostro ninguna puso objeción. A pesar de no haber sentido malestar alguno las últimas semanas, había vomitado cerca del pozo. Aunque estaba convencida de que la fatiga no era por su estado. La tristeza la había invadido dejándole un dolor en el pecho y en los ojos similar al que deja un resfriado. Tenía sueño, demasiado sueño para no ser de madrugada. Sentía el cuerpo torpe y casi no podía moverse.

No había visto a Murad, ya estaba en el baño cuando este llegó y las esclavas le habrían contado su malestar.

Leonor le había dicho que el amo había salido junto con Thamir a informarse de lo ocurrido. Estaba tan convencida de que no volvería a verlo que no sabía qué hacer ni cómo actuar. Las semanas pasarían y un vestido de esclava no podría ocultar la verdad. El miedo más terrible la invadía al pensar qué era lo que haría con ella Murad cuando se enterase, o más bien qué era lo que haría con aquel hijo medio esclavo medio turco, pues el amo no tendría dudas de que era suyo. A ese miedo atroz se le unía el terror que le producía el pensar que su mayor secreto estaba en poder de Blanco de Paz.

—¡María! —Oyó el grito de Murad y cerró los ojos, dando gracias a que estaba tumbada. No creyó poder mantenerse en pie en aquel estado.

Se sobresaltó al ver al amo en la puerta del baño. Pero este no se detuvo en el umbral, la cogió de la cama y la sacó de allí llevándola a toda prisa hacia el pasillo de las columnas camino a su dormitorio. Agradeció que Murad la llevase en brazos, apoyó la mejilla en su hombro y el olor del amo la invadió. Un olor tan distinto y lejano al agrio y desagradable olor de Blanco de Paz, quizás ese olor era el culpable de su fatiga, como también su dueño era el culpable del temblor de sus piernas y del peso enorme que ahora tenía en todo su cuerpo.

Murad entró con ella en el dormitorio y la soltó en el suelo, cerrando la puerta enseguida.

—Buscan a ese amigo tuyo por todo Argel —le dijo—. Dime que esta vez no has tenido nada que ver.

Los ojos de Murad brillaban y su enfado la aterró más que de costumbre. Si Blanco de Paz la traicionaba de todos modos, sería el peor momento. El cuerpo de María basculó levemente, no era capaz de pronunciar palabra.

Murad metió las manos entre su pelo y le agarró la cabeza. María cerró los ojos, lo veía tan

encolerizado que hasta esperó un golpe. Estaba demasiado derrotada como para apartarse de él. Los párpados le escocían, su nariz no permitía que entrara el aire y el continuo respirar por la boca le había secado la garganta.

Derrotada.

Aquella era la palabra exacta. Estaba completamente rendida. No había más que hacer. El plan de fuga se había evaporado y no surgiría más oportunidad. Había perdido en medio de aquel entramado de Argel, traicionada por un inquisidor cristiano que ahora tendría el mando de sus cadenas.

—Dime que no sabías nada. —Lo oyó decir, pero lo oía lejano. Sus pensamientos no la dejaban salir de aquel limbo oscuro en el que ya la muerte o la vida no tenían importancia.

María abrió los ojos despacio y miró a su amo. Notaba la respiración de Murad demasiado acelerada, sin embargo, no le apretaba la cabeza ni le gritaba. A pesar de que el sol de verano en alta mar le había tostado la piel sobremanera, la tez de la cara la tenía blanquecina, descompuesta. Por un momento pensó que estaba tan asustado como ella.

—María. —Podía ver cómo Murad intentaba guardar la calma—. Si has tenido algo que ver, Hassan te condenará a muerte.

Eso ya lo sabía y contaba con ello. Pero merecía la pena el riesgo. Murad le miró los ojos como siempre hacía, primero uno y luego el otro. Le sujetaba la nuca, produciéndole un cosquilleo que en aquel momento ni siquiera podía sentir placentero. La esperanza se había perdido tornándose en pesadilla, en la peor pesadilla que podía imaginar.

—Y yo no podré hacer nada si te condena a muerte —añadió su amo.

Sonó la puerta, alguien llamaba. Murad la soltó para abrirla. María quedó en pie, inmóvil, con la mirada perdida en las telas de la pared de la habitación del amo. Podía oír susurros en turquesco, Thamir le contaba al amo todo lo que había ocurrido, pudo distinguir entre las palabras turcas el nombre de Blanco de Paz y el de Miguel. Cerró los ojos, su garganta seca ahora escocía.

Murad cerró la puerta de nuevo y se dirigió hacia ella. María bajó la cabeza en cuanto el amo se colocó frente a ella. Ni la vergüenza por haber caído ante él era comparable con lo que estaba sintiendo en ese instante. Nada era comparable con la montaña de piedras que sentía sobre su cuerpo. Prefería estar muerta a soportar aquel sufrimiento.

—Una fragata con sesenta cristianos —dijo Murad y le levantó la barbilla para que lo mirara —. Por eso necesitabas el dinero.

María no respondió. El pecho de Murad se movía cada vez más rápido, se estaba enfureciendo demasiado y temió que al fin estallara. Los quince latigazos de Mohamed no serían nada comparado con lo que merecía esa vez si le daban un castigo acorde con lo que había hecho.

—Ibas a escapar con ellos —añadió casi en un susurro. Entornó los ojos hacia ella—. Huías otra vez...

María lo miró un instante. El amo casi no había podido terminar la frase, se asfixiaba. Murad estaba desconcertado, podía notarlo, su amo no sabía si gritar o golpearla o encerrarla. Era tal la sorpresa, la decepción y algo más que no sabía interpretar que el propio Murad no era capaz de afrontarlo de forma controlada.

Entornó los ojos hacia él.

Eso es lo que le pasa.

La joven entendía lo que le ocurría al amo. Acababa de perder por completo el control sobre

ella. Su esclava había participado en un intento de fuga que costaría varios miles de escudos de oro a Argel. Los amos no se esperaban un azote así, un atrevimiento tal por parte de sus esclavos sumisos y sometidos al miedo. Y por otro lado estaba la consecuencia, la pena de muerte, tampoco eso dependía de Murad.

Murad pegó su frente a la de ella y cerró los ojos mientras continuaba respirando de aquella manera agresiva. Él continuaba con los ojos cerrados, supuso que estaría asimilando lo ocurrido. Una de sus respiraciones fue más sonora y larga que el resto, esperó inmóvil que fuese él el que se apartase de ella.

—Están buscando al esclavo con el que andas —dijo Murad despacio—. Hay emisarios en las calles avisando de que quien lo esconda también será condenado a morir. —El amo abrió los ojos y María los vio tan cerca que podía notar las motas amarillas que se mezclaban con el verde de sus ojos—. Embarcaremos esta misma noche hacia Constantinopla. —Se retiró de ella para dirigirse hacia ella.

—¡No! —El grito desesperado de María hizo que Murad se detuviera.

—En cuanto ese tullido aparezca vendrán a por ti y te empalarán con él. —En ese momento él sí alzaba la voz.

—No. —No podía irse de Argel de ninguna manera. Murad estaba enloqueciendo por completo.

—¿Participaste? —Le agarró del brazo tan fuerte que María dio un paso torpe hacia delante. Murad notó su inestabilidad y se contrarió, pero la sujetó enseguida hasta que recuperó el equilibrio. Le cogió la cara—. María, tienes que decírmelo.

María cogió aire despacio. Esa vez ni la palma de Murad tenía la temperatura tan alta como sus mejillas. Todo su cuerpo ardía como si estuviese enferma. Levantó la cabeza hacia él para hablarle. Hasta alzar los ojos le molestaba en los párpados.

—Claro que participé. —Tuvo que volver a respirar por la boca—. Fui de las primeras en conocer el plan y ayudé a prepararlo.

La respiración de Murad se hizo intensa de nuevo. María ladeó la cabeza mientras le brillaron los ojos al recordar que, esa misma tarde, aún tenía esperanzas de conseguirlo. Tragó saliva antes de seguir hablando y esta le escoció en la garganta.

—Pero Miguel nunca me delatará.

—Hassan lo torturará hasta que os delate —replicó él enseguida con una ira que ya no podía contener más.

Lo ojos le rebosaron sin remedio. Todo había sido culpa suya y no podía dejar de culparse.

Ese miserable de Blanco de Paz.

Quizás Miguel la había traicionado, pero diciéndole aquellas palabras a Murad comenzaba a dudar, sabía que Blanco de Paz era un liante, por más que lo pensaba no le entraba en la cabeza que alguien que siempre intentaba protegerlos pusiera en riesgo a Julio.

—No. —A pesar de sus dudas respecto a la lealtad de Miguel estaba segura de que no los delataría.

—¿Tanto confías en él? —La voz del amo se alzaba desprendiendo una extraña soberbia.

Ella lo miró a los ojos.

—Completamente. —La lógica le decía que Miguel le había contado a alguien lo de su hijo y ese alguien lo habría difundido. Pero su traición le dolía tanto que no quería reconocerlo.

Miró a Murad, la sombra que hacía en sus iris la luz de las velas hacía que aquellas motas amarillentas parecieran moverse. Podía revelarle lo de Julio al fin y liberarse al menos del

clérigo. De todos modos, tarde o temprano, Murad se enteraría.

Pero eso sería seguramente condenar a su hijo a una vida en Argel y esa no fue su promesa. Había otra manera de sacar a Julio de allí. Había estado tan sumida en el plan de la fragata que no lo había considerado. Tenía las manillas de Aisha, podía comprar a Julio. Quizás no ella directamente, pero sí algún monje redentor. Julio no valía para jenízaro ni para *gazi*, Dalí Mamí no rechazaría trescientos escudos por él. Solo tendría que esperar a que llegaran los redentores.

Una nueva esperanza se abrió en su pecho. Tendría que soportar las amenazas de Blanco de Paz el tiempo suficiente hasta que los trinitarios regresaran.

Murad le había dado la espalda, hasta así notaba sus músculos moverse consecuencia de aquella respiración acelerada.

—Es la segunda vez que intentas escapar —dijo él—. ¿Qué hago contigo, María?

—Venderme —le respondió sin ser consciente de lo que decía, ya que ella estaba sumida en sus nuevos planes respecto a Julio.

El amo se había girado sobresaltado y la miró apretando la mandíbula. Se acercó a ella.

—Desde el día que te puse las cadenas en el barco —dijo—, estuve completamente seguro de que no quería que fueras mi esclava.

—¿Y por qué me las pusiste? —La fuerza regresaba levemente a su cuerpo.

—Porque eras una esclava —respondió el amo—. No podía entrar contigo en Argel de otra manera. —María recordaba aquellas cadenas que apenas le permitían caminar—. Podría haberme portado como el resto hace con sus esclavos y no lo hice —continuó—. Pero tú solo buscas razones para odiarme.

María miró hacia un lado. Tenía que reconocer que en parte Murad llevaba razón, deseaba odiarlo con todas sus fuerzas. Él y otros como él eran los culpables de que ella y Julio estuvieran allí.

—Me retas continuamente, me desprecias, me rechazas. —La miró confuso—. No importa si me porto bien contigo o si te castigo, tu actitud siempre es la misma —negó con la cabeza—. Me hicieron encerrarte la otra vez de una forma en la que cualquier hombre se volvería loco, sin luz, sin comida, casi sin agua, para asegurarse de que no volverías a escapar... y lo vuelves a hacer. ¿Por qué?

—Porque quiero ser libre —respondió con rapidez.

—Te he ofrecido la libertad.

—Quiero volver a casa. —Cerró los ojos. Hasta le dolía el pensar lo cerca que había tenido esa vez la libertad.

Murad se inclinó hacia ella.

—Esta puede ser tu casa. —Sintió la mano de Murad en su mejilla—. Yo también llegué a Argel solo —dijo el amo—. Y aunque tenga corsarios y esclavos sigo sin tener familia.

Pero Murad se equivocaba, ella sí tenía familia, no había llegado sola a la esclavitud.

—Debería haberte vendido en cuanto llegué al puerto. Ni siquiera debería haberte traído a Argel —añadió sin dejar de mirarla. La mano de Murad le cubría la cara, desde la sien hasta la barbilla. Le costó mantenerse inmóvil a su tacto cuando podría descansar su pesadez en él—. Pero no puedo venderte.

Murad sacudió la cabeza y cogió aire para soltarlo de una vez.

—Espero que lleves razón con lo del esclavo. Vuelve a los baños. —Entornó los ojos hacia ella—. Elvira dice que no te encuentras bien.

María se apartó de él enseguida en cuanto lo oyó, lo que hizo que Murad se sobresaltara.

—¿Qué es lo que te pasa? —Notaba los ojos del amo fijos en ella. Dio un paso hacia la puerta. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Apretó la mandíbula y negó con la cabeza mientras abría la puerta para salir. Salió con rapidez. Se dirigió hacia el baño que usaba como dormitorio. Leonor aún no estaba acostada, María supuso que estaría en la puerta junto con el resto, enterándose de todo lo ocurrido. Se escuchaban muchas voces por la calle para ser tan tarde. Buscaban a un fugitivo, en parte era normal el bullicio.

Lo primero que hizo al entrar fue comprobar que las manillas seguían escondidas en su lugar. Después se tumbó sobre el colchón. Podía oír las voces en una especie de pregón.

Se giró sobre un costado y allí, sobre la sábana, encontró un pequeño papel.

Tras la trampilla del jardín. La letra de Miguel era inconfundible, apenas sobresalían hacia arriba las más altas y, sin embargo, por la parte inferior se alargaban en exceso, como si Miguel quisiera arraigarlas al suelo para que no salieran volando.

María se asomó al patio. Era buen momento, Murad se encontraba en su habitación y los corsarios y las cristianas en la calle. Se apresuró hacia el jardín.

Era extraña la sensación de acceder de nuevo a la casa de Jafar, ahora oscura, silenciosa y vacía. Cada vez que María dirigía la mirada hacia la casa de Jafar la invadía un sentimiento de tristeza que no podía evitar. Echaba a la renegada de menos, aún más de lo que esperaba cuando la vio partir. Toda una vida viviendo en libertad y tan solo dos años cautiva y fue en la esclavitud donde estableció verdaderos vínculos de amistad sincera y desinteresada. Aisha, Santiago, la pequeña Zahara o el esclavo Miguel, la sangre no la unía a ninguno de ellos y, sin embargo, podía notar el vacío que dejaban cuando no estaban. Ya tan solo le quedaba Miguel, el traidor y el culpable de su nueva desgracia, pero pronto él tampoco estaría. No era posible escapar de los guardias de Hassan.

A pesar del odio que le producía el error del esclavo no podía evitar temer su condena. Pensar en el sufrimiento que padecería a manos del Pachá para que delatara al resto de implicados, para luego finalmente recibir la muerte como héroe o como traidor. Estaba segura de que moriría con la honradez con la que le caracterizaba, a pesar de las dudas que tenía respecto a él. Su interior se contradecía, pero su instinto continuaba confiando en Miguel. De otro modo no hubiese acudido a la trampilla del jardín de Jafar.

Llegó al jardín vecino y se acuclilló. La trampilla chirrió al abrirse y pasó a través de ella. Miguel estaba de pie, pegado a la fachada frente a los setos. María cerró la pequeña puerta y se puso en pie.

—Te buscan. —Fue lo único que se le ocurrió decir aunque sonara a una solemne tontería, todo el mundo lo sabía.

Las voces de los emisarios se oían desde allí y hasta podía distinguirse el nombre de Miguel en ellas. Todo Argel sabía que lo buscaban y todo el que lo escondiera sería condenado a morir.

—Voy a entregarme —le confesó Miguel y María desvió su mirada del esclavo. Sabía que no había más opciones, pero le apenaba oírlo. Toda esperanza de huida acababa con la muerte de Miguel. El pecho, ya dolorido por el pánico que le provocaba Blanco de Paz, le daba fuertes punzadas. No solo había sido sufrir la frustración de la huida, sino todos los acontecimientos que la acompañaban—. Lo haré por la mañana. He estado hablando con un renegado español, comparte nombre con tu amo.

María sabía de quién se trataba, otro de los tres Murad Rais que habitaba en Argel, apodado Maltrapillo.

La respiración de María se aceleró. Temió que todos los sentimientos que estaba padeciendo también los estuviera sufriendo su hijo en soledad, en casa de Dalí Mamí, junto a unos niños miserables que no hacían más que maltratarlo. Julio quería a Miguel, él había sido su único apoyo en los primeros meses de esclavitud y la joven ya sabía lo que significaba cada lazo que se anudaba en Argel.

—Si mañana os hacen llamar quiero que sepas que, pase lo que pase, solo yo cargaré con la culpa —continuó. María ni siquiera podía hablar. La pesadilla en la que se había sumido era difícil de asimilar—. No quiero morir sabiendo que piensas que soy un traidor —añadió el esclavo y María lo miró—. Te juro que jamás le conté a nadie lo de Julio.

—¿Y cómo lo sabe entonces? —Pestañeó, notando cómo sus párpados pesaban demasiado —. Entre todos los miserables que habitan Argel mi secreto ha llegado a ser el más ruin de este infierno. Acabará diciéndoselo a Murad y eso condenará a Julio...

No pudo acabar la frase.

—Tendría que haberlo matado —dijo la joven dando un golpe en la pared.

El esclavo la abrazó.

—¿Y condenar tu alma? —le dijo—. No vuelvas a decir eso. Tú no tienes la culpa de nada.

María rompió a llorar. Era consciente de que, a pesar de sus nervios, sus absurdos temblores y todos los miedos que la rondaban continuamente, nunca había sido cobarde ni en su vida en libertad ni en el cautiverio. Sin embargo, en aquel momento quería morir porque no sabía si iba a ser capaz de sufrir todo lo que se le avecinaba.

Blanco de Paz había tomado forma de demonio en el interior de su cabeza. A partir de ese momento tendría que servirlo y complacerlo hasta que pudiera liberar a Julio. Pero ya Miguel no estaría para apoyarla. Y por otro lado tenía al amo y aquella consecuencia de haber sido débil con él que no dejaría de crecer delatando su pecado a ojos de todos, multiplicando su debilidad por dos. No podía soportar la presión en el pecho, se asfixiaba.

Se oyó un chirrido, la puerta de la trampilla se había abierto. Oyó su nombre. La voz de Murad resonó en el estrecho pasillo que formaban los setos y el muro. María empujó a Miguel para que huyera.

—Corre —le dijo.

El esclavo dudó un instante, consciente de las consecuencias que tendría que soportar la joven por culpa de su atrevimiento. Murad asomó la cabeza y parte de un hombro a través de la trampilla. María empujó a Miguel con más fuerza.

—Huye —le gritó.

La esclava sintió la mano del amo en su tobillo izquierdo. Miguel se alejaba. Apenas había tenido margen para despedirse, sabiendo que no volvería a verlo más, y ya no quería ni preguntarle a su interior si creía en su traición o no.

Murad tiró de su tobillo haciéndola caer al suelo y la obligó a cruzar la trampilla entre gritos en turquesco. El amo estaba furioso, pero ella, después de tantas horas de sufrimiento, ya no era capaz de sentir nada, ni siquiera el miedo. Su cuerpo, su mente y su fuerza la habían abandonado por completo desde que viera a Miguel escabullirse por el entramado de pasillos al otro lado de la escotilla.

En el suelo, a los pies de Murad, permanecía callada, inmóvil, oyendo cada grito, cada reproche de la voz de su amo sin reaccionar.

Miró a Murad contrariada, casi no entendía sus amenazas, su mente había caído en un abismo oscuro y silencioso y la voz de Murad sonaba tan solo lejana. Lo oía llamar a Thamir y casi no

fue consciente de que el amo la había llevado de regreso al jardín, junto a la fuente.

Notaba los párpados demasiado pesados y no podía ver con claridad, estaba perdiendo el conocimiento, estaba segura. Había más gente en el jardín, pero no era capaz de reconocerlos.

—Fuera —gritaba Murad al resto, enloquecido.

María seguía en el suelo, se apoyaba con las manos, pero sus brazos temblaban al no poder sostener el peso. Notó tirantez en el cuero cabelludo. Murad la había agarrado del pelo.

—¿Oyes a los emisarios? —le dijo—. Lo buscan y matarán a todo el que lo encubra. ¿Te arriesgas a eso?

La soltó y se retiró de ella. María notó algo rozar su hombro cuando Murad se apartó y reaccionó reconociendo lo que era: nunca olvidaría el tacto de la fina piel hecha correas.

—Una esclava mía traicionando las órdenes de Hassan. No me dejas más opciones, María —dijo Murad y ella lo miró.

El amo estaba a dos metros de ella y tenía un látigo marrón oscuro en la mano. Ya no importaba lo que hiciera con ella, Blanco de Paz tenía el único látigo al que temía. Murad podía despellejarle la espalda si era lo que deseaba, le daba igual.

Los ojos de Murad brillaban de furia. Lo observó desenrollar el látigo y este cayó sobre la hierba haciéndola crujir. María casi no recordaba cómo era el látigo de Mohamed, solo recordaba el dolor cortante que le producía su choque. El de Murad era grueso, tanto como las cuerdas de los bajeles. Dobló los codos para apoyarse del todo en el suelo y escondió la cara entre sus brazos. Entonces recordó que ya no solo tenía una debilidad en Argel, otra, la que consideraba como castigo a la traición a los suyos, permanecía dentro de ella. Pegó su torso al suelo, podría aguantar uno o dos latigazos a lo sumo y tendría que confesárselo a Murad si este no paraba.

Se hizo el silencio. No había nadie más en el jardín, tan solo ellos dos. Sintió el sonido de la hierba, Murad se movía a su alrededor. María apretó los ojos esperando que comenzara de una vez.

—¿Por qué me haces esto? —le reprochó el amo. Murad estaba tras su espalda—. ¿Necesitas más motivos para odiarme? —le gritó.

El látigo continuaba arrastrándose a través de la hierba, casi podía oler el cuero. La joven encogió la espalda, sabía lo que suponía cada choque de la apretada cuerda contra la piel, su cuerpo comenzaba a reaccionar ante el miedo. Agarró la hierba con fuerza, apretando los puños.

El látigo sonó al moverse rápido contra el aire y María contuvo la respiración para soportar la caída del cuero con tanta resistencia como fuera capaz.

El cuero irrumpió en la hierba, haciendo un sonido sordo muy diferente al que producía contra el suelo de madera de la galera. María abrió los ojos, no había sentido nada. Levantó enseguida la cabeza hacia Murad. Este aún seguía con el látigo en la mano. Gritó al lanzarlo al suelo y se dirigió hacia la fuente.

La esclava tomó aire y este resultó fresco. El sudor caía por su cuello, pero sus músculos se relajaban.

No podía ver el rostro de Murad, este le daba la espalda. Sin embargo, sí que podía apreciar su respiración acelerada por la forma en la que se movían sus hombros.

En el silencio del jardín podía escuchar el bullicio de la calle, supuso que procedente más de curiosos que de guardias o emisarios. Miguel ya habría llegado a la casa de Maltrapillo, que vivía en una calle paralela y a través del pasillo interior de entre las casas no se tardaba demasiado.

—¿Qué tienes con ese esclavo que no te importa arriesgar la vida? —preguntó Murad y María se sobresaltó. Aunque le respondiera, la joven dudaba de que Murad pudiera entenderla—.

¿Piensas responderme? —insistió, girándose levemente.

La joven tomó aire, notaba el rostro hinchado de los intermitentes llantos durante la tarde. La decepción, el temor, el dolor, la tristeza y la furia contra Blanco de Paz la habían llevado a un estado soñoliento. Murad solo le pedía responder, pero hasta le costaba hablar.

—No lo entenderías —le dijo y Murad se giró completamente hacia ella. El corsario se acercó hasta donde se encontraba y se acuclilló a su lado.

—¿Qué no entendería? —preguntó ahora sereno.

María lo miró contrariada. La ira enloquecida que su amo había mostrado antes, producto de la furia de la rebeldía de su esclava y de los celos que sentía por un humilde esclavo tullido, habían desaparecido y ahora solo se apreciaba curiosidad.

—Los vínculos que se pueden forjar en la cautividad —respondió, incorporándose de lado y sujetándose con una mano—. Sin cadenas, sin látigos... —Alargó la pierna y alejó con el pie el látigo de cuero marrón—. Sin miedo. Sin todo lo que soléis utilizar los amos para controlarnos.

Murad había fruncido el entrecejo al oírla. María acercó la mano al cinturón de Murad. De él colgaban unas cintas de seda con pequeños cuchillos dorados, adorno que solían llevar los turcos en los fajines.

La joven tiró de una de las cintas y el pequeño cuchillo dorado que sujetaba cayó sobre la hierba. María le cogió la mano a Murad para que la alzara mientras este apoyaba una rodilla en el suelo.

María cogió aire, el tacto con el amo siempre era placentero, algo que no lograba entender a pesar de que él representaba todo lo que ella debía odiar. Miró a Murad, que miraba la mano de María sujetando la suya, una mano insignificante comparada con el tamaño de la del corsario. Pero en ese momento no importaba la fuerza ni el tamaño, él no ejercía presión ni fuerza, simplemente se dejaba dirigir por María, algo que hacía aquel contacto aún más agradable.

—Antes de llegar a Argel yo pensaba que la esclavitud había que vivirla en una solitaria oscuridad. —Rodeó la muñeca del corsario con la cinta que le había arrancado del fajín—. Hasta que conocí a Miguel y me di cuenta de que, aunque fuera esclava, había una parte de mí que continuaba siendo libre. —Miró a Murad a los ojos. Él permanecía en silencio escuchando cada palabra con una expresión que nunca había visto en él—. Puedo obedecerte por temor a los golpes, a tus gritos, a tus amenazas. —Formó un nudo con la cinta—. Pero con látigos y cadenas no se consiguen la lealtad y la confianza. Miguel confió en mí por propia voluntad y yo lo hice en él. —Formó una lazada con uno de los cabos—. De modo que nuestras vidas dependían de nuestra lealtad. —Rodeó la lazada con el otro lado de la cinta, formando un lazo—. Ese es mi vínculo con Miguel.

El escozor le sobrevino a la garganta mientras miraba el lazo de cinta roja alrededor de la muñeca de Murad.

—Es recíproco, desinteresado y libre. —Tragó saliva mientras alargaba su mano de nuevo hasta uno de los cabos de la cinta—. Fuerte pero a la vez vulnerable, porque si uno de los dos traiciona... —Tiró suavemente de uno de los cabos y el lazo se deshizo por completo dejando caer la cinta en la hierba—. El vínculo se rompe.

Sintió las lágrimas ardiendo sobre las mejillas. Aún no estaba segura de quién había roto el lazo, si ella o si había sido Miguel contando lo de Julio. Lo único que era cierto es que él moriría y ella tenía el alma vendida a Blanco de Paz, que era aún peor que la muerte.

—Pero él va a morir —concluyó Murad y en su mirada la joven notó que la había entendido mejor de lo que esperaba.

Su llanto aumentó al culparse de la muerte de Miguel de nuevo. Sabía que era el riesgo si los cogían preparando la fragata, pero el ser la causante era algo que no podía soportar.

Murad sacó de su bolsillo uno de sus pañuelos de seda y limpió las lágrimas de María.

—¿Va a entregarse? —preguntó el corsario. María asintió con la cabeza, ya no era capaz de decir nada más.

—¿Por qué lo traicionaste? —preguntó él y el llanto de la joven aumentó.

Murad se inclinó hacia ella y la rodeó con los brazos para que se dejara caer sobre él. La joven empujó el pecho del amo para apartarlo de su mejilla, pero nunca conseguía mover a Murad usando la fuerza.

—¡Apártate de mí! —le dijo.

Pero Murad la rodeó con más fuerza.

—No pienso apartarme de ti —respondió, irguiendo su cuerpo levemente para mirarla.

María apretó los labios temblorosos.

—Todo es por vuestra culpa. Todos sois unos miserables sin alma —le reprochó—, y lo único que deseo es que muráis a manos de cristianos.

Esperaba la reacción violenta de Murad a sus palabras y quizás necesitaba dicha reacción por parte del amo. Necesitaba odiar a los corsarios más que nunca porque había perdido la esperanza de ser libre, porque ellos matarían a Miguel, porque ellos retenían a Julio para convertirlo en un turco como ellos. Necesitaba golpes, latigazos, lo que fuera que le produjera el dolor físico suficiente que le permitiera olvidar el dolor del alma.

Pero Murad aflojó los brazos que la rodeaban, la miró un instante y volvió a limpiarle las lágrimas despacio, mirándola con tranquilidad.

Luego se puso en pie en silencio sin dejar de mirarla. No pensaba darle un solo golpe, un solo grito.

Acercó su mano hasta la mejilla de María, que ardía enrojecida. Luego se fue alejando de ella sin darle la espalda hasta llegar a las columnas de los arcos a través de los cuales se accedía a la casa. Allí se detuvo en silencio a mirarla.

María puso la frente sobre la hierba del suelo, con las manos la apretaba tan fuerte que sentía cómo se levantaban las raíces del suelo. Gritó todo lo que le permitieron sus pulmones mientras volvía a arrancar la hierba con desesperación. Y su llanto se hizo incontrolable.

45

20 de julio de 1539. Argel

Apenas había dormido en toda la noche. Con la primera luz de la mañana la noticia de que Miguel se había entregado llegó hasta la casa del amo.

Murad ya se había levantado y tomaba la primera comida del día. María sabía que una buena esclava nunca debía molestar a su amo. Pero ella nunca fue la esclava que ningún amo quisiera tener, así que llamó a la puerta.

—Entra, María. —Lo oyó decir y se detuvo un instante antes de abrir. No sabía cómo Murad podía ver a través de las puertas o quizás el amo esperaba que acudiera a él para pedir permiso para salir.

Cogió aire y abrió la puerta. Por el surco bajo los ojos de Murad pudo comprobar que él tampoco había dormido demasiado.

—Necesito permiso para salir —dijo, dando un paso hacia el interior del salón.

Murad aún no se había abrochado el *al-shaya*, así que tuvo que desviar la vista hacia un lado.

—Para ir a las puertas de Hassan —respondió él y María guardó silencio. Claro que era para ir a casa del Pachá, era inútil buscar otra excusa con el amo.

Miró de reojo a Murad, este había bajado la vista hacia su bandeja de la comida y lo vio coger aire despacio.

—Si ese esclavo os delata, no creo que sea el mejor sitio en el que debas estar. —María se sobresaltó—. No sé si eres consciente de que Hassan no podrá condenar a sesenta esclavos, la pérdida económica sería tan grave como si hubieseis huido. Pero a ti te empalarían la primera.

La joven negó con la cabeza y dio unos pasos hacia Murad.

—No va a delatar a nadie. —Estaba completamente segura.

Su amo alzó las cejas al escucharla.

—Hassan es muy persuasivo, no tienes ni idea.

—No lo hará.

El amo entornó los ojos observándola con atención. Ella bajó la cabeza.

—¿Algún esclavo mío más estaba en ese plan? —preguntó Murad y María negó con la cabeza.

—Tus esclavos no se atreven ni a respirar, ¿cómo van a intentar fugarse? —respondió como si Murad hubiese dicho una tontería.

—¿Ninguna de tus compañeras lo sabía? —volvió a preguntar serio y ella negó de nuevo.

—Son cristianas, pero no pertenecen a mi bando, sino al tuyo. —Alzó los ojos hacia Murad, que continuaba sentado tras su mesa. Volvía a alzar las cejas—. Son cristianas hasta que tú les des la oportunidad de no serlo. No escaparían ni con el pensamiento.

—¿Por esa razón no has establecido con ellas ese lazo que te une al tullido *Isabiedra*? Ellas no tardarían en delatarte.

Ahora fue María la que alzó las cejas.

—Ari Morato suele decir que entre los esclavos también hay bandos.

Y tanto que los hay.

Murad seguía observándola.

—Puedes salir —le dijo y María se apresuró a salir del salón.

La casa de Hassan estaba en la misma calle que la del amo, así que no tardó en llegar. Ya en la fuente, a las puertas, se había formado un bullicio que le impedía acceder al interior. Empujó y sorteó a turcos y esclavos, curiosos que se habían acercado a comprobar la temible sentencia del Pachá de Argel, pues se esperaba lo peor para el esclavo porque, aunque había sido indultado en otras ocasiones, la gravedad de los hechos era imperdonable.

Recibió insultos y le devolvieron todos los pisotones que dio para hacerse hueco. Buscaba con desesperación algún rostro conocido, pero no halló ni tan solo a uno de los que con fervor habían preparado con ellos la huida.

Cobardes.

Quizás temían que Miguel los delatara, como también temía Murad, y por ello su oposición a que fuera a casa del rey puesto que, si esto ocurría, no fuera a ser ella a la primera que encontraran. Según Murad no podrían matar a los sesenta cristianos que participaban porque la pérdida económica sería demasiado cuantiosa, pero sí darían un castigo ejemplar a los primeros que encontraran. Y ella estaba en primera línea.

Entre turcos y cristianos vio la piel oscura de un niño y todo el vello de la piel se le erizó.

—¡Julio! —Lo llamó, tirando de la camisa del niño hacia ella—. ¿Qué haces aquí? —En ese momento entendía bien las palabras de Murad cuando le advirtió de que la puerta de Hassan era el peor sitio donde podría estar.

El niño levantó la cabeza hacia ella y a María se le despejaron las dudas de cómo llevaba Julio la decepción de la huida y la inminente muerte de Miguel. No se había equivocado, Julio lloraba de forma desconsolada.

—Vete ahora mismo de aquí —le dijo firme—. Tendrías que estar en la escuela.

—Tenía que venir —respondió el niño—. No... no es justo que...

—Vuelve a la escuela —lo cortó para que no pudiera acabar la frase. Sabía lo que iba a decir su hijo—. No podemos hacer nada. Vete de una vez.

Julio miró a su madre como si fuese una desconocida a sus ojos. La reacción del niño hizo que a María le diera una punzada en el pecho.

—Sé que fuiste tú. Tú y tu estúpido miedo de que todo el mundo se entere de que yo existo. Él no merece morir —le dijo el niño.

—Intento salvarte, ¿quieres ser un esclavo toda la vida? —Se inclinó para susurrarle al oído.

Julio la miró de reojo.

—No quiero ser libre si para eso otros tienen que morir. —Dio un paso atrás para alejarse de ella—. Y menos aún Miguel. Yo mismo hubiese ido a la puerta de Murad a decírselo si llego a saber esto.

María se llevó las manos a la sien.

—Julio...

Intentó alcanzarlo, pero el niño se apartó de ella.

—Tú lo delataste, no lo dejes morir ahora. —María miró a Julio con los ojos brillantes—. No todo vale en los pactos de Argel —negó con la cabeza—. No quiero esa libertad que piensas darme a costa de lo que sea. No es lo que he aprendido aquí, no es lo que me enseñó Miguel ni lo que me enseñaste tú.

Julio se acercó a ella.

—He soportado los insultos de Dalí por mis torpezas, los palos de Ochialli porque no valgo para soldado. Y vivir entre esos niños miserables es un infierno. Solo en la fe en ti y en el grupo que formamos con el resto encontraba la fuerza para soportarlo sin tirarme por la zanja camino a

los astilleros. Pero nos has vendido a ese miserable de sotana desgastada. Te has rendido.

María no podía aguantar el escozor de la garganta con las palabras de su hijo.

—No me he rendido —respondió, aguantando las lágrimas.

—Pues no dejes que lo maten. —El niño volvió a alejarse de ella.

—No puedo hacer nada. —Le cogió el brazo al niño. Julio le apartó la mano para que no lo tocara. Ella volvió a intentarlo, pero Julio se apartó de ella. Un gesto que le recordaba al suyo propio con Murad.

—Déjame en paz —le dijo con un tono que nunca había oído en él—. Y olvida mi libertad. No quiero que muera nadie más por culpa de tus miedos.

María abrió la boca para replicarle, pero no encontró nada que decir. Julio se abrió paso entre la gente sin mirar atrás. No estaba enfadada con él, era el dolor el que lo hacía actuar así, lo comprendía, pero no podía evitar que las palabras de su hijo aumentaran su tristeza. Cogió aire por la boca y empujó con fuerza para que le dejaran paso. Ya casi llegaba a la puerta de la casa, que permanecía abierta. El bullicio la llevaba hacia uno de los lados del portón. Ya en aquella parte los curiosos permanecían más parados mirando que empujando para pasar hacia delante, así que no le fue difícil sortearlos hasta llegar al umbral.

No había menos gente en la gran entrada de la casa. Apenas podía oírse el sonido de los chorros de la gran fuente con tanto jaleo. Todo el mundo comentaba, daba su opinión y presagiaba lo peor. Podía escucharlos, decían que Hassan había prometido perdonarle la vida si confesaba el nombre de quien le había dado el dinero para comprar el barco, si delataba al resto de urdidores. María sabía que no importaba lo que le ofreciera Hassan a cambio de la traición, nunca lo haría.

La multitud esperaba la ejecución de la sentencia. Hablaban de empalarlo, de apalearlo o de engancharlo, las tres muertes que solía dar el Pachá y cada cuál de ellas más terrible.

Entre el aroma a sudor de la multitud pudo distinguir un olor rancio que conocía muy bien. Las piernas se le aflojaron al ver su sotana polvorienta y llena de manchas. El culpable de todo aquello, Blanco de Paz, se encontraba de pie junto a la fuente, demasiado cerca de ella.

Era apreciable el rostro de satisfacción que presentaba el clérigo mientras observaba los arcos tras los que se encontraba el salón donde Miguel era interrogado. María entornó los ojos hacia él. El clérigo estaba orgulloso, disfrutaba con lo que estaba ocurriendo. Era difícil de entender cómo alguien podía disfrutar con el sufrimiento de otro cristiano, más aún si este era fraile. María se mordió el labio inferior y sus dientes rechinaron.

Blanco de Paz giró la cabeza, contemplando a la multitud, y reparó enseguida en ella. Con un gesto con la cabeza le indicó que se acercara a él.

—No te esperaba aquí —le dijo—. No precisamente hoy. —María no le respondió. —No es agradable ver la muerte de un hombre aunque este sea un traidor —añadió.

María abrió la boca sorprendida. El clérigo realmente pensaba que María estaba enfadada con Miguel por traicionarla. Le dolía su traición, pero no quería que muriese y menos aún por su culpa. Pero dudaba de que el clérigo pudiera comprender los vínculos humanos, hasta Murad parecía entenderlos mejor.

—El esclavo ha sido sentenciado a muerte por empalamiento. —Se oyó la voz de uno de los guardias anunciándoselo a la multitud.

Blanco de Paz sonrió a su lado. La joven lo miró de reojo. Aparte del favor de Hassan, al clérigo lo había recompensado con un escudo de oro y una jarra de manteca. Pero ninguna de esas cosas le eran tan placenteras como el haber acabado con el esclavo al que odiaba.

—Quédate a mi lado —le sugirió—. Rezaremos juntos por su alma. —Cogió la mano de la joven, pero ella no permitió que la tocara. Las palabras del clérigo sonaban con tanta falsedad que le dieron náuseas.

—No —le dijo.

—¿No? —El clérigo sonrió. Cada vez tenía más huecos oscuros en su dentadura—. A partir de ahora vamos a pasar mucho tiempo juntos, joven María, y rezar será una de tus obligaciones en mi presencia. —María ladeó la cabeza.

—Creo que ya hemos acabado el trato. Te di lo que querías —se defendió, sabiendo que no había forma de acabar el trato con el clérigo.

Blanco de Paz levantó el dedo índice alargado, fino y con huesos tan prominentes que no podía ponerlo derecho y negó con él.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Seguir con los esclavos que traicionaste? Todos conocen lo que hiciste —dijo—. Y yo guardo tu mejor secreto, te convendría más estar a mi lado que contra mí. —Digirió la advertencia tan bien como pudo. El clérigo hizo una mueca—. Quiero que te quedes a rezar durante la ejecución de Miguel. —María miró hacia otro lado sabiendo que tenía que hacer lo que él le decía—. Me alegra tenerte otra vez de mi lado —le dijo Blanco de Paz acariciándole el brazo. María se retiró de él con asco y el clérigo se ofendió—. Pero no te consentiré esos modos.

La joven apretó los puños.

—Aún no te he dejado claro el trato que tenemos o eres demasiado torpe tratando, María. —El clérigo levantó la cabeza con prepotencia—. No te conviene ser mi enemiga ahora.

María lo agarró por la sotana y su reacción cogió desprevenido al fraile.

—Si le pasa algo a mi hijo —le advirtió—, renegaré y le pediré a Murad tu cabeza como dote.

Y estaba segura de que lo haría.

Blanco de Paz le apartó la mano de su sotana. Sus ojos altivos ahora estaban llenos de rabia. Dio un paso atrás para separarse de la esclava y entornó los ojos.

—Eres torpe y estúpida, María. Y ahora estás completamente sola, no temo a tus amenazas —le inquirió.

María apretó los puños con fuerza. Estaba sola. Era consciente de que todos los que iban a huir en la fragata sabían que ella era quien le había contado todo a Blanco de Paz sin conocer la razón de su traición. Una razón que no podía revelar a nadie. No volverían a dirigirle la palabra. Blanco de Paz se había salido con la suya, lo que siempre deseó, apartarla de todos para que solo lo tuviera a él para crear un vínculo de necesidad desesperada.

—Ya no tienes amigos en Argel y Miguel ha sido condenado a morir —añadió.

María apretaba los dientes y los puños sin dejar de mirar al clérigo. Este comenzaba a recobrar su expresión orgullosa y soberbia. El blanquecino hombre se humedeció los labios con la lengua, gesto tan nauseabundo que María tuvo que apartar la vista de él para no vomitarle encima.

—Sí, es mejor que te marches —continuó—. Porque todo lo que pase aquí hoy será por tu culpa.

El clérigo era aún más ruin de lo que ella esperaba y eso que ya lo tenía en mal concepto. María sabía que Blanco de Paz pensaba que a ella ya no le importaba Miguel, por eso decía aquellas palabras, el miserable quería asegurarse de que sufriera la culpa.

El clérigo sonrió y rebuscó bajo su sotana, sacó un papel amarillento y lo desdobló. Era una

carta de la orden dominica, como la que una vez leyó María, en la que denegaba la redención de Blanco de Paz.

El clérigo giró el papel para que ella pudiera leerlo y le señaló un párrafo.

Hemos estado consultando las solicitudes de los cautivos y no hemos encontrado ninguna solicitud a favor de doña María Romero Moreno, de Zahara de los Atunes, ni en nuestra orden ni en la de los trinitarios. Sin embargo, los trinitarios sí poseen una solicitud de una tal María con los mismos apellidos hecha en Túnez en 1577.

Esta declara a favor de Julio Galán Romero, de siete años de edad, hijo de doña María y don Julio. Como marca distintiva aparece un lunar en la planta del pie derecho. Desconocemos si es la misma María por la que nos preguntaste y estos son los únicos datos de los que dispongo.

María se apartó de Blanco de Paz y del papel como si el clérigo fuera el propio demonio envuelto en llamas.

Blanco de Paz no dejaba de sonreír satisfecho. Volvió a doblar el papel y se lo guardó de nuevo.

Miserable.

No encontraba palabras para describirlo. La hizo creer que había sido Miguel, la presionó para que lo traicionara y ahora quería que sufriera la culpa de verlo morir, sabiendo que él siempre había guardado su secreto.

Sintió como si una piedra pesada hubiese caído desde la garganta hacia su estómago. Había sido estúpida cayendo en la trampa de un liante ya conocido como era Blanco de Paz. Apretó los puños ante la sonrisa burlona y orgullosa de Paz, no podía soportarlo.

Echó el hombro atrás y, sin dejar de apretar el puño, cargó contra la cadavérica cara del fraile con tanta fuerza como fue capaz. El clérigo cayó contra la fuente y después al suelo enredándose en su sotana.

No se detuvo en él, ni siquiera pudo verle la cara después de caer. Tenía que buscar a Ari Morato. Le dolía la mano, eran como oleadas de cosquilleo y punzadas. Se le hincharía, estaba segura. Pero el golpe había sido de las mejores decisiones que había tomado desde que se encontraba en Argel. Julio llevaba razón, Miguel no podía morir por culpa suya, por su cobardía, por sus temores. Se sintió estúpida, jamás tendría que haber entrado en el juego de Blanco de Paz ni en su trato.

Un guardia le cortó el paso, no podía entrar en el salón de Hassan. De todos modos, allí no parecía haber nadie ya. Desconocía dónde se habían llevado a Miguel. Aún no se había formado el revuelo que causaba la ejecución, así que suspiró, albergando la esperanza de tener aún margen para hablar con Ari Morato. Ya él la había advertido de que no podía volver a salvarlo, pero no tenía ninguna otra persona a la que acudir.

Rodeó a los guardias y se asomó a uno de los pasillos, pero otros guardias le impedían también el paso.

Se llevó las manos a las sienes, era imposible encontrar a Ari Morato allí. Volvió hacia los arcos y se asomó al salón. Parecía estar vacío, pero comprobó que se oían voces en su interior, había gente en algún ángulo que no podía ver. Se paró frente a los guardias. Era una locura lo que iba a hacer, pero no se le ocurría otra cosa.

Se detuvo a mirar la venera que presidía la parte central del arco, esperando el momento. Tomó aire y echó a correr tan rápido como pudo. Los guardias enseguida la persiguieron, pero ella ya estaba dentro del salón cuando la atraparon.

Vio a Ari, a Hassan y a varios turcos más junto a ellos que no reconocía. Estaban a la derecha del salón, por eso no podía verlos desde la puerta. Todos se habían girado hacia ella y hacia los guardias sorprendidos con el atrevimiento de la esclava. María miró al renegado Morato con desesperación.

—La famosa esclava de Murad Rais —dijo el Pachá y María bajó la cabeza. Demasiado conocida era ya en Argel y no solo por el llamativo color de sus ojos—. ¡Soltadla!

Al grito de Hassan la respuesta de los guardias fue inmediata. María no se atrevía ni a mirarlo. El rey de Argel era intimidante, no solo por lo que podía hacer con ella, sino porque casi podía leer los pensamientos de Hassan cuando la miraba y estos no le gustaban.

Estar en aquel salón, siendo consciente de que ella era tan culpable como Miguel de la fuga, como tantos otros, no dejaba de ser temerario como decía Murad. Intentaba no pensarlo. Ari susurró algo a Hassan y luego se acercó a ella.

Le dio un toque en el brazo para apartarla a un lado.

—María, te dije que ya no podía hacer nada.

—Lo sé —respondió ella—. Pero...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Recordó a su hijo pidiéndole que hiciera algo. Julio quizás no era consciente de que ella era tan solo una esclava y encima mujer. ¿Qué se le permitía hacer en una sociedad como aquella?

—No puede morir —dijo y su voz casi desapareció. Ari le puso una mano en el hombro.

—Esta vez ha ido demasiado lejos —le respondió el mercader—. Debe pagarlo —María negó con la cabeza.

—Por favor —rogó.

—No puedo hacer nada, María —le repitió—. Hassan está furioso, eran numerosos esclavos los que iban a escapar. Si no castiga a Miguel, los amos se volverán en su contra. Ni siquiera depende de Hassan, es su deber como Pachá castigar este delito.

Ari le cogió la barbilla para que levantara la cabeza. Los iris de María, llenos de lágrimas, eran aún más llamativos.

—Déjame entonces que le ruegue yo a Hassan —añadió la esclava. Ya era lo último que le quedaba por intentar. Ari frunció el ceño.

—¿Tú? —El mercader no sabía si reír con la ocurrencia de la joven.

—No puedo dejar que muera. —No podía vivir con aquella carga. Ella, solo ella era la culpable.

—¿Por qué dices eso? —María lo miró a los ojos, casi no podía responderle, la garganta se lo impedía.

Cogió aire despacio.

—Porque fui yo quien lo traicionó. —Casi no podía creer lo que le estaba confesando al mercader—. Fui yo quien se lo contó a Blanco de Paz. —Parte de su angustia se liberó al decirlo —. Ese miserable me engañó para que tratara con él —añadió. Cogió el antebrazo de Ari Morato y lo apretó—. No me condenes a cargar con la culpa.

El mercader miró tras María, alguien estaba cerca.

—¿Por qué lloran los ojos más bonitos de Argel? —preguntó el Pachá y María se giró para mirarlo.

Hassan se acercaba a ellos seguido del resto de sus consejeros. Le daba pánico hablar directamente con Hassan, pero no tenía más opciones. Sus pies parecían levantarse del suelo, incitándola a salir corriendo de allí. Cerró los ojos y recordó las palabras de su hijo. Tomó aire y

abrió los ojos.

—Ha venido a pedir clemencia para el esclavo Miguel —le respondió Ari Morato.

Hassan, que se encontraba ya junto a María, la miró sorprendido y profirió una sonrisa más de burla que de agrado.

—No puede haber clemencia —le respondió—. Le he ofrecido el perdón si confesaba, pero ha preferido la ejecución. —María bajó los ojos. Hassan estaba cerca y lo último que necesitaban sus nervios era la oscura mirada del Pachá para perder el control—. Tampoco quiere renegar —añadió Hassan—. Así que tiene que morir.

Ari Morato miró a María esperando a que ella añadiera algo más, dudando que se diera por vencida tan pronto.

Y tanto que María no pensaba darse por vencida, pero Hassan producía verdadero miedo. Necesitaba que se alejara de ella algo más para continuar hablando.

Morato levantó los ojos hacia la entrada, Hassan también lo hizo. La esclava se giró para ver también qué ocurría. Vio a los guardias abrir paso. Murad entraba en el salón y se detuvo al ver a María ante Hassan y su consejo.

—Murad. —Lo llamó Hassan—. Acércate a nosotros. —El Pachá sonreía—. Ven a escuchar el atrevimiento de tu esclava —añadió.

La expresión blanquecina del amo se tornó en desconcierto. Ya no sabía qué esperar de María. Hasta la esclava fue consciente de que ser el responsable de una cautiva como ella no sería fácil. Hasta sintió cierta vergüenza al verlo situarse a su lado frente al Pachá para responder por ella en caso de que hiciese falta.

María respiró entrecortadamente, ni siquiera sabía cómo había podido sobrevivir entre aquella gente siendo como era.

—Tu esclava ha venido a pedir clemencia para el cristiano Miguel. —Hassan se dirigía a Murad y María no quiso ni mirar la expresión del amo ante las palabras del Pachá.

Algunos de los consejeros de Hassan rieron.

María levantó la vista hacia ellos. Hassan y Ari Morato estaban frente a ella, los consejeros de Hassan estaban colocados a su alrededor, como si de guardias se tratase. Parecía más un juicio que una audiencia improvisada.

María tenía el pulso tan acelerado que parecía que el corazón iba a explotarle de un momento a otro. Necesitaba tranquilizarse y argumentar la defensa de Miguel. Era su única oportunidad, no había más. Respiró y tragó saliva.

—Hace dos años que me hicieron cautiva —comenzó, dirigiendo sus ojos hacia el Pachá de Argel—. Y desde que soy esclava no he dejado de salvar la vida de musulmanes. Mi antiguo amo, Mohamed, y todo su corso hubiesen acabado en tierra cristiana si yo no los hubiese ayudado en el motín en un barco de piratas cristianos. Yo era una mujer libre y los salvé de la esclavitud. —Dirigió sus ojos hacia Murad—. Y terminé volviendo a ser esclava.

Notó que Murad se tensó levemente. Aquel momento que él maldecía una y otra vez.

A María le brillaron los ojos.

Bendito momento.

Encontró demasiadas cosas en Argel. No podían caber más sentimientos dentro de aquella muralla. Encontró a su hijo, pero también encontró compañía, esperanza, lealtad, admiración y otras sensaciones que le costaba reconocer.

Su amo la miró de reojo.

—Su antiguo amo era Mohamed de Túnez —dijo Murad a Hassan—. Es cierto lo que dice,

sin ese motín yo no hubiese vencido a la flota cristiana.

Hassan miró a María con interés.

—Seguí con vuestro consejero, un grupo de renegados iba a matarlo —continuó María—. Y luego a la esposa de Jafar y a su hija. Todos musulmanes. —Clavó sus ojos en los del Pachá—. Permíteme pedir la vida de tan solo uno de los míos.

Ninguno de los consejeros del Pachá sonreía en ese momento. Ari Morato permanecía mirándola en silencio. Luego se dirigió hacia Hassan y le susurró algo al oído. Hassan asentía mientras Ari continuaba con los susurros.

María miró a Murad. No le pareció que estuviera tan furioso como esperaba con su atrevimiento con Hassan. Los susurros cesaron y el Pachá miró a María.

—Soy dueño de Miguel y también a mí me afecta su muerte, pues perdería el dinero del rescate —le dijo—. Pero no puedo volver a confiar en él. —María notaba cómo sus latidos tomaban velocidad de nuevo—. Después de esto nuestros esclavos cristianos solo estarán seguros si yo logro mantenerlo bien encadenado —añadió—. No voy a matarlo, pero pídele, exígele, que escriba a su familia para acelerar el rescate porque se me está acabando la paciencia.

María cerró los ojos y exhaló por la boca todo el aire que había contenido esperando la decisión de Hassan.

—Mientras espera la redención no saldrá de los baños —concluyó.

Hassan miró a María en silencio, momento en el que la esclava quedaba inmóvil, sintiendo cómo le temblaban las piernas. Luego el Pachá se dirigió hacia su amo.

—Comparto tu devoción por esta esclava —le dijo—. Si algún día decides venderla, quiero tener preferencia sobre su compra.

El corsario asintió al Pachá. María era consciente de que la extraña obsesión de Murad respecto a ella era bien conocida entre los turcos de Argel. Miró a su amo de reojo, pensando que si se hubiese obsesionado por cualquiera de sus otras esclavas hubiese sido más fácil para todos, porque entonces ella no hubiese temido por Julio y porque el corsario lo retuviera, y Murad se hubiese salido ya con la suya si pretendiera a Leonor, Catalina o Elvira.

A pesar de no querer reconocerlo, Murad comenzaba a cambiar ante sus ojos. No le infundía aún la confianza suficiente, pero no era el ser despreciable que se enfurecía cada vez que le llevaba la contraria. Quizás Blanco de Paz lo estaba superando con su maldad profunda y a su lado el corsario no parecía tan terrible. Pero no estaba segura de qué reacción tendría su amo si encontrara su debilidad, si tuviera la opción de someterla al alcance de su mano. Podría hacerla renegar sin esfuerzo, sin esperas y nunca dejaría a Julio libre. Ya no temía que Murad le hiciera daño al niño, puesto que ella lo impediría accediendo a todo lo que el amo le pidiera, y no le importaba su condena en absoluto si era por el bien de Julio. Pero permanecer en Argel no era lo que deseaba para él. Su hijo nació libre y quería devolverle esa libertad aunque ella ya no pudiera acompañarlo a tierra cristiana. Esa idea se había esfumado por completo.

Entre ella y su deseo solo había un muro alto y fuerte llamado Murad, contra el que no podía luchar y menos ahora que llevaba un hijo suyo que no tardaría en delatarse. Así que no tenía más remedio que continuar en silencio, ocultándole su hijo cristiano al amo hasta que los redentores regresaran y pagaran su rescate.

Dos bandos.

Dos hijos, uno de cada lado. Tenía la cosa realmente difícil, si ya de por sí era complicado sobrevivir en aquella maraña de lealtades y traiciones de Argel. Blanco de Paz sabía lo de Julio y la amenazaría continuamente con revelárselo a Murad y más pronto que tarde se enteraría del

hijo de Murad y la delataría a la Inquisición. Bajó la cabeza mientras buscaba un aire que no entraba en sus pulmones. Sintió la mano del amo rozar la suya, supuso que debían marcharse.

Hassan se dirigía hacia una de las puertas del salón junto a sus consejeros, sin embargo, Ari Morato permanecía frente a ella. Con una mirada el mercader le indicó a Murad que saliera también del salón. María lo siguió con la mirada mientras el amo se dirigía hacia los arcos.

—Miguel permanecerá en los baños —le dijo el mercader—, pero podrás visitarlo tantas veces como quieras. Me encargaré de ello.

María sonrió. Estaba deseando contarle a Julio todo lo que había pasado. Necesitaba que él lo supiera cuanto antes.

Ari Morato observó a Murad, que esperaba a su esclava junto a los guardias bajo los arcos.

—¿Has considerado la oferta de Murad? —Se interesó el mercader. María frunció el entrecejo.

—No —respondió ella sorprendida por la pregunta. Ari Morato sonrió.

—Hace un tiempo tu amo vino a verme —le confesó—. Estaba algo... contrariado y me pidió consejo sobre tu situación.

María miró hacia otro lado, desconocía hasta qué punto Murad le había contado exactamente cada momento de su situación con ella.

—Murad es demasiado joven y siempre lo ha obtenido todo con facilidad. La humildad no se puede conocer de un día para otro —añadió el mercader riendo.

—Si algún día Murad vuelve a pedir consejo sobre mí —le respondió la esclava mirando a su amo, que estaba entre los guardias de Hassan—, recomiéndale que me venda. —El mercader aumentó su risa, hasta Murad lo miró al escuchar sus carcajadas.

Ari tiró del brazo de María para que lo siguiera al paso.

—Cualquier mujer de Argel hubiese aceptado a Murad desde el primer momento —dijo él y María guardó silencio. Era algo que ya sabía, pero esa vez su cuerpo reaccionó con una ligereza extraña—. Le he aconsejado que busque esposa. —La miró de reojo, sonriendo—, aún tiene margen.

Esperaba la reacción de María, pero esta había desviado la vista.

—Herederos del imperio de uno de nuestros más valiosos *gazis* —añadió el mercader sin dejar de mirar a María.

Ari se detuvo y María lo imitó, estaba a pocos metros de su amo.

—Hay algo que me preocupa. —Ari busco su mirada—. Has dicho que te engañaron para traicionar a Miguel. —María se tensó de inmediato. Ari tenía una mirada que lograba atravesar la piel, inteligente, intuitivo al límite, sabía que habría una razón de peso para que ella llegara a hacer algo así—. No eres ninguna necia para dejarte engañar por nimiedades —continuaba deduciendo Ari—. Si sientes tu vida en peligro, si recibes alguna amenaza, si tienes miedo de alguien... —Le puso la mano en el hombro mientras le señalaba a Murad—. Recuerda que tu amo es el corsario más temido del Mediterráneo y que hará lo que le pidas aunque seas una esclava.

María tomó aire. Murad no podía ayudarla aunque Blanco de Paz le arrancara una oreja, la violara o le hiciera la peor de las maldades.

—Y recuérdaselo también a quien te amenace —añadió.

María miró a Ari con interés. Sabía que le hacía falta el valor para hacerlo sin temer las represalias del anciano.

Ari sonrió a Murad haciéndole un gesto con la cabeza y luego se marchó por el mismo lugar

que lo habían hecho Hassan y los suyos. Ella se dirigió hacia los arcos donde esperaba Murad. Dejó que el amo pasara delante y caminó tras él a través del zaguán de la casa, aún abarrotada de curiosos. A Murad no le costaba trabajo hacer hueco para pasar, puesto que esclavos y turcos lo conocían y se apartaban como si de un jenízaro se tratase.

Murad se detuvo y María casi chocó contra su espalda. Pudo ver ante el amo la repugnante y maloliente sotana de Blanco de Paz. Un halo de temblor le recorrió el cuerpo. Había enfadado al fraile y posiblemente para dañarla estaba haciendo lo que ella más temía. Enseguida rodeó a Murad para oír qué le estaba diciendo a su amo.

Blanco de Paz la miró enseguida. La cuenca de su ojo izquierdo, ya moreteada por las oscuras ojeras que siempre tenía, ahora estaba oscura e inflamada. También su ojo tenía el iris más vidrioso que de costumbre y en la parte blanca le habían salido numerosas venillas del golpe.

Murad se giró hacia su esclava sorprendido mientras la joven fulminaba con la mirada a Blanco de Paz.

Más fuerte le tendría que haber dado al miserable este.

El amo sacó de uno de sus bolsillos una pequeña bolsa de tela y de ella sacó una moneda para ofrecérsela al fraile, que enseguida la tomó y se marchó, no sin antes mirar con desprecio a la esclava mientras profería un insulto.

María no fue consciente del dolor que aún tenía en su mano hasta que vio el ojo del clérigo. Con todo lo que había pasado después lo había olvidado por completo. Murad, sin embargo, no tardó en cogerle la mano para comprobar su estado.

—Estoy bien —dijo ella enseguida mientras Murad le inspeccionaba los nudillos, cada dedo de su mano, y hasta la muñeca, gesto que le producía aquella sensación placentera que lograba erizarle el vello. Sin ser consciente dejó que el amo se tomase el tiempo suficiente en ella.

—Es un clérigo cristiano, ¿por qué le has pegado? —Murad alzó las cejas.

—Es un miserable. —Es un miserable.

—Hizo lo que debía hacer, lo tendrías que haber hecho tú. —María lo miró llena de ira. Ella jamás hubiese traicionado a los suyos si no la hubiesen engañado y asustado de la forma que lo hizo el fraile. Murad negó con la cabeza—. Tendrías que haber nacido hombre. —Le soltó la mano y retomó el paso, María no respondió.

Seguía al amo de cerca, sin embargo, él se detenía para caminar a su lado, algo que ella intentaba evitar hasta que el amo la agarró por el brazo para que dejara de moverse.

—Sientes gran respeto por Ari Morato —le dijo—. Si él fuera tu amo y te pidiera matrimonio, ¿aceptarías? —La miró de reojo para ver su reacción.

—No.

—Nos odias a todos entonces —concluyó.

—No odio a Ari Morato —negó con la cabeza.

—¿Odiabas a Mohamed? —asintió con la cabeza a la pregunta del amo—. ¿Por qué lo salvaste entonces? Es algo que no consigo entender.

—Ya te lo dije, los piratas intentaron... y Mohamed me dejaría libre. —Sacudió el brazo para que la soltara—. Pero llegaste tú y me hiciste esclava de nuevo.

—Eso lo sé —replicó él—. Pero, conociéndote, no comprendo cómo no pusiste objeción. Ni el más mínimo gesto de disgusto. Te resignaste y tú eso no lo haces nunca.

No respondió, no tenía nada que responder. Murad llevaba razón, el amo la conocía mejor de lo que pensaba y no tenía nada de necio. Sabía que había una razón para que ella actuara así y

sentía gran curiosidad por descubrirlo. Necesitaba que los monjes trinitarios no tardaran mucho en aparecer por Argel porque, tarde o temprano, todo se terminaría sabiendo.

—¿Me odias a mí? —Murad se detuvo cortándole el paso. María notaba cómo la gente se apartaba para no chocar con ellos y los miraban con interés.

La joven desvió la cabeza para mirar a los que pasaban. Murad entornó los ojos hacia ella.

—Leonor dice que no sangras. —Lo notó bajar la vista hacia su pecho.

María se sobresaltó.

—Leonor no está bajo mi vestido —replicó enseguida. Demasiado rápida y efusiva. Tanto que ella misma notó que su respuesta sonó demasiado falsa—. Claro que sangro —dijo más tranquila.

Murad buscaba sus ojos y María no tuvo más remedio que alzarlos hacia él. Esperaba una nueva pregunta del amo, lo notó querer decir algo, pero guardó silencio. Retomó la marcha y ella lo siguió.

***

Ya era por la tarde y se dirigía hacia los baños para ver a Miguel. Acababa de ver a Julio cerca de la mezquita. El niño ya sabía que Miguel no iba a ser condenado, fray Feliciano le había contado todo, así que no pudo ver la cara de su hijo al saber que ella había conseguido detener la ejecución. Por una vez no le había fallado como madre y eso había aumentado las fuerzas para seguir adelante con el ahínco suficiente.

Frente a ella encontró a un hombre ataviado con sotana, pero algo más limpia que la de Blanco de Paz y de color marrón. Era fray Feliciano. María se dirigió hacia él enseguida, temiendo la reacción que tendría el fraile con ella, puesto que era una de los que más empeño, trabajo y dinero había puesto en la fragata de la fuga.

—Fray Feliciano. —Lo llamó. El clérigo se giró hacia ella. María se detuvo sin atreverse a acercarse más a él. El monje sonrió y le tendió los brazos.

—Hija —le dijo—, has sido muy valiente al interceder por él. —María abrazó al fraile.

—Lo siento —se lamentó enseguida.

—Otros no lo comprenden —respondió él—. Pero yo entiendo que habría una razón para hacerlo. La mayoría culpamos a Blanco de Paz, no a ti.

—No van a dejarlo salir de los baños hasta que no reciba rescate —le dijo al fraile.

—Esperemos que sea pronto.

—Voy a verlo ahora. —Se alejó del fraile para reanudar la marcha, ya le quedaba poco tiempo antes de regresar a casa de Murad.

Fray Feliciano la despidió con la mano. María se giró para seguir caminando hacia los baños. Notaba cómo los esclavos la miraban, sabía lo que andaban diciendo de ella, mentiras incentivadas por Blanco de Paz que no dejaba de decir los favores que María tenía con ciertos turcos influyentes, poniendo su honor a la altura de una prostituta. Pero ya ni eso le importaba.

Allí, en la puerta de los baños, estaba el mísero clérigo con sus ropas llenas de manchas y el ojo amoratado. Lo vio caminar hacia ella, pero intentó ignorarlo y escabullirse. Sintió una gélida mano en su muñeca.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó, resignada.

—Hablar contigo, exigirte una disculpa por esto. —Se señaló el ojo—. Y dejarte claro cómo

es ahora tu situación. Acompáñame.

Sabía a dónde la llevaba, al callejón sin salida, estrecho, solitario, oscuro y silencioso donde solía llevarla cuando la engañaba con la falsa redención. Caminó tan aprisa que dejó atrás al torpe clérigo. Lo esperó en el fondo curvo de la calle sin salida, donde a Blanco de Paz le gustaba hablar. El olor a rancio se hizo intenso en tan pequeño espacio cuando el monje se situó frente a ella.

—Esto. —Volvió a señalarse el ojo—. Lo dejaré pasar esta vez. Exijo una disculpa.

—¿Una disculpa? —Se negaba a hacerlo.

—Y exijo un cambio en tu actitud. —Su tono era amenazante, demasiado soberbio, como si tuviese algún derecho respecto a ella—. Voy a dejarte clara tu situación: si quieres mi silencio, harás todo lo que yo te diga y lo harás sin rebatirme, sin poner el más mínimo gesto de desagrado. Serás mi compañera, mi sirvienta y todo lo que yo quiera que seas o todo Argel sabrá que tienes un hijo y que quieres ocultarlo por temor a que lo utilicen para doblegarte. Es eso lo que temes, ¿no?

Temía que hicieran exactamente lo mismo que estaba haciendo el miserable anciano, amenazarla para someterla a su voluntad. Y se preguntaba, ¿qué voluntad era la de Blanco de Paz?

—Hoy he visto a tu hijo —continuó el clérigo—. Sabía que era él porque lo vi demasiadas veces en compañía de Miguel. Ahora, sin embargo, es apreciable el parecido que tiene contigo. —Al oírlo hablar de Julio se le encogió el estómago—. Cuando me enteré de tu secreto me sentí afortunado y estuve meditando las numerosas posibilidades. No tengo dudas de que Murad me pagaría bien si comparto la sorpresa que guarda su esclava preferida.

Puso una mano sobre el vientre de María y la obligó a pegar la espalda en la pared.

—Por otro lado, mientras yo guarde el secreto, me reservo tus favores solo para mí y esa opción me tienta. Y, por último, tenía la oportunidad de descubrir a Miguel y su maravilloso plan de fuga —sonrió—. Sí, fue toda una suerte conocer lo de tu hijo.

El clérigo pasó un dedo por su hombro derecho enganchando la tiranta de su vestido.

—Así que sé obediente —añadió, dejando caer la tiranta sobre su brazo—. Has logrado salvar a tu querido tullido, pero él ya no podrá ayudarte. Tampoco tienes la confianza del resto de tus amigos y esa amiga renegada que te acompañaba ya no está. Solo estamos tú, el pequeño Julio y yo.

María miró hacia otro lado. Le estaba entrando una fatiga tremenda de tener al clérigo tan cerca. Lo notaba tirar de la tiranta del vestido. No podía soportarlo. Trataba de no mirar, pero ni así. Si era eso lo que Blanco de Paz quería de ella, era incapaz de aguantarlo. Los ojos le brillaron de ira y de vergüenza. Tenía miedo, pero no podía dejar que este la consumiera y la dejara caer en la peor de las pesadillas. Sintió el frescor en el pecho derecho de tener la piel al aire libre y sintió sobre él la gélida mano del inquisidor. La punzada que solía sentir en el pecho la sintió por todo el torso. Era imposible soportarlo.

Miró de reojo a Blanco de Paz. El viejo contemplaba embelesado su seno mientras lo tocaba. La joven abrió la boca para gritar y el monje pareció notarlo.

—Ni se te ocurra —le susurró.

Se inclinó hacia ella lentamente y abrió la boca, por la que asomaban algunos dientes medio podridos, acercándola hacia su pezón. María dio una arcada y sintió el sabor a vómito en su garganta. El fluido regresó a su estómago pero la fatiga persistía. Empujó al clérigo antes de que su lengua llegara a ella y se subió el tirante, tapándose el pecho.

—No lo entiendes, ¿no? —Blanco de Paz se enfurecía—. Puedo hacer lo que quiera contigo ahora.

Enganchó esa vez los dos tirantes del vestido de la esclava y tiró con fuerza hacia abajo. María sintió hasta la tela rasgarse por algún lado. Sus senos quedaron descubiertos al completo y Blanco de Paz se inclinó con rapidez a lamerlos.

María lo sujetó para que no se acercara y recordó las palabras de Ari Morato. Dudaba de que su consejo sirviera para algo más que para enfurecer más a Blanco de Paz, pero tenía que liberarse de aquella situación. Empujó con tanta fuerza al clérigo que este chocó contra la pared.

Se subió el vestido enseguida.

—No juegues conmigo —protestó el inquisidor.

La joven tomó aire. Tenía que hacerlo sin que se le notara el temor y la duda. Tenía que ser tan valiente como lo fue ante Hassan. Tenía que hacerlo o Blanco de Paz la violaría tantas veces como quisiera. Ya su cautiverio era lo suficientemente duro como para tener que soportar también las lujurias de un viejo apestoso.

—Vuelve a bajarte el vestido —le ordenó, cogiéndola por uno de los brazos con fuerza.

María le apartó la mano y lo cogió del cuello abalanzándose contra él, haciendo que la cabeza del clérigo chocara contra la pared.

—Te estás equivocando. No te conviene hacerme tu enemigo.

Blanco de Paz la empujó apartándola de él.

—Iré a casa de tu amo ahora mismo. —La amenaza sonó tan segura que a María le temblaban las piernas—. En cuanto Murad sepa lo de Julio no tendré nada que perder —dijo.

Miró al clérigo y se abalanzó sobre él de nuevo.

—Te hablaré claro, tal y como tú lo has hecho —le dijo firme. Apretaba el cuello del clérigo y tuvo que contenerse para refrenar un extraño instinto de acabar con él—. Murad está deseando ganarse mi renegación. Solo tengo que pedirle lo que quiero y ahora mismo mi único deseo es el de verte encadenado a un pozo y comprobar cómo te vas secando cada día hasta morir. Puedo pedirle a Murad que te saque los ojos, que te corte la nariz o que te rompa los huesos de todo el cuerpo. Puedo hacer lo que quiera contigo. Solo me hace falta una razón para hacerlo, no me la des.

Lo soltó.

—No volverás a tocarme, no volverás a acercarte a mí y no volverás ni siquiera a dirigirme una sola mirada —le advirtió—. Ahora, si quieres, puedes ir a decirle a mi amo lo de Julio.

Sus piernas temblaban de miedo, pero su voz había sonado convincente y lo había sujetado con la suficiente fuerza como para que el viejo se amedrentara. Ahora estaba comprobando el miedo en los ojos de Blanco de Paz. Su reacción contra él lo había cogido tan de sorpresa como a ella que él supiera lo de su hijo. El anciano no era capaz de pronunciar palabra.

Ari Morato había acertado y le agradeció el escueto pero hábil consejo. Comprendió por qué era consejero del Pachá y del Gran Turco, conocía demasiado bien a las personas y cómo reaccionaban. Quizás hasta intuía quién la estaba presionando.

María jadeaba del esfuerzo. Tenía demasiado calor, ya no soportaba más estar allí. Se marchó, dejando a Blanco de Paz en el callejón contrariado, asustado y enfurecido.

Sus piernas andaban ligeras. Había logrado quitarse un gran puñado de piedras que le pesaban sobre los hombros. Respiró tan hondo como pudo. Pensó que eso mismo tendría que haber hecho la tarde anterior cuando el clérigo la obligó a traicionar a Miguel.

***

En cuanto los guardias la vieron se apresuraron a abrirle la celda de Miguel, sin ella tener que mediar palabra con ellos. María pensó que a veces era una ventaja ser una esclava conocida y que, aunque se consideraba terca, torpe y temerosa en algunas situaciones, no estaba haciendo las cosas tan mal, solo necesitaba tiempo para acabar con todo lo que se había prometido.

Miró a Miguel, que se encontraba sentado en el suelo, y fue consciente de que había conseguido aún más de lo que se podía esperar de ella por su condición de mujer y de esclava.

Miguel sonrió en cuanto la vio. María se arrodilló junto a él. El esclavo le contó su conversación con Ari Morato aquella mañana, en la cual el mercader le había confesado por qué se libró de la muerte en las anteriores ocasiones y también cómo se libró del último castigo. María escuchó los elogios del cautivo en el más profundo silencio sabiendo que todas sus decisiones fueron correctas salvo una, la que los había llevado a aquella situación desesperada. Pero era lo que estaba aprendiendo en Argel, que con tan solo un fallo podía caer en el abismo.

María le contó cómo supo que él no había revelado su secreto y todo lo que ocurrió durante el día con el clérigo, desde el puñetazo hasta las intenciones de Blanco de Paz respecto a ella, y cómo logró impedir su control sobre ella.

—¿Y ahora qué? —preguntó Miguel apartándole el pelo de la cara. María suspiró.

—Ahora tengo que sacar a Julio de aquí en cuanto regresen los trinitarios —le respondió—. Y tú tienes que escribir a tu familia para que puedas regresar en la próxima redención.

—No es tan fácil, Hassan pide demasiado por mí —dijo él. María bajó la cabeza.

—Rezo porque ambos podáis salir en el próximo barco de los trinitarios —confesó María—. Ese es mi verdadero deseo. —Sabía que Julio estaría bien si Miguel estaba cerca.

—¿Y tú? —preguntó el esclavo—. Salvas vidas, quieres hacernos libres, pero ¿qué hay de tu vida?

María bajó los ojos hacia su barriga.

—¿Cuándo se lo piensas decir a Murad?

Ella negó con la cabeza. Luego se levantó.

—Vendré a verte tantas veces como pueda —dijo—. Y hablaré con Ari Morato para ver si deja que el resto de tus amigos vengan a verte.

—Ese hombre siente gran admiración por ti —le dijo Miguel.

—También por ti —respondió ella—. Si yo fuera dueña de unos esclavos como nosotros los vendería al primer postor. —Miguel rio—. Murad dice que tenía que haber nacido hombre, yo también lo pienso. —Ya estaba en la puerta de la celda, comprobó que estaba abierta. Los guardias enseguida acudieron para cerrar tras su paso.

Se despidió de Miguel y le hizo un gesto con la mano, indicándole que lo vería pronto.

***

Salió hasta el patio en el que pudo ver de lejos a Leonor. No se detuvo, continuó su camino. No había ni rastro de Blanco de Paz en la puerta de los baños. Caminó por la calle ancha hasta llegar a la casa del rey. Ari Morato salía de ella acompañado de una mujer cubierta con velo.

—María. —La llamó el mercader. María se acercó a él y la mujer que lo acompañaba se situó junto al renegado, observando a la esclava con gran atención—. Esta es mi hija Zoraida —le dijo —, esposa de Hassan. Hemos estado hablando con Murad esta misma tarde porque nos gustaría

que acompañaras a Zoraida tal y como hiciste con Aisha este tiempo atrás.

María miró a la muchacha. No podía apreciar su cara con el velo, pero por los pliegues de sus ojos apreciaba que estaba sonriendo, así que se vio obligada a sonreírle también.

—Murad dice que, después de lo de Aisha, necesita pensarlo —continuó—. Esperamos que puedas convencerlo.

—Me encantaría —añadió la hija de Ari, que tenía la voz serena como su padre—. He oído todo lo que dicen de ti. Hace tiempo que le pedí a Hassan que te comprara, pero tu amo se niega.

Una señora que no conocía de nada parecía conocerla y quería comprarla. La esclavitud no dejaba de depararle sorpresas.

—Hablaré con él —suspiró—. Si es que escucha.

—Tú solo pídeselo —la animó Ari y sonrió—. Tu amo está deseando que le pidas cualquier cosa.

Se oyó la risa de Zoraida, supuso que lo suyo con Murad era algo divertido de comentar para la aburrida sociedad femenina de Argel. María miró al mercader recordando a Blanco de Paz.

—Seguí su consejo —le dijo—. Gracias.

El mercader sonrió y miró a Zoraida.

—Esperamos verte pronto entonces. —Se despidió el mercader.

Zoraida se despidió apretándole la mano, debía tener un carácter parecido al de su padre. Los observó alejarse antes de regresar a la casa de Murad.

***

Ari Morato estaba en el jardín. Que el mercader solicitara a María para acompañar a Zoraida, después del resultado que tuvo acompañando a Aisha, no era algo que le agradase. María no dudaba en meterse en un lío, uno tras otro y cada cuál peor. Eso sin contar las posibilidades que ahora tendría a través de Zoraida para salir al palacio que Ari Morato poseía fuera de las murallas de Argel.

Liberar al pájaro de una jaula, un pájaro que sabía que no podría contener pero que al volar terminaría devorado por la primera bestia que encontrase, y había miles.

Ari leía bajo uno de los árboles donde tenía acomodados cojines. Ya el sol se iba, pero la temperatura bajo el frondoso árbol seguía siendo más agradable que donde el sol había dado de lleno durante horas.

Ari lo invitó a sentarse frente a él. Murad se acomodó en el suelo, Ari lo miraba sonriente.

—Y bien, ¿cuál es tu respuesta a lo de mi hija? —le preguntó el mercader y Murad ladeó la cabeza.

—No es la mejor esclava que puedas elegir para compañía de tu hija —respondió Murad bajando la vista hacia la hierba.

Ari sonrió.

—Tampoco es la mejor que puedes elegir para ti y te niegas a ninguna otra.

Y sabía que llevaba razón.

—Murad, tienes que tomar esposa. El tiempo pasa y puedes morir en cualquiera de tus viajes. —Era algo que el mercader le decía una y otra vez.

Murad negó con la cabeza.

—Eso no quiere decir que te alejes de María, se te permiten más esposas —insistió el mercader. Murad apretó los puños—. Pero sabes que eres de las personas que más aprecio en

Argel y quiero que tengas descendencia.

Murad no respondía. Guardaba silencio mientras cogía aire por la nariz tranquilo, uno de los consejos de Ari, respirar antes de hablar, meditar unos instantes palabras o acciones.

—Mi esclava, que comparte baños con María, dice que ella no sangra —dijo Murad, pero Ari no reaccionó a sus palabras.

—Tu esclava estaba urdiendo una fuga sin precedentes en Argel —respondió Ari—. ¿Con un hijo musulmán dentro? —negó con la cabeza—. Es temeraria, pero no es estúpida. O tu esclava cristiana se equivoca o María tiene algo que no conocemos que la empuja a hacer lo que hace. No una razón cualquiera, algo con la suficiente fuerza como para cometer semejante locura.

Ari volvió a negar con la cabeza. Murad agarraba la hierba con las manos y la apretó.

—Tiene que haber una debilidad. —Oyó el crujir de la hierba.

—Claro que la tiene, tiene varias más bien. Ella valora la amistad, la lealtad, unos valores que no te enseñaron en la escuela de Jeredín Barbaroja. Pero ¿para qué necesitas su debilidad? No es tu enemiga. No tienes que hundir sus barcos. Esto no es una guerra, Murad.

Ari soltó el libro que estaba leyendo.

—Desde que María llegó a Argel has considerado esto como una batalla. —Levantó el dedo índice—. María también —negó con la cabeza—. No es vuestra guerra.

El corsario frunció en entrecejo. Claro que era una guerra continua entre esclava y amo. Una tensión difícil de sobrellevar.

—Solo necesitas conocer sus debilidades para entenderla, nada más —añadió el mercader y Murad entornó los ojos, nunca lo había visto de aquella manera—. Pero eso te llevará más tiempo del que tienes. Toma esposa, Murad. Hazlo cuanto antes.

Murad negó levemente con la cabeza.

—Puede llevarte años que María reniegue y no es ninguna niña. Puedes casarte con quien quieras y más adelante con ella.

—Solo quiero una esposa. —Dobló la rodilla para apoyarse en ella.

Ari suspiró.

—Pensabas que lo estabas consiguiendo, que estabas más cerca. —Ari abrió los brazos—. Y ya has visto lo que estaba haciendo a tus espaldas. María quiere huir, al precio que sea. Esta vez no es lo que tú quieres, Murad, sino lo que quiere ella. No va a cambiar de momento. Solo quiere que la olvides, que la vendas —negó con la cabeza—, no conozco la razón. No creo que sea solo el odio hacia nosotros o por el cambio de religión.

El mercader dio unas palmadas al libro que estaba leyendo.

—¿Y por qué hizo lo que hizo? —Murad apoyó el codo sobre la rodilla y bajó la cabeza para reposarla en su mano.

El mercader sonrió con ironía.

—Porque las armas del gran Murad Rais con las mujeres son poderosas, o bien porque sí que siente algo por ti. Pero si es esto último, hay algo más fuerte que lo eclipsa. En la práctica, apreciado Murad, es como si no existiera. Sea como sea, el tiempo se te acaba. María puede escapar, enfermar o morir. —Entornó los ojos—. Y tú necesitas una esposa.

Murad cogió aire de manera sonora, cerró los ojos y lo soltó de golpe. Ari se levantó.

—Te acompañaré hasta tu casa, necesito acercarme al puerto y me coge de camino.

Murad se levantó enseguida. Ari llamó a su guardia personal y salieron por las concurridas calles de Argel repletas de musulmanes, cristianos y algún judío.

—María me ha dicho que la próxima vez que me pidas consejo sobre ella te aconseje que la

vendas —dijo Ari y Murad apretó los labios.

Murad miraba hacia la calle que lo llevaba hasta su casa.

—No podría aunque quisiera. —Había meditado la decisión varias veces, demasiadas noches pensando en cómo hacerlo; llevarla a Constantinopla como quiso hacer Mohamed, venderla en el primer mercado en Argel, que se la llevaran lejos y no volverla a ver. Y ahora Hassan le había pedido prioridad—. No puedo.

Se detuvieron en la puerta de la casa de Murad. Las estelas de colores incrustadas en madera resaltaban en la blanca fachada. La puerta estaba abierta, Thamir esperaba tras el umbral.

—Pide a Elvira que lleve algo de comer al salón —le dijo al corsario.

Ari sonrió a la invitación de Murad.

—Esos rollos dulces que preparan tus esclavas son de mi agrado —dijo el mercader entrando en la casa de Murad.

El olor de la casa de Murad era peculiar, una mezcla de inciensos similar al aroma que él mismo desprendía.

Ari miró de reojo hacia el pasillo de columnas que daba al jardín.

—He pensado en comprar la casa de Jafar y unirla a esta ahora que está vacía —dijo Murad y Ari sonrió ante la idea.

Una de las cristianas de Murad, Elvira, la más corpulenta, salía corriendo hacia los salones. Ari la observó pasar.

—Necesitarás más esclavas con una casa más grande. —El mercader alzaba las cejas. Hasta lo que sabía Murad solo tenía cuatro esclavas, pocas teniendo en cuenta la riqueza que poseía. Sabía que al corsario no le gustaba rodearse de demasiada gente ni en casa ni en sus fragatas.

Murad miró a Thamir y este le hizo un gesto con la cabeza.

—Acompaña a Ari al salón. Voy en un momento. —Se dirigía hacia las columnas del jardín.

Murad atravesó el jardín y llegó hasta el patio del pozo, donde estaban los baños de las esclavas. Allí se encontraba María tirando de la cuerda para sacar un cubo.

Vaciaba el agua en un barreño donde tenía unos trapos. La observaba de lejos, en silencio. Exprimía los trapos con fuerza para tenderlos en la cuerda, donde el aire de la noche los secaría antes de que el sol los pusiese demasiado ásperos.

Entornó los ojos hacia los paños blancos, tenían una mancha oscura en el centro. Aquellas gasas solían usarlas las mujeres para los sangrados. Cada esclava solía lavar la suya. Leonor se había confundido, María sí sangraba.

Bajó la cabeza, desde aquella noche había hecho a Thamir vigilar a María y sus paños periódicos. El corsario no la había visto usarlos o quizás ella lo hacía al caer la noche y no se había dado cuenta. Y Leonor, su esclava más adormilada, solo había hecho confirmar las observaciones de Thamir. Leonor, aunque parecía lela en la mayoría de ocasiones, era obediente y leal, ella había descubierto las manillas de oro y piedras preciosas en el colchón de María. Manillas que le ordenó dejar en su lugar y guardar silencio. Supuso que María las había guardado para la fuga y aún las conservaba para cuando tuviese la oportunidad de escapar de Argel. Ella nunca dejaría de intentar marcharse de allí.

Espiró aire despacio. María tendió algunos paños más y bajó el cubo al pozo de nuevo antes de meterse dentro de su baño.

Él continuó inmóvil tras las columnas. Ari llevaba razón cuando decía que no era posible que en aquellas circunstancias María decidiera huir. No era algo que hubiese planeado ni mucho menos eran sus intenciones cuando llevó a María hasta su dormitorio. Solo recordaba que

después de soñar con ella tantos meses en casa y en alta mar le fue imposible despegarse de su cuerpo. Pero cuando Thamir le informó sobre aquella observación una especie de esperanza, de alegría o de luz que no sabía explicar le había recorrido el cuerpo quedándose en él todo el tiempo.

Notaba el escozor en la garganta. Nada de lo que hiciese serviría con María. Tal y como decía ella, no estaban en el mismo bando y no se refería exactamente a aquella lucha entre religiones.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al pasillo hasta llegar al salón. Elvira ya había servido la bandeja de los dulces que tanto gustaban a sus invitados. El mercader ya movía la mandíbula degustando alguno.

Murad entró en silencio y se sentó frente a él.

—Aceptaré que María acompañe a Zoraida —le dijo y Ari sonrió—. Creo que será bueno que pase horas fuera de esta casa.

Mantenía la cabeza baja, casi meditando cada palabra.

—Llevas razón. —Cogió aire. Alzó los ojos hacia los pequeños ojos oscuros del mercader—. Elígeme tú la novia.

La sonrisa de Ari aumentó.

—En septiembre, cuando acaben las razias, me tomaré un descanso —añadió—. Prepáralo todo.

Sabía que Ari era el más indicado para aquel cometido. Le buscaría una esposa acorde y de familia influyente que beneficiara sus negocios cuando se retirase del mar. Ari era sabio, el hombre más sabio de cuantos conocía. Se dejaría guiar por él.

—Creo que has tomado la decisión correcta —le dijo, tocando su hombro.

Murad sintió una extraña punzada en el pecho. Ari le decía que podía tener más mujeres, pero si de algo estaba convencido era de que solo deseaba una, aquella que aguardaba en los baños.

—Y cuando todo esto pase. —Le quemaba el aire al respirar—. Venderé a María.

Ari aguardó en silencio para que continuase.

—Solo te pido que convenzas a Hassan para que no la compre —negó con la cabeza—. La sacaré de Argel y de mi vida.

Ari asintió con la cabeza.

—No puedo tener a María cerca. —Levantó los ojos hacia Ari de nuevo—. No podría...

—Lo entiendo y lo comparto. —Ari cogió otro dulce—. Y estoy convencido de que tu futura esposa se llevará una alegría si sacas a la esclava de ojos grises de Argel. Yo mismo la llevaré a Constantinopla si quieres. Puedes confiar en mí.

Murad asintió y el mercader le dio una palmada.

—Esta semana te presentaré a la afortunada.

***

Tenía que respirar por la boca, se ahogaba. No sabía si había sido demasiado descarada. Desconocía por qué Murad había indagado sobre sus sangrados, quizás tenía el control sobre sus esclavas, esclavas en semicautiverio que podían andar con cualquiera. Pero ella no había andado con cualquiera, sino con el amo de la casa. Quizás su vigilancia con ella fuera más exhaustiva. Fuera como fuese todo se acabaría sabiendo, pero necesitaba más margen de tiempo para pensar

qué hacer. Tenía demasiado miedo para pensar. La fuga, el derrumbe de sus planes, la impaciencia por no poder aún liberar a Julio y sacarlo de Argel… Metió la cabeza entre las rodillas, volvía hacer lo mismo que con Julio, ocultar su existencia. Pero ambos existían, cada uno a su modo. Uno suelto por Argel pero cautivo, el otro bien escondido a ojos de todos.

No sabía si había sido una idea absurda, no sabía si alguien la vio coger sangre de las cocinas y manchar las gasas. Pero estaba segura de que Thamir la había visto y pudo distinguir a Murad al fondo del jardín sin atreverse a entrar en el patio. Su respiración se aceleraba al recordarlo. No lo había visto muy disgustado ni preocupado cuando le preguntó por sus sangrados, al contrario, tenía un gesto que comenzaba a gustarle, a darle cierta paz dentro de aquel torrente de sentimientos.

Sacudió la cabeza. Su interior se derrumbaba. Por un lado sentía temor porque Murad se enterase de la existencia de Julio y que eso lo condenara de por vida, por el otro la tranquilizaba que Murad no despreciara al otro. De momento, y hasta que pudiese sacar a Julio de Argel, necesitaba mantener a ambos en secreto.

46

30 de julio de 1539. Argel

El amo preparaba una nueva partida y, como siempre, contrataba numerosos esclavos para limpiar las fragatas. Solo ocasionalmente ordenaba a sus esclavas preparar los barcos la parte más personal de Murad, su propio camarote. Pero esa vez ordenó a María marchar con esclavos que otros amos vendían por jornadas para aquellos menesteres, tareas arduas como pocas que la dejaban agotada y que bien recordaba de cuando era esclava de Mohamed.

Apenas podía andar hasta la casa del amo desde el puerto. Prefería mil veces las tardes con Zoraida en los bancos del parque o visitando casas donde se reunían a contar chismes las esposas aburridas de los poderosos de Argel.

Ya era tarde, Julio estaría en casa de su amo, los niños no andaban a aquellas horas por Argel. Entornó los ojos, la puerta de la casa del amo estaba llena de gente, hombres y mujeres. Lo último que necesitaba aquella noche era una reunión, eso significaba servir hasta tarde pesadas bandejas sin parar.

Ser esclava pesaba, grilletes gruesos e invisibles que hacían que el mero hecho de sobrevivir fuera una gran lucha. Pero en estado soñoliento y más agotado que el de costumbre pesaba aún más. Su energía no era la misma y su hambre tampoco. Suerte que el amo ahora no le limitaba tanto la comida como antaño, pero estuvo a punto de robar tortas de uno de los puestos de las puertas de Argel. Le sonaba el estómago, tanto esfuerzo la hacía querer morder las paredes.

Distinguió de lejos un traje verde agua que reconocía como el de Zoraida. La hija de Ari Morato y esposa del Pachá estaba allí entre otras mujeres. No era habitual que las mujeres asistieran a reuniones de hombres, pero allí estaba tras su padre, dispuesta a entrar en casa de Murad junto a otras jóvenes que, a pesar de los velos, reconocía como amigas de Zoraida.

María caminaba tan cansada que cuando llego a la puerta de Murad esta estaba ya cerrada y con todos los invitados dentro. Llamó y Thamir no tardó en abrirle.

—Llegas tarde —le dijo el corsario.

Entre el sueño, el hambre y el cansancio cierto ardor en el pecho la hizo mirarlo con descaro.

—He hecho el trabajo de tres esclavos hoy —respondió con furia—. Quizás he llegado pronto.

Thamir frunció el ceño ante la respuesta de la esclava. Dio un paso hacia ella, por un momento María sintió que el primer arrebato de Thamir era golpearla. Pero en cuanto se apartó pudo ver a Murad tras él, no sabía qué hacía allí el amo cuando en el salón tenía a una docena de invitados.

—Cámbiate de inmediato —le ordenó—. Hay trabajo por hacer.

Fueron las palabras de Murad que ni siquiera reparó en ella. Aquella era la actitud de Murad desde que la viera tender los paños junto al pozo. Un cambio de actitud que hacía que se alegrara de su decisión de colgar paños manchados. Su amo volvía a ser distante, altivo y soberbio. Y volvía a hacerle arder el pecho de furia las pocas veces que le hablaba.

Pero su orden sonó a piedras en sus pies, que se hicieron más pesados aún. Se moría por comer y deseaba tumbarse en el colchón de los baños y dormir.

—¿Me has oído? —Quizás no reaccionó con la suficiente rapidez a la exigencia del amo—. Es tarde y ni siquiera estás peinada.

El pelo de María, tras un día sobre las galeras con el aire del mar, era un entramado de ondas dispares que volvía a llegarle abultado y enredado hasta la cintura. Lo miró, entornando los ojos, podría cambiarse y asearse en el pozo, pero lo de su pelo era imposible. Si intentaba peinarlo pasaría la hora de la cena y aún no habría terminado.

—¡Muévete! —Murad alzó la voz y María se sobresaltó. Mis invitados están en el salón.

Entornó los ojos hacia él. Murad volvía sacar el fuego desde lo más profundo de sus entrañas. Se dirigió a prisa hacia los baños, rebasando al amo sin mirarlo como solía hacer él. Se cambió con rapidez y usó agua del pozo para asearse la cara con el fin de que pudiese espabilarse un poco, pero el sueño era irremediable.

Las esclavas estaban nerviosas, como siempre se ponían cuando había invitados en la casa, temiendo cometer el más mínimo error y que el amo se enfureciera con ellas. Llegó a la cocina donde Elvira amontonaba con arte la comida en una de las bandejas, a ella siempre le quedaban perfectas. En cambio, María no tenía aquella habilidad por mucho empeño que pusiese, terminaban cayendo a un lado, quedando la bandeja desordenada y, a veces, hasta desastrosa.

—Ha venido gente muy influyente, María, no es cualquier cena —le decía Elvira.

Catalina había vuelto con rapidez a por otra bandeja. Leonor llevaba una vacía que había recogido cuando acabaron los comensales. María bostezó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la joven compañera de habitación.

—Un día en el puerto equivale a diez de servicio en la casa —respondió María tapándose para volver a bostezar, contagiando a Leonor enseguida.

—¡Vamos! —Elvira sacudió la mano—. O nos castigarán sin comer mañana.

María la miró de reojo. Su estómago rugía sin remedio, lamentó no haber robado la torta del puesto. Cogió uno de los rollos de azúcar que tan bien hacía Leonor y se lo metió en la boca entero.

—¡María! —Elvira intentó sacárselo de la boca, pero la esclava la cerró con rapidez.

—¿Quieres que te corten las orejas? —Leonor había abierto los ojos como platos.

María engulló con rapidez.

—Quiero comer. —Alargó la mano hacia una bandeja, pero Elvira se la apartó—. No he probado nada desde esta mañana. —Esa vez fue más rápida que Elvira y cogió una torta enrollada en carne y le dio la espalda para comerla, igual que antes, de una vez.

—Ya sé qué es lo que pasa. —De nuevo Catalina llegaba con otra bandeja vacía y la cambiaba por otra llena—. Han traído a una mujer para Murad.

La torta era seca y María la tragó casi sin masticar. Necesitaba agua con urgencia. Cogió una jarra ante los ojos sorprendidos de las cristianas y bebió agua hasta que aquella bola de comida bajó de su garganta. La sintió caer en su estómago tan pesada como las anclas de los barcos que vio aquella mañana.

—¿Una esposa? —preguntó Leonor. Supuso que los sueños inconfesables de la esclava se evaporaban de inmediato, aunque aún le quedaban tres posibilidades más.

—Es hija de un mercader de Constantinopla —añadió Catalina. A María siempre le había sorprendido la habilidad de la joven para entender el turquesco—. Nadima.

Zoraida le había dicho que una conocida visitaría Argel. La tarde anterior había pasado la tarde con ella y no solicitó a María, en ese instante entendió la razón. La futura prometida de Murad y la esclava que todo Argel sabía que perseguía en la misma habitación. Zoraida era tan lista como su padre. Pero Murad no parecía tan listo y las reuniría a las dos, aunque peor sería convivir en la misma casa.

Sintió un cosquilleo extraño en las costillas y las piernas se le aflojaron al pensarlo; una esposa de Murad en la casa.

Volvió a coger otra torta y las esclavas gritaron, aunque ninguna le impidió la acción esa vez.

Se oyó un golpe fuerte en la puerta de la pared.

—¿Qué pasa aquí? —Oyó la voz de Thamir y enseguida Leonor, Catalina y Elvira se enderezaron.

María no se giró para mirarlo, ella estaba de espaldas a la puerta. La voz de Thamir seguramente habría llegado hasta el salón.

—Ha sido María. —Catalina nunca dudaba en delatarla para escurrirse de reprimendas.

Ella alzó las cejas, no podía responder con la boca llena, casi se mordió la lengua al masticar rápido. La torta era seca y era imposible comerla con rapidez.

—¿Se puede saber qué ocurre hoy? —Esa vez era la voz de Murad y hasta ella se enderezó.

—María está robando comida de las bandejas. —Oyó al corsario en voz baja.

No quería ni girarse hacia la puerta, aún tragaba, tampoco podía hablar.

Se hizo el silencio un instante, todos esperaban a que Murad gritase o eso supuso. El sueño se había ido de repente dejando únicamente el ardor del pecho y la ligereza de las costillas, y el hambre, por supuesto, ese no la abandonaba.

—Id a la puerta del salón, en fila, ¡ahora! —ordenó Murad, pero María miraba una de las bandejas, ahora la de los rollos de azúcar de Elvira, el olor a canela le encantaba.

Estuvo a punto de alargar la mano mientras las cristianas salían, le daba tiempo. Cogió aire y se contuvo. Siguió a Leonor, pero Murad colocó el brazo en la puerta impidiéndole salir.

—El robo está prohibido y penado, pero eso ya lo sabes —le dijo Murad serio—. ¿Conoces el castigo?

María alzó los ojos hacia Murad, desconocía la razón del por qué a veces lo veía más alto.

—Cadenas, latigazos, palos, encierro y hambre, todos esos los conozco bien —respondió y el sueño le sobrevino levemente—. Perder la nariz, la oreja o una mano. Hay más; venderme, matarme o enviarme a Constantinopla.

Murad no apartaba la mano de la puerta. Mirando al amo comenzaba a ser consciente de lo que había contado Catalina y a pesar de haber dicho demasiadas veces que Murad buscara otra esposa, no había valorado bien las consecuencias reales. Unas que tendría que sufrir en su propio cuerpo, puesto que la esposa de Murad sería su nueva ama y tendría también poder absoluto sobre ella, como lo tenía él. Murad jamás le cortaría una oreja, aún menos la nariz. Pero no sabía al límite que podría llegar una mujer cuando la debilidad de Murad estaba en otra fémina. También el temor por Julio aumentaba, pues antes temía por su libertad, ahora también lo haría por su vida.

Maldijo la hora en que delató el plan de fuga ante Blanco de Paz. Ella debería estar en tierra cristiana, el plan tenía pocas posibilidades de fallar.

Bajó la cabeza. No podría ocultar el embarazo mucho tiempo, ni al amo ni a quien quiera que fuese la mujer que iba a tomar por esposa. Y la tranquilidad que aquel día atrás le dio Murad, ahora se tornaba en más miedo.

La oscuridad del verdadero cautiverio se extendía a su alrededor de la misma manera que la envolvía en Túnez. Agotada, soñolienta, con hambre, con una sensación extraña en el estómago y una ligereza en las piernas que la empujaban a correr.

—¿Cuál es el castigo que merezco esta vez? —Su voz sonaba abandonada, perdida. El cambio en casa del amo era un ancla pesada que ataba sus pies. Quizás en otras circunstancias,

sin un embarazo y con Julio lejos, podría llevarlo mejor. Podría dejar salir al completo su carácter como solía hacer con Murad sin importarle las consecuencias hasta acabar vendida o muerta.

—Eso lo hablaremos mañana. —Lo oyó decir—. Ahora necesito que vengas al salón.

Apartó la mano de la puerta para dejarla pasar y ella dio unos pasos. Notó cómo Murad cogía unos de sus mechones, más ondulado que de costumbre, que era lo que le producía el agua del mar cuando la salpicaba.

—Mis esclavas están impecables, salvo tú. —Dejó caer el mechón sobre el hombro de María.

Ella alargó la mano hacia una de las mesas de madera de la cocina. Allí había unas tijeras de hierro, se las dio al amo.

—Cuando algo no es como te gustaría que fuera y nada de lo que hagas lo hace cambiar, ¿qué es lo que sueles hacer? —le dijo la joven girando para darle la espalda al amo y mostrarle la melena al completo.

Murad la miró alzando las cejas.

—Buscar otra manera —respondió, dejando las tijeras en la mesa.

—No la hay. —Fue tan rápida y firme en replicarle que él se sobresaltó.

—Buscaré más.

—Eso llevará tiempo y no lo tienes. —María cerró los ojos. Ni siquiera sabía por qué le decía aquello al amo. Quizás quería comprobar si aquel cambio de actitud de Murad, su nueva y repentina decisión de cambiar de parecer en cuanto a buscar esposa, su nueva soberbia, su forma altiva de tratarla otra vez eran solo una forma de reprenderla—. Córtalo de una vez —añadió y notó el tintineo de las tijeras.

Y acaba ya con esto.

Las piernas le temblaban, aquello le había cogido tan desprevenida que no era capaz de pensar. Sentía cómo Murad separaba el pelo de su espalda envolviéndolo con su mano. Las tijeras chirriaron al abrirse hacia el pelo que Murad había agolpado.

—*Babá*. —Thamir había regresado—. Están esperando.

El amo le soltó la melena y dejó las tijeras en la mesa.

—Ahora no hay tiempo. —Lo oyó dejar las tijeras, habían llegado a cortar algunos finos mechones que habían quedado pegados al hierro—. Tienes que venir.

Salieron al pasillo, María observó el suelo, algunos cabellos más habían caído. Sintió el ancla de hierro pesada atada a sus tobillos. Lo de Murad no era un enfado explosivo y pasajero como los que solía tener, era algo más. Se había cansado de esperar o quizás la humillación del último plan de fuga lo había hecho recapacitar. Ella misma se lo pidió al mercader consejero de su amo.

Le escocía la garganta y le brillaron los ojos. Su realidad, la que ella anhelaba y pedía de voz sin cesar, se estaba cumpliendo. Sin embargo, esta pesaba más de lo que esperaba.

Thamir estaba junto a la fila de cristianas que entraron en el salón y se colocaron frente a los invitados que estaban sentados entre almohadones. Murad estaba en pie y las miró una por una, pero se saltó a María y enseguida se dirigió hacia sus invitados.

La mirada de María enseguida se fue hacia una mujer que no reconocía como las amigas de Zoraida de Argel, llevaba un velo rosa y tenía unos ojos enormes y oscuros, parecidos a los de la hija de Ari Morato, con cejas más gruesas. Llevaba unas manillas muy parecidas a las que le regaló la renegada Aisha. Toda su vestimenta era de unos lujos que solo había visto en moriscas en ocasiones muy especiales.

—Nadima, estas son mis esclavas. —Oyó decir al amo.

María solo podía ver sus ojos, que miraban a Murad como si de un dios se tratase, sin poder ocultar lo que significaba para ella haber sido elegida por el más grande de entre los grandes corsarios musulmanes para ser su primera y quizás única esposa.

—Ella será vuestra nueva ama —les dijo Murad a las esclavas.

Y sus palabras hicieron que el ancla se hundiese en el suelo como solía hacerlo en el mar, anclando el barco en lo más profundo sin que este tuviese margen de movimiento.

Nadima las miró una por una y se detuvo en la última, la única que no levantaba la cabeza. Estaban todos en silencio, así que no tuvo más remedio que alzar levemente los ojos, aquellos que delataban quién era. Demasiado conocida de oídas para ser una simple esclava. Los ojos grises más llamativos de Argel cuya dueña siempre andaba implicada entre hombres en planes de fuga. Una mujer con la espalda marcada como pocos esclavos. Una cristiana enemistada con un clérigo de la Inquisición a pesar de que todos sabían que los inquisidores eran poderosos, una joven que no dudaba en tratar con musulmanes si se daba el caso y que rechazaba al corsario más apreciado por aquella sociedad. Al menos era así como la veían las amigas de Zoraida y, según estas, el resto de habitantes de Argel. Una esclava rebelde que ni siquiera Murad Rais había sabido aplacar.

Sus ojos se cruzaron con los oscuros de Nadima, que la miraba con atención. No tenía dudas de que a sus oídos había llegado ya todo aquello que se decía de ella. Por fortuna, entre aquellos chismes y habladurías, nunca se nombró al niño que solía frecuentar su grupo de esclavos.

—En octubre —continuó Murad—, ella vivirá con nosotros—. Y la trataréis con la misma lealtad con la que me tratáis a mí.

María lo miró de reojo. Supuso que sus palabras no irían por ella.

—Pienso que sería mejor hacerlo cuanto antes. —No conocía al hombre que hablaba. Estaba junto a su futura ama.

—Prefiero hacerlo cuando regrese de los viajes —respondió Murad.

—Y lleva razón —intervino Ari—. Nadima estaría sola todo el tiempo y apenas conoce Argel y esta casa.

—En Argel no hay mucho que conocer. —Reía aquel hombre—. Además, está Zoraida.

Ari miró a Murad, esperando a que él decidiera.

—Creo que octubre es la mejor fecha. —Lo oyó decir.

La mente de María comenzó a divagar. Tenía que sacar a Julio de allí antes de octubre como fuera. Los trinitarios redentores no llegaban, estaban tardando demasiado. Al menos tenía semanas de margen para que llegasen, en septiembre solían visitar Argel. Pero, aunque las semanas le beneficiaban en cuanto a Julio, no lo hacían con ella y su embarazo. En octubre estaría al menos de cinco meses, se lo notarían todos. Abrió la boca para respirar, por la nariz no podía. Se asfixiaba en aquel salón sin ventanas.

Desvió la mirada de los invitados y se encontró con los ojos grandes y verdosos del amo. Desconocía la razón por la que la observaba a ella, quizás su cara no podía ocultar el azote que estaba recibiendo de inseguridades, miedos y aquel peso extraño que ahora cargaba y con el que no contaba.

Dio un paso atrás, las cristianas sobraban ya allí, tendrían que seguir sirviendo. Pero el amo no les ordenaba retirarse, así que se detuvo. Murad solo la miraba a ella.

—Necesitarás más esclavas —dijo aquel hombre junto a Nadima—. Puedo traerte varias.

Murad negó con la cabeza.

—Yo elijo a mis esclavos —respondió al que María suponía que sería su futuro suegro.

—Algunos dicen que eliges bien. —Reía el hombre—. Otros difieren.

Y los ojos pequeños del hombre se dirigieron hacia María. Podía alzar la vista algo más a pesar de que los párpados le pesaban. Ser esclavo no era más que ser como un cerdo o un caballo en un mercado. Y ella no había sido una buena compra a pesar de que Murad no dejaba de recibir ofertas sobre ella, hasta por parte del Pachá.

—Podéis retiraros. —La voz de Murad la sobresaltó. Algo había hecho que Murad decidiese que había que quitarlas de allí cuanto antes. Supuso que había sido el comentario de aquel hombre, que indiscutiblemente era dirigido hacia ella.

Notó cómo se le erizaba el vello al pensar todo lo que había recorrido desde que la apresaron. Encerrada, encadenada, azotada, apaleada, casi muerta de hambre. Apretó los puños. Ella había nacido libre y aquellos miserables la llevaron al infierno. En cuanto Julio estuviese lejos y su otro hijo fuera de su cuerpo todos conocerían la verdadera rebeldía en un esclavo. Entornó los ojos hacia aquel hombre y hacia su hija antes de girarse para salir por la puerta del salón.

La joven la miraba con interés, observando cada parte del cuerpo de María. La esclava aprovechó el giro para dejar caer su melena por su hombro izquierdo, dejando ver a todos los invitados de Murad las marcas oscuras de su espalda que le permitía el escote de su fino vestido de esclava.

Ahí tenéis lo que soy.

Sabía bien lo que los musulmanes sentían cada vez que veían aquello. Un insulto a su poder, alguien que no temía al castigo no era doblegable ni leal. Un esclavo que nunca sería de fiar. Los que ya la conocían de Argel lo sabían de primera mano, pero la futura esposa de Murad y su padre acababan de comprobar que todo lo que se decía de la esclava de ojos grises era cierto.

Salió la primera del salón y llegó con rapidez hasta las cocinas. Catalina casi tropezó con ella para seguir sirviendo.

—Pues nuestro amo ya ha elegido a la primera —dijo la joven—. Quedan tres.

Elvira las miró una por una.

—Yo pensaba que elegiría a una cristiana —dijo Leonor mirando de reojo a María.

Catalina negó con la cabeza.

—Elegirá a una cristiana más adelante. Necesita hacer negocios, por eso son estos matrimonios. Siempre entre ellos —volvió a negar con la cabeza—. Si ni la conoce.

Pudo ver un hilo de envidia en Catalina. Llevaba ya demasiado tiempo en la casa como para conocer el deseo de las cristianas. Aquello aumentó aún más el cosquilleo de sus costillas. Espiró aire despacio, no sabía muy bien hasta dónde estaba acertando o equivocándose con sus decisiones en Argel. Era algo que había aprendido bien en el cautiverio, solo tenía una oportunidad, no había margen de error.

Cogió una de las bandejas y siguió a Elvira hasta el salón, se alegraba de que su compañera fuera tan corpulenta, podía taparla al completo. Nadima la miró al entrar y no dejó de observarla hasta salir.

Los invitados habían terminado de cenar y vio a Murad seguido del hombre desconocido recorriendo la casa junto a Ari Morato. Nadima y Zoraida iban detrás, el resto seguían en el salón.

Ya se acercaba la hora del último rezo del día, la señal que los cristianos siempre marcaron como la hora de la fuga. Los rezos, cuando el tiempo se detenía en Argel y hasta el aire parecía paralizarse en un silencio absoluto en el que solo se oían los murmullos de las oraciones.

María y las esclavas habían recogido la cocina y esperaban en el patio a que el amo les

ordenase marcharse a dormir. María entornó los ojos hacia Nadima, conociendo a las amigas de Zoraida, pronto tendría más enemigas en Argel que ella misma. No solo las cristianas de la casa esperaban la propuesta de Murad.

Tiraba de la cuerda alzando el cubo del pozo, agua salada que no servía para beber pero que daba el apaño para refrescarse el cuello antes de dormir. Allí pudo verse reflejada, como cada día, en la penumbra de las luces del jardín.

El cautiverio la había cambiado por dentro tanto como poco la había cambiado por fuera. No entendía cómo con la escasa comida de esclava y con trabajos tan cansados podía tener aún las mejillas redondeadas. Tampoco entendía cómo de noche y a través del reflejo del agua podía ver la claridad de sus ojos. Nunca reparaba en aquel rostro que solía acaparar el interés de tantos en tierra cristiana o musulmana. María era capaz de ver la belleza en otros, la veía en Aisha y también en Murad, pero nunca reparó en la suya propia. Nunca poseyó espejos, estos eran caros y no estaban al alcance de una cabrera. La primera vez que vio su cara al completo y no a través del agua fue en casa de Mohamed. Y ahora lo hacía de vez en cuando en los espejos de Murad. Zoraida le había dicho la primera tarde que la acompañó que la razón de su alto precio como esclava, sin importar sus destrezas, era su cara y las dos joyas que residían en ella. Y aunque las marcas la hacían desmerecer esa valía, aun así los hombres no dejarían de ofrecer dinero por ella hasta que la juventud se marchase de su cuerpo.

Iba a lavarse la cara con agua fría, pero oyó las voces de Murad y Ari Morato y se apartó del cubo.

Allí estaban los tres hombres acompañados por aquellas dos mujeres a las que solo podía verles los ojos.

—¿Por qué dejas que acompañe a tu hija una esclava marcada, Ari? —preguntó el pedante padre de Nadima.

Las dos moriscas se miraron.

—Esta esclava marcada me salvó la vida una vez. —Ari lanzó aquella media sonrisa que ya María conocía bien.

Siguieron conversando mientras María los observaba alejarse. Hundió la cara en el agua, el sueño no se iba.

Los invitados de Murad se habían quedado hasta tarde y eso significaba demasiado trabajo. Notaba que apenas podía permanecer en pie. Recogía los vasos de aquel aguardiente demasiado oloroso que solían beber los musulmanes en las reuniones y los llevó a la cocina.

Pudo ver a Murad en la puerta despidiendo a toda aquella gente. Observó a Nadima y sus ojos ahora se alargaban como una almendra, era indiscutible que Murad era de su agrado, como lo solía ser para el resto de mujeres, incluida ella misma.

Se apoyó en la pared del pasillo, se sentía mareada.

—María. —Oyó la voz firme de Murad y se enderezó enseguida.

El amo se acercaba despacio a ella clavándole sus ojos altivos como solía hacer en los comienzos.

—No eres del agrado de mi futuro suegro. —Entornó los ojos hacia ella—, tampoco lo eres de Nadima. No se fían de ti.

Alzó los ojos hacia Murad.

—Puedes venderme al Pachá —respondió con rapidez.

—O puedo incluirte como dote como me han pedido y que marches a Constantinopla en octubre.

Sus palabras la sobresaltaron.

—No. —Dio un paso atrás. No podía irse de Argel, no sin asegurarse la libertad del niño. No había nadie a quien confiarlo, Miguel estaba encerrado.

Sintió dureza y palidez en su propio rostro, una sensación similar al golpe contra algo duro. Debería estar blanquecina, no podía disimularlo ante Murad y los ojos verdes del amo se entornaron aún más.

—Un esclavo no elige su destino. —Murad levantó la barbilla—. Seré yo quien lo decida.

Tuvo que apoyar la espalda en la pared, no podía sostenerse. Demasiadas fatigas en un solo día. Los ojos le brillaron sin remedio. Si Murad estaba tratando de castigarla por sus continuos rechazos, lo estaba consiguiendo. Prefería los palos y los latigazos.

—Mientras tanto… —Cuando Murad se enderezaba de aquella manera se veía enorme—. Nadima permanecerá unos días más en Argel en una de las propiedades de Ari y algunas tardes acompañará a Zoraida. No quiero la más mínima queja porque no habrá piedad, ¿me escuchas?

María bajó los ojos.

—Véndeme a Hassan. —Apenas le salía la voz.

Murad se inclinó hacia ella.

—Venderte a Hassan significa tenerte en Argel todo el tiempo —respondió el amo—. Y es mejor para todos que te vayas a donde ningún esclavo regresa.

El pecho se le incendió de inmediato y cuando el fuego llegaba a su garganta no había forma de apagarlo. Miró a Murad, que lo tenía más cerca de lo que esperaba, pero esa vez no dio ni un solo paso atrás para retirarse.

Su cabeza divagó hacia el pasado, Zahara, las jaulas del barco, la venta de Julio, el baño de Mohamed, el mástil del barco y los latigazos, la armería y aquellos tres cerdos cristianos, Murad, Argel, las cadenas que la ataron al pozo, los palos de Sumaya, los planes de fuga, la sentencia de Hassan, el encierro en la penumbra durante meses...Y sobrevivió a todo ello por una razón.

Y nada de lo que he pasado va a ser en vano.

Alzó los ojos hacia Murad, aún visualizando en su mente todas aquellas imágenes que hacían que la garganta le escociese dificultándole el habla.

—Claro que regresaría a Argel —respondió con una seguridad y fuerza que hizo que Murad se sobresaltase.

—Acabarías en un harem. —Fue la sentencia de Murad.

Tuvo que apoyar también la cabeza en la pared, se caía.

—Eso mismo me decía Mohamed.

Y aquí sigo.

Tenía a Murad cerca, él apoyó una mano en la pared y se inclinó hacia ella.

—Voy a comprometerme y eso significa tener una nueva ama a la que le debes obediencia, lealtad y sumisión. Y todo lo que conlleva no hacerlo.

Ella guardó silencio, desconocía el carácter de Nadima, pero siendo morisca no sería más que un adorno más en la casa, lo que le permitía aquella sociedad en la que ser mujer y esclava era prácticamente lo mismo. Solo Sumaya era algo diferente, pero a esta no la había vuelto a ver desde que la apalease en el pozo. Zoraida le dijo que estaba en Túnez.

—¿Hay algo que tengas que decirme? —preguntó el amo.

Y María sintió aquel cosquilleo en las costillas intenso. Demasiadas cosas callaba y cada una de ellas pesaba más de lo que podía soportar. Pero solo tenía una oportunidad, no podía fallar. Así que guardó silencio.

Vio al amo observar su postura contra la pared, era evidente que estaba cansada, completamente exhausta. Murad se inclinó para ver sus ojos de cerca, el ritmo con el que espiraba por la boca.

—Sigo sin poder fiarme de ti —añadió él—. ¿Cuándo vas a entender cuál es tu lugar? Eres una esclava y la fortuna de los esclavos depende de su amo. Por eso nos debéis obediencia y lealtad. Porque podemos hacer lo que queramos con vosotros, daros una vida digna o condenaros a la peor pesadilla. Nosotros tenemos el mando y el poder. No sois nada. Nada, María —negó con la cabeza—. Pero tú no pareces entender esa jerarquía, por eso me traicionas, me desprecias, te atreves a escaparte, a robarme, sin temor a las represalias. ¿Por qué?

Se inclinó aún más hacia ella, tanto que hasta le mareaba mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? —Estaba segura de que aquel grito de Murad había llegado hasta los baños de las esclavas.

Miró al amo mientras a su cabeza volvían las numerosas imágenes de su cautiverio. Lejanas parecían las primeras en Túnez cuando ella aún era una novata y temía no encontrar a Julio. Le encantaba el incienso que desprendía Murad, aquel aroma hacía que todas sus vivencias y sentimientos pasados, buenos y malos, tomaran fuerza y la llenaran de energía, invadiéndole un inmenso orgullo que hacía que le brillasen los ojos.

—Porque desde que me prendieron me han encerrado, me han encadenado, flagelado, apaleado y casi matado de hambre. —Ver la expresión de Murad a sus palabras hizo que el orgullo se hiciese intenso—. Y aún sigo en pie.

Tengo una gran razón para estar en pie.

Murad se apartó levemente de ella, quizás para verla al completo y no con aquella cercanía incómoda.

—Mi fortuna no la ha decidido ninguno de mis amos —añadió.

La fortuna que eligieron para ella era bien distinta a la realidad que ella misma había conseguido.

Murad se había quedado inmóvil, en silencio, quizás no esperaba aquel despliegue de sinceridad que ella nunca había tenido con él sobre lo que había sido su cautiverio, aunque lo que más le hubiese hecho sufrir no se lo había revelado.

Y hasta en la penumbra notó el brillo en los ojos del amo. Notó la enorme mano de él en la parte izquierda de su cara y María cerró los ojos. El sueño se hacía intenso cuando encajaba su mejilla en la palma de Murad.

La soberbia y la actitud altiva de Murad hacia ella habían desaparecido de inmediato y le encantaba aquella sensación. Sus dudas sobre si Murad ya no la quería cerca se despejaban y eso aplacaba parte del fuego de su pecho.

Dejó caer su cara sobre la mano de Murad y sentir como él la apretaba le causaba cierto placer. Sin conocer la razón necesitaba aquellos gestos por parte del amo. Abrió los ojos y lo miró. Iba a casarse con otra, al menos era lo que estaban tratando en el salón aquella gente intermediada por Ari Morato, pero Murad estaba demostrando no tener ningún interés en Nadima ni en aquel compromiso.

María despegó el cuerpo de la pared y lo pegó al de su amo sujetándose a sus hombros. El calor en la parte baja de su tronco no tardó en aparecer.

—La libertad nunca es absoluta, Murad Rais. —Rodeó el cuello de Murad que desprendía aquel olor a incienso y que necesitaba sentir intenso y cercano—. La esclavitud tampoco.

Murad apoyó su mano en la cintura de María, no le notó el deseo de la otra vez. Dudaba,

intentaba contenerse mientras su pecho comenzaba a moverse reflejando una respiración intensa. Verlo dudar hizo que se inclinase hacia él y encajara sus labios con los gruesos labios del amo. Aquel cosquilleo le hizo recordar lo de la otra vez. El diablo ya no tenía que hacer nada para hacerla fallar, ahora era ella la que parecía querer arrastrar a Murad hacia el infierno. Lo empujó levemente y él dio un paso atrás rodeándola por completo con los brazos. Introdujo su lengua en la boca del amo, sabiendo que no se lo iba a poner muy difícil.

Su gesto activó a Murad, que recibió su lengua acelerándose de inmediato. Apretó sus nalgas y comenzó a subirle el vestido con rapidez. Volver a sentir las manos del amo en su piel le erizó el vello. Le quitó aquel *al-shaya* que siempre solía llevar a medio abrochar y lo descubrió por completo, alzó una pierna y rodeó la cadera de Murad, él tuvo que inclinarse para poder apretarse contra ella justo a la altura de su entrepierna. Pero la ropa le impedía llegar a ella.

María metió la mano en los *sarawill* y llegó hasta la verga del amo, tan enorme y dura como la recordaba. Se alzó de puntillas y la apuntó hacia ella. Murad empujó y aquello la atravesó entrando de una sola vez. Tuvo que espirar todo el aire de golpe mientras se agarraba a Murad, que la alzaba en el suelo para apoyarla en la pared. Volvió a embestirla y esa vez su gemido sonó con más fuerza. Si seguían allí, los oirían en toda la casa, quizás hasta la curiosa Catalina podría asomarse al pasillo, ellas siempre andaban deseosas de ver al amo en ciertas actitudes con la mujer que fuera.

Pero no veía al amo con intenciones de moverse de allí. Murad puso los labios en su cuello mientras la velocidad del movimiento aumentaba. Tuvo que morderle el hombro para no hacer más ruido, aunque en cierto modo poco le importaba esa vez que la escucharan. El chisme eclipsaría las conversaciones del compromiso de Murad, no tenía dudas. Ellas desconocían lo de la otra vez, esa vez no pasaría desapercibido. Y le encantaba comprobar que al amo le daba exactamente igual.

Apretó su frente contra la de ella y comenzó a espirar con fuerza, soltando algún gemido que se cruzó con los de María. Ella entrelazó sus piernas a la espalda del amo y lo apretó, ya no tenía importancia, el castigo lo llevaba dentro desde hacía dos meses. Resbaló su cara por la mejilla de Murad y dejó caer su frente en el ancho hombro de él. Allí intentó contenerse lo que pudo, sabía que él también lo hacía. Pero no tenía dudas de que los habían oído.

Apenas podía respirar, el cansancio volvió a invadirla, era arrasador. Murad no la había soltado, seguía sujetándola contra la pared. Volvía a apoyar su frente sobre la de ella.

—¿Por qué me haces esto? —A él también le costaba respirar.

No podía responder. Ella tampoco sabía por qué había hecho aquello. Solo sabía que necesitaba verlo así, como la otra vez, comprobar que todo lo que estaba haciendo solo era un papel en aquella sociedad disparatada. Que no era lo que realmente quería Murad.

Se sintió egoísta y miserable.

¿Qué es lo que realmente quiero yo?

Se apartó de él despacio, puso los pies en el suelo y con rapidez se bajó el vestido. Quizás sí que Murad deseaba alejarla de él porque no veía ninguna otra solución con ella. Una esclava conflictiva, rebelde e insumisa de la que nunca se podría fiar. Y Murad llevaba razón, ella no renegaría, no podía, las razones eran fuertes y nada tenían que ver con las creencias ni los sentimientos. Ella solo permanecía en pie por la razón fuerte que la había llevado hasta Argel. Ni Murad ni nada estaba por encima de ello.

—Pídeme que no siga adelante. —Murad se había subido los *sarawill*, su *al-shaya* estaba aún en el suelo. Y se había pegado al hombro izquierdo de María cogiéndole del brazo.

Ella bajó la cabeza. Murad quería que le mostrase que no quería a Nadima ni a ninguna otra a varios metros de aquella casa. Y era cierto, por numerosas razones no las quería.

—Reniega y se marcharán de Argel —añadió, apoyando su frente en el hombro de la esclava.

María cerró los ojos, sentía los labios de Murad en el comienzo del brazo, el aire que exhalaba era templado y aquella sensación le encantaba. Quizás si hubiese conocido la esclavitud en soledad, su recorrido hubiese sido muy distinto. Si nadie dependiese de ella, podría considerar aquella opción. No con Mohamed, de eso estaba completamente segura. Como también estaba segura de que tampoco lo hubiese hecho con ningún otro amo. Pero le había tocado, precisamente, el único amo que hacía que sus convicciones se tambalearan. Todas, absolutamente todas, salvo una. La más importante.

Podría contarle ella misma lo de Julio. Suplicarle su libertad, pero si el amo ya no se fiaba de ella cuando encontrara las razones de sus continuos intentos de fuga dudaba de sus decisiones. Pues, como decía el amo, los esclavos no eran dueños de su destino.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, ni su propia libertad la salvaría. Llevaba dentro un hijo del otro bando, nunca podría ver a Julio en tierra cristiana. Solo podría conformarse con liberarlo y que él continuara su camino. Aquella fue su promesa, hacerlo libre, quizás pensaba en el fondo que ella no sobreviviría para verlo.

La única opción, la que más posibilidades tenía de salir bien, era guardar su secreto y que los redentores compraran al niño con el dinero de las manillas de Aisha. Llevarlo lejos donde ni Murad ni Blanco de Paz ni una nueva ama pudiesen alcanzarlo jamás. Tampoco lo alcanzaría ella.

Aún no había meditado lo que sería estar en esclavitud sin aquel rayo de luz que era ver a su hijo en cuanto el trabajo de esclava lo permitía. Pero no podía ser egoísta, no podía permitir la esclavitud de su hijo solo por no sufrir el no verlo más. Al fin y al cabo, ella estaba condenada hiciera lo que hiciese, como le dijo Mohamed: no volverás a verlo jamás.

—No puedo seguir teniéndote cerca. —Oyó susurrar a Murad cerca de su oído.

El escozor de su garganta aumentó y las lágrimas de sus ojos también.

—Entonces déjame libre y regresaré a tierra cristiana en cuanto lleguen los redentores —respondió tan perdida en sus pensamientos y en aquella pena que le producía meditarlos, que no valoró las consecuencias de lo que le acababa de decir a Murad.

Lo sintió alejarse de ella de inmediato. No era capaz de mirarlo al completo, el amo apretaba la mandíbula con fuerza. Todos los músculos de su cuerpo se habían tensado, podía notarlo en su pecho y hasta había cerrado los puños.

—A veces llego a pensar que lo único que pretendes es castigarme. —Su voz sonaba a un reproche del que dolía—. Vengarte porque alguien te raptó en tierra cristiana. Tu propia guerra descargada contra mí.

María tragó saliva. Claro que tenía su propia guerra, pero una muy diferente a la que se refería Murad. La suya se libraba por dentro y dolía cada cañonazo mientras su exterior luchaba por llegar viva al final de la batalla.

—Y esto… —Cogió su *al-shaya* del suelo, el que momentos antes ella le había quitado—, solo lo haces para que tu desprecio sea más humillante. Eso es lo que haces conmigo.

Ella seguía guardando silencio. Merecía que Murad descargara su furia contra ella.

—Tengo que alejarte de esta casa y de mí. —Fueron sus últimas palabras antes de marcharse a su habitación.

María se quedó inmóvil unos instantes. Cogió aire con fuerza y se dispuso a regresar a su

baño. Encontró a las esclavas en el patio, las tres la observaban y se miraban unas a las otras. María no reparó en ellas, se metió en el habitáculo donde dormía. Junto a su colchón había tres barcos hechos con pequeños palos y ramas que ella solía decorar con flores del jardín que daban olor al baño.

Aquellos barcos que miraba cada noche hasta dormir mientras su mente repasaba los pasos que tendría que dar hasta la libertad de Julio. No podía soportar ni una noche más pensando que él dormía lejos de ella junto a unos niños que no dejaban de insultarle. Que pronto Dalí Mamí se cansaría de esperar que fuese un buen soldado y lo vendiese a un lujurioso musulmán.

No, aquel no era el futuro que quería para su hijo. A Julio le esperaba un gran futuro, podía sentirlo. Se tumbó en la cama y el escozor de garganta se calmaba con aquel pensamiento.

47

6 de septiembre de 1539. Argel

Hacía unos días que los cañonazos anunciaron el regreso del amo de una nueva razia. Un amo muy distinto al que se hubo marchado, ahora más distante que nunca desde que fue su esclava.

Murad no reparaba en ella si no era para dar una orden escueta y precisa. Por las tardes, cuando iba hacia los baños y a visitar a Julio, solía verlo acompañado de Nadima por las calles de Argel. También ella visitaba la casa con frecuencia y por orden del amo las esclavas tenían que tratarla con la misma distinción que lo hacían con él. Así que María servía a su futura ama lo mejor que podía. Había oído decir a algunos esclavos que los redentores estaban al llegar. Necesitaba ser transparente mientras tanto.

Zoraida últimamente no solicitaba su compañía, así que trabajaba la mayor parte del tiempo en la casa. Ya el cansancio se disipaba, recordaba que en su primer embarazo le había pasado lo mismo. Aunque tenía que seguir robando comida de las cocinas. Sabía que Elvira la había delatado al amo en cuanto este llegó, pero para su asombro no le había dicho ni una sola palabra. María no era más que una columna del jardín.

Había quedado con Julio en la puerta del morabuto, aquella tarde tenía clase de ábaco y solo podría verlo unos instantes junto a la fuente.

Allí estaba Julio haciendo flotar su última construcción. Levantó sus enormes pestañas hacia su madre.

—También flota —dijo orgulloso—. Ya todos flotan.

María le acarició la cara sonriendo.

—Ochialli lleva razón, no sirvo para *gazi*. —Empujó el barco con el dedo—. Ni quiero serlo.

—En libertad puedes ser lo que tú quieras —respondió María.

La sonrisa del niño se amplió.

—Entonces quiero ser constructor de barcos. —Cogió el barco que chorreaba agua y lo apoyó sobre la fuente—. Fray Feliciano dice que tengo talento.

—Fray Feliciano lleva razón.

—Don Antonio Sosa me suele hablar de la medicina —negó con la cabeza—. Pero me mareo con las heridas.

Su madre dio una carcajada.

—En heridas tienes experiencia. —Empujó la cabeza del niño. Solía tener marcas por todas partes. Los compañeros de colegio, como los niños del pueblo, tenían cierta costumbre de golpearlo.

La mirada de María se dirigió hacia una de las calles. La altura del amo era considerable, podía apreciarlo entre el bullicio.

—Corre, entra en casa del morabuto —le dijo al crío, apartándose de él.

Julio no dijo palabra, ver el rostro blanquecino de su madre era suficiente. Desapareció de su vista enseguida y pudo espirar tranquila.

Se giró en cuanto ellos se acercaban. Supuso que se dirigían a la casa de Ari Morato. Nadima llevaba un vestido rojo intenso, muy llamativo entre los colores que solían llevarse en Argel. Thamir los seguía.

María se inclinó hacia la fuente dándoles la espalda por completo. Puso el barco en el agua y

lo empujó. Este flotaba al son del agua y los chorros que salían de los tubos de la fuente pudieron hundirlo. Se concentró en el sonido del agua al oír la voz del amo hablar en turquesco. Contuvo la respiración mientras ellos la rebasaban.

Era imposible que no la hubiesen visto, hasta pudo oler el intenso aroma del amo, aquella estela llamativa que él dejaba a su paso. Se giró para observarlos alejarse mientras cogía el barco del agua.

Allí tenía claros y peligrosamente cerca los motivos de su lucha interior.

—Ya es bien conocido en todo Argel que tu amo está comprometido. —La voz de Blanco de Paz hacía que su estómago se encogiera hasta darse la vuelta, llevando la hiel hasta su garganta.

Cerró los ojos. El monje volvía al ataque. Lo sintió en su espalda, tras su hombro.

—Ya no anhela tus favores —añadió, riendo.

María se giró para mirarlo. Aquella sotana llena de manchas olía peor que las pocilgas.

—Ya no tienes poder alguno. —Rozó el brazo de María con su fino dedo curvado—. Vuelves a ser débil. Y tu hijo sigue siendo un esclavo.

Entornó los ojos hacia el inquisidor. Apartó el dedo del monje de un manotazo.

—Fui imbécil, ya no me dará por tu secreto ni la mitad que hace unos meses. —Ladeó la cabeza—. Así que podemos llegar a un nuevo acuerdo.

Había demasiada gente alrededor. Golpearlo la metería en problemas y ahora no podía permitirse problemas. Murad se había alejado por completo de ella y ningún cristiano la protegía desde que encerraron a Miguel. Todos se habían dispersado buscando la libertad por su cuenta.

Agarró el brazo de Blanco de Paz.

—No habrá acuerdo, no eres más que un esclavo. El más miserable de Argel —le dijo.

El monje sacudió el brazo para que lo soltara.

—Casi prefiero las monedas de Murad. —Se giró para darle la espalda.

—Te pudrirás en Argel siendo esclavo. —María lo detuvo—. Y yo me encargaré de que cada día tu vida sea un infierno.

Blanco de Paz la miró sonriendo con sus dientes podridos.

—No te enteras de nada, María. Pero yo me entero de todo. —Se giró para ponerse de nuevo frente a ella—. Tu amo piensa por fin venderte. Tu poder ha sido volátil. Se hartaron de ti. No tienes nada. No eres más que una nueva mula de mercado que algunos tienen interés en comprar. Te marcharás y tu hijo seguirá siendo un esclavo, de nuevo lejos de ti.

María abrió la boca para replicar. Pero digerir las palabras de Blanco de Paz era tan difícil que tuvo que cerrarla.

—Estás sola y débil. Y yo soy dueño de tu secreto. Ya no me asustan tus amenazas —volvió a sonreír—. No tienes ningún poder en Argel ni esperas los favores de nadie.

El pecho le ardió sobremanera. Agarró la sotana del monje.

—No estoy sola ni soy débil. —Apretaba la sotana en su puño, conteniendo las ganas de pegarle de nuevo. Pero cogió aire y aguantó la respiración para inclinarse hacia él y que su olor en la cercanía no le produjera arcadas—. Y tengo más poder que nunca. —Se acercó aún más para susurrarle al oído—. Llevo en las entrañas a un hijo de Murad.

Se irguió para ver la cara del monje, que la miró contrariado. Quizás no se creía sus palabras. No le importaba, no se le ocurría otra forma de atemorizarlo. Solo necesitaba unas semanas más de margen, solo unas semanas.

—Maldita pecadora. —Su voz rezumaba odio—. Arderás en el infierno.

Se retiró enseguida de María, como si esta pudiese contagiarle una enfermedad.

—Informaré de inmediato a mi orden de tu traición. Nunca podrás poner un pie en tierra cristiana.

Nunca podría aunque no temiese a la Inquisición.

—¡*Ramera*! —Escupió en el suelo antes de marcharse.

María lo observó mientras se alejaba. No le vio el miedo de la otra vez, esa vez la ira era bien distinta. Si lograba que aquello le saliera bien, sería un auténtico milagro.

Rodeó la fuente y continuó por la calle por la que se había marchado su amo. Aquella calle de toldos que llegaba hasta el pozo del palacete de Ari Morato.

Aquella parte siempre estaba llena de esclavos y allí fue donde urdieron los detalles del plan ambicioso de fuga que ella echó a perder.

Se detuvo en la esquina. Murad estaba junto a Nadima al lado del pozo. Supuso que esperaban a Zoraida, por las tardes solía ir con ella y sus amigas a los jardines. Veía al amo hablando con la joven. Solo una vez había visto a Nadima sin velo, no era de las mujeres más feas que hubiese visto, pero tampoco era una belleza como Aisha. Sin embargo, era callada cuando estaba en casa del amo. Nunca le dirigió una sola palabra, aunque supuso que las quejas y su desconfianza hacia ella sí que se las transmitía a Murad. No la culpaba por no querer tenerla cerca.

Entornó los ojos cuando vio los pliegues en los ojos de Nadima, sonreía. Solía mirar al amo de la misma forma que lo miraban las esclavas, tan solo esperaba que ella no lo hubiese mirado nunca con aquella cara de alelada.

Ver a Murad con Nadima siempre le producía un cosquilleo extraño y un ardor en el pecho que hacía que su garganta no dejara de murmurar frases bastas y absurdas. Y cada noche, cuando el amo dormía en su dormitorio, invadía su mente la idea de volver a hacer lo de la otra vez y comprobar la realidad de Murad.

Pero no se podía permitir más errores. Su cuerpo comenzaba a cambiar bajo el vestido de esclava. Nadie podría verla desnuda de momento y aún menos Murad.

Apretó los puños y salió a la plaza del pozo camino de los baños del rey. En ese momento era ella la que quería rebasar al amo y su prometida y esperaba pasar desapercibida.

—María. —Era la voz de Zoraida y tuvo que detenerse, cosa que lamentó. El amo y Nadima estaban a tan solo un escaso metro de ella.

Zoraida iba con su padre, Ari Morato. Dirigió sus ojos grises hacia ellos, poniendo gran empeño en no desviarlos ni un instante hacia su amo.

—¿Día de comunión? —preguntó el mercader.

Ella asintió. Ari metió su mano en el bolsillo y sacó una moneda que le dio a María.

—Gracias. —Recibió la moneda del mercader—. También es día de confesión. —El gesto de Ari, conocedor de sus costumbres y precios.

Nombrar sus deberes de cristiana frente a ellos le daba cierta fuerza. Aquel escudo que siempre sintió ante los turcos, quizás porque ellos eran tremendamente respetuosos con sus costumbres.

—¿Qué pecados puede cometer un esclavo? —Era la primera vez que Nadima hablaba en su presencia, o más bien la primera vez que se dirigía a ella.

María tuvo que mirarla y en el mismo campo de visión estaba Murad.

—Quiero decir, no tenéis libertad —aclaró la joven.

Mirar a Nadima y a su vez tener que ver a Murad no le ayudaba a la hora de responderle a aquella joven cuya pregunta no sabía bien cómo tomar. Su mayor pecado lo tenía frente a ella,

confesiones que ni siquiera podría darle a un monje, mucho menos a la prometida de Murad. Recordó sus últimas palabras con él justo antes de cometer aquel pecado.

—Nunca se es completamente libre, al igual que nunca se es completamente esclavo. —Suficiente para que lo supiese y lo recordara.

No reparó en la reacción de su amo, ella miró a Ari enseguida haciendo un gesto de cortesía con la cabeza. Y se alejó de ellos hacia la multitud de cristianos que hacían cola en los baños para la comunión.

***

Atravesó una calle de suelo de piedras a toda prisa. Los bordes de su sotana habían rozado con el agua de un charco y al andar notaba sus tobillos mojarse. Estaba furioso, no se acababa de creer a la esclava María, merecía arder en el infierno. Aquella esclava atrevida que controlaba a aquellos turcos con malas artes. La que había osado a amenazarlo sin importarle que fuera un comisario inquisidor. Una mujer que creía saberlo todo y que empleaba la fuerza como si fuera un hombre. La odiaba, la odiaba hasta el punto de que merecía la pena arriesgarse.

Llegó hasta la casa de Murad Rais, el Grande. Por suerte para él el corsario se encontraba en Argel, por eso mismo no podía esperar ni un día más, Murad no solía pasar muchos días en Argel mientras durase el verano.

Llamó a la puerta y una esclava le abrió. Era Catalina, otra cristiana de moralidad dudosa, con un alma condenada a una futura conversión. La miró con desprecio.

—Necesito hablar con tu amo y dile que es urgente —le anunció altivo—. Dile que es sobre su esclava María. Le interesará.

Catalina no dijo nada, pero le cerró la puerta a Blanco de Paz en las mismas narices. El clérigo comprendió que la malquerencia entre la esclava y él era mutua.

No tardó en volverse a abrir la puerta, pero esa vez era uno de los corsarios de Murad.

—Al amo no le interesa nada que tengas que decirle —le dijo Thamir—. ¡Márchate!

Se dispuso a cerrarle la puerta. Blanco de Paz puso la mano para impedírselo.

—Dile que su esclava tiene un secreto —insistió—. Algo que intenta ocultar a Murad.

Thamir frunció el entrecejo, pero se hizo a un lado para que el clérigo pasara.

Murad se encontraba en uno de los salones, haciendo rayas en un mapa. Pronto saldría de nuevo a las razias.

Levantó la cabeza hacia la puerta y vio a Thamir con el clérigo.

—Te he dejado claro que no quería hablar con él —le reprochó a Thamir.

—*Babá*. —Thamir se acercó al oído de Murad y susurró. Blanco sonrió en cuanto notó el cambio de expresión en el rostro de Murad, tornándose en el corsario que realmente era.

Thamir le indicó a Blanco de Paz que pasara y cerró la puerta dejándolos solos. Murad apoyó el codo en la pequeña mesa baja que utilizaba mientras se sentaba en el suelo e hizo lo mismo con la mano en su frente.

—Espero que no me entretengas con ninguna necedad —le advirtió al pálido fraile—. Así que habla.

—Voy a darte la forma de dominar al fin a tu esclava más incontrolable. Pero antes quiero asegurarme de que recibiré mi recompensa —propuso el fraile.

—Recibirás una recompensa acorde a la utilidad de tu información —le respondió Murad.

—No me refiero solo a ese tipo de recompensa. —Se humedeció los labios con su picuda lengua—. Tu esclava es ciertamente... impulsiva y quiero que me asegures que no podrá atentar contra mí como represalia a lo que voy a contar ahora.

Murad rio con las palabras del clérigo. Luego asintió con tono burlón.

—¿Y qué es eso que María esconde de mí? —Murad se inclinó hacia delante. Blanco de Paz dio unos pasos hacia él y sonrió.

—Tu esclava no cayó sola en el cautiverio —dijo Blanco de Paz y Murad entornó los ojos con interés—. Los corsarios también raptaron a su hijo, un niño que ahora tiene diez años y al que Dalí Mamí llama Zahid.

Murad se quedó inmóvil con aquellas palabras. Estaba claro que entre todas las dudas y preguntas que se hacía sobre María era algo que realmente no esperaba. Pero ahora encajaba cada una de las piezas de las acciones de la esclava.

—Compra al niño y obtén a la madre —añadió Blanco de Paz—. Mientras que tengas al niño bajo tu poder tendrás a la esclava sumisa que deseas.

Murad miraba hacia un lado, todo comenzaba a tomar sentido.

—Ahora quiero mi recompensa. —Prefirió callar el resto. Si Murad no conocía el estado de María, quizás ella pudiese recibir el castigo que merecía.

Murad se puso en pie.

—¡Thamir! —gritó y el corsario enseguida apareció en el umbral de la puerta—. Recompensa a este esclavo. —Se dirigió hacia la puerta y Blanco de Paz se apartó de su paso.

—¡Leonor! —gritaba, llamando a la esclava.

El clérigo se apresuró a salir de la habitación tan pronto como encontró hueco en la puerta, temeroso de los fuertes gritos que comenzaba a proferir Murad.

La cristiana no tardó en aparecer ante él.

—Tráeme las manillas que María guarda en el colchón —le pidió—. Ahora sé para qué las guardaba.

El corsario salió al pasillo.

—¡Thamir! —gritaba, llamando al corsario de nuevo—. ¡Thamir!

Los gritos de Murad invadieron la casa.

***

Murad se encontraba en casa de Dalí Mamí. Era un viejo amigo y no le dijo las razones, pero le pidió que dejara comprar al niño. Propuesta que cogió de sorpresa a Dalí, puesto que no era un niño que llamara la atención por su valía en ninguna destreza como para que alguien se interesase por él.

—¿Quieres llevártelo ya? —preguntó Dalí alzando las cejas.

—De inmediato —respondió Murad.

Dalí se dirigió hacia el pasillo que llevaba hasta su jardín.

—¡Zahid! —Lo oyó gritar. Vio a Dalí dar unos pasos más y alzarse de puntillas—. ¡Zahid!

Pero el tal Zahid no aparecía. Dalí miró a Murad.

—A veces dudo de que sea sordo —le dijo y Murad sonrió. Dalí volvió a mirar hacia el jardín—. ¡Zahid! —Su gritó retumbó y esa vez se oyó la respuesta lejana de un niño.

Vio a Dalí resoplar.

Al fin apareció un niño de largas piernas, delgado pero de complexión atlética, de pelo castaño y enormes ojos oscuros. En la mano llevaba lo que parecía un pequeño barco. Murad entornó los ojos hacia la figura, este estaba a medio hacer, pero no era la primera vez que los veía. María tenía alguno en su baño, junto a la cama, los utilizaba para colocar flores. Siempre se preguntó quién sería el creador de tremendas humildes obras en pequeño tamaño.

—Me han hecho una oferta sobre ti —le dijo Dalí—. Ahora tendrás un nuevo amo.

Julio se asomó tras Dalí para comprobar quién lo había comprado. El niño alzó las cejas y llenó sus mejillas de aire.

—¿Sabes quién es? —preguntó Dalí.

Unos niños entraron corriendo desde el jardín y pararon en seco cuando vieron a Murad. Luego miraron a Julio asombrados.

—¿Murad Rais lo ha comprado? —dijo el más bajo y delgado. Frunció el ceño—. Si es un inútil.

Murad miró a aquel niño deslenguado y este bajó la cabeza enseguida. Dalí dio unas palmas.

—Todos fuera —ordenó y enseguida se dispersaron—. ¡Fuera!

Julio estaba inmóvil, se había mordido el labio inferior, gesto que también solía hacer su madre. Murad se acercó hasta él y Dalí se apartó para que el corsario Rais pudiera ver con claridad al chico.

Murad acercó la mano hacia la barbilla del niño para contemplarlo detenidamente. Su cara tenía la misma forma ovalada que el rostro de su madre, los mismos labios gruesos, idéntica nariz y unos enormes ojos alargados bordeados por espesas y oscuras pestañas.

Allí, en aquel rostro sereno y dulce, estaba la razón de las marcas en la espalda de María, de su cautiverio, de su sufrimiento a manos de musulmanes y cristianos. La razón de su valentía, de su rebeldía, la razón del por qué ella era una verdadera *gazi* de su propia lucha.

Algo en su interior se removió, sintiendo admiración por la humilde esclava que encontró en medio del mar y que había sido su perdición durante los últimos meses. Ahora conocía las dos partes de María, hasta la parte que no comprendía sobre ella ahora tenía su lógica. No alcanzaba a imaginar la unión que pudiera tener la cautiva con aquel pequeño ser para haber sobrevivido a todo aquello y seguir en pie.

Murad suspiró satisfecho por el descubrimiento y acarició la cara del niño, hasta el tacto era similar al de su madre. El secreto de María le había cogido desprevenido, algo completamente inesperado, nunca imaginó que las razones por las que su esclava era diferente podían ser tan admirables y hermosas. Su pecho se removió arrastrando un nudo hasta la garganta.

—Vamos a casa —le dijo a Julio con voz suave.

***

No había aceptado más pertenencias de Julio que no fuesen los barcos que él quiso llevarse. Thamir se encargaría de buscarle ropa. Caminaba al lado del niño que apenas le llegaba más arriba de la cintura.

—El maestro Occhiali dice que soy un desastre. —Murad se interesaba por sus avances en la escuela. Estaba claro que no había ninguno.

Murad cogió del petate uno de sus barcos de ramas.

—Pero esto se te da bien —dijo, mirando los cañones—. ¿Flotan?

—Al principio no, pero ya he descubierto qué hacía mal.

Murad lo miró de reojo.

—Te llevaré a ver a Adil, es el mejor constructor de barcos del Mediterráneo. Seguro que te enseña qué debes mejorar. —El niño sonrió al oírlo—. En cuanto a esos cardenales, no son los que suele hacer Ochialli para castigar.

Julio hizo una mueca.

—Es otro tipo de castigo. —Bajó la cabeza, avergonzado.

—¿Qué clase de castigo?

No respondió. Era completamente bochornoso reconocer que le zurraban todos los futuros *gazis* de Argel delante de un corsario de la talla de Murad.

—Sea lo que sea, hay que ponerle remedio —dijo Murad al deducir por qué tenía el niño aquellas marcas.

Se detuvo y Murad le puso la mano en el hombro.

—Ha sido ese fraile apestoso, ¿verdad? —preguntó el niño y Murad arqueó las cejas. Julio no esperó respuesta del corsario—. Siempre está buscando la manera de fastidiar a los demás. —Se descubrió el hombro mostrando un cardenal—. Es como esto, pero entre adultos.

Retomaron la marcha. Hacía rato que Murad se había desviado del camino hacia la calle de la casa que Julio conocía por ser la misma calle de la casa del Pachá. Se dirigían a los baños. En cualquier momento podrían encontrar a María.

A Julio le llamaba la atención ir caminando junto a Murad. Recordaba todo lo que contaba don Diego de Morato Arráez, como lo conocían los cristianos. Lo miró de reojo, era enorme, cierto. La multitud se apartaba a su paso, fuesen turcos o esclavos, por primera vez no recibía empujones al andar por la calle. Y al ver a unos jenízaros acercarse se pegó al cuerpo de Murad y cerró los ojos. Sintió la mano del amo sobre el hombro para que no se apartase del camino de los guardias y Julio abrió los ojos sorprendido. Murad no se quitaba del paso ni siquiera de los jenízaros. Y él mismo tampoco lo había hecho. Los miró al rebasarlos sin que reparasen en el pequeño esclavo que acompañaba al corsario. Julio entornó los ojos hacia los jenízaros.

—Me tendrían que haber dado un palo. —Hasta se detuvo, contrariado.

Murad sonrió al oírlo. Aún le tenía la mano sobre el hombro, el niño dirigió su mirada hacia la mano del corsario, supuso que aquella acción era la que lo había salvado ante la guardia de Hassan. Un esclavo siempre debía bajar la cabeza y apartarse de ellos, no darle ni por error un roce. Murad sacudió su hombro para que siguieran andando.

Rebasaron un pozo y se detuvieron en uno de los palacios más famosos de Argel, la casa de Ari Morato.

Los hicieron esperar al mercader en el inicio del jardín. Ari estaba en alguno de los salones de su casa. Julio miraba alrededor asombrado, la casa de Ari era bien distinta a la de su antiguo amo, Dalí Mamí.

El mercader se acercaba por el pasillo y se detuvo a unos metros de ellos observando al niño con atención. No pronunció palabra, llamó a una de sus esclavas.

—Lleva al muchacho a las cocinas —dijo sin dejar de mirarlo—. Los niños siempre tienen hambre y deben de comer cada vez que la tengan.

Dio unos pasos hacia el niño, sus ojos pequeños observaban su nariz.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Zahid —dudó antes de responder.

—¿Cuál era tu nombre cristiano? —Ari se inclinó hacia él.

Él alzó los ojos, la altura de Ari nada tenía que ver con la de Murad.

—Julio. —Esa vez respondió casi en un susurro.

Ari amplió su sonrisa.

—Nunca se es completamente esclavo —dijo el hombre y el niño alzó las cejas sin entender.

El mercader hizo un ademán con la mano a su esclava para que se llevase al niño.

—Atiende bien a este invitado —añadió Ari sonriendo a Julio.

Murad esperó en silencio a que Julio y la esclava se alejasen de ellos. Luego Ari lo invitó a que lo acompañase hacia la hilera de árboles.

—Dalí Mamí compró a ese niño a Mohamed en Túnez.

—Un hijo —Ari negó con la cabeza mientras sonreía. Luego miró a Murad—. ¿Por qué iba María a traicionar a los propios cristianos y liberar a su antiguo amo de las celdas de aquel barco? —Puso su mano en el hombro de Murad—. No fue tu trato el que la trajo a Argel, sino el suyo.

Murad bajó la cabeza.

—Lo tuvimos delante de nuestros ojos cuando intentaron fugarse en aquella cueva. Pero yo estaba demasiado pendiente de la sentencia de Hassan y tú de que tu esclava huyera con un esclavo tullido—. Ari negó con el dedo—. Jamás renegaría, ¿cómo iba a renegar?

Ari se detuvo y se puso frente a Murad.

—Ya lo has conseguido. Has encontrado a la única debilidad de María —le dijo el mercader —. Puedes hacerla renegar esta misma noche si quieres. Tu esclava dejará de darte problemas. Ella será lo que tú quieras que sea.

Murad miró a Ari, los pequeños ojos del hombre se clavaron en él observando su expresión.

—Todo el mundo tiene una debilidad. —Ari le recordó las propias palabras de Murad respecto a María—. Ya la has encontrado, ¿ahora qué?

El corsario se tomó unos instantes para responder.

—No esperaba este tipo de debilidad —respondió y el mercader sonrió complacido—. Todo lo que hizo, desde Túnez hasta Argel, fue... por él.

Le brillaron los ojos, lo que hacía que su color se tornase a uno más transparente.

—La llevaban a Constantinopla —añadió Murad—. Y ella llegó hasta él.

Ari cogió el antebrazo de Murad y lo apretó.

—Tienes en tu poder a su debilidad, podrías utilizarla para someterla tanto como quieras. —Ladeó la cabeza—. O podría servirte para conocerla mejor.

Miró hacia el interior del palacio.

—Lleva a ese niño a casa. Creo que tienes mucho que hablar con María hoy. —Ari se giró para volver a entrar.

Pero Murad no se movía de su lugar.

—Lo escondía de mí —dijo el corsario con cierta quemazón en la garganta. Miraba a Ari esperando una explicación.

El mercader asintió con la cabeza.

—¿Qué monstruo piensa que soy?

Ari volvió a apretarle el antebrazo.

—Vendieron a su hijo en un mercado esclavos. Turcos, como tú o como yo. Todos somos unos monstruos a sus ojos.

Murad cogió aire de manera profunda. El brillo de sus ojos aumentó.

—Hubiese comprado a ese niño hace meses. —Cerró los ojos—. Se lo hubiese devuelto.

—¿Y si ella no quería que se lo devolvieses? —Murad se sobresaltó con las palabras de Ari —. Quizás su deseo era otro bien distinto.

El mercader le dio unas palmadas en la espalda.

—Solo ella puede darte esa respuesta —sonrió.

***

Se tumbó y metió la mano bajo el colchón. Llegó hasta el hueco de la tela rasgada y tanteó, no había nada allí. Se quedó contrariada y su corazón se aceleró de inmediato. Quizás sus nervios la hacían confundirse. Lo intentó una segunda vez, pero solo halló trozos de trapos.

Sacó la mano sin dejar de mirar el colchón y se dispuso a darle la vuelta. Comprobaba cada día, mañana y noche que las manillas estaban en su lugar, en la bolsa de terciopelo. Estaban allí aquella mañana, estaban allí antes de que saliera a la calle. El pánico comenzó a calentarle el cuerpo haciendo que el calor que se concentraba en el baño en verano fuera insoportable.

Las manillas no estaban y dudaba de que se hubiesen perdido entre los trozos de tela con la que estaba hecho el colchón.

Salió al patio, necesitaba agua con desesperación, toda su espalda sudaba. El cubo estaba apoyado en el borde y aún tenía algo de agua en su interior. Se dispuso a meter las manos dentro, pero entonces oyó la voz del amo, que al parecer entraba en la casa.

Su mirada se dirigió hacia el pasillo. Dio unos pasos hacia la casa y vio a Thamir. Tras él estaba Murad.

Thamir se apartó de Murad y pudo ver a Julio junto al corsario, que apenas le llegaba poco más que a la altura de la cintura. Julio estaba serio, contrariado, sin saber si echar a correr hacia su madre o disimular que la conocía, como solía hacer siempre. Murad le apoyaba al chico una de sus grandes manos sobre el hombro. María quedó paralizada con la imagen. Tuvo que abrir la boca porque era imposible respirar por la nariz.

No podía creer lo que estaba viendo. Apalearía a Blanco de Paz en cuanto lo viera. El pecho le martilleaba y las rodillas apenas podían sostenerla del tembleque que le producía el miedo. Pero, aun con miedo, el ardor en el pecho le ayudó a correr hacia ellos, coger al niño de un brazo y tirar de él para colocarlo tras su espalda, interponiéndose entre Julio y Murad

—Ni se te ocurra tocarlo —le advirtió al corsario.

Murad la miró serio. No respondió a su osadía, solo indicó a Thamir que se llevara al niño. A María le costó soltarlo, pero fue el propio Julio el que la soltó mientras hacía un gesto con la cabeza que le indicó que, al menos él, no temía nada.

María observó a Thamir llevando a Julio hacia los jardines de la casa. El amo tiró de ella para que entrara en uno de los salones.

Aquello debía de ser un mal sueño, una pesadilla. Julio en casa de Murad, no podía creerlo. Abrió la boca para coger aire.

—Lo escondías de mí. —El amo entornó los ojos hacia ella—. ¿Qué pensabas que haría si lo hubiese sabido?

María apretó la mandíbula. Claro que lo escondía de él y de las cadenas que él le colocaría a Julio de por vida.

—Comprarlo, precisamente lo que has hecho —espiró al hablar. Murad alzó las cejas al oírla.

—¿Y qué pasaría si lo compraba? —No parecía ofenderse con sus palabras. Seguía tranquilo

y aquella tranquilidad le difuminó levemente el miedo, aunque aún sus piernas no dejaban de temblar.

—Pensaba que escondías las manillas para tu propia liberación. —Notó cierta ironía en sus palabras y ella se sobresaltó sintiendo cómo le ardía toda la cara.

Todo aquel tiempo haciéndola creer que las tenía bien escondidas. Murad contuvo la sonrisa y el ardor de su pecho creció. Volvió a apretar la mandíbula, si abría la boca sería para decir improperios.

Murad dio unos pasos hacia ella, estaba muy cerca, apenas unos centímetros lo separaban de su cuerpo.

—Ahora entiendo por qué te resignaste al cautiverio de nuevo, necesitabas venir a Argel aunque fuera como esclava. —Murad entornó los ojos—. Venías a por él, por eso traicionaste a los cristianos. No querías volver a tierra cristiana sin tu hijo.

Alzó los ojos hacia el amo. Este la miraba de una manera muy distinta, le notó cierto brillo en los ojos. Alzó una mano para colocarla en la espalda de la esclava.

—Intentaste escapar de Túnez para buscarlo. —Murad hablaba casi para sí mientras resbalaba la mano por la rugosa piel bajo el hombro de María—. Yo llegué aquí más o menos con la edad de Zahid, en casa de Arnaute conocí a muchos otros niños y la escuela de Ochialli estaba repleta de niños cautivos.

No estaba enfadado, no le gritaba, no le reprendía. La miraba con una expresión que María no estaba acostumbrada a ver en él. Admiración. La mayor de todas las que hubiese visto en el corsario desde que lo conocía.

—Y nunca ninguna madre fue nunca a recuperar a ninguno de ellos. —Murad le cogió las manos —. Te han encerrado, encadenado, flagelado, apaleado y casi matado de hambre —repitió lo que ella misma le había dicho unas noches atrás—. Y sigues en pie por él.

Lo oyó coger aire, cuando los ojos de Murad brillaban de aquella manera el color verde se le aclaraba sobremanera, resaltando la luz en aquella piel oscura. Sintió el calor de las manos del amo apretando las suyas.

Y Murad bajó la cabeza y se inclinó apoyando una rodilla en el suelo mientras llevó las manos de María hasta su frente. El escozor en su garganta fue inmediato, como inmediata también fue la humedad en sus ojos. Tenía a Murad Rais, apodado el Grande, arrodillado ante ella, una humilde cabrera, mujer y esclava.

Aflojó las manos que aún le cogía Murad y apartó una de ellas para ponerla en la mejilla de él. Notó la humedad que caía desde el rabillo del ojo del corsario. Era incómodo tenerlo en aquella posición, casi bochornoso. El fuego de su pecho se calmaba y la decepción y el enfado por tener a Julio en las manos de Murad se disipaba levemente. Se inclinó frente al amo, que no tenía intención de levantarse.

—Yo también tenía familia —dijo Murad—. Era el pequeño de cinco hermanos.

María entornó los ojos hacia él. Mirar a Murad como corsario, antiguo niño raptado, significaba para ella el futuro que le esperaba a su hijo. Jamás pensó en él como un antiguo esclavo, lo cual conllevaba pena y sentimientos. Lejanía con su familia a la que jamás volvió a ver.

—Lloraba a diario las primeras noches. —Mantenía la mirada en sus manos, que envolvían las de la esclava—. Luego aquella pena se fue difuminando y casi no puedo recordar sus rostros. No volví a verlos más. Ni siquiera sé si seguirán vivos.

María aún tenía la otra mano en la mejilla del corsario. No notó ninguna lágrima más.

—Los cardenales de Zahid me han recordado a mis comienzos en la escuela. —Casi lo pudo ver sonreír—. Nadie pensaba que yo me convertiría en lo que soy.

María arqueó las cejas, siempre lo imaginó como aquellos niños miserables con su hijo, pero espabilados y ávidos en la escuela.

—Hasta que me di cuenta de que estaba completamente solo. —Dejó caer la cara en la palma de María y cerró los ojos—. Y nunca quise más compañía que la de mis *gazis* en alta mar.

Abrió los ojos hacia su esclava. María retiró su mano enseguida de Murad y él se la sujetó para que no la quitara.

—Me haré cargo de Zahid —dijo Murad y María negó con la cabeza mientras sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquello era precisamente lo que no quería. El amo frunció el ceño.

Apartó su mano de él.

—Mi hijo nació libre —dijo, incorporándose.

Bajó los ojos hasta Murad. Había desviado la mirada hacia un lado, estaba serio, podía sentir cómo su amo comenzaba a enfadarse y su enfado con Julio cerca no era lo mismo.

—Seguirá con su educación en la escuela y continuará con las costumbres musulmanas —añadió con voz firme, poniéndose en pie, y María cerró los ojos con fuerza—. Le diré a Elvira que le prepare una de las habitaciones y enviaré a Thamir a comprarle ropa. Esta noche, después de la cena, hablaré contigo.

Murad se marchó dirigiéndose hacia la puerta, allí se detuvo y le indicó con la mano a María que saliese del salón.

—Ve con tu hijo ahora. —Sonó a orden firme, una voz bien distinta a la de instantes antes.

María lo rebasó sin mirarlo y corrió hacia el jardín buscando al niño. Ver a Julio en aquel jardín le producía cierta ligereza en las piernas. Suspiro con fuerza.

—Lo siento, Julio —le dijo, acercándose despacio. Se detuvo frente a él—. He vuelto a equivocarme. —Julio la miró de reojo, luego se inclinó dejando su cuerpo caer en ella.

—¿Ahora qué? —preguntó el niño.

—No lo sé —le respondió ella y Julio sonrió.

—Cuando lo vi en casa de Dalí esperaba que nos apaleara a los dos. —Tuvo que sonreír a la ironía del niño—. No parece tan temible. Hemos venido hablando todo el camino.

Julio hablaba con cierta seguridad. Oírlo decir que había hablado con Murad no dejaba de ser extraño y su estómago no era inmune.

—Cuando se enfada es mucho peor, créeme —dijo ella y el niño rio—. Pero no es a los palos a lo que temo. No te dejará en libertad, nunca. —Julio se encogió de hombros—. Y yo te prometí sacarte de aquí —añadió. Julio la cogió por los hombros.

—Ya has hecho suficiente, mamá —respondió el niño.

—¿No quieres ser libre? —Se extrañó María.

—Claro que quiero ser libre. —Bajó la cabeza hacia su petate de tela que estaba en el suelo, uno de los barcos se había salido y estaba de lado sobre el césped—. Pero has intentado sacarme de aquí de todas las maneras y no ha podido ser. Así que olvídalo ya.

—No. —María no se resignaba a fallar—. Ya encontraré la manera.

El niño la miró de reojo.

—Encontrarás la manera de que te maten. —Volvió a dejarse caer en ella—. Y no quiero una madre muerta.

Puso la mano en la espalda de Julio. Recordó las palabras de Murad, de cómo ya no

recordaba a su familia, ni siquiera sabía si estaban vivos. Quizás su madre aún vivía en tierra lejana desconociendo que el famoso Morato Arráez era uno de sus hijos.

Suspiró, mirando a Julio.

—No voy a morir. —Apretó a su hijo.

Levantó los ojos hacia el pasillo de las columnas. Murad los observaba de lejos, en silencio. Thamir había llegado hasta él y se inclinó para susurrarle algo. Nadima, vestida de morado con llamativos bordados en rojo, se acercaba a pasos cortos desde la entrada. Y el aire que entraba por su nariz parecía fuego mientras la ligereza de sus piernas aumentaba. Una nueva ama y dos hijos en casa de Murad.

Cerró los ojos con fuerza.

***

—¿Quién es ese niño? —preguntó la joven en cuanto salieron de la casa. Quizás la forma apresurada en la que la había hecho salir de allí había despertado en la mujer la necesidad de saber.

Murad miró a Nadima de reojo. Ella era demasiado joven, las únicas experiencias que había tenido de una vida cotidiana eran a través de los chismes en las reuniones de mujeres. Ari le dijo que sería una buena esposa y su enlace era beneficioso para él, ya que establecería una conexión con Constantinopla en la que hacer negocios. Pero él no necesitaba nada de ello, ya tenía riqueza y fama suficiente como para vivir en lujos el resto de su vida sin tener que volver a subir a un barco.

Nadima tenía la cara pequeña y una nariz algo larga para su gusto, aunque no resultaba fea. Ari, conociendo sus gustos, se preocupó de que su futura esposa fuese hermosa. Pero ninguna mujer podía compararse con María a sus ojos. No solo porque aquellos ojos grises le colocaran las cadenas en medio del mar, había mucho más. Una fortaleza que admiraba, una insumisión infinita y, sin embargo, había visto en ella una capacidad para mantener la lealtad que sobrepasaba todo lo que había conocido en la sociedad de Argel. Jamás podría mirar a otra mujer y sentir todo lo que le hacía sentir María.

—Se lo compré a Dalí Mamí —respondió. Pronto lo sabría por Zoraida o alguna otra—. Es hijo de María.

Nadima frunció el ceño, única expresión que solía ver en ella la mayor parte del tiempo, la que dejaba ver el velo.

—No necesitas niños esclavos —le dijo Nadima—. Tendrás hijos propios.

Ese era precisamente el interés en Ari en todos sus consejos, hijos a quienes dejar un legado.

Nadima se detuvo a unos metros de la casa de Hassan, a donde Murad la acompañaba. Necesitaba dejarla allí cuanto antes y regresar a la casa, su conversación con María no había acabado, necesitaba meditar y volver a hablar con ella.

—No piensas venderla, ¿verdad? —preguntó Nadima sacándolo de sus pensamientos. Casi no había oído la pregunta—. Dices que vas a vender a la madre y compras al hijo. No tienes ninguna intención de vender a esa esclava traidora.

Miró los ojos enormes de Nadima. Si lo meditaba bien, María nunca fue una traidora. Ella solo perseguía su propia lucha. Ni él ni los cristianos ni Mohamed estaban en ella. No importaba lo que hiciese con ellos, ella solo había sido fiel a sus principios.

—No, no pienso venderla. —Y la tranquilidad lo inundó al pronunciar aquellas palabras. Desde que comenzara a negociar algunas propuestas sobre María su sueño no había sido tranquilo.

Nadima entornó los ojos.

—Y tendré que convivir con ella y su hijo esclavo. —Desvió la mirada hacia la puerta de Hassan.

Murad volvió a perderse en sus pensamientos y no respondió. Si ya auguraba una convivencia dura para todos, con aquel niño en medio podría ser más complicada. Para él el primero. Ahora solo deseaba que todo siguiera como siempre, él, su corso y sus esclavas cristianas. Conocer la existencia de Zahid le había abierto un nuevo sentimiento que desconocía. Su decisión de hacerse cargo de él era firme, estuviese Nadima de acuerdo o no.

Se irguió y miró a Nadima.

—Si vives en mi casa estarás a mi cargo y, por lo tanto, tendrás que aceptar cada decisión que yo tome. —Sonó rotundo, tanto que Nadima dio un paso atrás, aunque aún le mantenía la mirada—. María se queda y su hijo también. Si eso es un impedimento para ti, tenemos tres semanas para cancelar el enlace.

Notó cierto brillo en los ojos de Nadima. Ella no cancelaría el enlace por esa razón ni por ninguna otra. Ari le había transmitido la ilusión de la joven por ser su esposa.

—Quieres a esa mujer, ¿verdad? —preguntó ella. Murad arqueó las cejas, las turcas estaban acostumbradas a compartir marido, pero aun así los recelos siempre estaban presentes, sobre todo al principio.

Nadie en Argel, salvo Ari, le había hecho la pregunta de forma directa. Se rumoreaba a sus espaldas, pero no en su presencia.

—Como nada que haya querido poseer nunca —respondió. No podía negarlo ni delante de una futura esposa.

Nadima asintió con la cabeza. Suponía que el interés de ella y su familia en vender a María era precisamente ese, quitarla de en medio.

—Mañana volveré a visitarte —dijo Nadima subiendo el escalón de la puerta de Hassan.

Murad vio cierto reflejo en sus ojos. La muchacha no podía ocultar su decepción al oírlo. El corsario entornó los ojos hacia la joven, eso era precisamente lo que siempre quiso evitar, por eso nunca se dejó acompañar por mujeres más de lo debido. Él solo quería una mujer, una, su esclava. Comenzaba a pensar que sería posible alejarla de él hasta que María se convirtiese en solo un sueño lejano. Venderla y hacer su propia vida en Argel. Por esa razón había aceptado el enlace. Pero ahora todos sus pensamientos volvían a ponerse patas arriba. No quería alejarla de él, sino todo lo contrario y con más fuerza que nunca.

Se apresuró a regresar a la casa.

***

El amo había salido con Nadima, pero no tardó en regresar. Se encontraba en uno de los salones, cenando sin compañía.

Julio estaba tumbado en el colchón del baño que ella compartía con Leonor. Elvira había preparado uno de los dormitorios para el niño por orden de Murad, pero la esclava se resistía a separarse de él. Demasiadas noches había pasado pensando en cómo estaría su hijo.

La silueta de Thamir la sobresaltó.

—El amo quiere hablar contigo —le dijo.

Julio se inclinó hacia su oído.

—No va a apalearte. —La ironía de su hijo la puso aún más nerviosa.

Se levantó enseguida y se dirigió hacia el salón en el que se encontraba el amo. Murad estaba sentado en el suelo, sobre los almohadones, como solía estar todas las noches.

Se acercó hasta el amo y este le indicó que se arrodillara junto a la mesa. María se arrodilló en un lado de la mesa, que formaba un ángulo con el lugar en el que se encontraba Murad, quedando el amo a su izquierda. Era una mesa pequeña y el corsario estaba cerca, suficiente como para que aquel peculiar olor llegase hasta ella.

—Fue Blanco de Paz el que me contó esta tarde lo de tu hijo —comenzó. María ya lo imaginaba—. Ha recibido cinco escudos de oro y mi palabra de que no tomarás represalias contra él. —María murmuró un improperio y Murad la miró de reojo—. Al parecer, teme que le hagas algún tipo de daño. —Murad hizo una mueca—. ¿Amenazas a ese esclavo?

—Lo golpeé, ya lo viste. Y, sí, lo he amenazado. —Murad alzó las cejas al oírla—. Le dije que te pediría su cabeza como dote—. Murad alzó aún más las cejas. Ella enseguida desvió la cabeza avergonzada, la dote significaba aceptar la renegación y por lo tanto a Murad como esposo—. Tenía mis razones —se apresuró a excusarse.

Pero en la expresión de Murad pudo comprobar que las excusas no podían eclipsar lo que acababa de decir. Un abanico de plumas se abrió en su pecho, tuvo que sacudir levemente la cabeza a ver si aquello se iba. Murad abrió la boca para decir algo pero luego la cerró. Se hizo el silencio un instante. Notó la mirada del amo, esta vez más tranquilo.

—Olvidemos la amenaza. —Lo oyó decir y ella alzó los ojos hacia él de nuevo.

Tú no vas a olvidarla.

Al amo le había encantado oír aquello y el abanico se hizo amplio en su interior.

—¿Por qué lo amenazaste? —Se inclinó levemente hacia ella para escuchar su respuesta.

María cogió aire. Recordar todo aquello era tremendamente doloroso. Odiaba a Blanco de Paz, lo odiaba mucho más que a los turcos.

Murad había metido la mano bajo la mesa y llegó hasta la suya.

—Olvida quién soy, María —le dijo su amo—. Cuéntamelo.

Abrió la mano y la de él la envolvió.

—Eres mi dueño y el de mi hijo, no puedo olvidar eso.

—Ahora no importa. —Lo notó apretarla.

Ella bajó la barbilla sin dejar de mirar al amo. La luz de las velas hacía sombra en su rostro anguloso. Le encantaba la mandíbula de Murad cuando estaba relajado.

—Traicioné a Miguel por su culpa. —Observaba la reacción de Murad a aquel nombre, pero él no hizo gesto alguno. Quizás ahora comprendiera lo que significaban los lazos de Argel—. Ese miserable me engañó y me obligó a traicionar a los míos. Blanco de Paz se enteró de la existencia de Julio por una solicitud de redención que hice en Túnez. —Levantó la barbilla hacia su amo, no tenía por qué avergonzarse de amenazarlo con la dote—. Cómo no iba a amenazarlo. Me quería obligar a ofrecerle favores lujuriosos a cambio de su silencio.

El rostro de Murad se tensó de inmediato rezumando furia y María vio cómo apretaba el puño sobre la mesa.

—¿Por qué no me pediste ayuda? —preguntó, desconcertado.

—Porque quería sacar a Julio de aquí. —Bajó los ojos—. Temía tu reacción si te enterabas.

El amo entornó los ojos.

—¿Qué pensabas que pasaría? —volvió a preguntar.

—Que lo comprarías y me amenazarías con él. —Y decir aquello le avergonzó aún más que lo de la dote.

La llama de la vela se movió y su sombra se movió en el rostro de Murad.

—Y llevabas razón —confesó el corsario y María se sobresaltó mirándolo aterrorizada—. Si hubiese sabido de la existencia de Julio cuando llegaste a Argel, es lo primero que hubiese hecho. Si lo hubiese sabido cuando te fugaste a la cueva, lo habría hecho —luego sonrió—. Pero de eso hace ya mucho.

María arqueó las cejas.

—En lo único en que pensaba de camino a casa de Dalí era en traerlo aquí —negó con la cabeza—. Pero nunca te amenazaría con tu hijo.

Oír las intenciones iniciales de la propia voz de Murad hacía que un leve frío recorriera el interior de su pecho.

—Nada de lo que has hecho ha sido en vano —añadió Murad.

Murad alzó una mano hacia la espalda de María, hacia la parte que estaba descubierta, y tocó las rugosas cicatrices en su piel. A María le extrañaba la fascinación que sentía Murad por aquellas marcas. Se dejó acariciar, lamentó que las cicatrices no tuviesen la sensibilidad del resto de su piel. Le encantaba el tacto de Murad sobre ella. Tuvo que detener sus pensamientos, estos se disparaban cuando Murad la tocaba.

—Ahora comprendo el odio que nos tienes a todos —le dijo—. Y no te reprocho cada vez que has dado un paso contra mí.

Murad apartó la mano de su espalda y, antes de volver a colocarla sobre la mesa, rozó la mejilla de la joven. Bajo la mesa seguía sujetándola, dejando el peso de su mano en el muslo de María, donde su temperatura ya traspasaba la tela del vestido. Ella no hizo por soltarlo.

—Sabes que durante mucho tiempo no te he vuelto a hablar sobre tu renegación —continuó Murad—. Ari me aconsejó que dejara de presionarte y que me casara con otra. —Miró de reojo la reacción de María a sus palabras—. No quiero que reniegues por miedo. —Hizo una mueca—. Ni mucho menos porque necesites tu dote para amenazar a otros.

Murad rio y María desvió la mirada negando con la cabeza. Lo último que necesitaba en aquel momento era la ironía del amo.

—No es lo que quiero de ti —añadió y ella volvió a mirarlo—. Pero ahora que Zahid está aquí, si aceptaras yo lo consideraría un hijo, uno más de tantos como podamos tener. Me comprometo a ello.

María levantó la vista hacia él sorprendida por sus palabras. El abanico de su pecho era tan extenso que alcanzaba desde sus costillas hasta sus hombros.

Uno ya está aquí.

—Como sabes, no tengo familia y desconozco el sentimiento que produce el vínculo de la sangre, pero puedo ser vuestra familia y vosotros la mía —añadió Murad.

María bajó la cabeza. A pesar de las palabras de Murad su respuesta seguía siendo firme.

—Libera a Julio —le dijo—. Déjalo volver a España.

Murad la miró sorprendido.

—¿Quieres vivir lejos de tu hijo? —Se inclinó hacia ella—. Todo esto que has hecho es... ¿para volverlo a perder?

No tenía sentido, ni ella misma lo encontraba. Pero así era; quería liberarlo, que fuera a tierra

cristiana.

—Si Julio no estuviera, ¿qué razones tendrías para permanecer aquí? —añadió Murad.

Lo miró decepcionada. Al corsario le brillaron los ojos.

—Me pides lo único que no puedo darte. —Y hasta su voz sonó extraña. María reconocía aquel tono, el que permitía el escozor de la garganta.

Murad seguía con sus temores a que ella escapara. A pesar de su deseo de venderla, la realidad era que no quería alejarla de él. Liberar a Julio significaba que su temor a su fuga aumentase.

Alargó la mano hacia la cara del amo.

—Yo no escaparía —le dijo. Tenía otra responsabilidad, una más, dentro de ella. Pero Murad la desconocía. A ella también le brillaron los ojos.

—Déjalo libre, Murad —le pidió.

El amo la miró a los ojos. Primero a uno y después a otro, recreándose en aquel azul grisáceo de sus iris. Negó despacio con la cabeza.

Los ojos de Murad estaban completamente transparentes, desvió la mirada, supuso que era bochornoso para un corsario mostrarse así ante una esclava. Aisha llevaba razón cuando le dijo que Murad estaba bien lejos de Jafar, su amo sí tenía sentimientos. Pero a ella le costó verlos.

Ahora recordaba el primer día cuando le colocó las pesadas cadenas que no le permitían ni andar y, sin embargo, la ayudaba a desenganchar el pelo de los hierros. Claro que Murad tenía sentimientos, el único problema era que no sabía qué hacer con ellos. Ella tampoco había sido de gran ayuda para el amo, sino todo lo contrario, no sabía más que darle problemas, rebelarse y dejarlo en evidencia con fugas y demasiados líos. Todo ello sumado a sus continuos rechazos y desprecios.

Acarició el rostro de Murad. Si su temor era que ella escapase, tendría que tranquilizarlo con la razón exacta por la que no lo haría.

—Renegaré si lo dejas libre —le dijo sonriendo y arrastró su mano hacia su abultada barriga a través de su vestido.

Pero Murad apartó la mano de su esclava de su rostro y soltó su mano. María frunció el ceño desconcertada.

—No quiero que reniegues por la libertad de tu hijo —negó con la cabeza y la miró—. Sería lo mismo que si te hubiese amenazado con él.

Se levantó enseguida y se dirigió hacia la puerta.

—No es eso —dijo ella antes de que él saliera.

Murad se giró para no darle la espalda.

—La razón por la que quieres renegar no me sirve —respondió él.

María cerró la boca de inmediato. El amo se marchó.

48

26 de septiembre de 1539. Argel

Convivir con Julio en casa de Murad era una realidad muy lejana a la que tenía en su mente. Seguía siendo esclavo, claro estaba, pero Julio disfrutaba de toda la cordialidad del dueño de la casa.

No dormía en los baños, sino en una habitación propia. Murad le había mandado a hacer más ropa que la que le daría tiempo a estrenar, contando lo rápido que crecía. Y él mismo se encargaba de recogerlo cada día en la escuela de corsarios.

Los cardenales del cuerpo de Julio desaparecieron y ninguno más volvió a aparecer. Ser esclavo de Murad Rais, el Grande, tenía sus ventajas. Aquello, unido a los consejos que Murad le había dado a Julio sobre cómo podría quitarse de encima a acosadores cobardes y miserables, había liberado al niño de un cautiverio extra al ya propio.

El amo le daba unas monedas al dueño de un niño que tenía la mejilla izquierda hinchada. Murad los observó alejarse mientras el niño miraba a Julio desconcertado.

—No le digas nada a mi madre tampoco de esto —dijo Julio y Murad sonrió.

Murad se cruzó de brazos.

—Si sigues zurrándoles a todos me vas a salir tremendamente caro —respondió al niño y Julio desvió la mirada

Murad le puso una mano en el hombro.

—Ya sabes el camino del taller de Adil, hoy no puedo acompañarte —dijo.

Julio entornó los ojos.

—Dice que tienes más habilidades de lo que esperaba —añadió.

—Ya es algo, Ochialli sigue diciendo que soy un desastre. —El niño dio un paso atrás y Murad rio.

—No tienes por qué ser un *gazi* —dijo Murad y el niño se sobresaltó.

—¿Puedo no ser un *gazi*? —Lo habían raptado para ello, no concebía otra cosa. Aunque los niños de la escuela solían decirle antes que terminaría aún peor.

Murad se inclinó hacia él.

—Puedes ser lo que te propongas. —Julio arqueó las cejas al oírlo—. Hasta el mejor constructor de barcos del Mediterráneo.

Julio lo miró perplejo.

—¿Tú siempre quisiste ser lo que eres? —preguntó y Murad asintió con la cabeza—. El clérigo de mi pueblo decía que eras un demonio.

Murad dio una carcajada. Julio lo miró serio.

—Yo no te veo tan terrible, pero mi madre dice que cuando te enfadas das mucho miedo. —El amo arqueo las cejas.

—¿Tu madre dice eso? —Ladeó levemente la cabeza—. Pues nunca le importó enfadarme.

El niño hizo un ademán con la mano.

—Disimula muy bien el miedo —respondió.

Murad volvió a inclinarse hacia el cuerpo pequeño del niño.

—Tu madre es la persona más valiente que conozco —dijo y él sonrió.

—Lo es. —Sacudió la sandalia y una piedra cayo de ella—. El miedo nunca le ha puesto

límites. Es un milagro que siga viva.

Murad volvió a dar una carcajada. Luego le dio una palmada al niño en la nuca.

—Eres afortunado —sonrió. Luego lo sacudió—. Ve con Adil, Thamir te recogerá luego.

Julio asintió y se alejó de Murad, apresuró el paso hacia una de las calles. El corsario cogió aire. Le esperaba una tarde difícil.

***

Quedó a solas con Ari en el jardín. Zoraida consolaba a Nadima en uno de los salones del mercader. Él las observaba de lejos, no estaba sorprendido.

—Es admirable lo que piensas hacer —le dijo el mercader. Luego lo miró a los ojos—. ¿Estás convencido?

Murad asintió con la cabeza.

***

Se oía el último rezo de la noche. Ya se encontraba en su baño junto con Leonor, que se aferraba a su crucifijo rezando. Luego se hizo el silencio.

Oyó un ruido en el patio y se incorporó. Leonor la miró dudosa de si asomarse o no, pero María le hizo un gesto para que se recostara, ella iría.

Salió del baño y encontró a Murad junto al pozo. El amo había vuelto a ignorar su presencia desde la noche que hablaron tras la cena. Murad solía pasar el tiempo en el puerto, en casa de Ari Morato o con Julio en algún salón en mesas repletas de mapas. Julio absorbía cada conocimiento que alguien estuviese dispuesto a darle y Murad parecía estar ávido de transmitirle todo lo que sabía sobre el mar.

No era que le disgustase el vínculo que el amo estaba creando con el niño, pero sabía que cuanto más fuerte fuera este más lejos estaría la libertad de Julio.

—¿Puedes acompañarme? —preguntó el amo. A María le extrañó que el amo la buscara tan tarde. Aún más que este estuviese vestido para salir y más todavía que llevase en la mano una capa para ella.

Se acercó a él, contrariada. Murad la rodeó con la capa y se la colocó sobre los hombros. Era cierto que en aquellas fechas el tiempo cambiaba y el aire se humedecía en las noches, pero no sabía a dónde la llevaba el amo.

—Vamos. —Y María lo siguió hasta la puerta.

Thamir cerró en cuanto salieron.

—Zahid ya duerme —le dijo mientras emprendían el camino calle abajo. Las calles de Argel de noche eran tremendamente solitarias. Solo algunos turcos que regresaban de reuniones o guardias de Hassan recorrían las calles.

Murad estuvo en silencio todo el camino y María no quiso preguntar. Llegaron hasta una de las puertas de Argel. Los guardias lo reconocieron enseguida y abrieron los enormes portones. Murad lo atravesó y María dudó al pasar. Solo una vez, en la fuga, estuvo fuera de las murallas de Argel.

Frente a ella había un camino tan oscuro que apenas se podía ver. Entornó los ojos, había

gente fuera, eran *gazis* de Murad, completamente armados. Los peligros fuera de las murallas eran mayores que dentro de Argel.

Murad ya estaba fuera y se giró hacia ella, que aún estaba parada observando las tres murallas que rodeaban aquel baño gigantesco.

—Vamos, María. —La llamó Murad y dio unos pasos hacia él.

El camino era oscuro, pero siguió a Murad por él seguida de los soldados del corsario.

Pudo apreciar una luz, estaba cerca del mar. Entornó los ojos.

—¿A dónde me llevas? —preguntó al fin, el aire llegaba del mar, estaban cerca del agua.

—Esa casa es de Ari Morato. No la conoces, pero sí al jardinero que la cuidaba —respondió Murad.

Y María recordó al hombre que llevaba comida a los fugados en la cueva y su fatídico final. Fue el único sentenciado a muerte. Bajó la cabeza, estar fuera de las murallas le producía una sensación de inseguridad extraña.

Los soldados de Murad se detuvieron, pero él siguió caminando. En la puerta de la casa les esperaba un esclavo.

María nunca había visto algo tan enorme, si la casa del mercader en el interior de Argel era enorme, lo de aquel lugar retirado no tenía nombre. El palacio miraba al mar. Atravesaron la casa y llegaron hasta el jardín donde se podía ver el puerto y los grandes portones de Argel alumbrados por las llamas que los guardias mantenían en las torres.

Aquella casa, construida sobre las rocas, era como un gran balcón hacia el mar. Murad se arrodilló sobre unos cojines e invitó a María a sentarse.

—Hay una razón por la que te he traído hasta aquí —dijo él y ella entornó los ojos sentándose frente a Murad.

Encogió sus piernas a un lado, era la única forma de sentarse que le permitía aquel vestido.

—Dentro de las murallas no puedes olvidar qué eres y qué soy yo —añadió, a María le desconcertaba su semblante serio. Tan serio como había estado los últimos días—. ¿Qué sientes al estar fuera de las murallas?

Ella miró la ciudad, apenas alumbrada por las torres de las murallas y de algunas mezquitas. Murad le dejó unos instantes para observar el paisaje y meditar.

—¿Qué es para ti Argel? —preguntó también mirando hacia las murallas.

Cuando estaba dentro lo consideraba una celda. Sin embargo, ahora, mirándola desde fuera, numerosos sentimientos le recorrían el cuerpo.

Murad arrastró su cuerpo hacia ella mientras María seguía mirando las murallas.

—Hoy no soy tu amo, pero quiero que seas completamente sincera conmigo —le dijo—. Necesito que lo seas.

María miró a su amo, estaba realmente cerca de su cara, podía hasta sentir su aliento, una calidez en medio del leve viento del mar.

—¿Qué es para ti Argel? —volvió a preguntar.

Ella volvió a mirar a las murallas.

—Argel fue el infierno hasta donde tenía que llegar para encontrar a Julio —comenzó—. Argel era el encierro y la esclavitud, el sometimiento a un nuevo amo, adaptarme a una nueva casa de desconocidos. —Luego sonrió levemente—. Argel era la esperanza, la compañía, la amistad, la lealtad y la confianza. Argel es Julio, Miguel, Elena, Ari Morato y tantos otros que he conocido en el camino. Pero Argel también es enemistad, traición, engaños. —Bajó la cabeza—. Argel es ser consciente de que ningún bando es el bueno.

Murad le levantó la barbilla para que lo mirara.

—¿Mohamed te violó? ¿O ese inquisidor? —María negó con la cabeza.

—Tres cristianos me acorralaron en la armería del barco que asaltaste. —El estómago se le encogía al recordarlo—. Estaban a punto de... pero apareciste tú.

Murad frunció el ceño.

—¿Los traje conmigo? —María asintió a Murad—. ¿Por qué no me lo dijiste? Los hubiese sentenciado de inmediato.

—Los vendiste en el mercado. —Bajó la cabeza—. Ya estarán muertos.

Los galeotes no sobrevivían muchos meses, todo el mundo sabía eso.

—¿Amas al esclavo Miguel? —María esperaba aquella pregunta. Volvió a asentir a Murad.

—Como se puede amar a alguien de tu sangre. Él me ayudó cuando estaba perdida. —Cogió aire. Miguel seguía encerrado esperando el rescate que difícilmente llegaría—. Y me llevó hasta Julio. —Miró a Murad—. Guardó nuestros secretos y nos salvó la vida a muchos.

Murad la miraba en silencio, María esperaba la siguiente pregunta.

—¿Por qué me odiabas? —Él apoyó una mano en el suelo justo pegada a la de María.

Aquella respuesta necesitaba meditarla. Murad le había pedido sinceridad. Desconocía las intenciones por las que la había llevado hasta allí. Pero insistía en que olvidase quién era, algo tremendamente difícil para ella aun fuera de las murallas de Argel. Respiró despacio, el olor de Murad era una locura. Espiró tranquila.

—Porque eras un impedimento para conseguir lo que había venido a buscar —respondió—. Y no solo porque fueras mi dueño ni por el temor a que descubrieses a mi hijo.

Murad se inclinó hacia ella absorbiendo cada palabra que la joven pronunciaba.

—Eras una continua amenaza a mis convicciones —continuó—. Removías mis pensamientos. Intenté odiarte tanto como pude. —Su nariz rozaba la de Murad—. Quería enfadarte, llevarte al límite para que actuaras y comprobar que eras el monstruo que yo deseaba que fueses. —Le brillaron los ojos—. Lo siento.

Murad puso una mano en su mejilla. Miraba los labios de María.

—¿Ahora me odias? —Ella negó con la cabeza.

—Creo que nunca llegue a odiarte —negó de nuevo.

Cerró los ojos y dejó caer su cara en la mano de Murad. Le encantaba su tacto.

—Si no existiera Julio, ¿hubieses renegado? —María resbalaba su cara por la mano de Murad encajando mejor.

—Al principio no —sonrió—. Pero luego sí.

Murad también sonrió.

—Nunca pensé que le pediría la renegación a una esclava —dijo Murad y María entreabrió los ojos—. Ni mucho menos matrimonio. —María volvió a resbalar la mejilla por la mano de Murad, no acababa de acomodarse o más bien buscaba el cosquilleo que le producía el roce—. Pero desde que te vi en el barco de Mohamed te quise para mí.

Murad pareció darse cuenta de lo que María buscaba en su mano y la movió para completar la caricia.

—¿Realmente es tu deseo casarte con Nadima? —preguntó María. Conocía la respuesta, pero quería escucharla de Murad.

—Era mi deseo volver a dormir tranquilo una noche entera —respondió él—. Dejar de desear, dejar de temer qué podría pasar después, qué podrías hacer que te pusiera en peligro y a mí en evidencia, dejar de llenarme de ira, dejar de sentirme frustrado —negó con la cabeza—.

Quería alejarte de mí, la única forma de liberarme de las cadenas. —Pasó el dedo por la nariz de María—. Soy yo quien las lleva desde aquella noche en el mar. Pero nunca he querido casarme con otra. De hecho, no voy a hacerlo.

María alzó las cejas. Tuvo que contener la sonrisa que le producía la tranquilidad de aquellas palabras. Pero la tranquilidad crecía al ser consciente de lo que significaba y la sonrisa fue inevitable.

—No voy a pedir tu renegación —añadió Murad—. Pero tú sí tienes algo que pedirme a mí.

Resbaló la mano hasta su cuello y la llevó hasta la nuca de María. Se arrodilló para poder colocarse frente a ella.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó Murad mirándola y hasta con la escasa luz pudo ver la transparencia de sus ojos. Los ojos de María brillaron al ser consciente de la pregunta.

—Libera a mi hijo. —Casi no pudo terminarlo de decir. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Murad sonrió.

—Tu hijo es libre. —Seguía con la mano en la nuca de María. Pero se había alejado de ella, quizás para mirarla al completo—. Y tú también.

María alzó las cejas al oírlo, abrió la boca para decir algo pero la voz no le salía.

—Podéis regresar a tierra cristiana en cuanto vuelvan los redentores —añadió Murad—. Nada de lo que has hecho puede ser en vano. Y ¿quién soy yo para separarte de él? El será lo que quiera ser, sin límites. Y tú estarás con él.

María bajó la cabeza, las lágrimas comenzaron a salir por el rabillo de sus ojos, ardían, pero no tardaban en enfriarse con la brisa del mar. Murad desconocía que para ella era muy difícil, si no imposible regresar.

Negó con la cabeza.

—No puedo ser libre, no depende de ti —dijo y él la miró con desconcierto.

Cogió la mano de Murad y la resbaló desde su nuca hasta su cara de nuevo, allí las lágrimas habían dejado un hilo áspero. Rozó sus labios por la mano del corsario antes de bajarla hasta la altura de su ombligo. La curvatura de su barriga comenzaba a ser notable.

Murad se sobresaltó al sentirlo. Abrió la boca y María le vio las intenciones de reprocharle el habérselo ocultado. Pero enseguida sus ojos brillaron. Rodeó con el otro brazo a María y pegó su cuerpo al de ella.

—Ya lo sabía cuando pensaba huir en la fragata. —Y sabía lo que su confesión podría dolerle a Murad. Pero él le había pedido sinceridad.

—¿Y qué temías que hiciera con este? —preguntó él inclinando la cabeza para apoyar la frente en la de ella.

Ella cerró los ojos.

—Necesitaba huir. —Volvió a sentir el escozor en su garganta.

—¿Y a quién piensas dejar a cargo de Julio? —Murad volvía a utilizar el nombre cristiano del niño. La libertad era una realidad.

Siempre había pensado en su hermana o en Don Diego. Pero ahora que la realidad era inminente, no sabía qué responder.

Volvió a sentir la mano de Murad en la curvatura de su barriga.

—¿Cuándo? —Supuso que un corsario no tenía ni idea de cuánto duraba el proceso.

—Febrero.

—No habrá razias hasta febrero. —Volvió a rodearla, ahora con ambos brazos. Se alegró de oírlo, ahora era ella la que temía que Murad no regresara—. No habrá en un año o dos. —Lo oyó

decir alzando las cejas y ella rio.

La apretó contra él y María lo notó apartarse de su cuerpo enseguida. Ella negó con la cabeza quitándole importancia.

—No me habías engañado del todo con aquellos trapos. Seguías robando comida de la cocina. —Lo oyó decir y se encogió de hombros—. Pero eres terca, más que una bestia de arar —negó con la cabeza—. Iba a casarme con otra.

—Te lo hubiese dicho antes.

—Faltaban dos semanas, ¿cuándo?

Ella ladeó la cabeza, conociéndose lo hubiese dicho la noche antes, cuando no le quedara más remedio. Murad le sostuvo la nuca y apretó sus gruesos labios con los de ella. Como siempre le producía su gesto, su cuerpo reaccionó de inmediato. Se inclinó hacia Murad rodeándole el cuello y echó el peso de su cuerpo en él, obligándolo a caer de espaldas. Él la sujetó para que no cayera de manera brusca, pero ella le apartó las manos para pegar su cuerpo al de él y abrió las piernas para poner las rodillas en el suelo. Enseguida notó algo endurecerse bajo el *sarawill* del corsario. Introdujo su lengua en la boca de Murad y la brisa del mar se detuvo o no era suficiente para enfriarla.

49

27 de septiembre de 1539. Argel

Julio se levantó soñoliento como cada mañana. Esa vez no era Thamir quien lo había levantado. Su madre estaba junto a la cama y en el umbral estaba el amo Murad.

Miró a su madre desconcertado.

—Hoy no tendrás que ir a la escuela —le dijo ella.

El niño alzó las cejas, su madre estaba seria y algo emocionada.

—Ya no tendrás que hacer nada que no quieras —María sonrió—. Eres libre, Julio.

Julio miró enseguida a Murad y este asintió. Volvió a mirar a su madre.

—¿Y tú? —preguntó enseguida.

—También soy libre. —Volvió a mirar a Murad y este asintió.

El niño se puso en pie de un salto.

—¿Podremos volver a casa? —Dio un paso atrás, mirando a su madre y al corsario, sin ser consciente de si estaba despierto o era un sueño.

María negó con la cabeza. Miró a Murad y este se retiró de la puerta, alejándose hasta el pasillo para dejarlos solos.

—Tú sí volverás. —Y el niño abrió la boca para volverla a cerrar de inmediato—. No puedo volver.

—Pero si eres libre —señaló al pasillo donde estaba Murad.

María bajó la cabeza y espiró aire. Miró a Julio y lo cogió de los hombros para sentarlo en la cama. Ella se sentó junto a él.

—No puedo regresar a tierra cristiana —le dijo a su hijo—. En unos meses tendrás un nuevo hermano y él no es un hijo cristiano.

Julio miró la barriga de su madre. No vio nada raro, así que palpó y miró a su madre enseguida.

—¿Es de Murad? —María asintió.

Julio retiró la mano y se quedó pensativo.

—¿Y dónde iré yo? —preguntó el niño.

—He pensado que vayas a Sevilla con mi hermana —respondió enseguida. No tenía otro lugar a donde mandarlo.

La miró de reojo.

—Con una mujer que no he visto en la vida. —Se cruzó de brazos—. ¿De verdad soy libre?

—Lo eres. —María le pasó la mano por el pelo.

—¿Puedo volver a ser cristiano?

Ella sonrió.

—Claro, hoy mismo te llevaré a confesarte y comulgar.

—¿Puedo regresar a España? ¿Volver a llamarme Julio?

—Sí. —La sonrisa de su madre se amplió.

Julio se puso en pie.

—Y puedo ser lo que quiera ser. —Se asomó hacia el pasillo, repitiendo las palabras que el día anterior le dijo Murad. Luego se giró hacia su madre—. Y he decidido ser el mejor constructor de barcos del Mediterráneo.

María asintió no muy convencida. Julio comenzaba a desvariar, supuso que sería por la sorpresa de verse al fin libre.

—Soy completamente libre. —Se cruzó de brazos—. Para hacer lo que quiera.

La sonrisa del niño se amplió.

—Puedo ser cristiano y volver a llamarme Julio. —Ladeó la cabeza—. Fray Feliciano y Antonio Sosa me dicen que en esos templos del saber en España enseñan a construir barcos.

Se acercó a su madre despacio.

—Pero también puedo seguir siendo musulmán y llamarme Zahid. Y aprender a construir barcos aquí, en Argel.

María se sobresaltó al oírlo.

—No puedes —replicó y el niño alzo las cejas.

—Soy libre.

—Te prometí...

—Me prometiste la libertad. —Abrió los brazos—. Y soy libre. Libre para decidir. Decidir si quiero regresar a España con una señora a la que no he visto en mi vida y que seguramente no me quiera y para la que seré un estorbo. ¿Me dejará estudiar o me enviará a trabajar para que no sea una carga? —Volvió a cruzarse de brazos—. Libre, libre para decidir si quiero seguir llamándome Zahid y quedarme en Argel, para aprender del constructor Adil y de muchos otros todo lo que necesito para ser constructor de barcos. Libre para elegir quedarme con mi madre y mi hermano musulmán. —Miró hacia el pasillo—. Y con el demonio de los mares como padrastro. —Notó cierta ironía en su voz y María se llevó la mano a la sien—. No importa donde estemos, mamá. Somos libres. Libres para decidir lo que queremos hacer. Y yo solo sé que no quiero irme a donde tú no estés.

Se sentó en la cama y abrazó a su madre.

—Soy afortunado por tenerte —le dijo.

50

25 de agosto de 1580. Argel

Habían pasado diez meses desde que ella renegara y se casara con Murad. Su vida había cambiado como mujer libre, aunque, como ella misma decía, la libertad nunca era absoluta. Ahora no tenía tareas que cumplir, ni obligaciones ni horarios, pero tenía las limitaciones de cualquier mujer musulmana, que venía a ser otra extensión del cautiverio, al menos en lo que se refería fuera de la casa, porque ni siquiera podía llevar la cara al aire y se tenía que preocupar por cubrir su pelo.

Ya comenzaba a acostumbrarse a respirar tras aquellos trapos. Murad llevaba meses construyendo un palacete fuera de las murallas de Argel, muy similar al de Ari Morato, donde María podría caminar al aire libre sin prendas molestas.

Miraba bajo la puerta, no se acostumbraba a su nuevo horario de sueño, desde que viviera en Zahara acostumbraba a levantarse algo antes del amanecer. Pero había comprobado que, sin tener nada que hacer, levantarse temprano era tremendamente aburrido. Iman tenía ya seis meses y tenía un dormitorio propio donde Leonor se encargaba de cuidarla por las noches. Una parte de ella se apenó de que fuera niña, había una gran diferencia de oportunidades entre mujeres y hombres, y su hija estaría destinada a que Murad en su momento le encontrara un buen marido, algo que escaseaba en Argel.

A él no le importaba en absoluto que fuese niño o niña su primer hijo o su segundo, según se mirara. Había acogido a Julio como propio y el niño hacía ya tiempo que había comenzado a llamarlo *babá*.

Estiró el pie que le hormigueaba, sacándolo de debajo de la pierna de Murad. Cada parte del cuerpo del corsario era pesada y le dormía cada miembro que le aprisionara con el suyo. No importaba lo grande que fuese la cama, Murad siempre acababa arrinconándola y formándole un cepo. Lo miró de reojo y se mordió el labio. No le gustaba despertarlo ahora que al fin dormía cada noche tranquilo.

Lo notó removerse y pasarle un brazo por encima de la cintura, volviendo a ponerle la pierna sobre la suya. María suspiró, era imposible escaparse de él ni despierto ni dormido, al menos eso solía decirle cada noche y él rompía en carcajadas.

Notó los labios de Murad en su hombro, solía apoyarse en ella mientras dormía sin ser consciente de que el cuerpo de su mujer se activaba sobremanera en cuanto él la tocaba. Si seguían a aquel ritmo, pronto Iman y Julio, que seguía llamándose Zahid para todos, tendrían un nuevo hermano.

Arrastró sus nalgas para pegarlas a Murad, aprovechando la erección matutina del corsario. Tan solo el roce le encantaba y Murad, aún dormido y casi como acto reflejo, la envestía levemente, gesto que ella aprovechaba para encajarse mejor. Aquel juego solía acabar cada mañana con los gritos de María que ya las esclavas conocían bien. Había visto a Leonor salir completamente enrojecida de la habitación de Iman con el crucifijo en la mano más de una vez. A pesar de que había pasado el tiempo y estaba claro que Murad ya nunca buscaría otra esposa, a la esclava no le cesaban los pensamientos.

La boca de Murad se abrió y sintió su lengua en la piel mientras aquello se clavaba entre sus nalgas. Amanecía, pero aún faltaba rato hasta que ellos saliesen de la habitación.

***

Julio había llegado temprano de su formación naval y a María le extrañó.

—Han llegado los redentores —dijo, jadeando. Había ido corriendo a avisarla.

Ari le había dicho hacía un tiempo que Hassan se estaba hartando de esperar el rescate de Miguel y que pronto lo llevaría a Constantinopla.

Ya había hablado con Murad sobre su rescate, pero, aunque Murad no se negaba, sí que sentía cierto recelo con el esclavo, o al menos María se lo notaba. Incluso cuando Julio iba a visitarlo le notaba al corsario un leve temor a que Miguel le quitara su lugar con el que llamaba su hijo.

Pero, como solía decirle María, el amor es infinito. Julio podría quererlos a los dos, cada uno su parte, ya que lo estaban construyendo hasta llegar a ser el hombre en que se convertiría.

Buscó a Murad en uno de los salones. Tenía que ir a ver a los redentores y comprobar si Miguel estaba en la lista.

Murad ya no salía a alta mar, pero le gustaba dibujar rutas en los mapas. Lo encontró rodeado de mapas pintados. Ella sabía que él echaba de menos los barcos, pero se negaba a alejarse de ellos y de Argel. Aquel «la libertad nunca es absoluta» tomaba sentido en todos ellos, el corsario también se llevaba su parte. Su responsabilidad o lo que quisiera que le infundían ellos no le permitía seguir con su vida de corsario.

A veces la llamaba María, otras usaba su nuevo nombre musulmán, el mismo que le dio a la hija de Aisha, su tierra libre cristiana, Zahara.

—Han llegado los redentores —dijo, acercándose a él y arrodillándose en el suelo.

Murad alzó los ojos de sus mapas para mirarla.

—Hassan no esperará un año más. —Murad soltó uno de los utensilios que tenía para señalar los mapas—. Si no se llevan a Miguel...

María bajó la cabeza.

—Lo sé. —Zoraida y el mercader no dejaban de ponerla en aviso—. Hassan lo atará a una galera.

—Habla con los redentores, yo avisaré a Ari. —Se levantó del suelo.

Rebasó a María y esta levantó la mano para coger la del corsario. Apreciaba el gesto. Para Murad, Miguel había sido una de las causas de sus problemas. El artífice de cada intento de huida de su esclava y por el que María podría haber muerto. También había tenido que soportar numerosas burlas de los envidiosos de Argel cuando era sabido que ella rechazaba al corsario y se dejaba ver con un esclavo tullido de una mano.

Era evidente que a pesar de que el tiempo lo había hecho entender, Miguel no había sido de su agrado.

María seguía en el suelo mientras Murad le acariciaba la cara que ahora ella había dejado caer en su pierna.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo él y a ella apretó la mejilla en él mientras le brillaban los ojos.

—Gracias. —Sabía lo que significaban las palabras de Murad.

Levantó la cabeza para mirarlo.

—Hubieses muerto empalada si ese esclavo te hubiese delatado —sonrió levemente—. Son

los lazos de Argel, ¿no?

María alzó las cejas al oírlo. Recordaba la forma en la que se lo explicó en el jardín a Murad con una cinta de su fajín aquel fatídico día cuando el plan de la fragata se tornó una pesadilla.

Murad se acuclilló en el suelo.

—Es muy difícil que alguien mantenga su lealtad bajo la amenaza de muerte, como tú hiciste con Aisha. —Le gustaba cuando Murad la miraba de aquella manera—. Siempre envidié esa compañía que conseguisteis en la esclavitud.

Ella bajó los ojos. Murad siempre se había sentido solo, como niño esclavo o corsario. Después de casi un año como su esposa fue consciente de las carencias que había tenido Murad durante toda la vida. Y ahora ella intentaba suplirlas todas.

Julio se asomó al salón. Traía a Iman en brazos, que buscó a sus padres con la mirada y comenzó a bracear. María los miró, le encantaba la imagen de sus dos hijos juntos. A pesar de haber nacido lejos y en dos bandos, sentían gran devoción mutua, el verdadero vínculo donde no importaba nada más.

—¿Quieres que busque a los redentores? —preguntó Julio.

Murad negó con la cabeza.

—Tu madre se encargará. —Empujó suavemente a María para que se levantase.

Murad también se levantó. Julio miró a Murad como si acabara de decir una locura.

—¿Mi madre? —Alzó las cejas—. Acabará enfureciendo a Hassan hasta triplicar el precio de Miguel.

Murad rio a la ironía de Julio.

***

Aunque ya los esclavos cristianos no le hablaban, consiguió que alguien le dijera donde podría encontrar a algún fraile redentor. Recordó su sotana enseguida, ya lo había visto una vez cuando ella era cristiana y le entregó la carta de Don Diego.

Siguió al fraile mientras intentaba recordar su nombre. Fray Juan, estaba segura de que se llamaba de la misma forma que el inquisidor, pero no recordaba el apellido. Continuaba caminando tras él, se dirigía hacia la puerta del muelle. Los redentores se alojaban cerca de donde María escribía las cartas tiempo atrás, cuando aquel plan de fuga en la fragata tenía sentido. Murad le había explicado con detenimiento los puntos débiles del plan, era muy difícil que lo hubiesen conseguido.

Hassan se cuidaba bien de que ninguno de los suyos robara o incomodara a los frailes redentores porque de ellos, de sus idas y venidas al rescate de los cautivos, procedía la mayor riqueza de Argel. Así que nadie se atrevía a tocarlos.

Continuaba pensando el nombre del clérigo. «Fray Juan Gil», estaba segura de que ese era su nombre. Aligeró el paso para llegar hasta él y lo abordó.

—Fray Juan Gil, ¿verdad? —dijo y el fraile la miró. No era corriente que una turca lo abordara.

Fray Juan debía de tener la edad del esclavo Miguel, unos ocho años más de los que tenía ella. Tenía el pelo castaño claro, tanto el de la cabeza como el de su abundante barba. El fraile entornó los ojos hacia ella fijándose en sus ojos, única parte de su cara al aire, que ahora los velos resaltaban más si es que era posible. Vio en su expresión que la recordaba, no había otros

ojos similares en Argel. Notó su decepción, pero ya estaba acostumbrada. Desde su renegación todo había cambiado, el propio Miguel se negó a ser visitado por ella los primeros meses. Aunque al final accedió tras la intervención de Ari Morato y del propio Murad, quien, para asombro de María, había ido a agradecerle todo lo que había hecho por María y por Julio. Desconocía la conversación, pero fue más larga de lo que esperaba.

El fraile se detuvo para escucharla. María le explicó la situación de Miguel. Como esclava que había sido sabía que los monjes daban prioridad a los cautivos que se encontraban en una situación delicada. Fray Juan le dijo que antes debían de consultar la lista para comprobar si Miguel estaba en ella. María lo acompañó hasta la casa de los redentores que Hassan disponía para que se alojaran.

Varios frailes ayudantes de fray Juan deambulaban por la casa, acababan de llegar a Argel y comenzaban los preparativos para localizar a todos los esclavos que se habían dispuesto a rescatar. Nunca solían llevarse a todos, porque lo normal era que el dinero que llevaban por cada uno fuera menos del que el corsario pedía y si no llegaban a un acuerdo, el esclavo se quedaba en Argel un año más hasta que los trinitarios regresaran de nuevo. Solían llevarles meses las negociaciones con los amos.

Fray Juan extendió la lista sobre una mesa. Los nombres estaban agrupados por letras y María fue más ávida que el fraile, a pesar de ver los nombres boca abajo, ya que se encontraba en el lado opuesto de la lista.

—Miguel... —Buscaba su apellido entre otros que compartían el mismo nombre—. Miguel de Cervantes. ¡Aquí está! —No podía creerlo, al fin estaba en la dichosa lista. Su situación estaba ya al límite, no podría esperar otro año más.

—El rescate de Miguel es elevado y no traemos el dinero completo.

María evitó decirle nada a fray Juan, pero Hassan tenía tantas ganas de perder de vista a Miguel que supuso que no pondría impedimento.

—Ari Morato intercederá con Hassan —le dijo al fraile y se apresuró a salir. Los ayudantes de Fray Juan Gil la miraban desconfiados. —Un emisario vendrá a recogerle.

***

La puerta de la celda de Miguel se abrió y él levantó la cabeza. En cuanto vio a María acompañada por un fraile que desconocía se puso en pie.

No hicieron falta palabras para que Miguel comprendiera lo que quería decirle. El esclavo miró al fraile y este le sonrió.

El cautivo se tapaba la cara con su mano derecha mientras su pecho se movía acelerado. Era la primera vez que María lo veía así y no tardó en transmitirle la emoción.

—Te dije que todo saldría bien —le dijo al esclavo—. Volverás a casa.

51

30 de agosto de 1580. Argel

El asunto de Miguel no estaba resultando fácil. De los quinientos escudos que pedían por él de rescate, su familia solo había podido recaudar la mitad. Hassan no solo no había aceptado ese precio por el esclavo, sino que le había pedido cien escudos más a fray Juan, sumando seiscientos todo ello. Y no quería permitir que ni un solo escudo turco se perdiera con él, así que no permitía que nadie, salvo los redentores, pagara el rescate de Miguel.

Fray Juan tenía que seguir con el resto de negociaciones y hacer cuentas de cuánto podía poner su orden para el rescate de Miguel, pero dudaba que la cantidad que le sobrara fuera tan alta.

Tenían un arduo problema con Hassan que ni siquiera Zoraida había podido suavizar. Tampoco Ari Morato pudo hacer ceder al Pachá, que no pensaba deshacerse del esclavo por la mitad de lo que pagó por él.

María pidió al ayudante de fray Juan estar presente en la negociación, pero, al ser mujer, no lo vieron pertinente. Algo que la enfureció sobremanera porque siendo mujer había sobrevivido a las numerosas telas de araña que se tejían en Argel y había salido impune de todas ellas. Sabía que era más capaz que cualquier hombre de negociar y de tratar, pero no hacían más que limitarla, daba igual que fueran musulmanes o cristianos, las mujeres se encontraban en un abismo en el que la voluntad y la decisión no existían. Todo dependía de los hombres por muy torpes que estos fueran.

Fray Juan no era ningún necio, al menos eso la mantenía conforme. Estaba acostumbrado a tratar con los corsarios y ponía todo su empeño en salirse con la suya. Sabía que los corsarios siempre solían decir que no a las primeras ofertas. María llevaba demasiado tiempo entre moriscos y turcos para saber que todo era parte de la farsa que precedía al trato y que solo lo hacían para que los frailes subieran la cantidad ofrecida. Fray Juan tenía que ser listo y aguantar su oferta hasta el final. Si los moriscos veían que si no aceptaban tendrían que esperar un año más para recibir los escudos, aceptarían conformes la cantidad.

Sin embargo, podría esperar cualquier cosa del enfado de Hassan.

52

18 de septiembre de 1580. Argel

La negociación de fray Juan Gil con Hassan no había avanzado en acuerdo, lo que hacía que la desesperación de Miguel aumentara por días. Cada vez quedaba menos tiempo para que los monjes redentores se marcharan de Argel y él no podría soportar otro año más encerrado en los baños del rey.

Soltó a Iman en el suelo del jardín en cuanto vio una silueta que conocía bien en el pasillo de las columnas y llamó a Leonor para que la vigilara.

Se levantó y se dirigió hacia el mercader. La amistad que Murad y ella mantenían con él se había aumentado en el último año en que él y Zoraida solían acudir a cenar a menudo a casa del corsario. No llevaba el velo, con Ari no importaban las costumbres si no había nadie más presente.

—He venido a avisarte tan pronto como me he enterado —le anunció y María dedujo en su rostro que no era nada bueno—. Hassan parte a Constantinopla mañana. —Apretó las manos de la joven—. Han encadenado a Miguel en la galera del barco —añadió.

María se llevó las manos hasta las sienes. No podía creer que cada vez que la libertad estaba cerca para algún esclavo todo cambiara de repente, sumiéndolo en una realidad aún peor. Miguel de galeote, no podía ser verdad.

—Hassan no quiere aceptar la oferta de fray Juan Gil. Ni Zoraida ni yo hemos podido hacerle entrar en razón. Piensa que no va a cobrar el rescate completo.

No sabía de dónde iba a sacar fray Juan el dinero. Miró hacia el cielo, ya era entrada la tarde. Había que avisar al clérigo, tenía que ir a ver a Miguel. Demasiadas cosas en escaso tiempo.

Miró al mercader con desesperación.

—Te llevaré hasta la galera. —Se ofreció.

***

Acompañada por Ari Morato, los guardias no pusieron impedimento para dejarla acceder a la galera. Bajó los escalones que la conducían hasta los bogadores. Podía oír el tintineo de las cadenas y la madera de los bancos crujir.

No tardó en divisar a Miguel en el segundo banco y se dirigió hacia él. Conocía bien el sistema de sujeción de un galeote. Unos grilletes ataban el tobillo del cautivo al suelo de la galera. El galeote permanecía sentado, puesto que no podía tumbarse ni siquiera para dormir. Sin embargo, no se bogaba sentado, pues era imposible mover un remo de aquella envergadura sentado. Los galeotes remaban de pie, solo sentándose durante el instante en que llevaban el remo atrás para luego volver a levantarse. Para Miguel sería aún más arduo trabajo, todo el esfuerzo tenía que hacerlo con una sola mano.

Aún el barco estaba limpio, pero pronto olería a orina y defecaciones, ya que los galeotes tenían que hacerlo todo en el mismo banco y ese olor se sumaría con el aroma a moho de los bizcochos y el sudor de los esclavos. Miseria, enfermedad, hambre y dolores era lo que esperaba a aquellos hombres.

Le brillaron los ojos de manera considerable.

—Tengo que sacarte de aquí —dijo, apretando los labios bajo el velo—. Tengo que avisar a

fray Juan.

—Ya no hay nada que hacer, ya hemos hecho todo. Se acabó.

Miró al esclavo a los ojos. Las ojeras de Miguel estaban más pronunciadas que nunca. Sus ojos habían perdido toda esperanza y su cuerpo la energía de seguir resistiendo un día más. Miguel se rendía. Y ella sabía bien lo que significaba rendirse en la esclavitud.

—Volveré con fray Juan y te sacaré de aquí —le repitió, dirigiéndose hacia las escaleras.

***

Fray Feliciano y algunos amigos de Miguel estaban en la puerta de la casa de fray Juan. En cuanto la vieron se apartaron de su paso.

—Fray Juan ha podido reunir cien ducados más, pero aún faltan muchos —le decía uno de los ayudantes del redentor—. Hassan ahora pide más de seiscientos por él.

María no daba crédito, Hassan parecía no querer soltar a Miguel, prefería verlo morir en una galera que coger el dinero que le ofrecían. Resopló, justo Fray Juan salía de la casa con algunos papeles en las manos.

—Hassan no quiere oír nada más, pide setecientos escudos y dice que vuelva solo si tengo el oro.

—No puede llevárselo. —La testarudez sin sentido de Hassan no dejaba de sorprenderle. Cuanto más trataba al Pachá peor le caía. Se apenaba de Zoraida, tener que soportar a aquel ser soberbio y lujurioso—. Nadie vuelve de Constantinopla.

Si es que sobrevivía el tiempo suficiente en una galera, que lo dudaba. Miguel llevaba ya un año encerrado en los baños, no sería capaz de bogar en su estado.

—Puedo reunir algo más, pero es imposible llegar a esa cantidad.

La joven suspiró.

—¿Cuánto dinero falta? —preguntó, sabía que Hassan no quería aceptar dinero turco, pero en aquella situación ya le daba igual lo que dijese el Pachá.

—Trescientos cincuenta escudos de oro —respondió el fraile—. Pienso que si conseguimos el total de quinientos que pidió en un principio también lo liberaría. Lo de subir el precio ha sido para que yo dejara de eludir con cifras menores.

María negó con la cabeza. El pecho le ardía sin remedio.

***

Llegó a casa con la cabeza baja. Buscó a Murad, a Julio y a Iman, los oía en el jardín. Se apoyó en una de las columnas para observarlos mientras se quitaba los alfileres del velo.

Julio le había hecho un barco a su hermana. Esa vez ya sabía trabajar la carpintería naval. Una pequeña obra de arte que llevaba las letras del nombre de su hermana, aquellas letras árabes retorcidas que aún no lograba entender bien.

La imagen logró aliviar su angustia un instante, aquella tranquilidad que solía dar la familia. Pero aquella imagen nunca hubiese sido posible sin Miguel. Como bien decía Murad, ella podría haber acabado empalada y más de una vez.

Murad se dio cuenta de su presencia y se levantó del suelo dejando a la niña con Julio para

acercarse a ella. María negó con la cabeza mientras los ojos le brillaban. Murad la rodeó con los brazos.

—Hassan sigue sin entrar en razón —le dijo mientras él le tendió la mano para que accediese al jardín.

Rebasaron a Julio y a la niña, Murad la llevó hasta el fondo, donde encontró al amo la primera noche que estuvo en aquella casa, donde atravesó la trampilla para acudir a casa de Aisha tantas veces. Donde escapó por la escotilla a aquel pasillo entre casas, donde encontró a Miguel antes de que este se entregara. Los ojos se le llenaron de lágrimas, no podía hacer más por él.

Murad no dejó que ninguna resbalase por su cara, pasó el dedo pulgar bajo sus ojos.

—¿Te rindes? —le preguntó el corsario.

María bajó la cabeza. ¿Qué otra cosa podría hacer cuando el propio Miguel se había rendido?

—Hassan no entra en razón —le repitió.

—¿Cuándo te ha importado que alguien no entre en razón? —Notó cierta ironía en su voz y negó con la cabeza. No era precisamente el momento para bromas.

Murad la cogió la cara asegurándose de que no caía ninguna lágrima más. Ladeó la cabeza hacia Julio y su hermana, que continuaban en el suelo jugando con aquellos barcos de madera.

—Recuerda que eso ha sido posible porque tú seguiste en pie —sonrió—. No te puedes rendir ahora.

María entornó los ojos levemente hacia Murad.

—¿Por qué quieres que salve a Miguel? —preguntó con curiosidad. Conocía bien el recelo que Murad mantenía con el esclavo y, sin embargo, nunca se opuso a que María y Julio lo visitasen, ahora la animaba a ayudarle en su libertad.

—Porque sé muy bien lo que significa proteger a otros aun cuando te amenazan con la muerte —sonrió—. Como tú hiciste con Aisha. Porque ahora poseo el más grande de los tesoros. —Ladeó la cabeza de nuevo hacia sus hijos—. Gracias a tu valentía. Un hombre como él no merece morir atado a una galera. Y tú no puedes permitirlo.

Murad bajó los ojos hacia su fajín y tiró de una de las cintas para romperla. Rodeó la muñeca de María con ella, se alegraba que al fin hubiese aprendido a formar lazadas y no aquellos nudos marineros que le hacía en el fajín verde que eran imposibles de deshacer.

—Nunca te has rendido, no lo hagas ahora. —Apretó la mano de María.

María miraba el lazo que le había hecho Murad y entornó los ojos.

—Hassan no acepta escudos de los turcos para pagar el rescate de Miguel. —El lazo que había hecho Murad era fuerte. Cogió aire despacio. Él esperaba despacio a que ella pensara la manera de ayudar a Miguel. Ari Morato y Zoraida ya lo habían intentado y si ella intervenía con Hassan, como decía Julio, él acabaría triplicando su precio. No era una opción—. Escudos de turcos —repitió.

Alzó los ojos hacia Murad.

—¿Dónde están las manillas de Aisha? —Desde que se las quitaron de entre los trapos del colchón no había vuelto a verlas y nunca preguntó por ellas. No le gustaban las joyas, objetos pesados e inútiles, incómodos de llevar.

Murad arqueó las cejas.

—Su dueña era una esclava cristiana llamada María. —Y María como tal no existía.

Y era cierto, las manillas estaban a su nombre según la carta que las acompañaba en su bolsa de terciopelo escrita por puño y letra de Aisha, que aseguraba habérselas regalado como apremio

a sus servicios a María Romero Moreno, natural de Zahara. Gesto que la renegada hizo por si alguien la acusaba de haberlas robado cuando fuese a venderlas.

Murad sonrió con el ingenio de María.

—Se las llevaré a fray Juan Gil, él sabrá qué hacer con ellas.

53

19 de septiembre de 1580. Argel

Las carcajadas de Ari Morato cuando supo del asunto de las manillas de María y sus vueltas a las palabras de Hassan decían que llegaron hasta el pozo de la calle. El Pachá no tuvo más remedio que aceptar el rescate de Miguel, que procedía de cristianos.

Entró tras fray Juan Gil en la galera, seguida de Murad, y uno de los guardias les pidió dinero por abrir los grilletes de Miguel. Fray Juan le dio algunas doblas.

María bajaba las escaleras buscando el rostro de Miguel en el segundo banco. Miguel miró a fray Juan y a ella sin saber qué decir, sin creerse aún que estaba liberado.

María se situó tras el clérigo. Murad se detuvo en las escaleras, observándolos a cierta distancia.

La joven cerró los ojos para concentrarse en el sonido del hierro al abrirse liberando a Miguel y su interior se liberó de una carga que pensaba que iba a tener que soportar durante toda su vida. El fraile ayudó a Miguel a levantarse. María entornó sus ojos grises hacia el esclavo.

—Vuelves a casa —le dijo.

54

24 de octubre de 1580. Argel

Julio caminaba tras los monjes redentores y María iba a su lado. Numerosos esclavos liberados se dirigían hacia el barco. Murad la hizo detenerse unos metros antes de llegar a la puerta del muelle.

—Yo os esperaré aquí —le dijo, cogiendo a Iman en brazos.

María llevaba un velo blanco y sus ojos enormes resaltaban aún más cuando eran lo único que se podía ver de su cara.

Siguió a Julio hasta el muelle. María buscó con la mirada a Miguel, iba delante de ellos junto a los monjes. Vio al esclavo acercarse y colocarse detrás de Julio. María le sonrió sin recordar que tras el velo no podía apreciarse su sonrisa. Nunca se acostumbraría a aquel trapo.

Miró la fragata, algunos esclavos comenzaban a subir.

***

Murad esperaba con paciencia a que María se despidiera del esclavo liberado, aquel amigo que tanto le ayudó durante el solitario cautiverio y con el que él mismo se sentía agradecido. Thamir se había retirado unos metros de él para conversar con otro corsario.

—Una cristiana traidora. —Oyó murmurar y levantó los ojos. Era Blanco de Paz, aquel apestoso clérigo que contribuyó a que el cautiverio de María fuera aún más difícil.

Murad se apartó hacia donde se encontraba Thamir, pero Blanco de Paz lo siguió.

—Vete —dijo, intentando contenerse cuando recordaba las palabras de María al relatarle qué pretendía hacer con ella.

Blanco de Paz entornó los ojos.

—Ni siquiera él merece la libertad. Los dos deberían estar muertos. —Vio la lengua picuda y nauseabunda del fraile, aquella con la que quería rozar a María.

Miró a Thamir y le dio a la niña. Blanco de Paz pareció conocer sus intenciones y dio unos pasos atrás.

—No puedes hacerme nada, mi precio son ochocientos escudos, mi amo...

Murad lo cogió del cuello y lo lanzó contra unas rocas. Allí volvió a cogerle del cuello, formando un cepo que asfixiaba al clérigo.

—Vete de aquí y no vuelvas a acercarte a mí, ni a ella ni a mi familia, ni a mi casa —lo amenazó—. Jamás osarás a dirigirnos una sola palabra, una sola mirada. —Entornó los ojos hacia aquel frágil anciano cuyo rostro ahora se tornaba violáceo, se ahogaba, podía ahogarlo con tremenda facilidad, solo estaba usando una mano—. Ochocientos escudos. —Acercó su cara para mirar los ojos vidriosos del clérigo que ahora se llenaban de venas rojas—. Si tan solo llega a mí la noticia de que pronuncias su nombre, cristiano o musulmán, te compraré para arrancarte la lengua.

Murad lo soltó y Blanco de Paz cayó al suelo, donde comenzó a respirar emitiendo unos leves pitidos, el aire volvía a pasar por su garganta.

La cola de los esclavos liberados se terminaba y ya le tocaba a Miguel acercarse a cruzar la

pasarela.

María sonrió tras su velo. Sintió la mano de Miguel en su brazo.

—Gracias —le dijo el esclavo y la apretó, no podía despedirse de ninguna otra forma de ella.

—La libertad es el don más preciado que se puede tener. —Puso una mano en el hombro a Miguel—. No desperdicies ni un solo día del resto de tu vida.

Miguel sonrió levemente y asintió con la cabeza. Julio dio un paso hacia Miguel sonriendo y lo abrazó.

—Escríbeme —le pidió el niño.

—Siempre. —Miguel le revolvió el pelo.

—Cuando sea el mejor constructor de barcos del Mediterráneo podré ir a visitarte.

La carpintería naval era uno de los oficios más preciados en el mundo cristiano y musulmán. Los mejores fabricantes podían ir libremente a hacer negocio a un lado y a otro sin temor a represalias. Julio no podría quedarse en tierra cristiana, pero sí el tiempo justo como para que Miguel se acercase a un puerto y poderlo ver.

El esclavo sonrió al chico. Luego alzó los ojos hacia la parte más alejada del muelle, donde estaba Murad. En un principio no lo vio, se había acercado a unas rocas.

—Otra vez ese inquisidor. —El niño había sido más ávido que Miguel y lo vio antes.

Miguel suspiró.

—Me ha acusado de sodomía —negó con la cabeza.

María sabía que la sodomía se castigaba con la muerte. Blanco de Paz había hecho correr la voz por Argel de que el éxito de su liberación, de sus continuos golpes de suerte, era fruto de las lujuriosas relaciones que él mantenía con hombres influyentes de Argel.

Pero Miguel había logrado recabar firmas de cristianos que daban fe de que el comportamiento del cristiano había sido siempre adecuado y cumplido con sus obligaciones marcadas por su religión, las suficientes firmas como para que la Inquisición desestimara las paparruchas de Blanco de Paz.

Julio miró a su madre.

—Tendrías que haber pedido su cabeza como dote de verdad —le reprochó con cierta ironía y María y Miguel rieron.

Miguel alzó la mano hacia Murad. Luego dio unos pasos atrás y se dirigió hacia el barco.

María lo vio subir decidido a la fragata que lo llevaría a tierra cristiana.

Epílogo

15 de febrero de 1604. Valladolid

Julio había dejado atrás el hospital de La Resurrección. El viaje había sido largo por las numerosas paradas que tuvieron que hacer en el camino por las lluvias.

Atravesó el río por una pasarela de madera. Se encontraba a las afueras de Valladolid, lejos de su casa.

La tía soltera de su mujer estaba enferma y posiblemente moriría, así que había decidido acompañar a su familia política a despedir a la buena mujer y, de paso, aprovechar para saludar al más viejo de sus amigos.

No hacía mucho que Miguel se había vuelto a mudar, se lo dijo en su última carta. Ya hacía tiempo que Julio no se alejaba tanto de Barcelona y hacía demasiados años que no veía a su amigo, el antiguo esclavo.

Había dejado a un lado lo que tenía que ser un matadero de animales porque la pestilencia era insoportable. Había grandes casas a lo lejos y se acercó hasta ellas.

Encontró a unos hombres.

—¿La casa de Miguel de Cervantes? —Uno de ellos reaccionó a sus palabras.

—¿Saavedra? —Hacía años que no oía aquella palabra, al menos su versión en sabir, tantos como llevaba lejos de Argel. «Isabidra», aquella palabra que nadie pronunciaba igual, ni siquiera en España.

—Coge esta calle y al fondo encontrarás una taberna —le explicó uno de ellos—. Justo encima vive él.

Julio se dirigió hacia donde le indicaron. Sabía que Miguel se había mudado con toda la familia, o eso le decía en las cartas cuando le hablaba de sus hermanas, su prima y su tía. Personas que conocía solo de leer sobre ellas como si fueran personajes en un libro y a las que les ponía rostros en su imaginación.

Llegó hasta la taberna. Una señora salía de la casa contigua y Julio se acercó hacia ella.

—Señora, mi nombre es Julio Galán y busco a Miguel —le dijo—. Me han dicho que vive en esta casa.

La mujer lo miró con curiosidad.

—¿Has dicho Julio Galán? El niño esclavo —sonrió.

Julio sonrió también, por cortesía, ya que con treinta y cuatro años de niño no le quedaba ni el recuerdo.

—Mi nombre es Luisa de Montoya, soy prima de Miguel —se presentó la señora—. Él vive en esta casa, ven.

La puerta estaba abierta y ella entró delante de él.

—Pasa, hijo —lo invitó—. Seguro que está ahí metido, no hace otra cosa en todo el día.

Julio frunció el entrecejo.

—Se alegrará mucho de verte —añadió la mujer.

La casa era grande, no esperaba otra cosa si era cierto que la ocupaban tantas personas. Subieron unas escaleras, Julio seguía a Luisa silencioso.

La mujer se detuvo ante una puerta y llamó con la mano.

—Miguel, tienes visita —sonrió a Julio.

Al momento la puerta se abrió. Los ojos del anciano se dirigieron al muchacho. Julio arqueó las cejas, hacía demasiados años que no veía a Miguel y el cambio había sido notable. Su pelo castaño claro se había tornado plata, tanto el de su cabeza como el de sus barbas.

—Julio. —El anciano se apresuró a abrazarlo—. Pasa, hijo. Qué alegría verte, ¿cómo por aquí desde tan lejos?

—La tía de Ana está en el hospital de La Resurrección, ha venido toda la familia. Estaremos aquí unos días.

Entró en una habitación pequeña, con una estantería con algunos libros y una mesa con demasiados papeles algo desordenada y con manchas de tinta seca por varios sitos.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó el anciano sentándose en la silla frente a la mesa. —Julio observó la torpeza con la que ahora se movía Miguel.

—Bien —respondió, sentándose frente a él en otra silla—. Voy a unir el negocio con el del padre de Ana. —Miguel frunció el entrecejo.

—¿Estás seguro? Te lo dije en la última carta, no deberías hacerlo, después fallecerá y todo son líos —le argumentó Miguel. Julio negó con la cabeza.

—No, quizás me he expresado mal —añadió Julio—. Vamos a unirlos, pero él dejará de ser el dueño. Le he comprado lo que le quedaba de negocio. Se le vino abajo y cayó en la ruina. Los hermanos de Ana no quieren saber nada de los barcos desde hace tiempo.

Miguel sonrió. Julio fabricaba barcos, no podía ser de otra manera. Hacía ya muchos años que había llegado a Barcelona como vendedor de barcos un tanto particulares. Sus barcos fueron una novedad en todo el Mediterráneo, puesto que eran fragatas más ligeras y rápidas, similares a las que solían llevar los corsarios pero con toda la robustez que tenían los navíos cristianos. Había mezclado lo más útil de ambos bandos para crear sus barcos. El resto de fábricas vieron sus encargos menguados, algunas de ellas Julio las compró para ampliar el negocio. Ahora era el mayor vendedor de barcos a ambos lados del charco.

Pero en uno de sus viajes conoció a Ana en un puerto, una cristiana hija de otro vendedor de barcos. Y no volvió a salir de tierra cristiana. Al haber sido un niño raptado en el pasado y, por ende, no consciente de lo que hicieron con él cuando lo obligaron a convertirse, pudo resolver aquel asunto con la Inquisición. Miguel suponía que la riqueza del gran constructor también tendría algo que ver con aquella buena forma de recibirlo. Julio no dejaba de colaborar con la orden de redentores donando grandes sumas de dinero cada año para que sacaran esclavos de Argel.

—¿Y tus hijos? —preguntó Miguel.

—Están en Barcelona —respondió el muchacho.

—¿Cuántos tienes ya?

—Cinco: Julio, María, Ana, Miguel y Elena —respondió Julio—, pero creo que Ana está embarazada otra vez. Ha estado muy fatigada todo el viaje.

Miguel bajó la cabeza.

—La más pequeña, María —dijo—, tiene los ojos azules como los de mi madre.

Miguel sonrió.

—¿Cómo están ella y tus hermanos? —preguntó él.

—Bien, en Argel todo sigue igual. —Hizo una mueca y Miguel negó con la cabeza—. El próximo año quiero ir a visitarlos. Ventajas de que todos adoren mis barcos.

Julio sonrió y se levantó de la silla.

—Hoy no puedo quedarme mucho tiempo —dijo el joven—, acabamos de llegar y tengo

unos asuntos en Valladolid que voy a aprovechar para arreglar en persona. Pero en estas semanas vendré más días a verte y traeré a Ana para que la conozcas.

—Claro, hijo, me encantará conocerla.

Julio se detuvo en la pila de papeles que había sobre la mesa.

—¿Qué escribes ahora? —preguntó, levantando unas hojas.

—Una novela —respondió el anciano.

Se inclinó hacia los papeles.

—¿De caballería? —Eran sus preferidas. Miguel rio.

—Algo así, pero nada más lejos.

Julio arqueó las cejas y comenzó a ojear los papeles con curiosidad. Se detuvo en uno de ellos y sonrió.

—Miguel de Cervantes… ¿Saavedra? —Rio al recordar a los vecinos de Miguel—. *Saévidra*, ese nombre que nadie pronunciaba bien.

Miguel sonrió al oírlo tal y como solía pronunciarse en Argel.

—El próximo día —continuó Julio sin dejar de ojear—, vendré con mucho más tiempo.

Miguel rio. Julio era un lector empedernido, le había contado en sus cartas que tenía una biblioteca con más de trescientos libros. Hasta había mandado que copiaran libros que no encontraba en las librerías. También había leído todo lo que Miguel había escrito y solía hacer grandes elogios a todas sus obras.

—¿Aquí aparecen Murad, Ari Morato o alguno de ellos? —preguntó, sabiendo que Miguel los nombraba a veces.

Miguel asintió y Julio hizo una mueca picaresca.

—Estoy pensando que... —Levantó sus dos dedos índices—. Ana querrá pasar tiempo con su tía y...

Miguel reía. Julio, a pesar de la madurez y el éxito, no era muy distinto al niño que conocía.

—Me vendré a hacerte compañía y a leer esto mientras escribes. —Levantó la pila de papeles —. Y te traeré tinta del centro, toneladas de tinta. Y más papel. —Miguel rio—. ¿Necesitas algo más? —preguntó y él negó con la cabeza. Julio se ofrecía a ayudarlo siempre, pero Miguel no era muy dado a recibir nada—. Volveré estos días.

Abrazó a Miguel.

—Me alegra mucho volverte a ver —le dijo Julio.

Miguel ladeó la cabeza. Julio continuaba pareciéndose a su madre, tanto como cuando era un niño. Lo acompañó hasta la puerta.

—No hace falta que bajes. Sé el camino.

Comenzó a bajar las escaleras, Miguel lo observaba desde la puerta de la habitación.

—Y volveré con la tinta, con el papel y con una mesa más grande si quieres. —Levantó la mano para decirle adiós a Miguel cuando llegó al último peldaño.

—No se te ocurra venir con una mesa —le advirtió.

Oyó la puerta cerrarse. Quedó pensativo unos instantes. Julio era todo lo que María esperaba de él, la joven no se equivocó con el futuro de su hijo. Supuso que estaría orgullosa de él.

Oyó la puerta de nuevo y pasos. A los pies de la escalera volvió a ver a Julio sonriendo.

—¿Y cuál es ese lugar de La Mancha? —preguntó con ironía y Miguel sonrió.

Nota de autora:

Gracias por leer el amo Murad. Si te ha gustado la novela, te agradecería que dejaras tu opinión en la página de Amazon. Si quieres comentarme algo sobre la novela o estar al tanto de nuevas publicaciones, búscame como Noah Evans en Facebook o Noah_Evans_oficial en Instagram. Próximamente haremos directos y habrá sorpresas.

Si es la primera novela mía que lees, tienes muchas más en Amazon, puedes encontrarlas utilizando el buscador.

Y a la imparable familia Noah, que cada día es más inmensa, daros las gracias por estar ahí con cada publicación.

Como os digo siempre, vendrán muchas más.

Un besazo a todas,

Noah Evans.